TIEMPO de HISTORIA

NUMERO DOBLE

AÑO VII • NUMS. 80-81 • 250 PESETAS

ASÍ FUE
EL 18 DE JULIO

SUMARIO



AÑO VII • NUMS. 80-81 • JULIO-AGOSTO 1981 • 250 PESETAS

El presente número es DOBLE (80-81) y corresponde a los meses de julio y agosto. El siguiente (82), del mes de septiembre, se venderá a su precio habitual de 150 pesetas.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA,** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchill, 20. Teléfono 447 27 00, MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfono 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69, MADRID-16, y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71, BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350, MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal 350 M. 36.133-1974. **ISBN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 227. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

Así fué el 18 de Julio

EN este número especial de TIEMPO DE HISTORIA se pretende hacer un análisis y un relato de lo que fue en España la fecha inicial de la guerra civil, y de las consecuencias que todavía pesan hoy sobre la vida cívica de todo el país. Hemos intentado recoger lo esencial de las ideologías que estaban entonces en pugna abierta —y aún de las rupturas dentro de cada una de esas ideologías—; de los antecedentes históricos inmediatos y aún lejanos; hemos traído relatos de testigos, y reflejos en las experiencias de personas de distintas edades y generaciones, de distinta situación en cada uno de los bandos contendientes. Basado todo el texto en firmas distintas y en individualidades y personalidades, no pretendemos más objetividad que la de la buena fe y la reflexión de cada uno de quienes han colaborado en relatos y recuerdos. La intención es la de que el lector contraste sus ideas, sus datos y sus conocimientos con los que nosotros podemos ofrecer, dando paso a los nombres de quienes tienen tanto que decir. La intención, en fin, es apaciguadora, reconciliadora: que lo que podemos conocer nos sirva para evitar lo que no queremos experimentar jamás.
Nuestra gratitud a todos los que han aceptado, con su voz o su pluma, esta colaboración. Son los siguientes:

Joaquín ARANGO
José Luis L. ARANGUREN
Miguel BOYER
Gerald BRENAN
Fernando DIAZ-PLAJA
Antonio ELORZA
Manuel FRAGA IRIBARNE
José Antonio GABRIEL Y GALAN
Diego GALAN
Juan GARCIA DURAN
José Antonio GIMBERNAT
Eduardo de GUZMAN
Eduardo HARO TECGLEN
Fernando LARA
José María MOHEDANO
Jesús María MUNARRIZ
José Miguel NAVEROS
Luis OTERO
Alberto REIG TAPIA
Luis ROMERO
Amaro del ROSAL
María RUIPEREZ
Carlos SAMPELAYO
Germán SANCHEZ ESPESO
Fernando SAVATER
Antonio TOVAR
Francisco UMBRAL
Luis Antonio de VILLENA
Angel VIÑAS

El 18 de Julio,

HAN transcurrido cuarenta y cinco años desde el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, y la profunda significación de esa fecha histórica no cesa en la vida española. Los dos grandes bandos en que se dividió el país sienten aún hoy la frustración de lo que pudo ser: para unos, una guerra perdida, una ocasión perdida; para otros, una guerra ganada con una victoria que se ha ido deshaciendo lentamente entre las manos que la quieren conservar. Ha habido momentos recientes en los que se han hecho esfuerzos mutuos de superación, de crear una civilización y una cultura conjuntas. Desgraciadamente son esfuerzos que desfallecen; y bajo esta capa de trabajo, de intento de comunidad, de deseo de enfocar la vida nacional no como si no hubiera ocurrido nada, que eso no pasa nunca de ser imposible, sino precisamente como si hubiera ocurrido algo de lo que tendríamos mucho que aprender, brota el viejo volcán de la violencia, el ladrido de las armas; y de las palabras como armas, como disparos.

EN estos cuarenta y cinco años —aunque se dividan en cuarenta y en cinco, aunque se tracen rayas divisorias de etapas, de situaciones— se ha producido una profunda transformación sociológica de España. Ha habido diversas alteraciones en las clases sociales, han irrumpido nombres nuevos en la cultura, en la política. El mundo en torno ha pasado por diversas experiencias, alguna tan decisiva como la II Guerra Mundial. Se han hundido ideologías; apenas han aparecido otras. La economía ha sufrido grandes alternativas. Y la religión, y los modelos de sociedad. Se han fortalecido algunas liberaciones: las de los pueblos colonizados, la de la mujer, la de la juventud. Se ha modificado el concepto de razas, de pueblos inferiores o pueblos superiores. Ha surgido el embrión de los grandes conjuntos supranacionales: el espíritu de San Francisco —las Naciones Unidas—, las unidades europeas. Han surgido estados nuevos, se han desmembrado otros.

Es asombroso el cambio de la dinámica de vida como consecuencia, unas veces, de factores de ciencia y técnica, otras de demografía. Se ha pasado de la inseguridad del pequeño avión de hélice al paseo sobre la luna; de la radio de galena a la televisión; del coche de los ricos al automóvil de todos. Del mosquetón «mauser» a la bomba atómica. Han aparecido conceptos nuevos —como el de la ecología—. Nuevas maneras de buscar la energía. La microelectrónica está cambiando el concepto del trabajo. Mucho de todo esto ha ido llegando a España; de manos ajenas, a veces para el servicio ajeno; con retraso, superponiéndose a estructuras todavía arcaicas, con resistencias, con dificultades; pero ha llegado, ha hecho y hace su trabajo.

Sin embargo a nada que se raspe la superficie española seguimos encontrándonos con el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis. Y si buscamos en ese dieciocho de julio aún encontramos huellas más antiguas, más profundas: un siglo diecinueve, un siglo dieciocho de problemas sin resolver; más atrás, una unidad de España mal soldada, unas expulsiones ideológicas y religiosas, unos factores de división y de opresión. Produce una cierta furia pensar que la gravedad de ese pasado no solamente no esté saldado hoy, sino que puede proyectarse incesantemente sobre el futuro.



ASÍ FUE
EL 18 DE JULIO

hoy

Eduardo Haro Tecglen

LA furia es, naturalmente, inútil; si no sirve para hostigarnos, para estimularnos a la meditación y al deseo de superar lo que causa esta especie de maleficio. Hay una corriente de opinión impulsiva y sentimental que tiende a creer que pesa una especie de maldición, la maldición española, que nos impide ser como los demás. Pensamiento insuficiente. No hay nada escrito, no hay nada aciago. Hay torpezas, problemas de cultura y de educación, miedo—a veces, pavor: y lo explotan—, y una pobreza nunca resuelta que, ya se sabe, es el factor más claro para que los hermanos se odien.

Una de las razones para que el dieciocho de julio parezca no cesar en España puede encontrarse en las biografías individuales. Prácticamente nadie entre las generaciones vivas y con uso de razón está viviendo ajeno a lo que supuso la gran divisoria histórica; incluso los que han nacido muchos años después. Ahondando en cada uno se encuentran, detrás, los muertos, los cambios de posición; el cambio rotundo de destino. Nadie es lo que hubiera sido de no haber mediado la guerra civil. Será algo mejor, o algo peor; algo quizá catastrófico, algunas veces triunfante. Hay algunos acontecimientos históricos que han cambiado poco las vidas cotidianas, que se han realizado en capas altas de poder y que han llegado escasamente a las grandes masas. No es de éstos el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, sino de aquellos que han influido en las vidas de cada uno de los que vivían entonces, y que se ha transmitido a los que no habían nacido todavía. A veces es un sentimiento puramente mítico; una fecha a la que se culpa de cosas ajenas a ella. Pero aún así, ese sentimiento tiene su valor en la vida civil de la España de hoy.

PARECE evidente que en las circunstancias de hoy —peligrosas, graves— no cabe una reproducción de la guerra civil. No existe la relación de fuerzas que había entonces, ni las circunstancias internacionales que ayudaron a determinarla. Existe, sin embargo, un clima de guerra civil fría; unos extremos agresivos entre los que nos desenvolvemos y cuya atmósfera enrarece todos los esfuerzos y todos los trabajos por regresar a una idea de normalidad. A pesar de estas enormes diferencias y de las transformaciones, de los cambios de sociedad y de ambiente, la sensación es que hay un permanente espíritu de dieciocho de julio —de defensa o de agresión— que aparece como un fantasma de tragedia griega en toda la vida nacional.

Parece, por lo tanto, que un conocimiento del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, de sus causas y sus consecuencias, que le arrebate el mito en lo posible y deje su verdad lo más transparente posible, que ayude a comprenderlo en toda su magnitud, es útil y necesario en estos momentos. La idea del olvido no ha funcionado. Lo que se olvida sin haberse superado se convierte en neurosis, y en esa neurosis estamos viviendo. Es, sobre todo, preciso conocer lo que pasó, por qué pasó: aunque cada uno siga teniendo la capacidad de hacer su propio análisis. ■

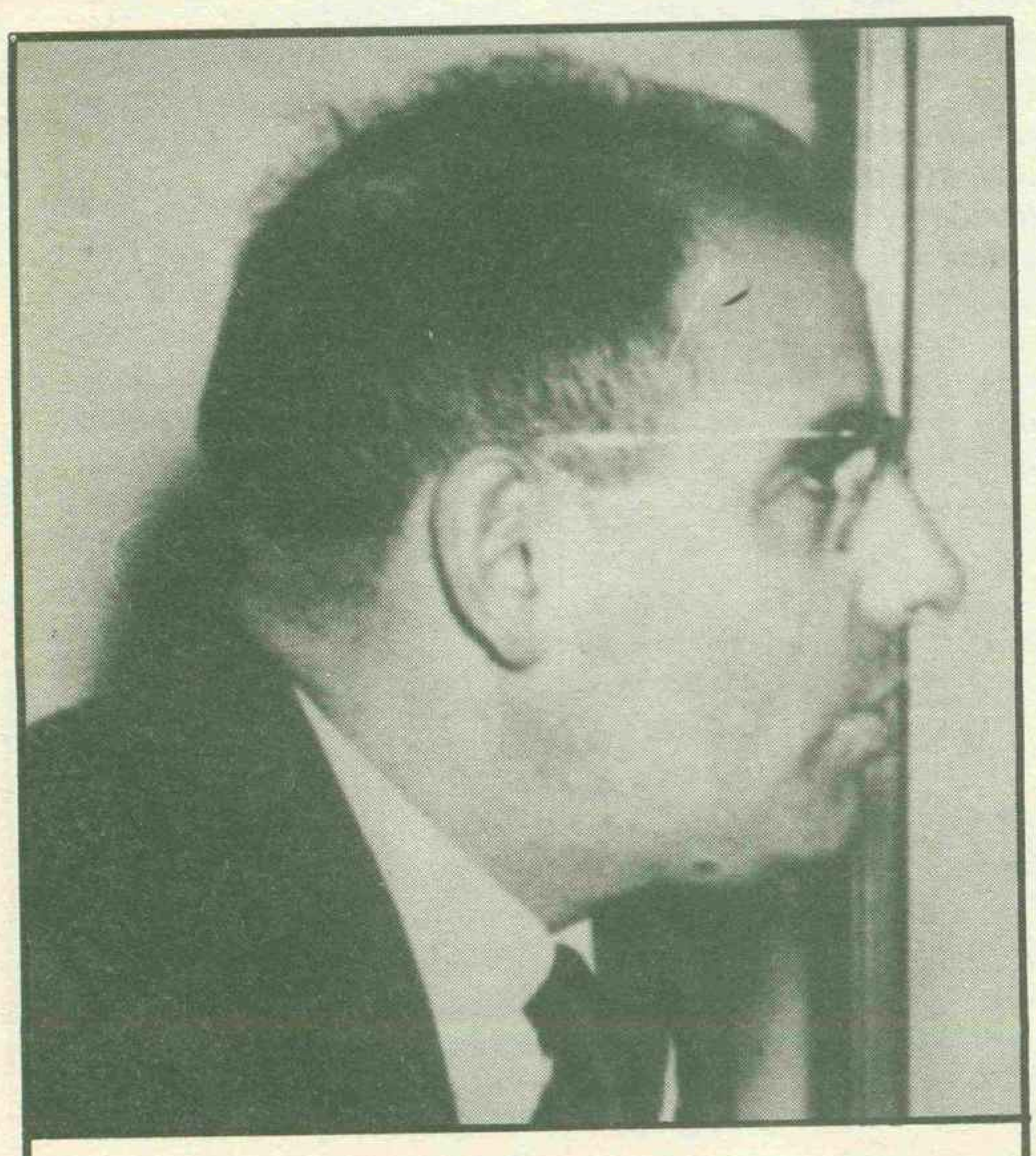
E. H. T.

UNA FECHA

María Ruipérez

¿COMO influyó el 18 de julio en la vida política, cultural y social de nuestro país? ¿En qué medida repercutió no sólo entre quienes lo vivieron directamente, sino también entre los miembros de generaciones más jóvenes, que sufrieron su impacto a través del medio familiar y del ambiente general del país? ¿Cuáles son los recuerdos, las

LOS QUE VIVIERON LA GUERRA



Antonio Tovar

COMO para toda la gente de mi edad, el 18 de julio de 1936 tuvo unas consecuencias decisivas. Yo tenía entonces 25 años, estaba en Berlín, y estuve dudando mucho tiempo entre un bando u otro, pero fue seguramente el ambiente berlinés el que me decidió a elegir el lado de los nacionales. Yo entonces era pensionado de la Junta de Ampliación de Estudios en Alemania, había estado unos meses antes en Francia, y estuve en Berlín donde pensaba pasar el verano. Recuerdo la impresión del asesinato de Calvo Sotelo —realmente eso fue algo tremendo—, y el comienzo de lo que después se configuró enseguida como guerra; desde allí se vio muy pronto que era una guerra civil. Me acuerdo que los primeros días nos fuimos reuniendo los estudiantes españoles en un café de la parte nueva y elegante de

EN LA VIDA

imágenes de este acontecimiento y de su larga continuación, que aún perduran, y que será imposible hacer desaparecer y olvidar? Sin pretender una respuesta exhaustiva a estas cuestiones, en esta pequeña encuesta hemos tratado de confrontar a un conjunto de intelectuales de diverso origen e ideología, de diferentes dedicaciones profesionales y distintas sensibilidades, con su propio pasado —que es, al mismo tiempo, el pasado común—, por medio de una única pregunta: ¿Qué consecuencias tuvo en su vida el 18 de julio de 1936?

Berlín; allí estaba Eugenio Montes, que era corresponsal de ABC, y alrededor de él nos fuimos concentrando los que nos inclinábamos a lo largo de los últimos días de julio y primeros de agosto al lado nacional. La tertulia de españoles que iba por allí a recoger noticias, porque Montes recibía continuamente los boletines impresos de las Agencias, nos dividimos, y de allí salió un pequeño grupo de doce o catorce que a finales de agosto embarcamos en un barco alemán del Partido Nazi, que organizaba viajes para distraer a la gente. En realidad, no eran obreros los que iban en aquel viaje, sino más bien gente acomodada, burgueses. Desembarcamos en Lisboa sin equipaje, porque íbamos a la guerra, y con ramos de rosas rojas y amarillas que nos dio una señora que viajaba con nosotros y que era la mujer de uno de los jefes de la Lufthansa. Nos pusimos en relación con los elementos nacionalistas, que daban un salvoconducto para entrar en lo que ya se empezaba a llamar zona nacional. Allí en el hotel Avis, el más lujoso de la Lisboa de entonces, estaban aquellos señores, que eran en general títulos de la aristocracia, entre ellos el marqués de Luca de Tena, director del ABC, y personalidades por el estilo, que por fin nos dieron un salvoconducto para entrar en zona nacional. Nos dividimos, unos se fueron hacia Badajoz, y otros hacia Salamanca, donde nos detuvimos. Allí hablé y ví por última vez a D. Miguel de Unamuno. La conversación con él fue un poco difícil; Unamuno me conocía, porque había estado con él varias veces, y le habíamos invitado a dar unas conferencias en Valladolid. Yo iba vestido de uniforme falangista, y D. Miguel me dijo: «Lo de Alemania y lo de Italia no me gusta nada, no son cristianos». Se ve que Unamuno ya estaba inquieto, aunque todavía estábamos a 2 ó 3 de septiembre, un mes antes de su estallido del 12 de octubre, que fue cuando realmente se atrevió a decir lo que sentía.

Después, recuerdo mi llegada a Valladolid, donde estaba mi familia casualmente, porque mi padre era notario y vivíamos en la provincia de Alicante. Pero se les había ocurrido ir a pasar un mes de descanso a Simancas, y allí les sorprendió la guerra, afortunadamente para ellos. Yo fui a verlos y me encontré al Valladolid terrible del mes de septiembre con los «paseos». Yo me había hecho falangista en Berlín, y por eso había entrado en España con el uniforme; por cierto que era muy llamativo, porque los correajes los habíamos comprado en las tiendas de los nazis, y eran negros y mucho mejores de calidad que los que se usaban aquí. Entonces, empecé una carrera política un poco complicada. En Valladolid tenía amigos, pero también tenía enemigos, porque antes había sido de la FUE, y de los más significados en la época en que apare-

cieron las JONS, que realmente triunfaron en la Universidad por la violencia, y en las últimas luchas, yo me había enfrentado, por ejemplo, con Girón. De modo que había gente que no me quería mucho. Pero mis conocimientos de lenguas extranjeras, y mi capacidad para escribir artículos en los periódicos me hicieron útil en la propaganda. Así empecé mi carrera política: primero, en la propaganda; después, estuve un tiempo en el frente, y más tarde fui a Salamanca, donde choqué con el buen hombre aquél que era el cura Izurdiaga, el jefe de propaganda de la Falange. Entonces, me volví al frente, y de allí me llamaron para el primer Gobierno Nacional, donde con Serrano Suñer estaba Dionisio Ridruejo, y me incorporé a él el último año de la guerra como Director de Radio Nacional.

A Franco no lo conocí entonces, sino mucho más tarde, según fui, digamos, subiendo en mi carrera política. En ese tiempo, en Burgos, se organizó al terminar la guerra el Consejo Nacional de la Falange, me hicieron Consejero Nacional, y allí duré muchos años. Este puesto me llevó a las vecindades de Franco. Fui Director General con Ibáñez Martín, desde octubre de 1939 hasta diciembre de 1940. Después, a consecuencia de las relaciones con Hitler, en las que intervine a lo largo de 1940, y el paso de Serrano Suñer de Interior a Asuntos Exteriores, fui algún tiempo Subsecretario de Prensa y Propaganda, desde diciembre de 1940 hasta marzo de 1941. Probablemente como consecuencia del arreglo que hizo Franco con el Vaticano para conseguir el nombramiento de obispos para las numerosas sedes vacantes, el Vaticano debió exigir a Franco —esto lo maniobró muy hábilmente Roosevelt, a través de M. Taylor, que era el delegado personal de Roosevelt con el Papa, que era ya Pío XII— la no entrada en la guerra. Por eso, salimos de los puestos ministeriales unos pocos, y se inició la decadencia de Serrano Suñer, que había sido hasta entonces el representante del Gobierno español en los contactos con Alemania.

Mis contactos con Hitler se produjeron en parte a consecuencia de un viaje que hice a Berlín. Me invitaron a ir allí el matrimonio Faupel, el primer embajador alemán en Salamanca, y que había sido relevado —probablemente a petición de Franco— por haber intervenido en la política interior. El intentó favorecer a la Falange para que se convirtiera en partido único al estilo alemán, y se mezcló mucho en el asunto de Hedilla, que a Franco siempre le puso muy nervioso, porque era una limitación de su poder personal, que era lo que le interesaba. Entonces, los Faupel, sin otra intención que su simpatía por mí, porque yo hablaba alemán, me invitaron a dar una conferencia en Berlín en junio de 1940. Esas semanas que estuve en Berlín, aparte de dar la conferencia, me permitieron ver que Hitler entraba victorioso en la ciudad; hubo una gran entrada después de la toma de Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica, y de París. Yo pude comprobar que el embajador español que había en Berlín, el viejo marqués de Magaz, que había participado en el Directorio de Primo de Rivera, y que era un marino a la antigua, es decir liberal y anglófilo, no tenía ninguna simpatía por los alemanes, de quienes decía que eran igual que los rojos de nuestra guerra civil, es decir que mataban; y por eso no tenía la menor relación con el Gobierno alemán. Entonces los alemanes estaban en Hendaya, y yo consideraba esta situación realmente muy grave, y volví a Madrid en julio de 1940, y dije que había que tomar contacto con los alemanes sin más remedio, porque limitábamos en Hendaya con el Ejército alemán en expansión. En septiembre de ese mismo año se produjo el viaje de Serrano Suñer a Alemania, viaje tan secreto que, creo recordar, no sabíamos dónde íbamos, y yo ya intervine de intérprete, y conocí personalmente a toda la plana mayor de los nazis: hice de intérprete con Hitler y con Riblentrop. Luego se produjeron algunos viajes más, creo que en este orden: fuimos en septiembre hasta comienzos de octubre, y volvimos por Roma, donde Serrano habló con Mussolini; al mes siguiente, se produjo el viaje de Hitler a Hendaya.

Yo también estuve, pero no hice de intérprete, porque los alemanes no admitieron más que a uno de cada parte, y estaba el barón de las Torres, que era introductor de embajadores, hablaba bien el alemán, y fue el que actuó, aunque yo estuve en las ne-

gociaciones que duraron toda la noche. En el mes de noviembre de 1941 fuimos a Westegaden —fui con Serrano—, y fue el momento en que se le hizo saber a Hitler que, en las condiciones en que estábamos, España no entraría en la guerra; era el momento en que ya había comenzado la guerra con la Unión Soviética, y por consiguiente, Hitler no estaba ya en condiciones de pensar en el Oeste. Es decir, que en los planes de guerra de Hitler hay una imprevisión, un descuido, una falta de planteamiento terribles; porque extender los frentes al Este cuando no tenía dominado el Mediterráneo, era una locura. Realmente, ahí se ve cómo Hitler era un loco, que no media las consecuencias de sus actos. Este fue mi penúltimo viaje; después, fui otra vez a Alemania con Serrano en noviembre de 1941, a adherirnos al Pacto Tripartito —claro está, de una manera platónica— como anticomunistas y con muchas restricciones, y ya nos trataron como aliados dudosos, no íntimos. Después hubo otro viaje muy gracioso de Arrese, que fue una verdadera figuración.

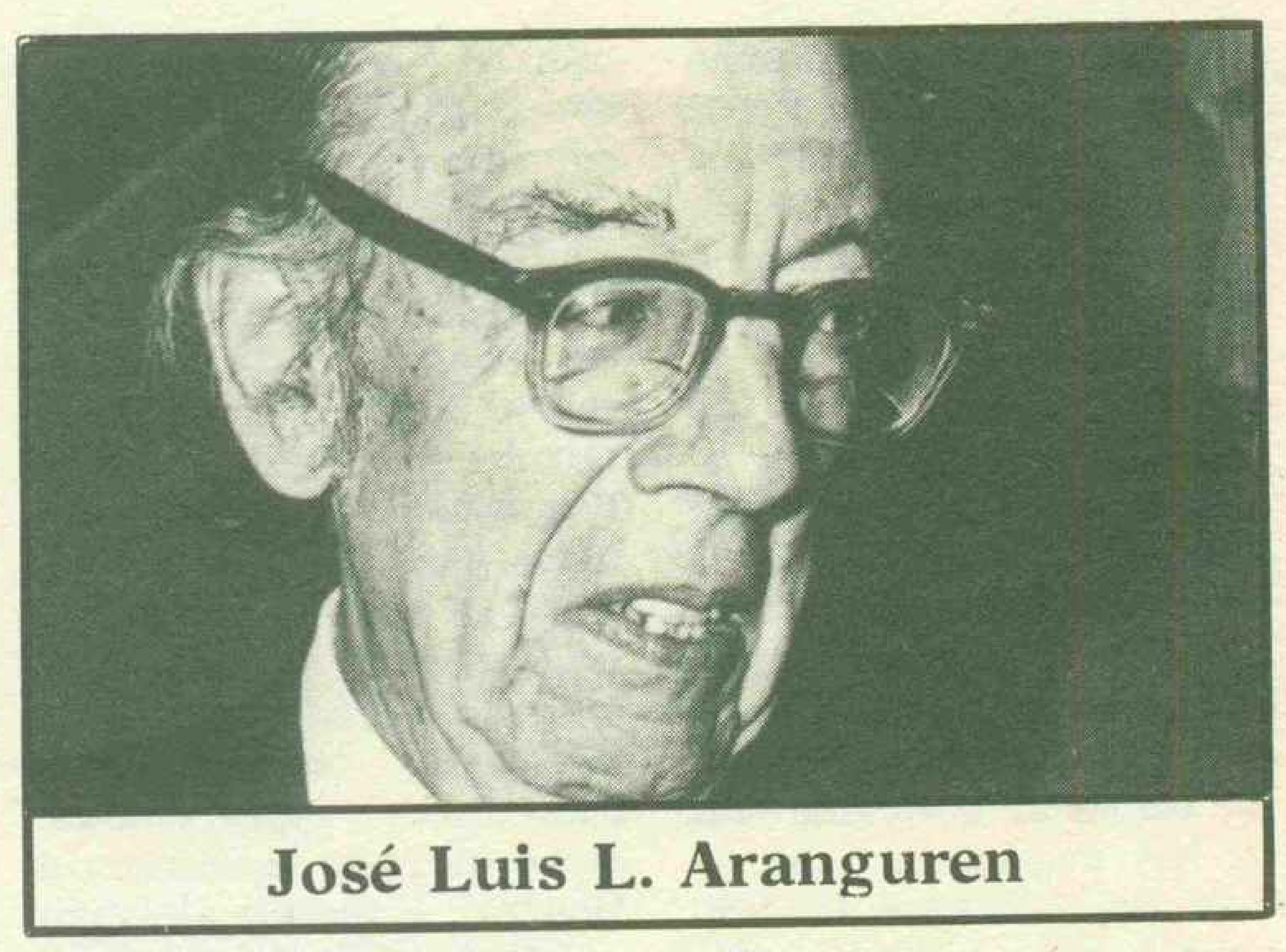
La historia de mi ruptura con el régimen es muy larga y vacilante. En 1941, cuando se produjo la disminución de poder de Serrano, por una garantía que se debió de dar a los Estados Unidos a través del Vaticano de que España no entraba en la guerra, salí con él. Yo no tenía interés en continuar la vida política, y no hice nada por volverme a *subir al tren.* En 1942 hice unas oposiciones larguísimas. Cuando por fin se terminaron, en abril me marché a Salamanca. Entonces, continué como Consejero Nacional muchísimos años, con aquella inercia que tenían las cosas en los tiempos de Franco. Todavía entonces, yo estaba en las mejores relaciones con la Jefatura Provincial. Pero las jerarquías nacionales no me estimaban mucho, porque yo representaba a corrientes que ya no interesaban a los falangistas, cada vez más franquistas y más dóciles, que estaban en la Secretaría General, y me fui alejando poco a poco. Cuando ya volví a un cargo político —o semi-político— que fue cuando Ruiz Jiménez me hizo Rector de Salamanca en 1951, yo estaba ya muy alejado del régimen. Pero, aún así, recuerdo mi desilusión de haber buscado a veces el apoyo o la aprobación de Raimundo Fernández Cuesta, por ejemplo, o de haber asistido al acto realmente fúnebre en 1954 ó 1956, para conmemorar el aniversario de la fundación de la Falange, y que fue el último gran acto de masas de la Falange.

Se hizo aquí en Madrid en el Estadio Bernabéu, y habría unas 70.000 camisas azules; pero fue un acto fúnebre, aquello se veía que se había acabado. Cuando al año siguiente se produjeron los sucesos de febrero de 1956, ya me consideré desligado de la Falange, no me volví a poner el uniforme nunca, y no me sentí ya vinculado a nada. Entonces, me marché de España para Argentina en enero de 1958; y desde entonces ya no he vuelto a estar al servicio de la Universidad en España, más que dos años, porque tenía que revalidar mi pasaporte para volver a entrar en EE.UU.; intenté volver por los problemas familiares que se me planteaban en 1965, y me encontré con la expulsión de Tierno, Aranguren y García Calvo, quienes me convencieron de que no había manera de quedarse aquí. Entonces fue cuando pedí la excedencia definitivamente.

Mi cambio de actitud hacia posturas liberales no me produjo ningún disgusto con el régimen de Franco, porque yo no era un político que me sintiera capaz de dirigir a la oposición. Guardé una conducta prudente. Me limité a escribir, unas veces con mi firma y otras con seudónimo, en los periódicos de la oposición, pero no tuve otra actividad. Mi actitud no me impidió venir a España en vacaciones, y tener aquí a la mayor parte de mi familia. Esto quiere decir que yo había perdido mis ambiciones políticas en 1941, y no las he vuelto a tener. Con mis amigos falangistas tampoco tuve disgustos, porque casi todos evolucionaron de forma paralela a la mía; Serrano Suñer se distanció en 1944 ó 45; en cuanto a Dionisio, iba muy por delante de mí, se separó mucho antes que yo. Es más, cuando yo fui Subsecretario de Propaganda, realmente le sustituí a él, que había renunciado al cargo. En cuanto a Laín y otros, me acompañaron más o menos en el alejamiento de un régimen que nunca nos había satisfecho y que, al convertirse en el *dominio personal* de D. Francisco Franco y su familia, no lo encontramos demasiado atractivo.

Hombre, algunos han vivido del régimen, y se obstinan en reconocer que Franco era la Falange; y alguno de ellos me ataca con su firma en **El Alcázar,** o me escribe una carta diciéndome que cómo yo —sobre todo, desde mis últimas actuaciones—, que he sido su maestro en falangismo, actúo así. Yo no he sido maestro en falangismo de nadie; yo no lo he inventado, lo he seguido durante una época, lo he servido creyendo que aquello podía servir para algo, porque el espejismo del fascismo en la década de los treinta fue muy fuerte. El fascismo es una invención política de cierta lógica, porque frente al Estado totalitario que inventó Lenin, se intentó un Estado totalitario de signo contrario, que apela —en Italia con más moderación— a los mismos procedimientos, que no Stalin, sino Lenin introdujo con la Revolución Rusa.

Tenía una cierta lógica, hasta que se evidenciaron los peligros de un régimen personal, la inmoralidad irremediable que lleva consigo, la falta de crítica en toda la vida política, que conduce a que las manías, caprichos y tonterías de cualquier persona, llámese Mussolini o Franco, y no digamos Hitler, se convierten en ley, y es una barbaridad. Eso nos llevó poco a poco a volver a creer en el Estado parlamentario, donde se discute, donde se controla, donde hay una prensa más o menos libre que por lo menos denuncia las cosas. En fin, que corrige los defectos que la naturaleza humana lleva consigo, y que en la política totalitaria se exacerban.



José Luis L. Aranguren

Me gusta mucho que me haga esa pregunta, porque a los que ya somos viejos, pero no vivimos enteramente como viejos, sino que llevamos todavía una vida activa, de cuando en cuando nos gusta rememorar otras épocas. Y, evidentemente, esta fue una fecha crucial para muchos de nosotros. Yo acababa de terminar los estudios de Filosofía en la Facultad de Madrid; esa Facultad era muy orteguiana, lo que quiere decir que los que estábamos allí —como luego se vio— vivíamos una situación anímica, sin duda equivocada desde la perspectiva de hoy, de un distanciamiento, tanto de lo pasado y de la reacción que amenazaba, como del presente. Ortega y Gasset ya había declarado: «No es esto. No es esto»; se había retraído mucho de la política republicana, en gran parte sin duda —eso no lo veíamos los jóvenes en aquel momento, pero después sí— por un cierto resentimiento con respecto a la categoría predominante que había adquirido Azaña, porque entre Azaña y Ortega hubo siempre una cierta rivalidad, que por parte de Azaña era de una especie de envidia —la palabra no es exacta— o de una cierta emulación, mientras que Ortega, las pocas veces que le oí hablar de Azaña, hablaba de él con un cierto despego, y con un relativo menosprecio. Naturalmente, esto había podido ser una situación de relación entre uno y otro antes de la República, pero con la República el papel de Azaña crece; y Azaña, por otra parte, se revela como mucho más eficaz como orador en las Cortes que Ortega, que era demasiado preciosista y teórico para tener impacto entre los miembros del Congreso. Y con todo eso, el ambiente predominante en la Facultad de Filosofía era de alejamiento tanto de una cosa como de otra, aunque nos sentíamos republicanos.

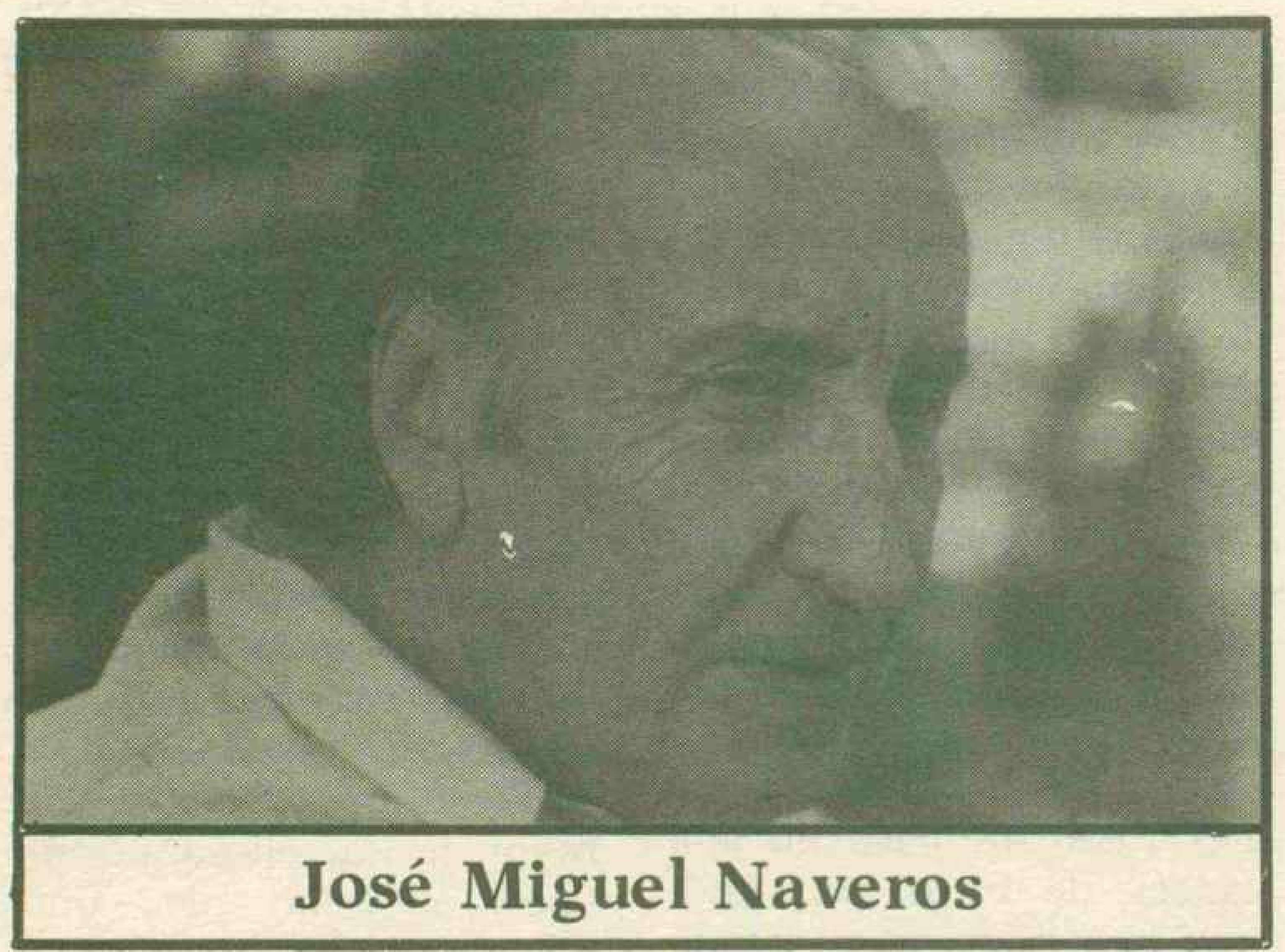
Por otra parte, en mí se dio también el otro entorno, que no es universitario, sino familiar. Mi padre era una persona burguesa, de las que se

suelen llamar apolíticas, y que en definitiva son del orden establecido, y por lo mismo que era apolítico, no tenía ninguna veleidad de adscribirse a nada que fuese de la reacción. Pero yo estoy convencido, aunque él era siempre muy prudente y callado como yo, que el Movimiento no le pareció mal; al principio quizá sí, porque no se sabía lo que iba a pasar, pero una vez que aquello se fue afianzando, no le pareció mal. Y yo tenía un hermano —el único que he tenido— que era de derechas, aunque no pertenecía a ningún partido. Entonces, quiere decirse, que el 18 de julio me produjo una sensación de tremenda soledad, porque en casa me encontré incómodo. Ya habíamos tenido discusiones graves cuando la muerte de Calvo Sotelo, porque en casa pareció muy mal, mientras que yo trataba de entenderlo en su contexto, porque, realmente, hasta cierto punto, él había provocado lo que ocurrió.

En el momento de estallar el Movimiento, nosotros no estábamos en Madrid, sino en San Sebastián; y eso quedó paliado por encontramos en un terreno que era relativamente neutral desde nuestro punto de vista, porque no era lo acérrimo. Por ejemplo, hubo registros que hacían las gentes del PNV, pero eran muy atentos para todo el mundo. En un barrio como el nuestro, que era burgués, se portaban muy afectuosos y simpáticos. De modo que en esos meses que estuvimos bajo el dominio del PNV, al menos yo, vivíamos en un ambiente de gran tranquilidad. Por supuesto, la gente podía ir los domingos a misa, y de hecho iba muchísima gente, porque allí quienes dominaban eran los nacionalistas, y muchos eran de derechas. En conjunto, había un ambiente de gran tranquilidad, y como de un alejamiento de los problemas. Después de que las tropas de Franco entraron en San Sebastián, le encargaron a mi padre que se hiciese cargo de la representación de la Tabacalera en Toledo. Fui yo en su lugar, y estuve hasta el verano de 1937. Eso fue para mí una especie de retiro, que sintonizó muy bien con mi estado espiritual: porque yo me sentía como muy alejado del medio en el que tenía que vivir, porque Toledo estaba en zona de guerra e incluso había paseos públicos por donde no se podía ir porque al otro lado estaban los republicanos. Incluso tuve algunas tendencias místicas. Y estaba muy solo, porque no conocía a nadie.

A continuación fui movilizado, cuando le llegó el turno a mi quinta. Volví a San Sebastián y me pusieron en un regimiento de artillería. Estuve allí unos cuantos meses, hasta julio de 1938. Me casé durante ese período, y después, por una voluntad de cambiar de sitio, pedí ir al frente de Aragón. Cuando fui sometido al expediente administrativo, que acabó con la decisión de separarme de mi cátedra, me preguntaba el juez instructor: «Usted que no quería matar a nadie, estuvo en artillería, que es peor que en ningún sitio»; y yo le decía: «Pero es que yo nunca disparé nada». Al juez, esta contestación mía le irritaba mucho: «Pues mire usted, yo lo que hacía allí era conducir automóviles, y como no atropellé a nadie, estoy seguro de que no derramé ni una gota de sangre humana».

Lo que hice en ese período fue leer enormemente, lo mismo cuando estuve en el frente que en el Hospital, y luego cuando me pasaron a servicios auxiliares. Realmente, yo en la guerra no hice otra cosa que leer. Pero apenas terminada la guerra, yo no sé si por el cambio de régimen o de clima, porque volví a Avila, tuve unos alarmantes vómitos de sangre, y me pasé dos años sometido a un régimen de tuberculoso o algo así. Luego ya me fui incorporando a la vida activa, y empecé a escribir. En principio quise incorporarme a la vida intelectual, pero me encontré un campo absolutamente cerrado a cualquier actividad para alguien que no hubiese sido oficial —como pasó en las primeras oposiciones después de la guerra— y me tuve que dedicar a escribir artículos y libros, hasta el momento del advenimiento de Ruiz Jiménez al Ministerio de Educación, que fue una especie de apertura. Y en una de esas reuniones que teníamos con frecuencia una serie de amigos, entre los que estaba Pedro Laín, fue él quien me convenció de que debía de opositar a una cátedra vacante. Me presenté a oposiciones, obtuve la cátedra, y las dificultades aumentaron al caer el Ministerio Ruiz Jiménez; pero fuimos campeando hasta aquel curso de 1965, que fue mi último curso lectivo en la Universidad.



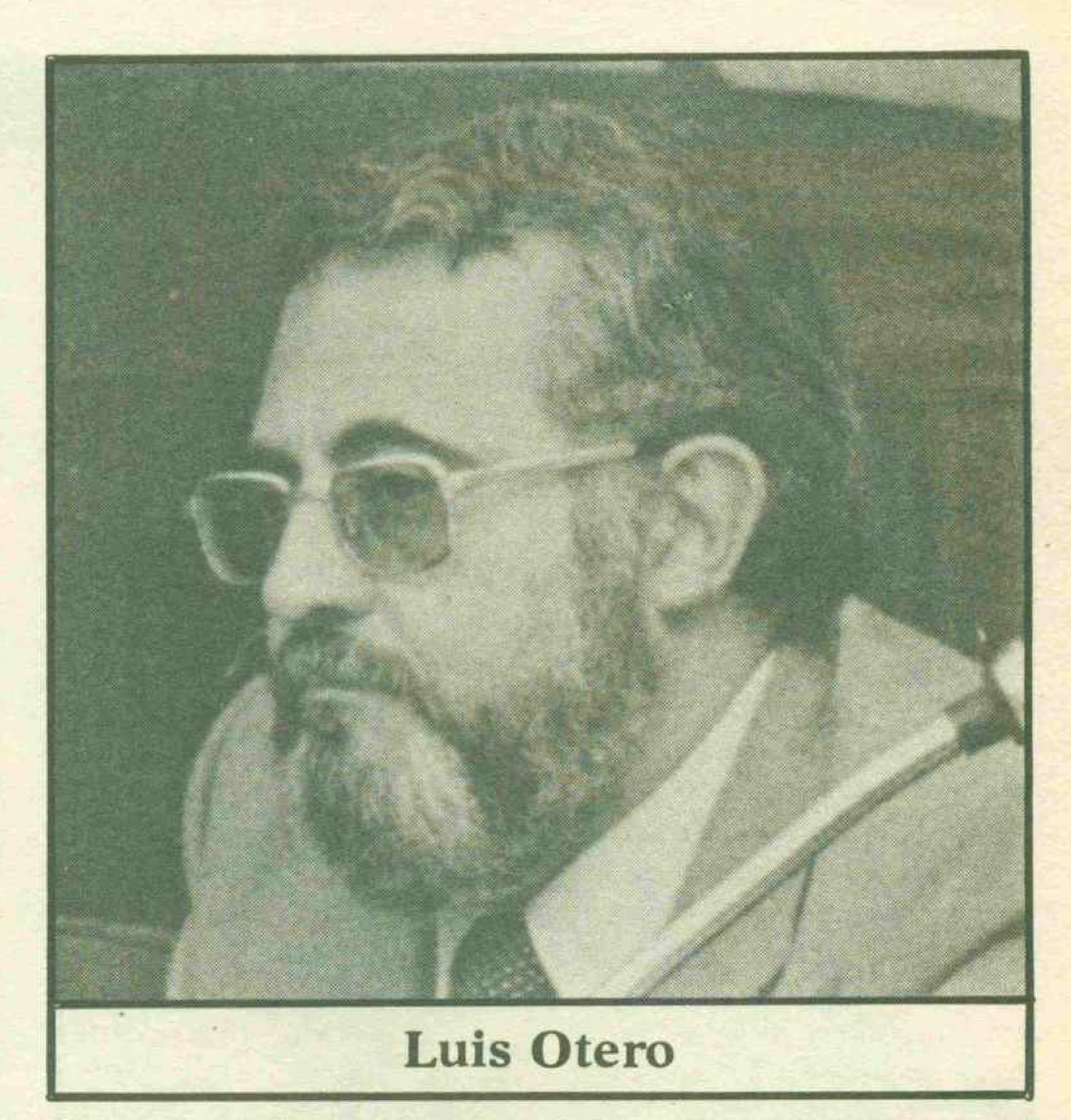
José Miguel Naveros

EL 18 de julio tiene para mí, que entonces tenía 16 años, el sentido de una frustración de la sociedad española, porque España marca dos momentos álgidos en su historia contemporánea, que son las Cortes de Cádiz y la República. La República traía un cambio de toda la vida caciquil española, de todo el fracaso de nuestro Imperio colonial en 1898, y fue la esperanza de toda la juventud. Jamás España ha conocido un movimiento literario, cultural y político como el de la República. En la pequeña capital de Almería donde yo vivía, y donde fui primero Presidente de las Juventudes Republicanas, y luego Secretario Provincial de Izquierda Republicana en 1936, había una inquietud que hoy no hay porque no puede haberla, porque ya no existe aquella juventud llena de entusiasmo, estudiosa, artística, y con unos deseos tremendos de evolución.

En Almería, cuando se declaró el 18 de julio, los temores fueron grandísimos; estábamos a un paso de Melilla, esperábamos que llegaran hasta aquí, sabíamos que el regimiento estaba comprometido, pero Almería no entró en el Movimiento ni el 18, ni el 19, ni el 20 de julio, sino el 21. Ese 21 de julio, estando de Gobernador civil el señor Peinado, que era de Izquierda Republicana, los militares se lanzaron a la calle, no pudieron con el pueblo de Almería. Razones: una, que vinieron los mineros de Serón; y otra que el pueblo de Almería es demócrata, y supieron salir a la calle e imponerse a la sublevación militar. La guardia civil se hizo fuerte en su cuartel, pero no salió de él; el regimiento del Ejército apenas salió, y sólo apareció una compañía que tomó la Puerta Luchena, y tomó la Radio, después de haber dado el teniente coronel su palabra de que él no se levantaría nunca contra el poder legalmente constituido. Nos defendimos como pudimos, pero nos defendimos. Y se dio la circunstancia de que con una especie de restos de tropa que venían de Almilla (Granada) se reforzó el Gobierno civil de Almería. Y a la caída de la tarde, apareció el barco Lepanto, que era republicano, y los militares se rindieron. Pero vuelvo a repetir que Almería se defendió por sí sola. Después, todos pagamos las consecuencias de aquella victoria de la República en Almería, porque la posguerra en Almería fue durísima, extremadamente dura. Allí se hicieron verdaderas monstruosidades, porque el Gobernador de entonces era hijo de Almería y era un cacicón; también por la intervención de los jesuitas, porque Almería era una ciudad poco religiosa, donde había bastante masonería al negociar directamente con Inglaterra, y por eso se creó una sociedad muy liberal, muy avanzada, como no existía en el resto de España. Llegar a Almería era un impacto, porque era entrar en un sitio donde había infinidad de cafés y de establecimientos con nombres ingleses. Tanto es así, que cuando se produjo el 18 de julio, se encontraron con una sociedad que se retrae del Movimiento fascista; y en 1940, la sociedad de Almería continuaba resistiéndose, incluso el capital era liberal. Entonces, los franquistas se inventaron un juicio sumarísimo contra 100 personas por el hecho de repartir el parte inglés, y se las acusó de querer el triunfo de Rusia sobre Alemania. En 1942, el 11 de agosto, se fusiló a ocho personas, entre ellas a una muchacha de 19 años, Encarnita, a Agustín Villaespesa, y a otros más.

Pero no fue un juicio a estos muchachos, sino a Almería, porque la ciudad se estaba comiendo a sí misma, no salía su uva ni su almendra, ni su esparto, y toda la sociedad almeriense estaba en contra del movimiento franquista. Por eso, el juicio y los fusilamientos se hicieron para asustar a Almería, hasta tal extremo que el juicio se celebró en la Escuela de Artes y Oficios acordonada por una compañía del Ejército, y se le dio tal espectacularidad que dejó a Almería anonadada. Desde entonces, ha sido la provincia que durante el franquismo ha estado quizá más perseguida, y que económicamente se ha encontrado en la mayor pobreza.

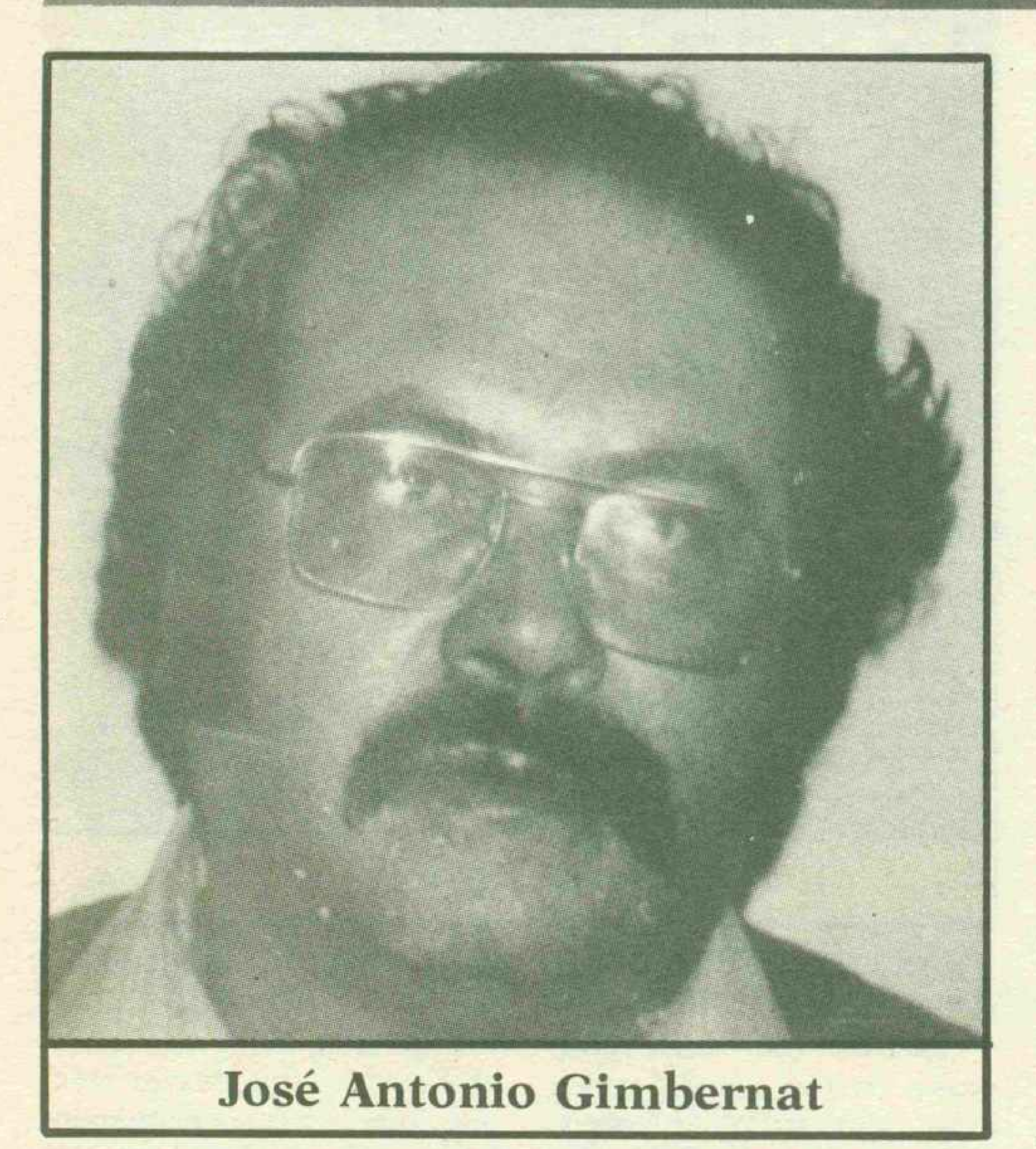
Yo estuve en la cárcel. Después me pusieron en libertad vigilada, y me vine a Madrid, donde a través de amigos míos estuve trabajando en distintas editoriales. Así fui tirando hasta donde podía en una resistencia pobre, porque ni resistencia se podía hacer al no tener medios. Hay que reconocer que la única resistencia valiosa y congruente que se hizo en España fue la del Partido Comunista, porque los demás partidos sólo pudieron ir tirando. Había que recordar, y yo lo recuerdo, que cuando se produjo la Segunda Revolución Francesa, le preguntaron a un intelectual: «¿Usted qué ha hecho por la República?». Y el intelectual se encaró con el Tribunal, y le dijo: «¿Le parece a usted poco haber salvado la vida?». El que salváramos la vida, el que siguiéramos trabajando, el que siguiéramos moviéndonos, ya fue bastante hacer por la democracia.



Luis Otero

PARA mí, lo mismo que para todos los españoles que empezábamos a vivir en aquella época —yo tenía entonces cuatro años escasos— el 18 de julio de 1936 ha supuesto marcarnos toda la vida: nuestra forma de educarnos, nuestra forma de convivir, de relacionarnos, etc. Aparte de eso, en mi caso personal, teniendo en cuenta que mi padre era militar y fue fusilado por los republicanos a los pocos días del 18 de julio, tuvo una mayor influencia, porque con este motivo, y la imagen que me quedó, deseé ser militar, agravado por la educación que recibí de tipo religioso y de tipo tradicional, apegado a una serie de mitos y de valores, un poco pensando en glorias y en tener que emular los pasos de mi padre, que me parecía un héroe. Esto, naturalmente, me ha condicionado para toda la vida: me vi metido en el Ejército, una institución que empecé a conocer cuando tenía 18 ó 20 años. Pero me empecé a dar cuenta enseguida de que de aquellos mitos y de aquellas ideas que había tenido de niño, había muy poco, mejor dicho, no había nada, y que las razones que habían llevado al 18 de julio eran muy diferentes de las que a mí me habían enseñado. Esto me supuso un largo camino de Damasco hasta llegar a encontrarme en posiciones completamente opuestas a las que habían marcado el comienzo de mi vida. Así que, tanto desde un lado como desde otro, esa división que marcó el 18 de julio la he vivido yo personalmente.

LOS HIJOS DEL MIEDO



José Antonio Gimbernat

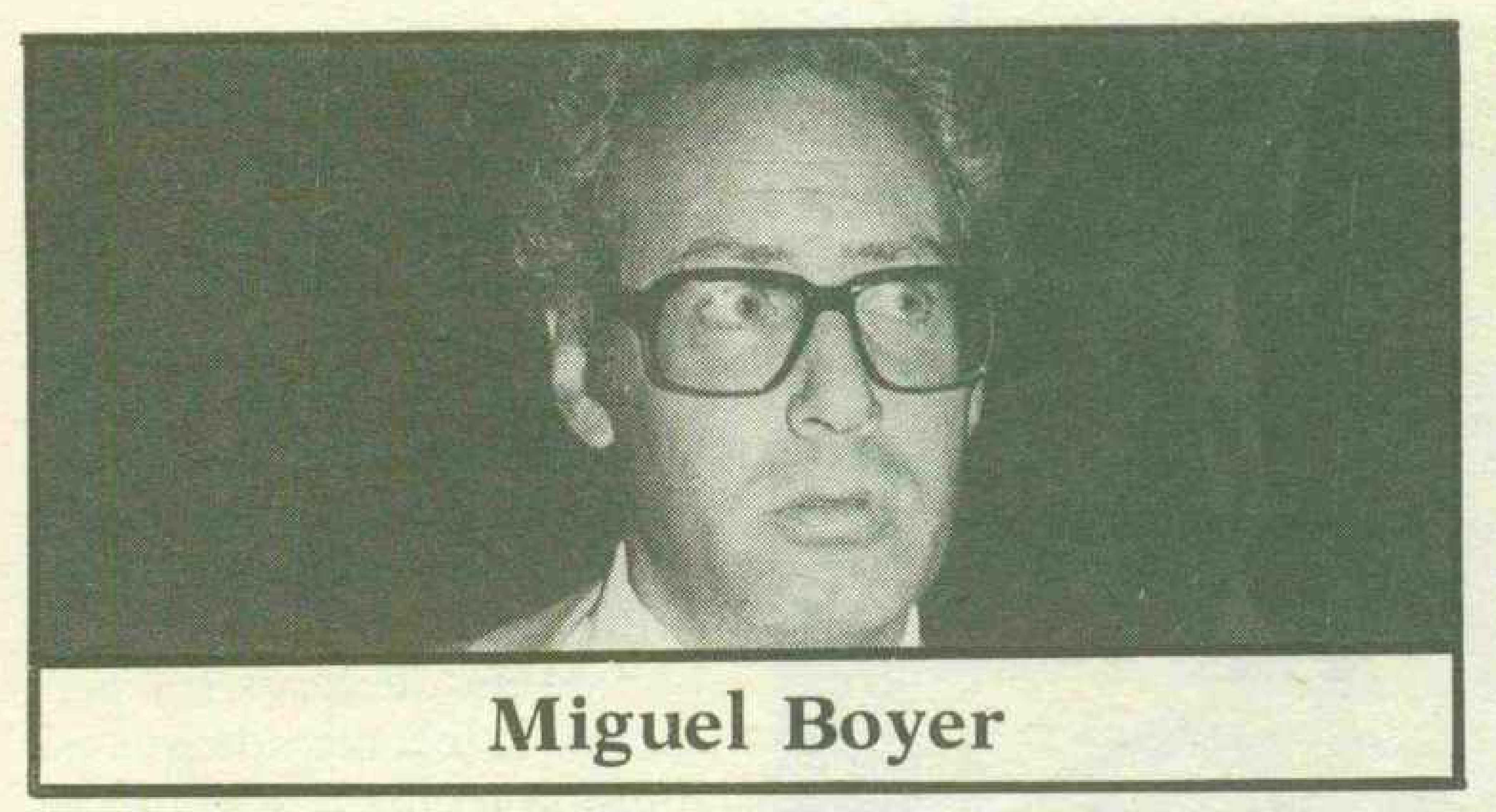
COMO nacido poco después del 18 de julio de 1936, es evidente el enorme influjo de aquella fecha en la propia vida. La guerra civil y su resultado configuraron coactivamente una forma de sociedad y de pensamiento. Los que fuimos educados en la sociedad surgida de aquel 18 de julio, fuimos determinados por aquella forma concreta de entender la convivencia e interpretar la vida.

Aludiendo sólo a algún aspecto del posible análisis, me referiré al factor religioso. A la generación de la posguerra se nos introdujo en una forma de cristianismo que se ha llamado nacional-católica. Catolicismo de corte reaccionario, vuelto de espaldas a la cultura contemporánea y a la modernidad. Este tipo de catolicismo fue uno de los componentes más activos en la creación de una sociedad intransigente, autoritaria, inculta, farisaica e insolidaria. Ese era el único catolicismo socialmente verosímil en la sociedad fundada por los vencedores y fue el que en líneas generales prosperó.

En mi formación, como jesuita y sacerdote en una primera época (década de los cincuenta), me encontré inmerso en esa ideología religiosa. Eran unas ideas, y sobre todo un clima y una sensibilidad o carencia de ella. El significado político de ese catolicismo como legitimador del franquismo es de sobra conocido. Culturalmente se alienaba en la barrera nacional contra la Ilustración, que evidentemente tiene nombre europeo.

Ante esas referencias religiosas, pronto inicié un itinerario de reestructuración de creencias y actitudes, semejante al que la gente de mi generación tuvo que hacer en lo cultural y lo político. Después de una primera etapa de aceptación de lo transmitido, aparecen ya pronto las primeras confrontaciones críticas, el rechazo y la búsqueda de un cristianismo culturalmente moderno y socialmente responsable. Son años de reconversión difícil, accidentada, con fuertes conflictos con la Institución eclesial. El balance tanto en lo colectivo como en lo individual no es fácil. El oscurantismo civil y religioso del franquismo ha sido traumatizador, pero los resultados no son sólo negativos. Surgió una generación de resistencia. Hubo un rearme moral también en lo religioso. El resultado fue que, por primera vez en la historia de España, el catolicismo se hace pluralista, no aliado inexorable de la reacción.

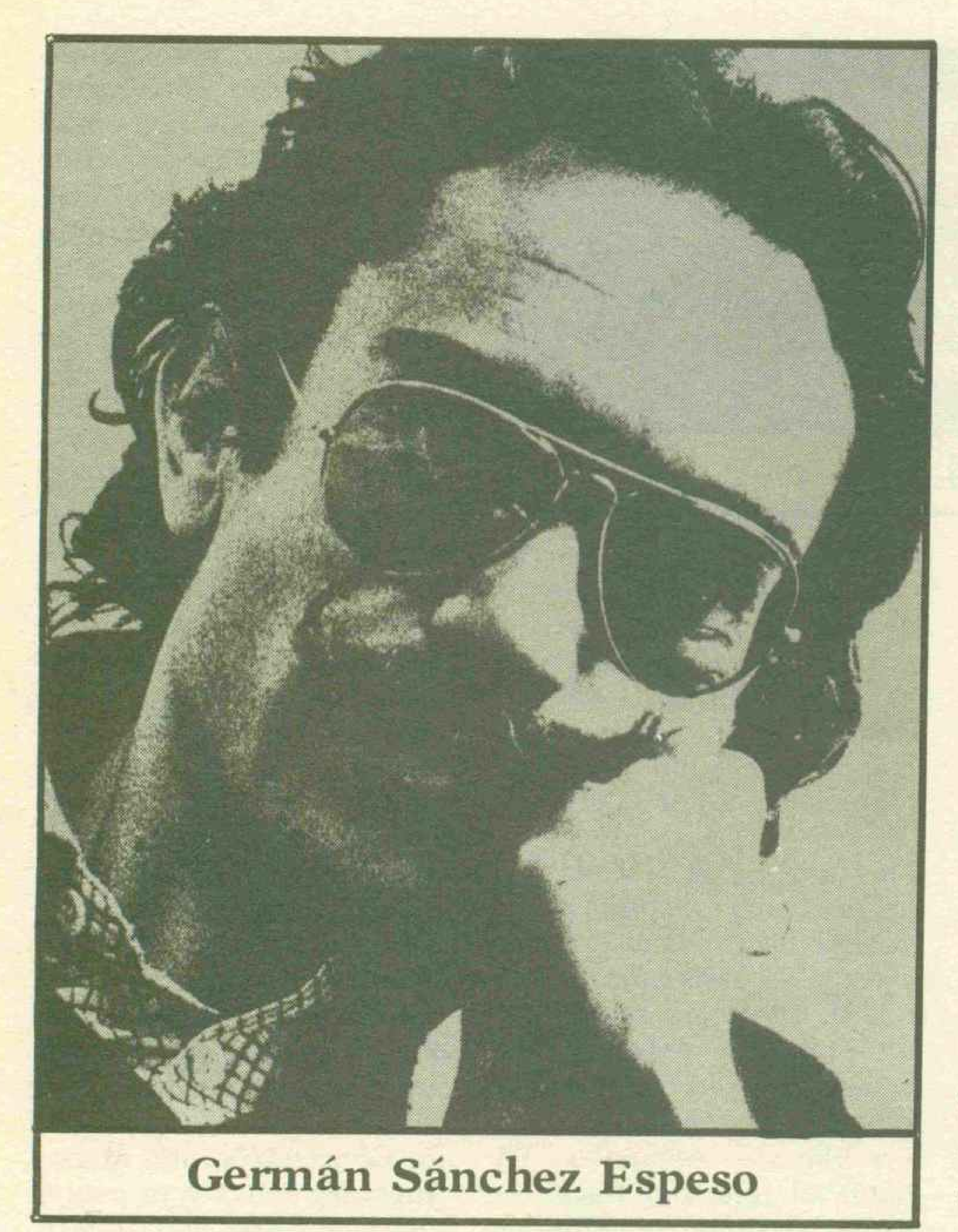
En suma, la guerra civil y sus vencedores condicionaron a sus hijos, pero ciertamente no siempre los asimilaron y domesticaron.



Miguel Boyer

YO nací justo al acabar la guerra, el 5 de febrero de 1939 en San Juan de Luz, porque mis padres eran republicanos, y habían salido de Cataluña unos días antes del derrumbamiento final. Se instalaron en el País Vasco francés, pues mi madre era de Irún, y aquella zona era conocida para ellos. Es decir, yo nací al empezar el exilio de mis padres, que duró sólo un par de años. Por consiguiente, el 18 de julio perturbó grandemente la vida de mi familia, que era una familia azañista, sufrió como tal las consecuencias de la derrota republicana, y tardó un cierto tiempo en readaptarse a las condiciones de vida en la España franquista. Volvieron, fundamentalmente, porque mi abuelo materno había sido condenado a muerte, y mi madre quería interesarse por él. La familia se instaló en Puertollano (Ciudad Real), donde mi padre trabajó en una sociedad minera francesa. Por eso, pasé mis primeros años en el campo, y en un ambiente familiar de oposición al franquismo, aunque ya no había posibilidad de tener una actividad política, porque creo que la mayor parte de la generación de mis padres quedó muy traumatizada por la guerra civil, y, por otra parte, el partido de Izquierda Republicana en el interior de España no actuó prácticamente después de la guerra.

Más tarde vine a Madrid a los nueve años; estudié en un Colegio francés, que era una especie de oasis para personas de ideología republicana, porque estaban de acuerdo con lo que Francia representaba entonces para los liberales españoles. Ya hacia el final del Bachillerato —terminé en 1956—, e inmediatamente después de entrar en la Universidad, comencé a tener relaciones políticas con personas de mi generación. La primera vez que tuve actividad política fue en lo que se llamaba la Agrupación Socialista Universitaria —la ASU— al mismo tiempo que Luis Gómez Llorente, Miguel Angel Martínez, y otra serie de personas que luego en la política española se incorporaron, lo mismo que yo, al Partido Socialista Obrero. Y desde entonces, con altibajos de mayor actividad según las fases, he seguido en el PS. Esto quiere decir, que en los primeros tiempos actuábamos en la ilegalidad, con una actividad política difícil por el choque de la generación de posguerra que no había conocido la política anterior a 1939. En mi caso, y en el de mis compañeros políticos, con el Partido Socialista en el exilio, que estaba muy marcado por las condiciones políticas anteriores a 1939, y contaba con una generación dirigente de edad bastante avanzada. La relación fue difícil, tanto por nuestra inexperiencia como por los defectos que se producen en cualquier partido en el exilio, y que desde luego se producían en el PS. De todas maneras, se sobrellevó con las dificultades subsiguientes sabidas por todos, y la actividad clandestina que pudimos hacer en España tuvo el desarrollo que nos permitían las circunstancias. Los que dirigíamos las Juventudes Socialistas fuimos a la cárcel alguna vez: en concreto, Gómez Llorente, Miguel Angel Martínez y yo estuvimos seis meses en Carabanchel en 1962. Esto en mi caso supuso un retraso en mi carrera universitaria —estaba en 4.º curso— y además estaba haciendo el servicio militar. Supuso una perturbación más grave en la medida en que después, como estaba haciendo la licenciatura en la Junta de Energía Nuclear, fui expulsado de ella, bajo el pretexto de que había material estratégico, y que los tratados con los americanos impedían tener allí a personas con ideología socialista. Por eso, no me quedó otro remedio que orientarme hacia la economía.



Germán Sánchez Espeso

EL 18 de julio de 1936 tuvo bastantes consecuencias, porque de alguna manera aquello ha afectado mi vida entera, puesto que yo nací en 1940, y prácticamente he vivido toda mi vida, hasta los 38 ó 39 años, bajo aquella forma de Gobierno franquista con todas sus consecuencias: desde el punto de vista político, sociológico, mental, religioso y cultural.

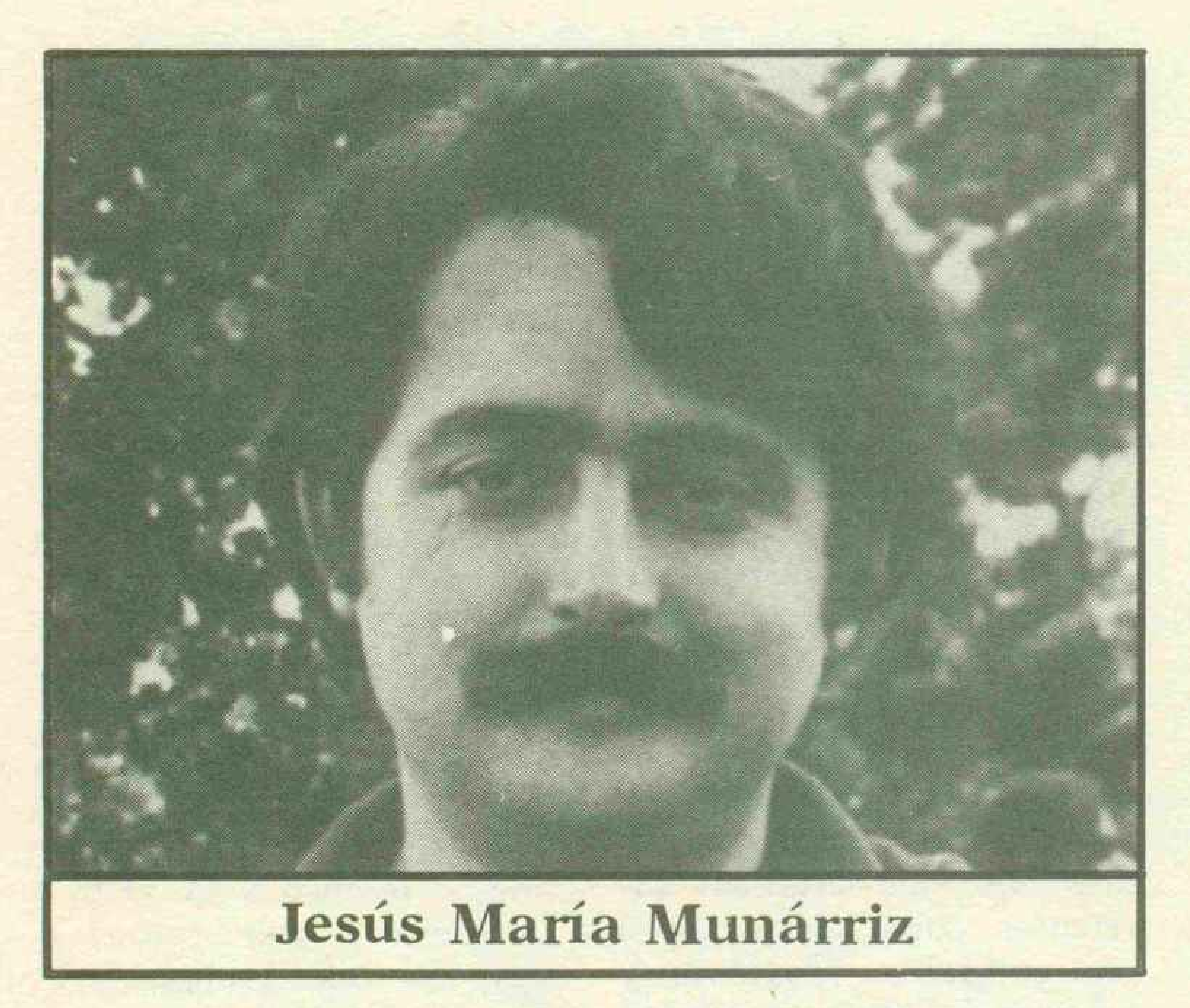
Yo he padecido toda la represión católico-nacional de la época, y la he sufrido no solamente en mi educación moral, religiosa y sentimental, sino también por mi propia labor literaria. Mis primeros libros fueron escritos en la época franquista bajo el poder de la dictadura, algunos de ellos fueron mutilados, y como escritor he sufrido todo lo que tiene que sufrir un escritor en un régimen totalitario: el miedo a la censura, la autocensura, o la censura previa que se hace uno mismo sabiendo que no puede escribir sobre algunos temas. Desde el punto de vista religioso, también he sufrido muy directamente aquella especie de nacional-catolicismo de entonces, puesto que mi adolescencia y mi infancia han estado marcadas por él. Yo nací en Pamplona en 1940, una ciudad profundamente católica, y yo era un niño ya consciente desde 1947, y como tal me cogió de lleno aquella forma de pensar y de actuar. Hasta tal punto, que a los 17 años entré jesuita y fui jesuita hasta los 28. En la Compañía de Jesús fui perdiendo la fe a medida que estudiaba teología, y entonces la abandoné. Pero no cabe duda de que toda esa época y toda esa primera parte de mi vida, con ese trayecto religioso, fue origen y causa bastante directa de la época en que nací, del catolicismo de la posguerra y de la propia ciudad en que me crié, una ciudad de provincias donde el catolicismo era un dogma. Porque si en lugar de nacer en Pamplona en el año 40, hubiera nacido en una República en el mismo año, posiblemente ni hubiera ido a un colegio católico, ni la influencia católica hubiera sido tan trascendental y tan decisiva en mi vida.

Eso respecto a la religión y a la literatura. Respecto a la moral, han caído sobre mí todos los males que la moral católica acarreaba en el tiempo del franquismo, como era aquella falta de información sobre lecturas, aquellos terribles temores que la religión católica usaba para oprimir a los niños. En la moral sexual, por ejemplo, ha acarreado todo aquello que a partir del 18 de julio, y por haber ganado la guerra los que se llamaban nacionales, y la Iglesia católica con ellos —recordemos que los obispos bendecían los cañones de los naciona-

les—. Esta fue la gran represión sexual que he sufrido en mi vida, no por haber sido jesuita en aquella época, sino aunque no lo hubiera sido, porque todos mis compañeros que no entraron jesuitas han arrastrado todos mis temores —y todavía los arrastran— y los arrastramos de alguna manera; porque es muy difícil, o prácticamente imposible, desarraigar del todo unos sentimientos. Y todo eso ha dejado una huella profunda en mí, hasta tal punto que cuando salía al extranjero he sentido vergüenza de ser español, porque estaba en inferioridad de condiciones. No era un problema de ser más ricos o más pobres que los franceses, o que los ingleses o que los yankis, sino estar castrados, llevar la marca en la frente como los nazis se la pusieron a los judíos, de ser subdesarrollados mentales por estar debajo de una dictadura. Y todo esto no sólo lo hemos padecido por aquel maldito 18 de julio, sino que lo seguimos padeciendo; es decir que es algo que ya no podemos desarraigar de nuestras vidas.

En cuanto a mi infancia y a mi familia, yo recuerdo que en mi colegio había como dos grandes bandos: uno, el de los requetés o los carlistas, y otro el de los separatistas o los vasquistas; no contaban para nada los falangistas, porque en Pamplona no se dio este tipo de ideología, y las cuatro personas que eran falangistas eran enormemente despreciadas por la población. Cuando en mi colegio, los niños tomaban partido por un bando o por otro, yo preguntaba en mi casa: «¿Papá, y yo qué soy». Y en mi casa siempre me dijeron: «Tú no eres nada, nosotros no somos nada». Y siempre me recomendaban no meterme en jaleos, porque realmente era peligroso. Mi padre, por lo que yo recuerdo, no tomó partido en la guerra; no fue a la guerra, porque era miope —tenía ocho dioptrías en cada ojo— y eso le sirvió para que nadie se metiera con él. A mí me pusieron en manos de los jesuitas cuando tenía 10 años, y por eso yo no he recibido en mi casa una educación de ningún tipo, porque mis padres han sido católicos corrientes, como todos los de una capital de provincia, y en especial de una ciudad como Pamplona, que ha dado el número mayor de curas y de monjas de toda España. En mi casa no había un especial fervor religioso; el único creyente fervoroso que había en la familia era yo, porque era un niño muy imaginativo y abierto a la aventura, y la única aventura que se me pudo proponer en aquel momento era entrar jesuita, y poder ir a convertir paganos a la India o a la China.

Pero una de las sensaciones que he tenido de mi vida, y de la vida que se ha vivido en este país, es la sangre. Siempre he vivido bajo un régimen de terror o de horror desde niño. Yo soy un tipo temeroso, que tiene miedo. Y vivo angustiado. Y recapacitando de una manera psicoanalítica de dónde me puede venir a mí esta especie de terror, he llegado a la conclusión de que desde mi infancia siempre he estado rodeado de sangre. Porque cuando era niño, la religión nos presentaba a un ser nada menos que clavado en una cruz; estamos acostumbrados a verlo, pero, ¡se dice pronto!, la imagen que puede dar un ser clavado en una cruz y chorreando sangre. La sangre es un elemento primordial en nuestra vida, por haber sido filtrada a través de una religión totalmente sanguinaria, absolutamente sangrienta no solamente en sus símbolos —hemos visto santos que llevaban la cabeza en la mano, otros atravesados por flechas, como San Sebastián, e incluso a la Virgen atravesada por puñales. Después, todos los relatos de nuestra infancia eran sangrientos, desde la Caperucita Roja, pasando por la Blancanieves y la manzana envenenada, y los ogros que eran gigantes que se comían a los niños. No ha habido en mi vida un cuento siquiera que fuera relajante. Todo esto va unido a las historias que oíamos del tiempo de la guerra, que eran todas absolutamente terroríficas, desde las checas, los fusilamientos, etc. Por consiguiente, toda mi infancia ha sido un mundo de horror; yo he oído en Navarra cosas que me espeluznaban, como lo que se llamaban los «paseos» que daban los nacionales a los rojos, o los rojos a los nacionales; gente que desaparecía de sus casas y se encontraban fusilados en una cuneta. Es decir, todo un mundo sangriento que ha inundado nuestras vidas. Yo me siento traumatizado por este mundo de sangre que rodeó mi infancia, y que se lo debemos al 18 de julio.



Jesús María Munárriz

YO no estaba en el mundo el 18 de julio de 1936, porque ni siquiera se conocían mis padres, pero naturalmente tuvo muchas consecuencias para mí. De hecho, 35 años de mi vida han estado completamente en función de este acontecimiento.

En un librito que escribí y que se llama **Cuarentena,** empezaba diciendo: «Yo nací en el 40 y la paz empezó en el 39», así que me tocó prácticamente toda. Es decir, nos tocó la paz, pero la paz entre comillas; naturalmente, eso nos condicionó muchísimo. Vivimos una infancia en un mundo que no tenía mucho que ver con otros mundos, que era distinto al del resto de los países europeos, que era un mundo aislado, donde predominaban los pensamientos que en otros sitios estaban completamente caducados, la religión imperaba por todas partes, había una única política. En fin, lo que todos sabemos que ha sido el franquismo. Por otro lado, tiene un aspecto positivo: hizo reaccionar a muchos. La verdad es que entre las generaciones educadas en el franquismo, hay una que no tuvo remedio, que no supo salir del hoyo, que es aquella generación a los que les pilló muy jóvenes, y fueron educados en los años cuarenta, que es una generación muy acomodaticia, y que no se revolvió prácticamente nunca. Pero las generaciones siguientes, cada vez nos tomábamos el régimen menos en serio. Concretamente en mi tierra, que es Navarra, aunque uno pudiera pensar que aquello era el centro del franquismo, porque de hecho había sido uno de los focos de la guerra, el ambiente no era del régimen, aunque fuera de derechas y tampoco era absolutamente nada falangista. La Falange era una auténtica irrisión: se te aparecía alguien vestido de falangista, y era un cachondeo general. Los carlistas tenían su fuerza, pero tampoco demasiada, porque los habían controlado bastante. Y se puede decir que no era un ambiente nada pro régimen, por lo menos en nuestro colegio, que era el de los jesuitas, y por tanto de niños bien. Creo que no había nadie en mi clase, por ejemplo, que se pudiera pensar que era partidario del franquismo; había un carlista oficial con algunos simpatizantes; otros, con una tendencia nacionalista bastante reprimida, y tampoco recuerdo que hubiera gente de izquierdas.

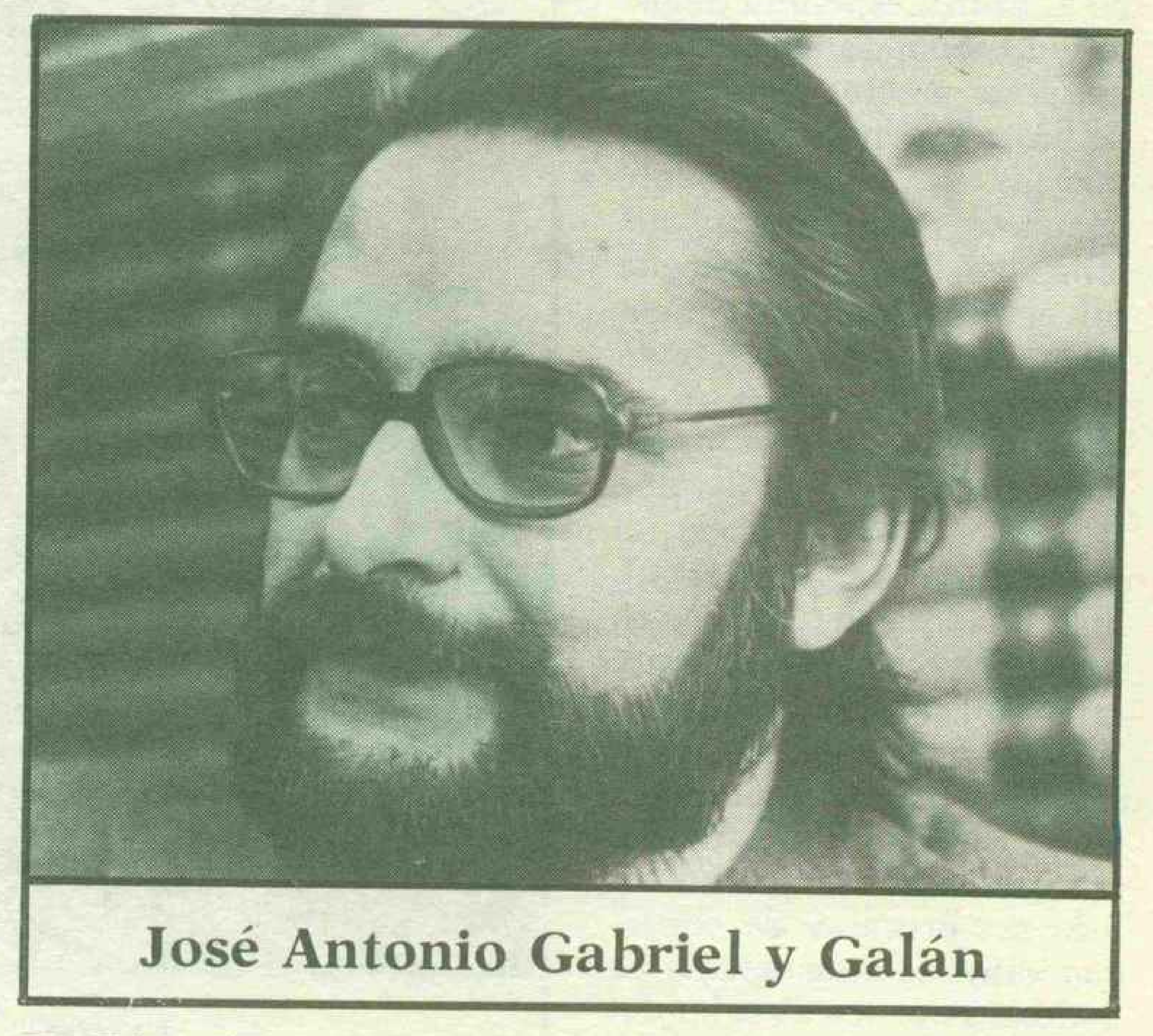
Yo, en cambio, tenía una familia muy variopinta, y en ese sentido el 18 de julio, respecto a los recuerdos familiares contados y oídos tantas veces en casa, me marcó bastante. Mi padre tenía siete hermanos, y mi madre nueve, con lo cual había para todos los gustos. Por parte de padre, había desde un alferez provisional, que se apuntó voluntario y que es caballero mutilado, hasta tres tíos míos, que siendo comunistas y anarquistas en Zaragoza, vieron fusilados a todos sus amigos, y ellos se acabaron metiendo voluntarios carlistas para salvar el pellejo. Y se dio el caso de que a un tío mío fueron tres veces al frente a fusilarlo, y el Capitán de su Tercio de Requetés lo defendió las tres veces, y consiguió salvarle la vida. Y luego, la familia de mi madre: un tío mío era de las JIR, que se disfrazó de ciclista el 18 de julio de 1936, salió de Pamplona y dijo que iba a Irún a una carrera. Por la carretera, se fue cruzando con la Guardia Civil, que le

preguntaba: «¿Qué tal Pamplona?». «Bien, bien —contestaba él—, está todo el mundo por la calle, la Falange, el Requeté, pero todo tranquilo». Y así fue pasando. Al final, llegó a Elizondo, allí consiguió pasar a zona roja por unos caseríos e hizo la guerra con un grupo de gudaris anarquistas. Y otro tío mío, más joven, se pasó toda la guerra en el Fuerte de San Cristóbal de Pamplona; vaciaron la celda no sé cuantas veces, y cayeron los que tenía al lado, menos él; y salió de allí con una lesión de corazón que le ha durado toda la vida. En casa de otra tía, hermana de éstos, detuvieron al secretario del PCE de Pamplona y lo fusilaron. Y mi tía, que sigue siendo una mujer de tremenda personalidad, quince días después se fue a montar una bronca al general Mola a su despacho, pidiendo trabajo para su marido, y cómo sería que consiguió que le dieran trabajo inmediatamente. Hay recuerdos muy grabados en mí. Mi abuelo vivía exactamente enfrente del despacho de Mola, y se pasó toda la noche del 18 de julio en la ventana fisgando —porque mi abuelo era muy fisgón— lo que hacían, y decía: «Estos están montando una...». Y una de las primeras cosas que hicieron a la mañana siguiente, cuando empezaron a salir grupos armados del Gobierno Militar, y alguien gritó: «¡Viva Rusia!», empezaron a mirar por las ventanas, y dijeron, que había sido un vecino de mi abuelo que era concejal republicano (se llamaba Sacar). Aunque estaba durmiendo, lo sacaron de la cama, y lo fusilaron inmediatamente.

Yo me comprometí políticamente, como todos los de mi generación, porque no se podía tolerar vivir en un Estado como aquel; milité en el PCE bastantes años, porque era la única salida decente que nos quedaba. Además comencé a cantar, como una forma de protesta, con un grupo de gente de la Facultad, como Chicho Sánchez Ferlosio, que era el alma de todo aquello. Una vez detuvieron a un señor de la Cámara de la Facultad, porque presentó una propuesta contra la FERE, y se armó un tinglado bastante gordo en la Cámara. La policía dijo que no le habían detenido por eso, sino porque tenía unos papeles sospechosos en sucasa, y entonces empezamos a hacer canciones pidiendo la libertad de aquel señor, que curiosamente se llamaba Luis Gómez Llorente. Una de aquellas coplas decía:

En su celda Luis Llorente
no distingue noche y día
el asunto del decreto
no se aclara todavía.

Pero ha sido una época muy divertida, pese a todo. Ha habido una mezcla de miedo y de entusiasmo: lo pasábamos muy bien, aunque estábamos siempre llenos de miedo. Pero aquellos eran otros tiempos.

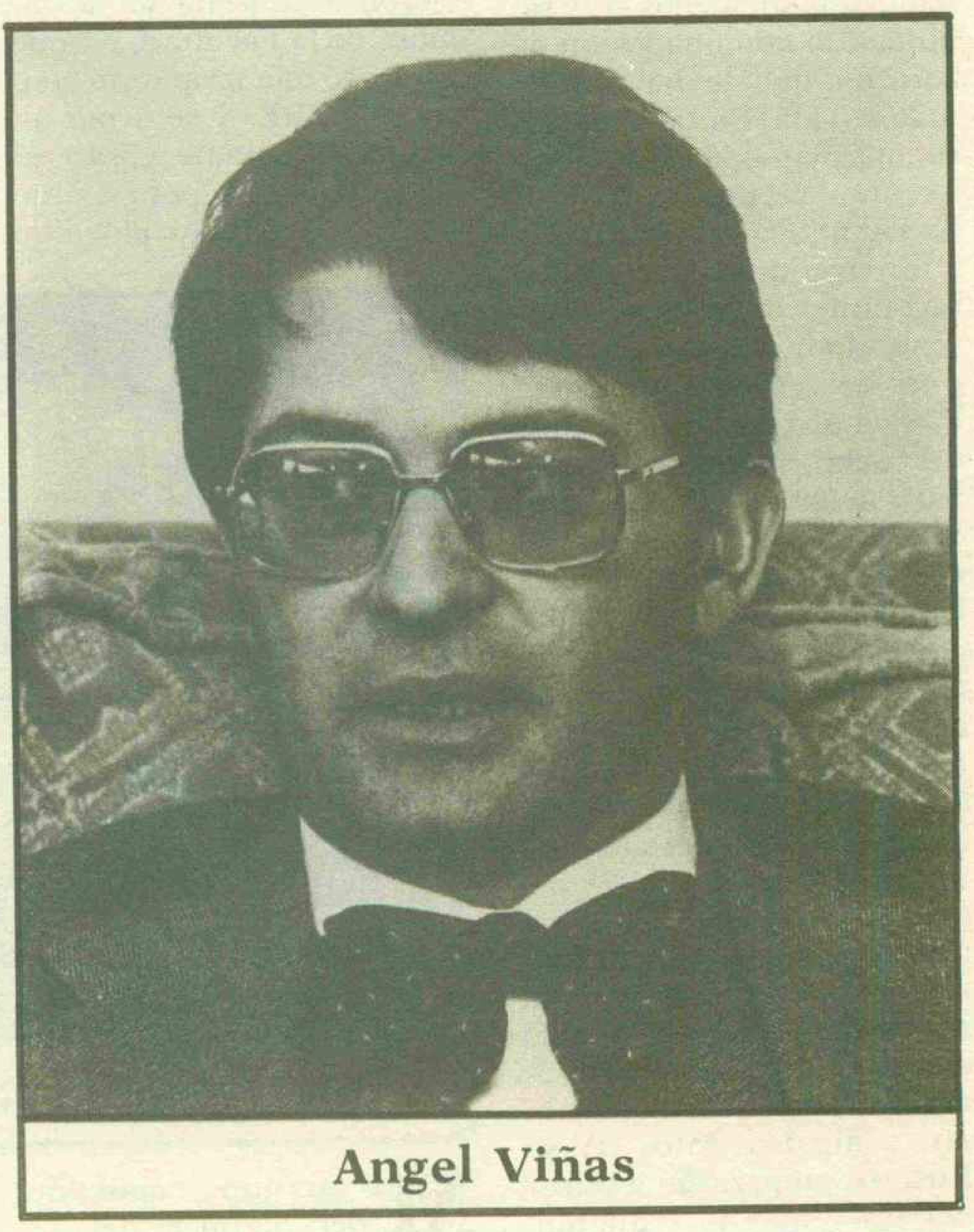


José Antonio Gabriel y Galán

Mi primer recuerdo del régimen del 18 de julio se remonta a 1944, cuando vivíamos en Plasencia. En el Parque de San Antón, donde íbamos los niños a jugar, había un cuartel, y a la caída de la tarde arriaban la bandera, y todos los transeúntes y toda la gente que paseaba por allí en ese momento tenía que pararse, ponerse firmes y levantar el brazo con el saludo

fascista, incluidos los niños. Entonces, mi primer recuerdo es verme a mí y a mis amiguitos con el bracillo estirado. Yo calculo que aquéllo, tuvo una significación más amplia, que con el tiempo he ido apreciando. Me parece obvio comenzar a explicar todo lo que en la educación de una persona puede significar una estructura dictatorial como la que padecimos, y el problema es que no hemos conocido otra, porque el que la ha conocido tiene una referencia y ambición de libertad que le permite ir subsistiendo. El problema de los que hemos nacido a partir de 1940 es que no teníamos más referencia que aquella estructura férrea. Entonces, como Segismundo, cuando vives bajo una losa, no eres consciente de hasta qué punto te abruma. Es ya posteriormente cuando te das cuenta de que falla algo. Por eso pienso que mi generación es típicamente escapista —en el buen sentido de la palabra— toda su vida; es decir, que mi generación ha sido de las que ha ido a París a hacer el aprendizaje de la libertad, disimulado con mil cosas, unos con el exilio voluntario, otros con el exilio involuntario, etc. Pero en el fondo íbamos a buscar una especie de nuevo mundo que desconocíamos. El choque ha solido ser brutal y de consecuencias bastante nefastas, e incluso estériles al cabo del tiempo.

Qué duda cabe que para un literato esto es más grave todavía, porque implica una autocensura superpuesta a la censura general, y que es natural, no es una autocensura forzada, porque al no conocer la libertad no sabíamos escribir libremente. Yo, en mi primera novela, publicada en 1972, escribí un capítulo en el que el personaje trataba de hacer un ejercicio extraño que era escribir libremente, sin censura ni autocensura, y le salían cosas absurdas, hasta que llega a la conclusión de que no sabe escribir en libertad. Para un escritor esto es sin duda lo más grave, y en mi caso, es uno de los condicionamientos que me parecen que me han marcado con más gravedad, porque la libertad es algo que se mama desde el principio, y si no se tiene es muy difícil adquirirla racionalmente; la libertad es una tradición, y esto lo estamos viviendo ahora, el hecho de que en este país no haya tradición de libertad significa que la imposición actual de una especie de libertad esté sufriendo cercenamientos y equívocos por todos los lados.



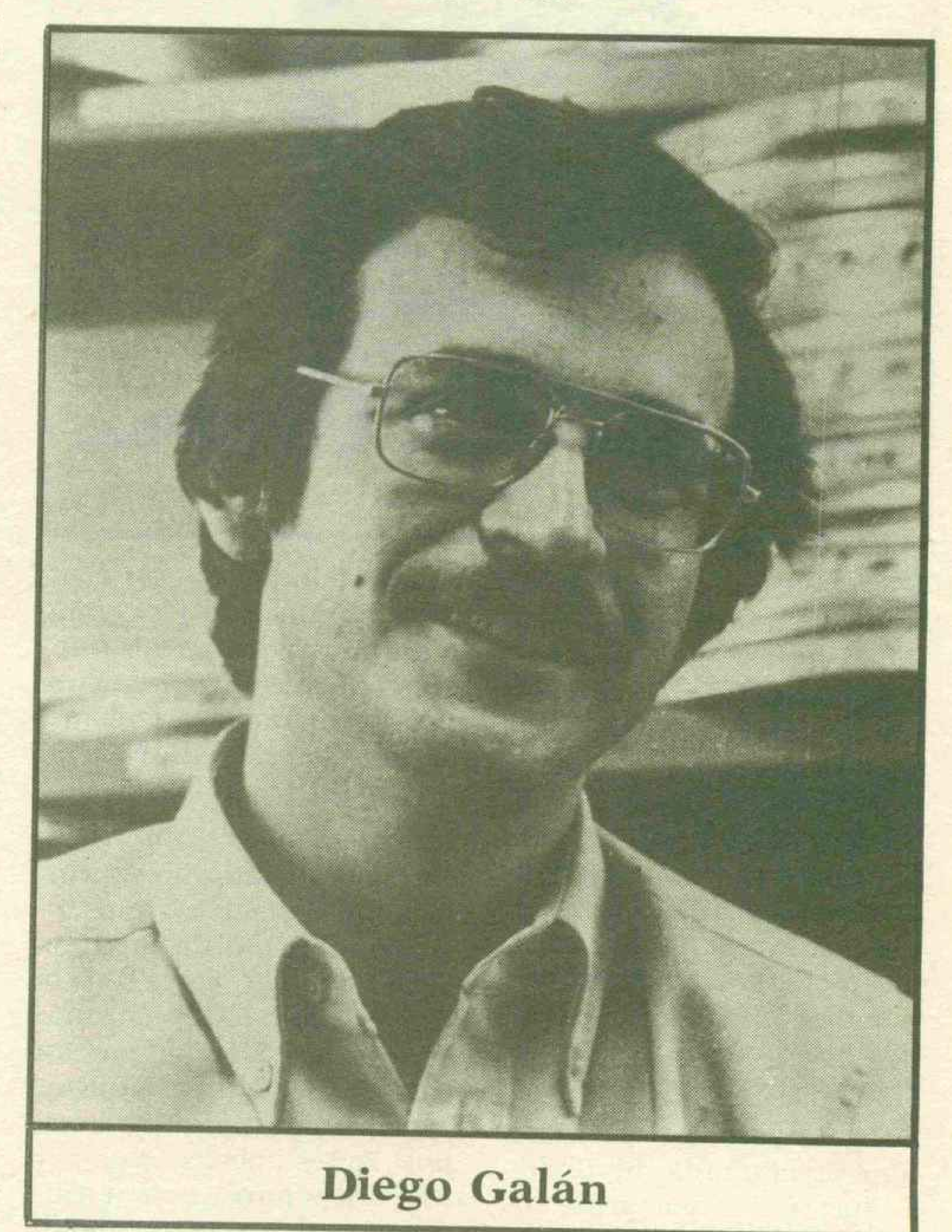
Angel Viñas

NACI después de la guerra que, posiblemente, indujo a mis padres a tener hijos y que dividió a mi familia por partes iguales. Nadie de ella desempeñó un papel importante. Mi niñez transcurrió en una atmósfera marcada por recuerdos de la expe-

riencia republicana, por relatos sobre la guerra civil, por la evocación de los parientes que en ella perecieron, por los temores a la represión (que sólo se cebó limitadamente entre mis familiares) y por las discusiones que suscitaba la acción contra los maquis en una zona de la serranía de Cuenca donde solíamos pasar los veranos. En un sentido amplio, me parece que las consecuencias para mí del 18 de julio en el plano familiar no destacan entre las que sufrió la masa de españoles que contribuyeron al esfuerzo de guerra y que soportaron aquí positivamente la posguerra.

En el plano profesional no tuvo ninguna, salvo que ya en los años setenta dediqué buena parte de mi tiempo a investigar ámbitos concretos de la génesis del 18 de julio y de la propia guerra civil, ligados a mi interés por los aspectos económicos e internacionales de la misma.

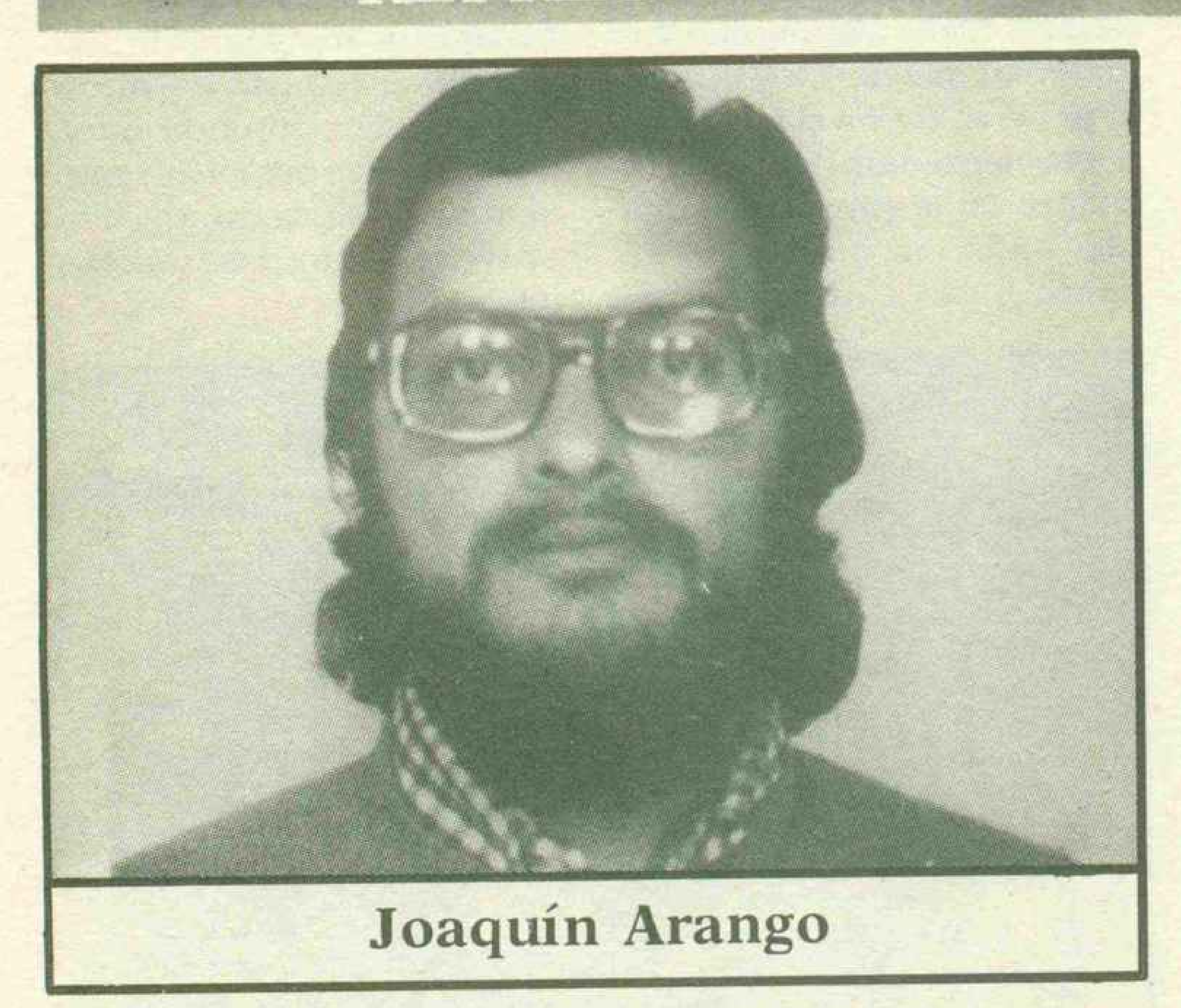
En el plano intelectual moldeó de forma total mi evolución emocional. También la formación primera, que debo en buena parte a la inolvidable y beneficiosa influencia de una pareja de maestros represaliados en la posguerra, y que pertenecían a las entusiastas promociones de jóvenes enseñantes republicanos. La percepción de la España de Franco con los ojos de un muchachito de segunda enseñanza hizo que ya a los dieciséis años empezara a pasar largar temporadas en el extranjero (en Francia principalmente), lo que entonces —antes de la estabilización— no era nada obvio. Desde ésta y hasta los veinticinco años, estuve más tiempo fuera (Alemania, Inglaterra) que dentro. Volví a España sólo por razones estrictamente familiares, y en cuanto pude ganar aquí una oposición me marché de nuevo hasta el asesinato de Carrero Blanco. Creo que el ambiente en el que me crié de niño y mi posterior formación me llevaban inexorablemente a intentar hacer alguna contribución original al análisis de la guerra civil y, sobre todo, del franquismo.



Diego Galán

YO no he conocido el 18 de julio de 1936, porque aún no había nacido, pero me hubiera gustado conocerlo porque fue el principio de una aventura apasionante. Tuvo que marcar positivamente a cuantos intervinieron en ella; fue un momento en que todavía había perspectivas de futuro muy importantes. Creo que más que el 18 de julio de 1936, fue el 1 de abril de 1939 cuando empezó a inventarse el tipo de español triste, contrahecho y abotargado, que es en lo que nos hemos convertido todos, hayamos nacido cuando hayamos nacido.

REPRESION Y RESISTENCIA



Joaquín Arango

EN razón a mi fecha de nacimiento —a finales de los cuarenta— no viví el 36, pero sí sus consecuencias. La principal de éstas es, obviamente, el hecho de que la mayor parte de mi vida hasta el presente haya transcurrido bajo una dictadura. El hecho de que no haya sido sólo «bajo» una dictadura, sino también «contra» ella, es un paliativo que no termina de arreglar las cosas.

En todo caso, por la razón biográfica citada, he tenido la suerte de ahorrarme los terroríficos años cuarenta, y de pasar los cincuenta en un cierto limbo, sin clara conciencia de la naturaleza del mundo que me rodeaba, en parte por razones de edad —me encontraba en la infancia y en la adolescencia temprana— y en parte por razones familiares, pues mi familia era liberal-conservadora: lo suficientemente conservadora como para no oponerse al franquismo, y lo suficientemente liberal como para no identificarse con sus valores y no tratar de indoctrinarme.

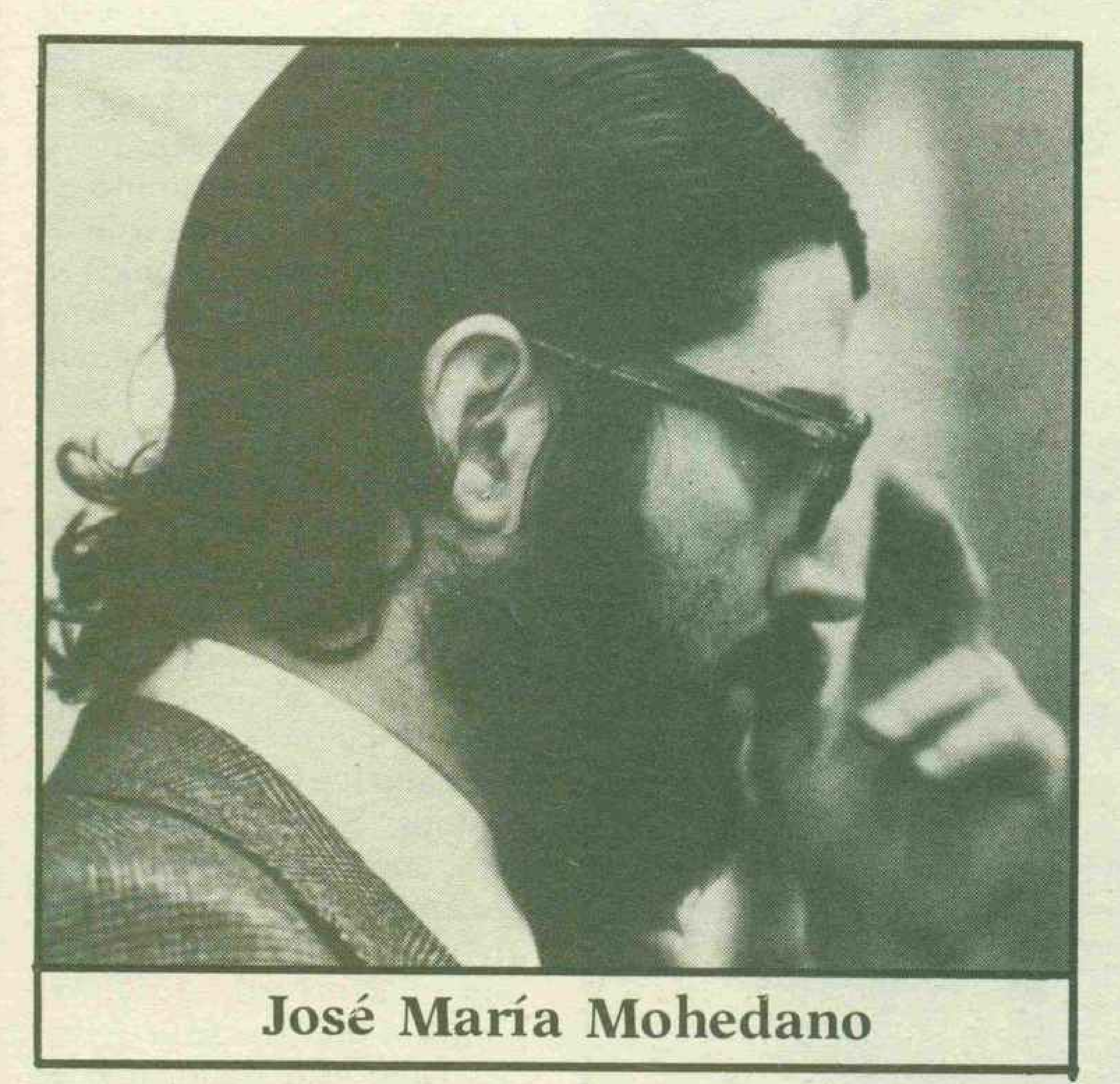
En consecuencia, mi vivencia de la dictadura es, principalmente, la de los años sesenta; sobre todo, a partir de 1964, cuando entré en la Universidad. Muy pronto arreglé las cuentas con mi conciencia política anterior —más bien adquirí una, pues antes apenas tenía— y me incorporé con entusiasmo al naciente movimiento estudiantil, los años del SDEUM. Aunque no faltaron contratiempos, para mí esos fueron años espléndidos. Qué duda cabe que el país era muy mediocre, incluso cutre; y que, aunque suavizada por el «boom» económico, por la ley de Prensa, por la esperanza lopezrrodiana de los 1.000 dólares de renta per cápita —o los 2.000, ya no me acuerdo—, la dictadura era una verdadera dictadura, como podíamos comprobar de mil maneras diferentes. La represión era una realidad constante, que nos hacía vivir con el alma en vilo. Siempre te podía caer algún palo, y de hecho más de uno cayó. En muchos momentos se sentía asfixia —asfixia cultural y existencial— y había necesidad de salir al extranjero a airearse si se podía.

Pero no se puede olvidar, y espero que no suene demasiado frívolo, que también fueron años de gran intensidad vital, y en conjunto divertidos. Por lo menos para los jóvenes había sin duda algo de aventura, a lo Dick Turpin. Uno se sentía moralmente confortado y seguro, quizás demasiado, en la convicción de que se perseguía una causa justa. Vivíamos hacia adelante, pensando que el tiempo trabajaba a nuestro favor. En los mejores momentos, había incluso esperanza de que se podría acabar con la dictadura.

A pesar de ello, en ocasiones no puedo evitar pensar que mi vida hubiera sido muy diferente si hubiera vivido en un país más civilizado. Y no tanto porque hubiera hecho opciones distintas —cada vez dudo más que uno opte—, sino porque las opciones que se me habrían presentado hubieran sido distintas.

De todos modos, no guardo

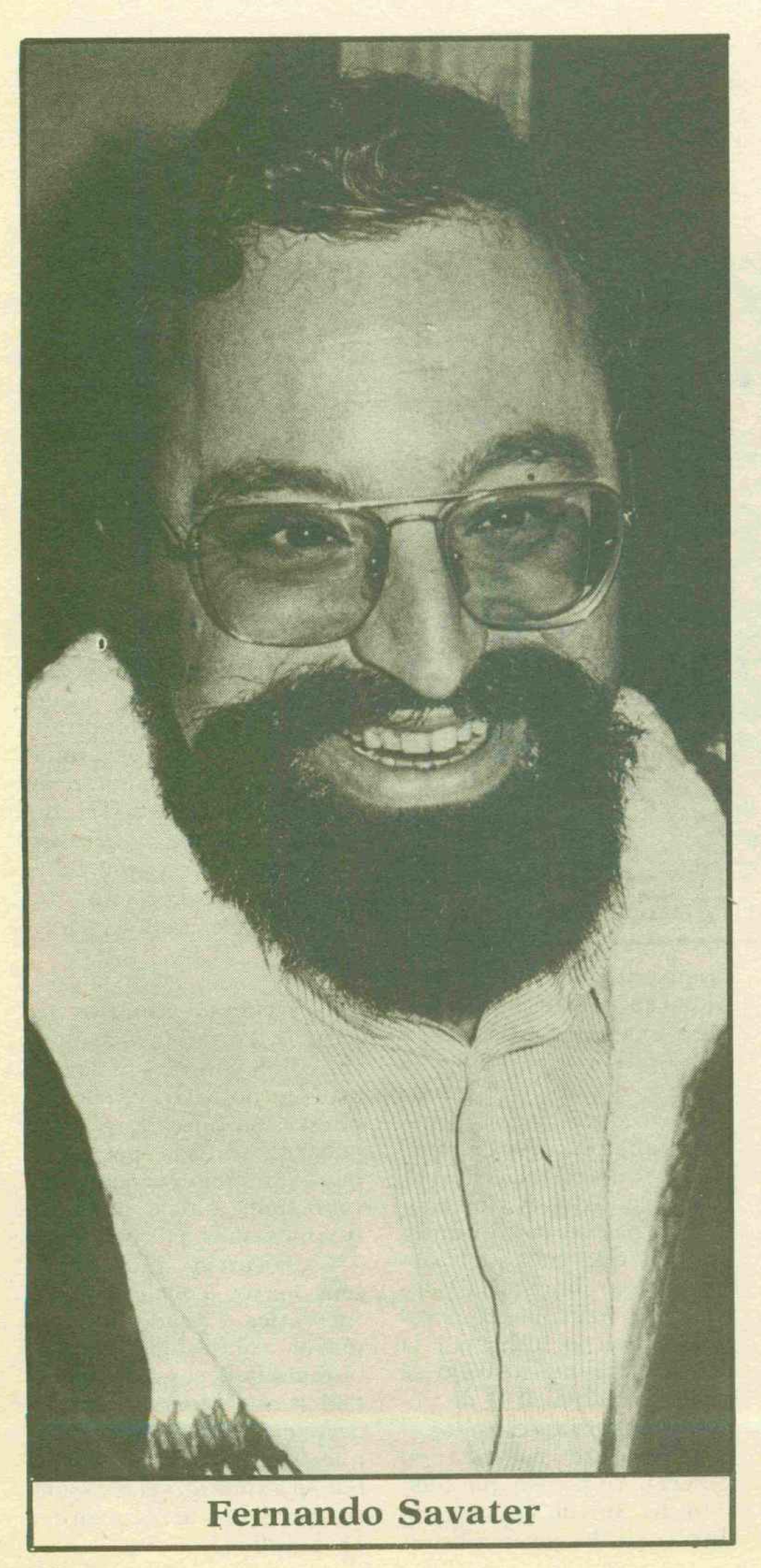
amargura. Aunque todas las dictaduras, sobre todo las prolongadas, dejan huellas duraderas —en la ética ciudadana, en la cultura política, en la cultura a secas—, la mayoría de los españoles hemos dejado atrás la dictadura. Lo peor del caso es que muchos de los que la impusieron o la mantuvieron desde ese 18 de julio de 1936 no la han dejado atrás, sino que aspiran a repetirla.



José María Mohedano

LOGICAMENTE, yo no tengo una vivencia personal del 18 de julio porque yo no había nacido todavía. Lo que sí he sufrido es toda la influencia que ha tenido el régimen que surgió del 18 de julio sobre mi vida. En primer lugar, en mi educación. Yo no tuve una educación en libertad; no pude conocer en mis estudios las diversas opciones culturales que se estudian durante el proceso educativo. Por ejemplo, mi conocimiento de la Historia era un conocimiento puramente falseado, como era el que se daba en los libros de texto de aquella época, desde el prisma del 18 de julio, en especial en lo referente a la historia anterior de España, y por supuesto a partir del 18 de julio desde el prisma de los vencedores, y de quienes detentaban el poder en aquel momento. Posteriormente, cuando accedí a la Universidad, la necesaria militancia política que en aquel momento era obligatoria para cualquier persona comprometida con la lucha por la democracia, me sustrajo de poder profundizar y de poder extender mis estudios al conocimiento cultural en general. Yo pienso que todo esto ha tenido mucha influencia en los jóvenes de mi generación, que tenemos una cultura mucho menos rica y mucho menos amplia, por ejemplo, que los jóvenes de nuestra edad de Francia, de Italia o de otros países de Europa. Por supuesto, como consecuencia de la militancia política en aquella época, fui expulsado de la Universidad tres años, estuve en prisión, hice el servicio militar en condiciones de represaliado, etc. Posteriormente, en mi profesión de abogado, y también como consecuencia de la situación política que vivía el país, tuve que dedicarme durante muchos años a una, digamos, especialización excesivamente escorada del ejercicio profesional, pero que era necesaria en aquella época, es decir, a la defensa de los presos políticos, de los represaliados en materia laboral, en materia administrativa, etc., y que de alguna manera eso te imponía una visión y una actividad excesivamente parcial en el mundo profesional.

Esos serían los aspectos negativos. Yo también señalaría como contrapartida, un aspecto positivo, y, por supuesto, no buscado por los gobernantes de la época. Y es que como consecuencia de la represión, quizá nosotros tuvimos más posibilidades —y así ocurrió— de adquirir una mayor conciencia democrática, y de adquirir una mayor solidaridad con la humanidad, cosa que a lo mejor no hubiera ocurrido de forma tan generalizada en nuestra generación, si no hubiera sido «gracias» —entre comillas— al régimen del 18 de julio.



Fernando Savater

YO pertenezco a las últimas generaciones que sufrieron de modo directo las consecuencias del franquismo. A mí, el 18 de julio como acontecimiento me pilla muy lejos, ocurrió once años antes de que yo naciera, y de algún modo la cosa estaba bastante superada cuando yo nací, pero me determinó en todo lo demás. Por un lado, el hecho de haber nacido en una familia marcada también por la guerra —como la de todos—; mi padre había perdido un hermano que fue fusilado aquí en Madrid; mi abuelo había estado en la cárcel; mi padre mismo había sido republicano —dirigió una revista republicana— y para él fue un golpe terrible cuando vio que su hermano fue fusilado por sus propios correligionarios, y vivió con cierta culpabilidad personal. Desde entonces, se apartó de todo, y se dedicó a una vida privada absolutamente al margen de la política. Todo ello determinó el cuadro de mi vida: el franquismo era algo así como el aire que respirábamos, era lo normal, y como se daba por hecho, pues estaba bien, aunque en el régimen había cosas mejores y cosas peores, ministros que eran más honrados y otros menos —al menos, uno se lo creía en aquella época—, y éstos eran los únicos márgenes de juicio. Pero al margen de la legitimidad de Franco como salvador de la patria y organizador de la paz, yo no lo he visto discutido nunca en mi casa prácticamente hasta los últimos años del colegio. Cuando entré en la Universidad, comencé a poner en

cuestión una serie de cosas, primero en el marco religioso. Porque yo me eduqué en el Colegio de los Marianistas de San Sebastián, y después en el Colegio de El Pilar de Madrid, y la enseñanza que nos daban era la religiosa con todos sus defectos y virtudes. Recuerdo que vivía en un ambiente represivo, pacato y ridículo en todo lo referente a la sexualidad, y todo lo que se diga respecto a sus horrores es poco. A mí, por lo menos, me disgusta darle vueltas, porque más que indignación, me despierta el sentido del ridículo, me da como vergüenza, porque uno siente la manipulación constante de la mentira de la Iglesia, y de la derecha, que tenían una capacidad de mentir tan constante, tan desenfrenada y tan polifacética, que parece increíble.

Los argumentos más falsos los utilizaban con toda conciencia, porque además creo que tenían absoluta conciencia de que todo era falso.

Llegó un momento en que a los 14 ó 15 años me planteé el problema religioso, que en mi caso nunca fue un problema muy virulento, sino un problema teórico, porque siempre me ha gustado mucho la teoría. Tomé el problema religioso como una cosa muy especulativa, pero la verdad es que nunca sufrí demasiado, porque nunca fui el típico niño que siempre le elegían para la Congregación. Y como me masturbaba todas las semanas, la confesión siempre era una lata, y tenía que cambiar de director espiritual a cada momento. Es decir, no tenía una vida religiosa tan espectacular como para que luego el dejarla me causara un trauma tan espantoso como les ocurrió a otros amigos míos. Al subvertir teóricamente el problema religioso, y ver que todo aquello no estaba tan probado, y que la gente que había defendido posturas religiosas o antirreligiosas estaban también unidos a cosas como democracia, tolerancia, crítica de la autoridad, etc., pues ya empecé a pensar que todo lo demás no debía estar tan legitimado, y que el impío Azaña, a lo mejor, fue alguien que no estaba tan mal, sobre todo comparado con el impío Solís.

Y al entrar en la Universidad en 1964, me encontré con el movimiento estudiantil; la primera vez que vi que un guardia no estaba puesto para dirigir la circulación, sino para reprimir manifestaciones, empecé a ver las cosas de otra manera, y con planteamientos más o menos engenuos que se van diversificando en su ingenuidad.

Por otro lado, yo no tuve un problema cultural extraordinario, en el sentido de que en mi casa la lectura contaba con bastante apoyo, y yo hasta que fui mayorcito no tenía interés en leer cosas que me pudieran prohibir, es decir, leía más o menos lo que nos gustaba a todos: las novelas de aventuras. Luego, más adelante, fue cuando comencé a leer otros autores más polémicos, como Bertrand Russell o Nietzsche, pero nunca tuve la sensación de lo oculto. Me acuerdo de que cuando tenía 15 años, iba a la librería Aguilar, compraba los libros de Losada, los primeros libros que llegaban de Sartre y de Kafka; a Henry Miller, este autor prohibidísimo, que nunca sabías si estaba o no en la librería; y recuerdo que un día me buscaron una edición de Baudelaire de **Las flores del mal.** Pero a mí, en esa época, me vino muy bien el libro de **Lecturas buenas y malas** del P. Garmendia de Otaola, que era un jesuita.

Ahora yo tengo el gusto de estar entre esas lecturas: entre las malas, naturalmente.

Era una especie de anuario que hacían los jesuitas, prolongación de otro del P. Ladrón de Guevara de comienzos de siglo, que decía cuáles eran las lecturas buenas y malas. El P. Ladrón de Guevara tenía deliciosos momentos ingenuos; por ejemplo, me acuerdo que, cuando se llegaba a Galdós, decía: «Búsquese en Pérez cuán malo es este autor». Yo cogí este libro y fue básico, porque simplemente tenía que leerlo al revés para saber todo lo que debía leer. Había autores como Sartre —el libro tenía una especie de calificativos como obsceno, lascivo, abominable, lujurioso, ateo, impío, irreverente, blasfemo, etc...— que ya no tenía calificativos, y no te decía ni lo que era, sólo una especie de condena global y horrorizada. La primera vez que salí fuera de España, cuando tenía 15 años y fui con el colegio a Roma, lo primero que hice fue ir corriendo a una librería, y me compré las obras de Gide en La Pléyade.

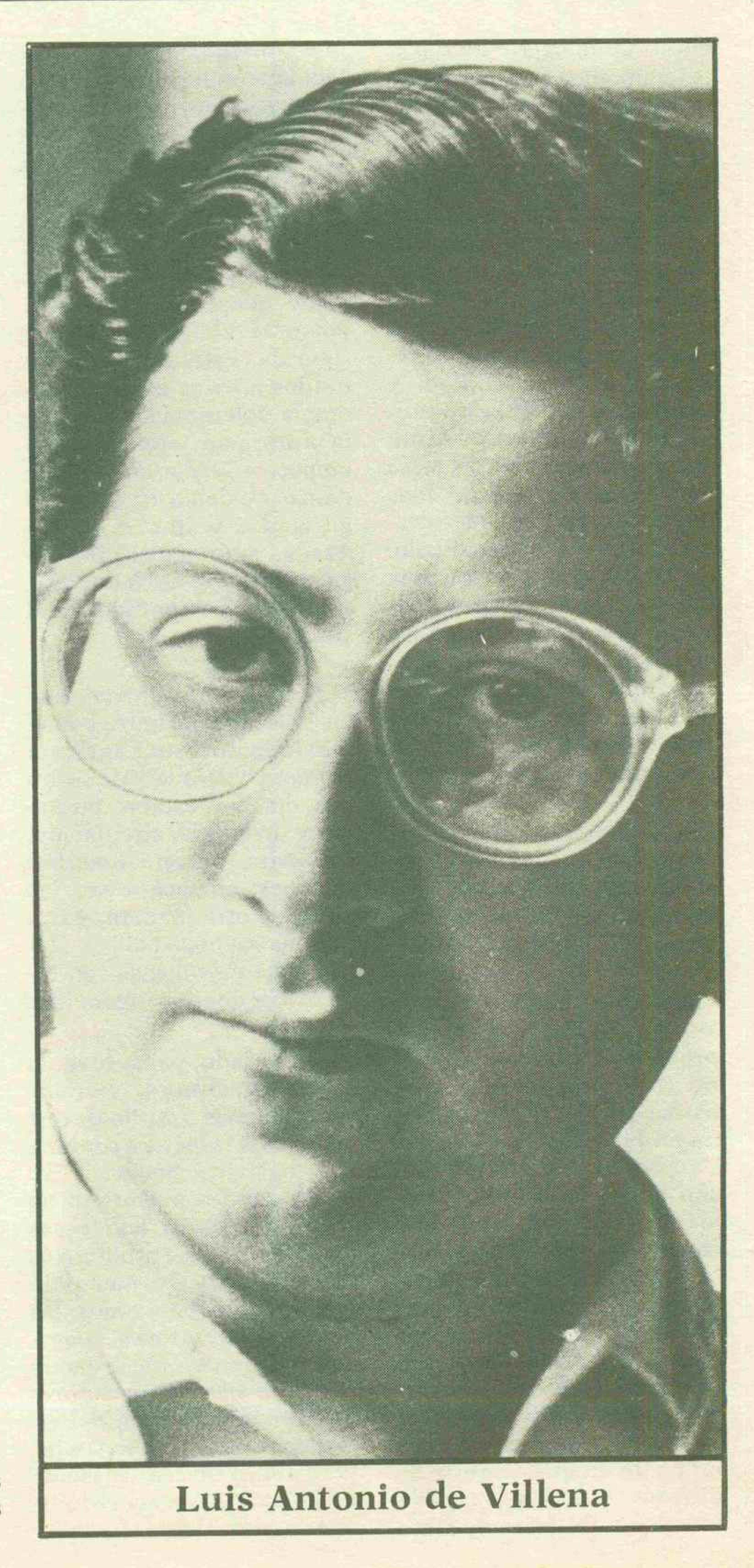
Como anécdota infantil,

quiero contar una cosa muy significativa. Mi padre era notario en San Sebastián, y trataba con gente de la alta burguesía: el dueño de la Papelera del Norte, el dueño de los plásticos, el dueño de la conservera, es decir a todos los prohombres vascos de la industria y del comercio, personas evidentemente pancistas e instaladas.

Cuando se acercaba el mes de agosto, la gente se llegaba al despacho de mi padre, y le decía que agilizara sus asuntos pendientes, poniendo el pretexto de que se tenían que ir de vacaciones. Y esas vacaciones era que, cuando iba Franco con el Azor a San Sebastián, les metían a todos en chirona. ¡A gente como ésta, que eran los dueños de medio Euskadi, y algunas de las fortunas más importantes del país! Pero alguno tenía veleidades nacionalistas, hablaba en euskera, comía marmitako..., y durante la estancia de Franco se los llevaban a Maturtene o los deportaban, y por eso querían dejar resueltos los asuntos, para al volver en septiembre a sus despachos, cuando Franco ya se había ido, encontrarse con todo en marcha. Y los hijos de gente como ésta son ahora de ETA.

Por eso, cuando alguien se extraña de esto, lo que se fraguó entonces con estos señores ultraburgueses y conservadores, que se veían ritualmente encarcelados por el hecho de ser vascos, evidentemente indica lo que pasaría a niveles más bajos.

Los chicos que crecieron en esas familias han sido los que han engrosado las filas de ETA.



Luis Antonio de Villena

VOY a dividir la pregunta en dos partes. Una familiar, que me afecta a mí desde otra perspectiva; y otra que se refiere a lo que nos ha podido suceder a todos, que es la ideológica.

En cuanto a la parte familiar, para mí ha tenido una consecuencia —como prácticamente para muchísima gente— de represión involuntaria. Mi familia era de derechas, no de derechas agresivas, no de estas derechas del mazo, sino una derecha liberal, pero convencidamente de derechas. Por otro lado, un hermano de mi padre murió en la guerra, fue uno de los que le dieron el «paseo». Era una especie de señorito elegante, totalmente descomprometido políticamente, pero que cometió la torpeza de salir a la calle el mismo 18 de julio medio vestido de fiesta, y no volvió. No se volvió a saber nada de él; encontraron el coche con manchas de sangre, y supusieron que le habían dado el «paseo». Con esto quiero decir que la animadversión familiar hacia lo que se puede llamar «los rojos» era notable, pero sin llegar, insisto, al fanatismo. Por otro lado, y curiosamente, el mundo oficial español tampoco les agradaba en exceso, porque tenían más bien sueños monárquicos, de la antigua Monarquía, y este mundo franquista les parecía entre oportunista —que lo era mucho— y de muy mal gusto. De forma que a mí el 18 de julio no me condicionó en la intimidad familiar más de lo que me hubiese condicionado si hubiese nacido en plena República, porque la familia hubiera sido la misma. Pero el ambiente exterior, como a todos, me condicionó mucho. Todos hemos vivido una infancia, y sobre todo una adolescencia —que es más grave que la infancia, porque la infancia se vive más en la familia, y la adolescencia se vive más en la calle— absolutamente represiva. Yo recuerdo el colegio como un lugar donde todo estaba prohibido, donde todo eran cosas que no se podían hacer, y había miles de temas de los que yo pienso que me hubiera gustado que me hablasen, asuntos que me hubiera gustado saber, y que, por supuesto, no sabía y no entendía. Viéndolo desde el presente, me parece una tremenda tragedia el hecho de haber perdido las grandes posibilidades que hay en la adolescencia de abrirse a cosas, de tener experiencias vitales, de conocer mundos nuevos, que nosotros no conocíamos.

En todo este tiempo, yo no tenía una idea concreta de lo que era el 18 de julio. Para mí, era un día que había empezado este asunto nuevo que vivíamos, que a mí me dejaba indiferente; yo no era un chico nada político, compartía un poco el clima familiar, es decir el clima de la derecha que está desinteresada por el franquismo, pero no pensaba más. Por otro lado, a un nivel mucho más concreto, era el día de la muerte de aquel tío mío, que sobre todo en una parte de la familia estaba muy mitificado, porque pese a ser un hombre que no había hecho nada, había vivido una nada dorada, en una especie de bibelot lujoso, que podía ser el símbolo de muchas cosas que se habían perdido con la guerra. Cuando yo empecé a saber un poco lo que había sido el 18 de julio, leyendo libros de historia, hablando con amigos que conocí en la Universidad más progres que yo, me fui dando cuenta de lo que era, y me pareció una tragedia. Quiero decir que si toda guerra es siempre un acto espantoso e injustificable, una guerra civil, una guerra en la que se enfrenta un ejército contra un pueblo me parece algo descabellado, es una historia de ciencia ficción. Y sobre todo porque, si es muy cierto que la República española en el año 36 tenía muchas dificultades, era un país que vivía en una cierta zozobra, la peor manera de salir de esa zozobra era coger los fusiles y empezar a pegar tiros. Quiero decir que en julio de 1936 no estaban las cosas maravillosamente bien, pero el trauma que provocó esa contienda de tantos años fue tremendo, hasta el punto que todavía hoy vivimos sus secuelas.

A mí en lo que más me afectaba ese trauma era en el aspecto cultural y en el aspecto de las libertades cívicas. En el terreno de las libertades el trauma fue total, y cuando lo estoy notando desgraciadamente es ahora. La cantidad de cosas que deberíamos haber hecho los que éramos adolescentes bajo el franquismo son inmensas, y no nos las va a devolver nadie. Y en el terreno de la cultura, es todavía más trágico si cabe, porque una cultura como era la española en los años treinta, muy floreciente —también es un tópico, pero es absolutamente cierto— en ebullición, donde se estaban haciendo cantidad de cosas, quedó completamente cercenada. ■ **M. R.**

Primero de Mayo de 1936

Estos niños forman parte de la manifestación del Primero de Mayo. Son los pioneros. Llevan banderas con emblemas comunistas o socialistas. ¿Serán éstos quienes den el tono a la vida de la España de mil novecientos sesenta?

Las ideologías del 18 de Julio:

Antonio Elorza

LA IZQUIERDA

RESULTA incómodo escribir de la primavera del 36 desde la azarosa atalaya de esta primavera de 1981. No sólo en las publicaciones periódicas, sino en el inconsciente de muchos españoles, se halla presente la idea de que estamos recorriendo de nuevo un ciclo histórico, en que el malestar del Ejército, la fascistización progresiva de los grupos sociales conservadores, pueden desembocar en un remake *del 18 de julio, con la sola variante de que ahora no habría una respuesta popular.*

Votantes ante la Universidad de Barcelona, durante las elecciones de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular.



ESTA circunstancia influye en una tendencia a recrear aquellos acontecimientos borrando aristas y complejidades, según el patrón que marcan las preocupaciones actuales. Creo necesario decir esto antes de entrar en tema, porque semejante aplicación de la vieja máxima «historia, magistra vitae», puede hoy en día constituir una tentación fácil, que nos llevaría por los terrenos del anacronismo y de la esquematización inútil. Semejante transposición podría tener dos variantes, igualmente nocivas. La primera, desde la izquierda, lleva a elucubrar sobre qué hubiera debido hacerse para evitar la guerra. Un ejercicio masoquista de cálculo retrospectivo de probabilidades, que permitiría saltar por encima de la complejidad de los problemas de aquella España y de aquella izquierda de 1936, aplicando fórmulas de «consenso» más o menos verosímiles. La variante opuesta consistiría en relatar una vez más la vieja fábula derechista —ya utilizada por Gil Robles en su justificación **ex ante** de la rebelión—, según la cual tantos asesinatos, incendios, atentados, etc., arrojarían un balance de desorden y anarquía que hizo necesaria la intervención del brazo militar. Un sistema explicativo que conocemos de sobra quienes tuvimos ocasión de cursar estudios en la España de los 50 y 60, y que corría ya entonces vías paralelas con la desautorización de toda la experiencia liberal mediante el simple recuento del número de gobiernos y Constituciones que salpican nuestra historia decimonónica, o con el lavado de cerebro antidemocrático que, incansablemente, efectuaban los redactores de Radio Nacional de España en sus «partes» reflejando el supuesto caos de las Repúblicas italiana y francesa al dar cuenta de la sucesión de crisis gubernamentales. No es ocioso recordar estas cosas, porque la evocación del «caos» del 36 puede servir todavía hoy a algunos de argumento para propugnar soluciones autoritarias en una España donde la extrema derecha intenta repetir la suerte desestabilizadora que tan bien le salió en 1936. La transposición 36-81 de este «retablo del desorden» carece, pues, del más mínimo valor historiográfico, cualesquiera que sean el grado y la jerga académica de sus defensores. En el mejor de los casos, tal intento puede verse como un rasgo de incompetencia, favorecedor abierto de esa



Un mitin del Frente Popular, en primera fila se distingue, entre otros, a Francisco Largo Caballero (el cuarto, de izquierda a derecha), Diego Martínez Barrio (el sexto), Alvaro de Albornoz (el séptimo) y el alcalde de Madrid, Pedro Rico.

barbarie que pasaría a reinar en nuestra España de consumarse la conspiración vigente contra la democracia.

La historia no se repite. Lo que sí puede darse es la supervivencia, a través de cambios económicos y políticos, de problemas, características estructurales de una sociedad, mentalidades. Por eso nuestro relato, abiertamente rechaza el anacronismo de las historias paralelas, renunciando a la reconstrucción de los orígenes de la tragedia. Intentaremos simplemente contar qué hizo y con qué obstáculos tropezó la izquierda obrera en los meses que discurren entre las elecciones de febrero y la sublevación militar de julio de 1936.

EL FRENTE POPULAR: LA HIPOTECA DEL PASADO

Un dato esencial para entender lo que ocurre en los meses de gobierno del Frente Popular viene dado por el peso decisivo que sobre su orientación van a tener los antecedentes históricos. En realidad, por su génesis y desarrollo, y a pesar de responder a problemas generales comparables, los Frentes Populares de España y Francia cuentan con escasos puntos de contacto. Al francés corresponde como fórmula política un gobierno de coalición, presidido por un socialista, con profundas reformas sociales que serán evocados más tarde como «le grand tournant» de la vida cotidiana de los trabajadores galos, y con una movilización obrera que se materializa en una oleada de huelgas de finalidad muy concreta: reajuste de los salarios, vacaciones pagadas, semana de cuarenta horas y estabilidad en el empleo. Tendrá también unos orígenes más profundos, en la reacción a las jornadas de febrero de 1934, con el factor aglutinante que constituyen las manifestaciones de calle unitarias, las huelgas contra las ligas parafascistas. La propuesta comunista de Frente Popular, en octubre de 1934, corona este movimiento de fondo.



Francisco Largo Caballero, durante un mitin en Andalucía, previo a las elecciones de febrero de 1936.

En España, la secuencia había sido mucho más desgarrada. La convergencia de republicanos y organizaciones obreras es forzada por una circunstancia concreta: la derrota de la insurrección de Octubre de 1934. Para los primeros, la coalición es vista como un regreso al primer bienio republicano, inevitable ante la enseñanza de la derrota electoral de noviembre de 1933. Se trata, dirá Azaña en uno de sus «discursos en campo abierto», de «restablecer toda la obra legislativa de la República y hacer funcionar todas las instituciones creadas por el gobierno republicano, desdichadamente pisoteadas por la reacción imperante». Para los obreros, la unidad no era menos necesaria, pero se asentaba en la búsqueda de dos objetivos muy distantes entre sí. Por un la-



Mitin unitario de juventudes socialistas y comunistas.

do, el regusto negativo de la coalición de 1931-33 aconsejaba no recomponer una alianza que no diera lugar a transformaciones sustanciales en el campo socioeconómico. Por otro, los miles de obreros encarcelados imponían la exigencia de pactar a cualquier precio, con tal de conseguir la amnistía que permitiera la recuperación de su libertad. Desde este segundo ángulo, la posición obrera en la gestación del pacto será en España de decisiva inferioridad.

Así, en la negociación iniciada en noviembre de 1935, los partidos republicanos impondrán su ley. Ni siquiera permiten que estén presentes en los tratos otras representaciones que los socialistas: el PCE los sigue desde fuera, sin la menor posibilidad de incidir en su curso. Y el programa que se firma en enero de 1936 es el programa republicano, con un sorprendente rechazo explícito de las peticiones obreras más acuciantes: subsidio de paro, el control obrero, medidas de nacionalización de la Banca y la tierra. Los republicanos de izquierda alcanzan más diputados que los que corresponden a su fuerza electoral y gobiernan en solitario. El programa, podrá decir Largo Caballero, «tiene la menor cantidad posible de nuestro programa como clase trabajadora, es un programa de pequeña burguesía». A la vista de la intensa movilización popular que suscitan la campaña y la victoria electoral, podía medirse el foso entre el nivel político del Frente y su soporte social.

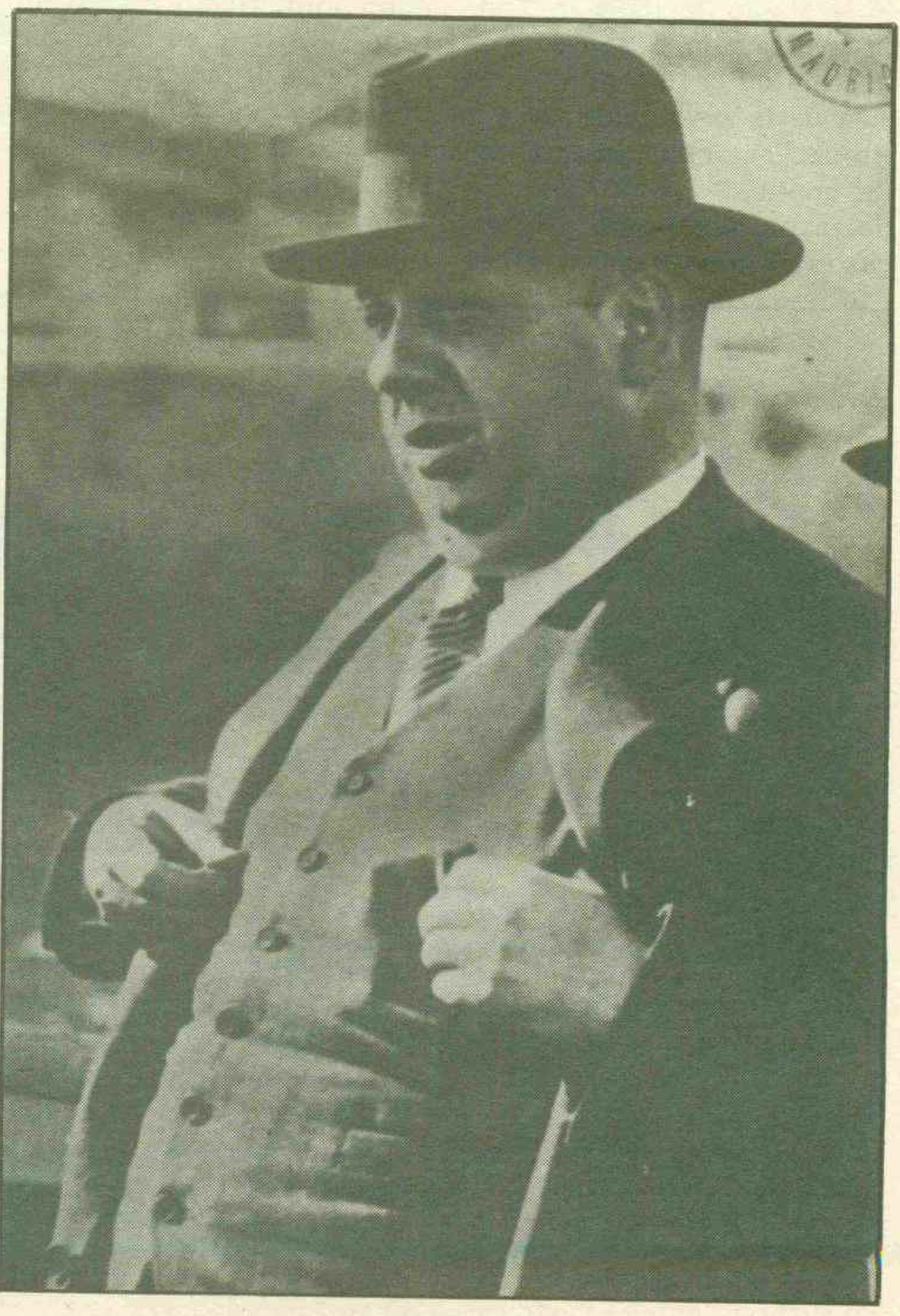
ANTE LA ESCISION SOCIALISTA

La fragilidad de la presencia obrera en el Frente Popular se ve reforzada por la crisis interna del movimiento socialista. En buena medida, el PSOE ha perdido la batalla de Octubre, cuya iniciativa asumió en solitario. El hecho de que no se celebrara un Congreso del partido antes del 18 de julio de 1936 nos impide conocer la amplitud y los rasgos concretos del malestar que el fracaso suscita en las filas socialistas. La persecución de 1935 no era propicia para sacar a la luz cuestiones de fondo. Lo cierto es que en el alineamiento de las fuerzas socialistas con anterioridad al 16 de febrero cuenta, por un lado, el prestigio de Largo Caballero como símbolo de la clase obrera que busca su revancha; pero también la disconformidad con el modo en que se gestó la huelga insurreccional. A lo largo de 1935 se habían agudizado las polémicas internas, entre caballeristas de un lado, partidarios de insistir en la movilización obrera prorrevolucionaria, y «centristas» y besteiristas de otro, con el

propósito de restaurar la alianza democrática con los republicanos de izquierda. En diciembre de 1935, y por un problema de interpretación estricta de las normas estatutarias, Caballero dimite como presidente del PSOE, dejando al partido bajo control centrista. La movilización de base se encuentra de parte suya, pero el hecho es que sólo le queda de momento el control de la UGT. Los intentos de tomar por asalto la Ejecutiva «centrista» en los primeros meses de 1936, fracasarán, culminando en los primeros días de julio con la elección del asturiano Ramón González Peña (no sin descalificar previamente los votos de quienes votaban una candidatura íntegra, siguiendo la consigna del órgano caballerista **Claridad**). Había previsto un Congreso del PSOE, inicialmente para julio, a celebrar en Asturias, que acaba aplazándose hasta octubre. Lo cierto es que, en una coyuntura crucial, en el interior del socialismo se afrontaban dos opciones incompatibles, cuyo único punto de contacto era la coincidencia en el voto a las candidaturas del Frente Popular.

Por el momento, Indalecio Prieto domina la organización del partido. Su lucidez al señalar en el famoso discurso de Cuenca los peligros de un caudillaje militar del general Franco, así como al clamar en julio por la inminencia del alzamiento, pueden favorecer la idea de que, al producirse el paso de Azaña a la presidencia de la República, Prieto como primer ministro hubiera detenido la conspiración militar. Pero lo cierto es que las posiciones de Prieto en la primavera del 36, más allá de una reveladora conciencia de los peligros que acechaban al régimen, no ofrecen nada concreto que fuerce a la izquierda socialista a revisar sus posiciones. Igual que los republicanos, Prieto concibe el Frente Popular como una alianza gubernamental y parlamentaria, que no debe prolongarse hacia la base (en este sentido entrará desde **El Liberal** en polémica abierta con Juan Astigarrabía, el secretario del PC de Euskadi).

Posiblemente hubiera sido el mejor jefe de gobierno en mayo de 1936, pero desde luego en las semanas que precedieron a la designación de Casares Quiroga no hubo por su parte el menor planteamiento global que hubiera permitido ajustar el programa del Frente Popular a las expectativas obreras totalmente desconocidas por Izquierda Republicana. La «conquista de España», de que Prieto habla en el discurso de Cuenca, carece de implicaciones estratégicas. Era más bien un grito de desesperación: «... si el desmán y el desorden se convierten en sistema perenne, por ahí no se va al socialismo, por ahí no se va tampoco a la consolidación de una República democrática, que yo creo nos interesa conservar.



Indalecio Prieto.

Ni se va a la consolidación de la democracia, ni se va al socialismo, ni se va al comunismo; se va a una anarquía desesperada, que ni siquiera está dentro del ideal libertario; se va a un desorden económico que puede acabar con el país». Prieto nunca toma por blanco a la gestión republicana. Sólo el 18 de julio, conocedor del golpe militar en Africa, hace que **El Liberal** de Bilbao publique sus observaciones críticas al programa de Frente Popular de los republicanos, que acabaría imponiéndose. Es ante todo un pliego de descargo.

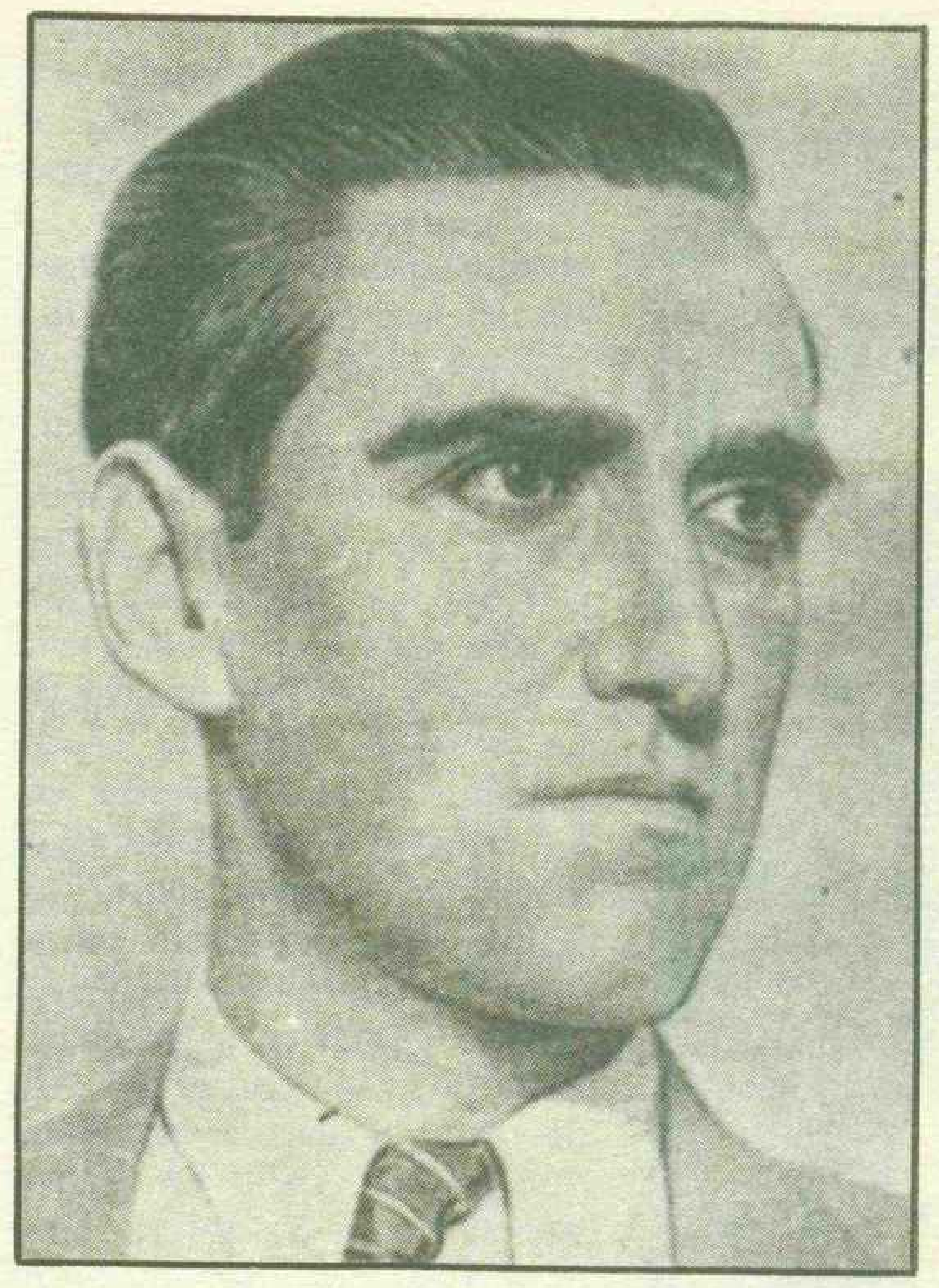
Por parte caballerista, el izquierdismo de 1933-36, con la propensión a saltar por encima de la fase democrática de la revolución, se ve limitado por las exigencias del momento. Una cosa era decir que se esperaba al fracaso del gobierno pequeño-burgués y otra bien distinta contemplar con tranquilidad el ascenso de la agitación derechista. No habrá por parte de la izquierda socialista, privada del control del PSOE, la necesaria revisión de su estrategia política general. La atención se centra en el tema de la unificación del proletariado, con los comunistas en primer término, y complementariamente con el anarcosindicalismo. Subsiste la lealtad explícita al Frente Popular; pero al mismo tiempo se afirma la voluntad revolucionaria del proletariado. ¿Cuándo? ¿Cómo? La única propuesta concreta, respaldada por la UGT y las Juventudes, consiste en la formación de un órgano de control de la ejecución del programa frentepopulista que permitiera integrar en la acción gubernamental a las fuerzas obreras. El proyecto será rechazado por los republicanos y por Prieto. El caballerismo quedaba así reducido a un impulso de movilización obrera privado de perspectivas políticas.

EL AUGE COMUNISTA

La primavera de 1936 registra un fulgurante ascenso de las fuerzas comunistas. El PCE obtiene en las elecciones de febrero por vez primera una seria representación parlamentaria, con diecisiete diputados. La «entrega de calidad», con el ingreso de los sindicatos comunistas en la UGT acordado a fines de 1935, se vería sobradamente compensada con la ganancia de las Juventudes Socialistas, que entre abril y agosto de 1936 van fundiéndose con las Comunistas en el marco de unas Juventudes Socialistas Uni-



1.º de Mayo de 1936: De izquierda a derecha, Santiago Carrillo, Largo Caballero, Araquistain y José Díaz.





Joaquín Maurín.

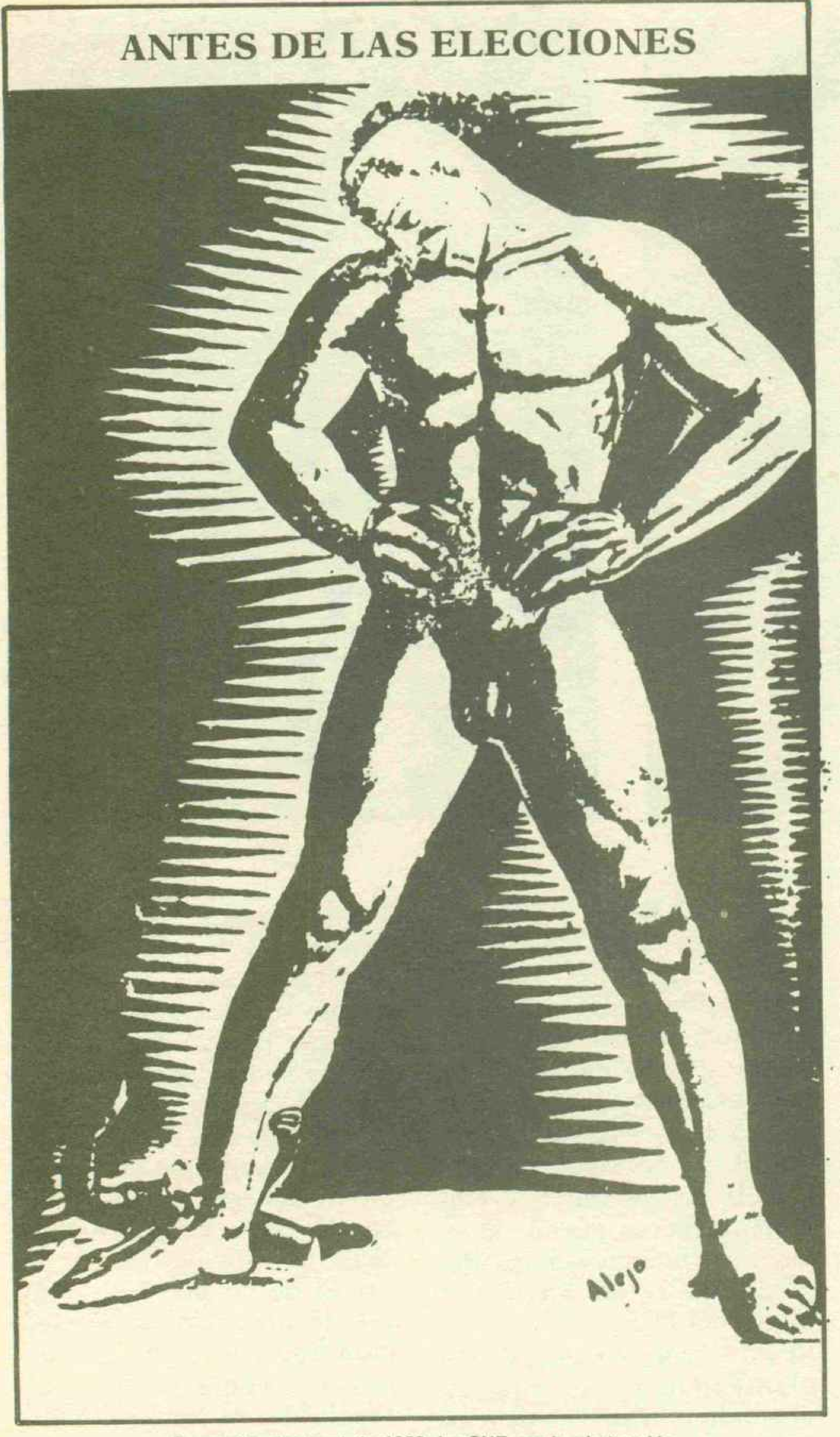


Andrés Nin.

ficadas donde el predominio comunista será pronto visible. El desgarramiento interno del PSOE, el retroceso que para su izquierda significara la dimisión como presidente de Largo Caballero, favorecerían el trasvase de las fuerzas revolucionarias contenidas en el socialismo hacia el Partido Comunista. Además, el VII Congreso de la Internacional Comunista ajusta de una vez las piezas entre los planteamientos generales de la Komintern y la situación política española.

El prestigio creciente de la URSS como referente de toda acción revolucionaria marxista y el protagonismo comunista en los sucesos de Octubre y en la subsiguiente labor de asistencia a presos y perseguidos cierran el cuadro de factores que explican el rápido crecimiento de la afiliación al partido. Las cifras oficiales hablan del paso de 30.000 a 102.000 militantes comunistas entre febrero y julio del 36. El PSOE contaba con algo menos de 60.000 afiliados en vísperas de la sublevación y, aunque los datos del PCE estuvieran inflados, cabe hablar de un inesperado equilibrio en la fuerza numérica de ambos partidos marxistas, mientras la representación parlamentaria recogía aún la relación de fuerzas del pasado: 88 diputados del PSOE por los 17 del PCE.

El PCE tenía en su favor el planteamiento estratégico ajustado a la situación y los cercanos antecedentes de Octubre le libraban de toda acusación de reformismo. Los discursos de José Díaz marcan también la pretensión de no romper los puentes con el pasado radical, afirmando que si bien lo actual era «el desarrollo de la revolución democrático - burguesa», la transición de esta fase a la dictadura del proletariado se haría muy en breve, manteniéndose la vieja consigna del Bloque Obrero y Campesino. Como es lógico, para el PCE el Frente Popular (llamado casi siempre Bloque Popular) no es una simple alianza electoral, sino que requiere el desarrollo de una red de organismos unitarios de base cuyo núcleo serían las Alianzas Obreras y Campesinas. Será el aspecto menos logrado de su política, tanto por la ausencia de proyección hacia los grupos republicanos como por la resistencia del sector prietista a tolerar la formación y, en su caso, el funcionamiento efectivo de las Alianzas. «A la par que organizamos y consolidamos la unidad dentro del campo obrero y la alianza revolucionaria de los obreros con los campesinos —formula el secretario del PCE en junio del 36—, es preciso mantener y reforzar la inteligencia de los trabajadores con los republicanos de izquierda para destruir a



Campaña electoral de 1933: La CNT por la abstención.

la reacción y al fascismo». Para ello, propone la difusión de los Bloques Populares, pero el propósito quedará incumplido. La preocupación antifascista se muestra en temas como las huelgas, cuya proliferación desaconseja José Díaz por ver en la alta conflictividad un factor favorable para la provocación fascista. La creciente llamada a la movilización popular contra el fascismo confirma la preocupación por la evolución de la coyuntura política.

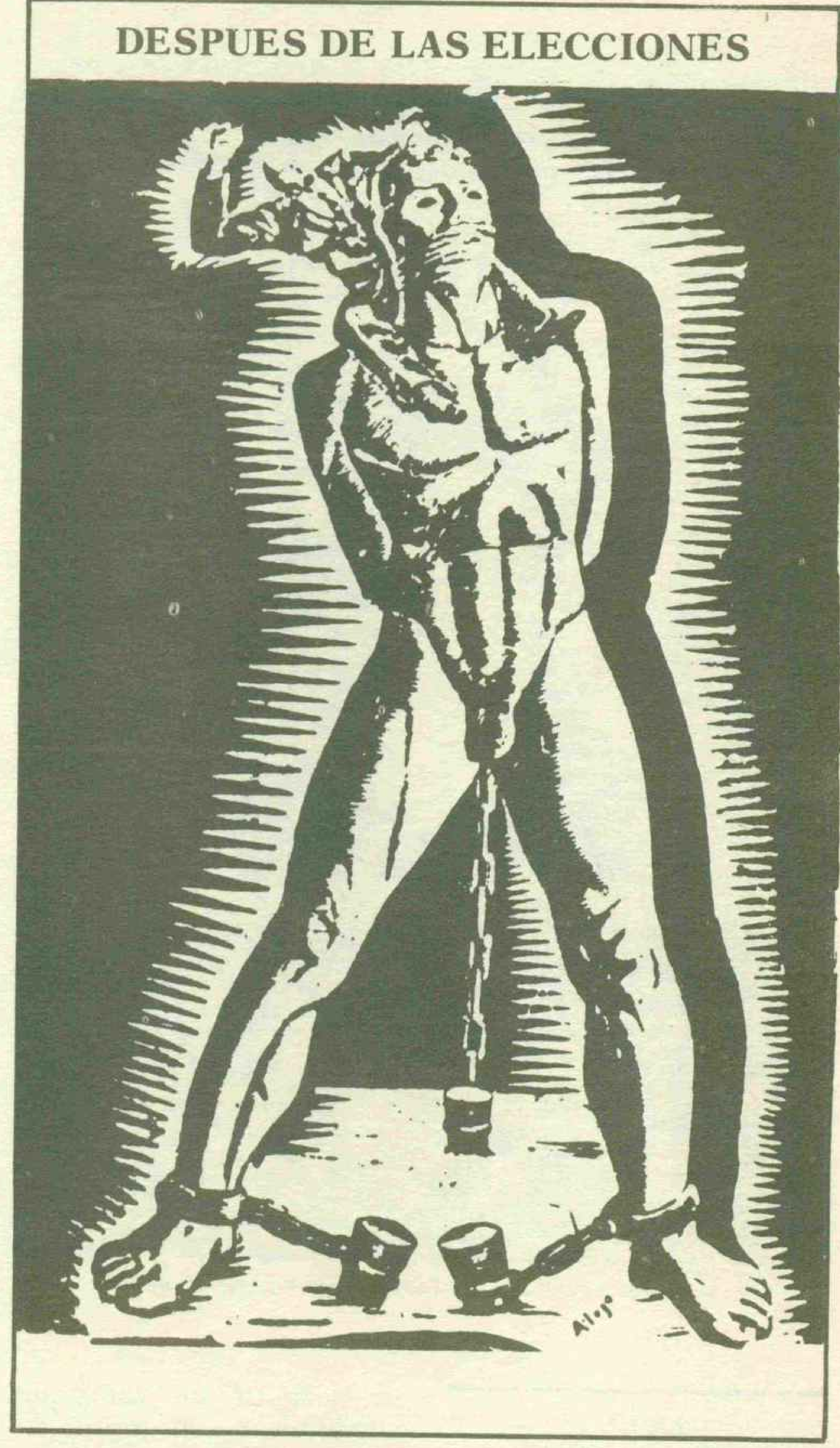
El otro polo de atención comunista lo constituye la convergencia con el socialismo. Una vez acordada la unificación sindical y en marcha la de las Juventudes, quedaba el Partido. No son sólo cuestiones formales las que aconsejan a comunistas y socialistas de izquierda abrir el debate sobre cuál sería el partido dirigente del proletariado. Hasta 1935 el predominio socialista era claro. Pero desde diciembre de 1935 los seguidores de Caballero ni siquiera contarán con su partido. El PCE insiste una y otra vez en la exigencia revolucionaria de unificación, que, de modo paralelo a la consolidación del control de Prieto sobre el PSOE se orienta explícitamente a la izquierda socialista. La aspiración hegemónica del PCE se vería reforzada también con el proceso de convergencia orgánica que en julio de 1936 da origen al Partit Socialista Unificat de Catalunya, adelantándose en este caso los representantes de la sección catalana del PSOE a todo debate sobre el tema en su dirección nacional. En cambio, en el País Vasco, y a pesar del prometedor desarrollo de las Alianzas Obreras en Vizcaya y Guipúzcoa en los primeros meses de 1935, el joven Partido Comunistas de Euskadi tropezaba con la recuperación del control por parte del «centrismo» socialista.

LA MARGINACION DE LOS HETERODOXOS

Si la reestructuración de la izquierda obrera tras octubre de 1934 favoreció al PCE, dio lugar como contrapartida a un aislamiento creciente de los grupos comunistas no oficiales, que en 1933-34 se constituyeran en vanguardia del proceso de constitución de las Alianzas Obreras. La aproximación entre Juventudes Comunistas y Socialistas, la conver-

gencia de los pequeños partidos marxistas catalanes, deja fuera de juego al Bloque Obrero y Campesino de Maurin y a la Izquierda Comunista de Nin, que tampoco ven avanzar sus propuestas de formación de una Alianza Obrero y Campesino de Maurín y a la Izquierda Comu-POUM, que por añadidura, para no quedar marginado definitivamente, se verá forzado a suscribir un pacto de Frente Popular del todo contrario a sus principios. Andreu Nin creyó a lo largo de toda su vida que el primer deber de un revolucionario consistía en desvanecer «las ilusiones democráticas» que pudieran anidar en el cerebro de los trabajadores. La elección de Joaquín Maurín como diputado poumista no rebajó un ápice la intransigencia de Nin frente a cualquier tipo de compromiso con el régimen democrático: «La conquista de las libertades democráticas —sentenciaba Nin, en febrero de 1936— es siempre un producto accesorio de la lucha del proletariado por la conquista del poder. Con la política de la colaboración permanente con la burguesía, no se defienden las libertades democráticas, sino que éstas son libradas al enemigo. Gracias a la colaboración, la clase obrera olvida sus fines fundamentales, desarma su fuerza combativa y se pone objetivamente al servicio de los intereses de la burguesía». El balance efectuado por Nin tras la victoria electoral de febrero constituía un llamamiento a la independencia total de la clase obrera y a la ruptura de cualquier alianza con los partidos burgueses.

Era un extemporáneo «clase contra clase», que desgraciadamente prolongará el líder del POUM cuando estalle la guerra civil. Como siempre, Maurín busca otra vía, más próxima a las demandas de la realidad social, pero igualmente dominada en este caso por la incomprensión. A su juicio, la era de la dominación política burguesa estaba superada, tanto bajo la forma del liberalismo como del fascismo. Su alternativa consiste en proponer la revolución democrático - socialista en que las tareas incumplidas de la revolución burguesa serían asumidas por el proletariado. «Las masas —concluía en sus notas de mayo del 36—, van más allá del Frente Popular».



Campaña electoral de 1933: La CNT por la abstención.


Epoca VI - Año I | Barcelona, Domingo 31 de Agosto de 1930 | Número 1

SOLIDARIDAD OBRERA

AIT

Organo de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la C. N. T.

POR LA LIBERTAD DE LOS PRESOS

Al reaparecer «Solidaridad Obrera»

Buen principio

Esperando la libertad del esfuerzo del pueblo

Todavía es tiempo de «solicitar» el indulto

La libertad de los presos, prioritaria para la CNT, en febrero de 1936.

LA CNT: ADAPTACION Y PERMANENCIAS

También queda al margen de la estrategia frentepopulista aquel que Maurín calificara de «coloso de los pies de barro», la CNT. Pero no del todo: a diferencia de lo que ocurre en 1933, la propaganda antielectoral pierde en febrero de 1936 toda virulencia. No se trata ya de aplastar las urnas, sino de permitir un voto que puede sacar a los presos de las cárceles. El portavoz de la FAI, Abad de Santillán, explicará al respecto que la propaganda antielectoral no es en sí misma revolucionaria. En cambio, sí será válido para la revolución el ejemplo de Octubre: socialistas, anarquistas y comunistas luchando unidos contra el capital. Habrá que pensar en superar el pasado aislamiento e ir hacia «un amplio acuerdo para la liquidación del régimen», una especie de coexistencia pacífica revolucionaria. La táctica del Frente Popular no es aceptada, por su sesgo político, pero sí tiene lugar la participación electoral. ¿Hasta dónde iba a llegar este viraje?

No muy lejos. La coexistencia entre estos elementos de autocrítica y el pasado, aún dominante, es manifiesta en el Congreso que la CNT celebra en Zaragoza, en los primeros días de mayo. Cinco años atrás, la Confederación había reunido su último comicio nacional en condiciones muy diferentes: con el optimismo que proporcionaba la implantación creciente, una vez recuperada la legalidad. Los problemas centrales se derivaban entonces de la forma de organización y, sobre todo, de una República que aparecía como marco propicio para la revolución social. En 1931 estaban al frente de la CNT dirigentes históricos, como Angel Pestaña o Juan Peiró, partidarios del sindicalismo revolucionario y de frenar la ingerencia en la vida confederal de la FAI, cuyos portavoces crearán en el propio Congreso un ambiente de alta tensión, preludio de los enfrentamientos ulteriores. En cinco años, todo cambia. De 1931 a 1936, triunfa la hegemonía anarquista, al precio de la ruptura que representan las expulsiones y la escisión de los «treintistas» en 1932-33. Por tres veces, en enero de 1932, y enero y diciembre de 1933, el sector anarquista lanza insurrecciones de extensión creciente, orientadas a proclamar el comunismo libertario en una serie de localidades y servir de ejemplo para la definitiva transformación. Tres ensayos, tres fracasos.

Como los «oposicionistas», un sector de la Confederación, encabezado por la Regional Asturiana, había optado en 1934 por cambiar de rumbo, buscando la alianza con los trabajadores socialistas en el seno de las Alianzas Obreras. El resultado fue la participación anarcosindicalista de Asturias, formalmente, y en otros lugares, como Vizcaya, sobre la marcha de la huelga insurreccional de Octubre de 1934. Pero la dirección nacional se abstuvo y en Cataluña la Regional dio orden de volver al trabajo en un sorprendente comunicado que se grabó en los despachos de Capitanía. Por debajo del desconcierto general, que tuvo por única compensación el regreso de los «oposicionistas», culminado en el propio Congreso, sólo cabía anotar éxitos locales: el más relevante, la implantación conseguida en Madrid, a partir del sector de la construcción.

En los cinco años, el mapa confederal se había modificado. Los 300.000 trabajadores representados en junio de 1931 en Cataluña habían pasado a ser 143.000, fruto del desgaste sufrido en la región epicentro de las actividades confederales. Ahora era Andalucía la primera zona de afiliación, con 184.000 adherentes, por 113.000 en 1931. También había crecido la representación gallega, pasando de 13.000 a 33.000 afiliados, pero aún más Madrid, con 32.000 afiliados, sextuplicando los de 1931. En cuanto a los sindicatos de oposición, sus cifras oficiales al reintegrarse eran de 69.000 afiliados, sobre algo más de 600.000 representados en Zaragoza. Pero algunas de las principales federaciones, como la de Sabadell, se negarán a la reunificación, iniciando una deriva que se cierra con el ingreso en la UGT.

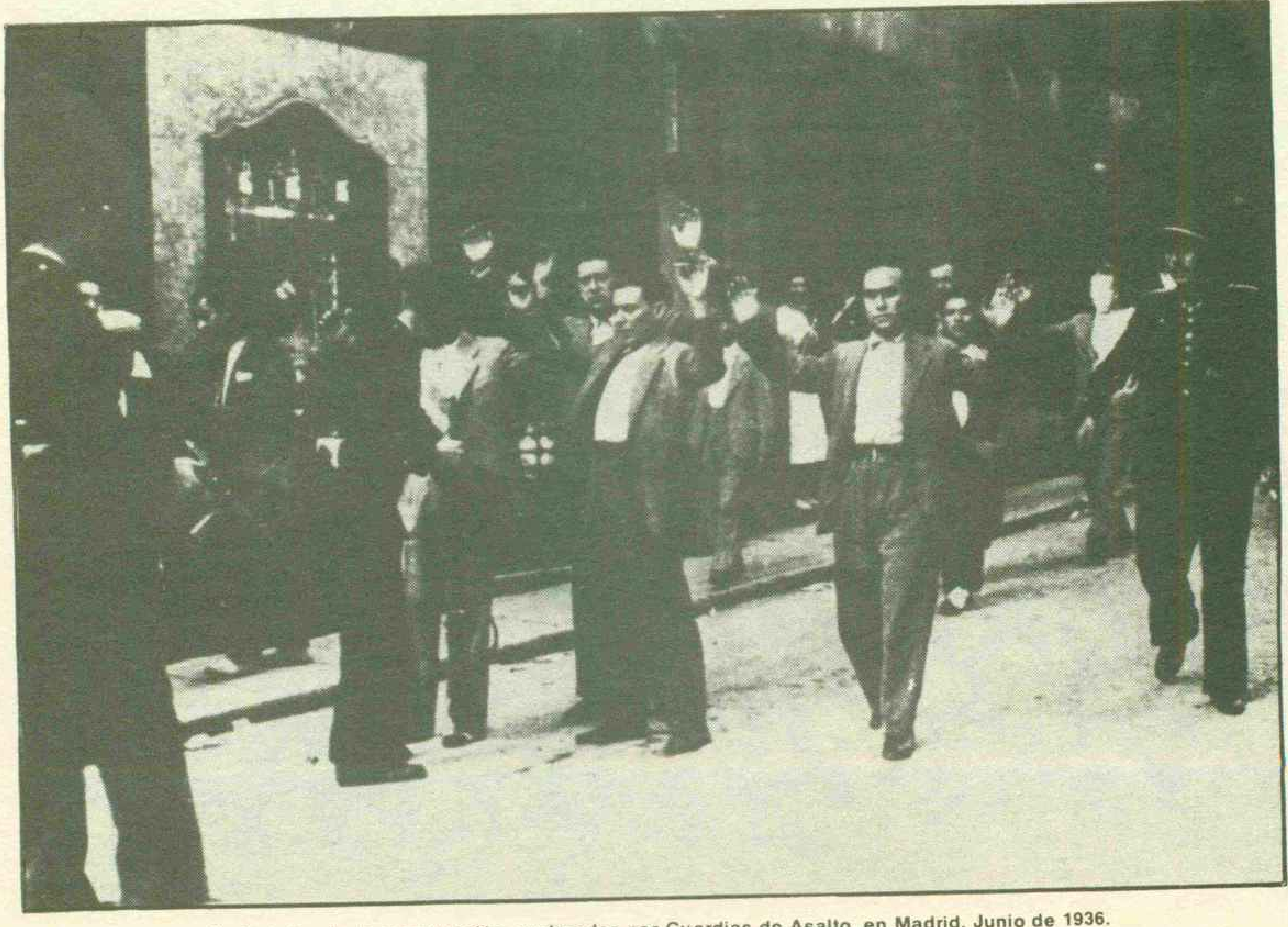
Las sesiones reflejaron el malestar que dominaba a amplios sectores de la Confederación, así como el deseo de perfilar una nueva trayectoria basada en la experiencia aliancista de Octubre. Pero la dirección de los debates, así como el valor supremo atribuido a la consecución de soluciones de concordia, harán que el giro estratégico no llegue a concretarse y que, en definitiva, a través del dictamen sobre el concepto de comunismo libertario, se reafirmen las posiciones tradicionales. Así, se sucedieron las intervenciones sumamente críticas sobre la indecisión en octubre del 34 y sobre el «error revolucionario» de lanzar la insurrección de enero de 1933, en contra de la mayoría del Comité Nacional. «Pese a que se haya dicho de Casas Viejas que fue una epopeya



Federica Montseny.

—dirá el delegado de Pasajes, Miguel González Inestal—, epopeyas como ésa no nos convienen». «El 8 de enero —replicará en tono conciliador Mineros de Asturias— tiene una virtud, como la tiene también el 8 de diciembre: incubó el levantamiento de Octubre. No cabe realizar censuras, sino reconocer sus grandes virtudes». El debate fue, más que nada, ocasión para que se desahogasen los críticos de las tácticas seguidas anteriormente por la Confederación. La incapacidad para definir una estrategia política se reflejó decisivamente en el «dictamen sobre la situación político - militar». Es cierto que se abría paso la consideración del peligro fascista, al que debería combatir «en fábricas, talleres y demás lugares de trabajo» (es decir, donde prácticamente no había fascistas), pero lo que más parecía preocupar era la política de Esquerra en el gobierno autónomo catalán. Y sobre todo, una vez pasado el sarampión de las elecciones de febrero, que se confirmase el antipoliticismo proponiéndose «intensificar la propaganda de descrédito e incapacidad (sic) hacia todos los partidos políticos», «aprovechando en todos cuantos actos se organicen la oportunidad para levantar un estado de opinión favorable a la revolución comunista libertaria».

¿Qué hacer entonces con el legado unitario de Octubre? La centralidad del tema hizo que la opinión se escindiera en dos grandes sectores: quienes ponían por delante la exigencia de unión con la UGT, según el ejemplo de Asturias en 1934, y los que, sin renegar del principio aliancista, introducían una serie de obstáculos que, en la práctica, lo bloqueaban: los sindicatos coaligados deberían reconocer el fracaso de la democracia y de la política, afirmar un propósito de «destruir completamente el régimen político y social» y, como única compensación, aplazar todo debate sobre el futuro régimen hasta el triunfo de la revolución. «En el primer apartado se les exige —advertía en sentido contrario el portavoz unitario, en minoría dentro de la ponencia— que abandonen los campos políticos; éstos son nuestros acuerdos, nuestras normas, y si esto se exige a la UGT no habrá Alianza, y se dirá que no se quiere». A lo largo de 1935 esta petición de apoliticismo había impedido en diversas localidades la entrada de la CNT en las Alianzas Obreras y Campesinas. Por supuesto, había también una tercera posición, pero muy minoritaria,



Huelguistas de la construcción, cacheados por Guardias de Asalto, en Madrid. Junio de 1936.



El Liberal

Redacción, oficinas y talleres: ORUETA, 2 — BILBAO — Apartado 118. - Teléfonos 11.461 y 11.081

HOMBRE PREVENIDO...

Madrid 8. — A cuantos estas líneas leyeren, correligionarios y afines, les exhorto a vivir prevenidos. Conviene estarlo siempre, pero mucho más en determinadas circunstancias que exigen hallarse alerta. Si es cierto el adagio de que hombre prevenido vale por dos, no nos estorbará duplicar así nuestra fuerza por si llega el momento de emplearla.

No hay enemigo pequeño, reza otro refrán. Pues bien, no es insignificante el que tiene enfrente la democracia española. Conviene además registrar este fenómeno: que mientras el enemigo se apiña, nosotros nos desunimos. Cierto que del lado de acá se aferran muchos al supuesto de que llegada la hora del peligro nos volveremos a unir; pero, ¿cuándo se considera llegada la hora del peligro? Ahí está el quid. Quienes se consuelan con la esperanza de que la unión surja súbitamente de entre las cenizas de nuestra discordia, creen que la manifestación externa del peligro encargada de operar semejante milagro coincide con su mismo nacimiento. Otros nos atrevemos a considerar que el peligro nace mucho antes de manifestarse con estrépito y, por consiguiente, no hay que esperar a su acometida para hacerle frente. Hasta nos asalta el temor de que entonces sea tarde para aniquilarle.

También advertimos error al comparar el volumen del riesgo actual con algún otro pretérito de cierta semejanza. Entonces se pudo aguardar tranquilamente a que diese la cara para aplastarle. Ahora nos parecería absurda una espera análoga. ¿Por qué? Por estimar mayores las dimensiones de lo presente. No hemos de repetir ahora cuanto en ocasiones bien recientes hemos expuesto respecto a circunstancias creadas por el ambiente, a la formación de un clima propicio a determinadas sacudidas. No es obra imposible, si bien la reputamos lenta, y hasta ahora no se ha emprendido el camino para realizarla, la de destruir ese ambiente. Seguimos aconsejándola; pero hoy colocamos en lugar preferentísimo esta advertencia: vivir prevenidos.

Hombre prevenido vale por dos. Y Gobierno prevenido, lo menos lo menos, vale por cuarenta.

INDALECIO PRIETO.

EL PRESO VIAJERO

NOTA DE SOCIEDAD

LINTERNA MAGICA

Los cautivos españoles de Africa

Premios de honor en el Grupo escolar de García Rivero

9 de julio de 1936: Prieto anuncia el «golpe», desde las páginas de «El Liberal» de Bilbao.

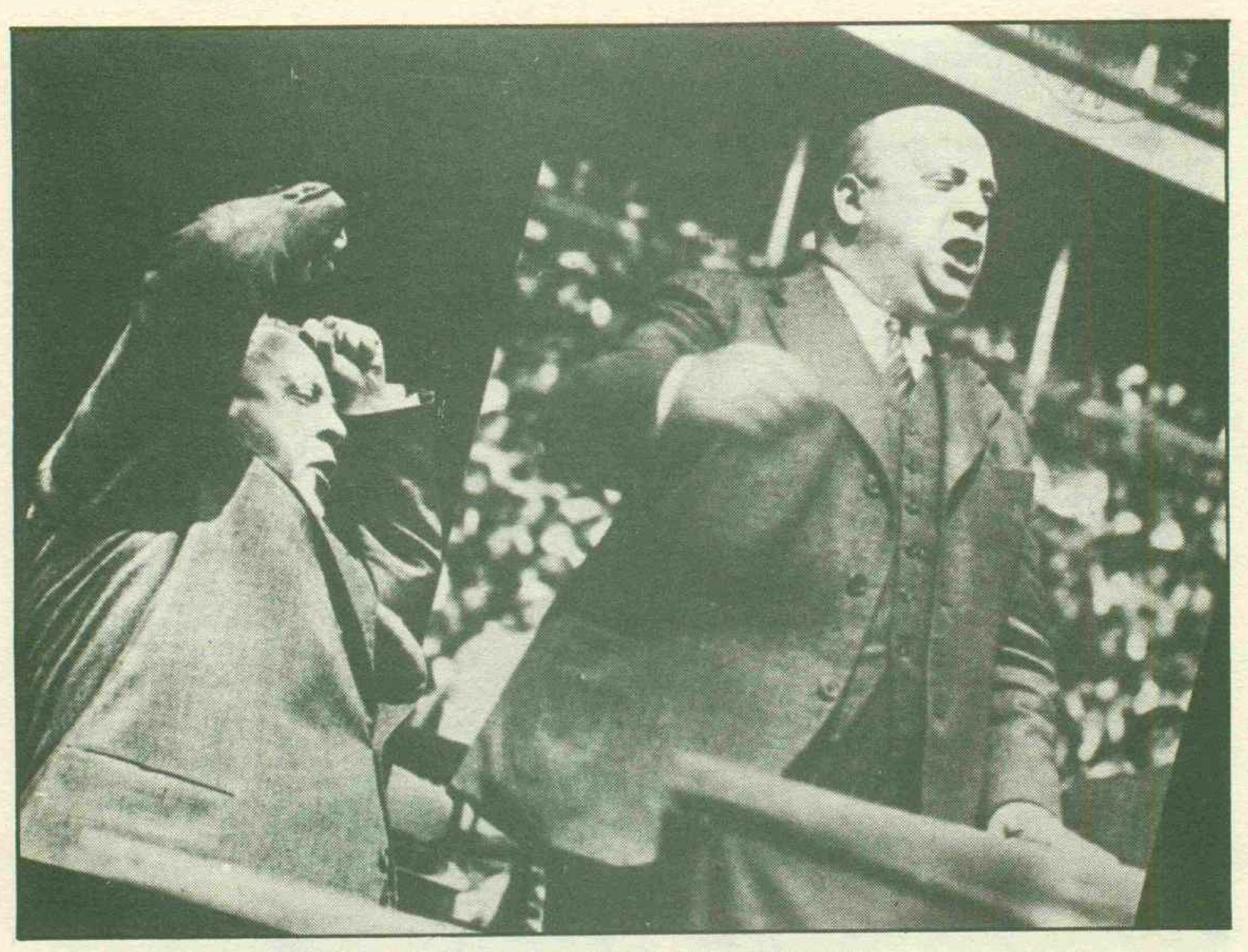
de anarquistas «clásicos» que rechazaba toda coalición en nombre de la lucha confederal aislada por sus propios ideales. Pero, en la práctica, la mayoría de la ponencia impondría, con retoques, la aceptación del principio, pero la acumulación de obstáculos para un eventual pacto que habría de comenzar a negociarse a partir del siguiente Congreso de la UGT.

El anarquismo «clásico», capitaneado por Federica Montseny, se impondría también en el terreno doctrinal, consiguiendo la aprobación de un dictamen sobre el comunismo libertario donde se consagraba al municipio libre como sujeto de la revolución, sobre la base de una visión ruralizante que venía a negar todas las exigencias de la sociedad industrial. El principio de la soberanía individual era el núcleo de una descripción, atenta sobre todo a las cuestiones pedagógicas y morales. Desde la prensa de la FAI, Abad de Santillán censuraría esa visión irreal que se había impuesto, de espaldas a las exigencias de una sociedad moderna, soñando con una Arcadia feliz que nada tenía que ver con un proyecto revolucionario. De hecho, el dictamen expresaba la mentalidad dominante en los años anteriores y carecerá del menor peso sobre la práctica futura de la Confederación.

Al calor de los fracasos y del recuperado prestigio de la economía, había ido forjándose una nueva posición en el anarcosindicalismo español que, por una parte, desembocaba en la necesidad de atender a la realidad política y en la exigencia de las alianzas en otros sectores obreros y, por otra, buscaba una modernización del ideario que le hiciese apto para responder a los problemas de la sociedad industrial. Pero, según mostró el balance de Zaragoza, era una posición todavía minoritaria. A la guerra civil, la CNT llegará en condiciones de vacío total en cuanto a estrategia política.

«¿CALMA Y VIGILANCIA?»

La primavera de 1936 se caracteriza, en suma, por una



Dos actitudes oratorias del líder socialista Indalecio Prieto.

agudización de la bipolaridad, que había sido ya el rasgo dominante de la campaña electoral. El recuerdo de Octubre y de su represión, el ejemplo exterior de los fascismos en auge, hicieron que, por parte de la derecha, la consigna electoral «contra la revolución y sus cómplices» pasara, una vez consumada la derrota de febrero, al terreno de la conspiración contra la democracia. No es menester repetir aquí hasta qué punto la secuencia de atentados y provocaciones provocó de antemano un clima de guerra civil. «Es evidente —escribe Tuñón de Lara— que la situación se hacía tensa por días y hasta por horas; la voluntad de coexistir dentro de un sistema se debilitaba cada vez más. Si en los medios rurales aparecieron explosiones espontáneas de violencia por parte de la izquierda, a nivel nacional parece ser la extrema derecha quien organiza sistemáticamente la violencia. Decimos «organiza» porque se trata de una negación sistematizada de la legitimidad, mientras que la otra violencia no es un enfrentamiento con el sistema, sino una pluralidad de disturbios locales».

Es también, pues, **tiempo de movilización,** que se traduce en zonas urbanas en un incremento notable de las huelgas y en los campos en una ocupación de tierras que da lugar a una simplificación de los trámites de expropiación y a que en cuatro meses se transfiriera más propiedad que en todos los años anteriores. El clima de violencia reinante tuvo por símbolo los sucesos de Yeste, donde la invasión de una propiedad desembocó en la intervención de la Guardia Civil, con un sangriento balance: un número y diecisiete campesinos muertos. En Andalucía, unas semanas antes de la sublevación, Bernal registra una amplia huelga de segadores a la que acompañan ocupaciones de tierras, destrucción de maquinaria. Y en las ciudades, también se da una explosión de conflictos, sin que falten enfrentamientos entre las centrales sindicales: el más destacado, el que en Madrid provoca el desbordamiento de la UGT por la CNT con motivo de la huelga de la construcción, que llega a traspasar la frontera del 18 de julio.

En la práctica, las propias deficiencias de su estructura hacen que el Frente Popular registre una abierta **disyunción entre los dos niveles** de su funcionamiento. Arriba está la acción gubernamental y parlamentaria, bajo control exclusivo de los partidos republicanos. Por debajo, la movilización popular, con sus diferentes expresiones y expectativas —momento simbólico: el 1.º de Mayo—, que no logra engarzar con el superior en ningún momento. Desde diferentes ángulos, tal disociación, que culmina en la respuesta al golpe militar, es reflejada por los protagonistas del momento histórico. Así Azaña, en carta del 29 de marzo a Rivas Cherif, escribe: «Lo del Frente Popular anda mediano. En las Cortes, fuera de pequeños incidentes, va bien, y en cuanto se empiecen los debates y yo les eche un discurso, espero domesticarlos (sic). Fuera de las Cortes, por esos pueblos, no nos entendemos». «Entre febrero y julio —recuerda a su vez Fernando Claudín— existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día en la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascistas, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar».

Es, en fin, **tiempo de vigilancia** ante ese golpe que se presiente. De nuevo un testimonio de un hombre de la época centra el problema: «En Madrid, cada noche —evoca el dirigente ugetista Amaro del Rosal—, la Casa del Pueblo era un hormiguero humano; lo mismo sucedía en los diferentes círculos socialistas, como los del Sur, del Norte, de Cuatro Caminos. En los domicilios de aquellas organizaciones que no estaban cobijadas en Piamonte 2, se vivían las mismas actividades. Otro tanto ocurría en provincias. En esa zozobra, se nombraban comisiones que vigilaban las cercanías de los cuarteles, como si eso pudiera conjurar el peligro, mientras el ministro de la Guerra dormía tranquilo». Las llamadas, cada vez más angustiosas, de Indalecio Prieto a lo largo de julio, desde la primera página de **El Liberal** de Bilbao, tampoco obtuvieron respuesta oficial. A la sombra de la denominación de Frente Popular coexistían dos realidades, que ni antes ni después del 18 de julio consiguieron articularse. ■ **A. E.**



Mitin unitario, en la primavera de 1936.

Las ideologías del 18 de julio:

LA DERECHA

Manuel Fraga Iribarne



1. Una mirada retrospectiva

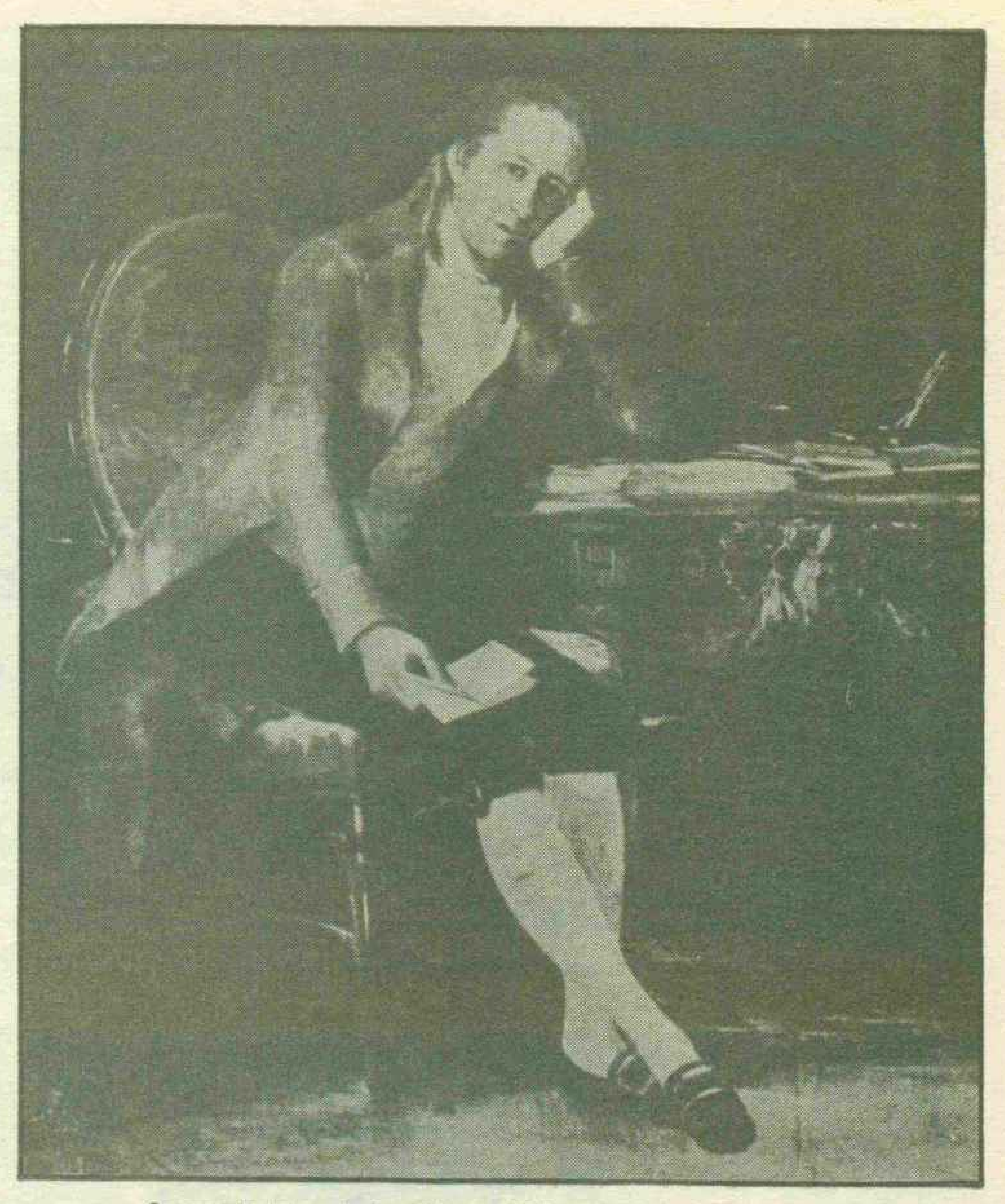
Para explicar con un mínimo de objetividad las razones, así como el comportamiento de la sociedad española, durante la II República y en el período inmediatamente anterior y durante la pasada guerra civil, es preciso lanzar una mirada retrospectiva, partiendo de los comienzos del siglo XIX, período éste fundamental que constituye el comienzo de una serie de hechos y situaciones los cuales han venido evolucionando de una manera u otra hasta nuestros días.

Durante el siglo XVIII España había mantenido su «status» y hasta su íntima convicción de gran potencia, independientemente de los evidentes signos de clara decadencia ya por entonces advertidos. Es en este período cuando aparecen importantes reformadores, los cuales reconocen el peso negativo de los obstáculos tradicionales como son los hiperconservadores gremios y la tierra encadenada a las «manos muertas» de la nobleza, la Iglesia y las comunidades rurales. Como señaló ROMAN PERPIÑA: «En España, el transformismo de la estructura y la acción pública era patente en ideas (Campomanes, Jovellanos) y en hombres públicos de acción (Ensenada, Floridablanca, Godoy, Cabarrus). Cataluña por su parte ya tenía más de un cuarto de siglo de hombres de empresa, técnicos industriales y artesanos, así como comerciantes. La política económica tuvo realizaciones trascendentales dando un viraje institucional: abolición de la mayoría de las aduanas interiores o puertos secos; libertad del tráfico prácticamente con toda América desde casi todos los puertos de España; unificación monetaria e intentos en pesos y

medidas; inicio de centralización y unificación de la hacienda con la creación de la superintendencia general.

Al propio tiempo las creaciones e inversiones oficiales se sucedían: fábricas reales, maestranzas con industria mecánica, construcciones navales, obras de puertos, canales (Aragón, Tauste, Júcar), organización de postas, ya factible mediante el esfuerzo que supuso la red radial de caminos reales». Estas ideas reformistas tenían algo de voluntarismo y de imitación, pero no cabe duda de que eran enormemente positivas y que de alguna manera contribuyeron a que, como ha señalado LASNEN, «España, al terminar el siglo XVIII, no era país atrasado como se ha dicho y su nivel económico era similar al de Europa Occidental».

En 1789, se produce en Francia la gran revolución de los



Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Cuadro de Goya.



Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Cuadro pintado por Goya en 1801. (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid).



La jornada revolucionaria del 20 de junio de 1792. (París, Museo Carnavalet).

Apertura de las Cortes Constituyentes de 1812.

tiempos modernos. Su impacto en la Historia de España es tan decisivo, que seguimos viviendo aún sus últimas consecuencias. Como ha señalado el profesor JESUS PABON, «nuestro drama contemporáneo arranca de la Revolución francesa: todos los problemas de dos siglos se originan en la doble invasión de las armas y las ideas ajenas y vecinas». Ante los sucesos de Francia en 1789 se hunde la moral de los hombres de la Ilustración y con ello se pierde una gran oportunidad histórica de cambio atraumático. Se produce una disociación de la conciencia interna de España. El hecho histórico de la Revolución obliga a los españoles a definirse, a tomar partido y aquella disociación pasó a ser un fenómeno de actitudes, definiendo en gran manera lo que había de restar de historia de España.

Cuando la gran historia de España se hundía en Trafalgar, alboreaba un nuevo siglo cuyas características pueden resumirse en dos palabras, tanto en sus etapas más significativas como en su conjunto: **Cambio** y **Caos**. Porque la evolución histórica de España a lo largo del siglo XIX no es sólo una historia caótica, sino que es también, son todas sus sobras, violencia, retraso y vergüenza histórica, el devenir de una España distinta. Por eso el cambio, para bien o para mal, resulta más característico que el caos aunque éste lo condicione y lo conturbe. No queremos caer en la fácil tentación de juzgar a un siglo, inequívocamente trágico, a la ligera y por eso, pese a que su comienzo y final se enmarcan en dos grandes desastres, Trafalgar por un lado y Cuba y Filipinas por el otro, merece la pena que profundicemos algo más en esta etapa.

Durante el siglo XIX la política interior de España se caracteriza por su superficialidad, quedando reducida a la mínima expresión la política exterior. COMELLAS hace un resumen que, al menos guarismáticamente, resulta sobrecogedor: «130 gobiernos, 9 Constituciones, 3 destronamientos, 5 guerras civiles, decenas de regímenes provisionales...». El cambio se concreta en la transfiguración de la sociedad y de la vida española desde el Antiguo Régimen a otro que es difícil calificar de nuevo porque nace cansado. El Antiguo Régimen comportaba una seguridad ideológica total en sí mismo. Se perdió la oportunidad de mejorarlo y transformarlo por la vía de

LA MAZA DE FRAGA

SOBRE

LOS FILOSOFASTROS LIBERALES

DEL DIA:

Ó CARTAS CRÍTICAS

DEL FILÓSOFO RANCIO,

QUE IMPUGNA

Á LA ANTIGUA Y NO Á LA FRANCESA,

LOS APLAUDIDOS DICTÁMENES DE LOS MAS ACREDITADOS LIBERALES REUNIDOS EN CÁDIZ.

MADRID

IMPRENTA DE DON FRANCISCO DE LA PARTE.

1812.

Se hallará en la librería de Alexandro Rodriguez, calle de las Carretas.

Facsímil de la portada de uno de los muchos panfletos que circularon por España, atacando la actitud liberal de los Diputados, en el Cádiz de las Constituyentes.



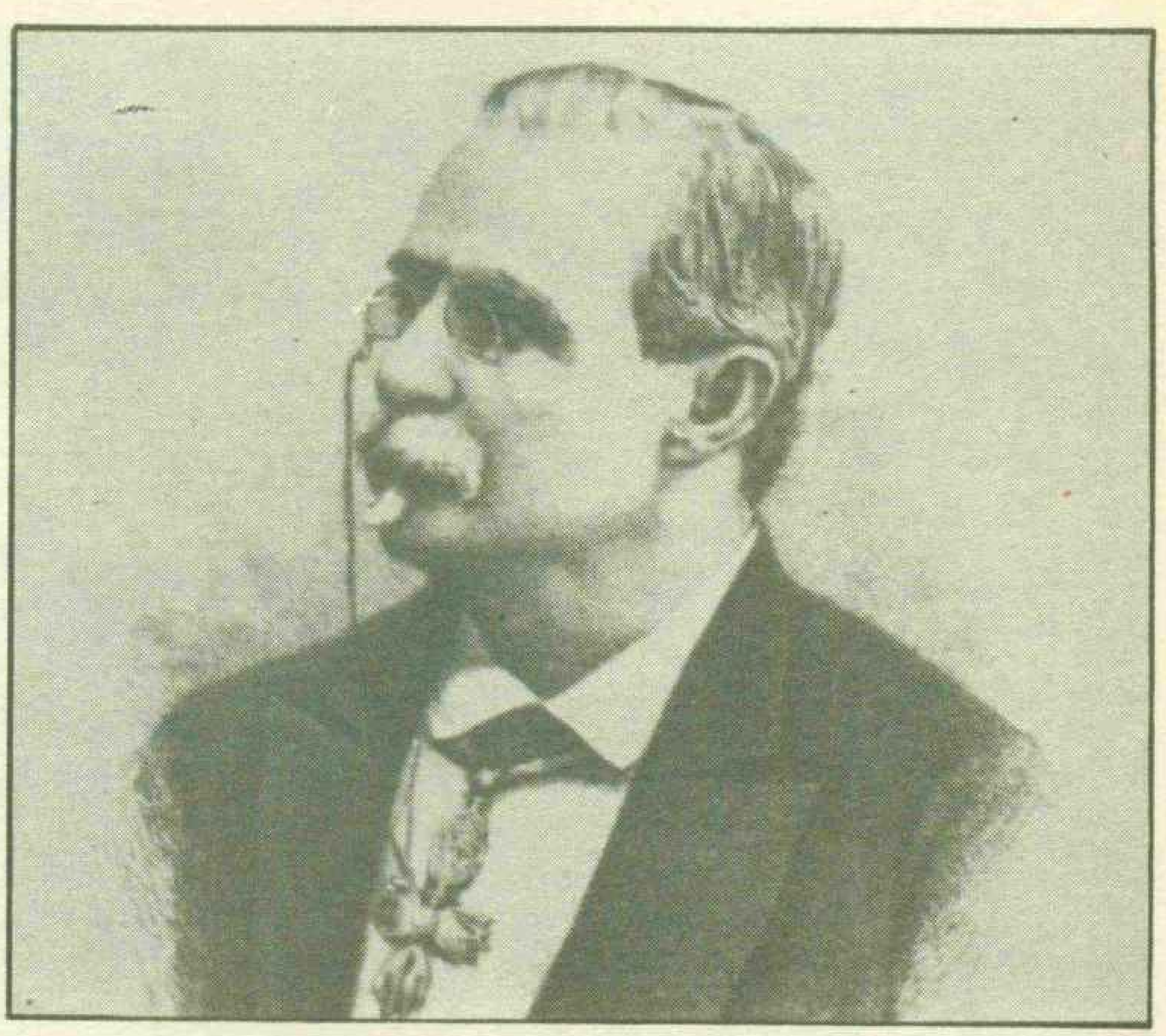
Combate cerca de Camajuani, durante la guerra de Cuba. (Croquis del corresponsal de «The Illustrated London News»).

la Reforma que pudo muy bien haber sido la Ilustración. Del Antiguo al Nuevo Régimen hay un tránsito: la Revolución. Este hecho constituye además de una transformación profunda, una arritmia, un vacío, una pérdida de pulso, a un lado y al otro del Atlántico. La transformación antedicha no acaba de realizarse en todo el siglo XIX, ni tampoco en buena parte del XX. Quizá por eso trata de liberar su insatisfecha energía por las grietas de la historia en forma de frustraciones, tragedias, de guerras civiles... La disociación de la conciencia nacional a la que antes aludíamos se perfila muy pronto en la pugna de las dos Españas. La historia de las ideas en la España del siglo XVIII ofrece ya, desde luego, un claro antecedente de esa disociación, a la que cabe buscar remotas raíces en las primeras minorías intelectuales dignas de tal nombre, vigorosas, aunque a la vez restringidas y dispersas en los mismos albores hispanos de la Edad Moderna. Pero las dos Españas son una realidad en el delicado momento de la quiebra del Estado ante la pujanza revolucionaria francesa. Al pueblo español se le fuerza a identificarse con una de las dos Españas; a dividirse bajo ellas. Con una frecuencia más o menos completa se logra este propósito suicida, e incluso se fingen terceras Españas absolutamente artificiales y sobre todo de espaldas al pueblo, a la tercera España, que constituye la gran incógnita que trató de escapar desesperada e infructuosamente de la trampa dialéctica que suponían las otras dos.

Así, mientras las clases política y dirigente suelen alinearse casi al completo en los bandos de las guerras civiles, afloran datos aislados (la tercera España queda siempre incomunicada) pero suficientes para saber que existe una profunda capa nacional que, durante la exteriorización del conflicto se siente marginada y violada; sabe que aquélla no es su historia y sigue esperando que alguien suscite su verdadero futuro.

Las dos Españas nacen, eso sí, enfrentadas a muerte. Asumen durante los siglos XIX y XX diversas etiquetas. De 1814 a 1840 el tema central de la historia española es la lucha de absolutistas y liberales por el poder. Los primeros pretenden mante-

Antonio Cánovas del Castillo. (1828-1897).



ner los rasgos más reaccionarios del antiguo régimen y los segundos buscan un cambio a veces más teórico y romántico que pragmático y eficaz. El antagonismo entre las posiciones fue tal que no pudo ser posible la creación de un sistema político que les permitiese dirimir el conflicto dentro de unas normas de convivencia establecidas. En Inglaterra y Francia se alcanzaba el equilibrio mucho antes, pero no olvidemos que la primera nación superó su guerra civil constituyente en el siglo XVII y Francia la plantearía de forma tajante y cartesiana a finales del siglo XVIII. En España, ajena a las convulsiones religiosas que tanto afectaron a Europa, el concepto de guerra civil fue durante mucho tiempo un absurdo. Haría falta desde 1808 un siglo y un tercio para plantearla y dirimirla. Porque la historia de 1808 a 1936 es la historia larvada o declarada de un conflicto civil. Con retraso europeo llegó éste a España; se adelantó en cambio, la hora del liberalismo político. Es este un país de desajustes esenciales difícil de encuadrar desde dentro y desde fuera.

2. La Reforma mal dirigida. La excepción de Cánovas

En este análisis cuyas limitaciones de espacio, han de



José Canalejas y Méndez. (1854-1912).

Proclamación del estado de guerra en Barcelona. (Agosto de 1917).



EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

Número suelto: 5 céntimos

Calle del Duque de Alba, 4

SE NOS ACONSEJA...

Y decimos nosotros

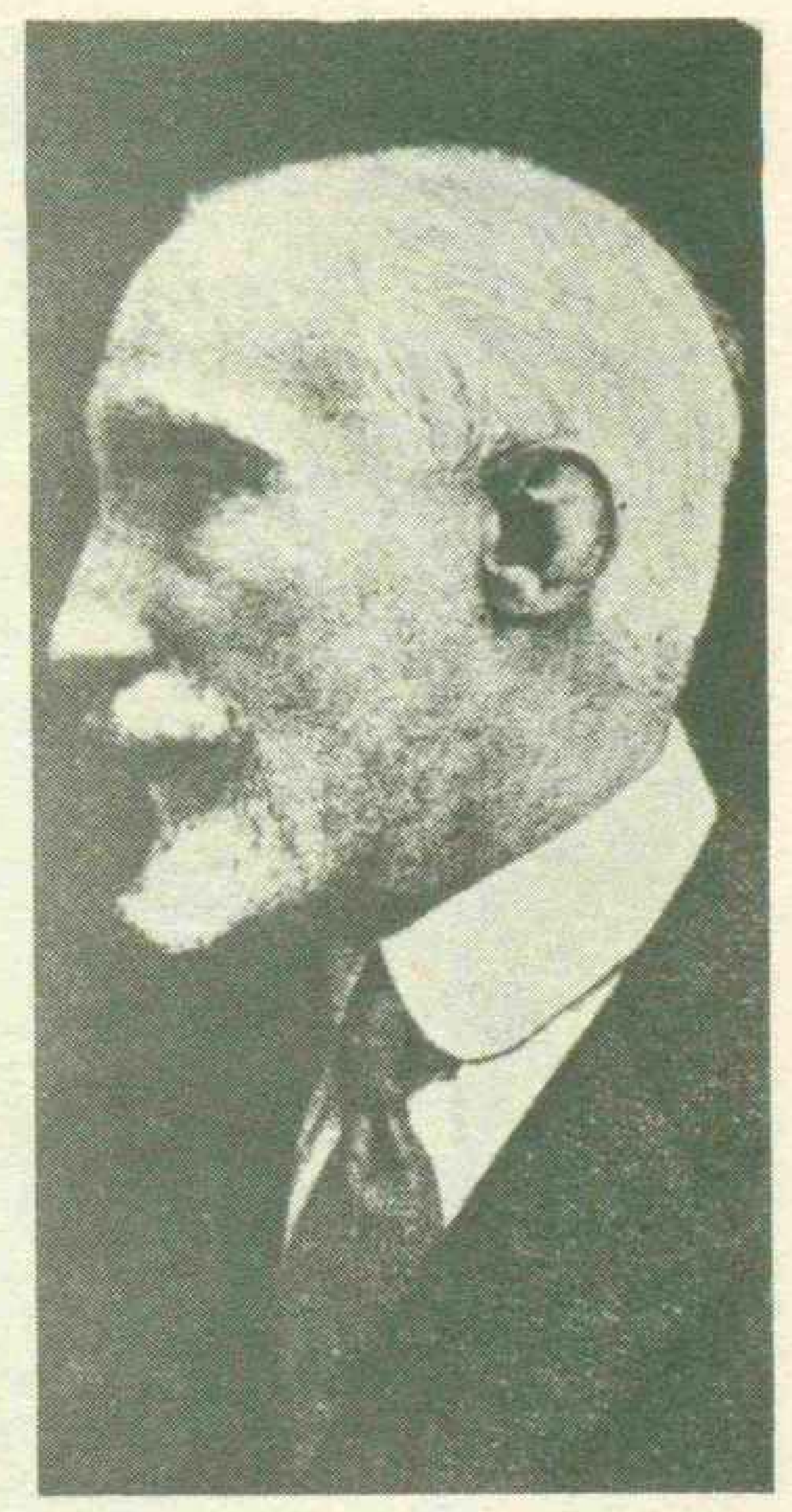
DEL MOMENTO POLITICO

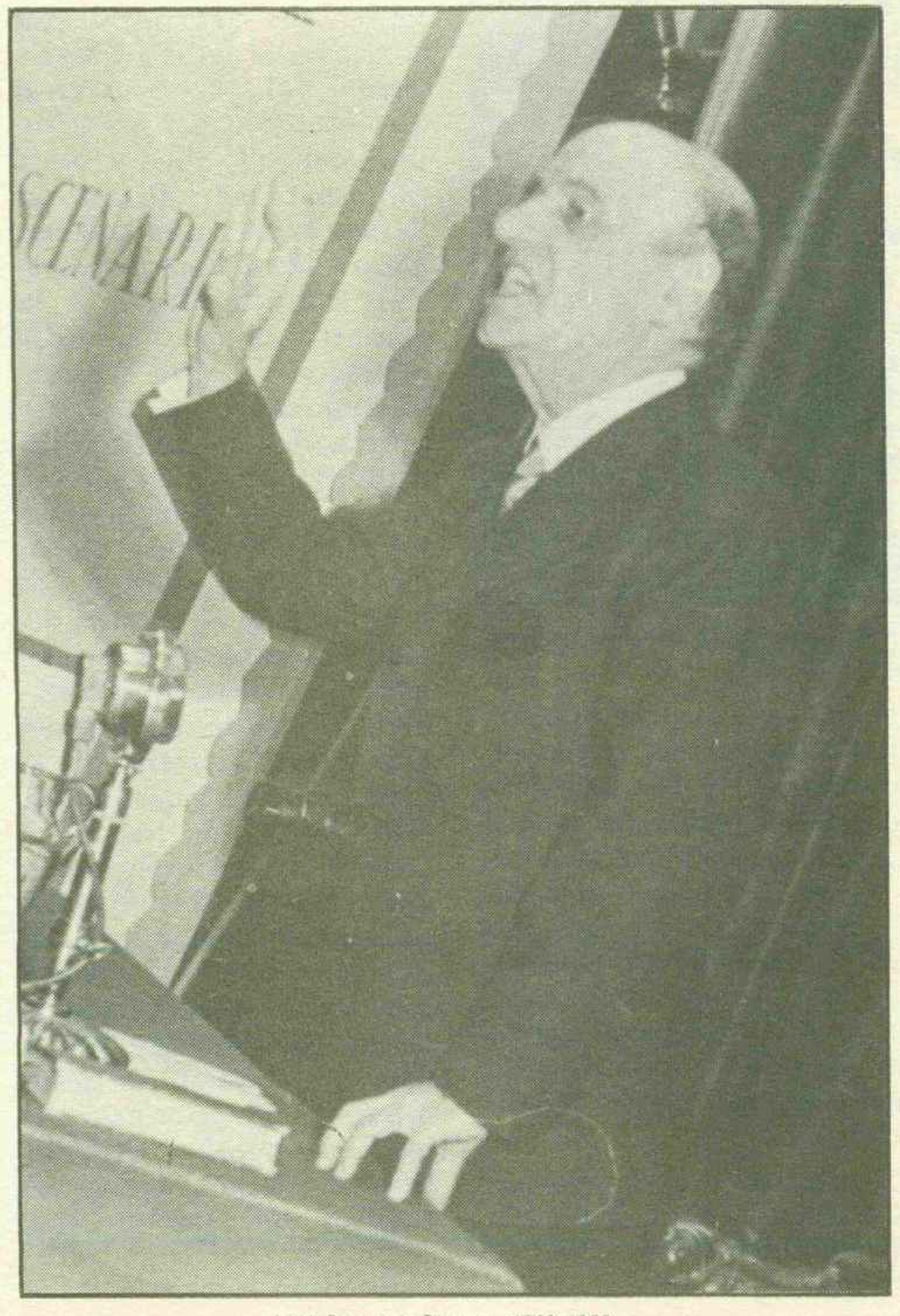
Bajo el arco en ruina

POR JOSE ORTEGA Y GASSET

Facsímil de la primera página de «El Imparcial», del 13 de junio de 1917.

restarle necesariamente profundidad, es necesario señalar algunos intentos serios de reforma y de superación de las crisis. Mientras el resto de España se debatía en la guerra de la Independencia, en la ciudad de Cádiz, una fundamental y ancestral institución española, las Cortes, trataba de buscar una salida. En estas Cortes se plantea ya una controversia que pudo ser, de lograrse un mínimo de armonía dialéctica, fecunda y precursora; pero quedó por desgracia en planteamiento constitucional de la guerra civil. Y no porque la Constitución de 1812 fuese tan sectariamente liberal como pretendían los «serviles», sino porque se hizo fracasar el intento centrista e integrador de un grupo de hombres renovadores que al margen de reaccionarios o radicales trataban de buscar una salida posible a una situación tensa y envenenada. Obvio es recordar que los serviles se aferraban irracionalmente al tiempo y a las ideas del pasado y que los liberales radicales se entregaban sin lucha a la imitación foránea lo mismo que con su sangre y su ilusión defendían, a veces ellos mismos también, en campañas y barrancos de la resistencia. Los reformistas, los únicos capaces de sintonizar con esa tercera España crítica y oculta pero de seguro mayoritaria, quedaban ahogados en su noble misión pontifical por las dos minorías enemigas que nacían a la conciencia política del país como irreconciliables.


Antonio Maura y Montaner. (1853-1925).



José Ortega y Gasset. (1883-1955).

Y Cádiz fue sólo el principio. Se perdieron las colonias de ultramar. Desastrosos reinados y desaciertos políticos de toda índole llevaron a España el caos y al desconcierto. El cada vez más ficticio entramado político que se alejaba más y más del pueblo; la intransigencia religiosa de los del «Vivan las caenas» y viva la Inquisición; las reformas sectarias, a destiempo y llenas de venalidad; el desprestigio exterior y lo más importante: el nacimiento de la cuestión social al irse lentamente industrializando el país, fue-

CANDIDATURA del
FRENTE NACIONAL CONTRARREVOLUCIONARIO
POR MADRID (CAPITAL)

José María Gil Robles Quiñones
José Calvo Sotelo
Antonio Royo Villanova
Angel Velarde García
Román Oyarzun Oyarzun
Rafael Marín Lázaro
Luis María de Zunzunegui Moreno
Honorio Riesgo García
Mariano Serrano Mendicute
Gabriel Montero Labrandero
Antonio Bermúdez Cañete
Luis Martínez de Galinsoga y de Laserna
Ernesto Giménez Caballero

Lista de candidatos de la derecha española (Frente Nacional Contrarrevolucionario), en las elecciones de febrero de 1936.

ron configurando lo que después sería la profunda crisis del siglo XX, tan sólo atemperada durante el período canovista.

No fue posible, pues, al menos hasta finales de 1874, hacer un planteamiento serio de Reforma. Desde 1808 hasta ese momento, la sociedad, las instituciones, los políticos, España en suma, careció de un proyecto de Estado. Es éste un período en el que España pasa por la Historia Universal de forma desvaída, burlesca, casi sin existir. Los problemas se acumulaban: la forma del Estado, las guerras civiles (la Carlista y la Cantonal), la cuestión cubana (la guerra chiquita), los problemas religiosos, el desprestigio internacional y una larguísima lista de cuestiones pendientes que hacían casi inexistente a España como nación en el preciso momento de gestarse las grandes potencias.

Es entonces cuando aparece CANOVAS DEL CASTILLO. De su mano se gesta la Restauración. Se supera milagrosamente el caos político y espiritual y se trata de continuar de verdad la historia de España. La Restauración fue esencialmente un acto de fe en la convivencia hispánica, fundamentada en el aspecto positivo del sentimiento nacional ante el caos: el ansia de vivir después de las inseguridades, los deliquios y los dislates revolucionarios. La Restauración tuvo un proyectista, un intelectual y a la vez un político de talla excepcional: ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO. El hizo la síntesis: se sumó el moderantismo antiguo a las tolerancias y transacciones con el espíritu nuevo que representaba el Partido liberal conservador. Creó, puede decirse, el partido liberal que absorbió parte del republicanismo histórico y fue sabiamente dirigido al Estado en el sentido de asegurar cada día más los derechos constitucionales y la garantía de las libertades públicas. La obra vigente, fundamental, que de ser terminada hubiese sin lugar a dudas alterado el curso de la historia de España, se vio interrumpida por el asesinato del gran estadista, sin completar su obra, pero dejando claramente señalado para las generaciones venideras el único camino viable: el de la moderación, la firmeza, la reforma, palabra ésta sobre la que nunca me cansaré de insistir porque en ella reside la clave de la superación de todas las contiendas que nos han aquejado y aún pueden conturbarnos. Reformar implica dinamizar y asumir sin traumas, incorporando al quehacer político, el sentir histórico del momento, esos vientos del pueblo que cuando por no ser advertidos, se transforman en ciclones revolucionarios. Porque

frente a la revolución que necesariamente implica destrucción aun para construir después, se halla la reforma que supone la construcción permanente, adecuando y modificando ideas e instituciones a las necesidades de cada momento.

3. El enfrentamiento final

Pero CANOVAS hubiera necesitado continuadores. Los tiempos cambiaban y él que conocía mejor que nadie su sistema sin duda lo hubiese ido adecuando a la marcha de los tiempos. No se hizo así. Los políticos de los primeros años del siglo XX (con la excepción de MAURA y de CANALEJAS, dos esperanzas frustradas por razones distintas de cuya pérdida o desaprovechamiento, sin duda, cara factura nos ha pasado después la Historia) no hicieron por alterar el rumbo de las cosas. La cuestión social, reconducida sabiamente en otros países como Inglaterra o los Estados Unidos, aquí fue ignorada o mal interpretada. La crisis del 98 provocó un movimiento intelectual vital, importante, esplendoroso, pero que tuvo la enorme desgracia de no ser capaz de producir un estadista junto a la pléyade de pensadores que como UNAMUNO, ORTEGA y tantos otros, tantas páginas de gloria han dejado para la posteridad. La sociedad española vivió también de espaldas a la realidad y de las rentas del sistema canovista que funcionó y mantuvo al país aceptablemente hasta 1923.

Las consecuencias de la guerra de 1936 no sólo hay que buscarlas en la existencia de un orden social injusto que reconocemos, ni en un radicalismo infantil y poco pragmático. Fundamentalmente se produce por una falta de visión del camino a seguir, por una falta del sentido del equilibrio. Sobraron teóricos e intelectuales y faltaron estadistas. MANUEL AZAÑA, que por sus cualidades personales pudo serlo, cayó en la tentación del sectarismo y de la intransigencia, hiriendo determinadas sensibilidades y produciendo desgarros en el cuerpo nacional que contribuyeron más aún a propiciar el clima que había de hacer posible el enfrentamiento civil. Ni la izquierda ni la derecha estuvieron a la altura de las circunstancias. La primera no supo moderarse, no supo esperar, no supo entender que para pintar el Guernica, PICASSO tuvo que hacer primero muchos ensayos, estudios y bocetos; la segunda, la derecha, liberal y moderada en los decenios anteriores, se fue radicalizando y no supo, cuando tuvo ocasión de ello, dar la respuesta firme pero serena que hubiera cabido esperar. No fue posible la paz porque no se pensó en España y en su destino con la amplitud de miras suficiente. Cada parte hizo su interpretación del problema y surgió la confrontación primero dialéctica y después violenta. Faltó, en el momento preciso, además de generosidad, el hombre capaz, el estadista que como CANOVAS, sintonizase con los anhelos de esa tercera España que sigue esperando su verdadera oportunidad. ■ **M. F. I.**



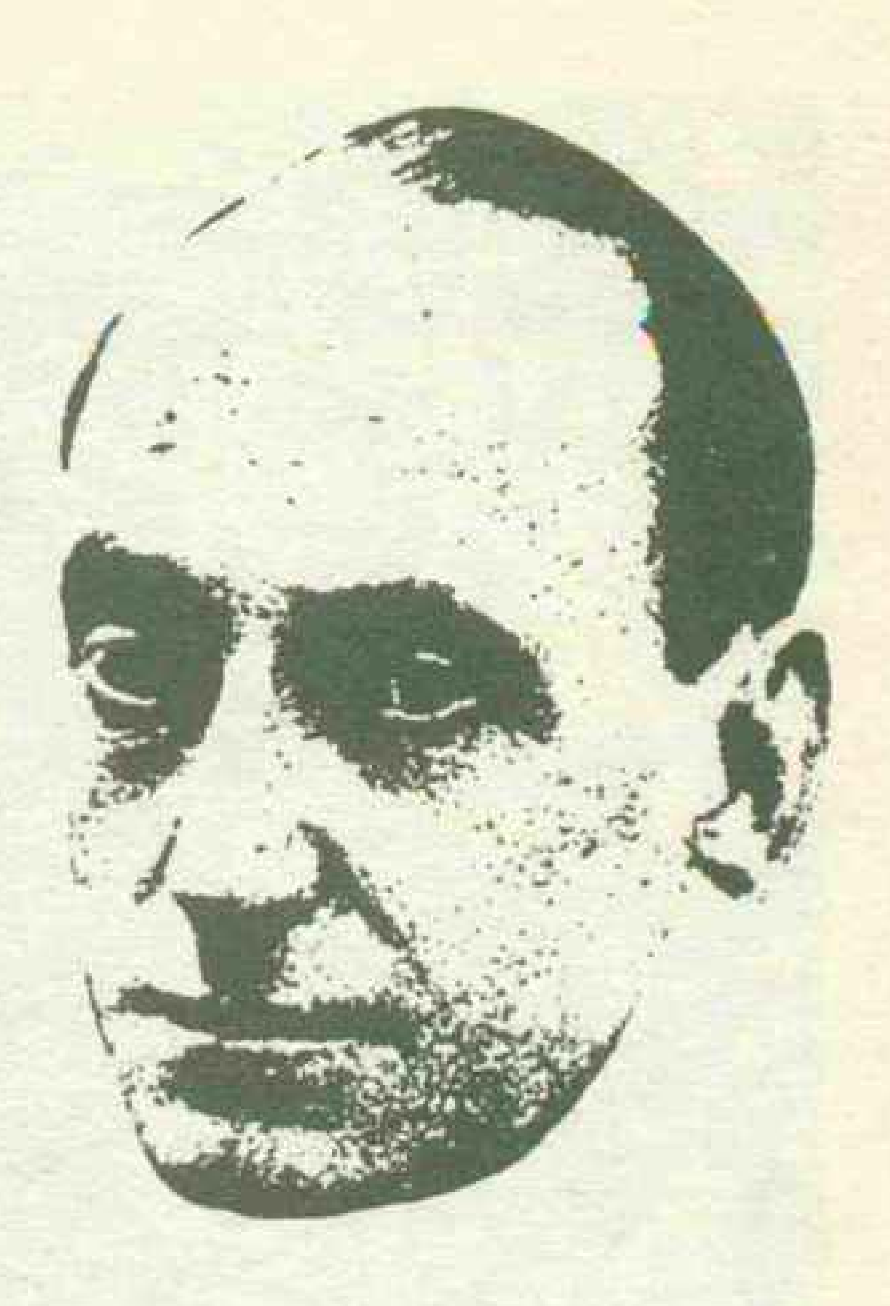
Manuel Azaña y Díaz. (1880-1940).

Un prólogo Parlamentario





El debate del 16-6-1936:

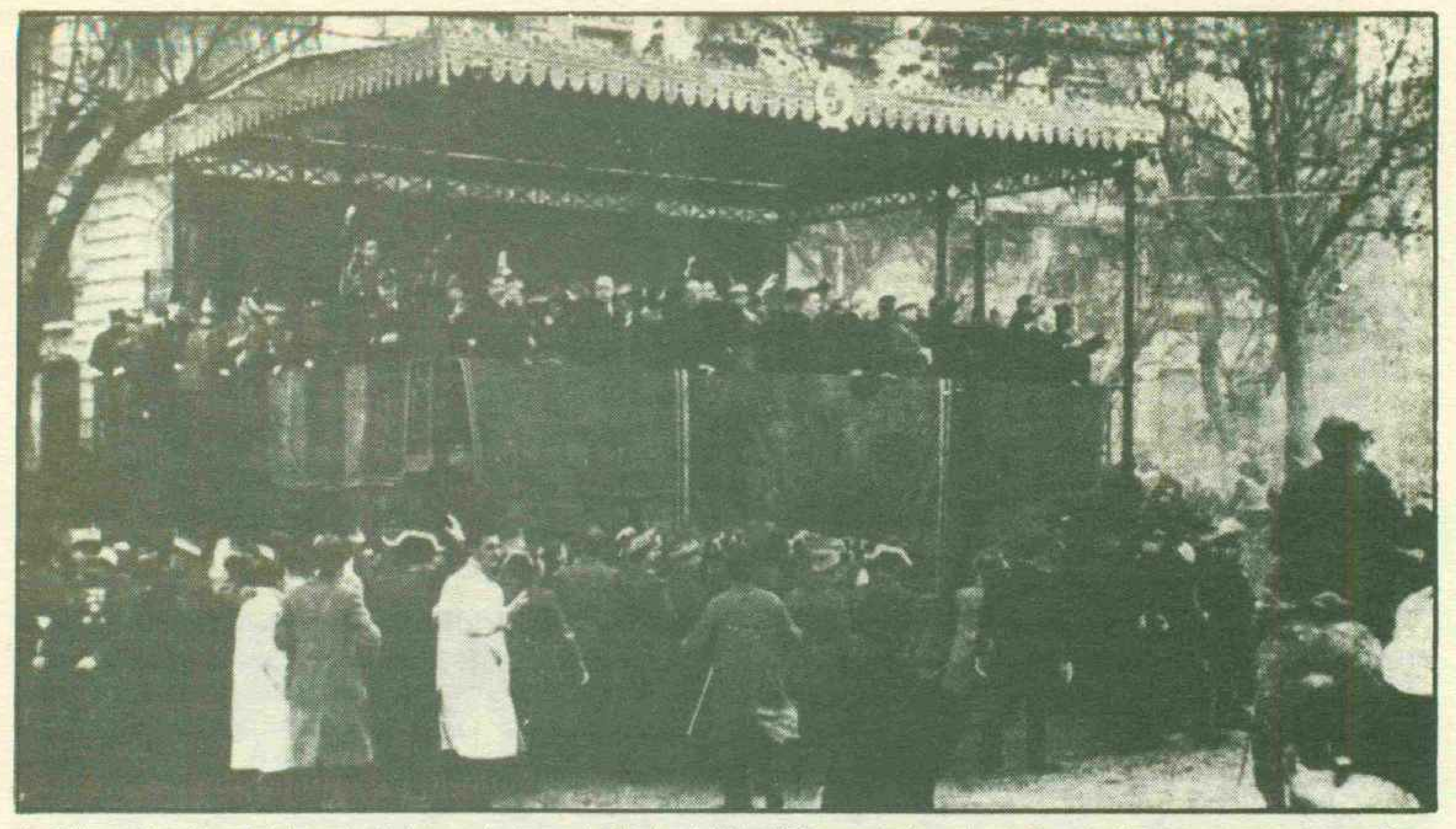


Calvo Sotelo y Casares Quiroga

Alberto Reig Tapia

> **Quelque soin que l'on prenne de couvrir ses passions par des apparences de piété et d'honneur, elles paraissent toujours au travers de ces voiles.**
>
> LA ROCCHEFOUCAULD

MUCHOS son los temas de nuestra guerra civil que han provocado encendidas polémicas y han sido objeto de manifiestas manipulaciones partidistas. Quizás el apasionado debate parlamentario del Congreso de los Diputados del 16 de junio, y el celebrado en la sesión de la Diputación permanente de Cortes el 15 de julio de 1936 anunciando el ya inminente enfrentamiento bélico sean, por su encrespada carga ideológica, una de las muestras más significativas del foso —¿insalvable?— que se había abierto entre las llamadas «dos Españas».



La Tribuna Presidencial después de las explosiones del 14 de abril de 1936, que afortunadamente no tuvieron graves consecuencias, durante el desfile conmemorativo de la Proclamación de la República en el Paseo de la Castellana de Madrid.

EL hecho del brutal asesinato de José Calvo Sotelo entre una sesión y otra, y el estallido, inmediatamente después, de la sublevación militar que iba a dar paso a la guerra civil, confieren a estos debates parlamentarios una especial significación histórica. Seguir atentamente el desarrollo de estos enfrentamientos dialécticos, puede ilustrarnos algo más que la pura constatación del grado de tensión política y social a que había llegado España en 1936.

Siempre que se aludía al asesinato de Calvo Sotelo en la literatura franquista no sólo se decía o se insinuaba que, tanto Dolores Ibarruri (Pasionaria) como el mismísimo presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, le habían amenazado de muerte, sino que incluso algunos lanzaban la especie de que el Gobierno había ordenado o amparado el asesinato, llegando en su alucinación a afirmar que se llevó a cabo con el beneplácito del presidente de la República, Manuel Azaña. En su obnubilación propagandística han pretendido, nada menos, que negar la participación de Calvo Sotelo en la conspiración, como queriendo presentar de esta forma su asesinato revestido de unas características aún más ominosas.

Alguien como Félix Maiz, que fue uno más de los muchos agentes de que dispuso el general Emilio Mola en la conspiración y por tanto —es de suponer— bien informado, dice que Calvo Sotelo se había ofrecido a Mola como un soldado más a las órdenes del Ejército (1).

Las investigaciones posteriores confirman la participación de Calvo Sotelo en la conspiración plenamente, hecho éste que fue sistemáticamente negado incluso por personas como Gil Robles, que no creía «verosímil» lo que dicen al respecto historiadores como Manuel Tuñón de Lara y Gabriel Jackson (2). El mismo Stanley G. Payne afirma que Calvo Sotelo estaba informado de los planes del general Mola, a los que prestó todo su apoyo (3). Ricardo de la Cierva lo considera igualmente el puntal de la rebelión y dice que cuando los «desmandados del Frente Popular lo eliminaron sabían muy bien lo que hacían y a dónde apuntaban» (4). Sobre este punto el acuerdo parece unánime entre los historiadores solventes. La importancia de Calvo Sotelo como figura en torno a la cual se iba

(1) MAIZ, Félix: «*Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*». Ed. Gómez. Pamplona, 1952, p. 168.

(2) GIL ROBLES, José María: «*No fue posible la paz*». Ed. Ariel. Barcelona. 1968, p. 730.

(3) PAYNE, Stanley G.: «*El Ejército, la República y el estallido de la guerra civil*», en CARR, Raymond (ed.) «*Estudios sobre la República y la guerra civil española*». Ed. Ariel. Barcelona, 1974 (2.ª ed.) p. 125.

(4) CIERVA, Ricardo de la: «*Historia de la guerra civil española. Tomo I: perspectivas y antecedentes, 1898-1936*». Librería Ed. San Martín. Madrid, 1969, p. 740.

aglutinando la oposición a la República es indiscutible, sin embargo, conviene dejar bien establecido que su asesinato se llevó a cabo por el hecho fortuito de que ni Goicoechea primero, ni Gil Robles después estaban en sus domicilios. Al pasar por la calle de Velázquez uno de los guardias miembros del «comando» recordó que allí vivía Calvo Sotelo, optando entonces por dirigirse al número 89 donde se encontraba su residencia. Por consiguiente su asesinato fue casual.

El relato hecho por Indalecio Prieto arrojó una luz fundamental sobre este trágico suceso (5). José Calvo Sotelo fue víctima circunstancial de una «vendetta» llevada a cabo por compañeros del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo, asesinado el día anterior por miembros de la U.M.E. (Unión Militar Española), organización de militares parafascistas. El 7 de mayo había sido asesinado el capitán de Ingenieros Carlos Faraudo, que pertenecía a la U.M.R.A. (Unión Militar Republicana Antifascista), organización de militares izquierdistas creada como réplica a la U.M.E.

Como ha relatado el militar republicano Urbano Orad de la Torre, que asistió a la reunión en donde se tomó la decisión de ejercer algún tipo de represalia, le correspondió al capitán de la Guardia civil, Fernando Condés —por sorteo—, la responsabilidad de hacerla efectiva (6). Ante el asesinato de Castillo, Condés asumió el mando del grupo voluntario —compañeros de aquél pertenecientes a su misma Compañía— que la llevaría a cabo. Por tanto, ni la masonería ni, por supuesto, el Gobierno, tuvieron algo que ver con este sangriento hecho, cuyo autor material fue Victoriano Cuenca. Avergonzado Condés de su responsabilidad, intentó suicidarse. Indalecio Prieto le disuadió reprochándole la coberdía de quitarse la vida cuando tantos la perdían heroicamente en defensa de la República y de sus más nobles ideales. Así lo hizo el capitán Condés, que murió en el frente de Guadarrama en acción de guerra el 23-VII-1936.

No obstante el conocido periodista nacionalista, Manuel Sánchez del Arco no sintió empacho en escribir: «Calvo Sotelo, asesinado por acuerdo de un Consejo de Ministros delincuentes» (7). Gravísima afirmación de quien por su profesión debería sólo —en principio— dar testimonio de los hechos, informar, prescindiendo de demagógicas concesiones a una «galería» predispuesta de antemano. Refiriéndose a Casares Quiroga dice: «(...) en cuyas manos aún no está seca la sangre del mártir...» (8). Pero lo realmente sorprendente es que este mismo periodista escriba más adelante: «(...) lo que no puede hacerse es mentir a sabiendas. Lo que ninguna pluma honrada puede hacer es comunicar informaciones totalmente falsas a sabiendas de que lo sean. (...)» (9). «El Diario Vasco» de San Sebastián, en su página 5 del número correspondiente al 28-X-1936, destacaba en grandes titulares: «Se confirma que el Gobierno ordenó matar a Calvo Sotelo, Gil Robles y Goicoechea».

Según José María Iribarren, en junio de 1936, la Gran Logia masónica de París ha-

(5) PRIETO, Indalecio: «Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos» (3 vol.). Eds. Oasis. México, 1967-1969, vol. 1, p. 89.

(6) EL PAIS (Madrid), 28-IX-1978, p. 8.

(7) SANCHEZ DEL ARCO, Manuel: «El Sur de España en la reconquista de Madrid (Diario de operaciones glosado por un testigo)». Ed. Cerón. Cádiz, 1936, p. 89.

(8) Ibídem, p. 9.

(9) Ibíd., p. 110.

LOS JEFES PARLAMENTARIOS DE DERECHAS, PLANTEARON AYER, CON ACOPIO DE DATOS CONCRETOS Y CON SERENA OBJETIVIDAD, ANTE LAS CORTES, LA AUTENTICA SITUACION DEL ORDEN PUBLICO EN ESPAÑA

Los señores Gil Robles, Calvo Sotelo, Ventosa y Cid hablan en nombre de inmensas multitudes adolecidas de esa situación. El presidente del Consejo, en su réplica, arremete contra la burguesía y la clase patronal. Un discurso demagógico de la señora Ibarruri aplaudido por las izquierdas republicanas. El Sr. Gil Robles pide que cuanto antes se discuta la llamada represión de Asturias.

El Gobierno obtiene 207 votos de los 473 que componen el Parlamento. Las derechas se ausentaron en bloque del salón

Un titular de la Prensa madrileña que refleja las tensiones parlamentarias, en vísperas de la guerra civil.

bía decretado la muerte de Calvo Sotelo, emplazando a los hermanos Barcia y a Casares Quiroga para que se encargasen de ello. Comunicado a la logia madrileña de la calle del Príncipe, ésta lo aprobó por unanimidad en reunión extraordinaria. En un principio se pensó ejecutar el crimen en plena Cámara y después a la salida del Congreso. Casares Quiroga llevó el asunto de la eliminación de Calvo Sotelo al seno del Consejo de Ministros donde obtuvo la aprobación unánime. Ello se encomendaría a la Dirección General de Seguridad y se garantizaría la impunidad a sus autores contando con el acuerdo de Azaña (10).

Es notable la capacidad de fabulación desempeñada por Iribarren. Todo lo que dice es completamente falso. Este tipo de «relatos» estaban destinados a realzar la figura del «protomártir», cuyo momento culminante serían las tan citadas palabras de Santo Domingo de Silos pronunciadas con gran espectacularidad por Calvo Sotelo en la tormentosa sesión parlamentaria del 16 de junio del 36, con las que anunciaría su martirologio. A partir del hecho injustificable de su asesinato, las inevitables plumas a sueldo, construyeron una alucinante literatura, que dado su volumen y su carácter unilateral durante tanto tiempo, han contribuido a cristalizar una determinada visión de este hecho, que no obstante hay que revisar y afrontar abiertamente sin eufemismos ni circunloquios contemporizadores.

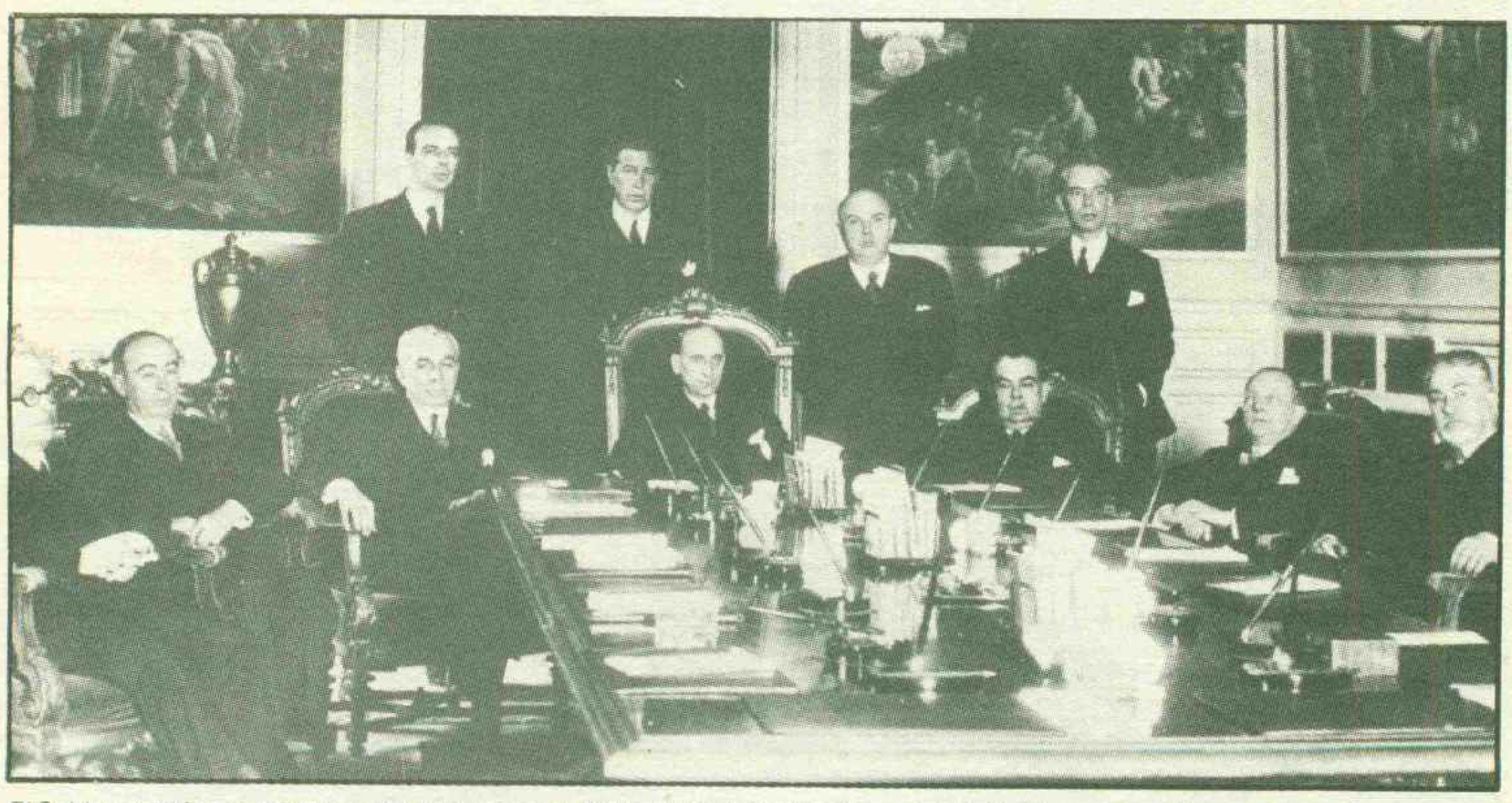
Se han manipulado las palabras y se ha tergiversado su sentido hasta tal punto, son tantos los comentarios que ha provocado aquella sesión parlamentaria del 16 de junio, que resulta imposible sintetizar sin ser parcial. Hacer una glosa lo suficientemente precisa de todo lo que allí se dijo, por unos y por otros, exige un espacio que desborda ampliamente las páginas de que dispongo, pero resulta imprescindible hacerlo con cierto detenimiento reproduciendo amplios fragmentos de los discursos, dada la trascendental importancia de dicho debate.

Tras la intervención de Gil Robles sobre el tema del orden público, le respondió en representación de los socialistas el diputado De Francisco, tras el cual intervino Calvo Sotelo.

Rápidamente quedó claro que Calvo Sotelo no se proponía afrontar la cuestión del orden público que estaba a debate sino, utilizando dicho tema como pretexto, atacar no sólo al Gobierno, sino al régimen político y a la concepción misma del Estado. Decía Calvo Sotelo: «(...) **es una causa de fondo, no una causa de forma. La causa es que el problema del desorden público es superior, no**

---

(10) IRIBARREN, José María: «Con el general Mola». Ed. Heraldo de Aragón. Zaragoza, 1937, pp. 19-21.



El Gobierno de Casares Quiroga (del 13 de mayo de 1936 al 19 de julio del mismo año). De izquierda a derecha, sentados: Antonio Velao Oñate (Obras Públicas), Enrique Ramos Ramos (Hacienda), Augusto Barcia Trelles (Estado), Santiago Casares Quiroga (Presidencia y Guerra), Manuel Blasco Garzón (Justicia), José Giral Pereira (Marina), Francisco Barnés Salinas (Instrucción Pública y Bellas Artes). De pie: Juan Lluh i Vallescá (Trabajo, Sanidad y Previsión Social), Plácido Alvarez-Buylla y Lozana (Industria y Comercio), Mariano Ruiz-Funes García (Agricultura) y Bernardo Giner de los Ríos García (Comunicaciones y Marina Mercante). Falta, en la foto, Juan Moles Ormella, ministro de la Gobernación.

ya al Gobierno y al Frente Popular, sino al sistema democrático - parlamentario y a la Constitución del 3ú» (11). Y más adelante afirmaba que, un Estado, **«no puede por eso estructurarse sobre las bases perfectamente inoperantes de la Constitución del 31, y pagáis las consecuencias de ello, aunque vosotros las debéis pagar gustosamente, porque sois partidarios de esa Constitución. Frente a ese Estado estéril, yo levanto el concepto del Estado integrador (...). A ese Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ése es el Estado fascista, yo, que participo de la idea de ese Estado, yo que creo en él, me declaro fascista.** *(Rumores y exclamaciones. Un señor diputado:* Vaya una novedad» (12).

El sentido de clase, el espíritu elitista y, en definitiva, el maniqueísmo de Calvo Sotelo, queda claramente de manifiesto cuando dice: «(...) **la ley de la turbamulta es la ley de la minoría disfrazada con el ademán soez y vociferante, y eso es lo que está imperando ahora en España; toda la vida española en estas últimas semanas es un pugilato constante entre la horda y el individuo, entre la cantidad y la calidad, entre la apetencia material y los resortes espirituales, entre la avalancha brutal del número y el impulso selecto de la personificación jerárquica, sea cual fuere la virtud, la herencia, la propiedad, el trabajo, el mando, lo que fuere; la horda contra el individuo»** (13).

Más adelante Calvo Sotelo pronunció las conocidas palabras que aludían al tema de la posible sublevación militar.

«(...) no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el Ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera sería un loco, lo digo con toda claridad (Rumores), **aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.** (Grandes protestas y contraprotestas).

El señor PRESIDENTE: **No haga S. S. invitaciones que fuera de aquí pueden ser mal traducidas.**

---

(11) DIARIO DE LAS SESIONES DE CORTES. Congreso de los Diputados, núms. 45-60, tomo III. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1936, p. 1382.

(12) Ibídem, p. 1384.

(13) Ibíd., p. 1385.



J.A.P.

ORGANO NACIONAL DE LAS JUVENTUDES DE ACCION POPULAR DE ESPAÑA

Año II | Serrano, 6 | Madrid, 8 junio 1935 | 15 céntimos | N.º 21

O Acción Popular acaba con el marxismo o el marxismo aplasta a España

Con el JEFE o contra el JEFE

Nadie tema que nos quedemos en la mitad del camino

No cabe diálogo ni convivencia con la anti-España. Nosotros, y no ellos.

En estos meses decisivos, más propaganda que nunca. El triunfo final se acerca

¡Ministro de la Gobernación!

La "técnica" de que hizo usted alarde para encastillarse en la cartera, ha fracasado. Mientras se abren las Casas del pueblo y se extreman las atenciones con los criminales responsables de la Revolución, los hombres de Acción Popular, en Madrid y en Novalias, caen asesinados por la espalda, por hordas de criminales que en la lenidad de su política de orden público, encuentran alientos para el crimen. Cuando fracasa una "técnica" y no se representa fuerza alguna del país, el decoro político y la delicadeza deben encontrar la única solución posible. ¿Está claro?

Aplastemos al marxismo, la masonería y el separatismo para que España prosiga su ruta inmortal.

Facsímil de la primera página del periódico «J. A. P.», que inspira ideológicamente José M.ª Gil Robles, de fecha 8 de junio de 1935.



Carteles de propaganda del Frente Popular. (Febrero de 1936).



José Calvo Sotelo, una de las personalidades políticas más significativas de la derecha española. Murió asesinado en vísperas de la guerra civil.

El señor CALVO SOTELO: **La traducción es libre, señor Presidente; la intención es sana y patriótica, y de eso es de lo único que yo respondo»** (14).

A continuación Calvo Sotelo se dedica a exponer una serie de supuestas faltas de consideración para con el Ejército y las instituciones armadas en general, que provocan malestar en parte del hemiciclo que le acusa de desvirtuar los hechos y especular sobre acontecimientos no probados; hechos referidos, incluso, a alguna provincia que son completamente negados por los propios diputados provinciales. La tensión sigue en aumento hasta el punto de que se pronuncian frases (tanto por parte del orador, como por diputados del Frente Popular) que el presidente de la Cámara, señor Martínez Barrio, ordena que no consten en el Diario de Sesiones. Calvo Sotelo está visiblemente excitado, llegando a decir de Asturias, **«que no parece una provincia española, sino una provincia rusa.** *(Fuertes protestas. Un señor diputado:* **Y eso, ¿qué es? Nos está provocando.** *El señor Presidente agita la campanilla reclamando orden).*

«Yo digo, señor Presidente del Consejo de Ministros, compadeciendo a S. S. por la carga ímproba que el azar ha echado sobre sus espaldas... *(El señor Presidente del Consejo de Ministros:* **Todo menos que me compadezca S. S. Pido la palabra.** *Aplausos).* **El estilo de improperio característico del antiguo señorito de la ciudad de La Coruña...** *(Grandes protestas. El señor Presidente del Consejo de Ministros:* **Nunca fui señorito.** *Varios señores diputados increpan al señor Calvo Sotelo airadamente).*

El señor Presidente: **¡Orden! Los señores diputados tomen asiento.**

Señor Calvo Sotelo, voy pensando en que es propósito deliberado de S. S. producir en la Cámara una situación de verdadera pasión y angustia. Las palabras que S. S. ha dirigido al señor Casares Quiroga, olvidando que es el Presidente del Consejo de Ministros, son palabras que no están toleradas, no en la relación de una Cámara Legislativa, sino en la relación sencilla entre caballeros. *(Aplausos)* **»** (15).

En este punto el debate ha subido considerablemente de tono y los ánimos están claramente excitados hasta el punto que interviene Casares Quiroga disculpándose por no respetar el turno de oradores, y rogando a Gil Robles, le permita que deje el examen de su discurso para después, ante la intención de refutar inmediatamente a Calvo Sotelo. Este concluyó su intervención aludiendo al último discurso de Largo Caballero en Oviedo y a sus soflamas revolucionarias, y afirmando que, un Gobierno **atado umbilicalmente a esos grupos»** (se refiere obviamente al Frente Popular) es incapaz de nada y que así, sólo puede haber anarquía.

El presidente del Consejo de Ministros, Santiago Casares Quiroga, dijo:

«Yo no voy a descender al terreno a que suavemente quería llevarme el señor Calvo Sotelo, terreno de polémica personal, personalísima, al cual me está vedado acudir porque yo no puedo olvidar que aquí soy el Presidente del Consejo. Ocasiones ha tenido en la vida el señor Calvo Sotelo para encontrar a Santiago Casares. Hoy no encontrará aquí más que al Jefe del Gobierno. *(Muy bien)* **(...) después de lo que ha hecho S. S. hoy ante el Parlamento, de cualquier**

(14) Ibíd. pp. 1385-1386.

(15) Ibíd., p. 1388.

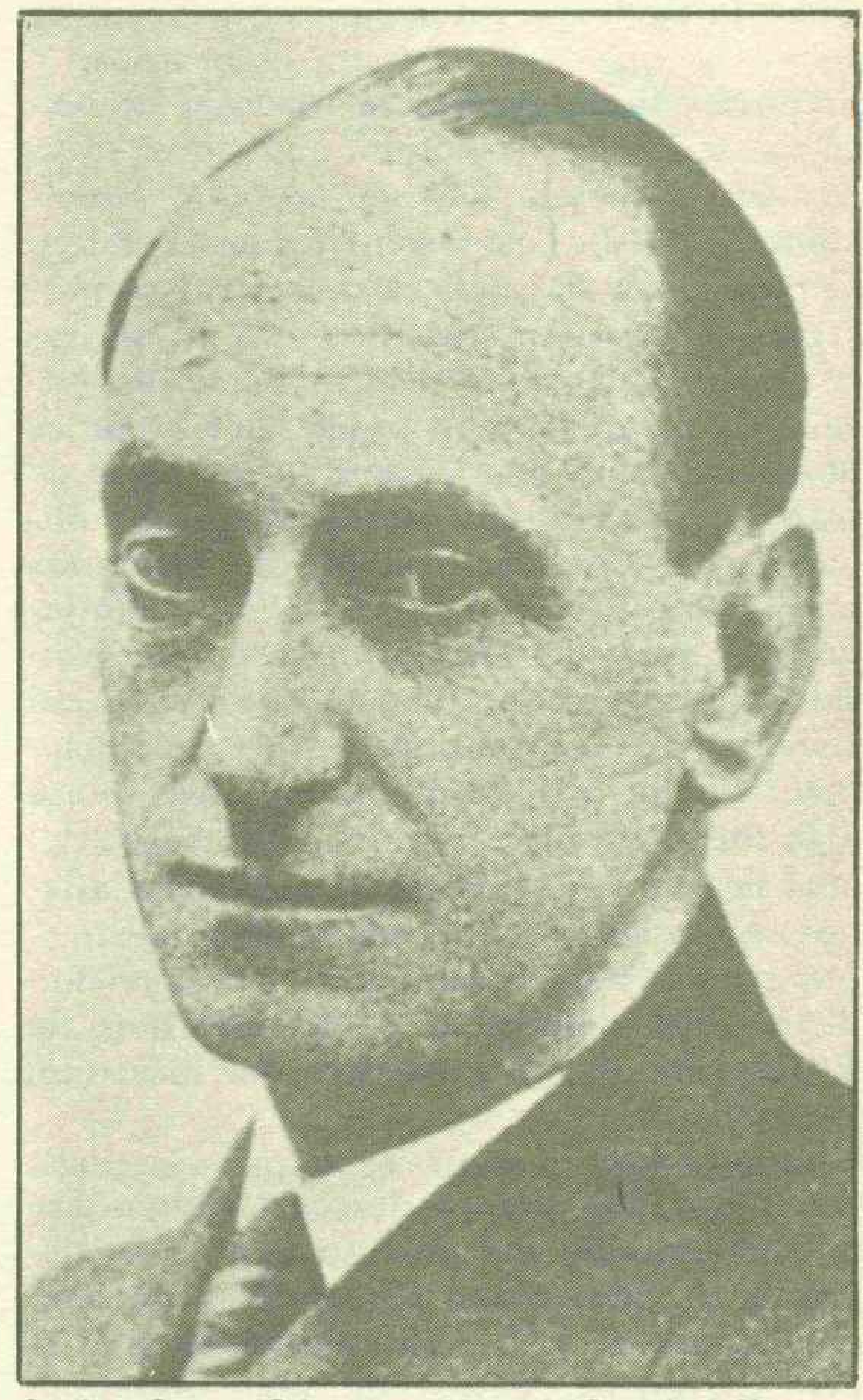
caso que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a S. S. *(Fuertes aplausos)* **».**

Casares se refiere en general a actos de insuborninación o indisciplina y a los casos de traslados forzosos y sanciones colectivas a las fuerzas de orden público a que se refirió Calvo Sotelo en su discurso, y que Casares niega tajantemente las haya realizado el Gobierno presionado por fuerzas ajenas a él.

«No basta por lo visto que determinadas personas, que yo no sé si son amigos de S. S. pero tengo ya derecho a empezar a suponerlo, vayan a procurar levantar el espíritu de aquellos que puede creerse que serían fáciles a la subversión, recibiendo a veces por contestación el empellón que los arroja por la escalera; no basta que algunas personas amigas de S. S. vayan haciendo folletos, formulando indicaciones, realizando una propaganda para conseguir que el Ejército, que está al servicio de España y de la República, pese a todos vosotros y a todos vuestros manejos, se subleve. *(Aplausos)* **(...) es decir, a procurar que se provoque un espíritu subversivo. Gravísimo, señor Calvo Sotelo. Insisto: si algo pudiera ocurrir, S. S. sería el responsable con toda responsabilidad.** *(Muy bien. Aplausos)* **»** (16).

Insistía el Presidente del Gobierno en que éste, **«está dispuesto a usar la ley en la medida que le ha sido otorgada para acabar de una vez con todo acto de violencia y hacer que todo el mundo viva dentro de la ley.** *(Muy bien)* **(...) Cualquier acto de violencia que se realice o se piense realizar, tan pronto sea descubierto por la autoridad, en el momento será sancionado. Y será sancionado con arreglo a las normas de rapidez y de eficacia que nos facilitan los poderes que se nos han concedido a través del otorgamiento de la prórroga del Estado de alarma. Los poderes ésos, no otros. Yo no sé si individualidades sueltas de los partidos, si personas un poco bamboleantes en sus sentimientos democráticos, habrán podido pensar en poderes excepcionales, en plenos poderes. Para mí, Jefe de este Gobierno; para mí, republicano y demócrata; para mí, hombre que ha jurado cumplir y hacer cumplir la Constitución, no hay necesidad de más poderes que los que están dentro de las leyes aprobadas por las Cortes, y ni el partido a que pertenezco, ni ninguno de los que forman parte del Frente**

(16) Ibíd., p. 1389.



Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros al iniciarse la guerra civil.

Popular, ha hablado como partido de semejantes poderes. Políticamente los rechazamos, porque son contrarios a nuestras doctrinas. Emplearlos sería, sencillamente, abrir el camino a la dictadura, y cualquiera que sea el placer que ello os cause a vosotros, sabed que yo, y todos mis compañeros de Gobierno, y estoy seguro de que todo el Frente Popular, siempre, cuantas veces se presente delante, iremos contra la dictadura» (17).

A continuación intervino la diputado comunista, señora Dolores Ibarruri, quien entre otras cosas dijo:

«(...) Es necesario averiguar quiénes son los que han realizado esos hechos, porque el señor Gil Robles no ignora, por ejemplo, que después de la quema de algunas iglesias, en casa de determinados sacerdotes, se han encontrado los objetos del culto que en ocasiones normales no suelen estar allí. *(Grandes rumores)*. **(...) Alguien que vosotros conocéis y que nosotros no desconocemos tampoco, manda elaborar uniformes de la**

(17) Ibíd., p. 1391.

Guardia Civil con intenciones que vosotros sabéis y que nosotros no ignoramos, y mientras, también, por la frontera de Navarra, señor Calvo Sotelo, envueltas en la bandera española, entran armas y municiones (...) (18). Los desahucios en el campo se realizaban de manera colectiva; se perseguía a los Ayuntamientos vascos; se restringía el Estatuto de Cataluña; se machacaban y se aplastaban todas las libertades democráticas; no se cumplían las leyes de trabajo; se derogaba, como decía el compañero De Francisco, la ley de Términos municipales; se maltrataba a los trabajadores, y todo esto iba acumulando una cantidad enorme de odios, una cantidad enorme de descontento, que necesariamente tenía que culminar en algo, y ese algo fue el Octubre glorioso, el Octubre del cual nos enorgullecemos todos los ciudadanos españoles que tenemos sentido político, que tenemos dignidad, que tenemos noción de la responsabilidad de los destinos de España frente a los intentos del fascismo. *(Muy bien).*

Y todos estos actos que en España se realizaban durante la etapa que certeramente se ha denominado del «bienio negro» se llevaban a cabo, señor Gil Robles, no sólo apoyándose en la fuerza pública, en el aparato coercitivo del Estado, sino buscando en los bajos estratos, en los bajos fondos que toda sociedad capitalista tiene en su seno, hombres desplazados, cruz del proletariado, a los que dándoles facilidades para la vida, entregándoles una pistola y la inmunidad para poder matar, asesinaban a los trabajadores que se distinguían en la lucha y también a hombres de izquierda (...), víctimas de estas hordas de pistoleros, dirigidas (...) por señoritos cretinos que añoran las victorias de Hitler o Mussolini. *(Grandes aplausos)*.»

Sigue Dolores Ibarruri diciendo que el estallido de Octubre significó: «**La defensa instintiva del pueblo frente al peligro fascista; porque el pueblo, con certero instinto de conservación, sabía que le iba en ello, no solamente la vida, sino la libertad y la dignidad, que son siempre más preciadas que la misma vida (...). Cultivasteis la mentira; pero la mentira horrenda, la mentira infame; cultivasteis la mentira de las violaciones de San Lázaro; cultivasteis la mentira de los niños con los ojos saltados; cultivasteis la mentira de la carne de cura vendida a peso; cultivasteis la mentira de los Guardias de Asalto quemados vivos (...)**» *(19)*. Continúa la diputado comunista diciendo que «**los derrotados de febrero, aquellos que se creían los amos de España, no se resignan con su derrota**» y que «**se niegan a cumplir los laudos y las disposiciones gubernamentales, se niegan sistemáticamente a dar satisfacción a todas las aspiraciones de los trabajadores, lanzándolos a la perturbación, a la que van, no por capricho ni por deseo de producirla, sino obligados por la necesidad (...); no hay ningún propósito sedicioso contra el Gobierno en estas medidas de defensa de los intereses de los trabajadores, porque ellas no representan más que el deseo de mejorar su situación y salir de la miseria en que viven**» (20).

Concluía su intervención Dolores Ibarruri diciendo que la perturbación de la economía española, residía en aquellos que no dan trabajo a los campesinos, en las empresas, en la exportación ilegal de capitales al extranjero: «**(...) Es contra los que propalan infames mentiras sobre la situación de España, con menoscabo de su crédito; es contra los patronos que se niegan a aceptar laudos y disposiciones; es contra los que constante y sistemáticamente se niegan a conceder a los trabajadores lo que les corresponde en justicia; es contra los que dejan perder las cosechas antes de pagar salarios a los campesinos contra los que hay que tomar medidas (...)**» (21).

Inmediatamente intervino el diputado señor Pabón que, en síntesis, dijo: «Un hombre a quien se niega el trabajo y los medios de vida, para mí, tiene toda la razón rebelándose contra el Estado y contra esta sociedad injusta que no le proporciona medios de subsistencia (...)» (22).

A continuación intervinieron los diputados señores Ventosa, Maurin y Cid para, seguidamente, hacerlo Gil Robles que acusó a Casares Quiroga de haber pronunciado las frases más demagógicas que esa tarde se habían escuchado en la Cámara (23).

Seguidamente tomó la palabra de nuevo Calvo Sotelo, que insistió en su rechazo del sistema parlamentario democrático y en su exaltación del Ejército, del que dijo: «**No es en momentos culminantes para la vida de la Patria un mero brazo, es la columna vertebral. Y yo agrego que en estos instantes en España se desata una furia antimilitarista**

(18) Ibíd., p. 1393.

(19) Ibíd., p. 1394.
(20) Ibíd., p. 1395.
(21) Ibíd., p. 1396.
(22) Ibíd., p. 1397.
(23) Ibíd., pp. 1402-1403.

que tiene sus arranques y orígenes en Rusia y que tiende a minar el prestigio y la eficacia del Ejército español» (24).

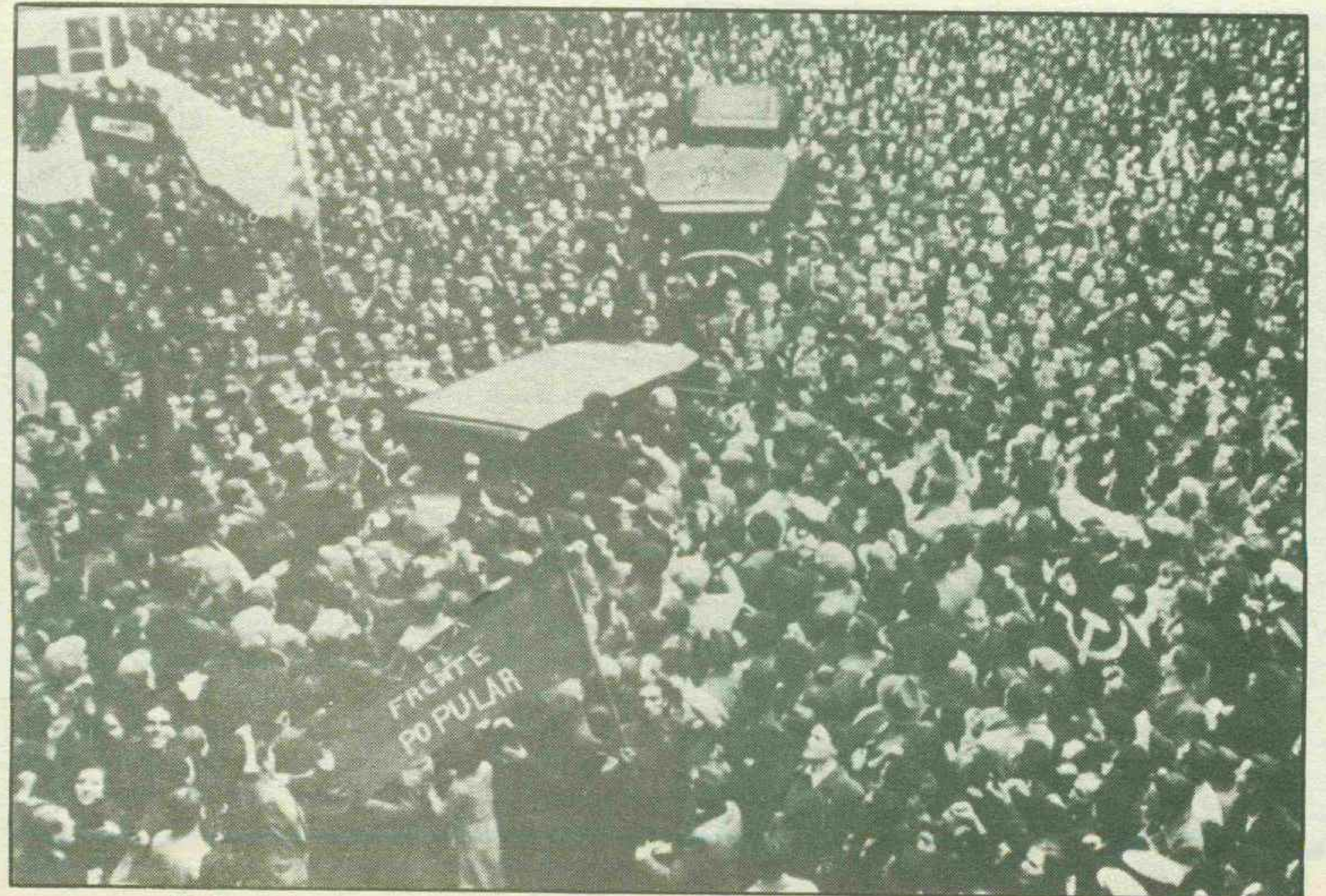
Después de una serie de consideraciones acabó su breve intervención con sus ya celebérrimas palabras:

«Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. Su señoría es hombre fácil y pronto para el gesto de reto y para las palabras de amenaza. Le he oído tres o cuatro discursos en mi vida, los tres o cuatro desde ese banco azul, y en todos ha habido siempre la nota amenazadora. Bien, señor Casares Quiroga. Me doy por notificado de la amenaza de S. S. Me ha convertido S. S. en sujeto, y por tanto no sólo activo, sino pasivo, de las responsabilidades que puedan nacer de no sé qué hechos. Bien, señor Casares Quiroga. Lo repito, mis espaldas son anchas; y yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para el bien de mi patria *(exclamaciones)* **y para gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis». Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio.** *(Rumores)*. **Pero a mi vez invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es hombre de honor; estrechamente, día a día, hora a hora, por lo que hace, por lo que dice, por lo que calla. Piense que en sus manos están los destinos de España, y yo pido a Dios que no sean trágicos. Mida S. S. sus responsabilidades, repase la historia de los veinticinco últimos años y verá el resplandor doloroso y sangriento que acompaña a dos figuras que han tenido participación primerísima en la tragedia de dos pueblos: Rusia y Hungría, que fueron Kerensky y Karoly. Kerensky fue la inconsciencia; Karoly, la traición a toda una civilización milenaria. Su señoría no será Kerensky, porque no es inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que S. S. no pueda equipararse jamás a Karoly.** *(Aplausos)* **»** (25).

A continuación intervino el diputado De Francisco, siendo interrumpido, en su breve intervención, varias veces por Calvo Sotelo y Fuentes Pila, al que el presidente de la Cámara, señor Martínez Barrio, dijo: **«Ruego a S. S. que aplaque los nervios, y si no me veré obligado a imponerle un correctivo regla-**

(24) *Ibíd., p. 1404.*

(25) *Ibíd., p. 1405.*

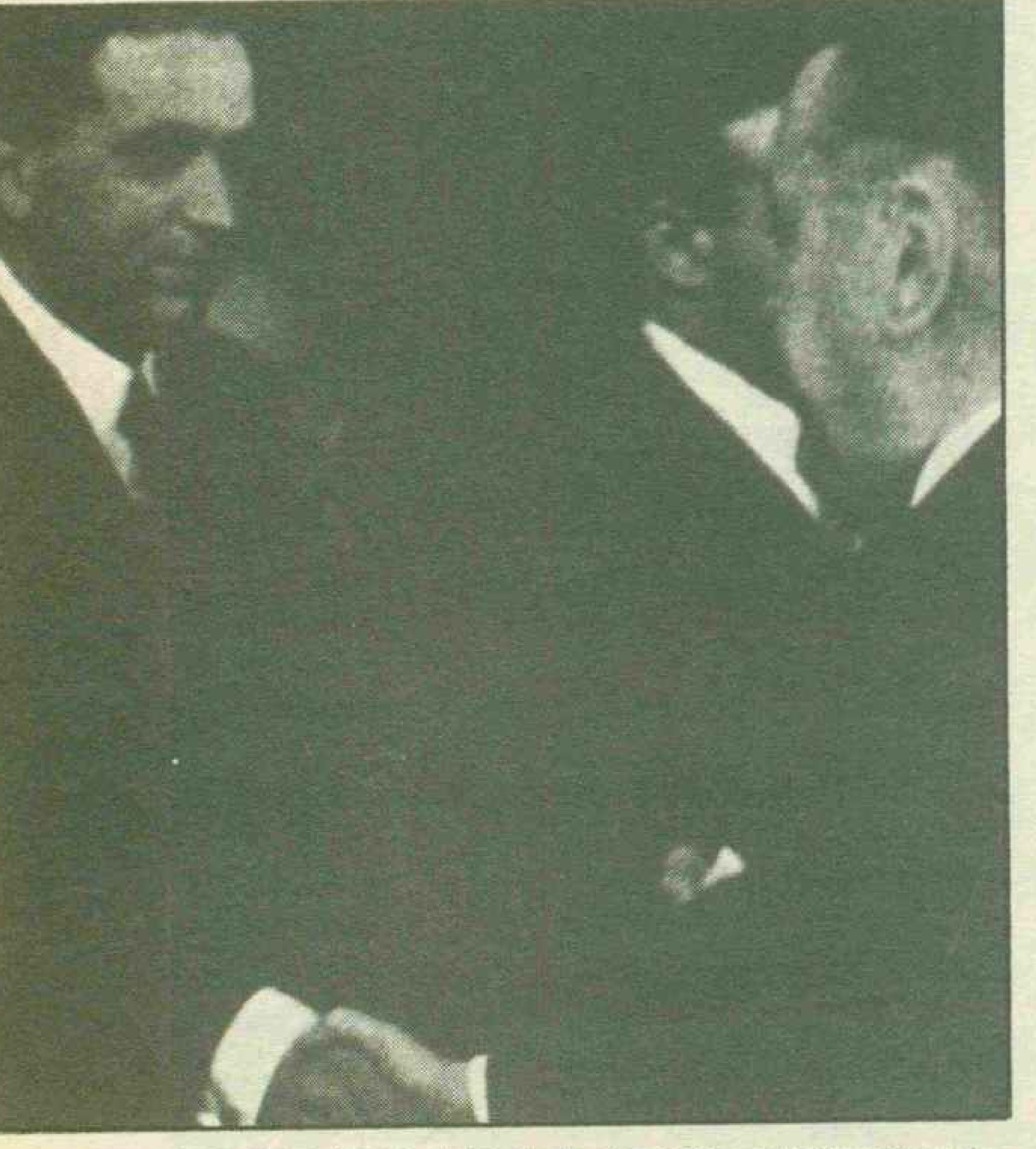


Manifestación popular en Madrid, tras conocerse el triunfo del Frente Popular, en febrero de 1936.

mentario. *(Muy bien. Rumores).* **¡Orden!»** (26). Seguidamente intervinieron muy brevemente Gil Robles y Galarza por cuestiones reglamentarias e inmediatamente después lo hizo el diputado de Izquierda Republicana Marcelino Domingo, que hizo un análisis general de la cuestión del orden público y que, frente a las críticas sobre la incapacidad de la República en resolver este tema, por parte de las derechas, se refirió a que en 1909 y 1917, bajo la Monarquía y Gobiernos conservadores, la situación era mucho más grave, así como en 1921 y 1923. La República había heredado de la Monarquía y de la Dictadura cantidad de problemas cuya resolución le era exigida a ésta por vía de apremio en una coyuntura especialmente difícil, y acusó a la oposición, derrotada en las urnas, de no haber sentido jamás la República, concluyendo su intervención con estas palabras:

«Nosotros no aspiramos a un régimen de plenos poderes; no aspiramos a él porque las circunstancias no lo demandan, porque no lo permite la esencia del régimen implantado y porque, en definitiva, nosotros somos hombres formados dentro de disciplinas morales y civiles, a las que queremos servir con lealtad. Queremos autoridad, pero autoridad republicana; es decir autoridad ágil y dinámica y legal; autoridad que nazca de las responsabilidades políticas que se han comprometido en pacto solemne; autoridad que esté en el cumplimiento de ese pacto; autoridad que nazca del impulso que el sufragio universal ha dado a la República» (27).

(26) *Ibíd., p. 1406.*


Jose Calvo Sotelo, lider de la oposición parlamentaria, saludando al presidente de las Cortes de la República, Diego Martínez Barrios, en vísperas de la guerra civil.

Marcelino Domingo terminó pidiendo autoridad al Gobierno, al que su grupo otorgaba total colaboración. Su proposición fue aprobada tras votación nominal por 207 votos a favor, verificada la cual concluyó la sesión.

Ahí quedan las palabras textuales tomadas del Diario de Sesiones de Cortes, cuyo sentido no da lugar a interpretaciones. Calvo Sotelo había dicho que «sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto que admite la posibilidad de rebelión contra de la anarquía, si ésta se produjera». Con estas palabras parece admitir que la cuestión del orden público no era tan grave, puesto que admite la positilibad de rebelión militar «sólo» si se produjera la anarquía; es decir «todavía» la situación no es tan alarmante, y dada su inmunidad parlamentaria como diputado, nada le impedía decir lo que quisiera. El mismo presidente del Congreso, Diego Martínez Barrio, percibió el carácter provocador de las palabras de Calvo Sotelo, al que pidió se abstuviese de hacer tales augurios pues sus intenciones podrían fácilmente dar lugar a equívocos. Casares Quiroga, como presidente del Gobierno, se limitó a acusar a Calvo Sotelo de «procurar que se provoque un espíritu subversivo» y que «si algo pudiera ocurrir (evidente alusión a una posible sublevación), S. S. sería el responsable con toda responsabilidad». Es decir, el responsable moral ante el país de incitar a tales actos subversivos. ¿Dónde están las amenazas de muerte? ¿Dónde el reto fácil? ¿Dónde la demagogia de las palabras de Casares Quiroga, como dicen Gil Robles y Calvo Sotelo? ¿A qué viene la alusión a que se le puede quitar la vida y a que prefiera morir gloriosamente, como si el Presidente del Gobierno le hubiese amenazado de muerte? ¿Dónde está la auténtica demagogia, sino en las palabras de Calvo Sotelo?

Es preciso decir, con toda claridad, que la actitud de Calvo Sotelo en aquella sesión parlamentaria no sólo es algo viejo como el mundo y que, desgraciadamente, solía entrar dentro de las técnicas parlamentarias habituales de la época, sino que por las circunstancias gravísimas que atravesaba el país y la tensión y clima pasional que se palpaba en el Parlamento en esos momentos,

(27) *Ibíd. pp. 1410-1411.*



Un momento de la intervención de José M.ª Gil Robles, durante la sesión parlamentaria del 16 de junio de 1936. Detrás suyo, sentado en su escaño, José Calvo Sotelo.

no admiten otra calificación que la de irresponsable provocación. Actitud típica que el genio de Shakespeare inmortalizó en su obra «Julio César» (Actus Tertius, Scena secunda) en la contestación de Marco Antonio a Bruto tras el asesinato de Julio César, y que ha quedado como arquetípica de las infinitas posibilidades que ofrece la demagogia de manipular, en beneficio propio, el sentido de unas palabras, la significación de unos hechos, cuya interpretación era inequívoca.

Testigos tan poco dudosos como el corresponsal de «The Times» en Madrid, Henry Buckley y el honorable Miguel Maura que se encontraban allí, afirman no haber oído amenaza alguna. En cualquier caso, si dicha «amenaza de muerte» se produjo, en absoluto provino del Presidente del Consejo, por lo que proyectar sobre él y el Gobierno la responsabilidad del crimen obedecía evidentemente a la intención de presentar como un crimen de Estado lo que era un crimen político más.

Cuando se convocó la Diputación Permanente de Cortes el 15 de julio, Castillo y Calvo Sotelo habían sido asesinados. Gil Robles, en dicha sesión, tras dar lectura a una nueva estadística de los actos contra la paz ciudadana cometidos entre el 16 de junio y el 13 de julio, dijo: «**(...) está creciendo y desarrollándose eso que en términos genéricos habéis dado en denominar fascismo; pero que no es más que el ansia, muchas veces nobilísima, de libertarse de un yugo y de una opresión que en nombre del Frente Popular el Gobierno y los grupos que le apoyan están imponiendo a sectores extensísimos de la opinión nacional. Es un movimiento de sana y hasta de santa rebeldía, que prende en el corazón de los españoles. (...)**» (28). A continuación descalificó al Gobierno diciendo que estaba rebasado por las masas obreras y aunque dijo que no estaba en su ánimo «**pretender que el Gobierno esté directamente mezclado en un hecho criminal de esta naturaleza**» (el asesinato de Calvo Sotelo), **su responsabilidad era «tremenda en el orden público y en el orden moral»** (29).

Le contestó el ministro de Estado, Augusto Barcia, quien básicamente dijo que el Gobierno se atenía a sus responsabilidades.

«Vengan, sean las que fueren (las responsabilidades); pero lo que nadie, absolutamente nadie que esté en su sano juicio, podrá decir es que haya, ni directa ni indirectamente, ni admisible ni posible, porque sería monstruoso, la relación más mínima entre estos hechos lamentables y actitudes del Gobierno que, por tolerancia o por negligencia, hayan permitido actuaciones de organismos inferiores realizando hechos a todas luces vituperables. Eso, señor Gil Robles, traspasa por completo todos los límites de la licitud polémica y va más allá de lo que dialécticamente es permitido a S. S. decir dirigiéndose

(28) *SESIONES DE LA DIPUTACION PERMANENTE DE CORTES. Núm. 5. Madrid, 15-VII-1937, p. 7.*
(29) *Ibídem, p. 8.*



El cadáver de José Calvo Sotelo, en la morgue del cementerio madrileño de La Almudena. Su muerte fue uno de los desencadenantes de la guerra civil.

al señor Presidente del Consejo de Ministros» (30).

Seguidamente intervino Indalecio Prieto y tras él, el diputado comunista José Díaz, quien dijo que el discurso de Gil Robles iba encaminado a agravar la situación en la calle y que tendía «a intensificar la guerra civil, preparada paso a paso por las derechas en España». La mayoría del pueblo español, de modo pacífico y legal, había reconquistado la República el 16 de febrero y, según José Díaz, **«lo que resulta claro y es un hecho incontrovertible es que por parte de las derechas no existe la resignación necesaria para acatar los resultados del triunfo que el pueblo español consiguió el 16 de febrero y que desde el momento mismo de lograrse éste han venido trabajando intensa y extensamente en toda España, produciendo perturbaciones, manifestándose de forma descarada contra el régimen que en la actualidad tenemos en nuestro país, para contrarrestar el mismo»** (31).

Decía José Díaz, refiriéndose a Gil Robles:

«Lo que le interesa, al parecer, no es presentar el hecho en sí el asesinato de Calvo Sotelo **para que todos lo puedan condenar, como nosotros somos los primeros en hacer —ya lo hemos dicho públicamente una y mil veces, y ahora lo sostenemos: condenamos todo atentado individual todo lo que signifique una actuación de terror—, sino para que en la calle, al leerse éste, presentando los hechos como él los presenta, las fuerzas que dicho señor acaudilla encuentren ambiente apropiado para continuar trabajando en esa actuación de complóts contra el régimen (...). Estamos completamente seguros de que en muchas provincias de España, en Navarra, en Burgos, en Galicia, en parte de Madrid y otros puntos, se están haciendo preparativos para el golpe de Estado que no dejáis de la mano un día tras otro»** (32).

Concluyó su intervención José Díaz reiterando el pleno apoyo del Bloque Popular y de las fuerzas obreras, al Gobierno, ante los intentos subversivos de la derecha.

«Haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España. Queremos una República progresiva donde haya bienestar y cultura para los obreros y para todas las fuerzas democráticas; un verdadero país democrático, y no consentiremos de ninguna manera, que se pierda lo que ha costado mucha sangre y mucho trabajo conquistar. (...) Aquí estamos las fuerzas obreras en primer término para apoyar al Gobierno y después para impedir que vuestros intentos de llevar a España a la catástrofe sean logrados» (33).

A continuación intervino el señor Portela Valladares, quien con espíritu apaciguador y previendo ya la catástrofe que se avecinaba sobre el país, dijo, entre otras cosas:

«Os engañaríais; se engañarían aquellos que creyesen que de esta situación de violencia iba a venir la tranquilidad para unos y para

(30) *Ibíd., p. 12.*
(31) *Ibíd., p. 14.*
(32) *Ibíd., p. 15.*
(33) *Ibíd., p. 16.*

otros. Triunfará momentáneamente una u otra facción; después vendrá la reacción del otro lado. Por este camino nunca habrá paz en España; jamás se podrá considerar fijo y definitivo el triunfo de una de las banderías en lucha; iremos cayendo unos y otros, dejando en estas tristes páginas de la historia los momentos por que estamos atravesando tan dolorosos y tan agudos, dentro y fuera de España (...)» (34).

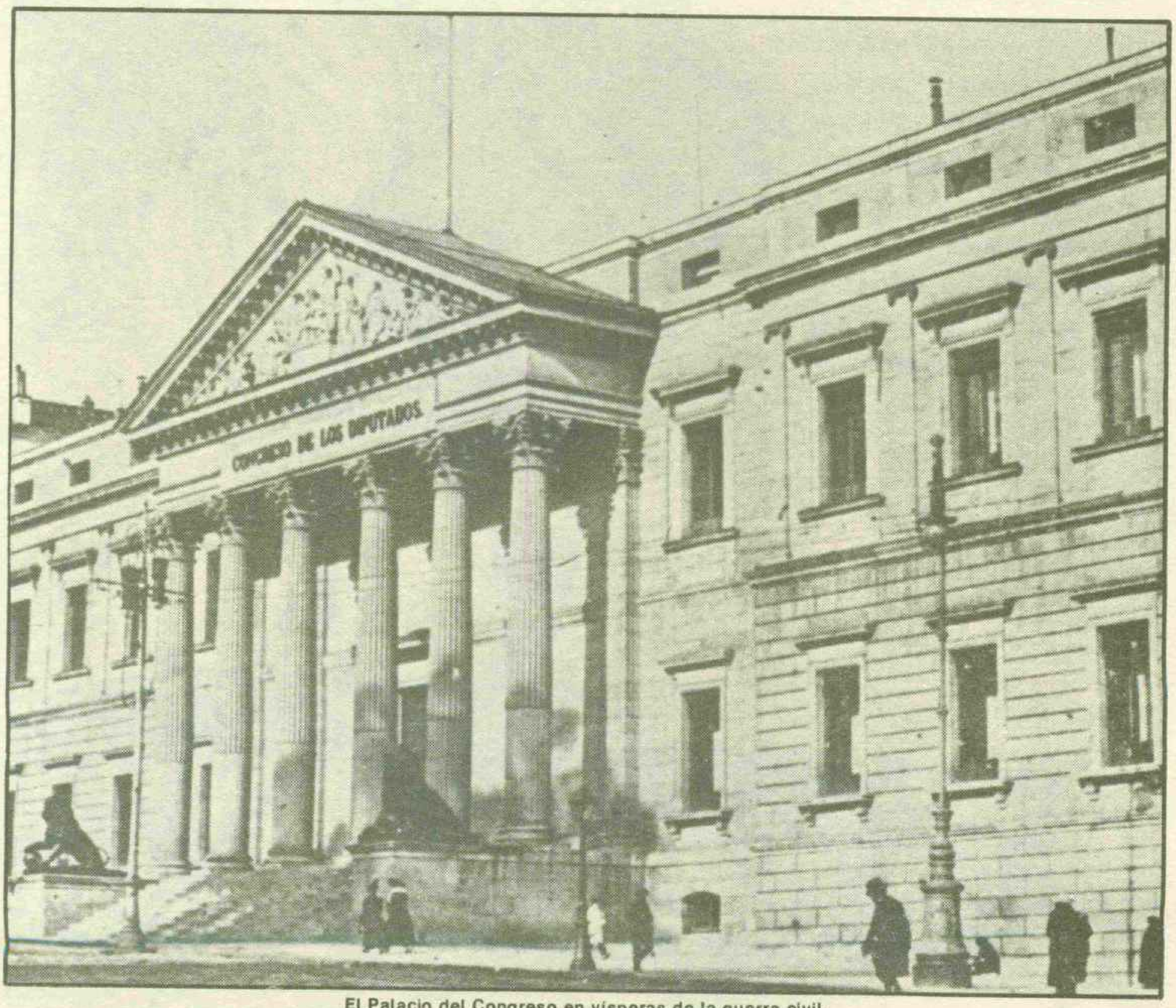
Estas palabras de Portela Valladares, que querían abrir una «tregua», pueden servir de colofón a las últimas muestras de parlamentarismo de la España de los 30. A partir de ese momento iban a ser las armas las que se poseyeran de todo el protagonismo.

Este repaso «in extenso» pero necesariamente sintetizado (las 39 páginas del Diario de Sesiones desde que Gil Robles defendió su proposición no de ley, sobre la cuestión de orden público, hasta el final del debate, más las 28 que ocupan la sesión de la Diputación permanente de Cortes, suponen 67 páginas de apretado texto a dos columnas) de lo que se dijo en el Congreso de los Diputados, hace ahora 45 años es, forzosamente, inexcusable para que cada cual saque sus propias conclusiones con perspectiva histórica.

Estos tensos debates quizás puedan tener alguna utilidad para que los españoles reflexionemos en profundidad sobre las trágicas sendas que se abren a los pueblos cuando «la dialéctica de los puños y las pistolas» sustituye al discurso con que los hombres civilizados expresan su pensamiento y defienden sus posiciones políticas.

Los españoles de hoy hemos de empezar por asumir plenamente nuestra memoria histórica, que a todos pertenece, por encima de las facciones entonces en lucha. Sólo así podremos trabajar «en» el presente y mirar con esperanza hacia el futuro desde una sociedad democrática —que es casi tanto como decir civilizada— siempre perfectible, donde toda violencia, física o moral, no sea posible ni pueda, jamás, ser reivindicada. ■ **A. R. T.**

(34) *Ibid., p. 17.*



El Palacio del Congreso en vísperas de la guerra civil.

Lo que queda del 18 de Julio

Francisco Umbral



EL 18 de julio del 36 supone en España un salto atrás, mendeliano, no sólo histórico, en cuanto que la psicología nacional, y seguramente también la biología colectiva, deciden abandonar los bienes de la civilización y la paz para instalarse en las artes letales de la caza y la guerra. Así, podemos considerar que, en 1936, España, obligada por uno de los bandos, se instala en su prehistoria. Hay cuarenta años de glaciación y ahora hemos estrenado una corta Historia de cinco o seis años (amenazada ya por otra glaciación). El 18 de julio, aquel 18, nos ha marcado ya para siempre, como a la humanidad toda el diluvio universal o el paso de Cristo por la tierra. De aquel mendeliano salto atrás, aún no nos hemos repuesto. Algunos, como el guardia Tejero, presentan síntomas atípicos del más típico de nuestros males: el golpismo, el cesarismo.

La última clase de guerra que vamos a considerar es la que yo he llamado «guerra de prestigio». El prestigio es rara vez más que un elemento de las causas de la guerra, pero con frecuencia es un elemento muy importante.

Bertrand Russell

Bertrand Russell (1872-1970).

¿GUERRA DE PRESTIGIO?

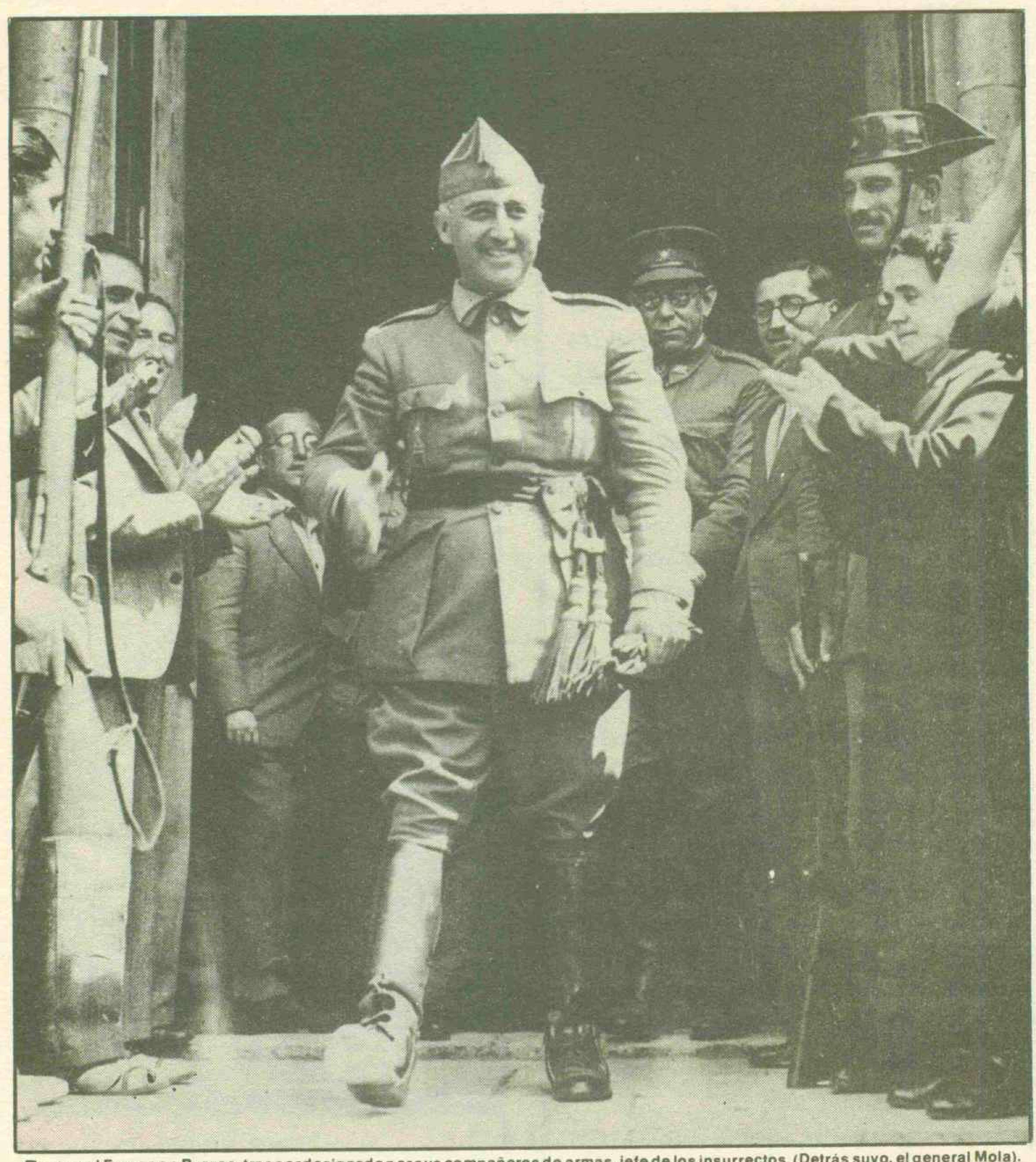
En cierto modo lo fue, aunque no se refiera a eso Bertrand Rusell.

Ha dicho Tuñón de Lara que nuestro Ejército, devuelto de las campañas coloniales, se queda sin misión. Esto lo resuelve Gran Bretaña —«mal de la India»— haciendo a sus oficiales solubles en el té de las cinco y la prosa de Virginia Woolf. O sea, de una manera civilizada. Cuando escribo este artículo, la señora Thatcher acaba de sancionar severamente a una altísima personalidad marino-militar de su país. Qué lección para Camilos nacionales. El «mal de Africa» —OAS—, lo resolvió De Gaulle mediante «la grandeur», intercambiando un prestigio por otro. También hábilmente. El mal de Africa, el mal de Cuba, el mal de Filipinas, todos esos males, siguen latentes, como virus exóticos y sentimentales, en parte del Ejército español.

Lo dijo Eugenio Noel, viendo al personal que iba a los toros:

—Y mientras tanto hemos perdido las colonias.

Noel no era precisamente un integrista, de modo que su



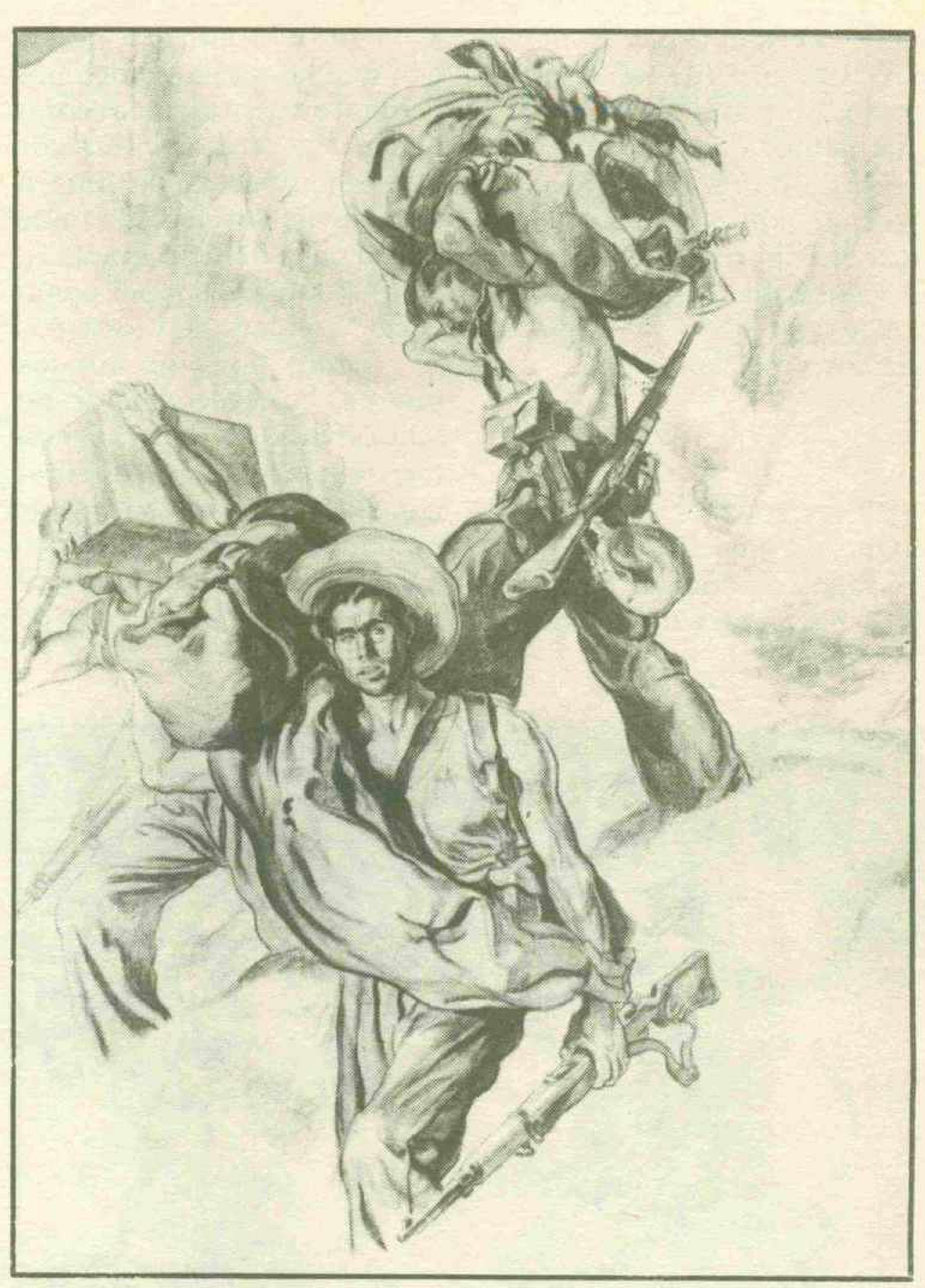
El general Franco en Burgos, tras ser designado por sus compañeros de armas, jefe de los insurrectos. (Detrás suyo, el general Mola).

frase revela bien, desde la izquierda bohemia, el sentimiento general de «desprestigio» que desteñía sobre los españoles el 98, y de manera especialmente sombría sobre los militares. No sé si se ha considerado suficientemente que Franco, con su alzamiento ilegal del 36 (o su aportación definitiva al mismo), devuelve al Ejército un prestigio, una misión, una victoria, finalmente (victoria, al menos, para **su** Ejército), que estaba siendo una necesidad sociológica.

Dando por supuesta toda interpretación materialista de la Historia, válida especialmente cuando se trata de un hecho tan **material** como una guerra (cheques de March, presión oligárquica, etc), podemos vacar seguidamente a considerar las complejidades menores de tan descomunal caso; frente a las reticencias antimilitaristas de Azaña, Franco era el hombre que venía a resolver dentro del Ejército una crisis de conciencia profesional que nadie se había preocupado de solventar intelectualmente, culturalmente, con perspectiva histórica.

Guerra de prestigio, sí, entre otras muchas cosas, aquella

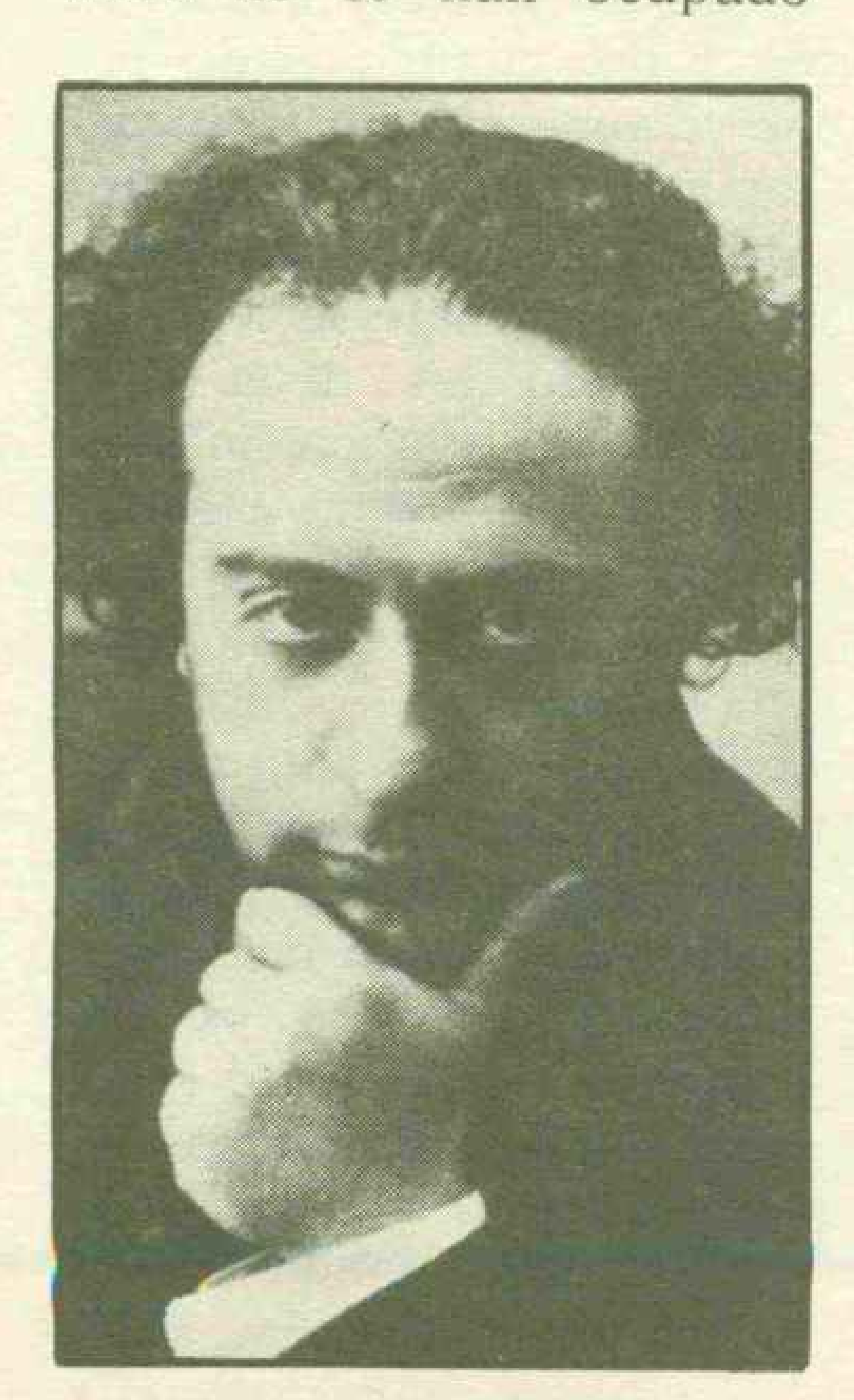
guerra civil; pero no de prestigio nacional (que es a la que se refiere Russell), sino de prestigio del Ejército mismo, que se siente «desprestigiado», aunque nadie le haya insinuado tal. Excepto, como digo, algunas reticencias —oficiales, eso sí— de Azaña.


Una ilustración, alusiva a la guerra civil, del pintor y dibujante Carlos Saenz de Tejada.

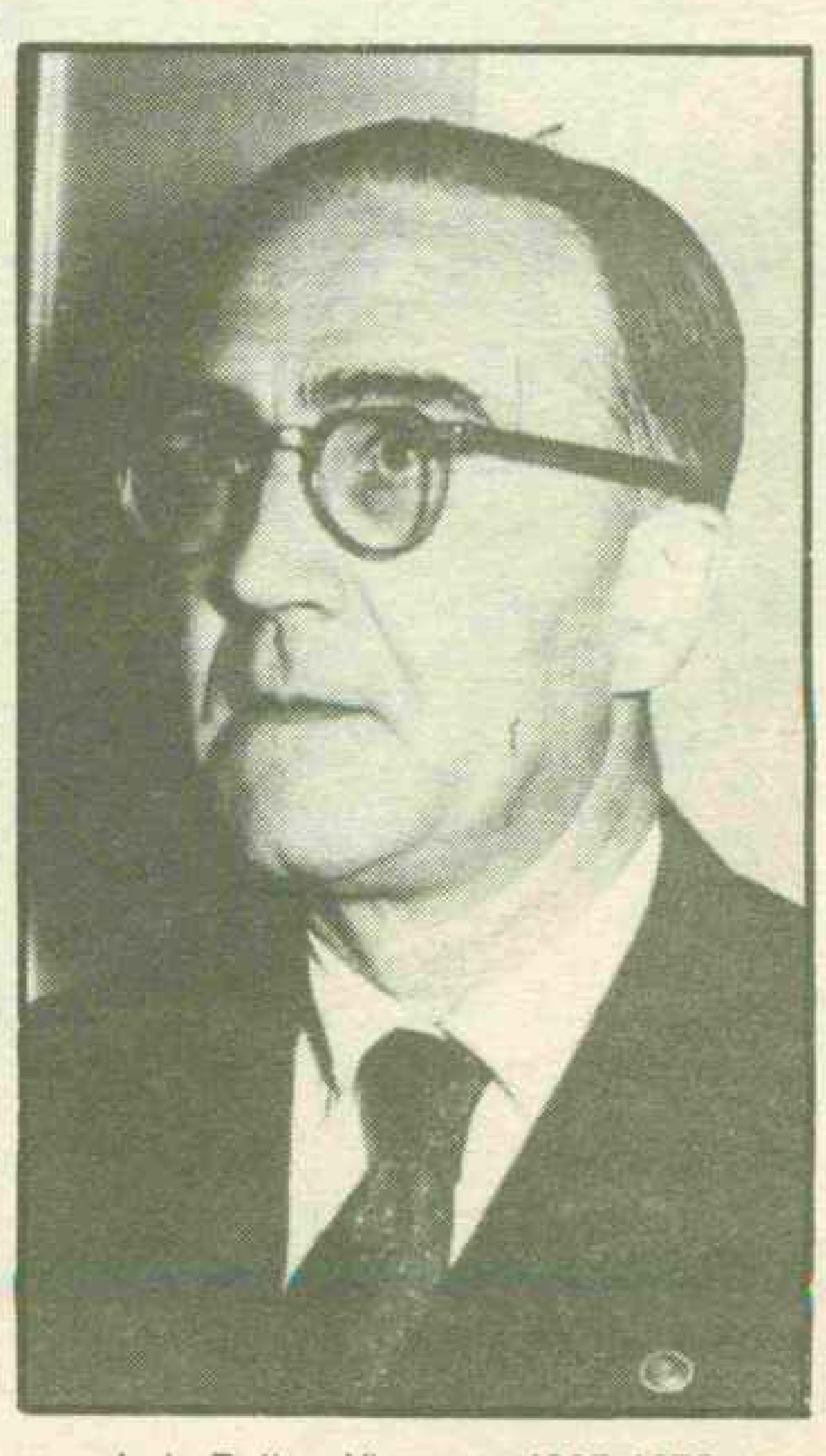
NUEVA CRISIS DE IDENTIDAD

Nuestro Ejército ha vivido cuarenta años de las rentas psicológicas y corporativas de una guerra efectivamente ganada. Muerto Franco, y aparte las presiones e intoxicaciones del postfranquismo prefascista, en algunas áreas del Ejército reaparecen esos vacíos de misión, esas landas, esa difusa conciencia de «desprestigio», pues el valor, en el Ejército, no sólo se le supone al soldado, sino que hay que demostrarlo continuamente, según parece.

Hay aquí una hipertrofia psicológica sobre la ética y la estética militar que la sociedad y los intelectuales y políticos no se han ocupado nunca de poner en claro, cosa que hubiera sido tan fácil, máxime respecto de un Ejército que viene teniendo, a través de los siglos, uno de los historiales más ruidosos que pueda presentar nación alguna.


Eugenio Noel (1885-1936).

De ese historial, naturalmente, viene la «depresión» que lleva a algunos soldados, ilustres o no, a necesitar un 18 de julio periódico, un eterno retorno del 18 de julio, anterior y posterior al del 36, que puede hasta tomar la forma larvada y pintoresca del tejerazo, también conocido ya como «el glorioso meneo», por paralelismo con el Glorioso Alzamiento así llamado. De estas cíclicas


Luis Felipe Vivanco (1907-1975).

crisis de identidad de nuestro Ejército (de una parte grande o pequeña, según los momentos), yo no creo que sea culpable el Ejército mismo, sino una sociedad que no ha sabido compartir con él, como la británica, el te de las cinco y la simpatía de Virginia Woolf.

LA PAGA

¿Qué es hoy el 18 de julio para los españoles? La paga, una paga extraordinaria.

Y hasta tal punto, esta inercia, que no ha parecido conveniente sustituir la recompensa dineraria del 18-J por otra recompensa que viniera a subrayar otra fecha. Puede que la paga del 18-J quede ya en el santoral español como la de Navidad. Pero esta paga, como los numerosos **puentes** laborales (mejor, no laborables) que decoran e interrumpen nuestro calendario, es dato menor por el que podemos entrar en la filosofía de lo social que tenía el Régimen que nació del 18 de julio. Las empresas bancarias, por ejemplo, donde yo he trabajado de botones en mi adolescencia, no condescendían a ninguna ventaja social para los empleados, cuando estas cosas les eran exigidas más o menos cariñosamente por aquel sindicalismo incorporado e incorpóreo. En cambio, nos sorprendían con graciosas gratificaciones «de beneficios», o cosa así, siempre que había tensiones internas en la empresa o en la vida española. A la superpaga de invierno que precedía o sucedía a la de Navidad, la llamábamos «la bufanda».

Paternalismo, naturalmente, que era lo recomendado o patrocinado por Franco. Asimismo, apenas se respetaba la jornada de ocho horas, que casi siempre eran diez o doce, pero luego venía la fiesta de los «puentes» en collar, con lo que, realmente, el obrero español no hacía más horas anuales que el europeo, sino seguramente menos. Pero gracias a graciosas concesiones, no a eficaces gestiones de clase o sindicato. El Régimen del 18 de julio, cuando pudo ponerse generoso con el proletariado, lo hizo en grado mínimo, y siempre, sobre todo, sin comprometerse a nada, guardando las distancias, reservándose la posibilidad de retirada o vuelta a la austeridad, dejando sentado que todo se nos daba «por añadidura».

Esto, sobre la ventaja económica, tenía la ventaja de promover la gratitud de un pueblo que, un poco como el del antiguo Egipto, ya sólo esperaba tierras en el cielo, porque había renunciado resignadamente a las de la Tierra. Así pues, cuando hago el psicoanálisis de la paga del 18 de julio, o reduzco aquella



Franco, durante uno de los «Desfiles de la Victoria», celebrados bajo su Dictadura.

fecha a una paga extraordinaria, no estoy incurriendo en costumbrismo ni reduccionismo, pues lo que quiero decir es que la paga **del 18** no era ya tanto la conmemoración **tangible** de una fecha militar como la perpetuación de un sistema de premios y castigos.

EL DESFILE

Otra cosa que era y es el 18 de julio es un desfile militar por la Castellana.

No sé si alguna vez se celebró el desfile en el tal día 18, dado que la fecha es demasiado calurosa y un tanto despoblada. Se ha preferido siempre el primero de abril, día de la victoria de Franco (y hablo en presente porque el protocolo sigue, con otras denominaciones), y se ha celebrado el desfile, si no el uno de abril, en los alrededores del calendario, pero lo cierto es que, en la mitología del Alzamiento, siempre ha tenido más fuerza, curiosamente, el 18-J que el 1-A, y de aquí podemos deducir asimismo el carácter subversivo, aventurerista, de aquella asonada.



Ilustración de Carlos Sáenz de Tejada.

Cuando la violencia sólo se justifica por sí misma, los protagonistas siguen remitiéndose inconscientemente al origen de la violencia, que les conmueve más que la victoria misma. Lo significativo y gratificante, para ellos, es que fueron capaces de alzarse. Se diría que la victoria estaba incluida ya en el alzamiento.

O sea, que el llamado Desfile de la Victoria (del cual daba los más brillantes reportajes gráficos la **Gaceta ilustrada** de Suárez Caso), tuvo siempre (y sigue teniendo) un sabor muy 18 de julio, al margen de la fecha en que se celebrase. Lo que ha marcado a los españoles, como decíamos al principio, fue el comienzo de una guerra civil. Curiosamente, más que el final.

SAENZ DE TEJADA

Recientemente, en un restaurante madrileño, se me acercaba un caballero identificándose como Sáenz de Tejada, hijo del famoso, y prodigioso, dibujante de la Cruzada. Esto, con motivo de haber escrito yo algo sobre el arte de su padre y el cartelismo de la guerra.

La guerra, para mí, fue un cartel: una cabeza de soldado con casco, perejil y paloma, en una esquina de mi calle. La guerra había terminado o estaba terminando y yo tenía tres o cuatro años. Luego, con mi pasión por el dibujo (durante toda la adolescencia me soñé dibujante), las ilustraciones de Sáenz de Tejada—entre un Greco falangista y un Durero franquista—, me fascinaron hasta el punto de que tengo escrito que Franco, además de no merecerse intelectuales como algunos que le asis-



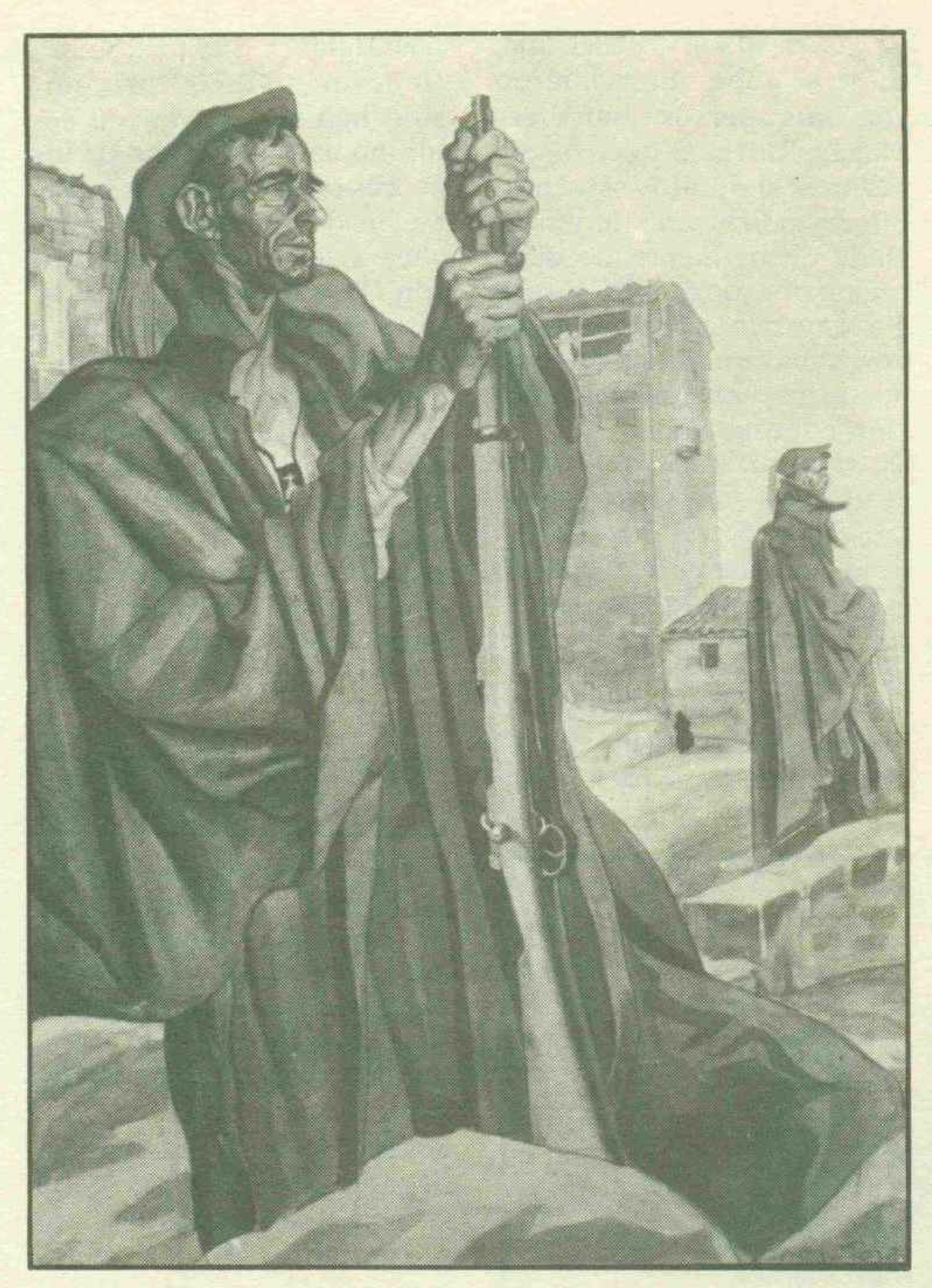
Dionisio Ridruejo (de pie), durante un mitin falangista. A su derecha, sentado, el hermano de José Antonio, Miguel Primo de Rivera.

tieron en la primera hora, no se merecía un ilustrador tan importante para su guerra. Es lo que dijo Eugenio d'Ors ante cierto vacío que le había hecho el Caudillo:

—Yo no soy Goethe, pero tampoco él es Napoleón.

Sáenz de Tejada no era Durero, pero tampoco el infierno guerracivilista de Franco era el **Infierno** del Dante. El 18 de julio tiene su máximo estilizador en Sáenz de Tejada, que acierta a crear una confusión armónica y espigada de madres, soldados, niños, requetés, moros, regulares y arcángeles que, ya por su como sublimidad, más la luz misteriosa y germinal que a todos alcanza, se delata, empero, como invento idealista, muy lejos de cualquier entendimiento dialéctico de la Historia y el pueblo.

El 18 de julio no es un concepto. Nada es un concepto. El hombre no ha pensado nunca sino mediante imágenes. Hegel y Kant recurren constantemente a la metáfora filosófica, por pudor de la metáfora literaria. Los antiguos, más ingenuos —dice Tierno Galván que «todo pasado es ingenuo»—, pensaban directamente en imágenes. Y por eso —Heráclito—



«Mitad monjes, mitad soldados». Ilustración de Sáenz de Tejada.

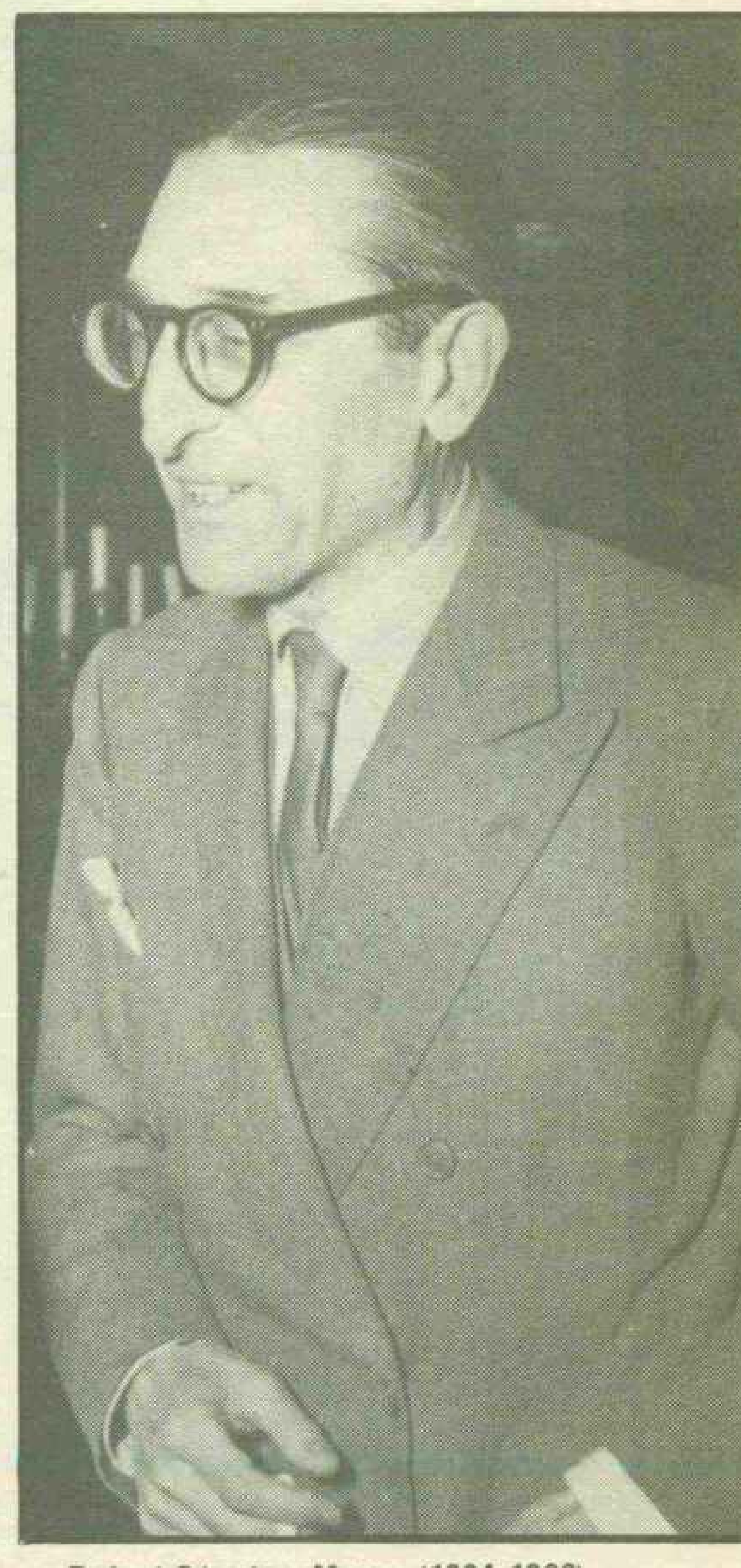
gismo liberal» de la primera hora, y hombres afines, como Luis Felipe Vivanco. Por mucho o poco que me gustase el poema de cada domingo, el ángel que lo sobrevolaba siempre era el ángel del 18 de julio. Fatal.

EL «CARA AL SOL»

Si Sáenz de Tejada (aparte convicciones personales en que no entro) fue el estilizador plástico del 18 de julio (de lo que hoy llamaríamos «el espíritu del 18 de julio»), el «Cara al sol» del maestro Tellería fue su estilización musical. Tengo escrito que allí donde termina el racionalismo de la palabra, comienza el irracionalismo de la música. Los nazis prehitlerianos movían a las multitudes, no mediante

acertaban más. Bertrand Russell (bajo cuya advocación, no sé por qué, parece que ha entrado este trabajo), observa que si Heráclito hubiese vivido en climas fríos donde los ríos se hielan en invierno, no habría concebido el Universo bajo la máxima de que «todo fluye». El empirismo tiene razón en esto y nos revela, efectivamente, hasta qué punto el pensamiento general del mundo es un pensamiento particular, local.

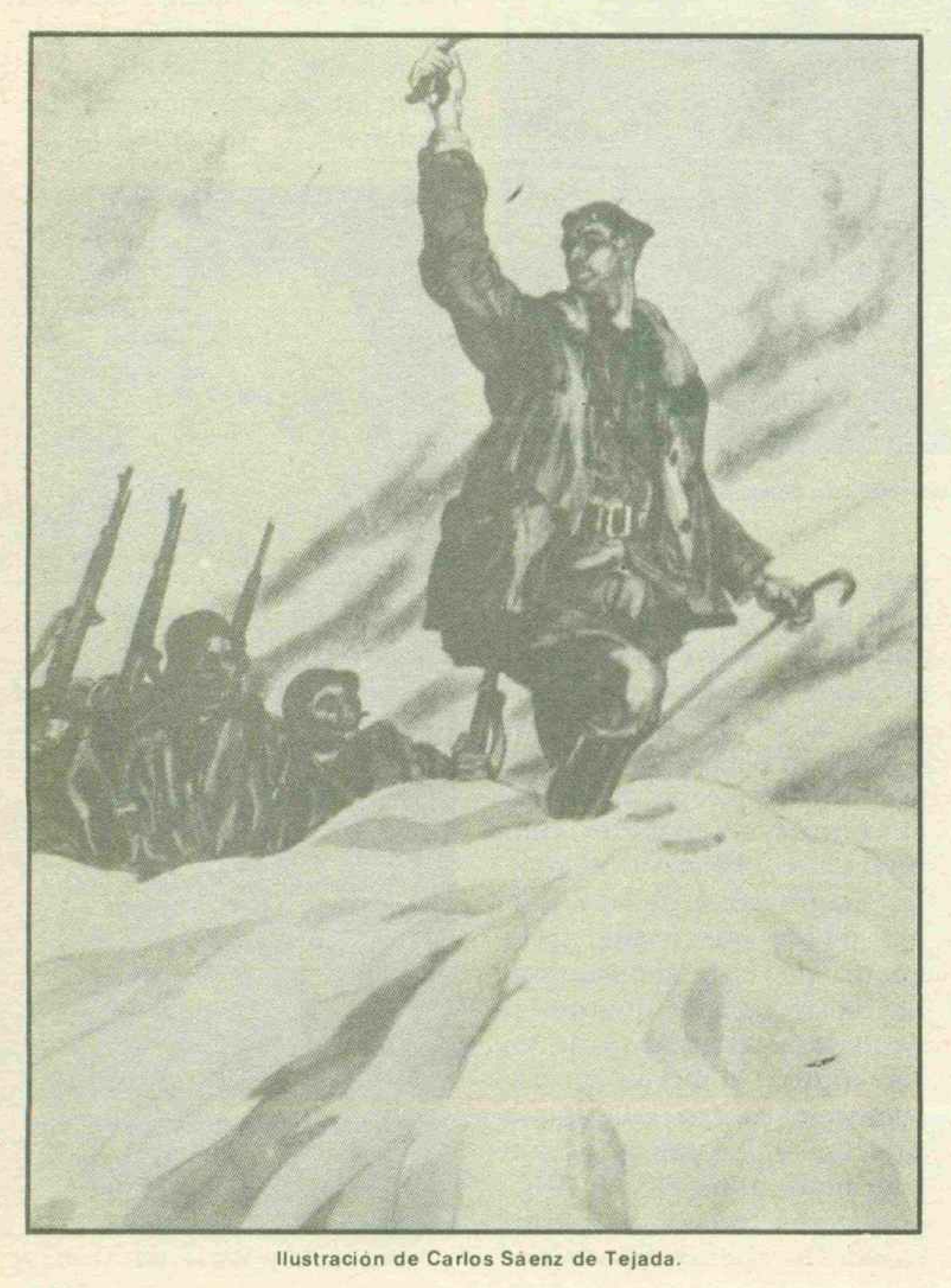
Pero el 18 de julio es menos concepto que nada, porque no nace de ningún concepto moral, filosófico, espiritual previo, y la mayor justificación psicológica que hemos podido hallarle (al principio de estas páginas) es la de «guerra de prestigio». Ya que no un concepto, el 18 de julio fue, es y seguirá siendo para muchos españoles, una imagen, **sublime** o siniestra. La imaginería sublime nos la dio mejor que nadie, a la gente de mi generación, Sáenz de Tejada, que no en vano ilustraría más tarde, en los tontos y lluviosos cincuenta, y yo creo que hasta su muerte, el huecograbado poético-dominical de ABC, donde con frecuencia publicaban los poetas del «falan-



Rafael Sánchez Mazas (1894-1966).

ideas, sino mediante himnos. Otro tanto hizo aquí José Antonio Primo de Rivera, preparando el convencional lirismo de lo que luego sería el 18 de julio.
Hay como una curiosa afinidad estética entre el himno de Falange, bello en sí mismo, y la estética de Sáenz de Tejada. Hablo de estas cosas, de estos «sintagmas», porque me parece que son lo que ha calado —mucho más que los letárgicos discursos del Caudillo— en el franquismo sociológico de cuarenta años, dando un confuso cimiento estético a lo que no era sino una vaga esperanza de mejora práctica de la vida.

El «Cara al sol», en el que, como se sabe, intervinieron con sus versos Sánchez-Mazas, Ridruejo y otros poetas, más el propio José Antonio, ha sido himno muy reciclado últimamente, desde el rock heterodoxo a la nostalgia pasatista y belicosa. Es un himno que, aún hoy, no puede escucharse sin emoción e indignación.
Quiere decirse que es todo un himno. Su utilización constante por la ultranza (la última vez, hasta la fecha de este folio, en la calle de Goya, sobre los cadáveres de unos militares asesinados por el terrorismo inconfesable e inconfeso), nos revela que la ultranza no tiene ideas, sino nostalgias, y que ni siquiera tiene nostalgias propias, sino heredadas, ya que ese himno azotó el pecho de los padres o los abuelos, nunca el pecho de los niños de derechas que ahora lo utilizan con ese automatismo fascista, siempre entre trágico y cómico.
Los neofascismos, la fuerza bruta de la gran derecha (que naturalmente es mucho más que fuerza bruta), la ideología nueva del integrismo no es tal ideología, ya que nunca presentan programas, sino nostalgias.

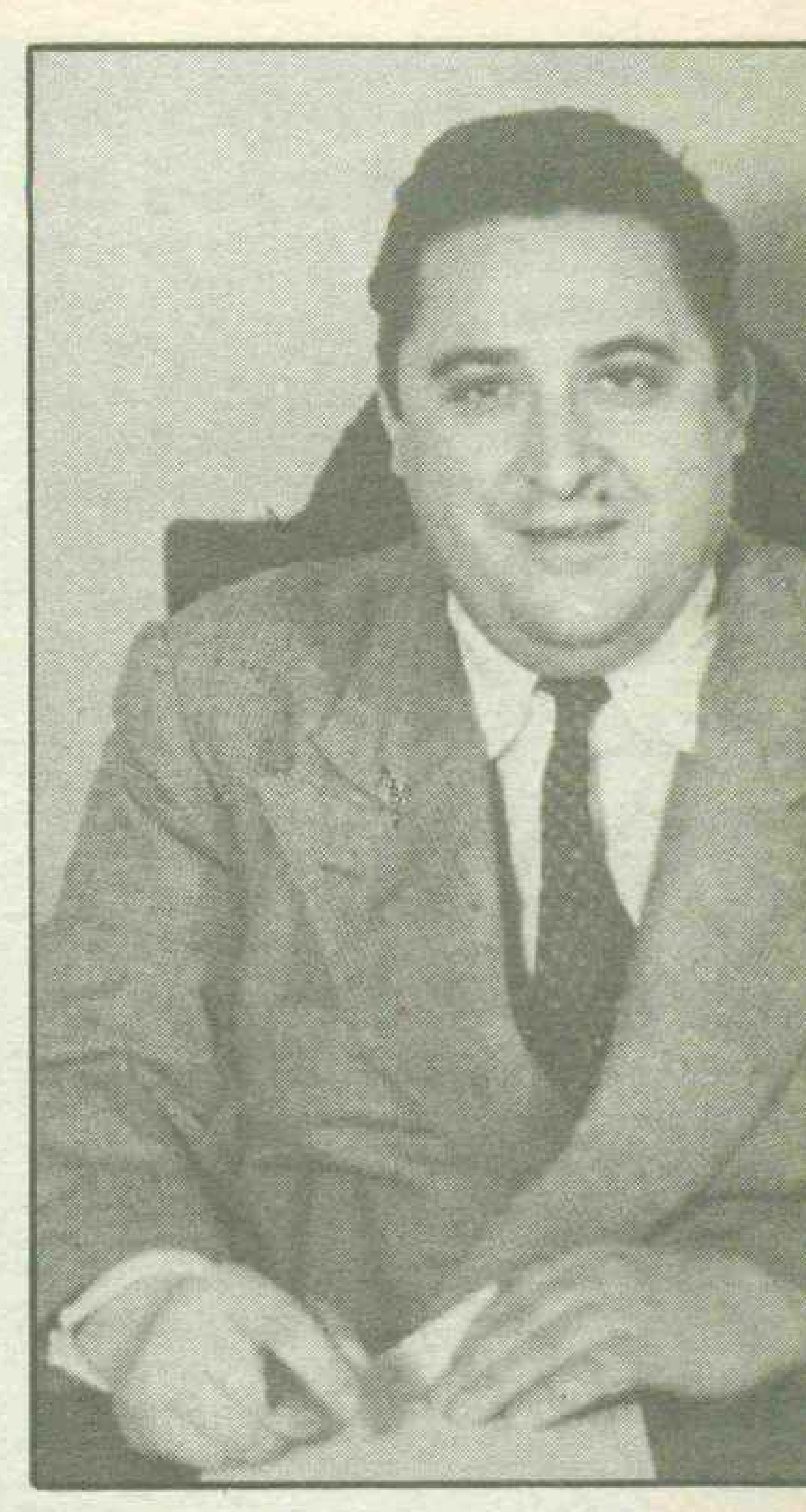

Ilustración de Carlos Sáenz de Tejada.

UN ANGEL, UN HIMNO, UN POETA

Un ángel de Sáenz de Tejada, un himno —el de Falange—, un poeta (por ejemplo Foxá en su «Leyenda del César Visionario»), pueden sintetizar bien el atalaje estético - ideológico - emocional del 18 de julio.
Quiero decir, lo que más ha llegado a la calle y pervivido en ella. Tres formas de irracionalismo lírico, como punta de lanza de todo el irracionalismo doctrinal de la Fe, la Patria, la Familia y otras mayúsculas simplificadoras. No es cierto que el arte ni la ciencia ni la música ni siquiera los sueños sean apolíticos. Todo es de derechas o de izquierdas en el sentido de que todo tiende a afirmar o negar, voluntaria o involuntariamente, que el mundo se mueve o no se mueve. Galileo y Copérnico acaban con el homocentrismo y matan a Dios, que se había hecho su santuario en el hombre. Así pues, el irracionalismo poético, pictórico, que por los mismos años del nacimiento de los fascismos es revolucionario —incluso prosoviético— en

los surrealistas, resulta reaccionario cuando sustituye una idea por una emoción (el himno o la poesía) y una concepción de la sociedad por un cartel (Sáenz de Tejada). Claro que el otro bando del 18 de julio también usó carteles, pero es que el franquismo iba a quedarse cuarenta años en el cartel. Aquel 'atrezzo' del primer fascismo español (con tránsfugas de las vanguardias, como Giménez-Caballero y tránsfugas del liberalismo orteguiano, como el propio José Antonio), tenía, en todo caso, una calidad estética y una fuerza germinal que ha hecho perdurar todo ello, subliminalmente, incorporado a la intrabiografía personal del español de derechas (incluso o pese a la tórpida propaganda oficial que lo propiciaba). Esas son las emociones confusas que se mitologizan en el pecho canoso del viejo escritor de «La muchacha de las bragas de oro», por ejemplo, ya sea su modelo Lluys Santa Marina, Ignacio Agustí o cualquier otro «falangista estético» conocido tardíamente por Marsé.

El espíritu del 18 de julio que late en el nuevo fascismo español, no es sino una repetición mecánica, nada creadora, de los mitos de entonces. Alguien dijo que el hombre primitivo inventa el mito cuando le rebasan los datos. La derecha montaraz, en lo que tiene de primitiva, se refugia de nuevo en el mito porque se ve rebasada por los datos del mundo actual: la ciencia, el pensamiento, la sociología, la comunicología, el socialismo, la cultura sexual, las nuevas morales, el sentido de obra abierta que Einstein le encuentra al Universo y los pensadores y artistas, en consecuencia, le dan a sus obras.



Agustín de Foxá, (1906-1959).

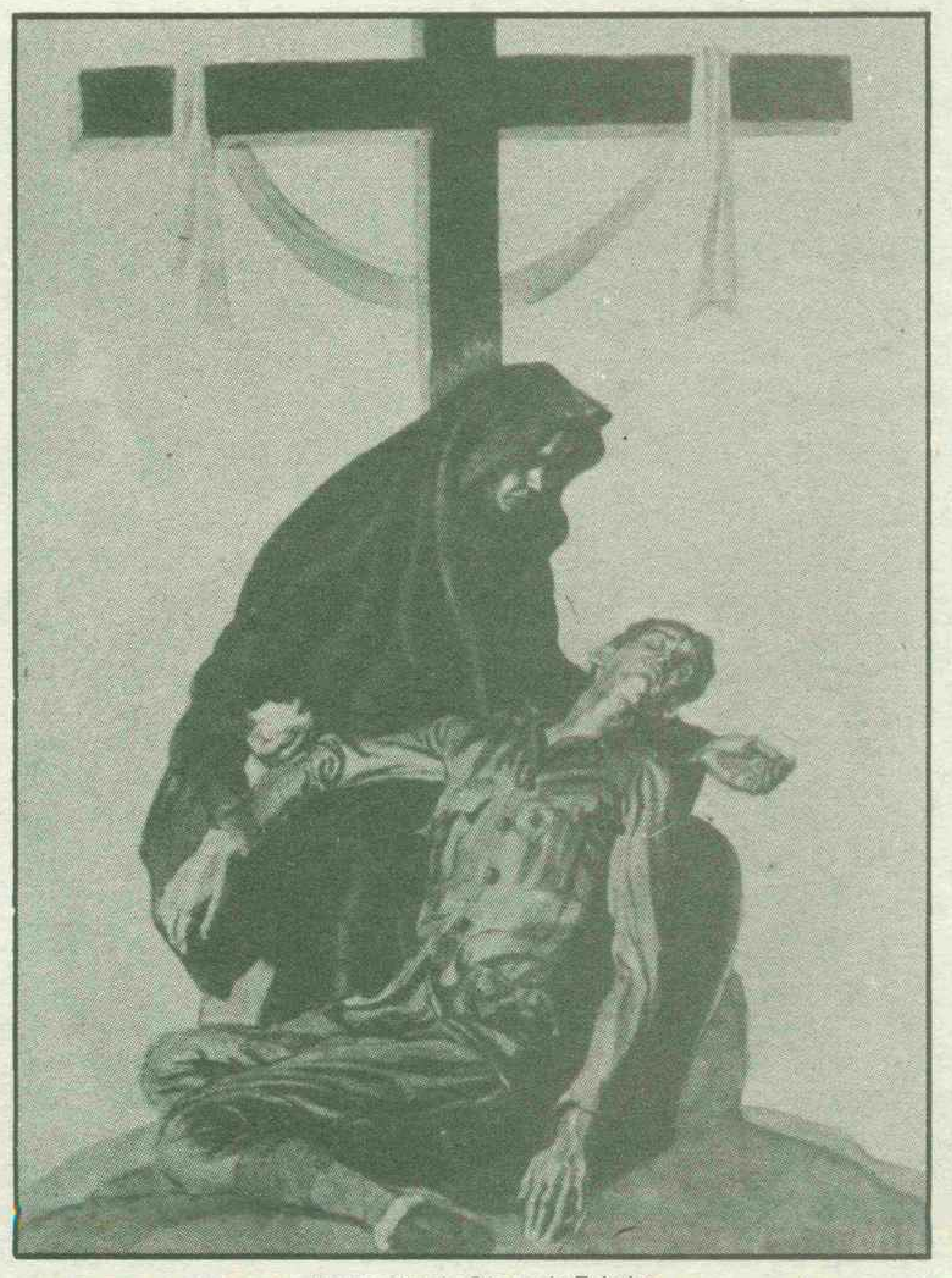


Ilustración de Sáenz de Tejada.

En cuanto al franquismo sociológico (que es el que hace consumo en la carta política de la derecha, de UCD a Fuerza Nueva o Fraga), es una nueva clase pequeñohedonista, miniepicúrea que sigue queriendo ganar más. El 18 de julio puede que sea para esa memoria colectiva, como mucho, un ángel, un himno, un poema: todo vagamente *recordado-olvidado*.

Nada. ■ **F. U.**

Vísperas de la tragedia

EL repaso de la historia de los grandes acontecimientos nos lleva siempre a una absurda sorpresa al estudiar los antecedentes inmediatos. Como ya sabemos lo que ocurrió después nos parece raro que los protagonistas no se dieran cuenta de lo que se avecinaba. ¿Tan ciegos eran? ¿Tan sordos estaban?

Naturalmente no eran ni ciegos ni sordos; eran personas normales con la vista normal, con el natural oído, con la natural perspicacia, elementos que precisamente *por naturales eran incapaces de ponerse a la altura de la sobrenatural catástrofe que se avecinaba. Por otro lado tampoco es cierto que el español bailase frívolamente sobre un volcán dormido. De vez en cuando gente más aguda detectaba algo de lo que se acercaba y en ese aspecto hay que destacar el olfato de Prieto sobre Franco, al que aludiremos. Los otros entrelazaban su vida normal —parlamentarismos, fútbol, carreras de coches, huelgas, estudios literarios— con algunas referencias a lo mal que iban las cosas.*



(categoría y anécdota)

Fernando
Díaz-Plaja



HE usado términos de Eugenio d'Ors para distinguir lo importante de lo accesorio en las semanas que precedieron al estallido de la guerra civil española y a estas alturas no se sabe si resulta más dramático el artículo agorero de Unamuno o el programa de vacaciones que la mayoría de los españoles preparaba para agosto de 1936.

* * *

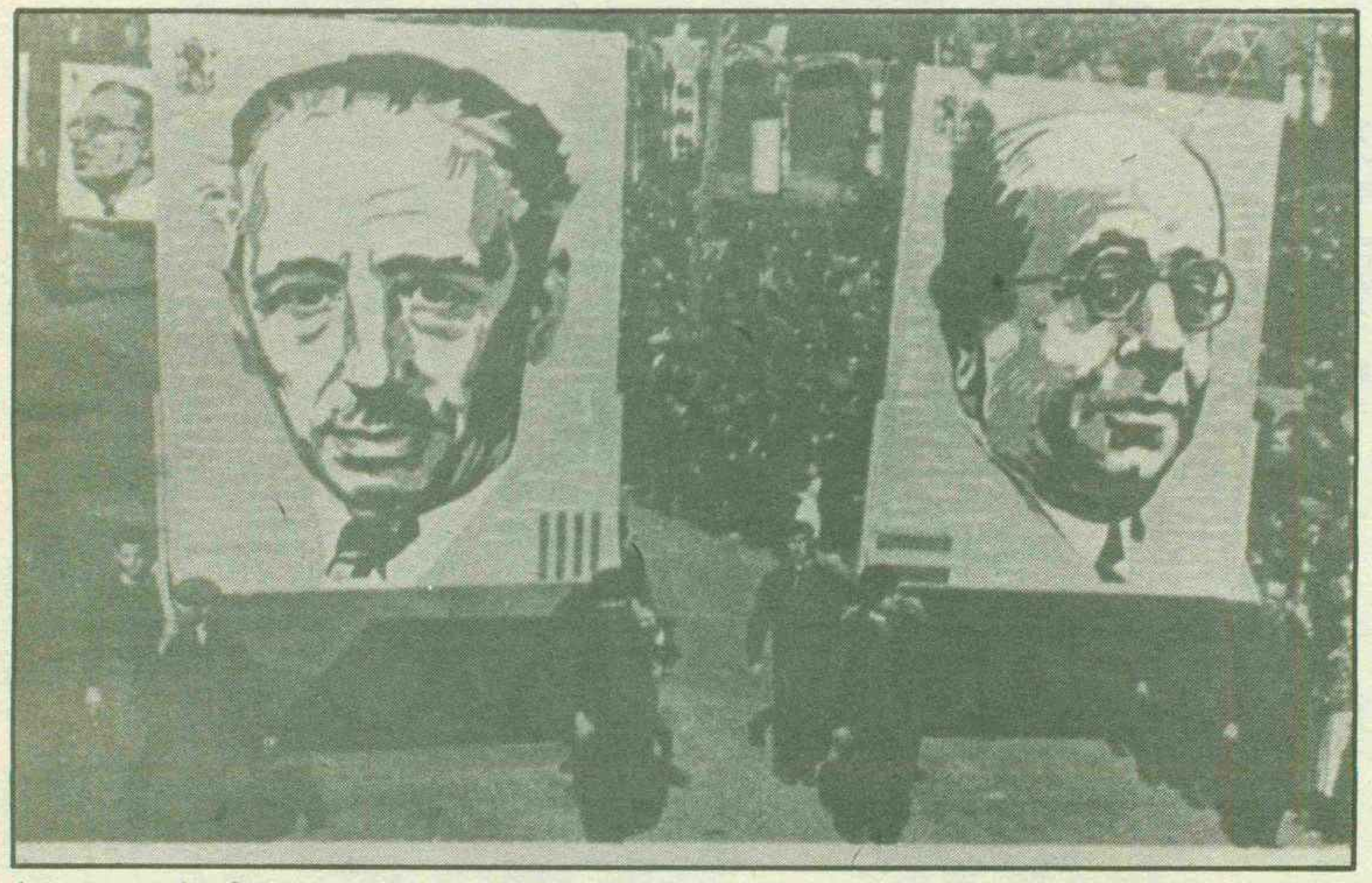
En las páginas que recogí en mi «Si mi pluma valiera tu pistola» el apasionamiento bélico y también evidentemente las necesidades de la guerra (al fin y al cabo la Unión Soviética era el único amigo eficaz que tuvo la República) hacen vibrar la admiración por la lejana Rusia en Antonio Machado, en Miguel Hernández, en Rafael Alberti. Pero Salvador de Madariaga, un mes antes de la guerra, ya sentía en el ambiente la atracción por el lejano mundo de Stalin.



Salvador de Madariaga (1886-1978).

«País de todo o nada, de saltos bruscos, de candil a electricidad, de mogigatería a amor libre, de beatería a incendios de iglesias, España siente en la integridad del «cambiazo» (nótese el aumentativo característico de lo español) una atracción especial. La nada hispánica se estremece ante ese todo. Las llanuras castellanas vibran bajo los vientos de Moscú. Pero aquí sería cuerdo preguntarse si es posible que el toro se transforme en oso («El toro y el oso», «Ahora», 1.º de junio de 1936).

Beatería e incendios de iglesias... pueden coincidir efectivamente; en aquella España al menos todavía coexistían. Chaves Nogales, el buen periodista cuya biografía de Belmonte es clásica, nos cuenta en varios reportajes sobre Andalucía el espectáculo religioso-floklórico-sentimental que es la Romería del Rocío. «La Blanca Paloma» se titula la serie y en ella el periodista se hace eco del asombro que a cualquier francés o inglés tiene que causarle su existencia en plena efervescencia izquierdista de España


Los retratos de Luis Companys y de Manuel Azaña, llevados por la multitud durante un Aniversario del «Estatuto», por las calles de Barcelona, durante la guerra civil.



EL SOCIALISTA

Madrid, sábado 29 de septiembre de 1934

Admoniciones torpes

Gravedad del momento político

EN EL LXX ANIVERSARIO DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Cómo los años y las derrotas dan la razón a Marx y a Engels

La hipocresía reaccionaria

No hay fuerza sin autoridad

Facsímil de la cabecera de «El Socialista», del 29 de septiembre de 1934.

tras las elecciones de febrero, cuando se detenía a los falangistas o partidarios de Renovación Española por el mero hecho de serlo... de la misma forma que tras octubre de 1934 se encerraba a socialistas y comunistas por la misma razón, es decir por la misma falta de ella. La Romería del Rocío efectivamente era una paradoja para el resto del mundo pero no para los andaluces que encontraban muy natural levantar el puño en los mítines y elevar luego con esas mismas manos, esta vez abiertas, las andas de esa Virgen o los «pasos» de la Semana Santa que en esta primavera de 1936 se había celebrado con el fervor y paganismo de siempre.

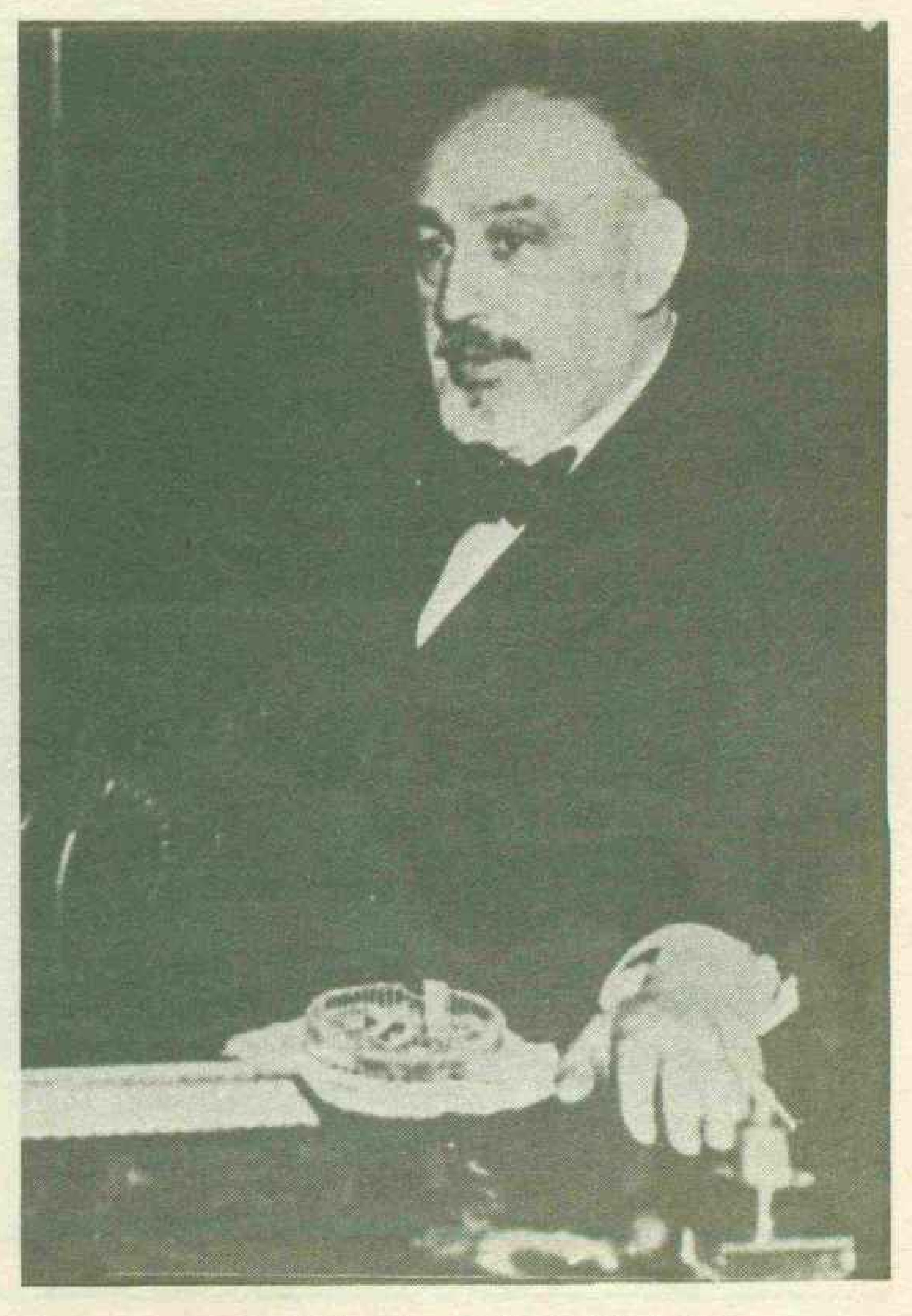
Igual que se mantenían las formas protocolarias. Companys y Azaña las «bestias negras» de militares, católicos y patriotas iban de chaqué y sombrero de copa a conmemoraciones y de frac a las fiestas. En «Ahora», del 2 de junio de 1936, aparecen esas fotos de vida «normal» pero en las páginas interiores surge un asombroso artículo de Ossorio y Gallardo en el que el hombre de centro, republicano y conservador, se aterra ante la cantidad de huelgas que se realizaban en España.

«Una cosa es la huelga económica y otra muy distinta la huelga politizada» empieza. ¿Les suenan estas palabras al lector de 1981? «Ahora nos hallamos ante una táctica permanente y sistematizada de huelga política... Se trata de una red de huelgas en todas las localidades, en todos los oficios, por causas graves y por causas nimias o sin causa ninguna, con peticiones discretas o con reclamaciones desorbitadas, desdeñosas de los medios legales, desobedientes a pactos, acuerdos y laudos después de admitirlos, con frecuentes extralimitaciones violentas».

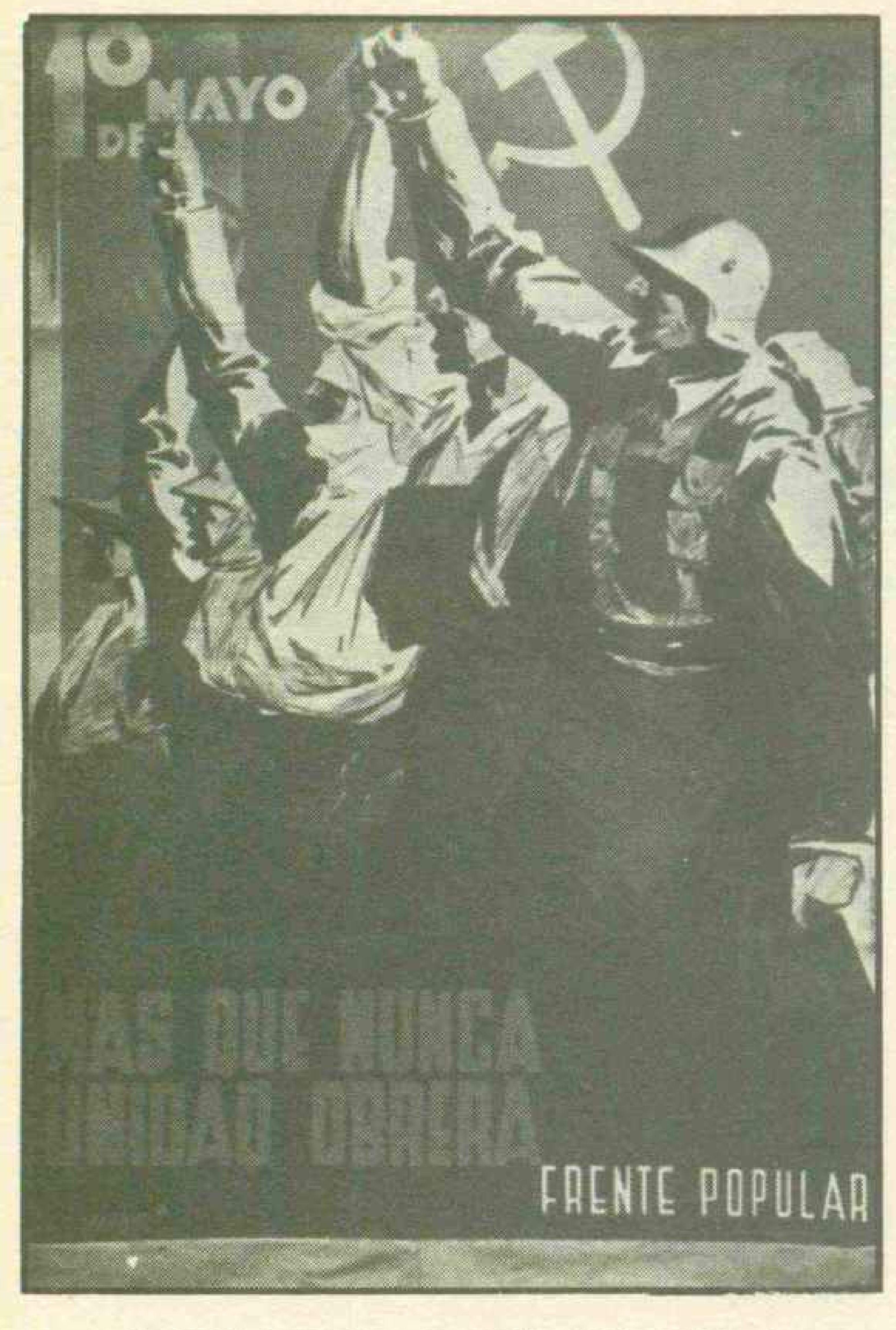
Lo que más asombra a Ossorio y Gallardo es lo que también asombrará a los historiadores que veamos este periódico con la objetividad que da la distancia, es decir, la pugna social agresiva de la izquierda **precisamente cuando quien manda es el representante de** esa misma izquierda. En su irritación liberal ante esa falta de lógica Ossorio llega a acusar de cobardía a los sindicatos.

«¿Por qué dejan vivir tranquilos a los gobiernos que son más antípodas y perturban... a los que son sus vecinos medianeros? Siete años vivieron esas muchedumbres calladas e inmóviles cuando la Dictadura. ¿Por qué tan mansas entonces y ahora tan fieras? Yo comprendo que la burguesía y ciertos partidos políticos sacan de eso una enseñanza y la aprovechan para cuando llegue su turno».

Ossorio encuentra lógica la actitud de los de la CNT que actúan para derribar al estado burgués que, según ellos, está representado tanto por Gil Robles como por Azaña pero no comprende cómo entra en ese juego gente del PSOE y del PCE. Y llega a una tremenda conclusión:



Angel Ossorio y Gallardo (1873-1946).



Un cartel de Bardasano, alusivo al Frente Popular.

«... El Frente Popular *surgió para* combatir al fascio. Por el camino que van las cosas no habrá en España más fascio que el engendrado y amamantado por el Frente Popular». («Ahora», 2 de junio de 1936).

La misma exasperación en otro liberal que se indigna de la tendencia destructiva de una sociedad a la que urge que todos arrimen el hombro. Miguel de Unamuno empieza ironizando sobre la fórmula «España es una república de trabajadores de todas clases» que es la que inicia la Constitución, ejemplo de lo que considera demagógica obsesión por el término:

«Trabajadores de la enseñanza, del arte y ¿qué vendrá después? Los trabajadores del paro, los que trabajan para mantener y propagar el paro» y citando la historieta de Cervantes sobre el loco que hinchaba perros con un canuto y decía luego «¿Creerán vuestras mercedes que es fácil hinchar un perro?» Unamuno ve a toda España convertida en un inmenso manicomio:

«Y más ahora en temporada de locura colectiva en España que está hecha un manicomio suelto y en que hasta los loqueros han enloquecido al punto de que hablan de «aplastar» a los locos de locura contraria a la suya a la de los loqueros... trágico manicomio... en que se llega a la «demencia tremens» de considerar enemigo público del régimen al que se llame —¡se llame!— fascista. Beligerancia

Miguel de Unamuno (1864-1936).

de los insensatos. Trabajadores de la locura». («Ahora», 5 de junio de 1936).

Dos curiosos testimonios de republicanos desengañados, uno de la actitud de las masas reñida con la economía, el otro de la violencia política reñida con la tolerancia. Mes y medio más tarde lo que él vaticinó —al poeta le llamaban «vate» los romanos— el intento de aplastar media España se realizará con dramática realidad en las dos zonas. Su acomodación entusiasta a la causa franquista puede ya deducirse de las frases últimas de su artículo... al menos en los primeros tiempos. Sobrevendrá después la irritación ante las barbaries de la España nacional, la famosa sesión universitaria del Doce de Octubre y la reclusión en su casa hasta su muerte. Unamuno no podía evidentemente estar con la España Nacional.

... Como probablemente tampoco hubiera podido estar en la España republicana si la geografía bélica le hubiese dejado de este lado. Y eso está claro para quien haya leído aunque sea por encima la obra unamuniana. «Contra esto y contra aquello» no fue sólo un título sino una actitud vital del maestro vasco. En Madrid se hubiera asqueado como se asqueó en Salamanca; si allí fue de la brutalidad de unos soldados, aquí hubiera sido por la brutalidad de unas masas dejadas en libertad ante la amenaza fascista. No; Unamuno no podía estar de acuerdo con ninguno de los dos bandos feroces en que se dividió España.

El otrora preocupado Ossorio y Gallardo sí jugó su carta y aceptó una responsabilidad. En el fondo era un elitista como Unamuno, personas que se encontraban incómodas ante gente zafia (por su disciplina castrense o por su falta de educación primaria) y así sirvió a la causa donde su reputación de jurista liberal podía hacer mayor servicio a la República; desde los salones de una embajada, mucho más cómodos que la dirección de un periódico o la gobernación de una provincia española en guerra.

* * *

Los estudiosos de la Guerra Civil lo han afirmado muchas veces. En gran parte el drama fue provocado por el Partido Socialista Obrero Español que era, por número de diputados, el pivote de la situación política; pero ese papel de guía del pueblo español se veía perturbado porque dentro de él se repetía aunque naturalmente más escorado a la



El Sol

Año XV.—Núm. 4.319 :: Precio: 10 céntimos el ejemplar. Diario independiente fundado por D. Nicolás M. Urgoiti en 1917 Madrid, miércoles 17 de junio de 1931

)ecreta el ministro de la Guerra nuevas y trascendentales reformas relacionadas con la organización del Ejército

ıpresión de las ocho regiones militares.--Supresión de los capitanes generales y abolición del título, honores y pre-›gativas anejos a sus cargos.--Supresión de los Gobiernos militares.--Supresión de la dignidad de capitán general de Ejército y de la jerarquía de teniente general.--Se suprimen las zonas de Reclutamiento.--Otras medidas.

PRIMER DECRETO

eterminación de las ocho divisiones orgánicas

TRUCCIONES SOBRE EL MANDO DE LOS SIONARIOS Y SOBRE LAS ATRIBUCIONES DE LOS BRIGADIERES

funciones del general de cada división no vienen a ... con otro nombre a las jerarquías extinguidas

ELECCIONES

Don Alejandro Lerroux, candidato por Madrid

LA MUERTE DE RUSIÑOL

El ex Rey Alfonso y Quiñones de León rompen sus relaciones

AFIRMASE QUE POR CUESTION DE INTERESES

La Comisión de la Diputación de Navarra aprueba el Estatuto vasco

EN EL ECUADOR

Una "villa" del cónsul de España en Guayaquil, destruida por un

EN BUENOS AIRES

Bajo quince tranvías en circulación estallan cartuchos de dinamita

El gobernador del Banco de España en París

EN AUSTRIA

Crisis total del Gobierno

ALAS DE LA REVOLUCION

Franco piensa en pedir pronto su retiro

MACIA PRESENTA POR BARCELONA AL PILOTO DE LA REPUBLICA COMO CANDIDATO A DIPUTADO

"Iré contento a unas Cortes—nos ha dicho—en las que España, al fin, va a ver a la luz del día el rostro de su República"

Facsímil de la cebecera de «El Sol», del 17 de junio de 1931.

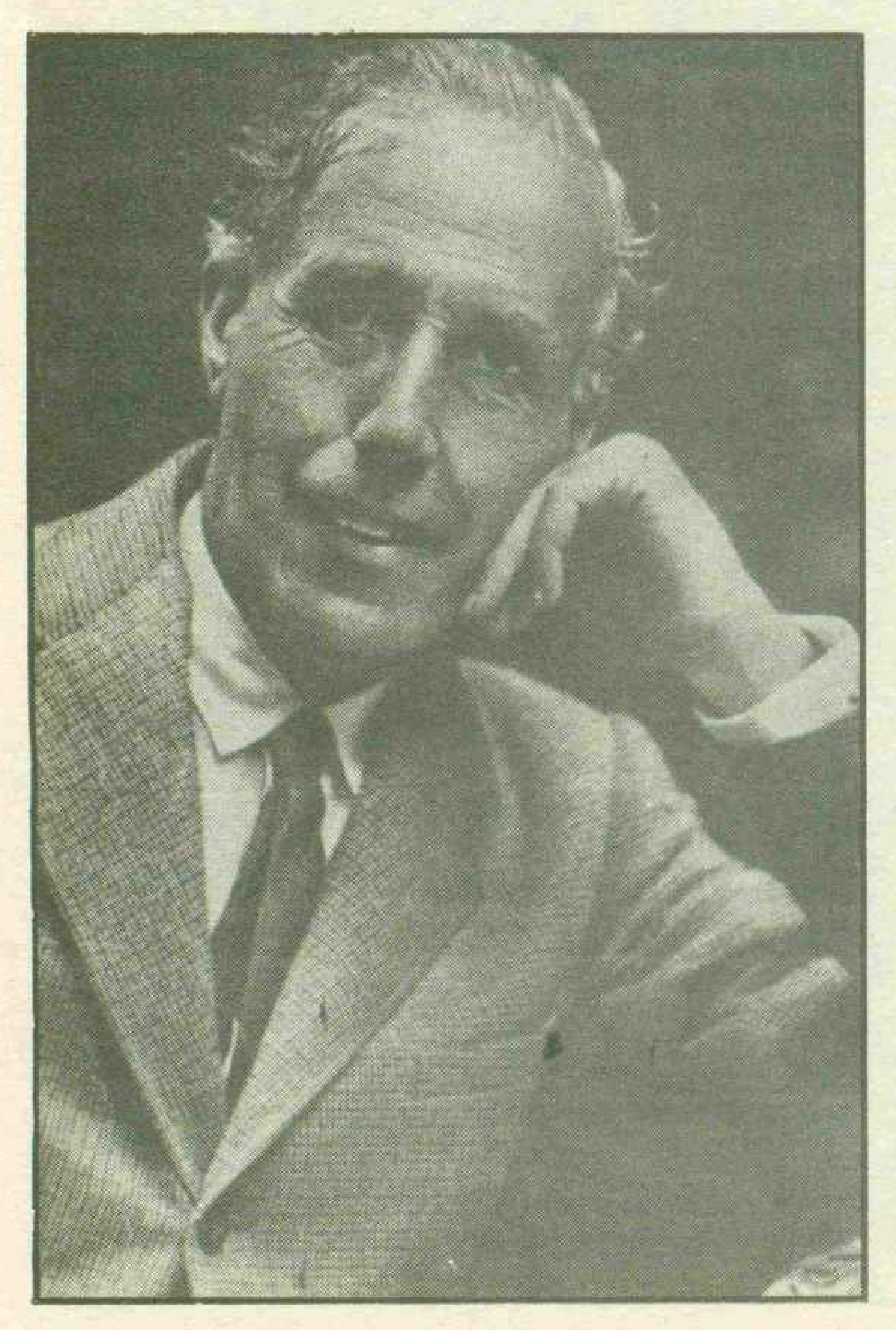


Emilio Mola (1887-1937).



Francisco Largo Caballero (1869-1946).

izquierda, la misma triple posibilidad del país: la derecha, el centro y la izquierda representados respectivamente por Besteiro, Prieto y Largo Caballero. El hecho de que el PSOE se decidiera por el extremismo, evitando la derecha era malo pero no grave porque evidentemente Besteiro, un Tierno Galván «ávant la lettre», si contaba con el cariño de los cultos y la admiración general no tenía ningún carisma que arrastrase al público. Es



Julián Besteiro (1870-1940).

interesante y simbólico que Besteiro subiese al podio de la popularidad sólo cuando dio su apoyo. Casado para cesar la guerra y su entrega a los vencedores franquistas para morir en la cárcel, no pudo ser héroe pero quiso ser mártir. Prieto tenía sobre él una facundia que atraía a las masas sin la cerrazón mental de Largo Caballero y por eso constituía un peligro mayor para los partidarios del antiguo estuquista; contra él se dirigieron las más venenosas campañas de «Claridad», proyectiles de papel que se transformaron pronto en balas de verdad en la ciudad andaluza de Ecija a donde acudió Prieto para encontrarse con una masa absolutamente hostil que empezó a gritar vivas a Largo Caballero y a «Claridad» para impedir que hablasen Belarmino Tomás y González Peña. La reacción del primero fue de justificada protesta: «¿Podéis discutir mi significación obrera? Yo me he jugado la vida con un fusil en la mano quince días en Asturias. ¿Tenéis derecho a hacer esto conmigo y con González Peña?». Ese historial revolucionario era realmente difícil de discutir pero las juventudes marxistas —camisa azul y corbata roja— no lo intentaron siquiera. Era un «prietista», era un enemigo del pueblo. Empezaron a llover piedras y botellas de gaseosa. «Su intento era lapidarnos como sapos» dirá Prieto más tarde. Por fin protegiéndose con brazos y chaquetas alzadas, lograron llegar a los coches y con un guardia municipal en cada estribo (los coches de entonces los llevaban) salieron hacia Córdoba. La inmensa humanidad de Prieto se reflejó en la frase con que contestó al periodista curioso: «¿Tardaron mucho en llegar de Ecija a Córdoba? —Una eternidad—» dijo abriendo los brazos. (De la prensa del 2 de junio de 1936).

«El Socialista» titulaba el comentario sobre Ecija con la frase «En días de vergüenza» y «Claridad» contestaba acusando a los prietistas de provocación al ir a Ecija (esa es la

acusación típica que se hace siempre a las víctimas de los atropellos, sean derecha, izquierda o centro) y aún aseguraba que le era imposible el diálogo con «El Socialista» porque necesitaría emplear estilos que repugnaban. Esta fue su versión de los hechos: «Dándose cuenta del ambiente los oradores debieron haberse producido con mesura en cuanto al marxismo y haber abogado por la clase trabajadora. Por el contrario Belarmino Tomás empezó en tonos de gran violencia contra quienes no estaban en su posición y la masa no quiso consentir que so capa de propaganda se atacara lo que ella más quiere... el grupo que acompañaba a los oradores... opuestos a lo visto a suspender el acto, sucediera lo que sucediera, pretendieron imponerse con las armas en la mano».

La pugna interna socialista evidentemente había quedado refrendada; el PSOE había escogido el camino de la intransigencia en lugar del de la colaboración con las fuerzas burguesas de izquierda personificadas en la figura de don Manuel Azaña quien por otro lado, había abdicado de su posible papel moderador cuando aceptó el puesto más honorífico que práctico, de presidente de la República. Los norteamericanos, al ejecutivo ya inútil pero que merece respeto por su historial le anulan con el: «kick him upstairs», o «una patada hacia arriba», es decir le llevan violentamente a un puesto oficialmente más importante, prácticamente cero. El de Azaña entonces.

... Y en el socialismo Largo Caballero de jefe absoluto. Madariaga hizo un juego de palabras con los tres Franciscos que, según él, influyeron decisivamente en la suerte española del primer tercio de siglo. Francisco Giner de los Ríos o la evolución izquierdista laica y civilizada, Francisco Franco la rebelión (con lo que hoy llamaríamos involución) y Francisco Largo Caballero con la Revolución. Tres Pacos para una época.

Claro que en junio la suerte estaba ya echada. El cinco del mes de junio Mola comunica a los conspiradores el programa de su «directorio republicano» que suprimiría la Constitución del 31, disolvería las Cortes, exigiría responsabilidades, declararía fuera de la ley las organizaciones políticas «que recibieron inspiración del extranjero», restablecería la pena de muerte, etc. Ante tales proyectos no tenía demasiada importancia quién estuviera al frente del PSOE. Para Mola como para Franco, Saliquet, Orgaz, tan fusilable era Largo Caballero como Prieto.

... Desde luego el más inteligente, políticamente hablando, de los tres. Hace falta mucha penetración y sentido del futuro para que, en un momento en que el jefe del movimiento era Sanjurjo y quien movía los hilos en su nombre era Mola, poder asegurar en un discurso pronunciado el primero de mayo en Cuenca y mencionando la posibilidad de un golpe de Estado que «el general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de amistades en el ejército, es hombre que en un momento dado puede acaudillar (verbo estremecedoramente profético) con el máximo de probabilidades, todas las que se derivan de su prestigio personal un movimiento de este género»; terminó diciendo píamente que le creía incapaz de ello pero que ahí estaba si no su voluntad, la de los políticos que habían intentado presentarle por diputado por Cuenca para esa labor mesiánica». (De «La Prensa», 2 de mayo de 1936).

(Mientras tanto... un jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua que se llama Anastasio Somoza ataca al mando de su fuerza el palacio presidencial. Su acción acabará con el gobierno del presidente Sacasa y anunciará la llegada al poder de una dinastía que empezó a balazos en junio de 1936 y terminó en un estallido de bazooka en Paraguay en septiembre del 80).

Otros nombres familiares. Un árbitro de «catch-as-can» que era además «vertiginoso radiorreporter pequeñito y pulidito, tan bien peinadito y con sus zapatos de cabritilla tan limpitos» fue noqueado por un luchador a quien había llamado la atención dos veces por su juego sucio lo que confirmó por cierto con su agresión al juez de «ring». El periodista-árbitro-víctima se llamaba Boby Deglané. («ABC», 14-VI-1936).



El general Franco llega a Canarias, para hacerse cargo de la Comandancia militar. De allí partiría, en julio de 1936, para hacerse cargo del mando de los insurrectos.

Por entonces nacía el monstruo que unos años después invadiría nuestros hogares, absorbería nuestra atención y sería el tema de conversación de la inmensa mayoría de españoles no importa cual fuera su altura social, su religión o sus costumbres. Efectivamente desde la torre Eiffel de París salen las primeras emisiones de Televisión que alcanzaban hasta 60 kilómetros a la redonda. La pregunta que se plantea el periodista de ABC (2-VI-36) no es tanto sobre las posibilidades sociales como las estéticas: «El primer problema que ha planteado la TV es el locutor: no puede ser ya un individuo de cualquier facha con tal de que su voz sea sonora y que pronuncie bien. Tiene que ser fotogénico y **naturalmente** los primeros locutores son locutoras» (deducción, que yo subrayo y suena a feminismo militante, porque al parecer sólo ellas pueden tener lo necesario): «Se les exige juventud, elegancia, gracia, urbanidad exquisita y cultura». («ABC», 2-VI-36).

En la España de junio de 1936 todo se politiza (¿les suena?) y así el novillero «Riverito» de Huelva cambia la fórmula usual del brindis con la que se deseaba la salud del presidente, del gobernador y de su familia, por esta revolucionaria: «Brindo por Usía, por el Frente Popular y por la Reforma Agraria». Por la misma época Juanito Belmonte, el hijo del «Terremoto» sufre una cogida no grave.

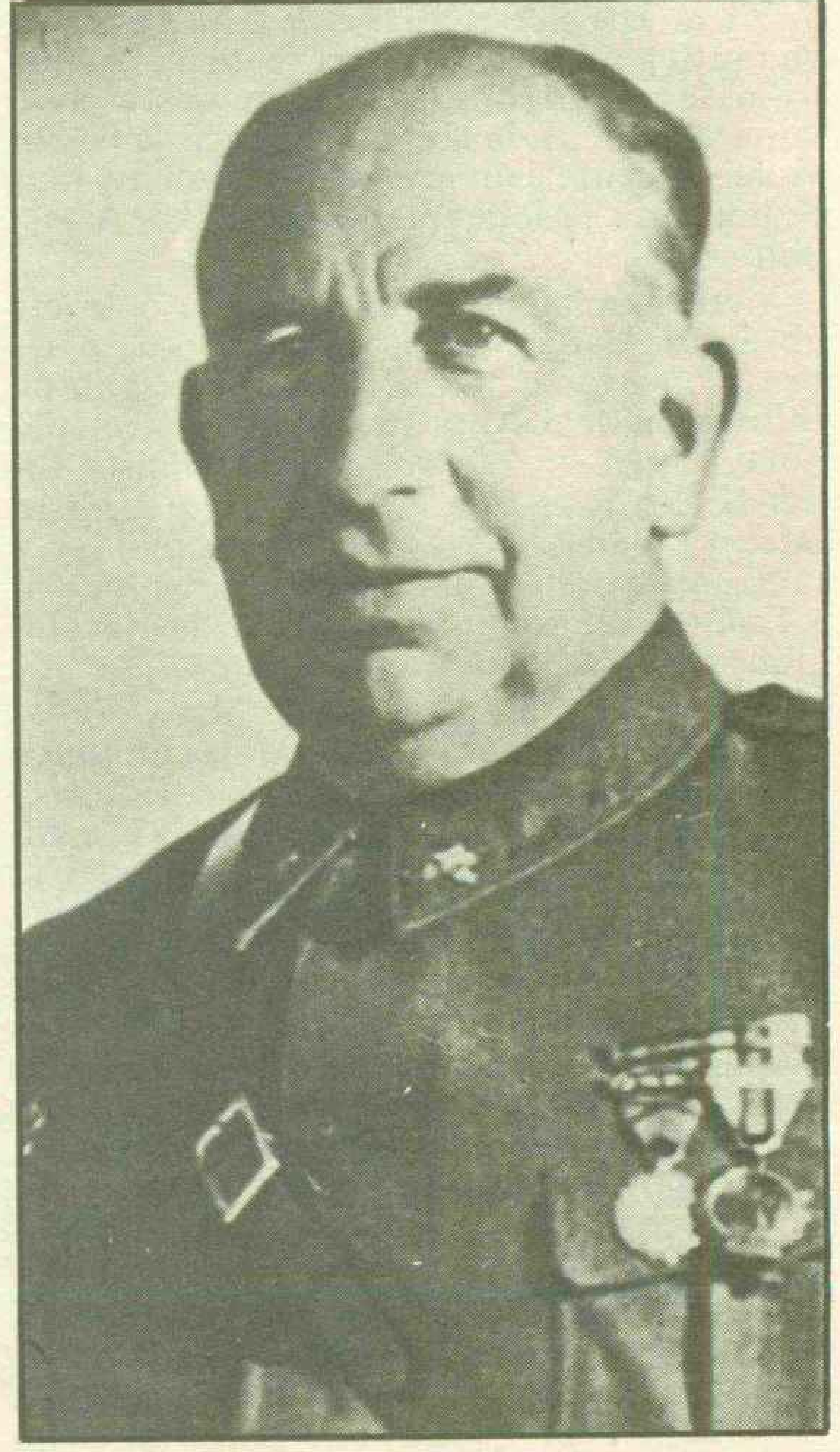
Más noticias que podrían ser de hoy: Termina la Feria del Libro, en la que se ha vendido por valor de doscientas mil pesetas. No estuvo mal; un hotelito de la calle de Arturo Soria con seis mil pies cuadrados vale veinticinco mil, y el periódico que da esas noticias cuesta quince céntimos.

José María Sert ha terminado en París los lienzos que irán como decoración del palacio de la Sociedad de Naciones en Ginebra. El pintor catalán sigue su ascendente fama internacional pero no es santo de la devoción de D'Ors que crea sobre él una canción irónica:

«A un gran señor
todo candor
le ha enviado Sert desde su "usina"
un gran plafond
de orquestación
compuesto de m... y purpurina».



Indalecio Prieto (1883-1962).



Luis Orgaz (1881-1946).

A otro personaje que sobrevivirá la guerra y la depuración subsiguiente se le rinde homenaje «El notable dibujante Del Arco —leemos en «ABC», 5-VI-36— ha recopilado en un álbum centenares de caricaturas del momento español de la política y arte. El prólogo corrió a cargo de Ramón Gómez de la Serna».

«La ola de erotismo que nos invade» era frase que estaba ya en la boca de muchos bienpensantes. Con el triunfo de la izquierda habían caído las barreras legales que defendían la moralidad pública e incluso periódicos de derechas publicaban anuncios de películas como esta: «Lot en Sodoma» título con gancho hay que reconocerlo. Lot había tenido relaciones con sus hijas pero antes como se sabe, había sido el único justo entre los perversos de Sodoma; homosexualidad más incesto, a los viciosos se les hacía la boca agua. Y mucho más cuando el anunciante ponía la «S» de entonces con esa explicación: «Superproducción de vanguardia de realización audaz, que por su especial asunto se proyectará todos los días únicamente a partir de las nueve de la noche» cuando se supone que los menores están en casa a salvo. («ABC», 2-VI-36).

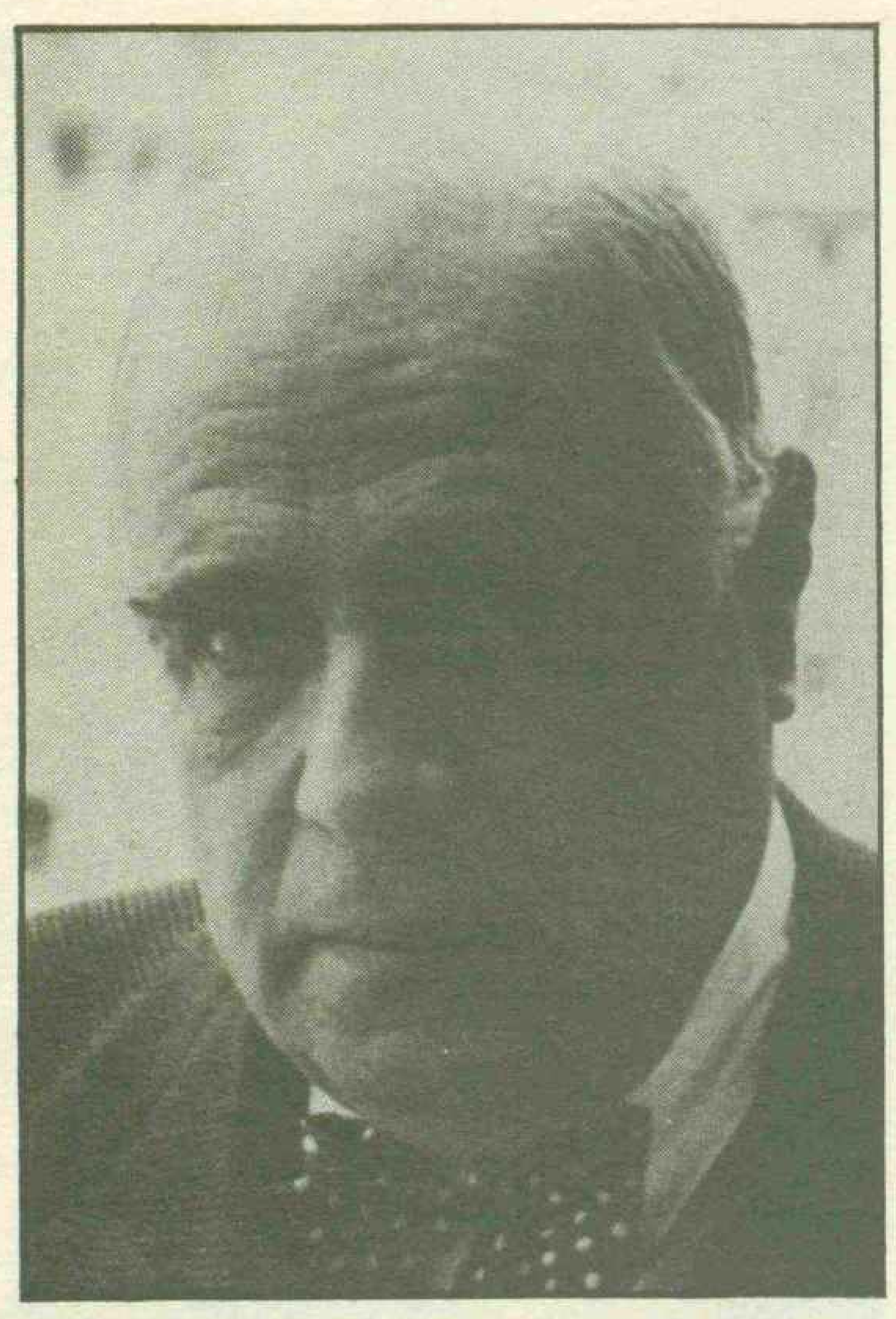
Si el cine tiene que ayudarse como hoy de la llamada del sexo, el teatro de 1936 en cambio, está... el lector lo ha adivinado: el teatro en 1936 está en crisis. En el «Victoria» se anuncia una reunión precisamente para tratar de «la crisis del teatro», la diferencia con la comprobación de ahora es que entonces había quien aseguraba iba a terminar con



Boby Deglané (en el centro de la foto, con hábito de una cofradía sevillana), durante la década de los cincuenta.



Un grupo de artistas que tomaron parte en un homenaje a la URSS, durante los primeros meses de la guerra civil. En el centro de la foto, con traje de lunares, la excepcional Pastora Imperio.



Eugenio d'Ors (1882-1954).



Eduardo Zamacois (1876-1972).

ella. «El empresario Salvador Posdomingo dio a conocer un plan admirable de rápida ejecución que conjuraría la crisis teatral de llevarse a cabo», «ABC» del 2-VI-36, desgraciadamente no da detalles de la panacea.

Y si hay crisis, como hoy y como siempre, también aparece en el periódico el nostálgico de tiempos mejores, el que mira hacia atrás con pena. ¡Qué vida más complicada y ruidosa la de 1936! El autor recuerda... «Alcancé épocas de simplismo paradisíaco. Sobraba el tiempo; se vivía holgadamente. La alimentación era abundante, sana y económica, los conflictos sociales desconocidos; confortadora la armonía entre los hombres; respetadas la propiedad y la existencia. Dormíamos con los portales abiertos». (M. Delgado Barreto, «ABC», 2-VI-36).

Sin saber que hay crisis triunfa Paulina Singerman menos conocida que su hermana Berta, pero que atrae a un público más amplio y burguesía con su alta comedia (Berta en cambio era la diva de los vanguardistas; se atrevía incluso a recitar cosas de tipo futbolístico «y discóbolo volante —pasas uno, cuatro, siete jugadores— la pelota y el zumbido —breve y seco de metralla—...». Paulina es sólo actriz: «espléndidas dotes... hábil matices e ingenuidad y coquetería» señala el «ABC» dos días antes del golpe. En el cine la gente puede ver a Janet Gaynor, deliciosa en «Una chica de provincias» con un joven galán llamado Robert Taylor. Imperio Argentina atrae multitudes con «Nobleza baturra» y «Morena Clara», un doblete de folklore.

En la calle, cuando alguien atropella, todavía se habla del instrumento fatal como del «auto», pero que este medio de locomoción ha llegado a su mayoría de edad, lo prueban las carreras de Montjuich donde gana el mítico Nuvolari; y un jovencísimo conde de Villapadierna se clasifica «honrosamente» como se decía en estos casos, en el séptimo puesto. Ambos, el vencedor y nuestro compatriota llevaban Alfa Romeo.

Para Zamacois la razón de que la gente no vaya a ver películas españolas es que es analfabeta. Eso resulta desde luego curioso desde el punto de vista sociológico. En general se piensa que el pueblo prefiere el cine donde las escenas se las dan «mascadas» por así decirlo, que un libro a través del cual tenga que imaginar unos personajes y situaciones, pero Zamacois no cree que sea así: «La evidente inferioridad de las películas españolas se debe achacar más que a su técnica a la pobreza notoria de sus argumentos porque en el cine como en todas las zonas del arte, lo básico, lo supremo, es la emoción vinculada al asunto. Proviene defecto tan grave de nuestra ninguna inclinación a la lectura». («Ahora», 17-VI-36).

Mientras tanto en el ámbito político social ocurre que... «De la situación actual nadie

está contento. Hablo con representantes del Frente Popular y en la intimidad de la conversación todos se muestran tan preocupados, tan inquietos, tan acongojados, como los de las clases conservadoras».

La noticia es impresionante y nos demuestra la certidumbre a la que el país se dirigía estaba tanto en quienes temían una derrota total —el comunismo— como en los que se asustaban ante la posibilidad de que el previsto triunfo conservador llegase entre el humo de la violencia.

«Esta es la verdad —sigue Ossorio y Gallardo— la pura verdad aunque luego haya que disimularla al servicio del partido y si ello es así, ¿quién apetece el frenesí actual? ¿A quién aprovecha? Sólo tendría explicación lo que vemos si los revolucionarios estuvieran seguros de ganar la revolución, mas serán muy ciegos si la creen. En España no ganará el juego la primera revolución, sino la segunda: la de la rectificación». (Angel Ossorio, «La fuente y la cola», «Ahora», 30-VI-36).

Volvamos a Madariaga como él vuelve incansable sobre el tema de la reivindicación social. Contesta sin mencionarlo a la frase típica de la izquierda sobre el «demonio» capitalista. «No —asegura— no hay en España males del capitalismo, ni bienes tampoco. Hay males de incompetencia y de insolidaridad. El capital es en España cobarde por falta de estímulo técnico; los técnicos son tímidos por falta de capital y unos y otros son apocados por falta de espíritu de empresa».

...Y aludiendo a la constante del tiempo sobre el trabajador, primer dañado en la crisis económica, habla en voz un tanto altanera, la del hombre de familia pudiente que no ha sabido nunca lo que es necesidad: «Me niego terminantemente a sentimentalizar sólo al poder obrero. Obrero de Madrid que gana 14 pesetas diarias por trabajar cuarenta horas semanales no tiene derecho a paralizar la vida de la nación para ganar 16 pesetas». (Volvamos a recordar el valor de la peseta de entonces —el periódico valía quince céntimos, y por 600 se veraneaba en un hotelito de la sierra—). «Casos de hambre sí, casos de explotación sí... queda la inseguridad obrera. Este albañil que gana 14 pesetas diarias no sabe cuándo se va a quedar en la calle Pero a esto hay varias soluciones. La primera es que la inseguridad es achaque de todos los hombres libres».

A lo que el obrero con el fantasma del paro en el horizonte quizá contestaría que prefería ser esclavo...

«Sólo el funcionario tiene seguridad y eso cuando no está a merced de un cambio de gobierno, de retención de sueldos, de traslados onerosos, de largas enfermedades. Pero las profesiones liberales, el patrón industrial o comercial, el artista, el actor, el músico, trabajan en la intemperie... ¿qué virtud especial que no sea la demagogia de la caza de votos puede justificar el que nos preocupemos del paro obrero más que del paro de los ingenieros, de los abogados, de los campesinos, de los pintores? («Ahora», 21-VI-36).

No en balde Madariaga había estado en muchas misiones diplomáticas porque diplomático y astuto era meter en un mismo paquete profesiones tan distintas social y crematísticamente. En 1936 las carreras universitarias estaban prácticamente todas en manos de familia de clase media alta o de gente rica que eran las que podían pagar estudios durante años sin compensación alguna. El tipo de estudiante-trabajador no existía entonces y las becas eran mínimas. Por ello aunque efectivamente podían ir al paro



Imperio Argentina, en la década de los treinta.

tanto el ingeniero como el obrero si cerraba la fábrica en que ambos trabajaban, Madariaga sabía por conocimiento e incluso por propia experiencia (era Ingeniero de Minas aunque apenas trabajó en su especialidad) que el universitario podía esperar otro puesto en su piso del barrio de Salamanca mucho más cómodamente que el albañil en su casucha de Vallecas.

La situación es evidentemente tensa, difícil, grave. Se lamentaría el personaje del dibujo de Bargaría tristemente: «La vuelta a España, la vuelta a Cataluña, ¿cuándo daremos la vuelta a la normalidad?». («El Sol», 16-VI-36).

Para Miguel Maura, el republicano conservador superado y dejado un poco en la cuneta por los acontecimientos, no hay más

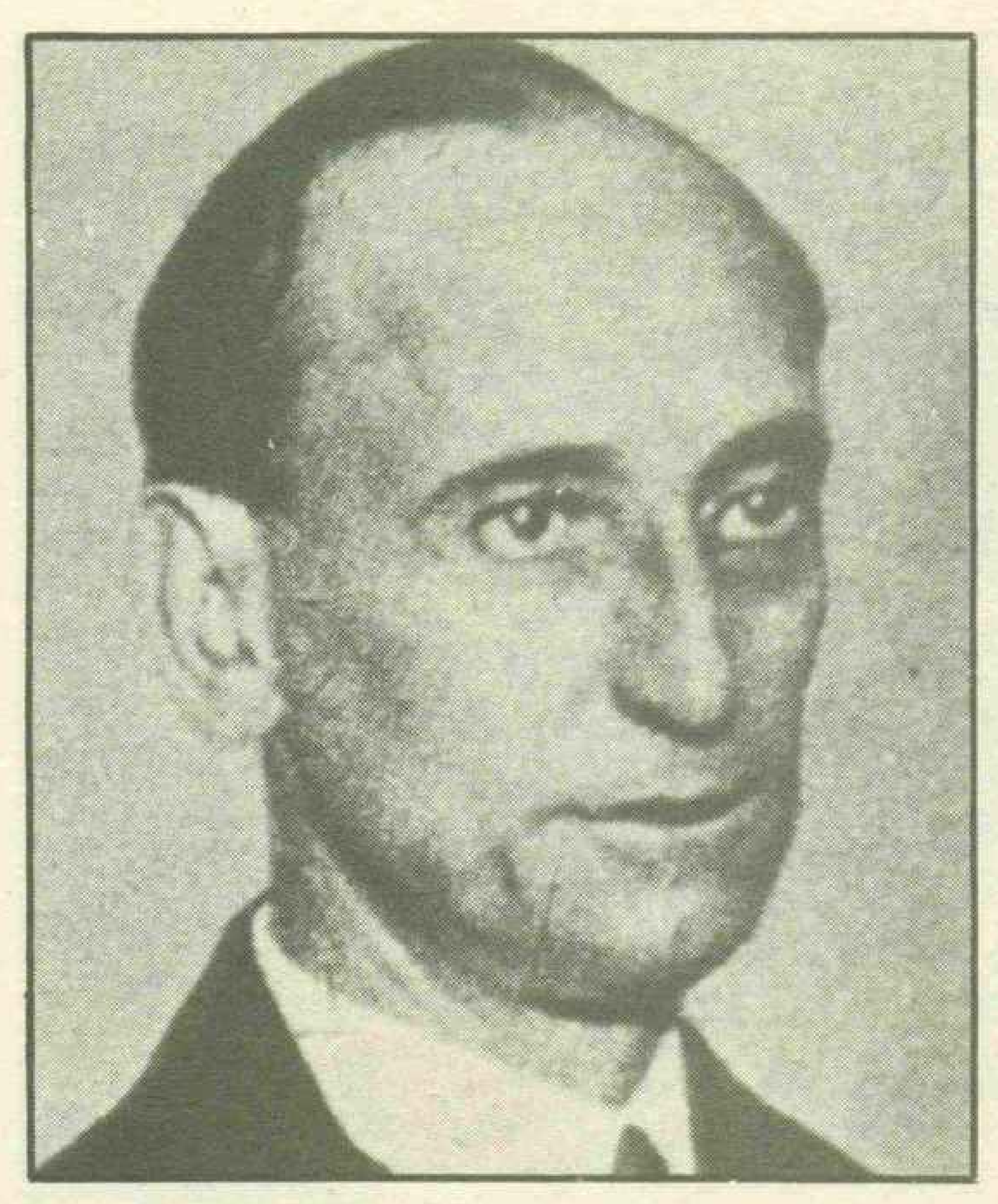
que una solución que permita al mismo tiempo mantener el régimen y restablecer el orden; su panacea se llama dictadura republicana y a describirla dedica varios artículos en «El Sol»; es curioso que mientras Mola menciona la necesidad de un «Directorio republicano», Maura escribe «Dictadura republicana». El parecido es evidente y la obligación es la misma: terminar con la crisis político-social pero aunque las palabras suenen igual, las intenciones no son evidentemente idénticas. Miguel Maura veía la Dictadura republicana como un intento de detener la vida democrática de la nación tal y como querían sus enemigos pero con dos premisas que no compartían naturalmente los amigos de Mola: Que la supresión de libertades fuera temporal y que a su frente estuvieran gentes probablemente republicanas. Algo como lo que ocurría en la Roma antigua.

«La salvación es una dictadura republicana, dictadura regida por los hombres de la república, por republicanos probados que... antepongan el interés supremo de la España y de la República a toda mira partidista y de clases; gobiernan para toda la nación y acometen la obra de construir el Estado, desde los obreros socialistas no partidarios de la vía revolucionaria hasta la burguesía conservadora que haya llegado ya al convencimiento de que ha sonado la hora del sacrificio y del renunciamiento en aras de una jus-

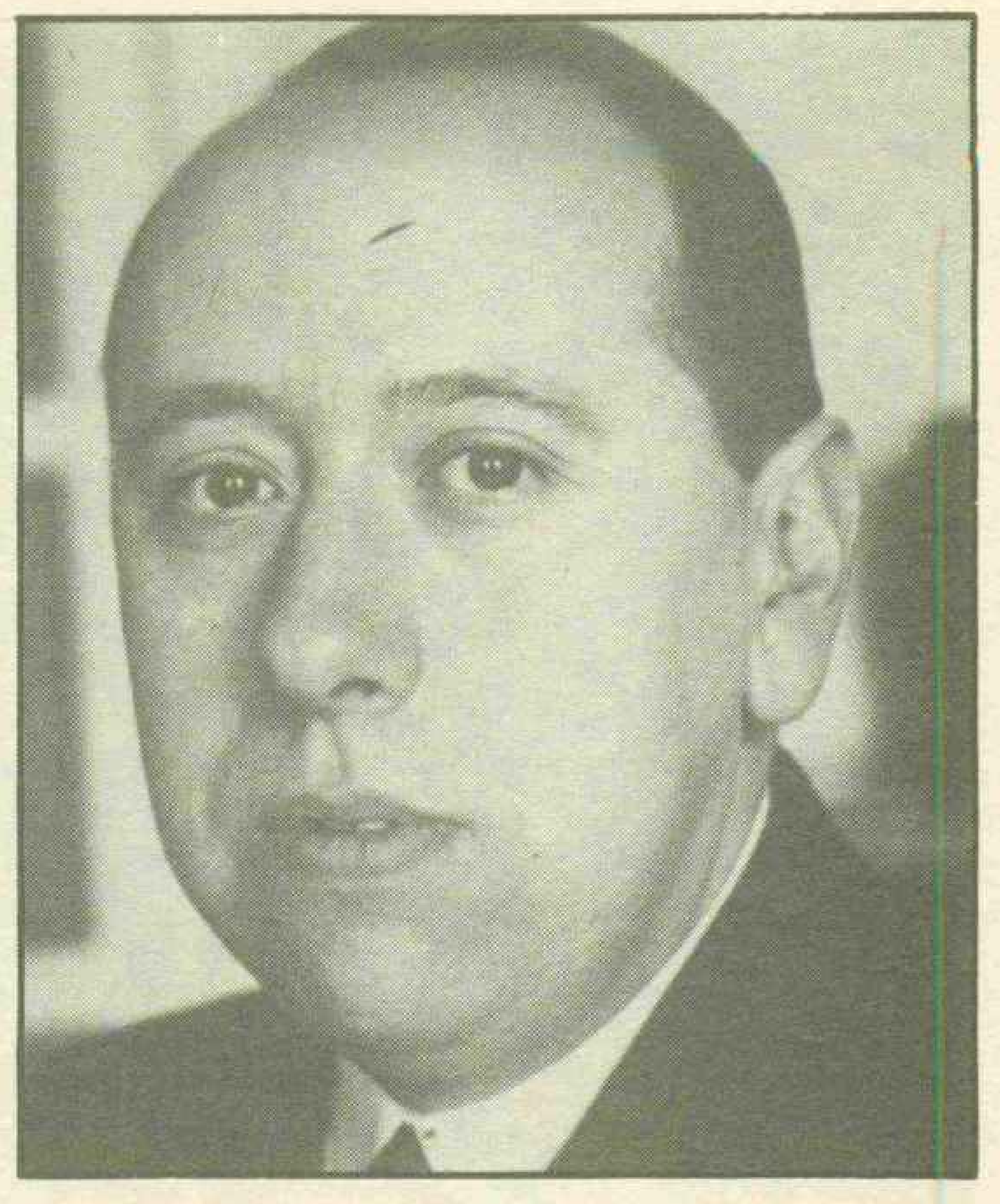


Miguel Maura (1887-1971).

González Peña intenta agredir a José María Gil Robles, en plena sesión del Congreso. Era el 15 de abril de 1936.



Santiago Casares Quiroga (1884-1950).



José María Gil Robles y Quiñones (1898-1980).

ticia social efectiva que nos haga posible la paz entre los españoles».

¿No podría firmar esto en 1981 Felipe González, aún llamándole gobierno y no dictadura? Igualmente familiar resulta el vaticinio de desastre si no se toman urgentemente estas medidas:

«Esta y no otra es la solución que España tiene ante sí para los males que padece. ¿Se juzga aventurado o excesivo? ¿Sigue prevaleciendo en los ánimos de los responsables del Estado el prejuicio de conservar la apariencia de respeto a principios que de hecho vienen ellos mismos violando y atropellando día a día?... ¡Ah! pues si tal acontece nadie se tome ilusiones engañosas. "De fuera vendrá quien de casa nos echará"». (Maura, Miguel «La República en el presente y en lo porvenir», «El Sol», 23-VI-36).

Pero si articulistas y ensayistas sostenían que la situación era grave en términos generales, la sesión del 16 de junio en el Congreso de los Diputados dará nombre y perfil a las posibilidades que las dos Españas están teniendo de saltarse a la garganta. Lo que tenía que ser un diálogo parlamentario se convirtió en pugilato e insultos; se habló del pasado, se mencionó el presente y se pronosticó el porvenir. Un triste porvenir. La proposición no de ley decía: «Las cortes esperan del gobierno, la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España». El primer firmante era Gil Robles y a él le tocó, lógicamente, defenderla. Lo hizo con pasión y precisión.

«En vuestras manos el estado de excepción no se ha nutrido de equidad, ha sido una arbitrariedad continua, un medio de opresión; muchas veces simplemente un instrumento de venganza». Y da algunos datos del orden público desde el 16 de febrero fecha de las elecciones que ganó el Frente Popular, al 15 de junio, día anterior a la reunión del Congreso. Iglesias destruidas, 160; muertos 269; heridos de diferente gravedad, 1.287; atracos consumados, 138, centros particulares y políticos destruidos, 67; huelgas generales, 113; huelgas parciales, 228, etc».

Un paréntesis. Esas cifras fueron utilizadas a menudo durante los años del franquismo para demostrar la necesidad imperiosa de «salvar a España» de la anarquía. Pero como al mismo tiempo que se sentía esa necesidad de justificación se mantenía un recelo grande a la figura de Gil Robles a quien se denigraba continuamente, la lectura de esas estadísticas fueron atribuídas a Calvo Sotelo que habló efectivamente en la misma sesión pero sin mencionar datos.

Para Gil Robles la cosa está muy clara «Convénzase el señor Casares Quiroga: Hay en el Frente Popular unos partidos que saben perfectamente a dónde van; no les ocurre lo mismo a otros que apoyan la política de S.S. Los grupos obreristas saben perfectamente a dónde van. Van a cambiar el orden social existente. Cuando puedan por el asalto violento del poder, por el ejercicio de la dictadura del proletariado pero mientras ese momento llega por la destrucción paulatina, constante y eficaz de la producción individual y capitalista en que está viviendo España». Y menciona las extorsiones del «Socorro Rojo Internacional».



José Calvo Sotelo, durante un homenaje que se le tributó por correligionarios y simpatizantes, unos meses antes de su muerte.

El socialista De Francisco ataca las declaraciones de Gil Robles. Si hay algunos individuos que roban en nombre del Socorro Rojo Internacional no es culpa suya pero «¿Es que eran también o son también miembros del Socorro Internacional o de nuestras organizaciones aquellos que nos consta que realizan contratos con dinero abundante para la adquisición subrepticia de armas y que compran e importan uniformes de la Guardia Civil para producir determinados movimientos contra el Régimen que S.S. si fuera lealmente republicano estaría obligado a defender?».
Contra la acusación de que los socialcomunistas preparan el golpe que enrojecerá del todo a España, la acusación de que, igual de clandestina y eficazmente se está intentando la operación contraria de blanquear políticamente al país. Ambas acusaciones —la historia lo demostró más tarde— tenían muchos visos de razón.
Calvo Sotelo, la primera figura de la oposición, se levantó luego para el discurso enardecido que por haber sido el último de su carrera parlamentaria y el de su vida personal, se ha repetido hasta la saciedad durante cuarenta años. A la luz de los acontecimientos posteriores interesa destacar algunas frases:
«Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes yo sonrío un poco porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la monarquía y en contra de la república».
El taquígrafo señala aquí «rumores». Es curioso destacar que Calvo Sotelo tenía razón, en la apariencia al menos, al asegurar lo que aseguraba. Porque evidentemente el alzamiento no sólo no se produjo a favor de la Monarquía sino en algunos lugares (Sevilla y Zaragoza, por ejemplo), incluso fue con vivas a la República. Claro, el matiz viene más abajo cuando Calvo Sotelo afirma: «...también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía si ésta se produjera».
Según el taquígrafo, surgen: «Grandes protestas y contraprotestas»; evidentemente esa puerta abierta da a cualquier cuartel el derecho a intervenir porque «anarquía» es una palabra muy vaga cuando hay que definirla. «Anárquica» puede ser, desde una familia en que cada uno haga lo que quiere, a un pueblo con un estilo de vida inspirado por las ideas libertarias, es decir, supresión del gobierno, del dinero, de la moral tradicional, del capitalismo incluso en su mínima acepción de pequeño comercio. En cualquiera de esos estadios el militar español podía sentir el deseo de librar a la patria de aquella enfermedad; es decir, Calvo Sotelo le daba el permiso de juzgar por sí mismo cuándo se había hecho **insostenible la situación.** Algo realmente peligroso. Especialmente cuando al final del párrafo asegura Calvo Sotelo que a esta situación ya se está llegando al recordar que Largo Caballero había dicho en un discurso que la política del Frente Popular sólo era

admisible para el PSOE en tanto en cuanto sirva el programa de la revolución de octubre. «Pues basta señor presidente del Consejo: si es cierto eso, si es cierto que S.S. atado umbilicalmente a esos grupos... ha de inspirar su política en la Revolución de octubre, sobran notas, sobran discursos, sobran planes, sobran propósitos, sobra todo; en España no puede haber más que una cosa: la anarquía».

Amenaza clara por una parte, amenaza clara por la contraria. Casares Quiroga dice en su turno de respuesta y ante las acusaciones de que el gobierno baila al compás que le marca la extrema izquierda: «Yo no quiero incidir en la falta que cometía S.S. pero sí me es lícito decir que después de las palabras que ha hecho S.S. ante el Parlamento de cualquier caso que pueda ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a S.S.», y un poco después repite la advertencia olvidando el condicional: «que no ocurrirá». «Insisto, si algo pudiera ocurrir, Su Señoría será el responsable con toda responsabilidad».

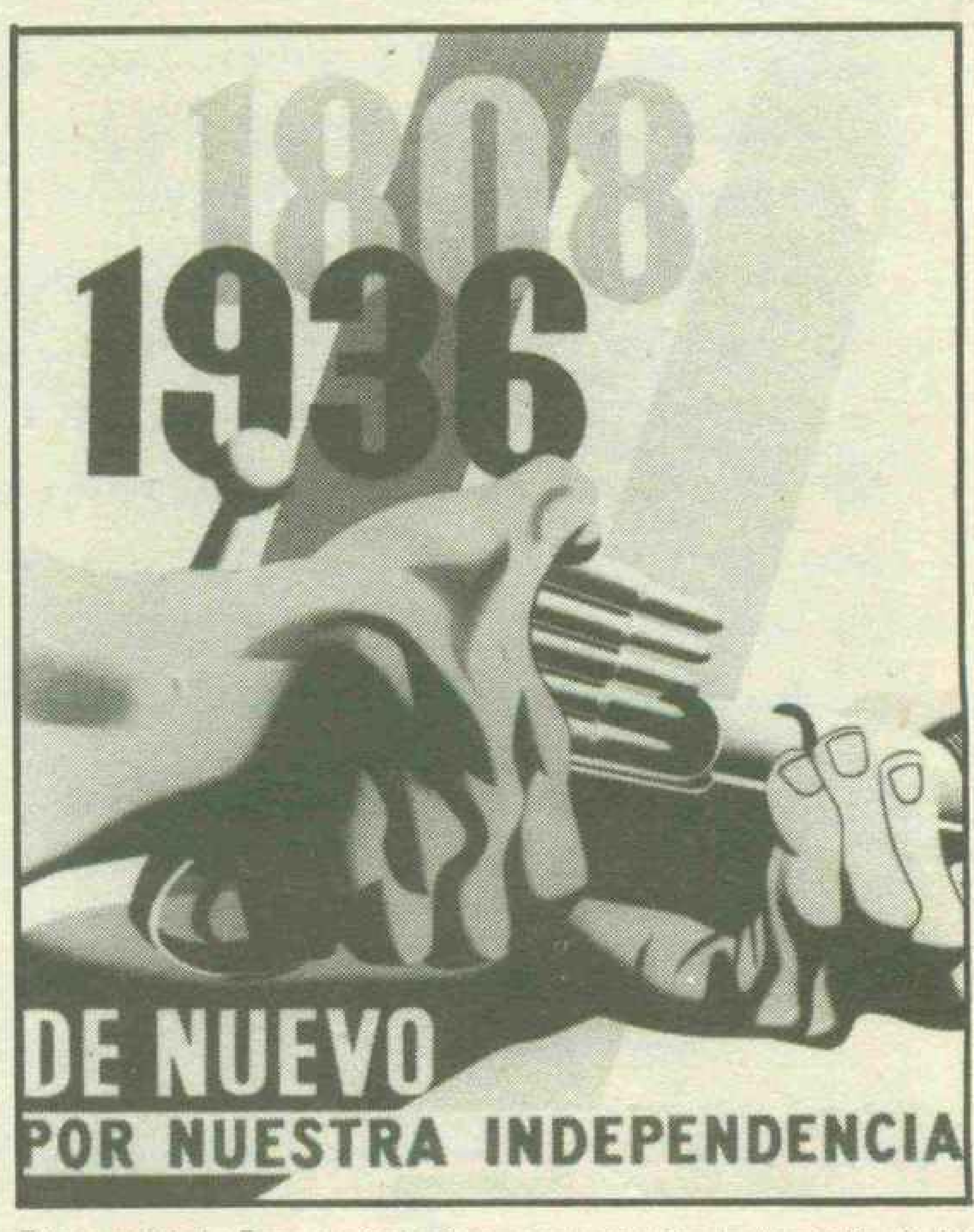
Por otra parte dice el presidente del Gobierno, la violencia detectada en la calle con el gobierno de la izquierda es el natural resultado del gobierno anterior de la derecha. «Pero ¡si estáis examinando vuestra propia obra! ¿Es que el furor contenido de las masas populares, cada una de las cuales... tenía en su espíritu y a veces en sus carnes huella de vuestra política, iba a corregirse en dos días y a testarazos?». Y refiriéndose a la frase de Calvo Sotelo sobre la incredulidad con que el país iba a aceptar las explicaciones del gobierno... «¿Qué España no nos va a creer? ¿Cuál España? La vuestra, porque por lo visto estamos dividiendo a España en dos».

«Dividiendo a España en dos»; por lo visto, por lo oído y dentro de muy poco efectivamente por lo sentido, también por el tacto, habría efectivamente dos Españas desgarrándose sobre la piel de toro. Las últimas profecías las da primero la «Pasionaria» que recordará a Calvo Sotelo la propaganda derechista sobre los sucesos de Asturias hablando de curas abiertos en canal y de ojos de niños saltados por los revolucionarios y añade, como si tuviera ante la vista la fecha del próximo 18 de julio: «Y si hay generalitos reaccionarios que en un momento determinado, azuzados por elementos como el señor Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el poder del Estado, hay también soldados heroicos del pueblo... que saben meterlos en cintura».

Prosiguió el debate entreverado de amenazas por ambas partes. Calvo Sotelo aceptando de antemano el castigo que pudiera infligirle Casares, De Francisco advirtiendo que «si las circunstancias fuesen de tal gravedad por los manejos a que se dedican los hombres que vosotros representais aquí del capitalismo español antes de dar pie, de dar facilidades para que triunféis en vuestros propósitos se dará plenos poderes al gobierno y los que fueran».

Hubo «generalito reaccionario», hubo «soldaditos del pueblo», hubo «programa de Revolución de octubre». Cuando un mes después de esa sesión mataban al teniente Castillo y, por ello, después a Calvo Sotelo, sólo se encendía la mecha. La mina había sido preparada mucho antes por los dos bandos como admitirá Gil Robles en la sesión del 15 de julio: «Así como vosotros (la izquierda) estáis total y absolutamente rebasados... por las masas obreras que ya no controláis, así nosotros estamos ya totalmente desbordados por un sentido de violencia... no pretendáis que las gentes crean en la legalidad ni la democracia; tened la seguridad que derivarán cada vez más por los caminos de la violencia y los hombres que no somos capaces de predicar la violencia, de aprovecharnos de ella, seremos lentamente desplazados por otros más audaces y violentos o más violentos que vendrán a recoger este hondo sentido nacional». (Diario de Sesiones, 16 de julio de 1936).

En lo único que no acertó Gil Robles fue en el adverbio. No fue lentamente y sí de forma súbita que tanto su nombre como el de Casares Quiroga desaparecieran de la vida política nacional. Había pasado la hora de los parlamentarios y llegaba la de los luchadores de «mono», —Largo Caballero, José Díaz, la Pasionaria— o de uniforme: Franco, Mola, Varela, Yagüe...■ **F. D.-P.**

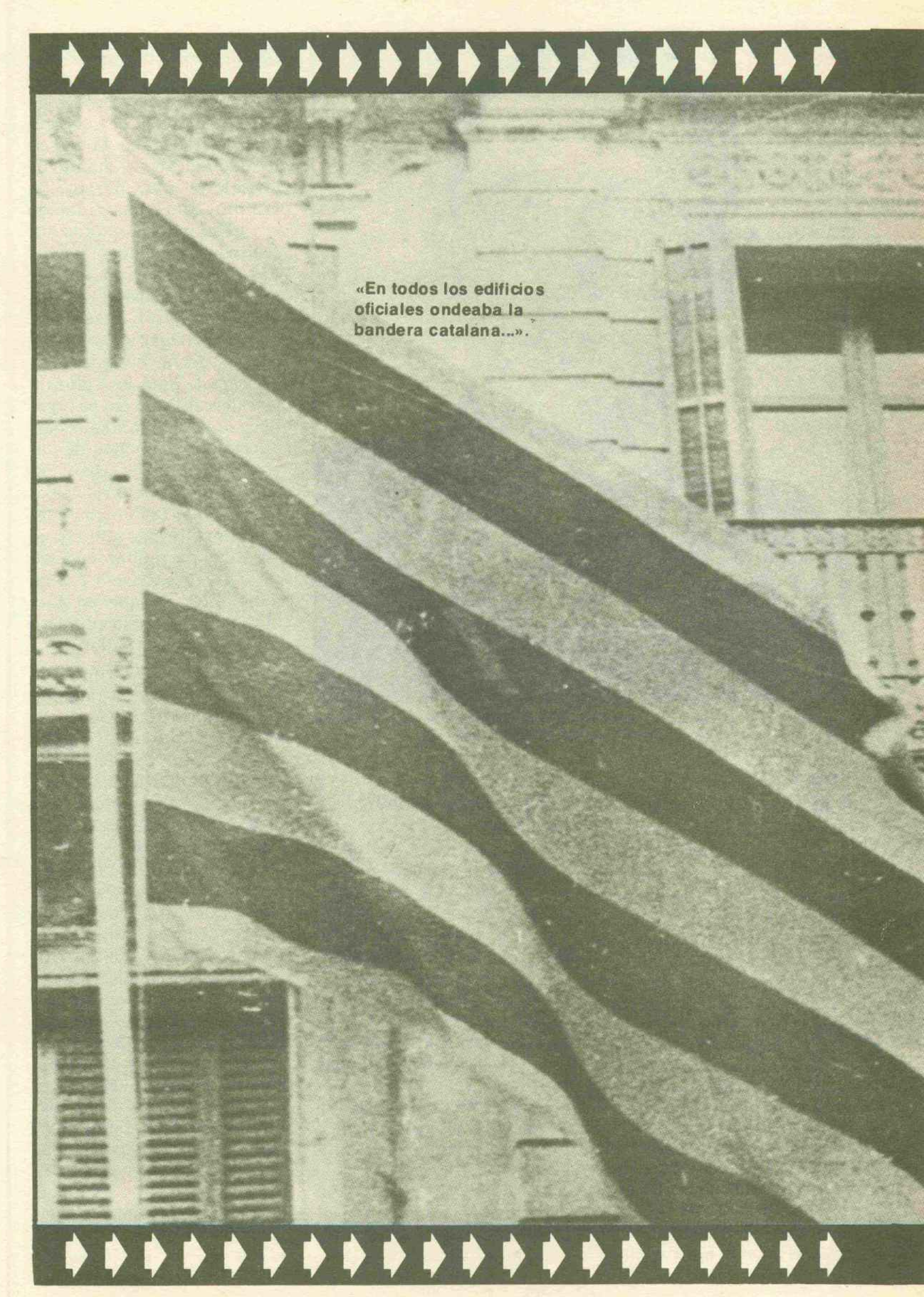


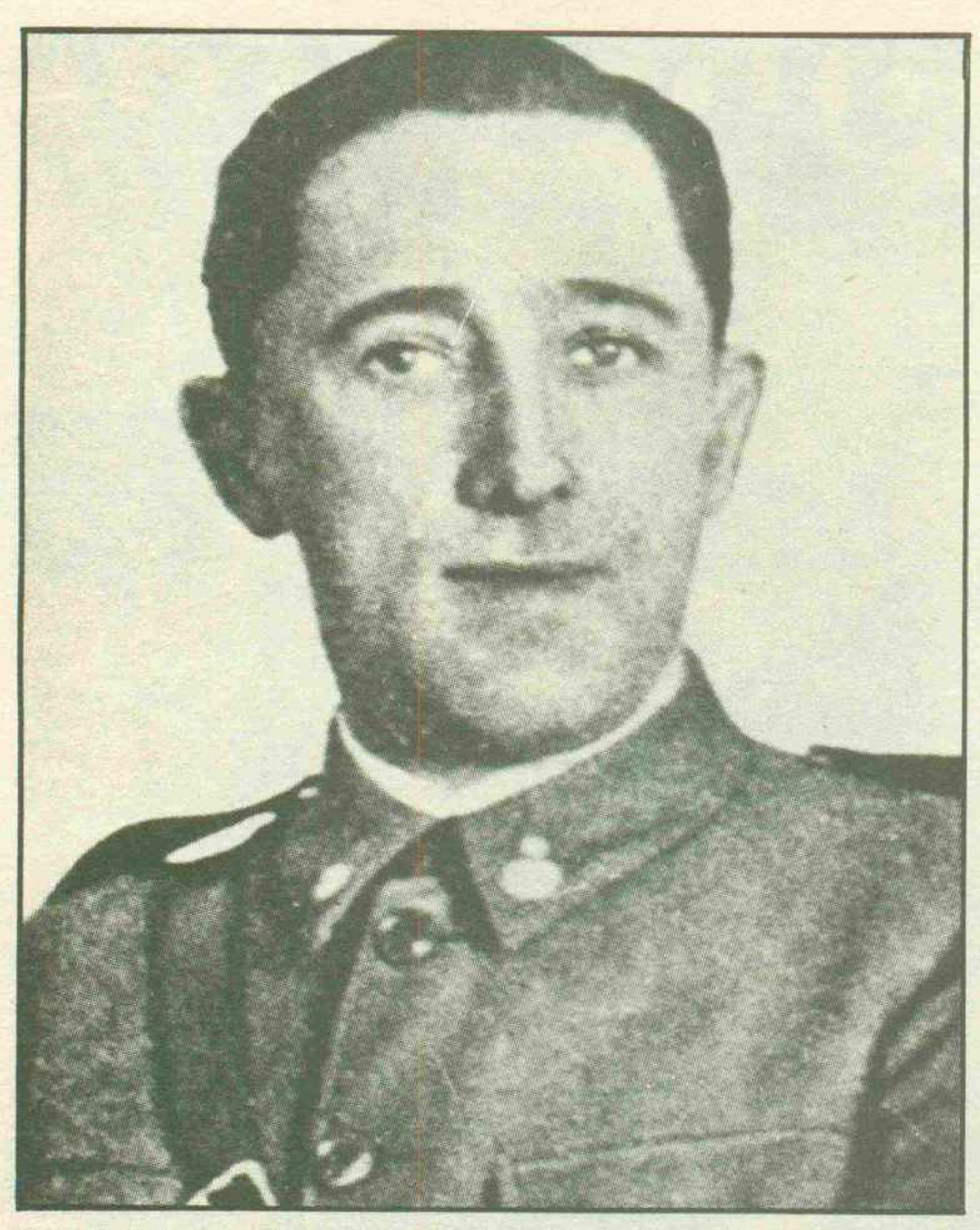
Este cartel de Renau simboliza, una vez más, la tragedia de la Nación española.

La sublevación en Barcelona
(19 y 20 de julio de 1936)

Luis Romero

LAS primeras horas después del anochecer del sábado 18 de julio fueron en Barcelona aparentemente normales. La gente asistía a los espectáculos, a los bailes, ocupaba las terrazas de bares y cafés, paseaba por calles y avenidas, bebía en las tabernas, apostaba en frontones y carreras de galgos... Se observaban precauciones, retenes de guardias, grupos de obreros, coches que circulaban a gran velocidad. La mayor parte de los habituales noctámbulos se recogieron temprano y en las primeras horas de la madrugada del 19 las calles quedaron casi desiertas; los piquetes se concentraban en determinados puntos, rodearon los cuarteles, se situaron en los alrededores de los centros políticos de izquierda o custodiaban los ateneos libertarios (los locales de derecha estaban clausurados), y los coches circulaban a mayor velocidad. De cuando en cuando se oía algún disparo pero los barceloneses estaban acostumbrados a los estampidos. Los edificios públicos aparecían cerrados, con vigilancia externa alguno de ellos. Frente a la Conserjería de Gobernación, situada en el edificio del antiguo Gobierno Civil, empezaron a concentrarse obreros; pedían armas, eran de la CNT. A diversos cuarteles conseguían acercarse otros jóvenes a quienes, mediante tres palabras pronunciadas ante la mirilla, les era franqueada la entrada: la consigna, circulada aquella misma tarde, era: Fernando Furriel Ferriol. Eran falangistas, requetés o monárquicos de Renovación Española; algunos, menos jóvenes, podían ser veteranos de los extinguidos Sindicatos Libres, o miembros de asociaciones que se autocalificaban de patrióticas.


«En todos los edificios oficiales ondeaba la bandera catalana...».



El capitán Luis López Varela, delegado principal de la UME en Barcelona, fue herido en el combate y posteriormente fusilado.

EN los cuarteles no se dormía; si en alguno de ellos los soldados se acostaron, pronto les despertarían intempestivos toques de diana. La oficialidad permanecía en vela.

Tampoco descansaban los guardias de Seguridad y Asalto: en las salas incautadas de algunos cines dormitaban incómodos con el correaje aflojado y la tercerola o el mosquetón entre las piernas; o trataban de dar unas cabezadas en las comisarías o lugares de concentración que les habían sido señalados. Muchos de ellos, a pie o a caballo, patrullaban o custodiaban edificios. La Guardia Civil permanecía acuartelada: la tensión entre oficiales, suboficiales y números, era al tiempo causa y reflejo de la que dominaba a los jefes.

Pocos dirigentes políticos durmieron; y de los sindicales, ninguno. La guarnición de Barcelona iba a sublevarse de madrugada; no toda, como muchos creyeron, pero sí una parte considerable de ella. En algunos cuarteles los más decididos arrastrarían a los tibios; en otros, no. Los jefes y oficiales resueltos a apoyar al Gobierno, esperaban la ocasión propicia para hacerlo y entre tanto afectaban posturas inhibitorias.

A los voluntarios de filiación derechista —o contrarrevolucionaria, que es complicado adjetivar a la ligera—, que iban presentándose en número muy inferior al prometido, se les hacía sentar plaza y en el almacén se les proveía de correaje, fusil con su dotación, de guerrera y de gorro o casco. Luego, se les encuadraba al mando de oficiales, cuya proporción era muy alta como reducido era el número de soldados. Estando dominadas las calles por guardias, policías y por los anarcosindicalistas de los comités de Defensa de barriada, llegar a los cuarteles se hacía dificultoso y arriesgado para los voluntarios derechistas, cuyas organizaciones habían sido desbaratadas y muchos de cuyos miembros estaban encarcelados. Ocurría, asimismo, que la derecha conservadora, la más numerosa, no solía participar en esta clase de aventuras. Y algo semejante, aunque en medida inferior, le sucedía a la izquierda conservadora.

En la Comisaría General de Orden Público, organismo dependiente de la Generalidad de Cataluña, el Comisario, Federico Escofet, capitán de Caballería, que estuvo condenado a muerte a raíz de los sucesos de octubre de 1934, y el Jefe de Servicios, comandante diplomado de Estado Mayor, Vicente Guarner, han permanecido en vela hasta muy tarde. Llevan varios días analizando la situación y están convencidos de que esta noche van a sublevarse los militares golpistas. De acuerdo con el «conseller» de Gobernación, José María España, y con el presidente de la Generalidad, Luis Companys, han tomado disposiciones para combatir —y vencer en lo posible— a los rebeldes. No confían en el jefe de la IV División Orgánica, general Llano de la Encomienda, quien no cree, guiado por

equivocada intuición y las seguridades que le han dado los jefes de cuerpo, que la sublevación se produzca. De ocurrir, lo que considera improbable, que alguna unidad lo hiciera, se ha comprometido a someterla con sus propios medios.

Federico Escofet ha sostenido diversas entrevistas con los jefes de la Guardia Civil: con el general José Aranguren, jefe de la 2.ª Zona, con el coronel Antonio Escobar, que manda el 19 Tercio que, igual que la Comandancia de Caballería, está de guarnición en Barcelona, y con José Brotons, que tiene a sus órdenes el 3.er Tercio, distribuido en el resto de Cataluña. La Guardia Civil, a la que pocos días después se rebautizaría con el nombre de Guardia Nacional Republicana y se le suprimiría el tricornio, era una fuerza numerosa (en Barcelona, catorce compañías y cuatro escuadrones), bien pertrechada y disciplinada, con oficiales, suboficiales y números entrenados y eficaces. La ideología predominante en sus filas y a cualquier nivel era más bien conservadora, pero su adhesión al poder constituido era tradicional y sólida, y privaba sobre las opiniones personales. Inspector General de la Guardia Civil lo era en Madrid el general Sebastián Pozas, procedente de Caballería, de formación africana, masón y muy afecto al Frente Popular, que además formaba parte, o estaba muy próximo, a la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista). Mantenía Pozas contacto continuo con los jefes de la Guardia Civil de toda España, la mayor parte de ellos nombrados a su instancia entre los que, por una u otra razón, le merecían mayor confianza. El Comisario General de Orden Público y quienes le rodean saben que entre los guardias civiles hay bastantes desafectos al régimen o por lo menos al Gobierno y aún conocen los nombres de los principales. La misma noche del 18 al 19, el general Aranguren constituirá su puesto de mando en la Consejería de Gobernación, después que durante la mañana los jefes han celebrado una reunión y acordado, por votación casi democrática, apoyar al poder constituido. Pero en la Comisaría de Orden Público aún se teme que la Guardia Civil adopte una actitud pasiva; que sin sublevarse tampoco se enfrenten a sus compañeros de armas; y hasta pudiera ocurrir que, por una vez, quebrantaran la disciplina.

En la Comisaría se han reunido en los últimos tiempos un conjunto de informes bastante completos sobre el posible alcance de la rebelión. Basándose en estos informes, Escofet y Guarner han trazado un plan de defensa, suponiendo cuáles puedan ser las intenciones y objetivos de las fuerzas que se subleven. Confían en la Guardia de Seguridad y Asalto, que manda el comandante Alberto Arrando, quien esta noche se halla también presente en Comisaría. Están estas fuerzas compuestas de tres grupos, más tres escuadrones y nueve compañías



Federico Escofet, Comisario General de Orden Público de la Generalidad.

urbanas de Seguridad. Mediante cambios en la oficialidad realizados en los últimos meses, se han conseguidos unos mandos en los que, salvo contadas excepciones, cabe confiar. Los guardias —y los suboficiales— son diestros en su oficio y se hallan en buena forma, más los de Asalto que los veteranos de Seguridad; disponen de buen armamento y organización y están motorizados. Aunque su armamento sea inferior al del Ejército, es adecuado a los combates callejeros. Para defender el edificio de la Generalidad de eventuales ataques cuentan con unos trescientos Mozos de Escuadra, también veteranos, mandados por un ex jefe de la Guardia Civil. De llegar a producirse la rebelión, están convencidos de que la aviación militar de la base del Prat estará activamente de su parte, de acuerdo con las garantías que les ha dado su jefe, el teniente coronel Díaz Sandino.

Una amplia red de informadores ha desplegado intensa actividad: desde los servicios policiacos, los confidentes no siempre de fiar, hasta quienes por razones políticas colaboran en este terreno, han aportado noticias. Las principales proceden de la guarnición a través de oficiales afiliados a la UMRA, de suboficiales, cabos y soldados. Algunos de estos últimos —ordenanzas y demás— se encontraban ventajosamente situados dada la falta de precaución que caracterizaba a algunos de los comprometidos en sus conversaciones en los cuartos de banderas o estandartes. Otro buen medio de captación de datos procedía de las escuchas telefónicas a que tenían sometidos a los cuarteles y a numerosas personas significadas, militares o civiles, de las cuales se sospechaba.

La necesidad entre los conspiradores de hallar adeptos o de neutralizar, por compañerismo o disciplina, a posibles enemigos, obligaba a cometer imprudencias, pues, salvo a aquellos que consideraban resueltamente contrarios (por ejemplo, los afiliados a la UMRA) se han visto obligados, con mayor o menor prudencia, a tantear a los demás. Y eso no sólo en Cataluña, sino en el conjunto de España y Marruecos. Se dieron no pocas sorpresas y se logró atraer al compromiso a jefes y oficiales en que no podía haberse pensado usando de la lógica; los tiempos andaban revueltos y las conciencias confusas; más aún dentro de las fuerzas armadas. Paralelamente se darían casos en orden inverso; oficiales monárquicos o fascistizantes sirvieron a la República y no por razones geográficas. Como consecuencia de esas gestiones de captación se practicó un registro en casa del capitán de Asalto, Pedro Valdés; la policía, que iba a tiro hecho, halló documentos comprometedores. Valdés, dos tenientes y un suboficial, ingresaron en prisiones militares. Entre los papeles hallados el principal era un bando, sin fecha, proclamando el estado de guerra y firmado por el general González Carrasco, que era a quien en el plan conspirativo se le había encargado de sublevar Cataluña. También había alguna proclama de la Unión Militar Española (UME). A Vicente Guarner, que era el delegado de la UMRA en Barcelona (en la IV División), los afiliados le habían entregado listas de los jefes y oficiales que se suponían comprometidos y se recomendaba su inmediata detención, a la cual se negó Llano de la Encomienda cuando le fue propuesto por Escofet.

Desde la Comisaría General de Orden Público (que ocupaba el edificio de la antigua y actual Jefatura Superior de Policía), Escofet y Guarner con la colaboración de Arrando, establecieron un plan defensivo y situaron a las fuerzas de Seguridad y Asalto en los puntos clave, con preferencia en aquellos lugares en que tenían noticia en que iban a coincidir las unidades sublevadas; igualmente distribuyeron con acierto las reservas. La Comisaría fue aspillerada y se retuvieron fuerzas suficientes para su defensa, si llegaba el caso.

Hacia las cuatro y media de la mañana —del domingo 19— se recibió aviso telefónico de uno de los agentes que vigilaban los cuarteles: de los de Pedralbes habían salido tropas formadas del Regimiento de Infantería n.º 13, presuntamente sublevadas. La primera medida que tomó Escofet fue telefonear al Jefe de la IV División para comunicárselo, y exigirle que actuara como tenía prometido: al declarar Llano, apesadumbrado, que no disponía de fuerzas para hacerlo, Escofet declaró que en adelante actuaría por su cuenta e iniciativa. Tras de alertar a todos y cambiar impresiones con Guarner, decidieron que la Comisaría era edificio más seguro que la Generalidad, y enviaron al hermano de Vicente, capitán José Guarner, quien se encargó con reducidísima escolta de trasladar al presidente Companys a través de las callejas del barrio antiguo, desiertas a aquella temprana hora, hasta la Co-



Guardias de Asalto y paisanos se aprestan al combate.

misaría, donde se instaló. A la misma hora aproximadamente, fuerzas sublevadas salían de otros cuarteles y las sirenas de los buques y las de las fábricas rompían el silencio del amanecer convocando al proletariado barcelonés al combate.

Llano de la Encomienda, que tan desorientado se hallaba sobre el auténtico estado de ánimo de la mayoría de los oficiales de la guarnición, había recibido en las primeras horas de la noche una comunicación telefónica desde Pamplona. El general Emilio Mola, antiguo compañero de armas en Marruecos, le proponía que se sumara a un movimiento insurreccional que se había iniciado en Marruecos y que iba a extenderse por toda la Península. Como el Jefe de la IV División se negó a secundarlo, Mola le advirtió que se atuviera a las consecuencias. Encargó inmediatamente al general Sampedro, jefe de la 7.ª Brigada de Infantería, que visitara los cuarteles de este arma, que observara el ambiente y que en caso necesario les redujera a la obediencia legal. El general Sampedro, persona apolítica, disciplinada y ponderada, alcanzó un cierto éxito en los cuarteles de Alcántara (Regimiento 14), donde la oficialidad se hallaba dividida y equilibrada, pero cuando llegó a Pedralbes encontró al Regimiento de Badajoz (N.º 13) prácticamente sublevado. La oposición que halló a sus requerimientos fue tan violenta, que el capitán Mercader acabó disparando al aire —la bala pasó muy próxima a la gorra del general— y los oficiales arrestaron a Sampedro y lo encerraron en el mismo cuarto en que ya lo estaba el coronel del Regimiento, Fermín Espallargas, que también había tratado de oponerse a sus subordinados.

Los líderes de la CNT habían hecho reiteradas gestiones para conseguir armas, en particular fusiles, pero no las habían logrado. Durante muchos años se ha venido diciendo que Companys armó a la CNT, pero no es cierto; sólo les fueron entregadas un corto número de pistolas. Y ya avanzada la noche, en la Consejería de Gobernación, un oficial de la Base del Prat que actuaba de enlace, les proporcionó más armas cuya evaluación numérica y cualitativa se hace difícil de establecer porque circulan diversas versiones. En la «consellería» se guardaban bastantes fusiles requisados a los somatenes, pero no consta que fueran entregados, por lo menos todos. La actitud de las autoridades fue contraria a la entrega de armas a los anarcosindicalistas y sólo en el último momento se optó por hacer la vista gorda. Igual que el Gobierno en Madrid, y

PARA LOS COMANDANTES DE UNIDADES.
Instrucciones para ser observadas escrupulosamente. URGENTES Y PREVIAS.

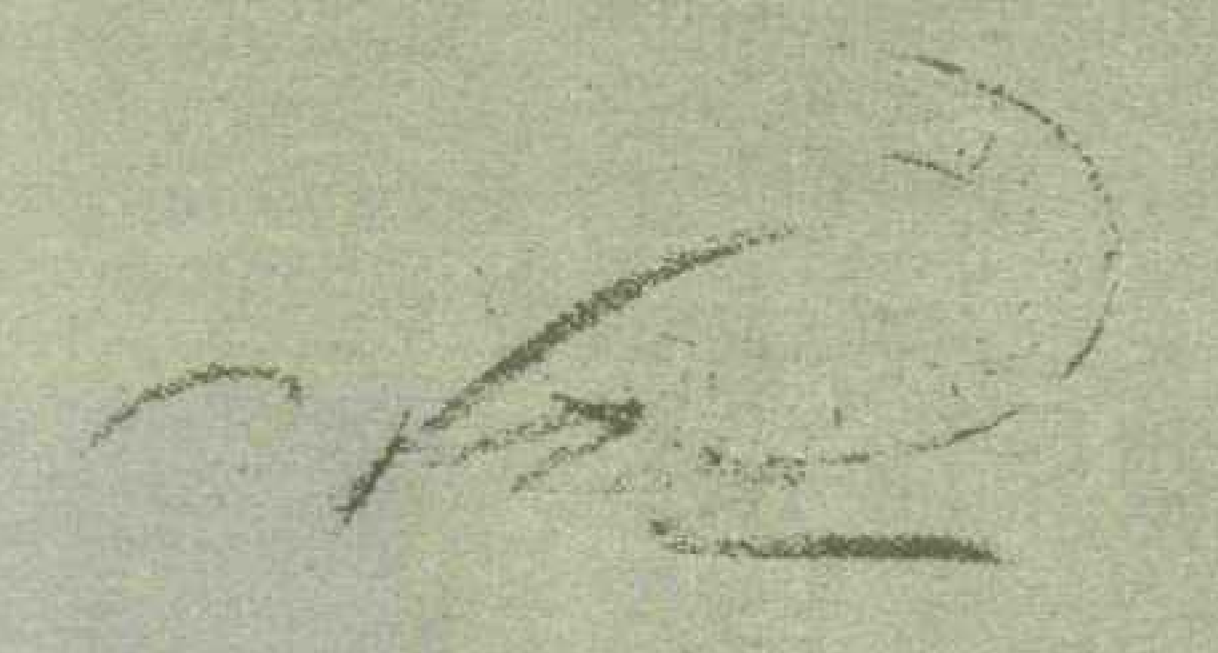
Distribuidos los objetivos entre los comandantes de las unidades, estudiará cada uno de estos el suyo correspondiente, sobre el plano y luego sobre el terreno a fin de conocer el itinerario mas conveniente, teniendo en cuenta para ello las calles más despejadas(aun cuando sea dando algun rodeo, si este no es grande)pero evitando pasar por delante de aquellos lugares que por estar ocupados o pertenecer a autoridades, fuerzas, agrupaciones o entidades enemigas(o sospechosas de serlo)puedan delatar o hacer sospechar del movimiento antes de realizarlo. Los movimientos previos, como si se tratase de una verdadera operación de guerra, deben ocultarse.
Si el objetivo que se le señala ha de ser ocupado o alcanzado con otras fuerzas deberá ponerse en contacto con los comandantes de esas unidades a fin de coordinar el plan de conjunto, y evitar que por un desconocimiento de los itinerarios o planes de esas otras unidades puedan ocurrir trastornos siempre lamentables y mas en casos como el actual.
Si es un edificio público procurará estudiar su interior(la parte que sea de acceso al público)a fin de conocer todo lo posible el terrenoen que ha de desarrollar su acción.
Si se le asigna un edificio público se procurará dar a conocer tambien con la posible antelación el nombre del Jefe u oficial(activo o retirado)que ha sido designado para hacerse cargo del servicio correspondiente(Correos, telégrafos, teléfonos, radio cct..)
Tambien procurará estudiar las condiciones defensivas del lugar o local a fin de distribuir inmediatamente sus fuerzas conociendo lugares débiles para la defensa asi como aquellos en que se presten más para el empleo de armas automáticas, granadas de mano, artilleria(sila tiene) cct. Deben reprimirse con energia los conatos de indisciplina.

Para el movimiento

ANTES DE SALIR DEL CUARTEL. Tener preparadas las municiones, armamento, unas botellas de coñac, granadas de mano, y si es posible un desayuno en frio, segun sea la hora de la salida. Un rancho en frio siempre puede ser conveniente. Tambien deberá llevar algun dinero, por si fuera necesario adquirir algún alimento, evitando hacerlo por vales o recibos para dar la sensación de seriedad. Si no fuera posible tener cargados los peines de las ametralladoras se tendran preparados un par, y los restantes se cargaran al llegar al sitio de su destino. No olvidar material sanitario y de cura. Preparar carros cocina.
Los preparativos deben hacerse rápidamente y con el mayor sigilo a fin de llamar la atención lo menos posible, especialmente en el caso de que haya jefes no simpatizantes del movimiento que vivan en el cuartel.(Deberá tenerse previsto el caso para la actuación subsiguiente y mejor aún prevenirlo y evitarlo por la desmoralisación que puede traer a la tropa).
Se dará beber coñac a la tropa(muy importante) y se le arengará en tonos patrióticos, pero haciendo presente tambien que los Generales directores del movimiento, prometen el ascenso a los que se distingan o un destino civil, según sus deseos, lo mismo a los cabos y a los soldados el trabajo necesario y seguro, o un destino según sus aptitudes y al cuerpo de suboficiales(si ya no se hubiera hecho antes)la seguridad de que sus aspiraciones seran satisfechas al ser el E-

en provincias los gobernadores civiles, se temía tanto a las fuerzas revolucionarias como a la sublevación militar de carácter derechista. Y en Barcelona con mayor motivo, por cuanto se trataba de los anarcosindicalistas, cuyo revolucionarismo se expresaba bajo aspectos más radicales y violentos. Cierto es que en pocas horas todo iba a cambiar por influencia de la dinámica de los hechos.
En 1936 la CNT estaba en gran parte dirigida por la minoría activista de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), y la organización catalana por un grupo de los llamados de afinidad, que operaba bajo el nombre de «Nosotros», cuyos componentes se habían constituido en Comité de Defensa Confederal, y organizaron, controlándoles, comités de Defensa de barriada, y dirigiendo también, aunque en menor medida, a las Juventudes Libertarias, la organización Mujeres Libres, y a los elementos más decididos de los

jército el que tenga las riendas del poder.
MARCHA.Conocidos los itinerarios,deben llevarse servicios de seguridad monta-
dos,si es posible con los más veteranos o clases.Deben llevarse las armas en
disposición de ser empleadas inmediatamente.Caso de confluencia con fuerzas
armadas ponerse inmediatamente a la defensiva y reconocer si son o no amigas
por el santo y seña que se dará.Se dará el !Alto! ¿Quien vive? cpmo disponen
las ordenanzas.
Se recogerán las fuerzas de seguridad y asalto que se encuentren por el cami-
no invitandolas a acompañar.Si es posible irá con cada columna un oficial de
seguridad de los adictos,para esta misión,y si no lo hubiere,se desarmaran
como medida de precaucion pero llevándolos consigohasta que se dispongalo que
haya de hacerse.(Seguramente irán oficiales de confianza a hacerse cargo de
ellos).Como parte de estas fuerzas son adictas,para conocerlas llevarán un
distintivo,que será el mismo que para las fuerzas civiles,y conocerán el san-
to y seña para darlo.Debe tenerse cuidado de no dar el sato y seña en voz al-
ta,porqué al ser oido del público perderia ya su eficacia.



Documento cogido a los sublevados.

distintos sindicatos cenetistas.
Los miembros del Comité han acumulado por su parte confidencias procedentes de los cuarteles y han trazado sus propios planes. Lucharán por su cuenta, y cabe la posibilidad de que, aprovechando el choque que es inminente y la confusión que va a producirse, venga a realizarse lo que parecía hasta hoy quimérico: la revolución libertaria.
Conocen la ciudad, son diestros en la pelea callejera, se saben respaldados por una muchedumbre proletaria y por probados hombres de acción resueltos a todo; tienen estudiadas las redes de distribución eléctrica y el alcantarillado, y cuentan con militantes que pueden controlar el total de las actividades ciudadanas; en los cuarteles tampoco carecen de relaciones entre suboficiales, clases y soldados. Si las reservas de que podrán disponer el Ejército y las fuerzas de Orden Público

son limitadas, las de ellos son inagotables. Si las armas largas y las automáticas son escasas, confían apoderarse de muchas más en el tumulto de los combates. A través de las conexiones que mantienen con la Aviación Militar, les ha sido comunicado que desde el aire piensa atacarse la Maestranza de San Andrés, donde se guardan muchos millares de fusiles y otras armas y cantidades ingentes de munición. Y asimismo, hay armamento en los cuarteles y dependencias militares.

En un piso de la barriada de Pueblo Nuevo, una vez tomadas las últimas disposiciones, se han reunido hacia las dos de la madrugada los miembros del Comité de Defensa Confederal: Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, Gregorio Jover, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Antonio Ortiz y Antonio Martínez, apodado «El Valencia». En diversas fábricas de los suburbios se han montado guardias encargadas de hacer sonar las sirenas tan pronto como tropas sublevadas salgan a la calle. De las sirenas de buques e industrias se espera un doble efecto: intimidación sobre el enemigo y convocatoria a los obreros barceloneses. Disponen de algunas armas, almacenadas en una alcoba: una ametralladora, que ha sido sacada pieza a pieza de Atarazanas, dos fusiles ametralladores checos, y un número elevado de rifles «Winchester»; pistolas y munición tampoco falta. Distribuidos por la ciudad hay más rifles; se apoderaron de ellos cuando los **escamots** los abandonaron en la mañana del 7 de octubre de 1934. Son armas aptas para la escaramuza en ciudad, tanto por lo terrible de las heridas que causan sus balas de plomo sin blindar, como por el estrépito atemorizador de sus disparos. Poco después de iniciada la lucha los confederales asaltarían las armerías, y en el cuartel de Asalto de la Barceloneta, y con garantía del carnet sindical, les fueron entregados «algunos de los fusiles sobrantes».

Aquella madrugada también se aprestaban a la lucha otras fuerzas antifascistas; los hombres del POUM en primer lugar, un escaso número de socialistas y comunistas, pues en Barcelona no eran entonces muchos, y algunos catalanistas y republicanos de distintos partidos. Salvo el POUM, y algunos socialistas y comunistas, la contribución a la lucha armada *no fue importante*, pero esos paisanos contribuyeron con su presencia a dar ánimo a los que combatían y desmoralizar a los militares sublevados.

Las unidades del Ejército —y las de Barcelona no eran excepción— se hallaban en cuadro, pues se habían prodigado los permisos veraniegos. Los efectivos que salieron a la calle fueron escasos, y los cañones en que tanto habían confiado se pusieron en juego en número muy reducido, con poco tino y escasa eficacia. Sin embargo, quienes paisanos o fuerzas de Orden Público, se disponían a afrontar el riesgo de combatirlos, ignoraban lo que iba a ocurrir y muchas de las circunstancias inter-

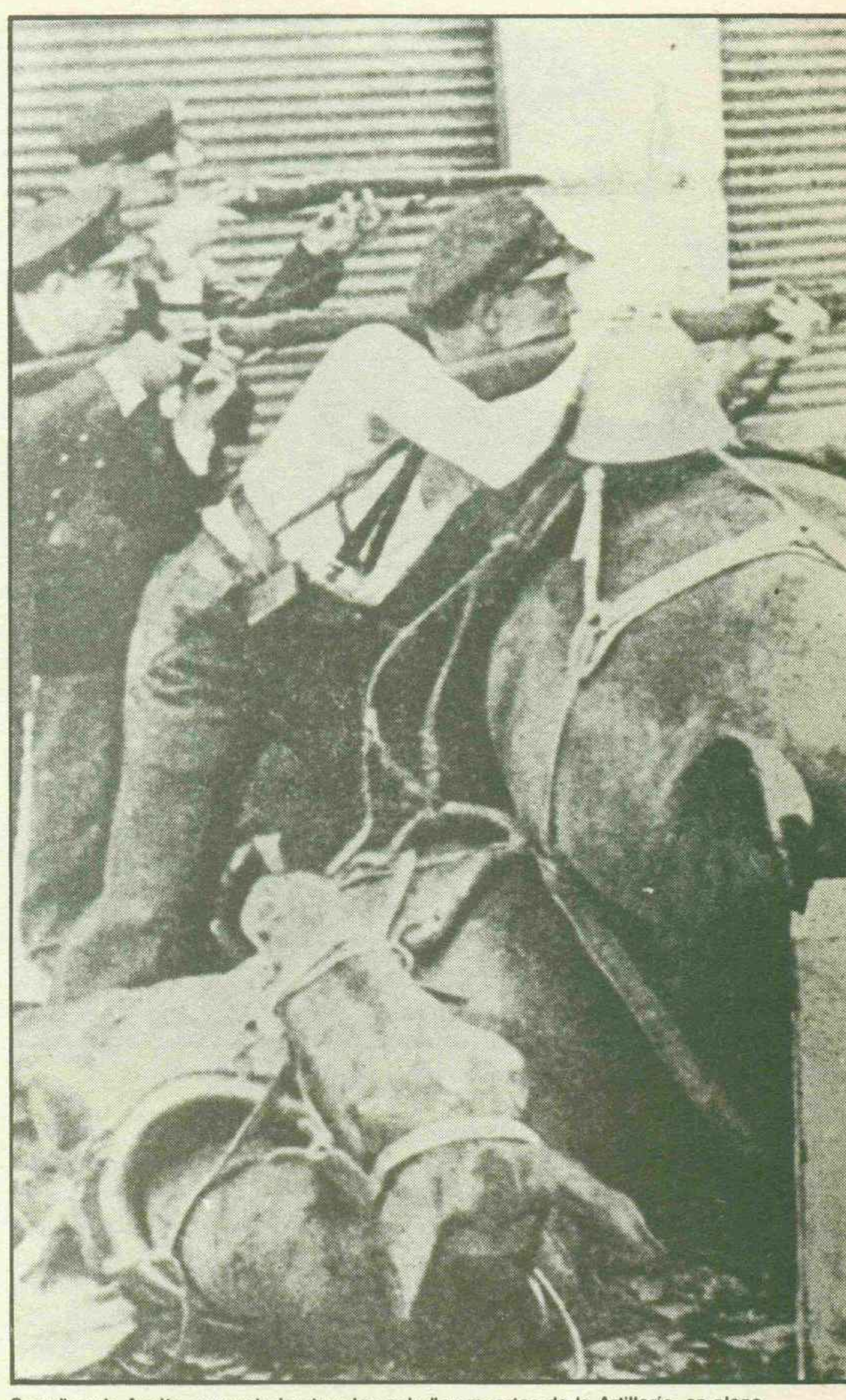


Lluis Companys, presidente de la Generalitat de Catalunya.

nas del enemigo; y lo hicieron con resolución. El gran porcentaje de oficiales, algunos retirados y otros de complemento, que mandaban —o acompañaban— las unidades sublevadas hizo que se establecieran números erróneos al calcular el número de los sublevados.

El plan de operaciones se debía a la iniciativa de los jóvenes dirigentes de la UME; después ha sido criticado por ambos bandos, sin que pueda establecerse la proporción que en esas críticas tenga el hecho del fracaso. Las unidades militares salieron a la calle aisladas, la artillería sin protección, se dejaron sorprender por el enemigo, los enlaces fueron escasos, y faltó un mando único y hasta fracasó la coordinación. Se incurrió en errores como confiar en la colaboración activa dentro de la Guardia de Seguridad y Asalto, y en general se pecó de exceso de confianza y menosprecio del enemigo. Con independencia de sus opiniones políticas, si las tenían, los soldados obedecieron y pelearon hasta el último momento, y las deserciones se produjeron cuando abandonar a sus jefes era el mejor procedimiento para salvarse del furor popular. Una de las omisiones que casi puede calificarse de decisiva, fue no haberse apoderado en anticipado golpe de mano de las emisoras de radio. Los micrófonos muy bien manejados por los hombres de la Generalidad fueron arma sicológica de la mayor importancia, y es evidente que contribuyeron al éxito.

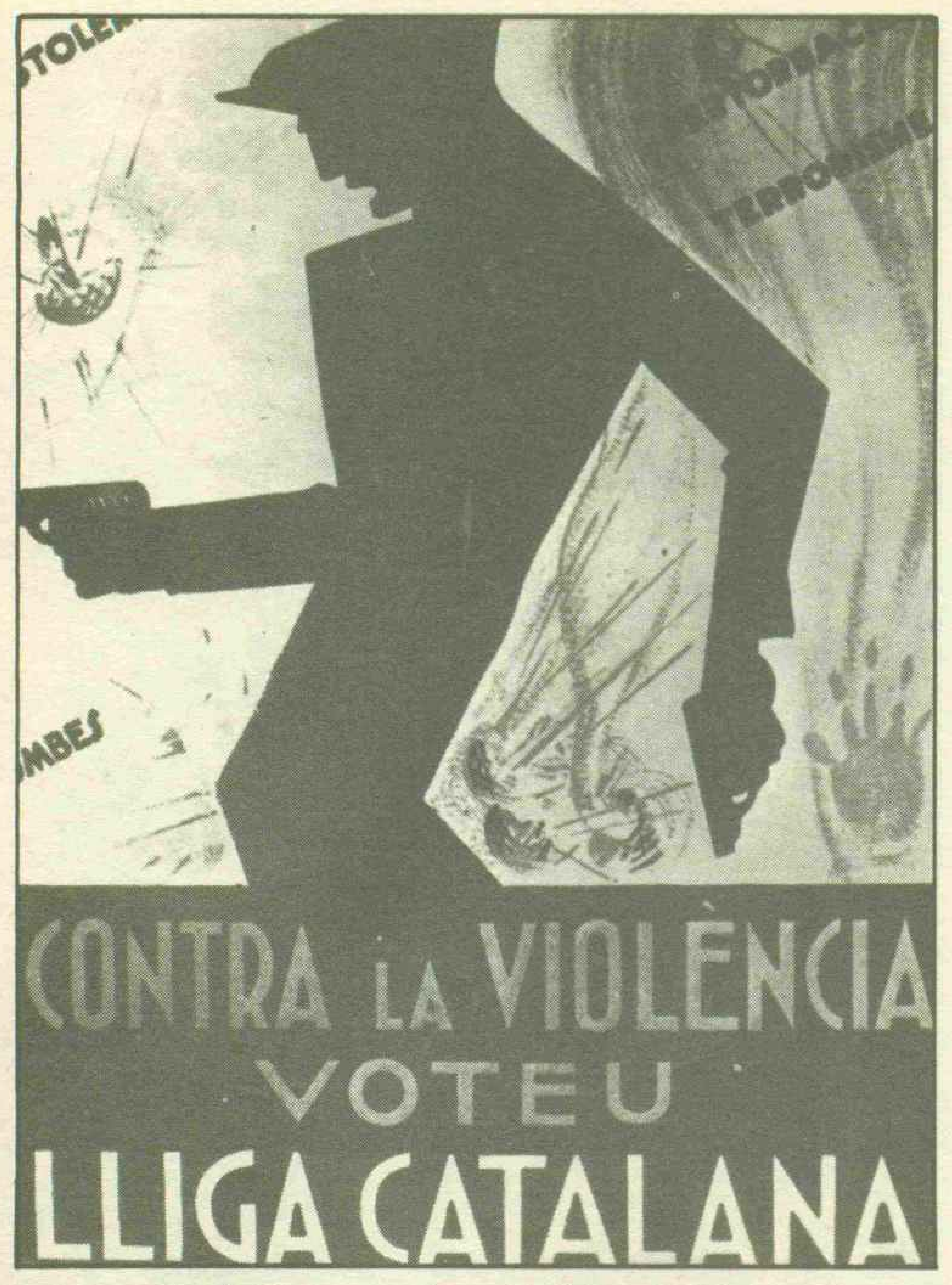
De los cuarteles de Pedralbes y al romper el alba salieron dos pequeñas columnas que luego se separarían por distintos trayectos. La primera, una compañía, reforzada por



Guardias de Asalto, parapetados tras los caballos muertos de la Artillería, en pleno Ensanche de Barcelona.

treinta paisanos; la mandaba el capitán López Belda.

Había sido solicitada para reforzar el edificio de la División, conocido por su antiguo nombre de Capitanía General, situado en el paseo de Colón, paralelo a uno de los muelles. La columna principal, cuyo objetivo primero era la plaza de Cataluña, debía juntarse allí con otras fuerzas para atacar en el casco viejo a los edificios oficiales —Comisaría de Orden Público y Generalidad— y la mandaba el comandante López Amor, dirigente de la UME. Esta columna, la más importante de las que se



Las derechas conservadoras no participaron en la lucha.

formaron, estaba compuesta por una compañía de fusiles, otra de ametralladoras, dos piezas de acompañamiento, otra compañía de fusiles y una sección de morteros, un par de carros regimentales con la impedimenta, y una sección de paisanos uniformados, falangistas en su mayoría. Iban las compañías con la oficialidad completa pero escasas de soldados.

En la primera parte del trayecto no fue hostilizada; pasó por la plaza de la Universidad ya ocupada por la caballería de Montesa, y tras de sostener algunos cortos tiroteos con guardias de Asalto y paisanos, se apoderó de la plaza de Cataluña. Aprovechando la sorpresa llegaron algunos a penetrar en la Telefónica aunque el edificio no llegó a ser desamparado por los guardias que lo custodiaban. En otra ocasión, y sirviéndose de parecida confusión, unos oficiales de Asalto hicieron prisionero en las inmediaciones de la calle Fontanella al comandante López Amor y se lo llevaron detenido con tanta rapidez que los que lo presenciaron no se atrevieron a disparar por no herir a su propio comandante. Los tiroteos fueron continuos a lo largo de la mañana: el Ejército ocupó algunos edificios pero también guardias y paisanos les combatían desde otros situados en la parte baja de la plaza, la que da a las Ramblas y la linde del barrio antiguo.

A la misma hora casi que los de Pedralbes, se echaron a la calle tropas a pie del Regimiento de Caballería n.º 4 (Montesa), abandonando el cuartel de la calle de Tarragona que desemboca en la plaza de España frente a la montaña de Montjuic y el Paralelo. El general Alvaro Fernández Burriel, que mandaba la Brigada de Caballería, estaba comprometido con los conspiradores y, por ser el más antiguo, asumía el mando hasta la llegada del general Manuel Goded. El coronel Escalera, jefe del Regimiento, se hallaba igualmente de acuerdo. Se presentaron bastantes voluntarios, un grupo de ellos uniformados porque eran oficiales de complemento. Entre los paisanos predominaban los monárquicos, tradicionalistas y alfonsinos, y les sentó mal la arenga del coronel Escalera quien, de acuerdo con las instrucciones de Mola, dijo que iban a salir en defensa de la República. Algunos evidenciaron su desinterés. Al advertirlo, el general Burriel solucionó el conflicto a su manera dando un viva a España. Salieron a la calle tres escuadrones a pie; uno de ellos con el comandante Manuel Mejías ocupó la anchurosa plaza de España en donde había un cuartel de Guardias de Asalto, quienes, de momento, no se opusieron a los rebeldes y hasta parecía que quisieran colaborar con ellos, cacheando a los paisanos que merodeaban por la plaza.

Otro de los escuadrones, a las órdenes del capitán Santos Villalón, avanzó por el Paralelo, la popular vía que

se dirige hacia el puerto y bordea barrios proletarios, y se detuvo en la llamada Brecha de San Pablo, en la confluencia de aquella vía y las Rondas. Allí se detuvieron, emplazaron ametralladoras y establecieron puestos de vigilancia en los alrededores; no tardarían en ser enérgicamente hostilizados por el paisanaje y tuvieron que asaltar el Sindicato de la Madera que se hallaba próximo. Una columna compuesta por un escuadrón y unos pelotones de voluntarios, que mandaba el comandante Gibert de la Cuesta, se dirigió a la plaza Universidad y la ocupó no sin sostener ambiguas escaramuzas con guardias y paisanos. Ocupada la plaza facilitó el paso de la Infantería de López Amor hacia la plaza Cataluña y ambas fuerzas quedaron precariamente enlazadas. Los de Caballería detuvieron a varias personas, muchas de ellas armadas de pistolas; uno de los detenidos era el diputado sindicalista Angel Pestaña. También hicieron prisioneros a los guardias de Asalto que transitaban en un camión, mientras que otros dos camiones lograron pasar no sin sostener tiroteos con los soldados y sufrir algunas bajas. Entre los paisanos que murieron en los combates de la plaza Universidad el más conocido era Germinal Vidal, secretario de la Juventud Comunista Ibérica, adherida al POUM. Los combates experimentaban alternativas de intensidad y apaciguamiento, pero este escuadrón, igual que los otros dos, quedó frenado, sufrió bajas y tuvo que luchar a la defensiva.

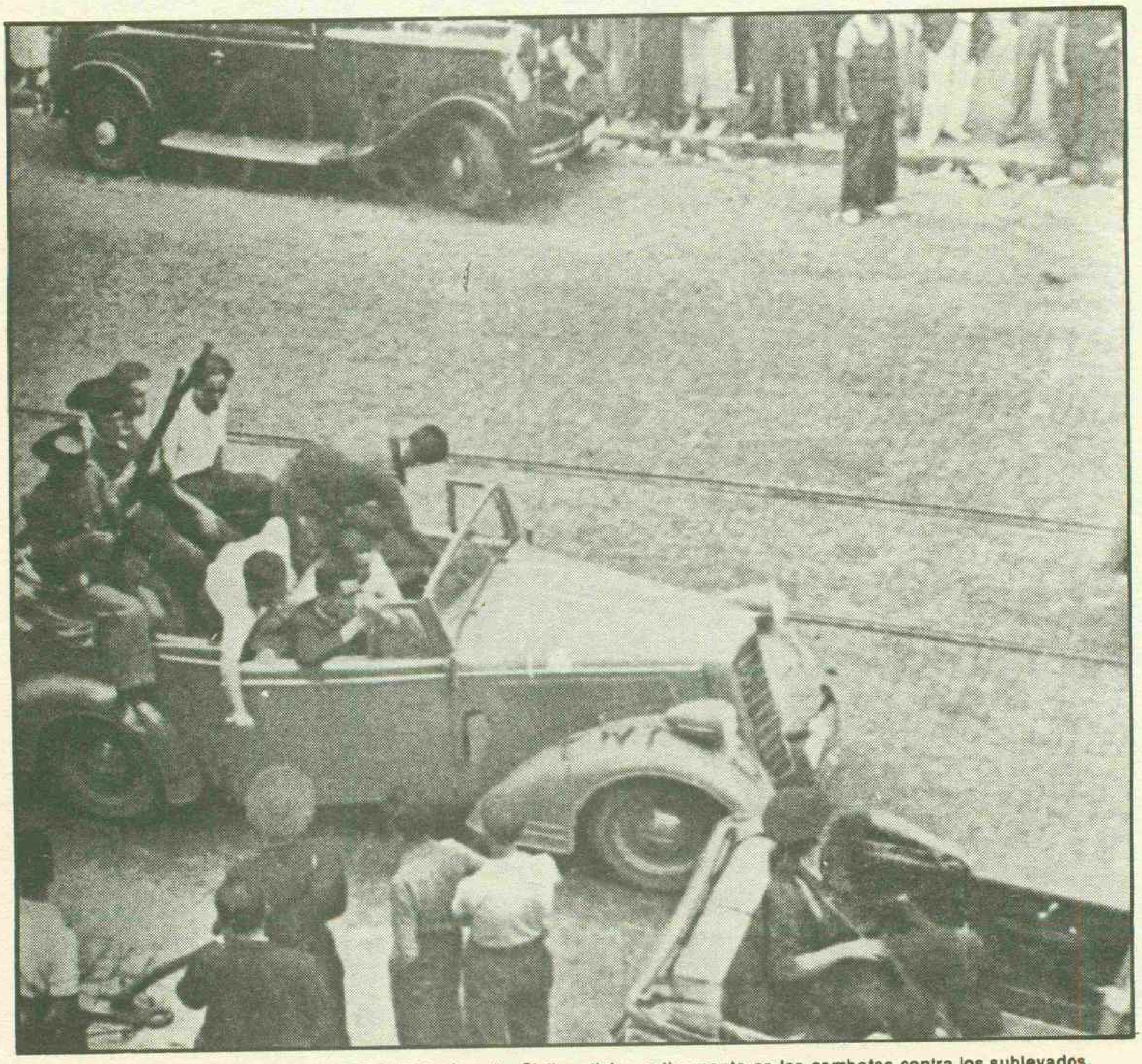
Uno de los golpes más fuertes que los sublevados tuvieron que encajar ya desde el inicio de la mañana, le tocó al Regimiento de Caballería n.º 3, llamado antes, de Santiago, en el cual se había producido casi unanimidad en favor de la sublevación. Por la calle Córcega marchaban a pie tres escuadrones y al frente de ellos el coronel Lacasa y su plana mayor; se dirigían a la Diagonal, donde se cruza con el paseo de Gracia, en el lugar llamado Cinco de Oros. Pensaban, no ha llegado a averiguarse con qué fundamento, que allí iba a sumársele una compañía de Seguridad. Ocurrió todo lo contrario; precisamente Escofet, Guarner y Arrando, habían concentrado en aquellas proximidades un núcleo importante de fuerzas: tres compañías de Seguridad, un escuadrón de Caballería y una cuarta compañía de Asalto de las llamadas de Especialistas (ametralladoras y morteros). Cuando las fuerzas de Caballería de Santiago, que llevaban las



De izquierda a derecha: El «Valencia», Severino Campos, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, García Oliver, Gregorio Jover y Miguel García Vivancos. (Fotografía tomada pocos días más tarde).

ametralladoras en coches particulares, avanzaban confiadas y les faltaba poco más de una manzana para alcanzar el Cinco de Oros, fueron recibidos con certeras descargas de los guardias apostados en azoteas, esquinas, tras los árboles y en los entrantes de los edificios y aún en balcones. Les apoyaban paisanos, que colaboraban con fuego más o menos vivo pero con resolución y eficacia. La columna de Santiago quedó maltrecha; los de cabeza no tuvieron ocasión de emplazar las máquinas y sufrieron bajas. Los escuadrones que venían detrás desplegaron y se dispusieron al combate castigados por un fuego intenso. En situación mala y detenidos en su avance, se vieron obligados a irse batiendo en retirada hasta refugiarse en el convento de los Carmelitas, situado a escasa distancia en la Diagonal, que presentaba buenas condiciones defensivas. Los pequeños piquetes que dejaron diseminados por los alrededores, resistieron algunas horas; pero poco a poco fueron batidos y oficiales y soldados no tardaron en caer muertos, heridos o prisioneros. Guardias y paisanos sufrieron asimismo bajas. El comandante de la Guardia Civil, Agustín Recas, miembro de la Junta Divisionaria de la UME, que fue enviado con un camión de guardias civiles a reducir a los insurrectos, se incorporó a ellos con algunos números porque los demás, que ocupaban un camión, bien por advertir lo comprometido de la situación, bien por acatar órdenes de los jefes, desaparecieron.

Simultáneamente al primer choque de la Caballería de Santiago con los guardias y paisanos, a menos de quinientos metros, éstos obtuvieron otro señalado éxito. Del cuartel del 7.º Ligero de Artillería, situado en el barrio de San Andrés, había sa-



Desde primeras horas de la tarde del 19, la Guardia Civil participa activamente en los combates contra los sublevados.

lido a primeras horas media batería sin piezas (unos cincuenta hombres) en dos camiones mandados por el capitán Dasi y tres tenientes. Guardias de la 7.ª compañía de Seguridad, que conocían el itinerario de los camiones puesto que les esperaban apostados en terrados y puntos estratégicos, abrieron fuego sorprendiéndoles y causándoles bajas. Los camiones habían rodeado por la parte alta de la ciudad y descendían por la calle de Balmes en dirección a la plaza de Cataluña. En el primer choque, que tuvo lugar en la confluencia de Balmes y Diagonal, cayó herido el capitán Dasi y uno de los tenientes, si bien aquél aún telefoneó desde un portal para comunicar al cuartel la mala nueva. Los demás reaccionaron como pudieron y aguantaron el fuego durante un par de horas; tras de sufrir una elevada proporción de bajas, los supervivientes fueron hechos prisioneros. En este combate colaboraron igualmente los paisanos que se hicieron con fusiles, cartucheras y cascos de los artilleros.

En la periferia de la ciudad, en San Andrés, y en edificios muy próximos, estaban el cuartel del 7.º Ligero y la Maestranza de Artillería. Llegaron bastantes voluntarios, no tanto como los esperados, entre otras cosas porque los dirigentes anarcosindicalistas tenían los ojos puestos en el armamento que allí se almacenaba y recomendaron a los comités de San Andrés, Santa Coloma y San Adrián y demás barrios próximos, que se concentraran en aquella zona y mantuvieran vigilancia. Los voluntarios, casi todos monárquicos, recibieron mal los vivas a la República con que se arengó a las tropas formadas y evidenciaron su desacuerdo. (En los cuarteles a los cuales acudieron falangistas no hubo problema). Aparte de las dos secciones del capitán Dasi a las cuales acabamos de referirnos, sólo salieron de este cuartel una batería hipomóvil reforzada por una sección de ametralladoras. El mando estaba a cargo del capitán Montesinos, a quien acompañaba el también capitán Reilein, a quien por considerarle sus compañeros de ideas izquierdistas no le habían prevenido de lo que se tramaba hasta el día anterior. Mostrándose conforme Reilein con lo acordado por sus compañeros, salió al mando de la batería integrada por soldados de las quintas, mientras que los jefes y oficiales más directamente comprometidos y los voluntarios quedaban en el cuartel para la defensa eventual en caso de que fueran atacados, que no lo eran por el momento.

Las fuerzas de Montesinos y Reilein fueron poco hostilizadas y girando por una de las rectas vías que bajan hacia el mar, se adentró hacia el centro de la ciudad. Su misión consistía en unirse también a los sublevados de Infantería en la plaza de Cataluña, y una vez juntos atacar la Comisaría de Orden Público. En las calles de Lauria y Bruch, en los cruces con Diputación y Consejo de Ciento y en sus inmediaciones, fueron atacados y la marcha hacia Claris se hizo muy lenta. Se habían concentrado varias compañías de Asalto y los paisanos acudían al ruido de los disparos. Llegaron a emplazarse las piezas y a disparar, se ocuparon algunas azoteas, pero quedaron detenidos entre otras cosas porque los caballos que tiraban de piezas y armones cayeron muertos o heridos. La lucha fue violenta, tanto que llegó al cuerpo a cuerpo. Murió el capitán Montesinos y Reilein resultó herido; sufrieron muchas bajas. Ni llegaron a apoyar a la Infantería que se batía en la plaza de Cataluña tan próxima, ni la Infantería estaba en condiciones de acudir en su auxilio.

No es posible narrar los hechos con la simultaneidad con que se producían; lo hasta ahora explicado sucedía entre las cuatro y media y las diez de la mañana, hora en la cual, al no haberse logrado ninguno de los objetivos, las posibilidades de éxito del golpe militar eran muy reducidas.

Uno de los fracasos más decisivos del plan insurreccional ocurrió en la zona portuaria y marítima, en la Barceloneta en cuya periferia tenía su cuartel el Regimiento de Artillería de Montaña n.º 1. El coronel Serra, ni colaboró ni se opuso abiertamente a la sublevación. Al amanecer estaban formadas en el patio tres baterías con sus mulos y fueron bombardeadas por un avión de la base del Prat, causando alguna baja y cierta desmoralización. Aquí como en otros sitios un corto número de voluntarios fueron encuadrados y salieron a la calle en vanguardia. Aunque los del cuartel lo ignoraban, estaban semirrodeados por guardias del 16 grupo de Asalto, que mandaba el comandante Gómez García, y por los obreros de la Barceloneta, la mayoría de la CNT.

En los momentos que anteceden al alba había salido del cuartel media batería —dos piezas— en camiones,



El general Manuel Goded Llopis.

mandada por el capitán Sancho Contreras. En conversación la noche anterior con otro capitán, enlace de la caballería de Montesa, se les ocurrió cambiar el itinerario y esa prevención permitió que las dos piezas y sus servidores llegaran a la plaza de España a la hora convenida y cooperaran con la Caballería. Un cañonazo disparado contra una barricada en la entrada del barrio de Sans, causó muchas víctimas entre los paisanos.

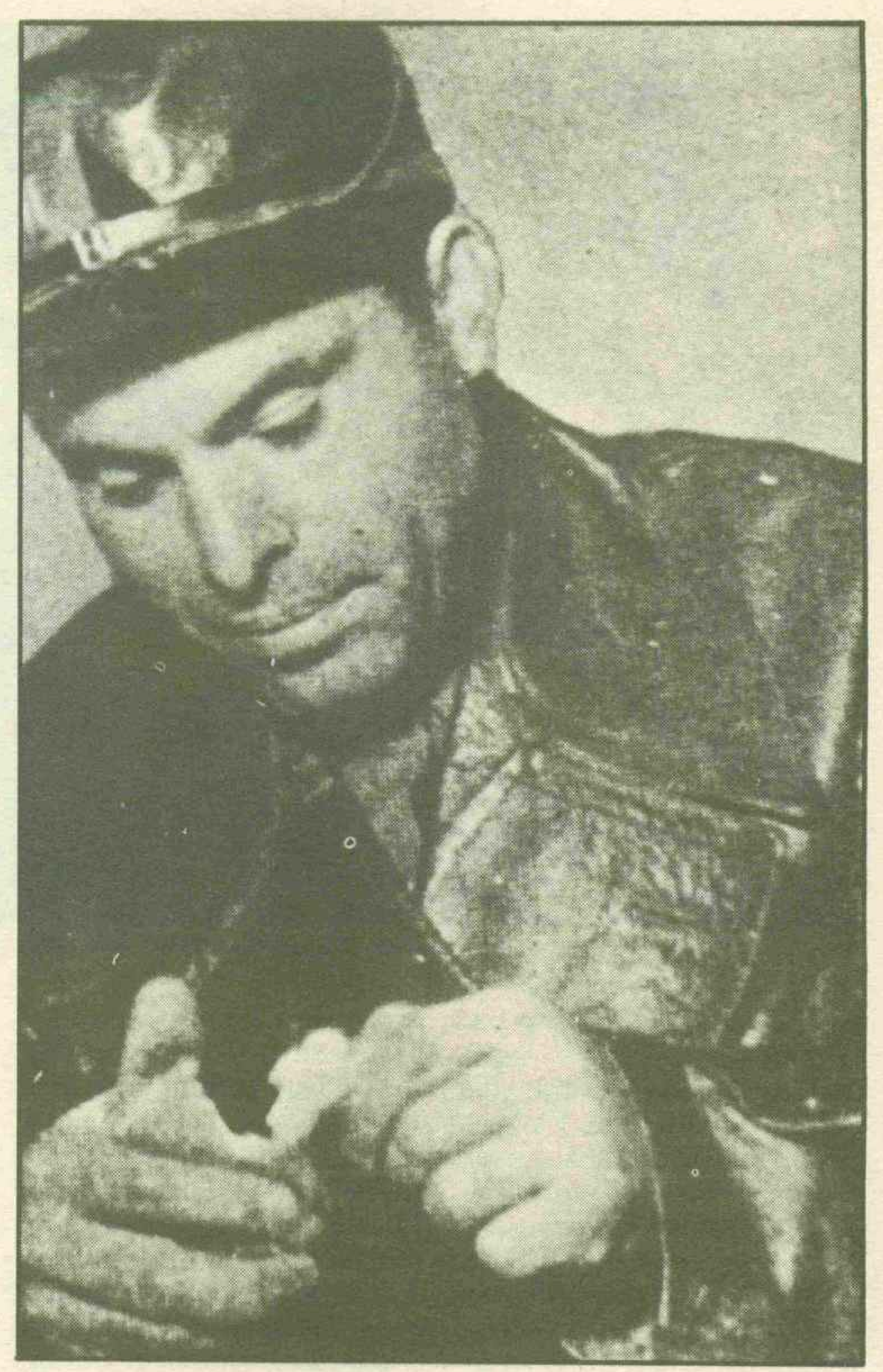
La misión de tres baterías que salieron del Regimiento de Montaña, era atacar primero la Consejería de Gobernación —uno de los puestos de mando gubernamental— y seguir contra la Generalidad de manera análoga a como se hizo en octubre de 1934 con éxito. La que avanzaba en cabeza iba mandada por el capitán López Varela, secretario de la UME en la IV División, y las otras dos a las órdenes del comandante Fernández Unzúe, quien en 1934 *disparó contra* la Generalidad. La batería de López Varela fue duramente combatida por las ametralladoras y los tiradores que ocupaban lugares previamente elegidos por el mando del grupo y de las compañías.

Los artilleros consiguieron emplazas algunas piezas y hacer fuego, pero en condiciones desventajosas, casi al descubierto y batidos desde diversos puntos. Como las demás fuerzas sublevadas quedaron al primer encuentro aisladas, en situación precaria y sin haberse apenas aproximado a Gobernación. Los descargadores del muelle cerraron la avenida de Icaria, que era el camino de los sublevados hacia Gobernación, con una fuerte barricada que construyeron en un momento utilizando balas de papel de embalar y sirviéndose de carretillas mecánicas. Los hombres de la CNT estuvieron presentes y activos en aquel escenario, y también los hubo de otros partidos, tanto desde la barricada de papel, como desde el edificio portuario de los Docks, como de la desafectada plaza de toros de la Barceloneta, hombro a hombro con los de Asalto. Para preservar sus piezas y sus hombres, que habían caído en aquella encerrona, Fernández Unzúe se retiró al cuartel, y López Varela que quedó resistiendo, no tardaría en ser herido mientras caían sus hombres, artilleros y voluntarios, muertos y heridos. Después de unas horas de durísima lucha, guardias y paisanos se lanzaron al ataque y se apoderaron de las piezas y del armamento. Hicieron prisioneros a los supervivientes a costa de muchas bajas. Fue el primer éxito rotundo de las fuerzas de la Generalidad, que si im-

portante fue en sí mismo, también lo fue por la moral que infundió en los combatientes, mientras que los cuarteles de Montaña se vieron pronto rodeados, acosados y la moral en su interior descendía a cotas bajas.

A pesar de que los paisanos de la CNT luchaban a su manera, no conviene olvidar que la mayor parte habían hecho el servicio militar, y no eran pocos entre ellos, veteranos de la guerra de Marruecos. Había entre ellos quienes manejaban toda clase de armas, sin excluir los cañones.

En la línea con la «Consellería de Governació» cuya fachada principal daba a la continuación del paseo de Colón, se alineaban tres importantes edificios militares: La Capitanía General, sede de la División Orgánica, las llamadas Dependencias Militares, en la esquina de la Rambla, donde estaban las oficinas, servicios y demás, y el antiguo cuartel de Atarazanas, derribado en parte, en donde quedaban escasos militares y pocos soldados, y los elementos del Parque de Artillería que aún no habían trasladado a San Andrés. En frente mismo de las Atarazanas y del actual edificio del Gobierno Militar, entonces Dependencias, se alzaba, dominándolos, el monumento a Colón, a la orilla misma del agua y en la vasta plaza denominada Puerta de la Paz, nombre que aquel día iba a resultar paradójico.



Buenaventura Durruti.

La situación en la División Orgánica era anómala; parte del Estado Mayor, la compañía de guardia y casi toda la oficialidad estaban decididos a sublevarse; estaban sublevados. El general Llano de la Encomienda, apoyado por un corto número de jefes y oficiales, se oponía rotundamente, según le había comunicado telefónicamente a Mola. Pero a pesar de su actitud de rebeldía, los presuntos sublevados mantenían una actitud respetuosa hacia su jefe natural. Y mientras unos se comunicaban con los insurgentes y recibían noticias y daban consignas, el general cursaba órdenes opuestas que sembraban confusión y disminuían los ánimos de los menos decididos.

En Dependencias Militares había destinados numerosos oficiales con misiones burocráticas y administrativas y a los Juzgados militares. Soldados había pocos, escribientes y los que cubrían la guardia. Mandaba allí, como de mayor grado y antigüedad, el coronel Silverio Cañadas. El edificio, sólido, era de fácil defensa y la mayoría de los que estaban dentro, se mostraban de acuerdo con distintos grados de entusiasmo con la sublevación.

Una contrasublevación tuvo



El comandante Enrique Pérez Farrás, durante los combates.

lugar en Atarazanas y en las primeras horas. Dos sargentos muy ligados al Comité de Defensa Confederal y algunos cabos y soldados, hicieron prisioneros al sorprenderlos a tres oficiales y escaparon con ellos, llevándose dos ametralladoras y fusiles; se incorporaron a los combatientes de la CNT que asediaban a distancia aquella zona. El teniente de Artillería José María Colubi, logró zafarse y regresó al viejo edificio que puso en condiciones de defensa, pero era demasiado grande y destartalado y apenas disponía de hombres (1).

La primera compañía que abandonó Pedralbes con destino a Capitanía fue tiroteada al final del Paralelo y en el corto trayecto que desde allí les separaba de la Puerta de la Paz donde arreció el tiroteo. Guardias de Asalto del 16 grupo se habían desplazado en tres camiones a lo largo del paseo de Colón. Esta compañía sufrió bajas, pero también los de Asalto, que perdieron al capitán Francisco Arrando que les mandaba y a dos guardias más, y tuvieron seis heridos, hasta que consiguieron parapetarse. Venciendo dificultades, la compañía de López Belda llegó al edificio de Capitanía, y una sección de falangistas, que llevaban un fusil ametrallador, 'se quedaron a reforzar la guardia de Dependencias Militares.

Una compañía del cuartel de Ingenieros de Lepanto, llegó no sin dificultades a la misma zona. Cuando pasaban ante Atarazanas, el teniente Colubi les pidió que le cedieran algunos hombres para la defensa de Atarazanas, y el teniente Brusés, que mandaba a los zapadores, accedió; quedaron allí dieciocho soldados mientras los demás entraron en Dependencias.

El general Burriel, desde el cuartel de la calle de Tarragona, llama por teléfono al general Goded en Palma de

(1) En lo alto del monumento a Colón no hubo nadie ni de uno ni del otro bando; en diversos libros afirman que hubo guardias de Asalto con una ametralladora, mientras los otros aseguran que desde arriba disparaban militares. Quien esto escribe ha hablado con numerosas personas de cuya veracidad no hay razón para dudar, que afirman que a ellos les disparaban desde lo alto; ocurre que esas personas lucharon en bandos opuestos; imposible, pues, que dispararan contra todos. La parte alta del monumento, una plataforma bastante amplia, estaba acribillada a balazos; paisanos, guardias y militares debieron disparar desde abajo y pudieron producirse rebotes. El comandante Gómez García, una vez terminada la lucha y estando averiado el ascensor, consiguió que algunos guardias suyos, emulando las hazañas del entonces popular «hombre mosca» subieran a la plataforma. Ni muertos, ni heridos, ni armas, ni casquillos; nada que denunciara indicios de presencia humana.

Mallorca, quien le pregunta cómo marchan las cosas en Barcelona. Son las diez de la mañana y un capitán que viene de la plaza de España, le ha dado en ese momento noticias optimistas referidas exclusivamente a aquel escenario de lucha; Burriel generaliza. Cuando Goded se entera de que Llano continúa en su despacho y que da órdenes por teléfono, se sorprende y manda a Burriel que se traslade a la División y le arreste. En un coche blindado de que disponen los militares, recorre de punta a punta el Paralelo, cruza la Puerta de la Paz y se presenta en Capitanía. Discuten ambos generales, tercia indignado el capitán Lizcano de la Rosa, y cuando Llano de la Encomienda hace ademán de arrancarle una laureada que Lizcano lleva en el pecho, éste quiere matarle, pero los compañeros se interponen y cortan el incidente. Arrestado o no, Llano sigue interviniendo en alguna medida.

Los anarcosindicalistas han estudiado la situación: Ascaso, Durruti y García Oliver se han reunido en las Ramblas. Suponían que en Atarazanas y edificios próximos había un gran número de rebeldes. Ocupando ellos el casco antiguo les aislaban del Paralelo dominado por la Caballería, y de las plazas de Universidad y Cataluña y de las tropas que luchaban en las inmediaciones del Cinco de Oros. Durruti se quedó, pues, en la parte baja de las Ramblas, con las dos ametralladoras y hombres armados que pudieran, a través de las viejas calles, desplazarse a donde hicieran más falta. García Oliver, Francisco Ascaso, Jover, Ortiz y «El Valencia», secundados por muchos militantes atacan por separado a los destacamentos del escuadrón de Caballería distribuidos por las inmediaciones de la Brecha de San Pablo. Los militares se ven constreñidos a replegarse y acaban refugiándose en edificios próximos al «Moulin Rouge». Los anarcosindicalistas darán el asalto final en colaboración con algunos guardias. Sólo unos pocos oficiales lograrán escabullirse, los demás serán muertos, heridos o aprisionados. El armamento, en su mayor parte, engrosará el de la CNT.

Tenían los sublevados que comunicar con Goded a través de la Emisora «Radio Associació de Catalunya», pero no han llegado a la emisora y una compañía del Regimiento de Alcántara que tardíamente ha salido con ese objeto —y apoderarse también de «Radio Barcelona»— ha sido desbaratada por paisanos y guardias; sólo un corto número de soldados se han refugiado en el hotel



Barricadas en Barcelona.

Ritz, de donde acabarán siendo desalojados.

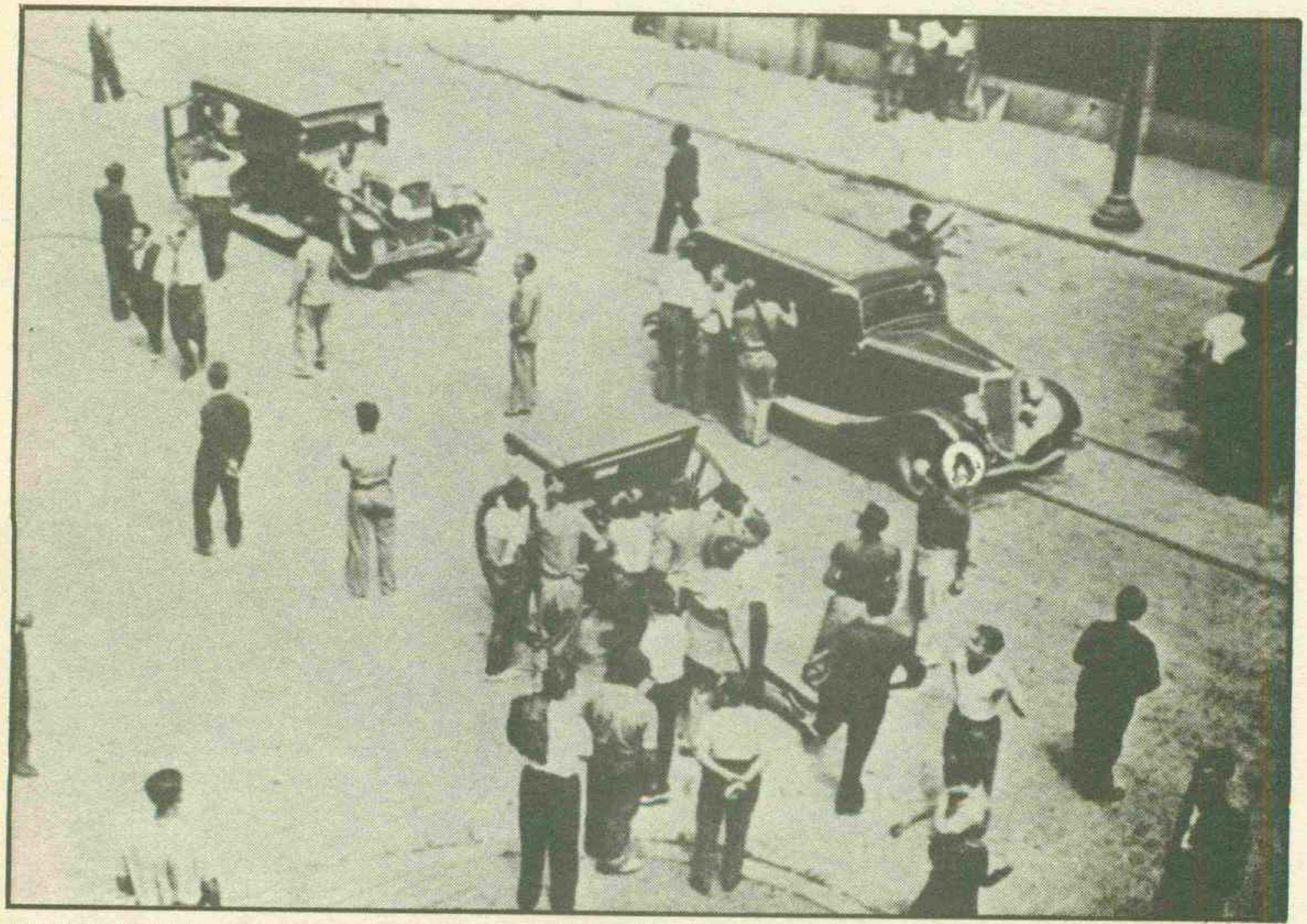
Una vez sublevada la guarnición de Palma y asegurado el éxito, Goded está impaciente por trasladarse a Barcelona, pero los hidros que tienen que llegar de la base de Mahón están retrasándose. A despecho de la impresión optimista que le ha comunicado Burriel no se siente tranquilo.

Sólo tres o cuatro días antes ha decidido sublevar la IV División, Barcelona, cambiándola por la III, Valencia, que es la que se le había asignado. Lo ha hecho a petición de los conspiradores barceloneses. Por las radios catalanas se están oyendo de continuo noticias alentadoras para la Generalidad que hablan de derrotas de los militares sublevados; aunque se mezclen exageraciones e inexactitudes no todo puede ser mentira. La Generalidad domina las emisoras y eso, en sí mismo, ya es significativo.

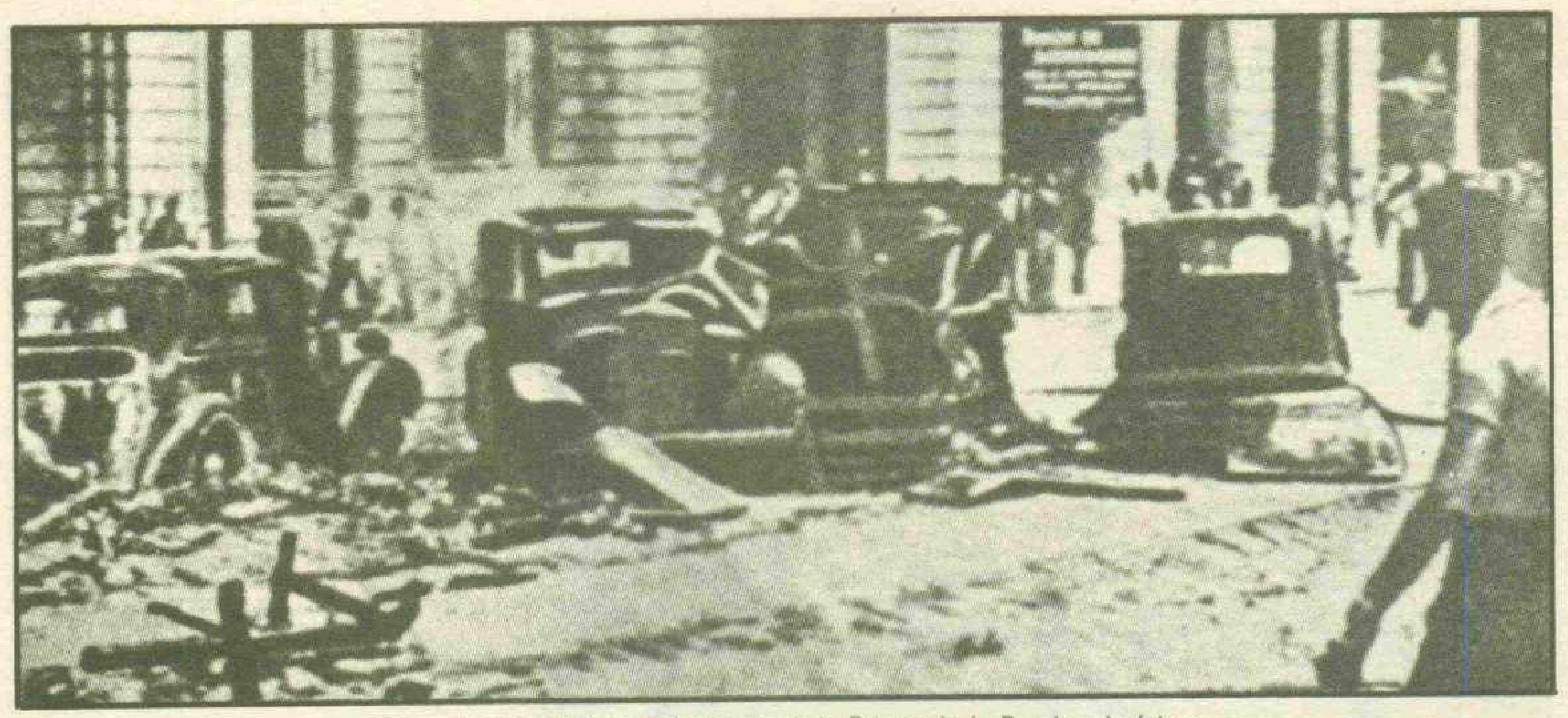
Goded, su ayudante, otro militar y su hijo, se trasladan en los cuatro hidroaviones. Antes de amerizar en el puerto de Barcelona hace que vuelen a poca altura sobre la ciudad: en diversas avenidas y plazas se combate, pero las fuerzas militares que consigue distinguir están acorraladas, y en los edificios oficiales ondea la bandera catalana. Desembarcan en el muelle de la Aeronáutica Naval: marinos y una sección de Ingenieros, desplazada desde Capitanía, le rinden honores. De entre los varios oficiales que le esperan, el capitán que le da la novedad lleva la guerrera manchada de sangre, no está herido, la sangre es de un compañero. A lo lejos se oyen disparos y tableteo de ametralladoras.

En el corto trayecto que separa la Aeronáutica y el edificio de la División, el coche blindado que le ha ido a recoger y los camiones de la escolta son tiroteados. Es mediodía y lo primero que hace tras una corta y enérgica discusión con Llano de la Encomienda, es mandarle arrestar y aislar. Examina la situación; no se ha alcanzado ninguno de los objetivos y están siendo derrotados. El plan era malo y ha sido mal conducido. Va a esforzarse por enderezar la situación, pero comprende que como le ha dicho su ayudante al saltar al muelle, se han metido en una ratonera; tampoco podía hacer otra cosa, cumplía su compromiso.

Telefonea al general Aranguren en un esfuerzo por conseguir que la Guardia Civil, que hasta ahora se ha mantenido inactiva y que está



El paisanaje armado se ha apoderado de algunas piezas de los sublevados. (Foto tomada ante la Comisaría General de Orden Público).



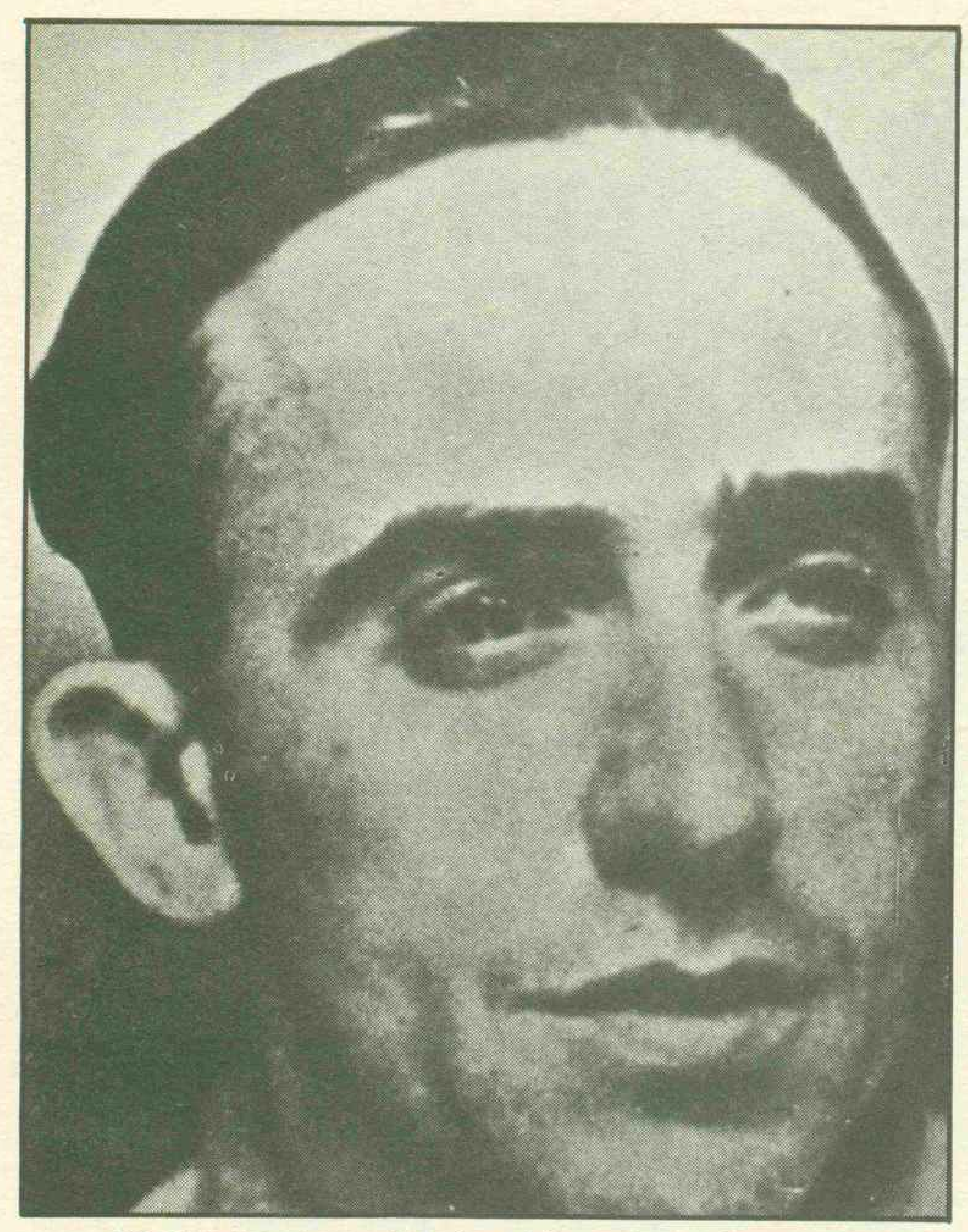
Dependencias Militares: La lucha en la Puerta de la Paz fue durísima.

concentrándose desde el Parque de la Ciudadela y la estación de Francia hasta la Consejería de Gobernación, se ponga a sus órdenes. Aranguren no sólo se niega sino que le insta a que se rinda él y todas las fuerzas sublevadas. Se pone en comunicación telefónica con el teniente coronel Jacobo Roldán, que manda accidentalmente el Regimiento de Alcántara y es amigo suyo, y le manda que se ponga al frente de dos compañías y que se dirija al cuartel del 1.º de Montaña, que no está demasiado distante, y que, protegiendo a las dos baterías de Fernández Unzúe, consigan los objetivos que esta mañana no alcanzaron. Sacará Roldán a la calle ambas baterías, pero el cuartel de Artillería se encuentra rodeado de paisanos ahora bien armados y de guardias que han quedado de retén; no logrará enlazar con los artilleros ni forzar la situación.

Por medio de arriesgados enlaces o comunicaciones telefónicas van llegándole a Goded las malas noticias. El capitán Reilein y sus hombres, tras una larga y mortífera lucha, han sido aniquilados y rendidos, y él herido y hecho prisionero. Las piezas de artillería, las ametralladoras útiles y los fusiles han caído en poder del enemigo. Cada vez es mayor el número de paisanos armados y ellos y los guardias, que dominan las líneas interiores, acuden a los lugares en que se les manda o ellos mismos deciden. Envía un enlace en coche desde Capitanía a la Aeronáutica Naval con orden de que los hidros en que él se ha trasladado, bombardeen la base del Prat y destruyan los aparatos que estén allí. Oficiales que han permanecido leales, apoyados por cabos y marinería, dominan ahora la Aeronáutica; además, los pilotos de los hidros, en vista de la situación, han optado por regresar a Baleares. Cuando el mismo enlace intenta dirigirse a Mataró para que el regimiento de Artillería pesada se ponga en camino de Barcelona, apenas puede alejarse de Capitanía; están cercados.

Por la mañana, terminada la lucha en la Barceloneta, fuerzas del 16 grupo de Asalto se dirigen a la Comisaría General de Orden Público. Escofet, Guarner y Arrando establecen un nuevo plan que el comandante Gómez García con sus oficiales y dos compañías van a poner en práctica. Siguiendo los túneles del metro con precauciones, llegan a la estación subterránea de «Aragón», y cambiando de línea, descienden a la de «Cataluña». Los militares que están siendo batidos, por imprevisión o falta de hombres, no vigilaron el subsuelo laberíntico de la plaza de Cataluña y ahora los guardias se asoman por las salidas del Metro; pero no pueden arriesgarse porque la plaza está batida por el fuego de los militares que ocupan el Hotel Colón, el Casino Militar y la «Maison Doré».

Hacia las dos de la tarde una columna formada por guardias civiles del 19 Tercio —unos ochocientos hombres— a la cual se ha añadido una compañía de fusileros de Intendencia con su comandante Antonio Sanz Neira, se pone en marcha desde la Consejería de Gobernación; al frente de ella va el coronel Antonio Escobar. Ascienden por la Vía Layetana en dos largas hileras, con las armas dispuestas, y en cabeza y por el centro de la calzada, el coronel


Francisco Ascaso muere la mañana del lunes, frente a Atarazanas.

con su bastón de mando. El **conseller** España ha telefoneado comunicando que se dirigen a combatir a los sublevados, y el presidente Companys, Escofet, Guarner y el diputado Tarradellas que se presentó ya por la mañana, se asoman al balcón de la Comisaría. Mientras Escofet se muestra confiado, Companys no puede evitar el recuerdo del 6 de octubre. ¿Y si la Guardia Civil, resulta que está sublevada y les apresa a todos? La columna avanza a paso lento y cuando la cabeza llega ante el balcón, Companys vitorea a la República y a Cataluña. Escobar, que ha mandado alto, da media vuelta y se coloca de cara al balcón; lleva la mano al tricornio y dice en voz alta: «A sus órdenes, señor Presidente».

La irrupción de los guardias civiles desconcierta a las tropas de Caballería que llevan diez horas en la plaza Universidad; no hacen fuego, dudan que vengan a combatir contra ellos... El comandante Gibert de la Cuesta da la novedad al coronel Aranguren pero éste le increpa y hace detener por los guardias. La operación es rápida e inesperada: todos los de caballería son hechos prisioneros fuera o dentro de la Universidad.

En la plaza de Cataluña se combate; los civiles avanzan hacia el Hotel Colón donde los de Infantería se han hecho fuertes, ponen rodilla en tierra, disparan, avanzan algunos pasos y vuelven a disparar; alguno de ellos al levantarse se sacude el polvo del pantalón. Los de Asalto surgen de diversos puntos y los paisanos que atacan son numerosos. La resistencia es corta; oficiales y soldados son hechos prisioneros. Más adelante los soldados en su casi totalidad, lo mismo los de aquí como los de otros puntos, serán puestos en libertad.

Se decide atacar la División y contra ella se concentran importantes fuerzas. Piezas emplazadas en la plaza Antonio López, abren fuego y el capitán Medrano, dispara una batería desde el otro lado del puerto, junto a los baños de San Sebastián. El capitán Lizcano y el brigada Alvarez con ametralladoras mantienen a los atacantes a distancia, y otros oficiales, suboficiales y soldados han aspillerado las ventanas con legajos y se defienden. Pero las posibilidades de resistencia son pocas y las malas noticias que no pueden ocultarse por cuanto se les ataca con artillería y los paisanos van tocados con cascos y manejan armas del Ejército, socavan la moral de muchos. Algunos, por teléfono, pactan con el consejero José María España, pero Goded se niega a rendirse, y cuando al final hunden la puerta desde fuera o alguien la abre desde dentro, y penetran guardias y milicianos, intenta pegarse un tiro. Desde la Generalidad se ha enviado al comandante Pérez Farrás para que se haga cargo de Goded y le preserve de la furia popular; lo consigue.

Prisionero, Goded es trasladado al palacio de la Generalidad, donde Luis Companys, que ya ha regresado de Comisaría, le recuerda que él en octubre del 34, se rindió

ante el micrófono en evitación de mayores derramamientos de sangre y le insta para que haga lo mismo.

Tras una corta resistencia, Goded opta por hacerlo; son poco más de las seis de la tarde. Sus palabras, que van a ser grabadas en un gramófono, las mide: «La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo». A continuación pronuncia Companys en catalán una corta y entusiástica alocución y recomienda que todos se mantengan en la obediencia de la Generalidad. Lo cierto es que ya nadie obedece a nadie; la disciplina de las fuerzas de Orden Público andaba muy quebrantada y muchos guardias se habían despojado de la guerrera reglamentaria, andaban con el correaje sobre la camiseta, se anudaban al cuello pañuelos rojinegros, y confraternizaban con quienes hasta ayer eran sus enemigos: los anarcosindicalistas. En un intento de reconstruir la IV División, se nombra jefe de la misma al general Aranguren mientras que, por ignorar cuál ha sido su verdadera conducta, se arresta a Llano de la Encomienda. Se convoca por radio a los oficiales en activo, retirados o de complemento, que no se hayan sublevado, pero por el momento son pocos los que van presentándose, pues en toda la ciudad suenan disparos y una ola antimilitarista sacude a las masas que están armadas y a nadie obedecen. Desde varios cuarteles se ofrece la rendición, por lo general por jefes u oficiales que no se han comprometido, pero todos ellos declaran que sólo se entregarán a la Guardia Civil.

Se alzan enormes humaredas; empiezan a arder iglesias, conventos y cualquier otro edificio religioso. Sólo en el Hospital Clínico, repleto de heridos y en algún otro centro hospitalario, se ven Hermanas de la Caridad con hábito; sus servicios son absolutamente necesarios. En el depósito judicial los cadáveres de uno y otro bando se amontonan y confunden, y aún hay que añadir los de aquellos hombres, mujeres y hasta niños, alcanzados por balas perdidas. El fuerte calor obliga a trasladar muchos cadáveres al cementerio y son muchos los que no han sido identificados.

Al amanecer el día 20 quedan dos principales focos de resistencia en la parte baja de la ciudad, en la Puerta de la Paz, Atarazanas y Dependencias Militares; y en la Diagonal, el coronel Lacasa con algunos de sus hombres aún se resiste acorralado en el convento de los Carmeli-



Durante la lucha y después del asalto a la Maestranza, los hombres de la CNT-FAI dispusieron de toda clase de armamento.

tas. Durante la noche muchos de los sublevados en los cuarteles de San Andrés y la Maestranza han conseguido huir. Por más que las autoridades se esfuercen en evitarlo y envíen guardias para hacerse cargo del edificio y de su contenido, unos veinticinco mil fusiles, municiones y otras armas caen en poder de los anarcosindicalistas.

Barcelona ha vivido ensimismada este domingo 19 de julio; apenas nada se sabe de lo ocurrido en el resto de España y sólo a última hora de la tarde correrá el falso rumor de que el general Cabanellas avanza de Aragón hacia Barcelona. El disco con las palabras de Goded fue emitido por radio varias veces y Companys por la tarde del domingo comunicó a Madrid que la sublevación había sido dominada. Es la primera noticia verdaderamente optimista recibida por el Gobierno Giral que acababa de constituirse. Por el contrario, a Mola le causa hondo pesar la derrota en Barcelona. Pamplona se ha sublevado también, con pleno éxito en la mañana del domingo y lo mismo ha hecho el conjunto de la VI División Orgánica (Burgos). Mola negará por radio la veracidad de que en Barcelona la sublevación ha sido sofocada, y tardará en saber que su hermano Ramón, que dos días antes acudió a Pamplona a advertirle del fracaso a que se exponían, iba a suicidarse la noche del 19 al 20 en *Dependencias Militares*.



El general Llano de la Encomienda, Jefe de la IV División Orgánica, que momentáneamente fue desposeído de su mando.

Por la mañana del lunes se reanudó la lucha. En los Carmelitas, considerando inútil la resistencia y habiendo en el interior heridos, una propuesta de rendición a la que se habían negado fue aceptada por el coronel Lacasa después de parlamentar con el coronel Escobar. En cuanto abrieron las puertas una multitud enfurecida rebasó a los guardias civiles y mató a los oficiales y lo mismo hizo con los frailes, acusándoles, sin ser cierto, de haber disparado desde dentro. Al coronel Lacasa le cortaron la cabeza.

Barcelona presentaba un aspecto siniestro; el cielo estaba oscurecido por el humo de numerosos incendios distribuidos por el conjunto de la ciudad y se oían disparos por doquier. Un reducido número de pacos, por sembrar alarma, por resistirse a la desesperada o por darle gusto al dedo, disparaban ocultándose en las azoteas. A cada uno de esos disparos respondían centenares de quienes, hallándose en posesión de un fusil, se complacían en hacerlo. Por las calles circulaban a gran velocidad multitud de coches con las siglas de CNT-FAI pintadas en grandes caracteres blancos; iban con colchones sobre el techo y las ventanillas erizadas de fusiles. No había pan ni la ciudad había sido abastecida. Las campanas de las ambulancias eran otra de las músicas de fondo. Caballos y mulos, muertos en los distintos combates, se corrompían al sol; a algunos se les roció con gasolina y se les prendió fuego, pero el hedor era todavía más insoportable.

Quienes se resistían en Dependencias Militares y Ata-



Los generales Goded y Fernández Burriel ante el Consejo de Guerra que les condenó a muerte.

razanas, cruzaban sus fuegos y dominaban la parte baja de la Rambla y una amplia zona desde el Paralelo al paseo de Colón, la Puerta de la Paz incluida. La CNT quiso hacer suya la empresa de conquistar las Atarazanas, que elevó a la categoría de una Bastilla barcelonesa.

Creían que en su interior se defendía una fuerte guarnición, cuando en verdad eran sólo un puñado de hombres vencidos por la fatiga y el desaliento que se defendían a la desesperada. Sobre la cabina de una camioneta, Ricardo Sanz armó una ametralladora protegiéndola con colchones; le apoyaba Aurelio Fernández. Se improvisaron, con colchones y con las pacas de papel de la Barceloneta, barricadas móviles, y los atacantes fueron avanzando, no sin sufrir bajas, parapetándose también bajo los copudos árboles del paseo. Durruti y Francisco Ascaso, con la élite de la militancia confederal, participaban en la empresa. Por la Puerta de la Paz también disparaban paisanos y guardias. El edificio había sido cañoneado y bombardeado desde el aire.

Desde una de las garitas que daba a la Puerta de Santa Madrona, disparaba lo que alguien califica de ametralladora y sería, si acaso, fusil ametrallador. Lo cierto es que aquel tirador cortaba el avance y batía un amplio sector. Joaquín Ascaso, miembro destacadísimo del anarquismo barcelonés, que era muy diestro en el manejo de la pistola, se acercó tanto a la tronera con el designio de silenciar aquel arma, que en el momento de disparar rodilla en tierra recibió un disparo en la frente que le dejó muerto. La muerte de Ascaso causó gran consternación entre sus compañeros, que se lanzaron al asalto con renovadas energías.

Primero fueron dominados quienes se hallaban en Dependencias Militares; en el momento de la rendición se les causaron algunos muertos. A partir de ese momento la defensa de Atarazanas, sin la cobertura de fuegos de Dependencias, se hacía casi imposible y por otra parte había perdido todo sentido. Por la parte del edificio que estaba a medio derribar irrumpieron combatientes de la CNT, obligando a los defensores a replegarse dentro de otras partes del edificio. Cuando el capitán Colubi, tras de pactar la rendición, hizo que se abrieran las puertas, dispararon contra él matándole; algunos otros corrieron la misma suerte, mientras que el resto se constituyeron prisioneros. Los de la CNT no compren-



Terminada la batalla de Barcelona se forman columnas para atacar Zaragoza: milicianos y algunos soldados desfilan ante la Estación de Francia.

dieron cómo la suma de muertos y prisioneros era era tan exigua. No era tiempo de reflexiones: habían triunfado.

La batalla de Barcelona había terminado: los anarquistas en posesión de un crecido número de armas de todo tipo eran los amos de la ciudad. Barricadas alzadas en puntos estratégicos cortaban la circulación y podían impedir cualquier movimiento por ellos no autorizado. Los guardias, sin excluir los civiles, estaban fatigados y la disciplina se había relajado; carecían de reservas para cualquier intento de restablecer el orden. Los anarcosindicalistas, se habían apoderado de varios edificios y los fortificaron. El presidente Companys tuvo que pactar con los dirigentes del anarcosindicalismo que, tras algunas discusiones entre ellos, no se atrevieron a asumir el poder, cosa que hubiese entrañado una contradicción. El gobierno de la Generalidad no fue abolido pero su poder fue desplazado al Comité de Milicias Antifascistas, que se organizó con representantes de partidos y sindicales. En la calle el auténtico poder lo ejercían los anarcosindicalistas, a su manera, y lo aprovecharon para poner en marcha una revolución única en la Historia: un ensayo, que las circunstancias históricas no permitirían que se desarrollase. Nadie, durante bastantes meses, pudo oponérseles.

CONCLUSIONES

Cabe afirmar, sin temor a equivocarse, que:

— Si la Guardia Civil se suma al levantamiento, éste hubiese triunfado en Barcelona —y en Cataluña— y que algunas unidades de Asalto no se les hubiesen enfrentado.

— Que si el general Goded hubiese planificado la sublevación e instalado secretamente en Barcelona un par de días antes, las posibilidades de triunfo para los insurgentes, hubiesen sido muchísimas.

— Que sin la activa y multitudinaria cooperación de los anarcosindicalistas —y, en menor proporción, de otras organizaciones políticas o sindicales— también los sublevados, tras dura lucha contra los guardias, hubiesen podido triunfar.

— Que los anarcosindicalistas y los demás paisanos hubiesen sido vencidos por el ejército sublevado.

— Que si cuando Goded requiere a Aranguren para que la Guardia Civil le apoye, éste lo hace, a pesar de que las unidades sublevadas andaban dispersas y cercadas, la balanza pudo inclinarse todavía al lado de los sublevados.

— Que el 19 de julio fue escasísima, por no decir inexistente, la cooperación ciudadana con los alzados, y en cambio muy numerosa y eficaz la que recibieron las fuerzas de Orden Público y el pueblo en armas.

— Que la derrota de los sublevados en Barcelona tuvo una enorme influencia en el planteamiento de la guerra civil española. ■ **L. R.**

La Historia de España escrita para ser leída.

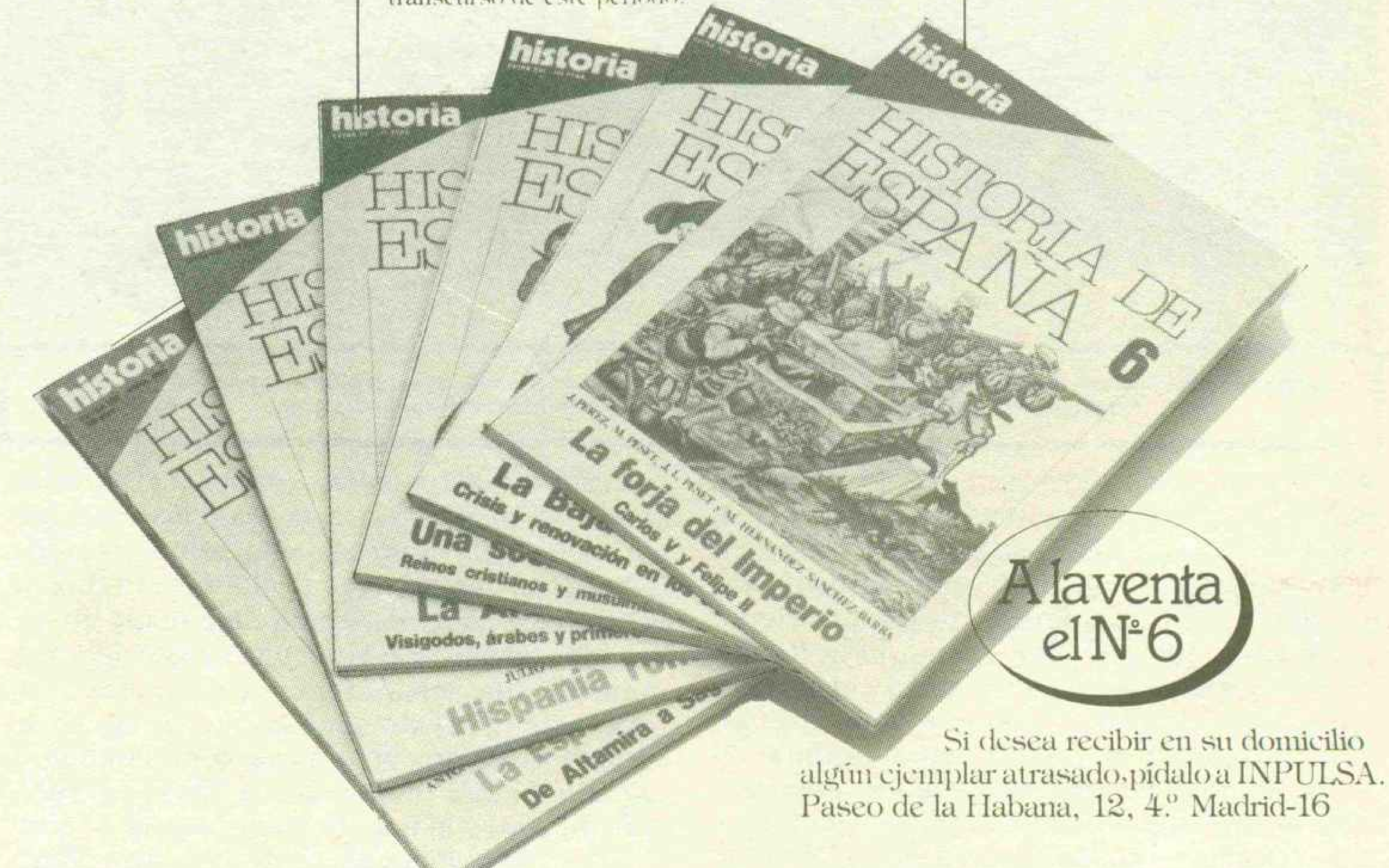
La Forja del Imperio. (1517-1598)

A la muerte de Fernando el Católico, su nieto Carlos se convierte en Rey de España. Además de los territorios que aglutinaba la Corona Española, el nuevo monarca reúne bajo su cetro el portentoso legado de los Habsburgo, lo que le convierte en el soberano más poderoso del mundo.

Su herencia pasaría casi íntegramente a Felipe II, su hijo, que la ensancharía con las nuevas conquistas llevadas a cabo en el Nuevo Mundo.

Bajo el signo del Imperio, España se convertiría en una gran potencia, en cuyos dominios nunca se pondría el sol.

Conozca a través del volumen n.º 6 de Historia de España de Historia 16 los sucesos y las circunstancias que determinaron el siglo XVI, y la notable influencia que España ejerció en el transcurso de este periodo.



Si desea recibir en su domicilio algún ejemplar atrasado, pídalo a INPULSA. Paseo de la Habana, 12, 4.º Madrid-16

Consejo Asesor de Historia 16.
Gonzalo Anes, Miguel Artola, Albert Balcells, Julio Caro Baroja, Raymond Carr, Antonio Domínguez Ortiz, José Antonio Escudero, Luis Gil, Luis González Seara, Guy Hermet, Gabriel Jackson, Clara E. Lida, Juan Maluquer de Motes, Julio Mangas, José Antonio Maravall, Juan Marichal, José Luis Martín, Miguel Martínez Cuadrado, Jordi Nadal, Nicolás Sánchez Albornoz, Herbert R. Southworth, Stanley Payne, Hugh Thomas, Antonio Tovar, Manuel Tuñón de Lara, Julio Valdeón, Angel Viñas, Pierre Vilar.

Historia de España de historia16
La aventura de un pueblo milenario.

TANDEM DDB

Errores y aciertos en



Las milicias estacionadas ante las puertas del Ministerio de la Guerra, en Madrid, aguardan a que se les faciliten armas para acudir a los puestos de combate, en las primeras horas de la guerra civil.

A primeros de diciembre de 1935, a los tres años de la intentona del general Sanjurjo (agosto 1932), ya estaba en marcha la preparación de un nuevo golpe militar. El día 10, dimitido el Gobierno de Chapaprieta, Gil Robles, que no había aceptado la República, apoyándose en su mayoría parlamentaria, exigía el poder, a lo que no accede el Presidente de la República, que designa, el 14, a Manuel Portela Valladares —connotado masón— como jefe del nuevo Gobierno con el Decreto de la disolución de las Cortes y convocatoria de nuevas elecciones. Para las izquierdas el nuevo Presidente representaba una esperanza; las derechas y los «golpistas», lo consideraban como un reto. La ultraderecha española, nunca entró en el siglo XX, y con su cerrilismo e incompatibilidad con la libertad y la democracia, llegará al XXI. Es el drama de España.

La cerril ultrarreacción española con su falta de visión, de perspectivas realistas y sus falsos sueños de grandeza, ha jugado el papel de haber sido y seguir siendo el motor impulsor del proceso de decadencia de España en todos los órdenes. En su debatir histórico permanente fue acentuando su pequeñez y su incapacidad, deslizándose que, si no se le cortara el paso, terminaría convirtiendo a España en una triste colonia. En la encrucijada de 1981, tal parece que la derecha «civilizada», para defenderse de la provocadora derecha extremista, fascista, trata de cobijarse bajo el paraguar atómico nortóamericano, amparándose en su política de dominación y guerra. Con este paso se contribuiría a transformar a toda la Península Ibérica en un gigantesco Gibraltar y a Canarias en un segundo Puerto Rico de los americanos y sus marines. Esa política antinacional y anti-

los partidos populares

Amaro del Rosal

LLEGO el mes de julio de 1936 con una carga de hechos y acontecimientos que habían ido acumulándose a través de un recorrido de siete meses para desembocar en el 18 de ese trágico mes para la historia de España. Al finalizar el año 1935, como consecuencia de la derrota del movimiento revolucionario de octubre de 1934 y su brutal represión, el país ofrecía el fenómeno de una radical evolución de la opinión pública solidarizada con los treinta mil presos y el ex Gobierno de la Generalidad presidido por Luis Companys cumpliendo duras condenas en el penal de Cartagena, en el mismo que, en 1917, sufrieran la de cadena perpetua Largo Caballero, Besteiro, Daniel Anguiano y Andrés Saborit, como miembros del Comité de huelga del movimiento revolucionario de agosto de aquel año. Como España es el país de las más extraordinarias paradojas no estará demás recordar que Largo Caballero fue el dirigente del movimiento revolucionario de octubre y que Alcalá Zamora era el presidente de la República, y que ambos, en 1930, por ser miembros del Comité Revolucionario antidinástico del mes de diciembre de aquel año, se encontraban en la cárcel de Madrid para más tarde, en abril, formar parte del Gobierno provisional de la República. De 1934 a 1935, Caballero estaría de nuevo en la cárcel mientras su antiguo compañero ocupaba la jefatura del Estado. Todo eso ocurrió en el corto período de 3 años. La segunda República vivió cinco años con dos presidentes; la Primera, once meses, con cuatro. De 1939 a 1975 gobernó a España un Caudillo por la gracia de Dios, sin Monarquía ni República. Las paradojas históricas de España, no las ofrece pueblo alguno..

histórica, es la que caracteriza a la extrema derecha, pero no la que corresponde al proceso democrático de hoy bajo una Monarquía parlamentaria constitucional y democrática. El 18 de julio de 1936, se inició la crisis y quiebra más profunda y transcendental para los destinos del país por seguir los designios de dominación del nazifascismo; que 1981 no dé continuidad a esa política bajo los de un nuevo amo. Sólo la concertación de las fuerzas del progreso y la democracia podrán levantar a España en vilo con su independencia, desviándola del camino secular de su decadencia.

Durante los primeros días de diciembre de 1935, la palabra de golpe de Estado suena insistentemente en el ambiente, barajándose los nombres de los generales Sanjurjo, Barrera, Franco, Goded, García Herranz, Mola, Queipo y otros. A ninguno se le consideraba como masón. Los días de la crisis fueron días de angustia e incertidumbre. Las visitas a la cárcel de Madrid no transmitían más que notas pesimistas y desalentadoras anunciando la inminencia de la sublevación. Entre esas visitas, por ejemplo, se contaban las de Azaña y Araquistáin en la línea del pesimismo, y las de Casares Quiroga en la de un desbordado e irreflexivo optimismo. Más tarde los dos tendrían el poder en sus manos. El primero de febrero a mayo; el segundo, de mayo a julio.

El nuevo Presidente del Gobierno y ministro de la Gobernación, Portela Valladares, con el general Molero —masón— como ministro de la Guerra, vivió los primeros días de gobierno bajo fuertes presiones, coacciones y amenazas de los militares golpistas y de las fuerzas reaccionarias que les prestaban apoyo. Al mismo tiempo, los medios políticos



José María Gil Robles (el único civil de la foto), siendo ministro de la Guerra, a finales de 1935, rodeado de los generales Franco y Castro Girona (a su derecha) y de Rodríguez del Barrio, Fanjul, Goded y Millán Astray, a su izquierda.

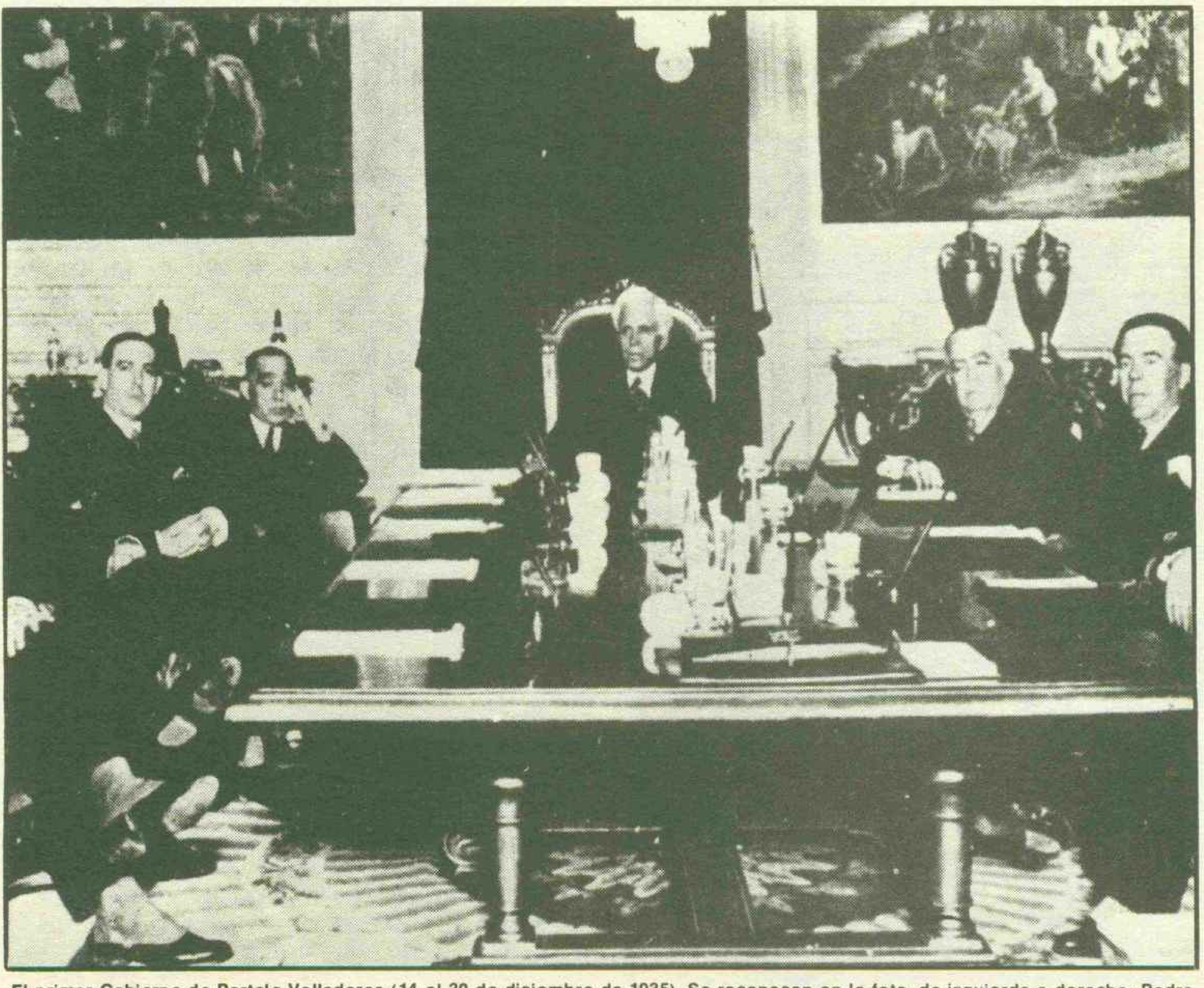
republicanos realizaban una intensa labor de presión ante el primer mandatario a la vez que se esforzaban por galvanizar a todas las fuerzas de la democracia tratando de neutralizar las maniobras de la reacción y a los militares golpistas. La izquierda socialista se preguntaba: ¿Resistirá Portela? ¿Será capaz de salir adelante de la encrucijada en que se encuentra la República en la que se juega el porvenir del régimen republicano? En algunos medios, se dudaba; en otros, se creía que sí. La esperanza de treinta mil presos en aquellos aciagos días, estaba puesta en Portela Valladares. Pero el propósito del golpe seguía su proceso animado por sendos convenios con el nazifascismo. La confabulación en contra de la República estaba en marcha, lo que determinó la unidad de la democracia en torno al Frente Popular. Portela había ganado la batalla y tal vez pudiera añadirse que, en gran parte, gracias a la debilidad y vacilaciones de Gil Robles.

La contraconspiración de la masonería, indirectamente, veíase respaldada por el movimiento obrero y por la poderosa corriente de la opinión pública enfervorizada por un sentimiento de solidaridad hacia los presos y condenados por la Revolución de Octubre. Esa actitud popular significaba la adhesión a la República expresada en los dos grandes ejemplos de las impresionantes concentraciones populares del campo de Mestalla en Valencia y en la de Madrid, en las que el elemento aglutinante fue la figura de Manuel Azaña. Jamás se había conocido un movimiento de opinión democrática de una tal

amplitud, lo que no sólo tenía asustada a la reacción y a los «golpistas» sino, por otros motivos, al propio Azaña. Indalecio Prieto, coincidiendo con él, desde París, advertía del peligro que representaba un tal ambiente, aconsejando que el Partido Socialista sacrificara una parte de sus candidatos a favor de los republicanos para minimizar la victoria socialista. Esa opinión era compartida por Azaña y su grupo, y por los masones con la adhesión de Sánchez Román y Maura, tres personajes admiradores de Prieto. La posición política de Prieto, por supuesto, chocaba con la de Caballero - Araquistáin-Baraibar. Prieto jugaba a «su realismo»; el «caballerismo», al «antiprietismo».

El Gobierno de Portela Valladares disuelve las Cortes y convoca elecciones. Ese ambiente de unidad nacional, de euforia, ofrece la resonante victoria del Frente Popular el 16 de febrero. De 453 diputados, el Frente Popular obtiene 257, de ellos, 15 comunistas gracias al apoyo del socialismo de izquierda. Prieto, a los efectos policíacos, se encontraba exiliado en París, en realidad, durante toda la campaña electoral, se hallaba en su domicilio de Madrid en la calle de Carranza, 20, dirigiendo todas las maniobras electorales, teniendo como vicesecretario del partido, al activo e influyente masón, Juan Simeón Vidarte, que jugó un papel muy importante en todo ese período. Caballero, ya en libertad, llevaba el peso de la campaña electoral desde el campo socialista. Portela sabía que Prieto se hallaba en Madrid y no en París. Era bien acreedor al título de campeón en los cruces «clandestinos» de la frontera, no obstante su volumen y rebasar los noventa kilos de peso.

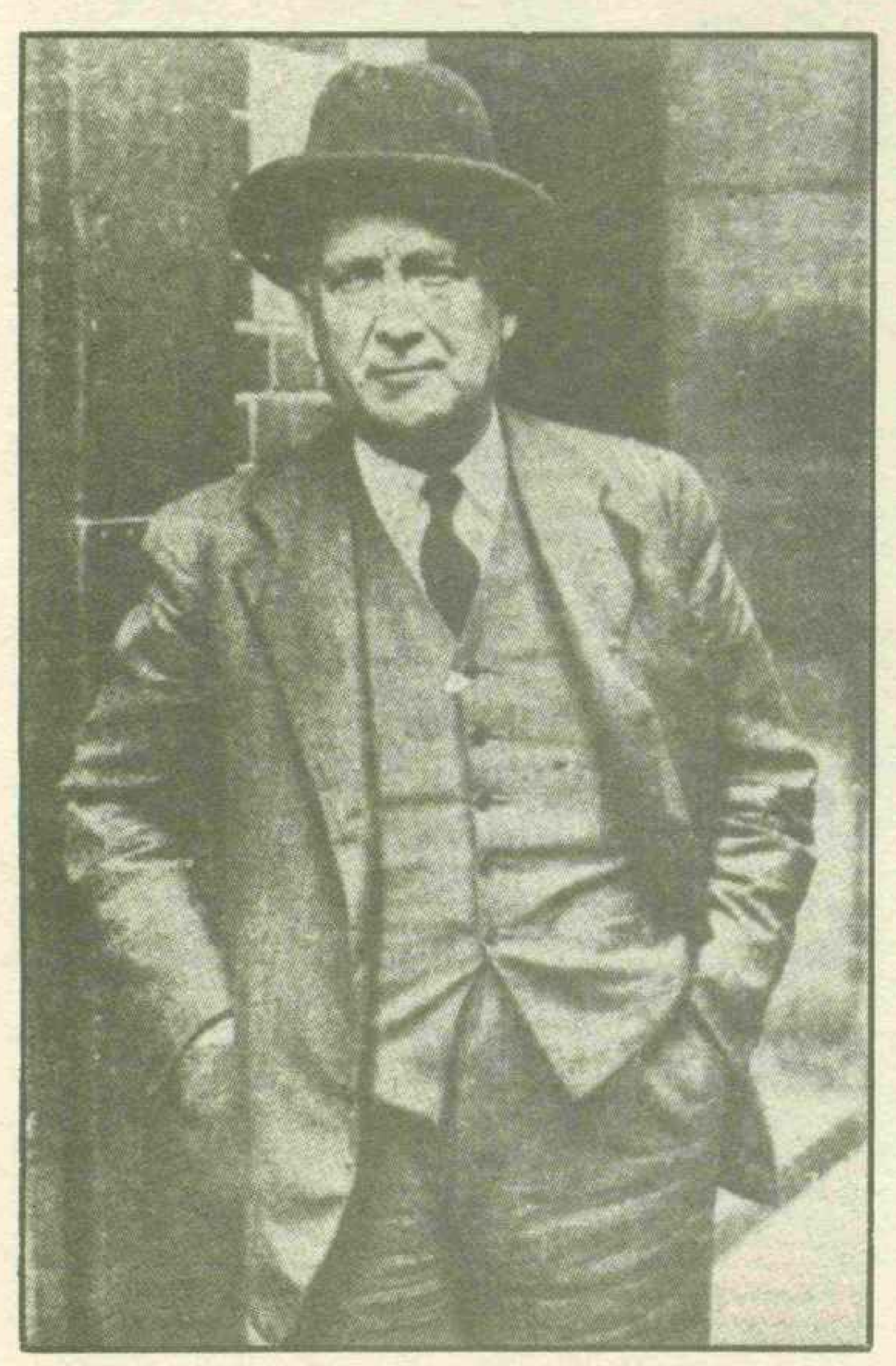
Ante los resultados electorales, «los golpistas» vuelven a la carga creándose la misma situación de inquietud y gravedad de los días de diciembre. El presidente del Gobierno se ve acosado. El triunfo clamoroso del Frente Popular, desconcierta a la reacción y a los «golpistas», que no ven otra salida que la disolución de las Cortes que acababan de nacer y el golpe de Estado. Portela Valladares se opone a las presiones. En esos días de conciliábulos «golpistas», jugó un papel importante en las maniobras ante el jefe de



El primer Gobierno de Portela Valladares (14 al 30 de diciembre de 1935). Se reconocen en la foto, de izquierda a derecha: Pedro Rahola Molinas (Sin Cartera), Joaquín de Pablo-Blanco y Torres (Agricultura, Industria y Comercio), José Martínez de Velasco (Estado), Manuel Portela Valladares (Presidencia y Gobernación), Joaquín Chapaprieta Torregrosa (Hacienda) y Cirilo del Río Rodríguez (Obras Públicas y Comunicaciones).

Gobierno, un general llamado Francisco Franco unido a él por el paisanaje y separado por lo masónico. Portela, abrumado, dimite, y el Presidente de la República se ve obligado a nombrar jefe de Gobierno a Manuel Azaña. Una amplia amnistía pone en libertad a los presos y restituye en sus puestos a todos los represaliados. Cataluña cuenta de nuevo con un Gobierno de la Generalidad bajo la presidencia de Luis Companys, que tres años más tarde sería fusilado en los sótanos de Montjuich. Los «golpistas» aceleran el proceso de organización de la sublevación. Les había fallado en la coyuntura de la crisis de diciembre; volvía a fallarles en febrero. Había que montarlo definitivamente para otra fecha. La nueva etapa de la conspiración fue breve: De febrero al 18 de julio.

En efecto, de febrero al 18 de julio se vive bajo la amenaza del golpe. Han sido cinco meses de inquietud, de fiebre, sin un día de tranquilidad. Los presos y condenados salieron de las cárceles para quedar movilizados y en guardia permanente en defensa de la República. La Casa del Pueblo de Madrid, los círculos obreros de los barrios, en las noches, transformábanse en verdaderos hormigueros humanos. Cada día se anunciaba el golpe.



Francisco Largo Caballero (1869-1946).

Las organizaciones obreras formaban grupos de retén y de vigilancia en torno a los cuarteles y así se vivió en una constante zozobra y agotadoras alertas a partir de la destitución de Alcalá Zamora y la designación de Manuel Azaña como nuevo Presidente.

En torno a la designación del nuevo jefe de Estado y ante una situación cargada de peligros, el Partido Socialista alcanzaba la cota más alta de sus contradicciones, de sus antagonismos personales y luchas internas. «El Socialista», del que era director Julián Zugazagoitia, mantenía una intensa campaña en contra de «Claridad», dirigida por Araquistáin. Pocos momentos antes del acto de votación para designar al nuevo Presidente de la República, en el jardín del Palacio de Cristal del Retiro, Araquistáin abofetea a Zugazagoitia... Un lamentable espectáculo. Prieto manejaba la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y a su fracción anticaballerista, sin presidente ni secretario general por las dimisiones de Caballero y Enrique de Francisco; Caballero, a la C. E. de la UGT, a la minoría parlamentaria socialista; contaba con las fracciones de izquierda del partido y con el apoyo incondicional de las dinámicas y poderosas Juventudes Socialistas y su órgano de expresión «Renovación».

El nuevo Presidente de la República abre el período de consultas para la designación de jefe de Gobierno. Este trámite constitucional fue sin duda el problema más grave y conflictivo y el que en un análisis histórico retrospectivo pudiera llevar a la conclusión de que esa transcendental cuestión, tal y como fue resuelto, facilitó el desarrollo del proceso conspirativo de los golpistas, que pudieron operar impunemente. El 13 de julio iníciase la sublevación en Canarias y Marruecos. Era capitán general de Canarias el general Franco. El prólogo de su sublevación sería el «suicidio» del general Balmes...

El primer designado para formar gobierno fue Indalecio Prieto. Azaña quería que Prieto fuese presidente, los republicanos también, y él deseaba serlo; pero comprendía que no le sería posible dada la actitud de su propio grupo parlamentario que, con mayoría «caballerista», le negaba su apoyo. Los problemas personales y de caudillaje han sido catastróficos en la política general española, pero particularmente y con mayor transcendencia, en el Partido Socialista, sobre todo después de la desaparición de Pablo Iglesias. La falta de doctrina y de posiciones que obedecieran a una línea rigurosa de principios y de bases ideológicas, llevaba a las actitudes personales y a las situaciones conflictivas. Prieto tuvo que renunciar a formar gobierno para dejar paso a Santiago Casares

Quiroga. Pero este hecho necesita un esclarecimiento como nota para la historia.

En el periódico «Claridad», Araquistáin y Carlos Baraibar, con el asentimiento de Caballero, patrocinan la candidatura del republicano Casares Quiroga «como el hombre fuerte» para hacerse cargo del poder en aquella grave situación. En las oficinas de «Claridad», Narváez, 72, durante la tramitación de la crisis estaba reunida permanentemente lo que pudiera considerarse como la dirección ideológica del «caballerismo». Caballero no asistía, pero Araquistáin y Baraibar estaban en contacto permanente con él. En una de las reuniones, en actitud radical anti-Prieto, Carlos Hernández y Ricardo Zabalza coincidían al decir «que Prieto al frente del Gobierno sería el Noske de la revolución española». El mismo argumento fue empleado en una reunión de la Comisión Ejecutiva de la UGT con el asentimiento de todos sus miembros, entre ellos el autor de este trabajo. Al autor no le duelen prendas al reconocer hoy que aquella actitud sectaria, motivada esencialmente por el antagonismo personal de Caballero-Prieto, animado por Araquistáin - Baraibar, fue una táctica subjetiva y un tremendo error.

Casares Quiroga, sin ninguna simpatía en el Ejército ni autoridad entre los republicanos, ni entre la clase obrera, no podía ser «el hombre fuerte» de aquella situación. El hombre político en aquellas circunstancias era Prieto. Azaña, admirador de Prieto y viceversa, al querer entregarle el Gobierno, tenía razón. Prieto no era masón, pero se daba la paradoja de que todos los masones eran «prietistas». Este problema, dada la composición de los altos mandos en el Ejército, en aquellos momentos, era fundamental y decisivo.

Del mes de mayo a julio, Casares Quiroga, como Presidente y ministro de la Guerra, con Juan Moles y Bibiano Ossorio en Gobernación, por su despiste y negligencia, permitió que los golpistas tuvieran la vía libre para el desarrollo de sus planes. Prieto, que, como es conocido, tenía un servicio de información personal formidable, trasladaba a Casares todas las confidencias, quien las consideraba como «cuentos de miedo de Prieto». Lo curioso es que Araquistáin y Baraibar eran de la misma opinión que su «hombre fuerte». Casares fue impermeable a todas las denuncias que recibía, subestimándolas. No creía en el golpe. «Estoy deseando —decía—, que salgan a la calle para meterlos a escobazos en los cuarteles». Casares Quiroga, «el hombre fuerte», con toda la buena fe y honestidad que se le quiera atribuir, se caracterizó por lo irresponsable, por una frivolidad y bravuconería que condujo al 18 de julio. En el diario «Claridad» del 2 de julio, insistiendo en el error, aparece un curioso y largo interviú con una «alta personalidad» ocultando su nombre así como el del periodista autor del trabajo, que es un testimonio de la máxima importancia histórica, puesto que revela la línea de inconsciencia de esa «personalidad» que hoy, por primera vez, como miembro de la dirección del periódico, podemos decir que no era otra que la de Santiago Casares Quiroga, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, y el periodista anónimo, en exclusiva, Carlos de Baraibar. En ese interviú sin nombres, está reflejada la irresponsabilidad e inconsciencia de Casares y Baraibar, el patrocinador «del hombre fuerte». Once días más tarde se iniciaba la insurrección.

Al reflexionar, a una distancia de cuarenta y cinco años, bien que cuarenta hayan estado inmersos en la dictadura, sobre los problemas y acontecimientos anteriores al 18 de julio, uno se queda extrañado al evidenciar el grado de incomprensión y sectarismo que caracterizó esa época. De haber sido Prieto el jefe de Gobierno, el desarrollo de los acontecimientos habría discurrido por otros derroteros y casi se podría afirmar que la conspiración de los «golpistas» habría sido desmantelada y el Programa del Frente Popular

¿SERA AHORA?, por Robledano

FRENTE POPULAR

Dí, Casares: con todo lo que te empuja, ¿no puedes aplastar a todo lo que te frena?

Caricatura alusiva al Presidente del Consejo de Ministros, al estallar la guerra civil, Santiago Casares Quiroga.



El teniente de los Guardias de Asalto, José Castillo, cuyo asesinato precedió al de José Calvo Sotelo.

desarrollado en sus puntos mínimos y realistas como primera etapa. Las anteriores afirmaciones pudieran considerarse hoy como una mera especulación, pero si se trata de recordar el 18 de julio de 1936, históricamente, es obligado tener en cuenta los prolegómenos de esa fecha que caracterizan lo que significaron para el desenlace de los acontecimientos.

Prieto conocía perfectamente bien las bases del golpe; sus puntos fuertes y débiles; contaba con simpatías dentro del Ejército; conocía a los hombres clave. Disfrutaba de un margen de confianza entre muchos hombres importantes de la industria y de la banca; entre la pequeña burguesía. Poseía cierta audacia y una capacidad de maniobra y organización que le habría permitido, con su habilidad, desmontar la conspiración. Años más tarde de finalizar la guerra, en México, confesó que después de su famoso discurso de Cuenca, José Antonio Primo de Rivera le mostraba una viva simpatía cada vez que se tropezaban en el Parlamento; que había llegado a felicitarle por ese discurso diciéndole que lo suscribía. Ni qué decir tiene que el discurso mereció la más dura crítica del «caballerismo». Prieto guardaba como una reliquia el testamento y papeles íntimos que José Antonio poseía en la celda de la prisión de Alicante. Señalamos este hecho para reforzar los argumentos anteriores y ello independientemente de aspectos de doctrina e ideológicos. La autoridad y la influencia personal que Prieto tenía en los medios no revolucionarios, no la tenía ningún otro líder. Esto, en nuestra opinión, no confirma la idea de que en aquella situación pudiera haber sido el Noske de la revolución española, como afirmaba Hernández y Zabalza, dos diputados de la fracción de Caballero. En mayo de 1936 no estábamos ante la revolución, sino ante la contrarrevolución, como lo evidenció el 18 de julio. Estábamos en una situación bastante similar a la de mayo de 1981. En algunos momentos nos preguntábamos si en torno a esta época, no rondará la figura de Casares Quiroga y la de un Franco.

A primeros de julio de 1936, los peligros de golpe, según los informes de Prieto, alcanzaban su cota más alta. Como negativa contrapartida, el campo socialista ofrecía el cuadro más lamentable. La parte mayoritaria de izquierda del partido, en abierta oposición a su Ejecutiva, manipulada por Prieto; la dirección de la UGT, bajo la dirección de Caballero, en oposición a la del partido; la de las Juventudes, bajo la presidencia de Carlos Hernández, y la secretaría de Santiago Carrillo, en la vanguardia, involucrada en las querellas del partido. Todos estábamos embaucados en esa falsa línea. Casares Quiroga, impertérrito.

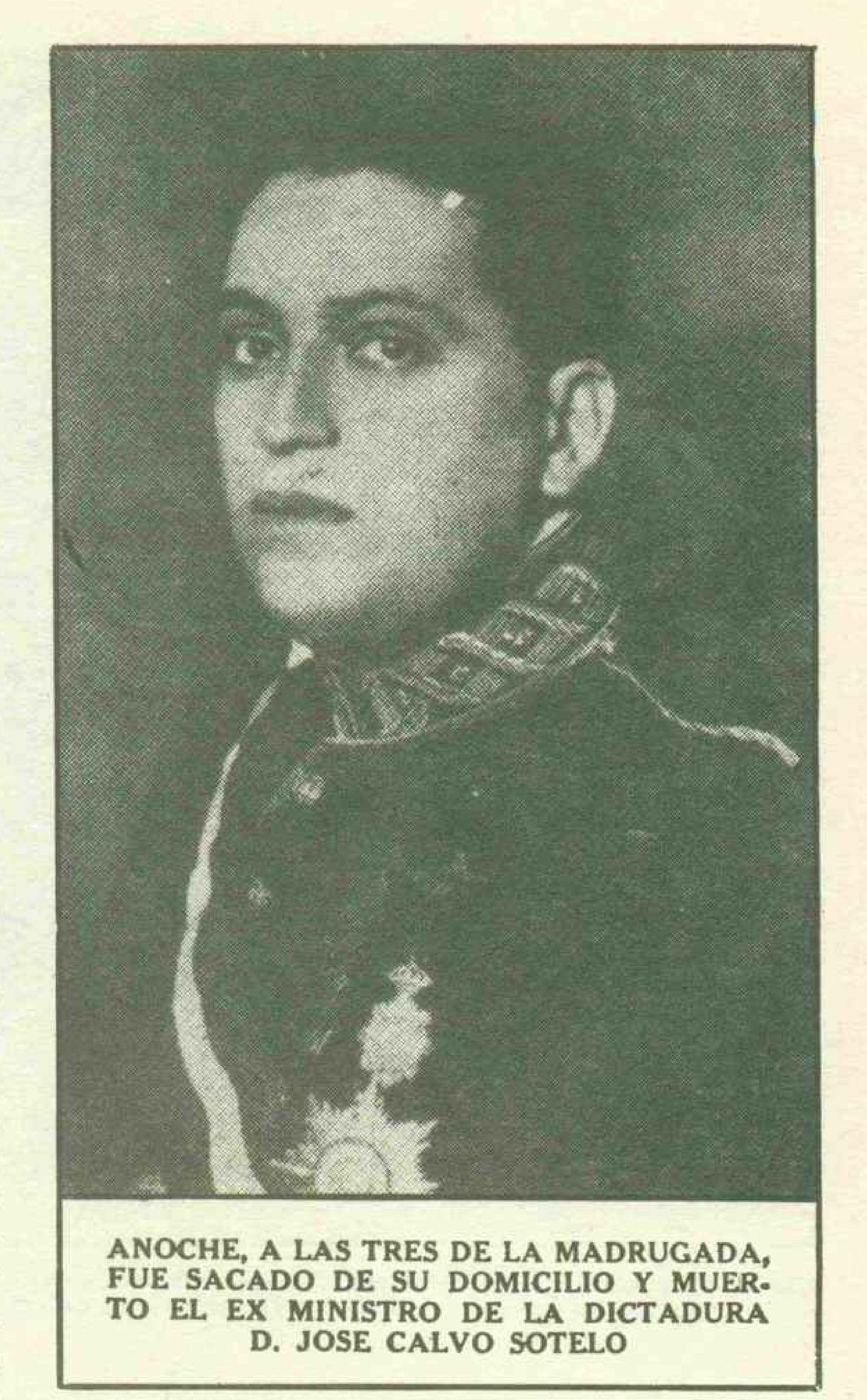
Estamos a finales de junio, la Ejecutiva del PSOE envía una convocatoria a la de la UGT para celebrar una reunión conjunta para examinar un problema urgente y de la máxima gravedad. En otras ocasiones se incluía a la juventud, en ésta se excluía. Se discute si se asiste o no a la cita. Fue una discusión dura en la que no intervino Caballero, que permanecía silencioso y como preocupado. Por mayoría se acuerda no asistir, votando en contra Pretel, P. Tomás y Rosal. Celebrada la votación, interviene Caballero para señalar que el no asistir entrañaba una gravedad y utiliza los mismos argumentos que había expuesto la oposición. José Díaz Alor, que presidía, intervino para decir: «Después de lo dicho por Caballero, creo que interpretando el sentir de los compañeros que votamos en contra, nos "revotemos"». Se acuerda, después de la «revotación», que asista, como observador, Manuel Lois y que de inmediato dé cuenta a la C. E. de lo sucedido. La información del delegado fue escueta y

concreta: Prieto anunciaba la inminencia de un golpe de Estado. La mayoría estimó que se trataba de un chantaje más de Prieto que quería el poder. Con algunas otras manifestaciones antiprietistas se daba por terminada la reunión. Al verbo «revotar» le dedicó el autor de este trabajo un artículo en «Claridad» que fue criticado por algunos compañeros de Ejecutiva por considerar que había quebrantado el secreto de la reunión.

A los pocos días de la reunión que acabamos de citar, estaba convocado en Londres el VII Congreso de la Federación Sindical Internacional al que asiste Caballero con la casi totalidad de la Comisión Ejecutiva de la UGT y un grupo del Comité Nacional, en el cual figuraba Ramón González Peña, presidente del PSOE y secretario general de la Federación de Mineros. En esa delegación unitaria, figuraban tres delegados comunistas: Pedro Martínez Cartón, Luis Delage y César García Lombardía. En el Congreso se iba a discutir el problema de la unidad sindical internacional.

Los lamentables asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo, sorprendieron en París a la delegación. Cuando llega a Madrid ya se había iniciado la sublevación en Canarias y Marruecos con las repercusiones inmediatas en la Península. En El Escorial, una delegación de las juventudes, creo que Carrillo y Cazorla, esperaban el tren para recoger a Caballero y Vayo con el fin de adelantarles las informaciones sobre la situación. El resto de la delegación siguió en tren. Nada más llegar, la Ejecutiva de la UGT quedaba reunida en sesión permanente en su domicilio de Fuencarral, 93. Desde ese momento nos incorporaríamos a la vorágine de la movilización del movimiento obrero madrileño y a las relaciones con el de provincias.

Madrid era un gigantesco hormiguero humano en multitudinaria movilización. En la Casa del Pueblo, en los círculos de barriada, en los locales de las federaciones, se agolpaban los trabajadores pidiendo armas, orientaciones, multiplicándose en iniciativas. Se vivía bajo una actividad febril. El Sindicato de Radiotelegrafistas, sus dirigentes, Juan Naves y José Satue, de inmediato, instalan en el domicilio de la Comisión Ejecutiva una emisora, «Radio UGT». Su primer mensaje a las organizaciones fue ordenando la huelga general; que solicitaran de los gobernadores civiles la entrega de armas; que se pusieran en relación con las fuerzas de orden público así como con los elementos del Ejército que se mantuvieran leales a la República y a sus instituciones. Los gobernadores, en general, no entregaron las armas y en los militares hay dos fallas fundamentales: La del coronel



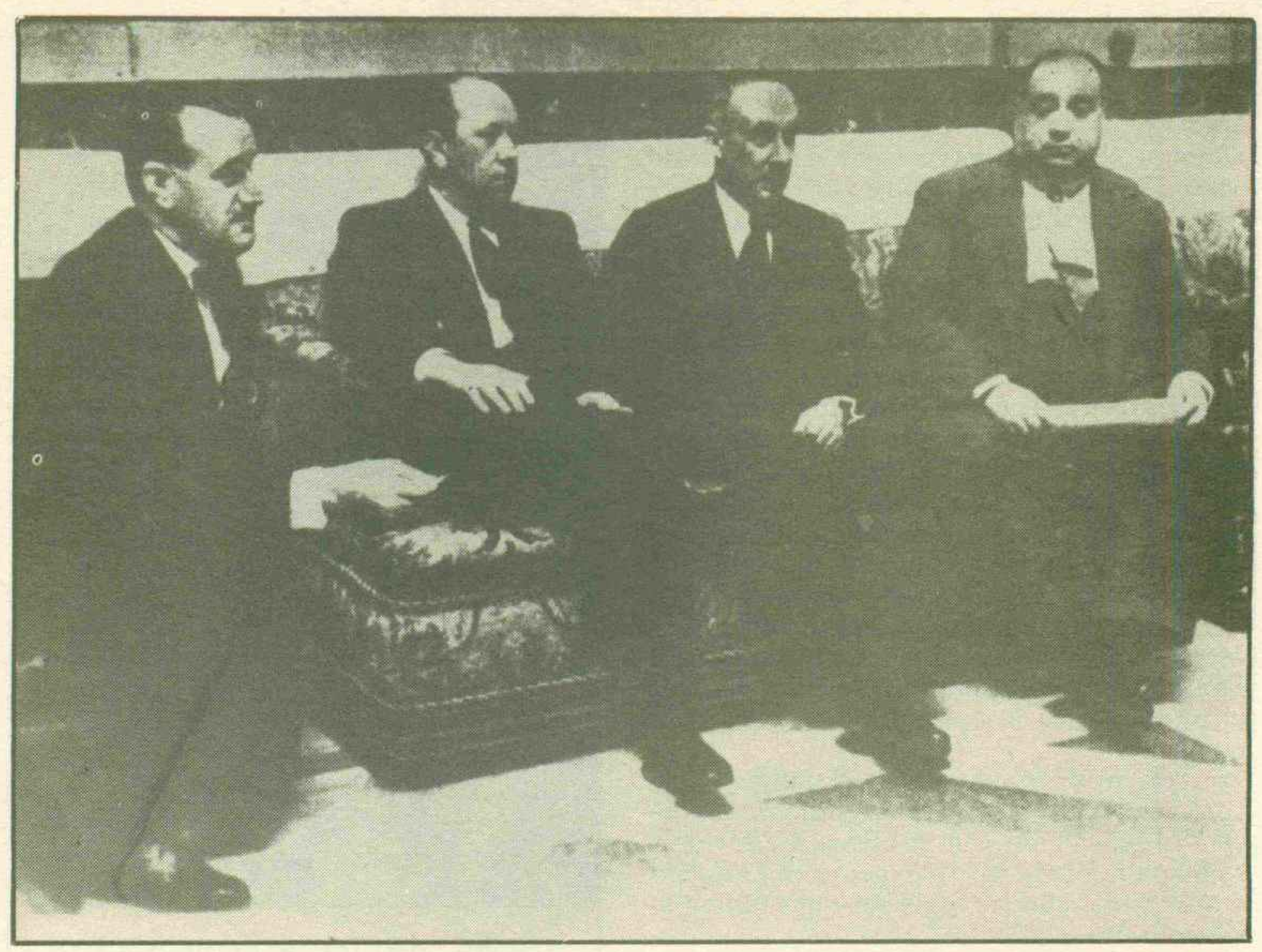
ANOCHE, A LAS TRES DE LA MADRUGADA, FUE SACADO DE SU DOMICILIO Y MUERTO EL EX MINISTRO DE LA DICTADURA D. JOSE CALVO SOTELO

Gil Robles, a Francia

San Sebastián, 13.—Con dirección a Francia pasó esta mañana la frontera el Sr. Gil Robles. (Febus.)

El asesinato de Calvo Sotelo en la prensa de la época (13 de julio de 1936).

Aranda, masón y en el que Prieto tenía una gran confianza, y en Zaragoza la de Cabanellas, también masón, que no sólo se subleva, sino que fusila al general Núñez del Prado, enviado por el Gobierno a Zaragoza. Las notas del Gobierno teniendo por vocero al subsecretario de Gobernación, Ossorio Tafall, son el reflejo de la irresponsabilidad del Presidente. Según ellas, en todas partes el Gobierno dominaba la situación y reinaba la normalidad. El día 9, Ossorio Tafall desmentía los rumores de un golpe. «ABC» terminaba su artículo de fondo en los siguientes términos: «¿Vamos a declarar alarmista a Prieto...? Su alarma proviene del estado pesimista y medroso de su espíritu». Prieto, en «El Liberal» de Bilbao, escribía: «A cuantos estas líneas leyeren, correligionarios y afi-



Diputados de la minoría que constituye el Bloque Nacional, antes de retirarse del Parlamento, tras conocerse el asesinato de Calvo Sotelo. De izquierda a derecha, en la foto: conde de Vallellano, Gil Robles, Ventosa y Cid (13 de julio de 1936).

nes, exhorto a vivir prevenidos. Conviene estarlo siempre; pero mucho más en determinadas circunstancias que exigen hallarse alerta».

El día 11, dos días antes de la sublevación en Canarias y Marruecos, habíanse celebrado maniobras de concentración de los Ejércitos de las dos zonas en el territorio del Rif bajo la dirección del general Gómez Morato —masón— y el Alto Comisario, Alvarez Buylla. Tomaron parte en esas maniobras 18.000 hombres, 11 baterías de artillería y la escuadra aérea de Marruecos, así como, por primera vez, seis banderas del Tercio y todos los grupos de Regulares. A los pocos días el general Gómez Morato y Alvarez Buylla, serían fusilados y grandes contingentes de esas fuerzas pasarían a la Península «a sofocar un movimiento comunista». Antes de esas maniobras, una delegación del Frente Popular de Ceuta se había trasladado a Madrid para denunciar las conspiraciones ante el ministro de la Guerra. Nos correspondió acompañar a esa delegación. Fue en esa ocasión cuando Casares nos dijo que estaba deseando que salieran a la calle para meterlos a escobazos en los cuarteles.

«Claridad» seguía defendiendo «al hombre fuerte». A grandes titulares diría: «El Gobierno de Casares, robustecido»... La prensa, sometida a la censura, se debatía en el mayor desconcierto. El día 18 aparecen unos cuantos decretos: Anulando la declaración del Estado de guerra en todas las plazas de la Península, Marruecos, Baleares y Canarias; la disolución de todas las unidades del Ejército que tomaran parte en el movimiento insurreccional; licenciando las tropas cuyos cuadros de mando se hubiesen colocado frente a la legalidad republicana; cesando al general Francisco Franco, al general González Heredia, al general Gabriel Queipo del Llano... Firman los Decretos Azaña y Casares Quiroga.

Ese mismo día «el hombre fuerte se desmorona». Dimite y a las cuatro de la mañana se constituye un Gobierno relámpago presidido por Martínez Barrio; en Guerra, el general Miaja; Marina, Giral, y Estado, Justino Azcárate. El Gobierno ni siquiera llegó a tomar posesión. Una imponente manifestación de hostilidad al equipo considerado de la claudicación lleva a la constitución de un nuevo Gobierno presidido por Giral; guerra, gene-

ral Castelló; Gobernación, general Pozas; Estado, Augusto Barcia. Todos estos acontecimientos ocurren del 18 al 19; en menos de 24 horas.

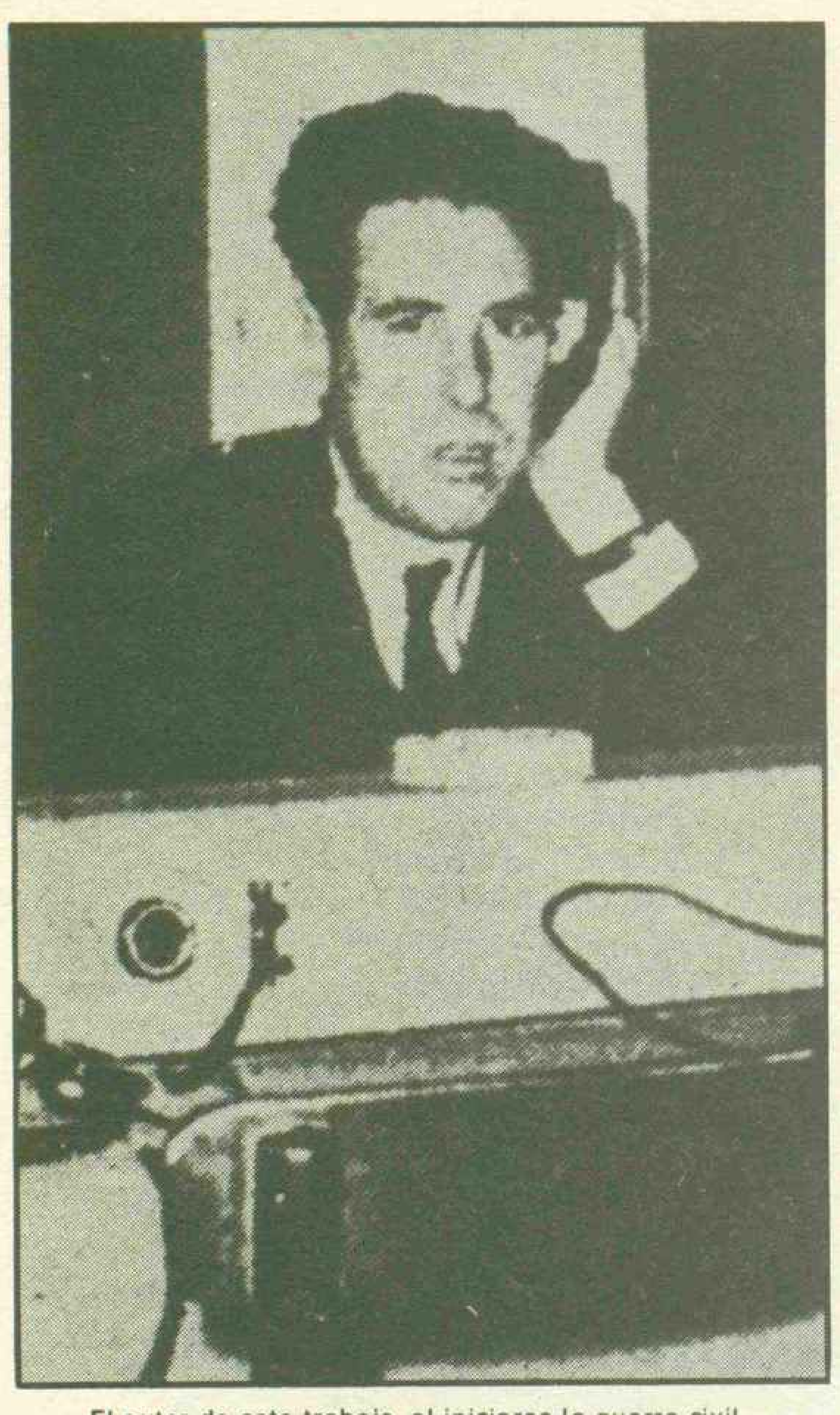
Por «Radio UGT» se leyó un mensaje elaborado por Baraibar, llamando a los soldados a la deserción, y otro de Mohamed Torres, un árabe de la zona del Marruecos español, llamando a sus compatriotas a que se rebelaran en contra de quienes trataran de enviarlos a España a luchar en contra de los españoles. Torres llegó a ocupar altos cargos después de la independencia de su patria. Pertenecía a una rica familia de Tetuán que conservaba el apellido de origen levantino. La estación de «Radio UGT» jugó un gran papel. Mantuvo comunicación con las radios de La Felguera y San Sebastián hasta la caída de aquellas plazas. Recordamos las angustiosas llamadas del gobernador Amilibia desde San Sebastián, en S.O.S., pidiendo municiones que no se le podían enviar mientras al otro lado de la frontera había varios vagones cargados de armamento bloqueados por el gobierno del Frente Popular del socialista León Blum. Por falta de municiones cayó Irún y aquella parte de la frontera.

Largo Caballero mantenía una estrecha amistad con el coronel Rodrigo, jefe del cuartel de artillería del Pacífico. Le llama por teléfono desde la UGT para preguntarle si estaba dispuesto a entregar los fusiles que tuvieran disponibles, contestándole afirmativamente. Caballero encomienda esa gestión a Margarita Nelken y a Rosal, los que inmediatamente se desplazan al cuartel del Pacífico. Dos horas más tarde estaban cargados en camiones cientos de fusiles; quedaban muchos más, pero sin cerrojos. Por una medida especial, elementos comprometidos en el movimiento, habían dispuesto que los cerrojos se depositaran en el Cuartel de la Montaña, en el que, como se sabe, pernoctaba el general Fanjul con un grupo de falangistas disfrazados de soldados.

Cuando se estaban cargando los fusiles, en un momento en que nos encontrábamos en el despacho del coronel, éste recibe una llamada telefónica desde Carabanchel, del general Cardenal, preguntándole si era cierto que estaba armando al pueblo. El coronel, con el aplomo y serenidad que le caracterizaba, le contestó afirmativamente, a lo que el general le replica que quedaba destituido y arrestado. El coronel Rodrigo nos trasladó la conversación con su superior, sin inmutarse. Los fusiles salieron para el Círculo Socialista del Sur, calle de Valencia, y allí fueron repartidos a unos contingentes de obreros y de la juventud. Con esos fusiles el te-



Una gran multitud rindiendo el último homenaje a los restos del teniente Castillo.



El autor de este trabajo, al iniciarse la guerra civil.

niente coronel Mangada y el italiano Fernando de Rosa, organizaron las primeras milicias que, con contingentes de Guardias de Asalto, contribuyeron a la rendición de los cuarteles de Carabanchel. Una vez logrado ese objetivo, hechos prisioneros los jefes y oficiales, y el general García de la Herranz, jefe de aquellos sublevados, milicias y Guardias de Asalto marcharon hacia la sierra, a impedir que las fuerzas falangistas de Valladolid y Segovia se descolgaran por aquel frente.

En los días de julio, después de iniciada la sublevación, la Casa del Pueblo de Madrid, en relación directa y permanente con la Ejecutiva de la UGT, como ya se señaló, transformóse en un verdadero cuartel general y centro de dirección y coordinación de la clase obrera y pueblo madrileño, con los organismos oficiales, aportando una valiosa ayuda a las disposiciones de los organismos oficiales y a las disposiciones de las autoridades militares. He aquí un ejemplo de esa colaboración: El general Castelló, ministro de la Guerra, solicita de la UGT la movilización y reclutamiento de trabajadores para realizar los trabajos de fortificaciones. La Federación de la Edificación, en pocas horas, tenía concentrados a cientos y cientos de sus afiliados que se hacían cargo de los picos y palas que simultáneamente habían sido concentrados en la Casa del Pueblo. Se daba el caso de que faltaban picos y palas y sobraban

«El Gobierno del Frente Popular que, como sabéis, está inquebrantablemente apoyado por las organizaciones proletarias, es dueño de todos los resortes del poder y se dispone a utilizarlos con la energía necesaria en la defensa del régimen y de la democracia popular. Deseoso de evitar estériles derramamientos de sangre os invita a que depongáis las armas inmediatamente, advirtiéndoos que de no hacerlo así en un plazo perentorio, la aviación, cumpliendo las órdenes que ha recibido, bombardeará y destruirá todo foco de criminal rebeldía contrarrevolucionaria. ¡Viva la República! ¡Viva la Revolución democrática!»

Original de una de las primitivas octavillas lanzadas desde los aviones del Gobierno, en las primeras horas de la sublevación. Fue redactada por el entonces Director de «CLARIDAD», Carlos Baraibar.



Los generales Riquelme y Castelló, ambos leales al Gobierno legítimo de la República, durante las primeras operaciones de la guerra.

hombres. De Piamonte, 2, salían los primeros batallones de fortificaciones, puestos a disposición del ministro de la Guerra, imbuidos de un emocionante entusiasmo y de una elevada moral antifascista. En torno a los grupos que realizaban los trabajos de fortificación, agrupábanse mujeres, niños y ancianos que, poseídos del mismo entusiasmo y moral de los milicianos, se incorporaban a los trabajos, aportando sus propias herramientas, sus carretillas, sacos, todo lo que encontraban a mano que pudiera ser utilizado en la construcción de las trincheras. Así se fortificó Madrid en los primeros días del movimiento.

Las masas puestas en marcha por una gran motivación, tienen una capacidad creadora formidable. Multiplicándose en iniciativas, en la Casa del Pueblo, en todos los centros obreros, la labor de reclutamiento para la formación de milicias en los días —llamémosles del «18 de julio»—, era algo extraordinario, por el entusiasmo y la moral de aquellas masas enfervorizadas, anhelantes de obtener un fusil y ocupar un puesto en las brigadas, en las compañías, y marchar hacia el frente en busca del combate. Por ese heroísmo colectivo en defensa de la libertad y la democracia, Madrid fue considerada como la capital del antifascismo. En la febril tarea de la creación de las primeras milicias en aquellas horas dramáticas que titulamos «del 18 de julio», merecen ser destacados algunos nombres de militares profesionales, como los de Mangada, Cuervo, Asensio, Barceló, Orad de la Torre, Carratalá, Benito, Condés, Vidal, Sabio, los hermanos Galán, Paco y José, fieles a la memoria de su hermano Fermín, con García Hernández, primeros héroes de la República. Los elementos dirigentes de las Juventudes Socialistas, jugaron un papel muy importante en la formación de las Milicias de la Juventud.

En los domicilios de los demás partidos políticos y organizaciones de la CNT, registrábanse, con menos volúmenes de masas, las mismas actividades, en particular en los del



El capitán de la Guardia Civil F. Condés, muerto en las operaciones desarrolladas en Guadarrama en defensa de la República.



Largo Caballero visita el Frente. A su llegada al Alto de los Leones, recibe la acogida entusiasta de milicianos y soldados.

Partido Comunista, con la creación de su famoso «Quinto Regimiento» y el «Batallón de Acero», que tan importante papel jugaron en los días del 18 de julio y, más tarde, con las Brigadas Internacionales, en la defensa de Madrid. Sus unidades fueron una aportación considerable a la transformación de las Milicias Populares en el Ejército Regular.

El 18 de julio, el Estado, sus instituciones, se habían derrumbado. Fueron los Comités del Frente Popular los que tuvieron que dar continuidad a la vida económica de las empresas abandonadas y asegurar la normalidad de los organismos oficiales. Milicias administrativas imbuidas de un sentimiento responsable, de orden y disciplina, enfrentábanse a las acciones provocadoras, incontroladas, de los elementos irresponsables, asegurando los servicios más importantes de las actividades públicas, económicas y administrativas.

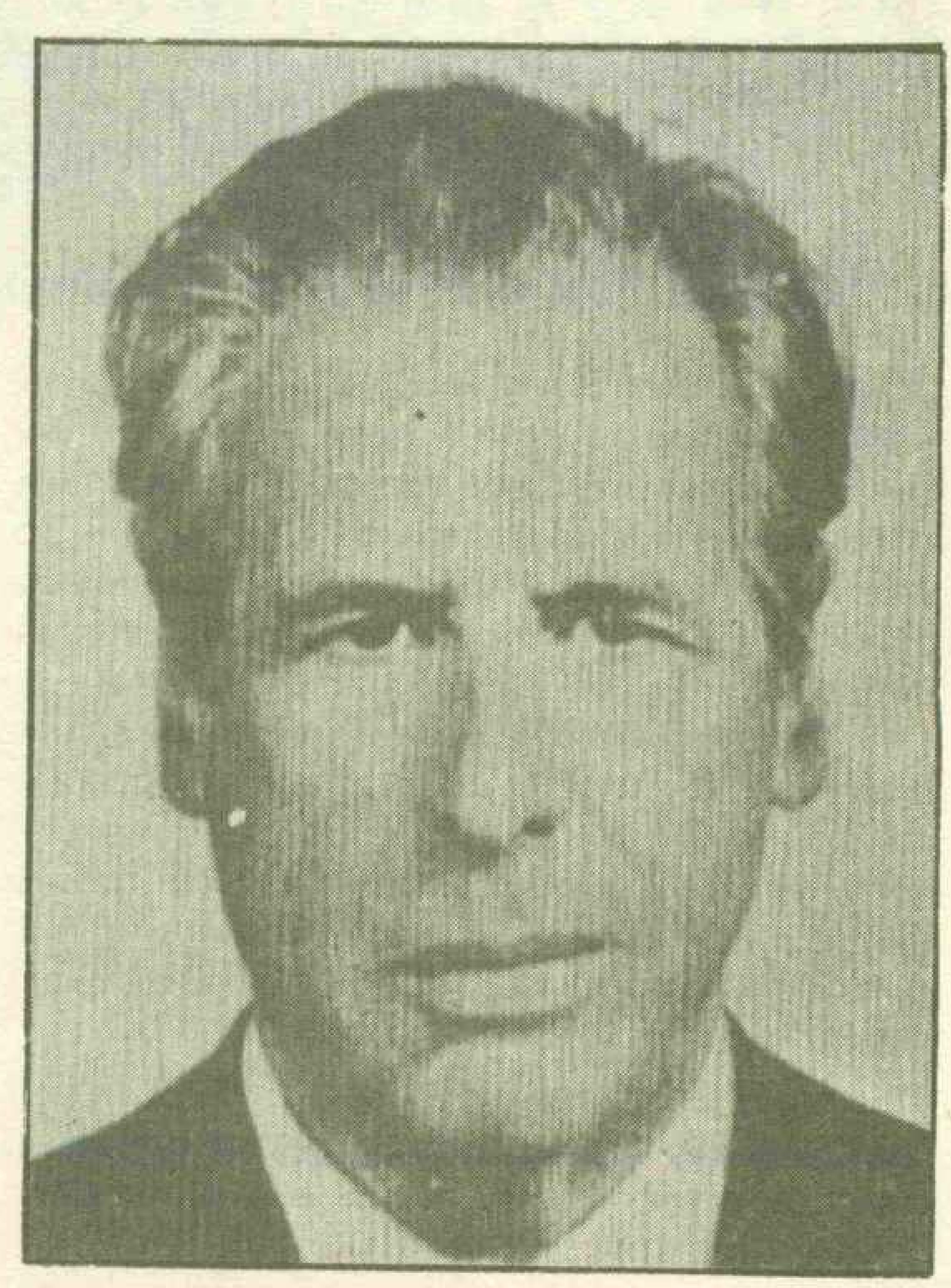
En la batalla de Madrid hubo una que no figuró en los partes de guerra, pero no por ello dejó de tener un gran valor estratégico. Nos referimos a la batalla por la defensa del oro del Banco de España. Cuando sobre Madrid avanzaban los ejércitos sublevados amenazando con la rápida toma de la capital, el Gobierno acuerda la evacuación del oro, de la plata y demás valores encerrados en las cámaras de seguridad del Banco de España. Había que realizar ese trabajo con el mayor secreto y máxima rapidez. Esa misión, esa batalla, fue encomendada a la Federación de Banca de la UGT. Un centenar de bancarios convirtiéronse en «milicianos de la economía». Encerrados en los sótanos del Banco —ni sus familiares sabían donde se encontraban—, dentro de las formalidades administrativas de rigor, cumplieron la misión encomendada y diez mil cajas quedaban depositadas en un fuerte de Cartagena. El secreto no fue posible, y el gobierno de Burgos, conocedor de la operación, condenaba a muerte por el delito de alta traición, a cuantos habían participado en la batalla del oro del Banco de España. Gracias a ella fueron posibles los tres años de resistencia a las fuerzas coaligadas del fascismo.

Indalecio Prieto, en su primera alocución desde el Ministerio de Marina, en los días del 18 de julio, henchido en aquellos momentos de euforia y optimismo que él mismo subrayaba como cosa rara en él, decia: «Ganará la guerra quien tenga el oro; nosotros lo tenemos; ganaremos la guerra». Tal vez recordaba la célebre frase de Napoleón: «Para ga-

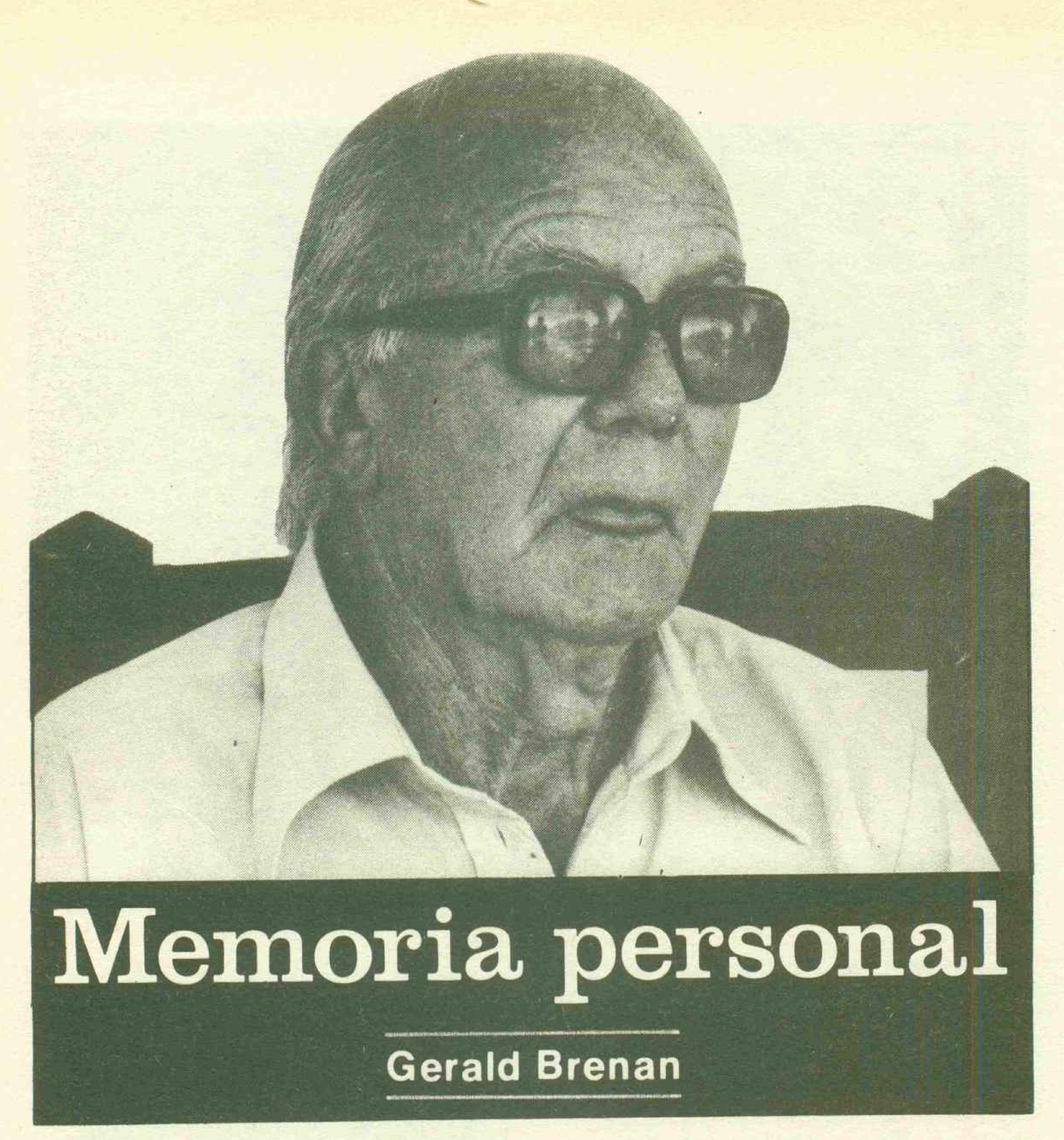
El teniente de Carabineros Galán, hermano de Fermín y Francisco, arenga a las Fuerzas leales que actúan a sus órdenes en el Frente de la Sierra.

nar la guerra —o para hacerla; citamos de memoria— hacen falta tres cosas: Dinero, dinero y dinero». La República no perdió la guerra por falta de dinero, sino por otras causas que en este 18 de julio de 1981 no entramos en ellas porque la batalla por la libertad, la democracia y su consolidación, en otro contexto histórico, por supuesto, en estos momentos, como en 1936, es la gran tarea, el reto ante el que, una vez más, está emplazado el pueblo español.

En un serio y profundo acto de contricción, hay que borrar odios ancestrales, pero que esto no lleve a olvidar, a renegar de las lecciones, positivas y negativas de la Historia. Sólo así estaremos en el camino de construir una nueva patria libre de traumas y rencores. Hasta mediados del siglo XIX, México se llamaba la Nueva España; en lo que queda del siglo XX, nuestro país tiene que ofrecer al mundo, a los pueblos hermanos de América, el ejemplo, la imagen de una «Nueva España» universalista en plenitud de libertades y democracia. No será por el camino de septiembre de 1923; por el de agosto de 1932; por el de julio de 1936 ni por el de febrero de 1981 como se alcanzará ese objetivo. ■ **A. del R.**



Amaro del Rosal, en la actualidad.



Memoria personal

Gerald Brenan

LA tarde del sábado 18 de julio cogí el autobús de Málaga para hacer algunas compras. Estaba tan acostumbrado a ver caras tensas y sonrisas heladas, llenas de aprensión, que en un principio no noté nada especial en el ambiente. Después me di cuenta de que los policías en la plaza de la Constitución parecían más nerviosos de lo normal. Estiraban el cuello para mirar calle arriba y calle abajo, se manoseaban los cinturones y uno de ellos estaba decididamente ojeroso. Lo achaqué a que llevaban muchos meses haciendo horas extraordinarias y no dormían lo suficiente.

Después de comprar las cosas que necesitaba fui a una librería de la calle Larios atendida por dos jóvenes muy serios e inmaculadamente vestidos. No tenían el libro que yo quería, una nueva publicación sobre la reforma agraria, así que cogí un ejemplar del diario local **El Popular** y empecé a leerlo. Los titulares decían, «Rebelión militar en Marruecos. Ceuta y Melilla capturadas por los facciosos», pero a continuación venían unas declaraciones tranquilizadoras del primer ministro Casares Quiroga: «El Gobierno es dueño absoluto de la situación. Nadie, absolutamente nadie en España, ha participado en esa absurda conspiración».

Decidí tomar un café rápidamente, recoger unos pantalones que estaban en el tinte y coger el trenecito para Churriana antes de que pasara algo. Pero cuando iba aún camino del café oí la música de una banda y vi al final de la calle un grupo de gente, hombres en su mayor parte, que avanzaban por la Alameda. Más allá venía una compañía de soldados. Un oficial marchaba delante de ellos mi-

rando al frente, los hombres seguían con las armas al hombro y a continuación venía una banda de música. Detrás la calle estaba abarrotada de obreros, y otros avanzaban junto a los soldados hablando con ellos.

«¿Qué vais a hacer?», preguntaban.

«Vamos a la Aduana a proclamar la ley marcial por orden del Gobierno».

«No, el Gobierno no ha ordenado eso».

«Bueno, ésas son **nuestras** órdenes».

Todos gritaban o hablaban muy excitados, así que como no deseaba verme envuelto en lo que fuera a suceder, decidí prescindir del café y volver a casa inmediatamente. Parece ser que otras personas tuvieron la misma idea que yo, porque las tiendas estaban echando los cierres, las mujeres y las personas mejor vestidas se apresuraban y las calles laterales se iban quedando desiertas. De repente, en lo alto de la calle Larios apareció un tropel de hombres corriendo para reunirse con los que seguían a los soldados. Pero, ¡y mis pantalones! Me hacían mucha falta, de manera que entré en el tinte que estaba muy cerca, y me enteré de que no estarían listos hasta el día siguiente por causa de una huelga.

Cuando salía oí unos disparos que venían de la Aduana y después el tableteo de los fusiles ametralladores.

«Ay, Dios mío*», exclamó la mujer de la tienda. «¿Qué es eso?».

«El levantamiento militar», contesté.

«Por Dios*, no me diga eso», dijo ella. «¡Qué criminales!».

Aunque no venían balas hacia la calle donde estábamos, todo el mundo había empezado a correr, unos pocos hacia donde sonaban los disparos pero la mayoría en dirección opuesta. Abandoné la idea de llegar a la estación, que hubiera significado cruzar la línea de fuego, y decidí coger el autobús. Tenía la parada muy cerca del mercado y saldría al cabo de unos minutos.

Aumentaba el tiroteo. Además del metódico tableteo de los fusiles ametralladores, se podía oír el seco ladrido de los rifles y de las pistolas. La intensidad del ruido era sorprendente: se diría que estaba en marcha una verdadera batalla. No parecía haber ninguna razón para dejarse ganar por el pánico y no corrí como todo el mundo, aunque apreté el paso. Al torcer la esquina antes de llegar al mercado vi desaparecer el autobús en lontananza. Un hombre de edad, uno de los dos fontaneros de nuestro pueblo, llegó al mismo tiempo que yo. Sacó un enorme reloj niquelado y lo miró.

«Ha salido siete minutos antes de la hora», exclamó. «Todo porque se están oyendo unos tiros. **¡Vaya, qué cobardes!***».

«Tendremos que andar», dije. Y nos pusimos en camino.

Al llegar al puente al final de la Alameda descubrimos que las balas pasaban zumbando entre las ramas de los árboles y rebotaban en el parapeto de piedra. El autobús se había aventurado a cruzarlo. No nos sentimos inclinados a correr ese riesgo de manera que dimos la vuelta para cruzar el río por otro puente. Tuvimos que atravesar un barrio popular. Las calles estaban llenas de hombres y mujeres que se afanaban como hormigas cuando se mete un palo en un hormiguero. Unos cuantos corrían pistola en mano para unirse a la lucha, mientras que los demás hablaban excitados. Llegamos a la carretera general y conseguimos que un camión nos dejara en casa.

Cuando me desperté a la mañana siguiente lo primero que hice fue escuchar. No se oía nada. Vi a María, nuestra criada, cogiendo unas rosas en el jardín y salí a preguntarle qué noticias había.

«Dicen que los fascistas han sido derrotados», contestó, «y que ahora van a hacer la revolución».

Hablaba muy enfadada y casi sin mirarme, porque no le gustaba nada el **comunismo libertario*** ni, a decir verdad, cualquier otra cosa nueva.

«Puede verlo desde el **mirador»**», dijo. «La mitad de Málaga está ardiendo».

Fui a mirar. Altas columnas de humo se alzaban desde varias partes de la ciudad. La noche anterior vimos dos fuegos antes de irnos a la cama; ahora parecía haber por lo menos veinte.

Desayunamos como de costumbre en el jardín debajo del níspero. Antonio escardaba las patatas como si nada hubiera sucedido. Las cañas de Indias, las dalias y las rosas brillaban con el sol de las primeras horas de la mañana y las mariposas rojas y de color azufre revoloteaban perezosamente a su alrededor. Parecía imposible creer que acababa de empezar una revolución anarquista.

María salió con aire serio a retirar los platos del desayuno.

«Se pueden ver unas cosas estupendas en la calle», dijo.

«¿Qué es ello?».

Se quedó allí con los brazos cruzados y una sonrisa irónica en los labios.

«Vaya a verlo usted mismo», dijo. «Quizá quiera unirse a ellos».

Entramos en la casa y miramos por una de las ventanas del piso alto. Camiones y automóviles cruzaban a toda velocidad llenos hasta los topes de obreros armados con fusiles, pistolas, cuchillos e incluso espadas. Iban sentados sobre el techo, de pie sobre los guardabarros, colgando del cuello de los conductores o asomando por las ventanillas; todos apuntando con sus armas hacia la calle, de manera que los camiones estaban literalmente erizados de ellas. Saludaban a los que pasaban con el brazo izquierdo doblado y el puño cerrado, exclamando **Salud*** y seguían apuntando con sus armas hasta que se les devolvía el saludo de la misma manera. En todos los camiones y coches ondeaban al viento banderas rojas con letras pintadas sobre ellas: C.N.T., F.A.I., U.G.T., U.H.P., pero nunca P.C. Algunos iban a toda velocidad entre vítores poco entusiastas, mientras otros casi se arrastraban.

«¿Qué están haciendo?», pregunté.

«Son patrullas armadas», dijo Rosario, «y buscan fascistas».

«Fusilan a todos los ricos», dijo María. «Tenga cuidado no le fusilen a usted».

«Calla, mujer*», dijo su hermana. «Don Geraldo no es un fascista. Aquí la única fascista de verdad eres tú».

«Sí», dije yo. «Vamos a denunciarla».

Alonso el pintor, nos había seguido al piso de arriba.

«Estoy seguro», dijo, «si se trata de eso, que Don Geraldo es tan buen comunista como cualquiera de nosotros».

«Claro que lo soy», dije. «Quiero que todo el mundo sea tan rico como yo».

«Eso es verdadero comunismo», dijo Alonso. «Aquí, la mayoría de los comunistas sólo quieren que todos sean tan pobres como ellos».

«Bien», exclamé, «¡la gran Revolución ha llegado al fin!».

«¡Qué revolución!*», dijo despectivamente. «¿Qué se cree usted que va a pasar? **Nada***».

Una pareja de jóvenes del **comité*** del pueblo, con unos mosquetes antiquísimos, vino a hacer un registro en busca de armas. Fueron muy corteses. Dije no poseer ninguna pero que no tenía *inconveniente* a que registrasen la casa. Aunque evidentemente no me creyeron, puesto que cualquier persona en España que podía comprar una pistola lo había hecho, fingieron lo contrario.

«Estas son las armas de don Geraldo», dijo Rosario, apareciendo con una porra de endrino irlandés que yo llevaba cuando salía de patrulla durante la primera guerra mundial.

«Está a su servicio», dije.

La examinaron admirativamente.

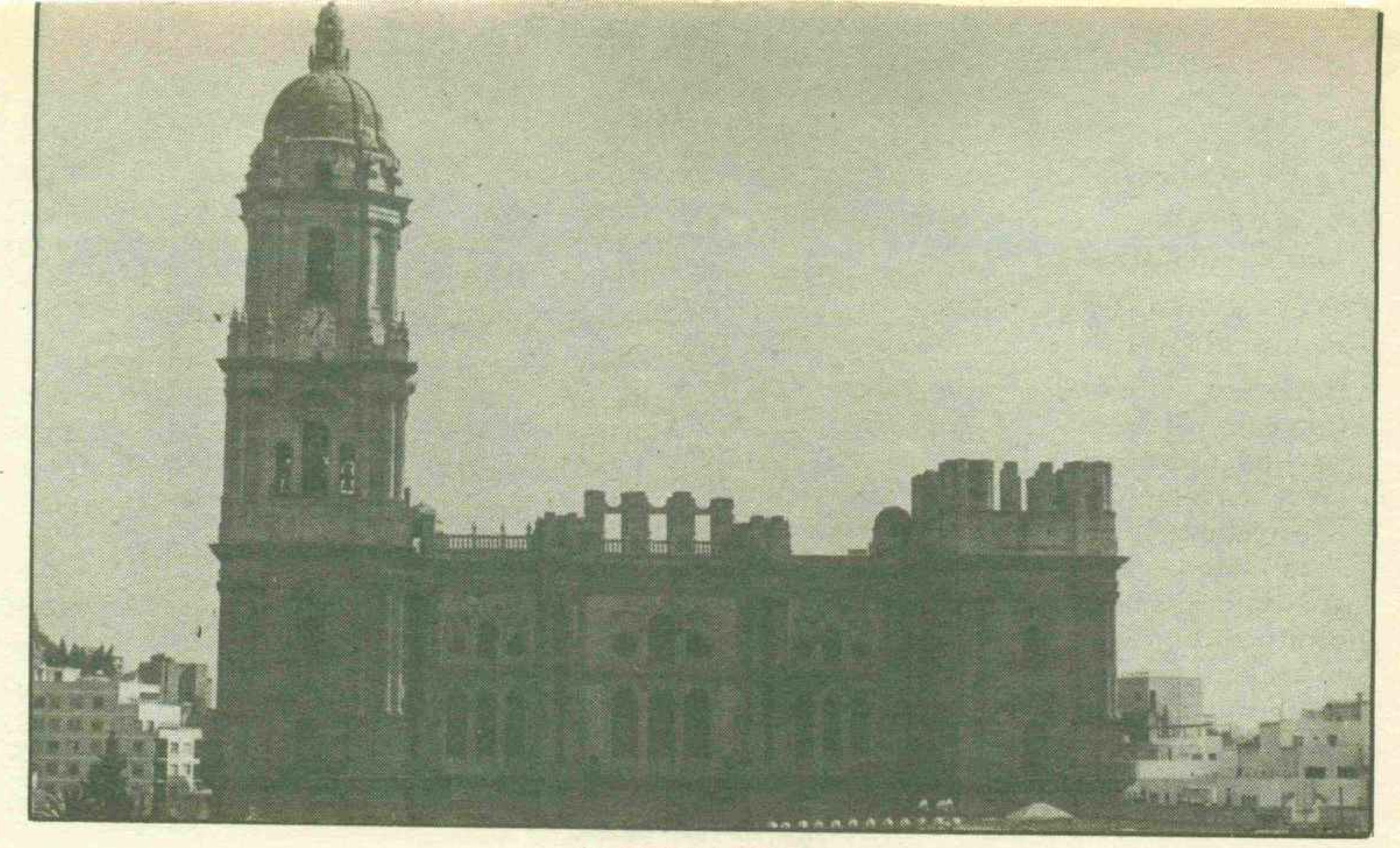
«Caramba*, con eso se puede matar fascistas», dijeron, «pero no se la vamos a quitar».

«Por supuesto que no», dijo Rosario, que tenía un carácter algo agitanado. «Lo necesitamos nosotros. Aunque no lo sepáis, don Geraldo es más comunista libertario que vosotros».

Una gran nube de humo flotaba sobre Málaga. Con los prismáticos pude distinguir treinta o cuarenta casas que estaban ardiendo. Me dijeron que prendían fuego a todas las casas de los fascistas. Al anochecer el espectáculo era impresionante y nos llegamos hasta la iglesia para verlo mejor. Un pequeño grupo se había reunido allí, pero nadie parecía saber más que nosotros sobre lo que estaba ocurriendo. Debido al fracaso de la sublevación militar en Málaga, se daba por hecho que había sucedido lo mismo en todas partes. Pocos miembros de la clase obrera veían más allá de su provincia.

EL tiroteo continuaba con la misma intensidad en la dirección de la Aduana. Una ametralladora disparaba en la calle Larios de cuando en cuando, aunque estaba completamente vacía. Hacia el anochecer llegó un hombre con una camisa roja y un brazo en cabestrillo con manchas de sangre. En la otra mano llevaba una lata de gasolina. Arrojó algo del líquido sobre la puerta de una tienda que estaba justo enfrente y luego echó una cerilla encendida. El fuego prendió inmediatamente. Al ver que las llamas subían el hombre inició una especie de danza jubilosa. Después dando tumbos y haciendo cabriolas, cruzó la calle hacia ellas y echó el resto de la gasolina contra una librería —la misma que yo había visitado unas horas antes— situada en la casa siguiente a la que servía de asilo a Jan Woolley y a su hija, pero separada de ella por una callecita muy estrecha. Luego desapareció.

Las dos casas se incendiaron rápidamente. El calor procedente de la librería pronto se



La catedral de Málaga.

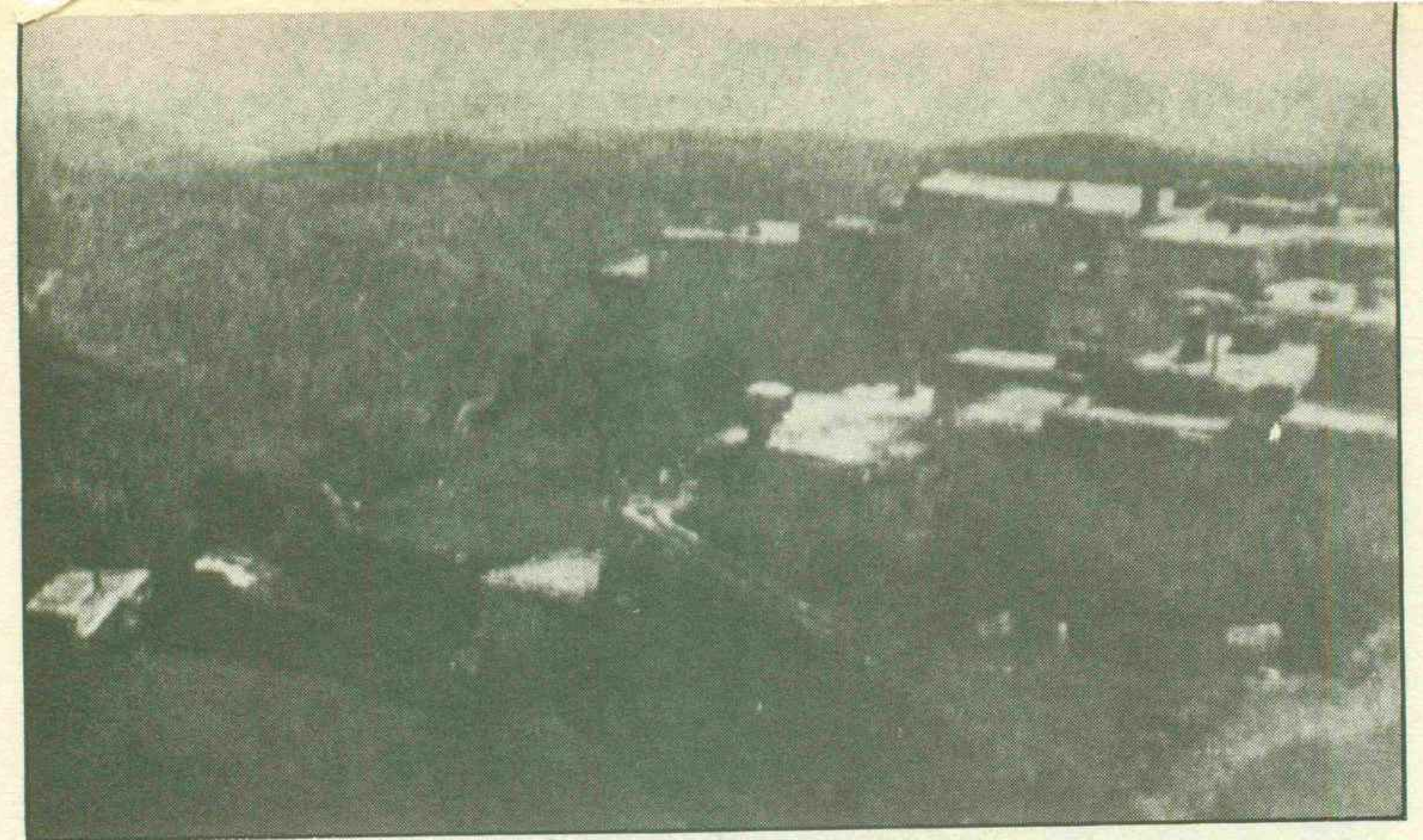
hizo muy intenso y el fuego se propagó al toldo del café de abajo. Los soldados, transportados hasta allí desde el edificio de la Aduana, tomaron posesión de la calle. Apostaron piquetes en las esquinas y los oficiales paseaban arriba y abajo entre los fuegos como si nada estuviera pasando. Las personas del apartamento en que se encontraba Mrs. Woolley conocían a algunos y se asomaron a las ventanas para hablar con ellos. Para entonces el fuego de las ametralladoras y los disparos de fusil habían cesado. Pronto empezaron a desperdigarse los soldados y los oficiales terminaron también por desaparecer.

Mientras tanto las llamas de la librería daban un calor casi insoportable, el café de abajo se incendió y ellas comprendieron que si no se marchaban arderían también. Con un martillo de partir carbón tiraron el tabique que les separaba de la casa de al lado y siguieron empleando la misma técnica para avanzar calle abajo. Casi ninguno de aquellos pisos lujosos estaba ocupado, ya que los propietarios habían sido avisados con tiempo, y probablemente estaban ya en Gibraltar. Pero en algunas de las casas la gente había disparado desde los tejados y Jan Woolley tenía la impresión de que por esa razón la familia del segundo piso se había negado a recibirlas.

El resto de aquella noche pasó tranquilamente, si se exceptúa el crepitar de las llamas, tan fuertes que resultaba necesario gritar para entenderse. El aire era tan sofocante que no cabía pensar en dormir. Al amanecer hubo un momento aterrador. De las estrechas calles, a su izquierda, que daban a la Plaza de la Constitución, fue saliendo una densa masa de trabajadores, todos armados, llevando banderas rojas y avanzando con decisión. Gritaban y cantaban al andar, pero el sonido que se alzaba de aquella masa enfurecida no era un ruido humano, sino más bien el rítmico vibrar de una dinamo.

Siguieron adelante en línea recta, llenando por completo la amplia calle y después se detuvieron frente a una casa. Rompieron la puerta, registraron las habitaciones rápidamente y después de echar gasolina sobre los muebles la prendieron fuego. Lo que más llamó la atención de Jan Woolley fue la forma tan metódica que tenían de trabajar. Las casas eran seleccionadas con cuidado y a las personas que estaban dentro se las avisaba antes de iniciar el fuego. Después llegó el coche de los bomberos y se quedó allí para evitar que las llamas se extendieran a las casas vecinas. Las razones para la selección no estaban del todo claras. Normalmente debía de tratarse de casas pertenecientes a los peces gordos de la derecha, pero a veces parecía que incendiaban algunas casas porque habían visto a gente disparando desde ellas. Jan distinguió con claridad hombres que corrían por los tejados y disparaban sobre el apretado gentío que llenaba la calle.

Para las ocho la multitud se había trasladado a otra zona de la ciudad dejando que la calle se quemara sola. Jan y su hija decidieron salir y escapar a toda prisa, mientras que sus anfitriones, que les habían tratado todo el tiempo con gran amabilidad, prefirieron quedarse donde estaban. Les ayudaron a des-



Yegen, visto desde el Este.

colgarse por una ventana a un callejón detrás de la casa. Su problema inmediato era encontrar un hotel donde les dieran café y se les permitiera descansar, pero Jan no conocía bien la ciudad y hablaba poco español. Se tropezaron con un inglés, aparentemente uno de los comerciantes de la ciudad, pero tenía mucha prisa y no se ofreció a escoltarlas hasta un sitio seguro. Un obrero español las tomó bajo su protección y las condujo a un hotel junto a la catedral. Allí se sintieron a salvo. Estaban haciendo café y les habían asignado ya una habitación cuando llegó un grupo de incendiarios y ordenó que evacuaran el hotel porque iban a prender fuego a una imprenta de los conservadores en la casa de al lado y había peligro de que se extendiera al hotel.

Decidieron entonces volver a Torremolinos si era posible. Otro obrero se ofreció a protegerlas y trató de encontrarles un taxi, y, cuando esto resultó imposible, de que las llevaran en el camión de una de las patrullas armadas, pero todos iban hasta los topes. De manera que no quedaba otra solución que andar. Como la carretera general parecía estar demasiado concurrida, decidieron hacerlo por la playa. Pero sus aventuras no habían terminado aún. Cuando pasaban junto a las chozas de los pescadores, se vieron acosadas por unas mujeres que les pedían dinero y no se libraron de ellas hasta haberles entregado todo lo que tenían. Después tuvieron que vadear el río, pero al llegar al banco de arena en la otra orilla, lo encontraron ocupado por una manada de toros negros. Esto significaba dar un rodeo tierra adentro hasta el puente del ferrocarril, y a partir de ahí siguieron la vía que llevaba a Torremolinos. En total, unas diez millas por terreno accidentado.

Avanzaba la tarde y si quería llegar a casa antes de que se hiciera de noche tenía que salir inmediatamente. Crucé colinas bajas de tierra roja plantadas de olivos. A mi izquierda las montañas estaban adornadas con sombras profundas, como pliegues en una tela gruesa, mientras a mi derecha veía el mar, liso y tranquilo como una losa de mármol y de un color cobalto tan intenso que hacía pensar más en un raro y precioso **objet de luxe** que en un elemento de la naturaleza. Me detuvo una patrulla de dos hombres armados con fusiles, pero me dejaron pasar. Después vi una columna de humo que se alzaba delante de mí. Al alcanzar la cumbre de la colina me di cuenta que procedía de un cortijo muy grande, cuyo propietario, don Eugenio Gross, un hombre afable pero de genio brusco, no gozaba de simpatías entre sus jornaleros.

«AQUI radio Barcelona. Aquí radio Barcelona. Ha sido restablecido el orden. El orden ha sido completamente restablecido. Los aviones del pueblo de la España democrática acaban de salir para bombardear Zaragoza. Ha sido restablecido el orden. Todos los que disparen desde los tejados de las casas, todos los que tengan las persianas bajadas, todos los que no entreguen sus armas o escondan a algún fascista serán juzgados sumarísimamente...»

La voz estridente del locutor barcelonés y sus breves frases repetidas como conjuros daban

una aterradora imagen de guerra y calamidades. En la estación de Madrid había más calma. El locutor hablaba en un tono correcto, sin apresuramientos, resultando casi tan tranquilizador y condescendiente como los de la BBC. Pero las frecuentes interrupciones del programa, las instrucciones para capturar a los que disparaban desde los tejados y la inmediata refutación de todo lo que se decía en Lisboa o Burgos eran menos alentadoras. Una vez a medianoche el presidente de la República, don Manuel Azaña, habló. Pronunció un emotivo discurso, pidiendo firmeza y decisión para enfrentarse con una rebelión injustificada de las fuerzas armadas y ofreciendo la esperanza de libertad y justicia para todo el mundo, fueran cuales fuesen sus simpatías u opiniones.

La única estación de los rebeldes que podíamos oír era Sevilla. Aquí la atracción estelar era una asombrosa personalidad de la radio, el general Queipo de Llano, que con su audacia y energía había ganado para los insurgentes una ciudad clave, Sevilla, con sólo un puñado de tropas. Sus programas, retransmitidos de noche, eran precedidos por una introducción encaminada, como el repiqueteo de castañuelas entre bastidores antes de que la **bailarina*** aparezca en el escenario, a aumentar la expectación.

«Dentro de cinco minutos hablará el excelentísimo señor general Queipo de Llano, comandante de las fuerzas del ejército de salvación en el sur de España... Dentro de tres minutos hablará el excelentísimo señor general... Dentro de un minuto...»

Después se oía el ruido de alguien que llegaba deprisa, una pregunta a su estado mayor: «¿Están esperando, no es cierto?», y a continuación empezaba.

Era una estrella de la radio. Toda su personalidad, cruel, bufonesca y satírica, pero maravillosamente viva y auténtica, llegaba a través del micrófono. Y esto sucedía porque no trataba de conseguir ningún tipo de efecto retórico, sino que decía simplemente lo que se le pasaba por la cabeza. Su voz aguardentosa (sólo más adelante me dijeron que no bebía) también colaboraba. Se sentaba allí, con su uniforme de gala y el pecho cubierto de medallas y con su estado mayor, vestido de la misma manera, en posición de firmes, detrás de él. Queipo se mostraba siempre natural y tranquilo. A veces, por ejemplo, no entendía sus anotaciones. Entonces se volvía a sus acompañantes y decía, «No veo lo que dice aquí. ¿Hemos matado quinientos o cinco mil rojos?».

«Quinientos, **mi general***».

«Bueno, no importa. Da lo mismo si esta vez sólo han sido quinientos. Porque vamos a matar a cinco mil; no, quinientos mil. Quinientos mil nada más para empezar, y después ya veremos. Escuche usted esto, señor Prieto. Me parece que oigo cómo el señor Prieto escucha a pesar de ¿cómo lo diría? de su... **diámetro**, debido a los millones del gobierno que se comió el otro día y... a pesar del espantoso miedo que tiene a que lo cojamos. Sí, señor Prieto, escuche usted bien, quinientos mil para empezar y cuando lo cojamos, antes de terminar con usted vamos a pelarle como una patata».

Sus emisiones estaban repletas de anécdotas groseras, chistes, insultos, cosas absurdas, todo extraordinariamente vivo y colorista pero estremecedor cuando nos dábamos cuenta de las ejecuciones en masa que se sucedían a su alrededor, de las que nos informaban los fugitivos, en una ciudad donde todos los trabajadores eran anarquistas o comunistas. Algunas figuras aparecían todas las noches en sus programas: Prieto, el socialista más moderado, siempre como **cacique*** gordo o como estafador y La Pasionaria como prostituta escapada de un burdel. Toda la derecha creía estas cosas, aunque en realidad era la mujer de un minero y una persona de vida muy austera. El nombre con que se la conocía era debido a su elocuencia.

Pero Queipo de Llano no soportaba a la Falange, aunque a veces tenía que dejarles utilizar la radio. En una ocasión cometió una equivocación y dijo **canalla fascista*** en lugar de **canalla marxista***. Una voz dolorida le corrigió.

«No, no mi general, marxista*».

«¿Qué más da?» dijo el general. «Los dos son **canaille**». Y luego, sin detenerse, «Sí, **canaille** roja de Málaga, ¡espera hasta que llegue ahí dentro de diez días! Me sentaré en un café de la calle Larios bebiendo cerveza y por cada sorbo mío caeréis diez. Fusilaré a diez», continuó a voz en grito, «por cada uno de los nuestros que fusiléis, aunque tenga que sacaros de la tumba para hacerlo».

La mayoría de sus programas acababan de manera parecida. **«¡Canalla marxista! Canalla marxista***, repito, cuando os cojamos sabremos cómo trataros. Os vamos a despellejar vivos. **¡Canalla, canalla!***».

Estas emisiones eran todavía más repugnantes cuando uno recordaba la historia de Queipo de Llano. No tenía razón alguna para sentir rencor contra los republicanos, que le

habían favorecido y ascendido. Hasta una o dos semanas antes mantuvo las mejores relaciones personales con Prieto, al que ahora interpelaba de manera tan brutal. Había sido republicano desde la caída de la monarquía, juró fidelidad al gobierno, que puso en él su confianza, para después faltar a su juramento y traicionarle. Este es el tipo de personas que se destacan en las guerras civiles y las revoluciones, cuando la ambición se antepone a cualquier otro sentimiento. Pero hay que explicar como justificación de sus retransmisiones —las cuales, además, debido al miedo y a la indignación que causaron contribuyeron tanto a provocar represalias en el otro bando—, que Queipo, con un puñado de tropas de dudosa lealtad (hasta que llegó un contingente de la legión extranjera) estaba conteniendo a una población en la que toda la clase obrera era hostil y se sentía obligado a gobernar por el terror. Pero no le disgustaba hacerlo porque era un sádico por naturaleza y las ejecuciones continuaron durante meses sin interrupciones cuando su posición estaba asegurada.

LA guerra estaba empezando de verdad para nosotros. Una tarde, mientras tomábamos el té en el jardín, un avión pasó por encima y dejó caer varias bombas a unas cincuenta yardas. Pero eran sólo del tamaño de granadas de mano y, al dar sobre tierra blanda, no hicieron ningún daño. Al día siguiente las bombas fueron más grandes, dañando algunas casas del pueblo pero sin herir a nadie. De todas formas causaron gran terror entre la población femenina. A partir de entonces, cada vez que se oía el motor de un aeroplano, se producía una carrera de faldas negras hacia nuestra casa porque ofrecía mejor protección. Allí se acuclillaban, gruñendo y gimiendo, y despidiendo ese olor fuerte y desagradable que produce el miedo.

Los hombres se alistaron en un cuerpo de voluntarios al que el gobernador civil proporcionó fusiles, y unos pocos sargentos de infantería trataron de adiestrarlos. Pero había poco tiempo y al cabo de una o dos horas de instrucción los mandaba al frente en camiones. Muy pronto, según el periódico y la radio locales, avanzaban ya gloriosamente hacia Córdoba y Granada, sojuzgadas por los insurgentes. Sin embargo su progreso se veía obstaculizado por los puestos de la guardia civil. A juzgar por los relatos de la prensa, la lucha había tomado un carácter medieval. Se hablaba del sitio de castillos moros y torres de vigía y cuando, en un avance repentino, las tropas republicanas capturaron Puente Genil, de la provincia de Córdoba, se anunció orgullosamente que después de la contienda quedaría anexionado a Málaga. Estábamos envueltos en una guerra local, como en los días de los reinos de **taifas***, y nuestros enemigos eran Córdoba y Granada. Lo que sucediera en el resto de España no tenía nada que ver con nosotros.

La milicia me daba la impresión de ser un cuerpo poco eficaz. En primer lugar no estaban en absoluto preparados y muchos de ellos no sabían cómo hacer fuego con sus fusiles. Además los andaluces nunca han tenido una gran reputación como soldados. Se veía poco entusiasmo entre los hombres: ellos querían hacer la guerra en sus calles y en su pueblo y no fuera de él. Por otra parte, el principio anarquista de la libertad de elección presentaba muchos inconvenientes. Un hombre se incorporaba voluntariamente y de la misma manera podía abandonar la milicia; yo hablé con un miliciano que al oír cómo le pasaba zumbando una bala, se fue a su casa sin que nadie hiciera la menor objeción. La moral en Málaga era muy baja porque la ciudad estaba rodeada de enemigos por todos lados con la excepción del Este, donde la carretera de la costa enlazaba con el resto de la España republicana. Las comunicaciones podían quedar cortadas en cualquier momento y esto hacía que se produjera el pánico con frecuencia. Una noche corrió el rumor de que tropas moras se aproximaban desde Algeciras y casi toda la población de Churriana se trasladó a las montañas y pasó allí la noche. Los moros tenían una justificada reputación de matanzas y violaciones.

Por recomendación de Bertrand Russell, me habían nombrado corresponsal del **Manchester Guardian.** Conseguí una bicicleta e iba todos los días a Málaga para enterarme de las noticias. Los bombardeos se habían convertido en un rito diario y las bombas eran más grandes. Una tarde calurosa —el termómetro no bajaba de los 90 F— decidí bañarme junto al muelle de madera que entonces se metía en el mar cerca del restaurante Antonio Martín. El acorazado **Jaime I** estaba anclado a unos cientos de yardas de la orilla cuando repentinamente una pareja de aviones se acercó en vuelo rasante y empezaron a bombardearlo. Es mucho más desagradable que lo bombardeen a uno dentro del agua que en tierra y me salí lo más deprisa que pude. Otra tarde un único avión voló sobre la ciudad. La amplia calle por la

que yo iba andando se llenó inmediatamente de obreros que empezaron a dispararle con rifles, pistolas y revólveres. En estas ocasiones siempre se producían accidentes. Es probable que muriera más gente al herirse ellos o herir a sus amigos que por las bombas del enemigo. Un joven, **novio*** de María, la criada, se mató de un tiro en nuestro portal porque no había aprendido a manejar el seguro.

Estos ataques aéreos, aunque no producían daños militares, provocaban profunda indignación y deseo de revancha. En respuesta, la fuerza aérea malagueña, compuesta de cuatro pequeños aviones de pasajeros, hizo una salida para bombardear la Alhambra; se decía que al lado habían instalado una batería, y los pilotos aseguraron haberla acertado, aunque en realidad no dieron en el blanco. Pero la gente de la calle pedía sangre. Durante los primeros ocho días después del alzamiento, como pude comprobar más adelante, nadie fue ejecutado, aunque la prisión estaba llena de sospechosos. Pero ya empezaban a discutir si cada vez que hubiera un ataque aéreo que causara bajas, no habría que sacar unos cuantos prisioneros de la cárcel y fusilarlos. También hicieron su aparición grupos de terroristas reclutados entre los miembros de la F.A.I. que recorrían la ciudad y el campo en busca de fascistas. De repente, en unos días, esta palabra, fascista, apenas oída antes, llegó a significar un ser casi mítico, un enemigo de la raza humana, algo así como las brujas en el siglo XVII. Las emisiones de Queipo de Llano habían contribuido a ello creando una imagen de furia sádica y de salvajismo. Gente así tenía que ser exterminada.

Mi primer atisbo de este aspecto siniestro de la revolución data de fines de julio. Un camión armado de **juventudes de la F.A.I.*** se presentó en nuestro pueblo, declarando que habían venido para llevarse a los fascistas locales a la prisión de Málaga. Un hombre muy impopular, un **carabinero*** retirado, estaba confinado en el calabozo del pueblo y como me dijeron que también pretendían llevarse a un amigo mío llamado Juan Navaja, me apresuré a salir a la calle para ver si podía intervenir en favor suyo. Al llegar encontré un camión abarrotado de muchachos —sólo uno tenía más de veinte años—, vestidos con camisas rojas y armados de fusiles y metralletas. No habían encontrado a Juan, pero después de un gran revuelo y de muchas protestas de la gente que se había reunido, se llevaron al **carabinero***. Como garantía de que no lo liquidarían durante el viaje, permitieron que su mujer y su hija lo acompañaran. Apenas había salido el camión cuando llegaron los dos secretarios del **comité** del pueblo. Indignados ante esta autoritaria manera de proceder, montaron en un coche, alcanzaron el camión y obligaron a los muchachos a devolver al prisionero. Porque los principios del **comunismo libertario*** exigían que cada **pueblo*** juzgara a sus propios habitantes.

Aquella tarde los dos secretarios del **comité*** vinieron a verme para solicitar un donativo. Uno de ellos era un hombre joven y agradable de menos de treinta años que hablaba un castellano muy correcto. El otro era unos doce años mayor: elegido por su elocuencia, podía haber sido en época distinta un fraile franciscano, de grandes ojos húmedos y hablar suave y suplicante. Se sentaron a beber un vaso de cerveza conmigo y les felicité por haber rescatado al **carabinero***.

«Yo soy partidario de matar a los realmente malos», dijo el primero. «La muerte no es nada. Se acaba enseguida, así que ¿por qué temerla? Pero este **carabinero*** no era demasiado malo y ahora que ha recibido una lección quizá se arrepienta y se haga bueno».

Su compañero de más edad se mostró de acuerdo con él.

«Hubiera sido terrible que lo fusilaran. Es un **hijo del pueblo***. Su familia vive entre nosotros. ¿Cómo podríamos mirarles a la cara si dejáramos que lo mataran?».

Y empezó a extenderse con tono lacrimoso en comentarios sobre el terror que el pobre hombre habría padecido. Quizá, como escribí en mi diario, no existe tanta diferencia como uno podría imaginar entre la piedad sentimental de esta clase y una satisfacción de tipo sádico. En épocas revolucionarias, reflexionaba yo, se hace bien desconfiando de todos los que encuentran un estímulo emocional en la muerte violenta o en el sufrimiento de otros. Esto no sucede en las guerras entre naciones.

Pero el **carabinero*** no estaba a salvo. Pocos días después las **juventudes de la F.A.I.*** volvieron con sus camisas color rojo sangre y su camión erizado de armas y se lo llevaron. Los dos secretarios del **comité*** habían sido advertidos de que podía ser peligroso tratar de resistir la voluntad del pueblo y habían salido de Churriana para no estar presentes. Nadie se atrevió a oponerse a aquella partida de terroristas. Mientras pedaleaba en mi bicicleta camino de Málaga al día siguiente, vi



El barrio de la Trinidad, en Málaga.

el cuerpo del pobre hombre a un lado de la carretera: no era ya un ser humano sino un simple muñeco roto.

Las personas sentenciadas a muerte no eran sin embargo las más conspicuas. Los comités de los **sindicatos*** no habían preparado listas de sus enemigos antes del alzamiento. Su desconocimiento de quiénes deberían eliminar por razones ideológicas ponía de manifiesto una ingenuidad casi conmovedora. Mataban simplemente a la gente que no les gustaba; de ordinario, hombres de posición muy humilde que habían ejercido algún tipo de tiranía sobre ellos. Era como si en un motín militar se fusilara a todos los sargentos pero a muy pocos oficiales. Un caso aparte fue la ejecución de todos los sacerdotes y frailes así como los miembros de la familia Larios, propietarios de la gran fábrica de algodón. En todas las revoluciones del siglo pasado habían sido los primeros en sufrir las consecuencias. Pero a los terratenientes no les pasó nada. Vivían en sus cortijos, que no eran grandes, y eran bien conocidos de los hombres que trabajaban en sus tierras. Entre ellos, por ejemplo, mi vecino el coronel Ruiz, conocido por el «coronel del millón de pesetas». La historia que se contaba era que cuando trabajaba en Marruecos como habilitado, se había dejado tentar por un paquete que contenía un millón de pesetas en billetes, y subiéndose a su coche se marchó con él. Al descubrir que le perseguían, se detuvo junto a un kiosko de periódicos en Larache, envolvió los billetes en un papel impermeable, y los arrojó encima del kiosko. Le registraron nada más detenerlo pero al faltar la evidencia del robo tuvieron que dejarlo en libertad aunque le obligaron a retirarse del ejército. Dos años después volvió a Larache, encontró el hato de billetes todavía sobre el techo del kiosko y se lo llevó a casa. Gastó el dinero en comprar un buen cortijo en Churriana. Cuando unos años después el general Primo de Rivera subió al poder, a él le pareció prudente retirarse por una temporada a París. Pero tampoco esta vez se encontró evidencia alguna contra él, así que regresó a su casa. Como en el interregno había quedado viudo, se casó con su ama de llaves. Fue este matrimonio, más incluso que el escándalo financiero, lo que le distanció de los otros miembros de su clase, los cuales se negaron a aceptar a su mujer. Como represalia no quiso suscribirse al periódico conservador **El Debate** y lo hizo en cambio al liberal **El Sol,** aunque carecía de convicciones políticas. Esto le hizo bienquisto de la izquierda y cuando murió, su hijo, un simpático homosexual muy divertido, heredó su popularidad.

EL panadero de Alhaurín, conocido con el nombre de **el Guacho,** había sido durante cierto tiempo buen amigo mío. Hacía un pan moreno excelente que

traía todos los días a lomos de burro y, como era el primer anarquista que conocí, entablaba conversación con él frecuentemente. Estaba bastante al tanto de la literatura libertaria y se mostró muy cordial cuando le dije que había leído uno de los libros de Kropotkin y conocía incluso a uno de sus amigos. Era muy fanático en todo y especialmente sobre los alimentos. El vino, el café y el té eran en su opinión drogas perniciosas que había que prohibir, mientras que la carne y el pescado no sólo envenenaban el cuerpo sino que destruían las defensas morales. De hecho ni siquiera creía que fuera conveniente comer pan: si siguiéramos a la naturaleza como era nuestro deber, tendríamos que vivir únicamente de los frutos de la tierra sin cocinar.

Una de aquellas mañanas le alcancé por el camino mientras volvía en burro a su pueblo y fui andando a su lado algún trecho. No recuerdo cómo, las ejecuciones sumarias de los jóvenes de la F.A.I. salieron a relucir.

«Es lo único que se puede hacer», dijo, «con los incurables. Por el bien de todos tenemos que empezar eliminando a unos cuantos; de no ser así nunca mejoraremos la situación del mundo. Y, ¿por qué ha de importarles tanto morir? En realidad no les importa, pero no se dan cuenta. La vida sólo tiene sentido para los que poseen una buena disposición. Los corrompidos y los malvados no conocen las verdaderas satisfacciones».

«Usted dice», repliqué, «que sólo unos pocos son malos. Pero cuando esos pocos hayan muerto, encontrarán ustedes otros. Y cuando esos hayan desaparecido, descubrirán más. Cuando se empieza a matar a los malos, ¿dónde pararse, si, como usted mismo admitió, todos los hombres tienen mucho de malo en ellos?».

«No, no», protestó. «Mataremos sólo a los incorregibles».

«Entonces», contesté, «acabarán ustedes por matarme también a mí. Aunque nunca me opondré a un régimen de libertad e igualdad, probablemente encontraré difícil aclimatarme a la vida de un bracero, por ejemplo. Es difícil cambiar de costumbres repentinamente. Los ricos quizá sean explotadores, pero arrojarlos a la calle sin más ni más sólo sirve para crear una nueva tiranía».

«Ah, pero usted lo entiende todo al revés», dijo. «Está usted pensando en el comunismo ruso, que para nosotros es lo mismo que esclavitud. Nadie le pedirá que cambie de costumbres, con la excepción quizá de unas pocas que obstaculicen la libertad de otros».

«Bien», contesté, «déjeme decirle que soy un inglés liberal que odia el derramamiento de sangre y la revolución. Creo que debemos tratar de cambiar las condiciones sociales de manera gradual y usando la fuerza lo menos posible. Dentro de unos años el desarrollo científico nos permitirá abolir la pobreza y quizá también la riqueza. Pero una vez que ha llegado la revolución por culpa de los del otro lado, espero que tengan ustedes éxito en sus planes y consigan establecer el comunismo libertario. Aunque estoy seguro de que no lo conseguirán si matan a demasiada gente, porque la sangre llama a la sangre. Tienen que reeducar a sus enemigos, no destruirlos».

«Venceremos», dijo, arreando a su borrico. «Se respira ya la justicia. No se nos puede denegar por más tiempo».

Cuando seis meses más tarde los nacionalistas entraron en Málaga **el Guacho** se negó a huir: prendió fuego a su casa y murió entre las llamas.

Diez días después del alzamiento nos despertó una bomba de considerable tamaño que cayó a las cuatro de la madrugada; el ruido venía del aeródromo militar. Corrimos al mirador a tiempo para ver cómo, según todos los indicios, otra bomba iba a caer encima de la villa construida por don Carlos Crooke Larios, el anterior propietario de nuestra casa, junto a los hangares donde se hacían las reparaciones. Nos vestimos a toda prisa y salimos hacia allí con vendas y desinfectante por si había algún herido. Pero al llegar los encontramos a todos sanos y salvos: la bomba se había quedado un poco corta. Sin embargo, su casa estaba demasiado cerca del aeródromo para que resultase agradable, así que les invitamos a alojarse con nosotros.

La familia consistía en don Carlos y su mujer, con sus dos hijas y tres hijos, de los cuales el más joven era todavía un niño. Pronto descubrimos que habíamos tenido suerte al recibirlos como huéspedes. Don Carlos era un hombre alto, más bien corpulento, con una elegante nariz romana, completamente calvo y unos modales llenos de vida, casi de adolescente. Su mujer, doña María Luisa, era una de las mujeres más encantadoras que he conocido, esposa y madre devota, buena administradora y excelente cocinera, amable y con palabras cariñosas para con todo el mundo y todavía bien parecida a pesar de sus

cuarenta y *pico años*. Estaban todos muy unidos pero no tenían dinero. Tratando de enriquecerse pasaron seis o siete años con una granja de ovejas en Tierra de Fuego, pero regresaron de aquellas heladas regiones tan pobres como se marcharon. Después se dedicaron a criar pollos. Aparentemente, habían venido a nuestra casa buscando un refugio contra las bombas, pero descubrí gradualmente que necesitaban aún más otro tipo de protección, porque don Carlos estaba muy implicado en el alzamiento.

Era una especie de Micawber, rebosante de optimismo y buen humor y siempre dispuesto a contar historias divertidas sobre sus experiencias. Una de ellas tenía que ver con la noche del alzamiento. Había ido a Málaga, nos dijo, a visitar a un amigo que regentaba un hotel y se vio inmovilizado allí al comenzar los disparos. Mientras tenía lugar el tiroteo frente a la Aduana, los francotiradores disparaban esporádicamente desde los tejados y las ventanas de la calle donde estaba el hotel. Un grupo de obreros armados se acercó para decir al propietario que como disparaban desde una de las ventanas del hotel iban a quemar el edificio. El dueño les rogó que registraran las habitaciones antes de hacerlo y ellos aceptaron pero no encontraron nada. Como seguían teniendo sospechas, ordenaron que todas las personas del hotel se sentaran delante del portal para que se les viera desde la calle. Esto era una prueba muy desagradable para personas de derechas, pero no tenían otra opción e hicieron lo que se les decía.

Don Carlos era un hombre muy observador y había notado con anterioridad que alguien disparaba a intervalos regulares desde una de las ventanas de los dormitorios. Se dedicó a tener los ojos muy abiertos para descubrir quién era. Entre las veinte personas, había una mujer de unos treinta años, soltera, con gafas y que había trabajado de oficinista en telégrafos. Comprobó que de cuando en cuando desaparecía durante unos minutos. La siguió escaleras arriba, vio cómo se acercaba a una ventana del segundo piso y disparaba hacia la calle con una browning. Don Carlos habló con el propietario del hotel y la detuvieron cuando bajaba.

«No es un arma de verdad», dijo ella, entregando la pistola. «La uso para matar perros».

El dueño retiró la munición, limpió el cañón y se la entregó a la primera patrulla que pasó por allí.

«Tenía que estar un poco loca», dijo mi mujer.

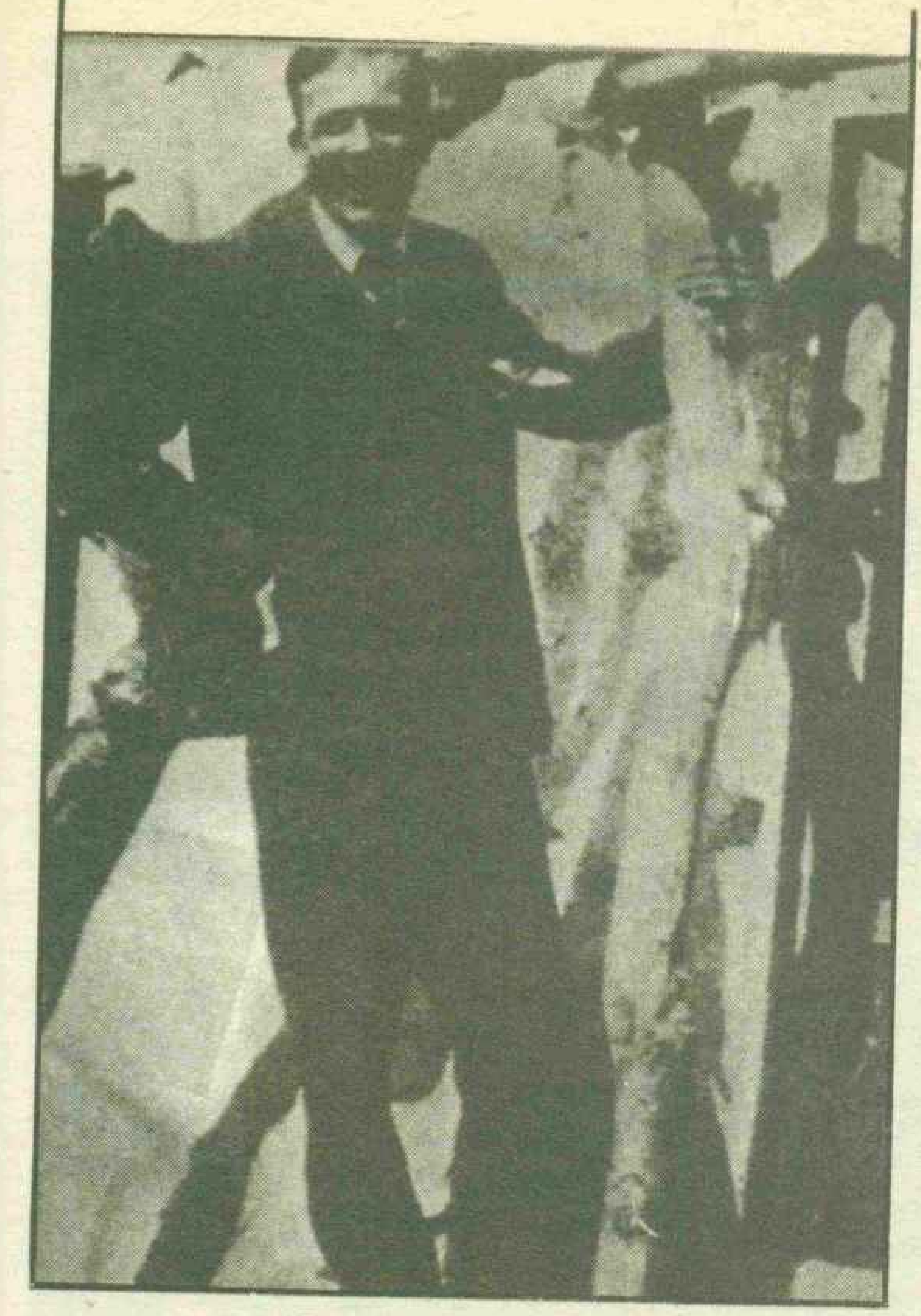
«¿Loca?», exclamó don Carlos. «Oh, no; era una española típica».

Como ya he dicho, solía ir a Málaga todos los días en mi bicicleta y volvía con las noticias. Casi todos los actos de vandalismo agradaban a don Carlos. Cuando le dije que tanto la librería de derechas como el edificio de la prensa conservadora habían ardido hasta los cimientos se mostró encantado.

«Bien», exclamó. «Bien. Eso nos evitará el trabajo de tener que quemarlos nosotros».

Comprendí que era falangista y había ido a Málaga el día del alzamiento con una pistola en el bolsillo, dispuesto a usarla si las cosas iban bien. Ahora se pasaba las noches pegado a la radio escuchando Sevilla. Los programas sádicos del general Queipo de Llano le encantaban, mientras que su mujer no quería oírlos y decía, «¡Qué indecente! **¡Vaya qué chulo!***».

Hasta entonces yo no había sentido necesidad de tomar partido en la guerra. Por una parte no me gustaban las revoluciones y no tenía fe en la practicabilidad del comunismo libertario, y por otra sentía una fuerte antipatía hacia los generales sublevados. Ellos habían empezado esta guerra fratricida, completamente sin necesidad, según me parecía entender. Sin embargo, ¿debería tomar posiciones, por esa simple razón, en los asuntos internos de un país extranjero? Las emisiones sevillanas me hicieron cambiar de idea, inclinándome considerablemente a la izquierda. Los republicanos no tenían ningún Queipo de Llano. Era evidente que las ejecuciones masivas en Sevilla superaban con mucho a todo lo que pasaba en Málaga y habían comenzado desde el primer día. Mientras Sevilla, Córdoba y Granada estaban bañadas en sangre, en Málaga se trataba sólo de salpicaduras. Decidí inclinarme por el lado que matara menos. El grado de ferocidad estaba en relación inversa con el nivel de honradez y de civilización. Además, aunque de momento no le di demasiada importancia, la propaganda de los rebeldes se mostraba radicalmente hostil con los países democráticos. El liberalismo, proclamaban, constituía un primer paso hacia el comunismo: Roosevelt e incluso Chamberlain eran rojos o estaban muy cerca de serlo. Los rebeldes habían empezado a fusilar ya a todas las personas de ideología liberal. Se proclamaba a Hitler y Mussolini dirigentes de la nueva Europa. Parecía claro que la España



Gerald Brenan, en 1933.

nacionalista se pondría del lado de Alemania e Italia en la guerra que se avecinaba y estaría en condiciones de cerrar el Mediterráneo a nuestra flota. Sin embargo no fueron éstas las consideraciones que me decidieron. Mis simpatías naturales van siempre hacia el más débil y no con los opresores. Mis sentimientos, aunque no siempre mi razón, se inclinaban sin duda hacia la izquierda. Esto significaba que yo debía tomar partido por la clase obrera, tan cruelmente pisoteada, aunque me faltara fe en sus planes futuros.

....

EN todas las revoluciones hay un momento de delirio y borrachera cuando se rompen las cadenas del pasado y hace su aparición un futuro dorado. Todos, hasta los enemigos del orden nuevo, son camaradas; todo el mundo ama a los demás. Este instante había sido ejemplificado en Málaga por las carreras desatadas de las patrullas motorizadas al día siguiente del alzamiento, pero la ciudad misma no había hecho la menor manifestación de júbilo. Las calles vacías, las casas carbonizadas y humeantes y los rostros sombríos expresaban la exasperación de la gente ante el ataque del que habían sido objeto. Sólo las banderas rojas y las colgaduras en las casas y en los vehículos hablaban de una revolución en marcha. Una revolución bien triste en la que nadie parecía saber qué hacer o adónde ir. De repente se produjo un cambio; por lo menos en las apariencias. Casi en una noche desaparecieron las banderas rojas o fueron reemplazadas por otras de la República. Esto se hizo por orden del gobierno y estaba encaminado a impresionar favorablemente a las potencias democráticas, de cuya actitud, se pensaba, iba a depender el resultado del conflicto. También se hicieron algunos intentos para impedir los fusilamientos no autorizados que, a medida que la rebelión militar progresaba, iban en aumento. Se colocaron guardias a las puertas de los hoteles y se pudo circular por el centro de la ciudad incluso de noche. Pero las ejecuciones continuaban. Después de cada ataque aéreo se sacaba de la cárcel a cierto número de hombres y se les fusilaba como represalia. Esto lo exigía la opinión pública y había que aceptarlo. Pero los asesinatos cometidos por los pequeños grupos terroristas eran otra cosa. Estos «incontrolados», como empezaba a llamárseles, aunque se les mantenía alejados del centro de la ciudad, dominaban en los barrios extremos y en los pueblos de alrededor. El gobernador civil, que se había visto obligado a enviar al frente las reducidas fuerzas de la policía, no podía hacer otra cosa que un llamamiento a los comités de los sindicatos, que eran los dueños de la ciudad. Estos respondieron afirmativamente, porque también se oponían a estas ejecuciones no autorizadas, de manera que Málaga se vio cubierta de carteles pidiendo en nombre de la C.N.T. y de la F.A.I., así como de los socialistas y comunistas, poner fin a estos crímenes que «manchan el buen nombre de la revolución». La razón de que las ejecuciones continuaran era la naturaleza de la F.A.I. No se trataba de un grupo organizado, sino que consistía en cierto número de grupos sin cohesión y sin autoridad central. Probablemente la mayoría de sus miembros desaprobaban por completo estas ejecuciones, pero el único medio de controlar a los grupos que las instigaban hubiera sido el uso de la fuerza. Y esto les desagradaba extraordinariamente. La primera víctima en todas las revoluciones es la moral. ■ **G. B.**

(*) En castellano en el original.

NOTA DE EDITORIAL:

Este texto, entresacado de la «Memoria personal» de Gerald Brenan (publicada por Alianza Editorial, en 1976), previo consentimiento del autor, hace referencia a su experiencia vivida de aquellos días de julio de 1936 que conmovieron al mundo y fueron decisivos para la historia de España.

Así empezó...

Nuestro Día más largo

Eduardo de Guzmán



Viernes, 17 de julio de 1936

Son las cinco de la tarde —hora expectante y mágica de clarines, timbales y sangre no sólo en la tauromaquia, sino en la vida toda de España— cuando recibimos la primera noticia de que la lucha ha comenzado. No nos sorprende en absoluto, porque hace meses que esperamos un pronunciamiento y días que lo sabemos inminente. En realidad, hace ya cinco jornadas que ninguno de los diez periodistas que en esta tarde de bochorno estival nos hallamos en el bar del Congreso hemos dormido cuatro horas seguidas, interrumpido siempre nuestro descanso por algún rumor sensacional. Cada día se anuncia con mayor insistencia que la víspera una sublevación militar y es preciso pasarse la noche en vela pendiente de los teléfonos, yendo de un lado para otro, atentos a confirmar o desmentir los múltiples bulos que circulan. Aunque no pase nada en la noche que termina, todo puede suceder en la mañana que alborea y quien se tumbe despreocupado a descansar siete u ocho horas puede encontrarse al despertar con un cambio completo en el panorama nacional. No es extra-

ño, pues, que cansados y somnolientos se nos cierren los ojos y apenas tengamos ganas de seguir haciendo cábalas y pronósticos sobre el desenlace de la tensa situación planteada.

De repente, la presencia de Indalecio Prieto disipa nuestra modorra y nos pone en movimiento. La aparición del líder socialista nada tendría de extraña en circunstancias normales, pero sí cuando el Parlamento ha suspendido sus sesiones y desde que el miércoles celebró su dramática reunión la Comisión Permanente, el viejo palacio de la carrera de San Jerónimo aparece casi desierto. Segundos después, rodeamos a Prieto en uno de los pasillos. Don **Inda** —cara redonda, párpados carnosos, ojos de miope— tiene un gesto de honda preocupación en el semblante. Nos conoce a todos y se anticipa a las preguntas que tenemos en la punta de la lengua.

—*Vengo* —dice— *a reunirme con la Ejecutiva del Partido Socialista.*

Hace una breve pausa como si necesitara tomar aliento; luego, dejando caer con lentitud las palabras, añade:

—*La guarnición de Melilla se ha sublevado esta tarde. Los trabajadores están siendo pasados a cuchillo...*

Mientras habla llegan jadeantes por el calor y las prisas otros miembros de la ejecutiva socialista. A Prieto le urge reunirse con ellos y se va sin contestar a nuestras preguntas sobre detalles de lo ocurrido. Es posible que no los conozca o prefiera comunicárselos a sus compañeros de partido. En cualquier caso, los detalles son secundarios. Lo importante es la noticia en sí. Como es lógico buscamos inmediata

El Ejército Español, dispuesto a salvar a España de la ignominia y dispuesto a que no sigan gobernando bandas de asesinos ni organizaciones internacionales, toma por plazo breve la dirección política de España, con el exclusivo objeto de mantener el orden público y el respeto a la propiedad y a las personas.

1. Para la eficacia de este propósito, yo, General de División, tomo el mando de la Primera Orgánica del Ejército y

ORDENO Y MANDO

Artículo 1.º - Queda declarado el estado de guerra en todas las provincias de Castilla la Nueva, dependiendo de mi autoridad todas las fuerzas armadas y todos los organismos políticos y administrativos del Estado.

Artículo 2.º — Se prohibe la formación y circulación de grupos de más de tres personas, los cuales, serán disueltos por la fuerza si se resistieran a la primera intimación.

Artículo 3.º — Serán considerados como rebeldes o sediciosos los que traben combate con la fuerza pública y cuantos uniformados o sin uniformar lleven armas.

Los porteros serán considerados como autores de auxilio a la rebelión cuando hayan permitido la entrada en las fincas a personas que hayan realizado acto de lesión a la fuerza pública.

Artículo 4.º — Queda prohibida la publicación de todos los periódicos y revistas de cualquier clase que sean, necesitando para ello permiso expreso mío.

Las radios no publicarán más noticias que las que le ordene mi autoridad, y el principio y fin de las emisiones terminarán con la «Canción del Soldado»

Artículo 5.º — Todos los delitos contra las personas, contra la propiedad o contra la fuerza pública, cualquiera que sea la calidad de quien lo cometa, estará sometido a los preceptos del Código de Justicia Militar de 1930, considerándose como delitos de lesa Patria, y juzgados en juicio sumarísimo.

Artículo 6.º — Se constituirá en esta División, con carácter permanente un Consejo de Guerra para juzgar y condenar a quienes realicen actos de los indicados y a los que no han sentido en el fondo de su alma el santo estímulo de la defensa de España.

Artículo 7.º — Quedan prohibidas todas las reuniones, mítines, conferencias, manifestaciones públicas y juntas generales que no reciban autorización expresa de mi autoridad.

Artículo 8.º — Quedan disueltos todos los sindicatos marxistas, que serán clausurados, incautándose el Gobierno de la documentación.

Artículo 9.º — Se declaran incautados y a mi disposición todos los automóviles de carga, viajeros y particulares, motocicletas y vehículos de todas clases, quedando prohibida toda circulación rodada en el interior de las poblaciones y, en las carreteras mientras los conductores no se provean de licencia especial de mi autoridad, y desde las 10 de la noche sólo circulará la fuerza pública.

Artículo 10. — Las fuerzas de policía y demás Cuerpos dependientes de la Dirección General de Seguridad serán consideradas como fuerzas del Ejército poniéndose a mis órdenes

Para evitar un día de luto al pueblo de Madrid, espero que todos colaborarán a la obra de patriotismo que inicia el Ejército, quien no sale de sus cuarteles combatiendo a ningún régimen, sino a los hombres causantes de la situación actual que lo han deshonrado.

Exhorto a los obreros a que mantengan una actitud patriótica de acatamiento, porque este movimiento tiende en primer término a librarlos de la dictadura de los hombres que los rigen y que los están sumiendo en la mayor miseria. ¡Tened presente, obreros españoles que el Ejército, cuya masa sale de vuestras filas y por cuyas venas corre vuestra sangre, no os abandonará en la obra de justicia que hay que realizar!

¡VIVA ESPAÑA!! ¡VIVA LA REPUBLICA!! ¡VIVA EL EJERCITO!!

Madrid 19 de julio de 1936

JOAQUIN FANJUL

Bando emitido por orden del general Joaquín Fanjul, al sublevarse éste en Madrid el 19 de julio de 1936.

confirmación telefoneando, no sólo a los periódicos en que trabajamos, sino intentando hablar con Melilla primero y con Tetuán o Ceuta a renglón seguido.

—*Lo siento señor, pero la línea está averiada. Quizá dentro de unas horas...*

Ninguno de nosotros admite por un momento que la presunta avería puede ser real y efectiva. Indirectamente constituye una confirmación de lo que Prieto ha dicho. Sólo nos cabe una duda grave y preocupante: ¿Se ha extendido la sublevación al resto de la zona marroquí o ha sido el gobierno quien ha cortado las comunicaciones con el otro lado del Estrecho? Procuramos saber la verdad sin tener que abandonar el Congreso. Todos tenemos amigos o conocidos en los posibles centros de información —ministerios de Guerra y Gobernación, Dirección de Seguridad, etc.— y nos apresuramos a telefonearles. No conseguimos nada. La mayoría de nuestros posibles informantes no se hallan en sus casas o despachos y nadie sabe dónde podremos localizarles. Cuando logramos hablar con algún personaje o personajillo, elude la respuesta, tratando de quitar importancia a la situación:

—No hagáis caso de rumores y bulos. Si algo sucediera, el gobierno se aprestaría a informar al país. Cuando no lo hace es porque no pasa absolutamente nada.

Cada nueva negativa añade mayores certidumbres a nuestra impresión de que la sublevación —tantas veces anunciada y desmentida durante los días precedentes— es ya una triste y dramática realidad. Lo mismo piensan los centenares de personas que minutos después llenan el bar, los pasillos y las salas del Congreso. Llegan presurosos políticos, periodistas o simples curiosos. Todos los que por un medio u otro tienen acceso al edificio acuden presurosos tratando de enterarse de lo que sucede. Se forman corrillos en los que se habla y discute a voces en torno a lo que ocurre en Marruecos. Discrepan naturalmente las opiniones, aunque nadie duda de que la rebelión militar es un hecho. Mientras unos sostienen que la sublevación será fácilmente aplastada, otros temen que habrá de tener las peores consecuencias.

—La rebelión triunfará sin dificultad en todo Marruecos —afirma el comandante Ristori, un marino republicano que en octubre morirá combatiendo en las proximidades de Torrejón— *porque están comprometidos los jefes de Regulares y el Tercio... Hace quince días se lo dije al ministro que no me hizo el menor caso. Ahora...*

—Casares sabe perfectamente lo que hace —le replica un diputado de Izquierda Republicana—. *Me consta que el gobierno ha tomado las medidas precisas y puedo asegurarles que la subversión quedará vencida en menos de cuarenta y ocho horas.*

Es la opinión predominante entre republicanos y socialistas moderados. Consideran que los cuartelazos no son posibles avanzado ya el siglo veinte. No hay que perder la cabeza y mantenerse firmes y serenos al lado del gobierno. ¿Armar al pueblo como pretenden socialistas de Largo Caballero, miembros de la UGT, comunistas y otras fuerzas de izquierda? ¡Ni pensarlo! Por atajar un peligro relativo, se crearía otro mayor. Al poder público



Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros al estallar la sublevación, en julio de 1936.

le sobra con sus recursos normales y legales para hacer morder el polvo a sus enemigos de derechas. La intentona de Marruecos es una nueva **sanjurjada** que acabará fatalmente como la primera.

—Casares controla plenamente la situación. ¿O lo cree tan insensato como para estar todo este tiempo cruzado de brazos? Conoce la conspiración hasta en sus menores detalles y la aplastará sin tardanzas ni contemplaciones.

Fernando Sánchez Monreal, director de la Agencia Febus, tiene el automóvil en la calle Fernanflor. Se dispone a salir inmediatamente con rumbo a Málaga, para ser el primero en llegar a Melilla en cuanto sea posible. Invita a varios compañeros a acompañarle y únicamente acepta Luis Díaz Carreño, redactor de «La Voz».

—Mañana estaremos en Málaga, tal vez en Melilla, y sentiréis no haber venido con nosotros.

(No llegan tan lejos, por desgracia. Por la mañana están en Córdoba, cuyo gobernador civil es otro periodista madrileño —Antonio Rodríguez de León, redactor de «El Sol»— al que visitan en el gobierno civil, cuando se niega rotundamente a dar armas a los trabajadores que las piden a voz en grito para rechazar la agresión. Está discutiendo con ellos cuando se subleva el coronel Cascajo, toma el edificio en que se hallan y les detiene a todos. Tras unas semanas de encierro, Monreal y Carreño son puestos en libertad. No pueden volver a Madrid ni marchar a Málaga, pero sí dirigirse a Valladolid donde sus familias, que veraneaban en San Rafael han sido conducidas. Cuando llegan a Valladolid alguien les denuncia como rojos peligrosos y son asesinados).

De noche ya, abandono el Congreso, donde la animación empieza a disminuir, convencido de que las noticias puedan estar en otra parte. Me dirijo al café Rex, sito en el primer trozo de la carrera de San Jerónimo, donde todas las tardes suele reunirse un grupo de aviadores republicanos entre los que están Ortiz, Romero, Rexach y Rada. Al entrar encuentro a Antonio Rexach que se dispone a tomar el coche que le aguarda a la puerta.

—No entres si no quieres, porque no encontrarás a nadie —dice al verme—. *Llevamos muchos días esperando algo por el estilo. Ni en Getafe ni en Cuatro Vientos nos cogerán dormidos. Seremos nosotros esta misma noche quienes despertemos a más de cuatro.*

Como todos los anocheceres grupos nutridos llenan por completo las amplias aceras de la Puerta del Sol. Aquí y allá se forman corrillos en los que se discute con apasionada vehemencia y que se disgregan apenas se acerca alguna pareja de guardias. Abundan desde luego los transeúntes más o menos apresurados y los simples curiosos, pero los elementos políticos están en abrumadora mayoría. Los huelguistas de la construcción cambian impresiones o reciben consignas delante del Ministerio de la Gobernación que ha declarado ilegal el paro. Algunos comunistas alzan la voz de vez en cuando en un improvisado mitin relámpago. En los innumerables cafés se propalan y comentan las últimas noticias, que casi siempre tienen más de fantásticas que de reales. Delante del Ministerio y en las bocacalles cercanas retenes de Asalto montan la guardia para impedir alborotos y manifestaciones.

—Ya sabemos lo de Melilla. También que esta noche o mañana empezará el bollo en toda España. La lucha será dura, sangrienta, desesperada, pero los trabajadores vencerán.

Quien habla es Isabelo Romero, un metalúrgico de veinticinco años, inteligente, decidido y audaz, secretario del Comité Regional de la CNT. Forma parte también del Comité de Defensa de la organización y, como el Comité Nacional está detenido a consecuencia de la huelga de la construcción, es en este momento uno de los militantes confederales más representativos. He ido en su busca para conocer la actitud oficial de la Confederación. Como podía suponer por anticipado está dispuesto a luchar con todas sus fuerzas contra la intentona fascista.

—Casares —añade— *espera que se repita lo del 10 de agosto y le baste con una compañía de guardias de Asalto. Cuando llegue a darse cuenta de la realidad —si es que llega a dársela— ya será demasiado tarde. La batalla tendrán que darla los trabajadores unidos y la CNT está preparada para hacerlo.*

Son ya las diez de la noche cuando llego a la redacción de «La Libertad», en un edificio de la calle de la Madera, próxima a la Gran Vía. En la redacción encuentro a cuantos a diario participan en la confección del periódico y a no pocos colaboradores y amigos, con el director Antonio Hermosilla y los subdirectores Eduardo Haro Delage y Antonio de Lezama a la cabeza. Pero si hay mucha gente que discute la situación, son pocos los que trabajan.

—¡Orden terminante de la censura: ni la más pequeña alusión a Marruecos!

—La táctica del avestruz —me indigno—. *¡Como si a estas alturas, el silencio sirviera de algo!...!*

Como no se puede publicar una sola palabra de lo que verdaderamente preocupa e interesa en estos momentos, apenas hacemos otra cosa en toda la noche que hablar, comentar y discutir lo poco que sabemos de Marruecos y sus inevitables repercusiones en los días próximos. Como en los pasillos del Congreso, en la redacción de «La Libertad» se dividen las opiniones. Frente al pesimismo y alarma de quienes creen que el gobierno está perdiendo sin hacer nada unas horas preciosas y decisivas, están los que sostienen que Casares cumplirá con su deber y que la rebelión no tardará en ser aplastada sin necesidad de armar al pue-



Guardias de Asalto confraternizando con el pueblo ante la sublevación de una fracción del Ejército en el Cuartel de la Montaña de Madrid.

blo como propugnan los elementos de extrema izquierda.

—*Hacerlo sería el caos* —asegura Gómez Hidalgo, diputado de Unión Republicana—. *La revolución sería la muerte de la República.*

—*¿Prefieres acaso que la entierren sin lucha los militares monárquicos?* —le responde airado Luis de Tapia.

Subdirector de «La Libertad», Eduardo Haro, antiguo marino ganado por el periodismo, se muestra pesimista en el sentido de que las guarniciones africanas no se habrían sublevado de no contar previamente con la conformidad de los marinos que aseguren el rápido traslado de sus fuerzas a la Península. Gómez Hidalgo discrepa, firmemente convencido de que la Marina está lealmente a las órdenes del gobierno. ¿Pruebas?

—*Hace unas horas que tres destructores salieron de Cartagena con rumbo a Melilla. Llegarán de madrugada y si los rebeldes no se entregan en el acto los harán entrar en razón a cañonazos.*

Lezama, que acaba de hablar con dos de los ministros —Augusto Barcia y Marcelino Domingo—, comparte por entero su opinión. A Casares no le han sorprendido los sucesos de Marruecos para donde han salido no sólo unos barcos de guerra, sino varios aviones de bombardeo.

—*Cuando le hablaron asustados por la noticia de la sublevación de Melilla, se echó a reír y comentó en tono burlón: «¿Dicen ustedes que se han levantado los militares? ¡Pues yo me voy a dormir tranquilamente!».*

Una mayoría de los redactores y colaboradores de «La Libertad» disienten rotundamente de tan panglosiano optimismo. Sin embargo, las noticias que se reciben —que no se reciben, mejor— en el transcurso de la noche parecen dar la razón a los que ven la situación de color rosa. Hablamos telefónicamente con Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Valladolid y Bilbao, y en ninguna parte ocurre nada. Como máximo circulan los mismos rumores que en Madrid, pero ni se ha sublevado nadie ni parece que las guarniciones respectivas estén dispuestas a lanzarse a una trágica aventura. En Málaga y Algeciras las gentes dejan volar su imaginación y circulan bulos de que en todo Marruecos se combate con encarnizamiento, pero ninguno de esos bulos está confirmado oficialmente. En cualquier caso, cuando llegaron aquella tarde los transbordadores de Ceuta, Melilla y Tánger existía absoluta tranquilidad al otro lado del Estrecho. Ahora las comunicaciones están cortadas, pero se ignora si las ha cortado el gobierno o lo han hecho los rebeldes. En Madrid hay absoluta normalidad en la Dirección General de Seguridad.



Martínez Barrio sustituyó a Casares Quiroga, el 19 de julio de 1936, en la presidencia del Gobierno, que ocuparía por escasas horas, ante su impotencia por frenar la sublevación militar, siendo sustituido aquel mismo día por Giral, al tiempo que la sublevación se convertía en guerra civil.

—*Es una de las noches más tranquilas que recuerdo* —afirma el redactor de sucesos, Heliodoro Fernández Evangelista.

La censura reitera una y otra vez su prohibición de hablar para nada de lo que pueda estar sucediendo en Marruecos, pero los propios censores no tienen más noticias que nosotros. De madrugada ya, una mayoría de redactores del periódico se van a dormir, cansados de esperar unas noticias que no llegan.

—*Cuando nos levantemos mañana* —afirma Gómez Hidalgo—, *sabremos que la intentona ha fracasado estrepitosamente.*

Eduardo Haro y yo aguardamos hasta el cierre del periódico. Son ya las cinco de la mañana cuando, con la rotativa en marcha, abandonamos la redacción.

—*Quienes nos lean hoy* —comenta Haro—, *creerán que vivimos en el mejor de los mundos posibles.*

Sábado, 18 de julio

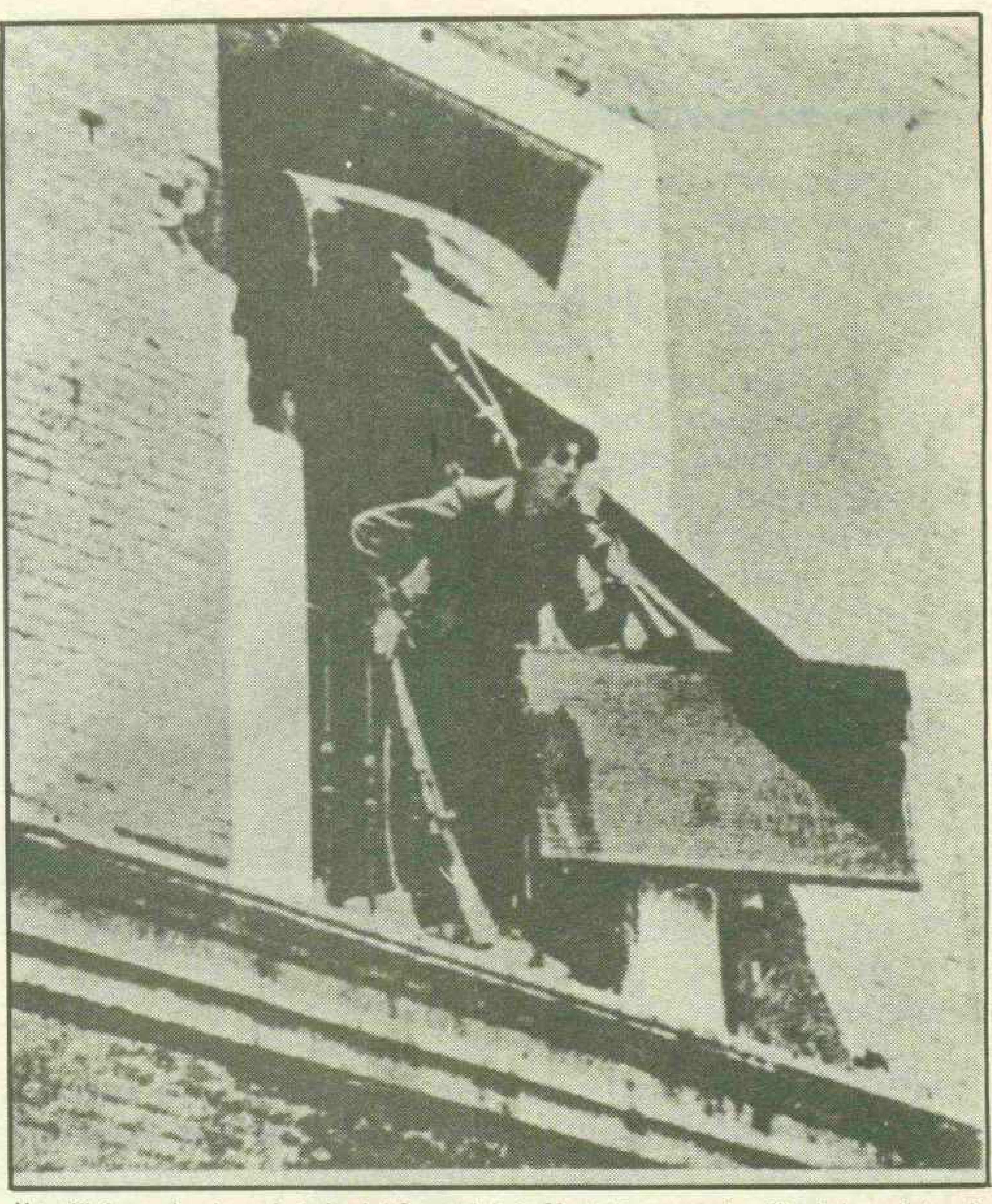
—*La radio acaba de decir que ha estallado una sublevación militar en Marruecos.*

Cuando entreabro los ojos veo el rostro serio y preocupado de mi madre que acaba de despertarme. Aunque tengo la sensación de no haber dormido arriba de media hora, compruebo en el despertador que son ya las once de la mañana. Me tiro sobresaltado de la cama y corro al teléfono para llamar a Unión Radio donde tengo buenos amigos. Confirman lo anticipado por mi madre e incluso me leen el texto de la breve nota que, rompiendo su obstinado silencio de la

noche anterior, ha hecho publicar Casares Quiroga. En ella, tras admitir que una parte del Ejército se ha sublevado en Marruecos, el gobierno asegura: «El movimiento está limitado a ciertas zonas del Protectorado y nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurda empresa».

—*¿Qué te parece?* —pregunta Medina, el locutor de Unión Radio, que es quien me habla.

Respondo con la verdad: la nota llega con mucho retraso y con toda seguridad no refleja más que una parte mínima de lo que realmente sucede. Si anoche Casares prohibió que se dijese una sola palabra de lo que ocurría en Marruecos, al cambiar hoy de opinión y no atreverse a asegurar que la intentona ha sido sofocada, resulta lógico temer que el alzamiento no sólo haya triunfado en Melilla, sino también en Tetuán, Ceuta y Larache. En cuanto a que nadie secunde la sublevación en el territorio peninsular, era cierto hace seis o siete horas, pero probablemente habrá dejado de serlo en este momento.



Un miliciano, desde un balcón del Cuartel de la Montaña, anuncia el fin de la resistencia de los militares sublevados.

Mi pesimismo tiene plena confirmación cuando una hora más tarde hago mi entrada en Teléfonos. Situado en el arranque de la calle de Alcalá, entre las calles Universal y Colonial, Teléfonos es un viejo y destartalado edificio de dos plantas construido a principios de siglo para albergar a una de las primeras centrales telefónicas madrileñas. Tiene en su planta superior una amplia sala destinada a los corresponsales de los diarios provincianos, con diez o doce cabinas, grandes mesas y muchas sillas. La sala se encuentra concurrida a cualquier hora del día o de la noche. Como hay diarios de la mañana y la tarde en casi todas las ciudades de la Península, Baleares, Canarias y Marruecos, y cada uno tiene una hora distinta para que su representante en Madrid le transmita las informaciones más importantes, Teléfonos es prácticamente la única redacción madrileña que no interrumpe su actividad un solo minuto en el transcurso de la jornada.

A mediodía del 18 de julio rebosa de periodistas que comentan y discuten no sólo las noticias que se van recibiendo, sino los incontables rumores y bulos que circulan por todo el país. Parece seguro que la sublevación ha triunfado en toda la zona española de Marruecos, pese a que en Tetuán y Larache algunos elementos republicanos se han defendido a la desesperada y que la capital del Protectorado ha sido bombardeada por dos aviones gubernamentales. Canarias se ha debido sumar al alzamiento y la radio de Ceuta ha divulgado un manifiesto del general Franco declarando la ley marcial en el archipiélago. Por último, el capitán general del departamento marítimo de San Fernando acaba de proclamar el estado de guerra. Una hora más tarde se sabe ya que algo parecido ha sucedido en Córdoba, Cádiz y Málaga. Son varias las poblaciones del resto de España con las que se produce una brusca e inesperada interrupción de las comunicaciones.

—Y puedes apostar que en todas ellas se han sublevado los militares y los fascistas.

No se sabe nada de los destructores que ayer tarde salieron de Cartagena con rumbo a Melilla ni de otro más —el «Churruca» concretamente— que debiera encontrarse en Ceuta. En Zaragoza la situación debe ser muy crítica por cuanto hace un rato el general Núñez de Prado, director de Aeronáutica, salió para allá, sin duda con intención de apoyar a Cabanellas a resistir y derrotar a los militares rebeldes. Tras de su primera nota, el gobierno guarda de nuevo silencio y no se sabe que haga nada práctico por defender la República. De pronto, un compañero que habla con Pamplona ve interrumpida su comunicación y no encuentra forma de reanudarla. Todos pensamos lo mismo: Mola, director de Seguridad con Berenguer, jefe militar en Marruecos con Gil Robles y, según insistentes rumores, uno de los dirigentes de la conspiración, ha debido alzarse en armas contra el régimen.



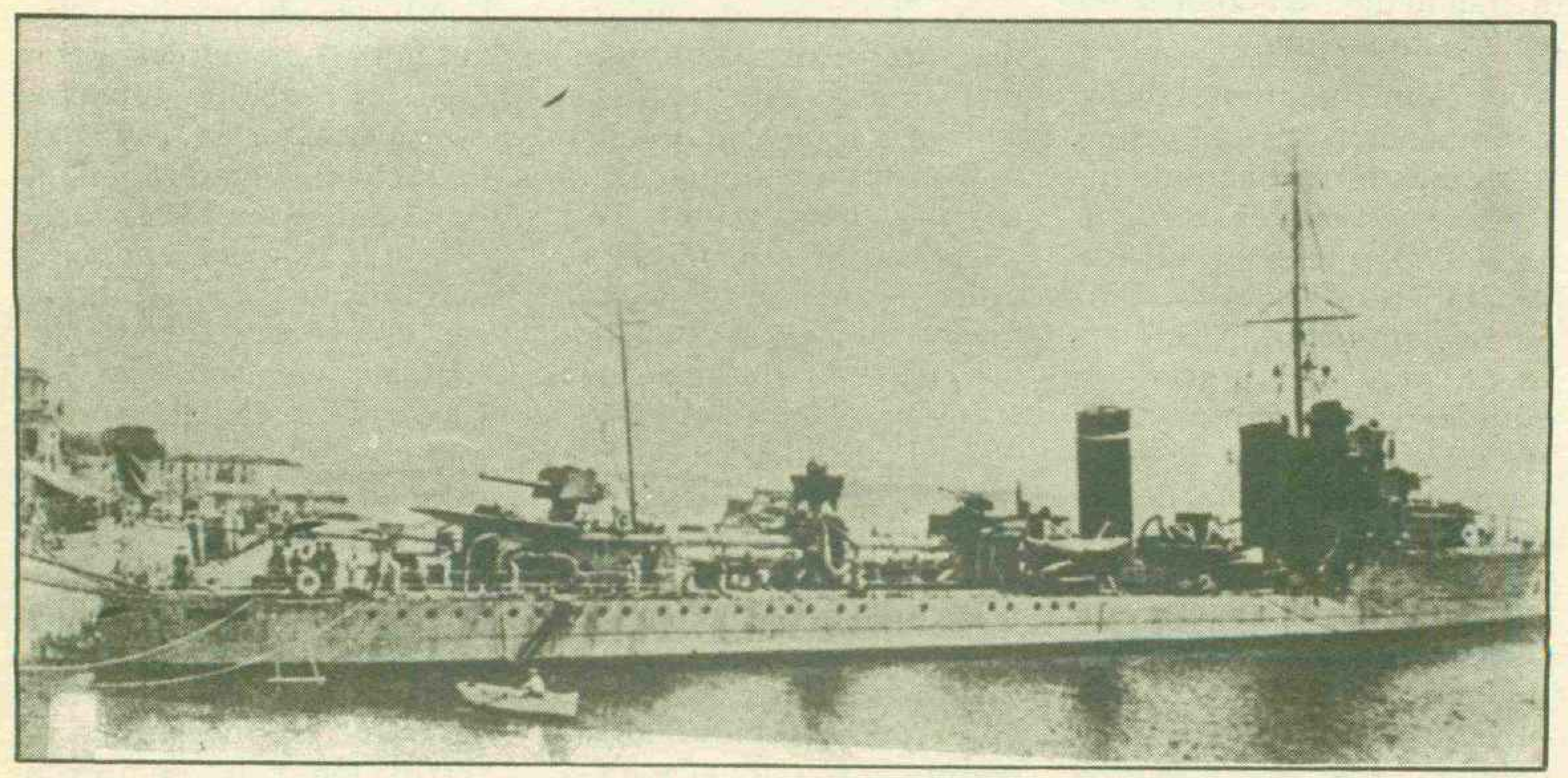
José Giral, presidente del Consejo de Ministros, desde el 19 de julio de 1936 hasta el 4 de septiembre del mismo año.

—Vamos a ver si el ministro quiere decirnos algo.

Es la hora aproximada en que todos los días un grupo de periodistas visitan al ministro de la Gobernación para oír de sus labios la tranquilizadora noticia de que en toda España reina una paz octaviana. Este dramático sábado son más numerosos que nunca los informadores que pretendemos saber de boca de don Juan Moles lo que está ocurriendo. Pero don Juan Moles está demasiado ocupado o demasiado asustado para hablar con nosotros. En su lugar nos recibe Ossorio y Tafall, diputado de la Orga y subsecretario de Gobernación.

Ossorio y Tafall nos habla tranquilo, sereno, con una amplia sonrisa y palabras melosas con las que trata de quitar dramatismo a la situación. Afirma impertérrito que el gobierno es dueño de la situación, que en la Península no ha tenido ni tendrá la menor repercusión el pequeño foco rebelde de Marruecos que está siendo combatido con eficacia y que será dominado en pocas horas. Arruga el ceño cuando los periodistas le hablamos de Canarias, de Cádiz y de Córdoba y pierde por completo la calma cuando nos oye preguntar por la sublevación de Mola.

—*¡Mentira!* —chilla descompuesto—. *Nieguen rotundamente esa monstruosa falacia. El general Mola es total-*



El «Churruca», destructor de la Armada Nacional, en el que pasó una primera expedición de tropas coloniales a la Península, tras la insurrección del 17 de julio, para reforzar a los sublevados.

mente leal a la República. ¿Lo duda alguien? Pues sepa ese alguien que hace menos de una hora, hablando por teléfono con el señor ministro, le ha dado su palabra de honor. ¡Cuidado, señores! —amenaza—. *Si los rebeldes serán castigados, quienes les hacen el juego propagando infundios alarmistas, tampoco gozarán de una impunidad inadmisible en estos momentos.*

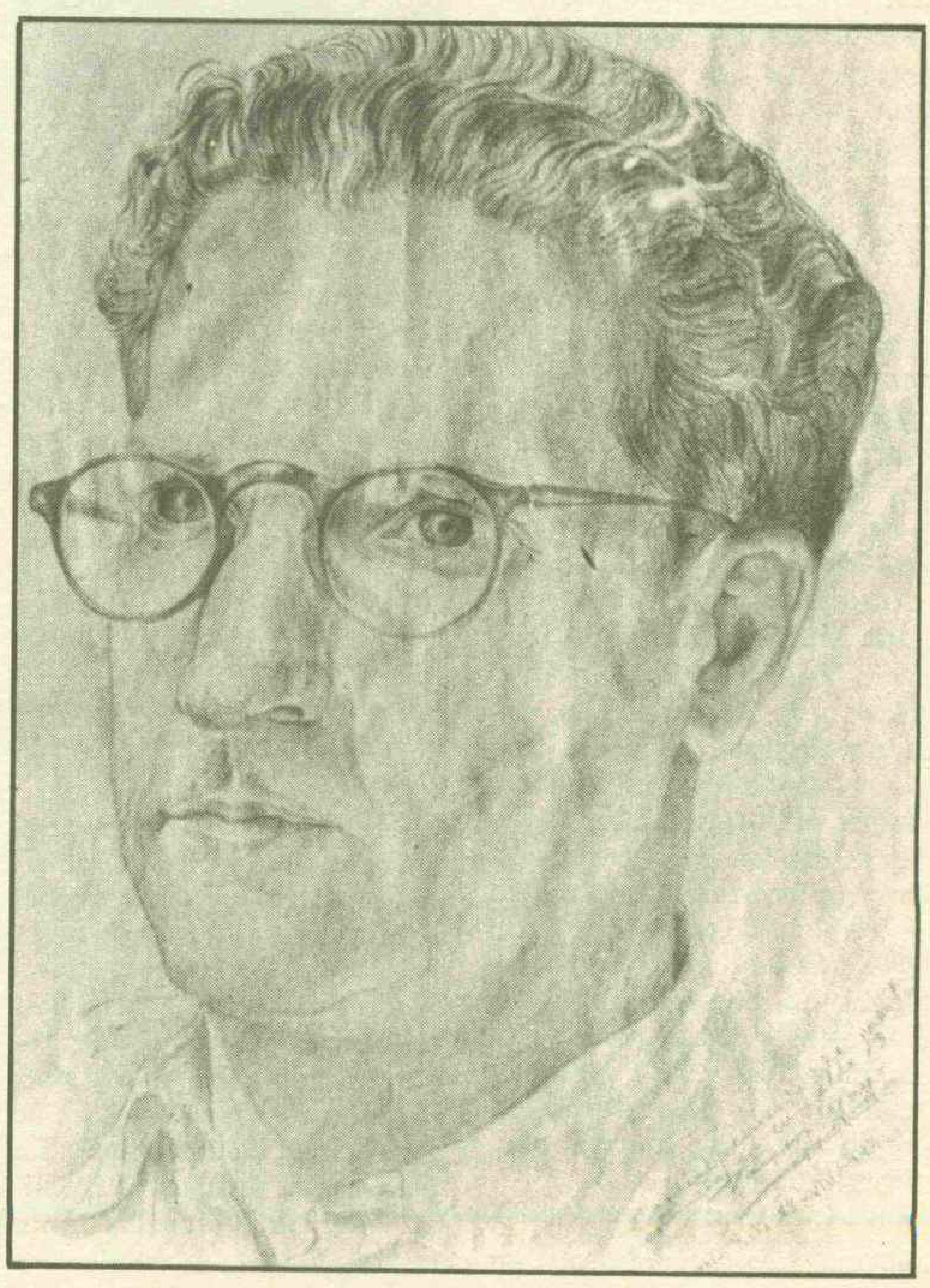
Con sólo cruzar la Puerta del Sol para volver a Teléfonos podemos comprobar que Ossorio y Tafall no sabe nada de lo que sucede en España o miente deliberadamente. Se confirman todas las noticias alarmantes precedentes a las que se suman otras de mayor gravedad. El «Churruca» ha desembarcado un tabor de Regulares en Cádiz, de Jerez se han adueñado los fascistas y se combate en las calles de Sevilla. En la ciudad de la Giralda parece que se encuentra Queipo de Llano, y si en un primer momento creemos que ha sido enviado por el gobierno, pronto sabemos que está al frente de la sublevación.

A las tres de la tarde, una nueva nota del Gobierno, destinada a tranquilizar a las gentes, aumenta su confusión y alarma porque no sólo asegura de nuevo que el gobierno controla la situación y que la sublevación no tiene repercusión en la Península —cosa que sabemos positivamente falsa—, sino que rechaza toda la ayuda ofrecida por los partidos republicanos y las organizaciones obreras asegurando que «la acción del Gobierno será suficiente para restablecer el orden».

—¡Qué cara! Casares sobre no hacer nada, no quiere que nadie se mueva para impedir el triunfo del fascismo.

Circulan insistentes rumores de crisis total. A las cuatro se asegura que es un hecho y que en el Congreso se han reunido las minorías republicanas para tratar de la formación de un nuevo gobierno. Teléfonos se queda medio desierto. Mientras una mayoría de informadores corremos hacia el Congreso, una minoría encamina sus pasos hacia la plaza de Oriente, donde el presidente Azaña tendrá que recibir al jefe del ministerio que sustituya a Casares. Pese a la gravedad extrema de la situación, el centro de Madrid da la impresión de que todo el mundo duerme tranquilamente la siesta. Bajo la lluvia de fuego del sol estival las calles aparecen casi desiertas, aunque los comercios están abiertos, tranvías y autobuses circulan vacíos y apenas si algún viajero con aire cansino entra o sale por las bocas del metro.

El interior del Congreso ofrece un violento contraste con la soledad de veinticuatro horas antes. En la tarde del sábado conoce la animación y el nerviosismo de las grandes solemnidades políticas. Periodistas de todos los matices, diputados y exdiputados, personajes y personajillos de la más variada catadura forman corros en



El autor de este trabajo, al comenzar la guerra civil.

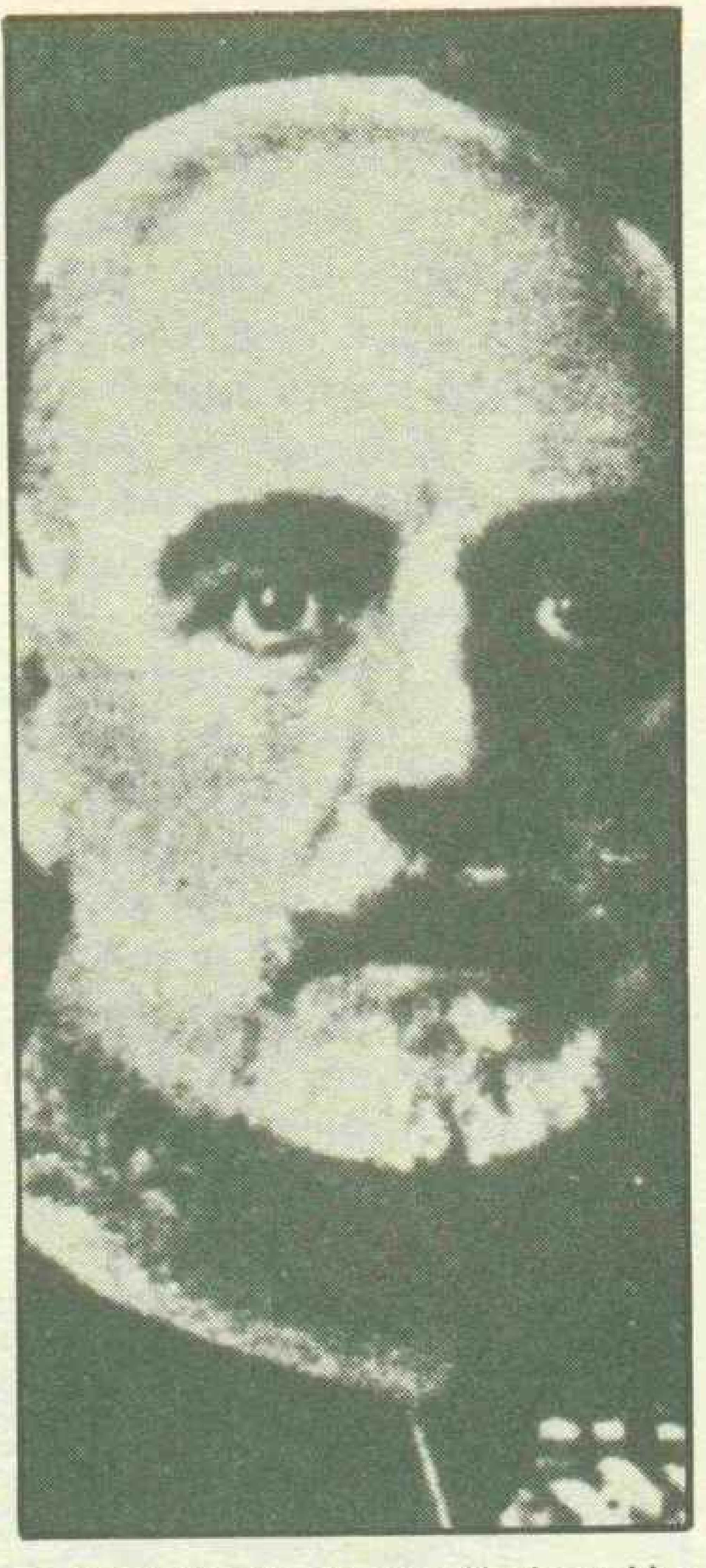
pasillos, salas y despachos, discuten a voces, lanzan y desmienten verdades como puños y bulos como catedrales. Son tres los temas predominantes: el fracaso de Casares Quiroga, la solución de la crisis planteada y si deben entregarse armas al pueblo para que defienda la República.

Lo primero casi nadie se atreve a discutirlo. El desastre de Casares como jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, corre parejo con el de Moles, ministro de la Gobernación, y el de Alonso Mallol, director general de Seguridad. Ninguno de los tres ha dado muestras de previsión para impedir la sublevación ni de la energía precisa para destrozarla una vez iniciada.

—El único que responde en Gobernación es el general Pozas, inspector de la Benemérita. De no ser por él, toda la guardia civil estaría ya sublevada de acuerdo con los militares.

¿Quién puede suceder a Casares? Discrepan las opiniones y los nombres que surgen se debaten con acaloramiento. Entre los republicanos y socialistas moderados suenan Martínez Barrio, Albornoz, Marcelino e incluso Sánchez Román. Las izquierdas prefieren a Prieto o Largo Caballero, aunque resulta más que dudoso que este último resulte designado por Azaña. En cuanto al reparto de armas, las pide y exige Caballero y los socialistas que le siguen, los comunistas y las centrales sindicales UGT y CNT, pero rechazan la posibilidad el resto de las fuerzas del Frente Popular.

A las seis llega al Congreso la noticia de que el gobierno, en plena crisis, ha abandonado



El general Fanjul, que mandó a los sublevados contra el Gobierno legítimo de la República, en Madrid.

el Ministerio de la Guerra, para dirigirse al de Gobernación donde no sólo se reúnen los ministros, sino también diversas personalidades políticas entre las que están Martínez Barrio, Indalecio Prieto, Largo Caballero y Sánchez Román.

—Este último, no —rectifica un diputado de Unión Republicana—. *Sánchez Román está en el palacio de Oriente llamado por Azaña.*

Esté en uno u otro sitio, es evidente que tanto de la crisis como del armamento del pueblo se está tratando en la Puerta del Sol y en la plaza de Oriente. Varios periodistas abandonamos el Congreso. Cuando salimos del Parlamento ya están en la calle los periódicos de la tarde. La mayoría se limitan a publicar las notas oficiosas sobre la rebelión, siguiendo las instrucciones de la censura. «Claridad», órgano oficial de la Unión General de Trabajadores, no. «¡Libertad o muerte!», pregona en gruesos titulares en primera página y en diversas notas anuncia que los trabajadores lucharán en defensa de la República, exige que el pueblo sea armado inmediatamente y ordena a los obreros sindicados pelear contra el fascismo por todos los medios a su alcance sin esperar nuevas órdenes o consignas. La batalla que se libra en Sevilla y la sublevación de diferentes guarniciones demuestra la gravedad extrema de la situación y afirma que los mineros asturianos, que están en pie de guerra, se disponen a salir en trenes especiales hacia Madrid para combatir junto a sus hermanos de la capital de España.

En sólo dos horas, las calles céntricas han experimentado un cambio tan radical como increíble. Hay racimos de personas en torno a cada vendedor, arrebatándole materialmente los periódicos. En las aceras y aun en medio de la calzada, grupos nutridos discuten a voces. Las tiendas echan precipitadamente sus cierres y los dependientes se suman a quienes formando una improvisada manifestación se dirigen hacia la Puerta del Sol.

Impresiona el aspecto de la Puerta del Sol. Vacía, adormilada por el calor a las cuatro de la tarde, se ha convertido a las seis en un hervidero humano. De Ventas, de Chamberí, del Pacífico, de los puentes de Toledo y Segovia llegan los tranvías abarrotados de gentes excitadas y vociferantes; las bocas del metro arrojan una tras otra incesantes oleadas de obreros airados y nerviosos. La muchedumbre ha desbor-

dado ya las aceras, especialmente frente al edificio de Gobernación, dificultando la circulación rodada. Millares y millares de personas acuden desde todos los puntos de Madrid reclamando armas para defenderse contra el fascismo. La rotunda negativa de Casares a facilitar elementos de combate, mientras la rebelión militar salta de una ciudad a otra, se le antoja a la mayoría una traición.

—*¡Deberíamos empezar* —gritan algunos— *por colgar a quienes nos las niegan!*

Gobernación ha cerrado sus puertas. Ante ellas una doble fila de guardias de seguridad y asalto. Otros grupos de hombres uniformados. más numerosos aún, vigilan en la calle de Carretas, en la de Correos y en la plaza de Pontejos, junto al antiguo edificio de Telégrafos que les sirve de cuartel. Pero o han recibido orden de no enfrentarse con la multitud, o han resuelto no hacerlo por propia iniciativa. Muchos guardias dialogan con los manifestantes, cuyos sentimientos comparten sin la menor sombra de duda y se limitan a impedir, sin violencias, que la gente derribe las puertas para entrar en el Ministerio.

—No pierdas el tiempo entrando, porque dentro no encontrarás a nadie.

Me lo aconseja Ignacio Barrado, redactor de Havas, que acaba de salir del edificio. Sabe lo poco que se puede saber y desconfía que nadie sepa más. El Consejo de Ministros, al que asistieron Martínez Barrio, Prieto y Largo Caballero, concluyó hace media hora, pero los periodistas no pudieron ver ni hablar más que con Caballero.



El general Goded, que se desplazó desde las Baleares a Barcelona para dirigir la sublevación de Cataluña fracasando en el intento.

—Salió echando chispas. Fue a pedir armas para los trabajadores y tropezó con una negativa rotunda.

Casares está dimitido y hundido. Lo más probable es que al salir de Gobernación haya ido al Palacio para entregar oficialmente su renuncia. También es probable que Azaña reciba inmediatamente, si no lo ha recibido ya, al hombre que haya de sustituirle. Aunque en la Puerta del Sol aumenta por momentos la afluencia de público, las noticias están en la Plaza de Oriente.

Las tiendas de la calle Arenal han cerrado precipitadamente sus puertas. Grupos nutridos y amenazantes van y vienen entre la Puerta del Sol y la plaza de Oriente. En la plaza del Celenque una veintena de obreros meten apresuradamente en dos taxis los rifles y escopetas sacados de una armería que acaban de asaltar, mientras otros cargan los revólveres y pistolas de que se han apoderado.

—*Como Casares no quiere darnos armas* —explica uno de ellos a un grupo de curiosos—, *tenemos que cogerlas donde las haya.*

La plaza de Oriente es más grande que la Puerta del Sol, y hay mucha menos gente. Aparte de la guardia oficial de Palacio, soldados de la escolta presidencial ocupan posiciones de combate dentro y alrededor del edificio dispuestos a rechazar cualquier ataque. Junto a los jardines de Caballerizas y en la cercana plaza de España, aparecen estacionados numerosos camiones de guardias de asalto, formando una especie de barrera entre el cuartel de la Montaña y la residencia del presidente de la República.

Un grupo de periodistas aguardan expectantes en la puerta de la calle Bailén y otros hacen lo mismo en la plaza de la Armería. Llevan varias horas allí y es poco lo que han podido ver o averiguar. Rehuyendo su curiosidad, las personalidades políticas llamadas por Azaña pueden entrar y salir de Palacio sin ser vistas utilizando la puerta del Campo del Moro.

—*Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo* —gruñe uno malhumorado—. *Cuando nos enteremos aquí quién es el nuevo jefe de Gobierno ya lo sabrá media España.*

Saben únicamente que en el curso de la tarde han sido varios los políticos que han visitado al presidente de la República. Además de Sánchez Román, entre los lla-

mados por Azaña figuran Ossorio y Gallardo, Lluhí Vallewcá y Albornoz. Sin embargo, todos tienen la impresión de que será Martínez Barrio quien en definitiva recibirá el encargo de sustituir a Casares. Será, caso de formarlo, un gobierno más a la derecha que desde luego no armará al pueblo.

—Pues si no lo hace, facilitará el triunfo fascista.

En el vecino cuartel de la Montaña están acuarteladas las tropas —un regimiento de infantería, otro de ingenieros y un batallón de alumbrado— y no precisamente por orden del gobierno. Parece que igual sucede en Campamento y Getafe, y que en Pamplona el teniente coronel jefe de la guardia civil, Medel, ha sido asesinado por sus propios subordinados por oponerse a la rebelión. La impresión de todos es francamente pesimista.

Ha caído la noche cuando abandono la plaza de Oriente para dirigirme al periódico. En Santo Domingo y la Gran Vía, la tensión ha subido muchos enteros. Los guardias parecen haber desaparecido de las calles, abundan los grupos vociferantes y muchos automóviles van ocupados por gentes que no hacen nada por ocultar las armas. Es evidente que la lucha no tardará mucho en estallar. A la entrada de la calle Silva, un grupo de obreros armados piden la documentación y cachean a los transeúntes que les parecen sospechosos. Un poco más allá descubro lo que sucede. En un caserón de la calle de la Luna, con vuelta a la de Tudescos y Silva, está instalada hace más de un año la sede de la Confederación Nacional del Trabajo. A finales de junio, cuando Casares declaró ilegal la huelga de la construcción, los locales fueron clausurados al tiempo que se procedía a la detención de varias docenas de militantes. Vigiladas sus puertas por varias parejas de seguridad, esta tarde los locales han sido abiertos por los trabajadores que se agolpan en el amplio portalón, en la escalera y en los distintos pisos y salones del edificio.

Abriéndome paso a empujones consigo llegar hasta la planta principal. Por todas partes suena la misma unánime petición de cuantos llenan los locales. Aunque hay muchos hombres armados ya, quienes no lo están aún reclaman elementos de combate para luchar contra la intentona reaccionaria.

—No hay más armas, compañeros. Cuando las tengamos, que será pronto, las repartiremos inmediatamente.

En una habitación apartada, unos hombres llenan botellas de gasolina a fin de utilizarlas como bombas incendiarias; en otra, un grupo de metalúrgicos manejan cartuchos de dinamita para fabricar rudimentarias bombas de mano. Militantes conocidos responden a mis preguntas. Han abierto los locales por cuenta propia y sin contar para nada con el gobierno, que es un cadáver insepulto. Los guardias que pretendieron oponerse a su acción fueron arrollados por acción fueron arrollados por la multitud. Antonio Moreno, que ocupa de manera accidental la secretaría del Comité Nacional —el secretario, David Antonia se halla detenido— me repite lo que de antemano doy por descontado.

—La CNT luchará a muerte contra la intentona fascista. Esta misma tarde han salido delegados del Comité Nacional para las distintas regiones con instrucciones concretas. Todos los militantes, afiliados o simpatizantes de la organización deben armarse como sea, contestando con la huelga general revolucionaria a la declaración del estado de guerra y hacerse matar antes de permitir el triunfo de los enemigos del pueblo.

Cerca de las diez de la noche entro en la redacción de «La Libertad». Basta con ver las caras de redactores, colaboradores y amigos para comprender que son malas todas las noticias recibidas. En efecto, si esta mañana el alzamiento estaba reducido a Marruecos y Canarias, doce horas después arde ya en Navarra, Burgos, Huesca, Andalucía y puntos aislados del Norte, de los de Castilla y de Extremadura.

—Otras doce horas y se habrá extendido al resto de la nación —afirma Haro, rabioso—. *¡Y lo peor de todo es la sensación de impotencia y estupidez del propio gobierno!*

Aunque Casares lleva varias horas dimitido en vista de su estruendoso fracaso, la censura sigue en pie y con la misma cerrazón mental de los dos últimos días. No se pueden publicar más noticias de la situación que las notas oficiales; tampoco hablar de la crisis hasta que esté formado el nuevo gobierno ni retrasar el cierre y la salida del periódico para dar cuenta de la solución política de la grave situación planteada.

—¡Mandarles a hacer puñetas de una vez por todas! ¿O es que con nuestro silencio vamos a facilitar el triunfo de los rebeldes?

La mayoría de los redactores opina igual que yo: prescin-



Saludo frentepopulista de la marinería de un submarino de la Armada Nacional, que permaneció leal a la República, al iniciarse la sublevación de julio de 1936.

dir de la censura y hablar con entera sinceridad y amplitud como ha hecho la tarde anterior «Claridad». Hermosilla, director del diario, vacila y Haro propone una solución viable: consultar con los periódicos de parecida significación política —«El Socialista», «Política» «El Sol» y «El Liberal»— y obrar todos de común acuerdo con respecto a la censura. Las consultas dan por resultado aceptar las instrucciones de la censura arguyendo que la República corre demasiado peligro para que los más interesados en defenderla creemos al inminente gobierno mayores problemas.

En vista que no hay mucho que escribir, son varios los redactores que se desplazan a Gobernación, a Palacio, a la Casa del Pueblo, la Dirección General de Seguridad y las sedes de los partidos. A las once llama Gómez Hidalgo para anunciar que Martínez Barrio, encargado por Azaña, va a constituir un nuevo gobierno integrado por los partidos republicanos y el apoyo del sector moderado de los socialistas. Media hora después, Antonio de Lezama telefonea desde Izquierda Republicana de la calle Mayor:

—*Circula el rumor* —dice malhumorado— *de que Martínez Barrio trata de llegar a un acuerdo con los militares sublevados y ha hablado con Mola ofreciéndole la cartera de Guerra. Si se confirma esta traición...*

Los gritos del local en que se halla Lezama impiden oír el final de la frase. Lezama, optimista esta misma tarde, habla ahora indignado y violento. Aún duda de que sean ciertos los propósitos que se atribuyen a Martínez Barrio; pero de serlo, no cree que ningún republicano pueda secundarle.

—*¡Ni aunque lo mande, que no lo mandará* —concluye—, *don Manuel Azaña en persona...!*

Las palabras de Lezama producen enorme y desagradable impresión entre los redactores de «La Libertad». Cuando las discusiones están en su punto culminante se lee por los micrófonos de Unión Radio un manifiesto conciso y enérgico de Confederación Nacional del Trabajo. Está en abierta contradicción con las instrucciones de la censura. Sin nombrar siquiera a Martínez Barrio sale al paso de sus maniobras, ordenando en toda España la huelga general revolucionaria y la movilización inmediata de los trabajadores para luchar a tiros contra la amenaza fascista. ¿Cómo lo habrá autorizado la censura?

—*La CNT no cuenta para nada con el Gobierno* —contesto, seguro de no equivocarme— *como no cuenta la UGT*

para repartir fusiles entre sus militantes. Casares ya no pasa de ser un cadáver, pero sigue destrozando a la República con sus instrucciones a la censura...

Domingo, 19 de julio

No hay nada que hacer en la redacción, si hemos de limitarnos a publicar las notas oficiales, y poco después de medianoche abandono «La Libertad» para dirigirme a los locales de la CNT que están a menos de cincuenta metros de distancia. Para entonces ya sabemos que el coronel jefe del Parque de Artillería del Pacífico, saltando por encima de las prohibiciones de Casares —que amenaza incluso con fusilar a quien facilite armas al pueblo— ha entregado a la UGT y al Partido Socialista varios camiones abarrotados de fusiles para combatir la sublevación. ¿Los ha recibido también la Confederación? Dos o tres fusiles que veo en manos de los hombres que vigilan en la calle de la Luna parecen anticipar una respuesta afirmativa.

—*¡Vente conmigo y hablaremos por el camino!*

Isabelo Romero, secretario del Comité Regional, me invita a acompañarle sentado junto al conductor de un automóvil a punto de ponerse en marcha. Acepto el ofrecimiento y tomo asiento a su lado. En la parte trasera del automóvil van tres personas a las que conozco de vista con las pistolas en la mano. Isabelo ordena al conductor, refiriéndose a otro automóvil que nos precede en cuatro o cinco metros:

—*¡Síguelo de cerca y no le pierdas de vista! Vamos a Usera donde hace rato nos esperan.*

Los dos coches, casi emparejados, salen a la Gran Vía y descienden rápidamente hacia Cibeles. En la calle de Alcalá todos los cafés están abiertos y las aceras rebosan de animación con grupos que discuten a voces. Mientras corremos por el paseo del Prado hago algunas preguntas a Isabelo, que demuestra estar mejor enterado que yo. No sólo conoce la designación de Martínez Barrio y sus gestiones cerca de los militares sublevados, sino la negativa deferente pero rotunda de Mola a la llamada telefónica de don Diego. Añade que espera que el rechazo por parte del antiguo director general de Seguridad baste para hacer desistir al presidente de las Cortes. Si Martínez Barrio abandona voluntariamente el intento de formar un extraño gobierno, ahorrará a los trabajadores el esfuerzo de derribarlo dentro de tres horas.

No son sólo los trabajadores de la CNT quienes están



El general Batet, que fue fusilado por los rebeldes, al tratar de convencer al general Mola para que depusiera las armas contra el Gobierno legítimo de la Nación.

frente a la turbia maniobra, sino también los de la UGT y los comunistas, los socialistas de Caballero y Prieto e incluso los republicanos. ¿Que algunos apoyan al presidente de las Cortes y le han ofrecido ministros?

—*Eso fue antes de saber que pretendía pactar con los fascistas. Después de saberlo, están tan furiosos e indignados como nosotros.*

Cruzamos la glorieta de Atocha, vigilada por obreros armados, especialmente en los accesos a la estación. Igual ocurre en la de Delicias, ante la que pasamos minutos después. Hace ya varias horas que los Comités obreros se hicieron cargo de las estaciones. Los sindicatos ferroviarios controlan el movimiento de trenes y viajeros en casi toda España.

A la entrada del puente de la Princesa, parapetados tras unos camiones atravesados en la calzada, grupos armados con pistolas y revólveres vigilan la circulación, mientras otros compañeros les apoyan desde las tapias del matadero esgrimiendo escopetas y rifles. Al otro lado del puente comienza Usera, un barrio proletario que ha crecido desmesuradamente en los últimos años. Pese a que es la una de la madrugada, una multitud aguarda en la plazoleta donde si por un lado termina la calle de Antonio López, por el opuesto comienza la carretera de Andalucía. La muchedumbre se espesa un centenar de pasos hacia la izquierda; por delante de ella unos grupos armados vigilan mirando hacia Villaverde y Getafe. Allí se detienen los coches y muchos preguntan anhelantes si traemos armas.

—*Menos de las que quisiera, pero las traemos. Tendréis que*

arreglaros de momento. Si luego conseguimos más...

Un grupo nutrido rodea a Isabelo que se ha apeado del coche y se acerca al que nos ha precedido. Cuando abren las portezuelas del primer automóvil compruebo que viene lleno de fusiles. No deben ser arriba de veinticinco o treinta, y tres o cuatro cajas de municiones. Los que aguardan las armas —afiliados, amigos y simpatizantes del Ateneo Libertario de Usera— son diez veces más numerosos. Isabelo, que lleva años en la barriada, conoce a todo el mundo y entrega las armas a quienes cree que puedan manejarlas con mayor eficacia. Aún no ha finalizado el reparto cuando por la carretera de Andalucía se aproximan las luces de dos automóviles. Son compañeros de Villaverde que, armados de pistolas, sirven de enlace entre Madrid y Getafe.

—*Y no creas que sólo nosotros estamos alerta* —me advierte mi acompañante—. *Lo mismo hacen socialistas, comunistas y ugetistas, y trabajadores no sindicados. ¡Todos unidos, como en Asturias!*

Está seguro también de que, pese a las órdenes que les diera Casares, los guardias de seguridad y asalto estarán al lado del pueblo en cuanto empiece la lucha. La mejor prueba la tenemos allí: un camión de asalto permanece a la salida del puente de la Princesa con las luces apagadas; los guardias conversan cordial y amistosamente con los trabajadores armados que vigilan la calle de Antonio López. En cuanto a la procedencia de los fusiles, el secretario del Comité Regional me confirma lo que ya sé por otros conductos. En el parque de Artillería del Pacífico, el coronel Gil, que es republicano, consintió entregar a los socialistas dos o tres mil fusiles y la CNT ha conseguido alrededor de doscientos. Concluido el reparto volvemos a los coches. Un poco sorprendido veo que en lugar de cruzar de nuevo el puente para volver al centro nos adentramos en la calle Antonio López.

—*Tengo que hablar con los compañeros de Carabanchel y del paseo de Extremadura, y ver cómo andan las cosas por allí.*

Durante más de una hora recorremos las barriadas que se extienden entre la Casa de Campo por un lado y la carretera de Toledo por otro y van desde la orilla derecha del Manzanares hasta las alturas de Campamento y Carabanchel. En todas partes se ofrece a mis ojos el mismo espectáculo: calles más concurridas en esta madrugada que en cualquier día corriente; grupos armados que vigilan en puntos estratégicos al amparo de barricadas improvisadas; centenares de obreros en los alrededores de todos los círculos socialistas, radios comunistas y ateneos libertarios, esperando órdenes y reclamando armas; coches que como los nuestros van de un lado para otro, transmitiendo las últimas noticias, dando consignas o aportando algunos fusiles o pistolas. En el Alto de Extremadura, los dos Carabancheles, Mataderos y los puentes de Toledo y Segovia la preocupación fundamental son los cuarteles de Campamento. Hay en ellos varios regimientos que están acuartelados y cabe temer que en cualquier momento emprendan la marcha sobre el centro de Madrid y el aeródromo militar de Cuatro Vientos. Pero hay mucha gente dispuesta a combatirlos y su marcha no será un simple paseo militar.



El general Núñez de Prado, director de la Aeronáutica, que fue pasado por las armas, tras intentar hacer desistir de su actitud antigubernamental al sublevado general Cabanellas, en Zaragoza.

Es fácil advertir que en estas barriadas hay bastantes más armas que en Usera y son muchos los trabajadores que empuñan satisfechos y orgullosos «mausers» nuevos y aun sin estrenar. Algunos llevan uniformes de las milicias socialistas o comunistas; otros van en mangas de camisa o con simples monos de trabajo. Tácitamente se ha establecido un acuerdo entre todos los antifascistas de las barriadas de la derecha del Manzanares que están en pie de guerra. ¿Qué pasa en las demás?

—*Igual que en éstas: Cuatro Caminos, Ventas, Prosperidad, Vallecas y Tetuán se preparan a combatir sin vacilaciones ni desmayos.*

A las tres de la madrugada estoy de nuevo en «La Libertad». En la redacción hay más gente que nunca, aunque pocas noches ha habido menos que hacer, ya que de acuerdo con las órdenes re-

cibidas, mañana sólo publicaremos las notas oficiales. Se discuten iguales temas que en los numerosos corrillos que llenan las calles céntricas y con semejante violencia. Martínez Barrio continúa sus gestiones y aunque no cuenta con los socialistas ni con las centrales sindicales espera formar lo que en su opinión debe ser un ministerio de pacificación.

Pese a que una mayoría pensamos que no conseguirá más que envalentonar a los sublevados que verán en su actitud una prueba del debilitamiento republicano, hay aun quienes esperan que los militares depongan su actitud al ver desvanecerse la amenaza de un gobierno revolucionario y marxista. No es posible, naturalmente, que nos pongamos de acuerdo. A las cuatro se decide cerrar el diario en vista de que don Diego no anunciará oficialmente la formación de su gabinete hasta que hayan salido los diarios de la mañana.

Empiezan a trabajar febrilmente la estereotipia y la rotativa. Como los redactores ya no tenemos nada que hacer allí, nos lanzamos a la calle, dirigiéndose cada uno al sitio donde puede encontrar noticias. A la primera ojeada advierto que no ha disminuido la afluencia de público en la Puerta del Sol y los primeros tramos de la calle de Alcalá. Todos los cafés están abiertos, rebosantes de público. No obstante, la multitud que llena las calles parece menos agitada, nerviosa y alborotada que a las doce o la una de la madrugada. No es, desde luego, que se deje ganar por el cansancio o haya perdido interés y apasionamiento por cuanto sucede. Da la clara sensación de estar esperando algo y reserva sus energías para cuando ese algo llegue. De momento han cesado las manifestaciones pidiendo armas, probablemente porque los millares de fusiles sacados del parque de Artillería han tranquilizado un poco los ánimos. En cualquier caso se ven muchos grupos armados y coches de las distintas organizaciones van de un lado para otro repartiendo instrucciones y consignas.

Pasadas las cinco de la madrugada, Martínez Barrio comunica a los periodistas la formación de su gobierno, cuya lista ha sido remitida previamente a la «Gaceta» y que aparecerá dentro de unas horas en el periódico oficial. Los integrantes del nuevo Gobierno no producen extrañeza en los informadores. Excepto, claro está, que lo integran personas que prácticamente no representan a nadie, cuando están ausentes los partidos obreros y las organizaciones sin-



Una visita de inspección del líder socialista Largo Caballero al campamento de Carabanchel, tras iniciarse la guerra civil.

dicales, e incluso los partidos republicanos se manifiestan contrarios a que ninguno de sus afiliados ocupe una cartera ministerial. Martínez Barrio, que aparece cansado, deprimido y triste ante los periodistas, califica su gabinete de conciliación, alejado por igual de ambos extremos con un programa que se limitará a restablecer el orden y evitar una sangrienta catástrofe nacional. ¿Lo conseguirá? Si personalmente debe abrigar las mayores dudas, aún es más pesimista la impresión de cuantos le escuchan.

—No durará ni el tiempo suficiente para que los ministros sigan siéndolo cuando sus nombres aparezcan en la «Gaceta».

El fácil vaticinio se cumple, incluso con mayor rapidez de lo esperado. La noticia, que se propaga con una sorprendente velocidad, está ya en los cafés de la Puerta del Sol, en las sedes de los partidos y organizaciones obreras e incluso en las barriadas extremas, cuando los informadores abandonan Gobernación donde acaban de escucharla de labios de don Diego, y en todas partes producen la misma colérica indignación:

—¡Nos han vendido...! ¡Hay que colgar a todos los traidores...!

La furiosa protesta no se circunscribe a los obreros, sino que alcanza también a liberales y republicanos. Marcelino Domingo lo comprueba muy a su pesar cuando hace acto de presencia a las cinco y media de la madrugada en la sede de Izquierda Republicana. Es su propio partido, en el que hasta hace un rato gozaba de sólido prestigio personal. Quiere con su simple presencia disipar el



El general Mola, jefe táctico de la sublevación de julio de 1936 contra el Gobierno de la República.

clima de abierta hostilidad y trata de dirigir la palabra a sus correligionarios. Una tempestad de gritos, silbidos y denuestos impiden oír sus primeras palabras. Algunos exaltados rompen sus carnés y los tiran airados a la cara del ministro.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que se vayan...! ¡Cobardes...!

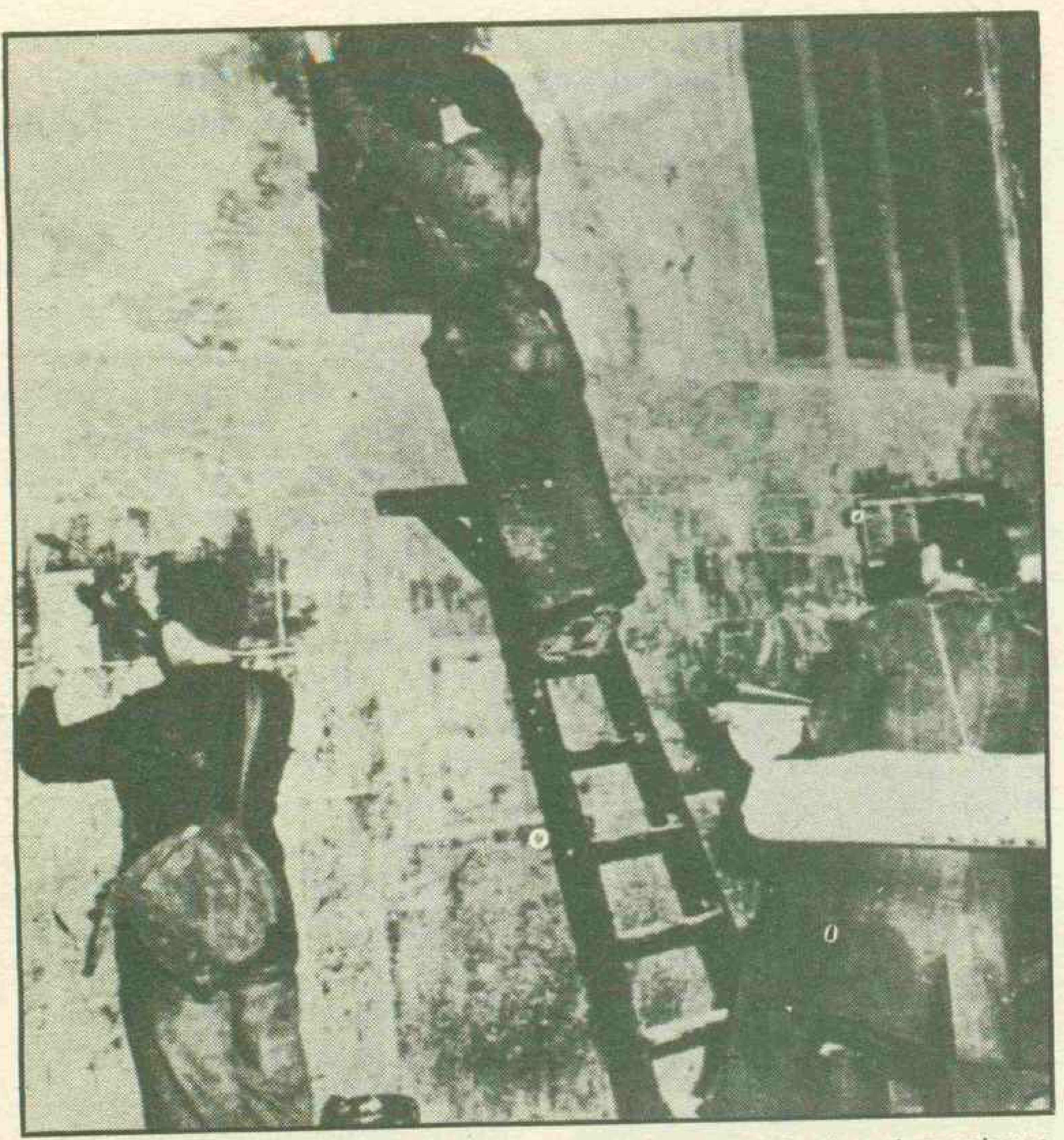
En las calles se forman gigantescas manifestaciones. Afluye gente de todas partes al centro de la población. De las barriadas llegan coches y camiones llenos de trabajadores que esgrimen iracundos pistolas y fusiles. Los centros políticos y los cafés se vacían en un abrir y cerrar de ojos. Los gritos atruenan el espacio repetidos incesantemente por millares de gargantas:

—¡Traidores...! ¡A colgarles...! ¡Que no quede ni uno...!

Oradores improvisados arengan a las multitudes. Martínez Barrio quiere entregar el país a los enemigos del régimen, dejar a republicanos y trabajadores a merced de las hordas fascistas. No hay que darles tiempo a consumar sus siniestros designios.

Advertido de lo que sucede, el nuevo presidente del Consejo trata de contener la marejada popular que amenaza llevarse todo por delante. Empieza a dar órdenes y comprueba que nadie las cumple. Los guardias de asalto se han retirado de las calles céntricas o se han sumado a los manifestantes. En un intento desesperado, don Diego recurre a los socialistas. Prieto le ofrece su simpatía personal, pero nada más porque tiene una prohibición tajante de la Ejecutiva; Largo Caballero exige la entrega inmediata de todas las armas de que disponga el gobierno a las organizaciones obreras. Paralelamente la rebelión militar se extiende. De Barcelona llega la noticia más temida: las tropas del cuartel de Pedralbes han salido a la calle y se dirigen hacia el centro de la población. Algo parecido sucede en Zaragoza y Valladolid; lo mismo ocurrirá sin la menor duda dentro de unas horas en Valencia y Madrid, donde las guarniciones continúan encerradas en sus cuarteles.

Desbordado por los acontecimientos, sin apoyos firmes en la derecha, el centro y la izquierda, no tiene nada que hacer. Una hora después de anunciar la formación del nuevo gobierno y una hora antes de que los nombramientos de los ministros aparezcan en la «Gaceta», don Diego presenta su dimisión al presidente de la República. La noticia se daba pocos minutos después en la calle y es acogida con grandes demostraciones de júbilo.



Milicianos pegando proclamas dirigidas a la población madrileña, en las primeras horas de la sublevación militar contra el Gobierno de la Nación.

—*Hemos ganado la primera batalla. ¡Viva la República!*

Es día claro ya cuando en Teléfonos coincidimos la mayoría de los redactores de «La Libertad», igual que la mitad de los periodistas políticos de todos los diarios y agencias. En la destartalada sala de prensa reina una espantosa barahúnda. Hablamos todos a un tiempo, comentando lo sucedido o haciendo profecías sobre un futuro inminente. Las noticias se suceden con rapidez cinematográfica:

—*¡En el centro de Barcelona se libra una encarnizada batalla!*

—*¡Medio Málaga está ardiendo!*

—*En Valladolid los militares dominan la situación.*

Algunos recordamos, de pronto, que de Oviedo salieron anoche dos trenes con mineros que acudían en defensa de Madrid. ¿Qué habrá sido de ellos?

—*Pasaron antes de estallar la rebelión. Ahora deben estar en Avila y dentro de dos horas...*

A las siete llega la noticia de la constitución de un nuevo Gobierno presidido por Giral. Está integrado por republicanos de izquierda con el general Pozas en Gobernación y el general Castelló —que ayer mismo aplastó un intento de sublevación en Badajoz— en Guerra. El nuevo presidente del Consejo anuncia que defenderá la República como sea, que armará al pueblo y adoptará todas las medidas enérgicas y revolucionarias que sean precisas. Muchos se muestran escépticos acerca de lo que Giral pueda hacer. Aun contando con el apoyo y colaboración entusiasta de todo el Frente Popular y las organizaciones sindicales, llega demasiado tarde para remediar el daño ocasionado por la inhibición de Casares y el descabellado intento de Martínez Barrio. Los más optimistas se limitan a decir:

—*Todo depende de lo que pase en Barcelona, y allí, por desgracia...*

Todo el mundo piensa lo peor. Nadie ha olvidado lo sucedido en 1934 cuando un batallón de infantería y tres piezas de artillería fueron suficientes para obligar a rendirse a la Generalidad, mientras tiraban las armas y huían sin combatir escamots y rabassaires. Ahora no será un solo batallón, sino varios regimientos completos mandados por jefes decididos y enérgicos.

—*Inevitablemente se repetirá lo del 6 de octubre.*

Discrepo rotundamente, señalando que hace dos años no participó en la lucha la CNT que agrupa a la mayoría del proletariado catalán, mientras hoy combatirá con todas las fuerzas de la desesperación. No consigo convencer a nadie. Todos admiten que los sindicalistas son gente decidida, capaz de dejarse matar antes de entregarse; pero...

—*No tienen nada que hacer frente a unas tropas disciplinadas, provistas de armamento moderno. Es triste reconocerlo así, pero dentro de dos horas los militares serán dueños de la situación.*

Estoy cansado y somnoliento; llevo muchas horas de pie y varias jornadas sin dormir lo suficiente y nada me agradaría más que poder tumbarme; pero es demasiado trascendente lo que todos nos jugamos para poder hacerlo. Avanza lentamente la mañana. Tomo café una y

otra vez y me lavo repetidas veces la cara como recurso para ahuyentar el sueño. Llegan muchas noticias y la mayoría son malas.

En un momento de relativa calma me asomo al amplio ventanal de Teléfonos desde el que se domina la Puerta del Sol y el primer trozo de la calle de Alcalá. Aunque las bocas de metro siguen despidiendo oleadas de gentes que acuden procedentes de Vallecas, Tetuán o Ventas en la gran plaza parece haber disminuido el gentío. Siguiendo instrucciones de los delegados de las diversas organizaciones muchos trabajadores armados marchan a tomar posiciones en las entradas de Madrid o en las cercanías de los cuarteles. De la plaza de Pontejos parten con igual dirección varios camiones de guardias de asalto, que son aclamados por el público.

—*¿Y si hablásemos con Pozas?*

Inspector general de la Guardia Civil hasta anoche, Pozas es ahora ministro de Gobernación. Falta bastante para la hora en que los informadores visitan a diario al ministro del Interior; además ni esta tarde se publican periódicos por ser domingo, ni mañana aparecerá otra publicación que la «Hoja del Lunes». No obstante, lo excepcional de las circunstancias aconsejan que le veamos y somos muchos los periodistas que abandonando Teléfonos cruzamos la Puerta del Sol para encaminar nuestros pasos al Ministerio.

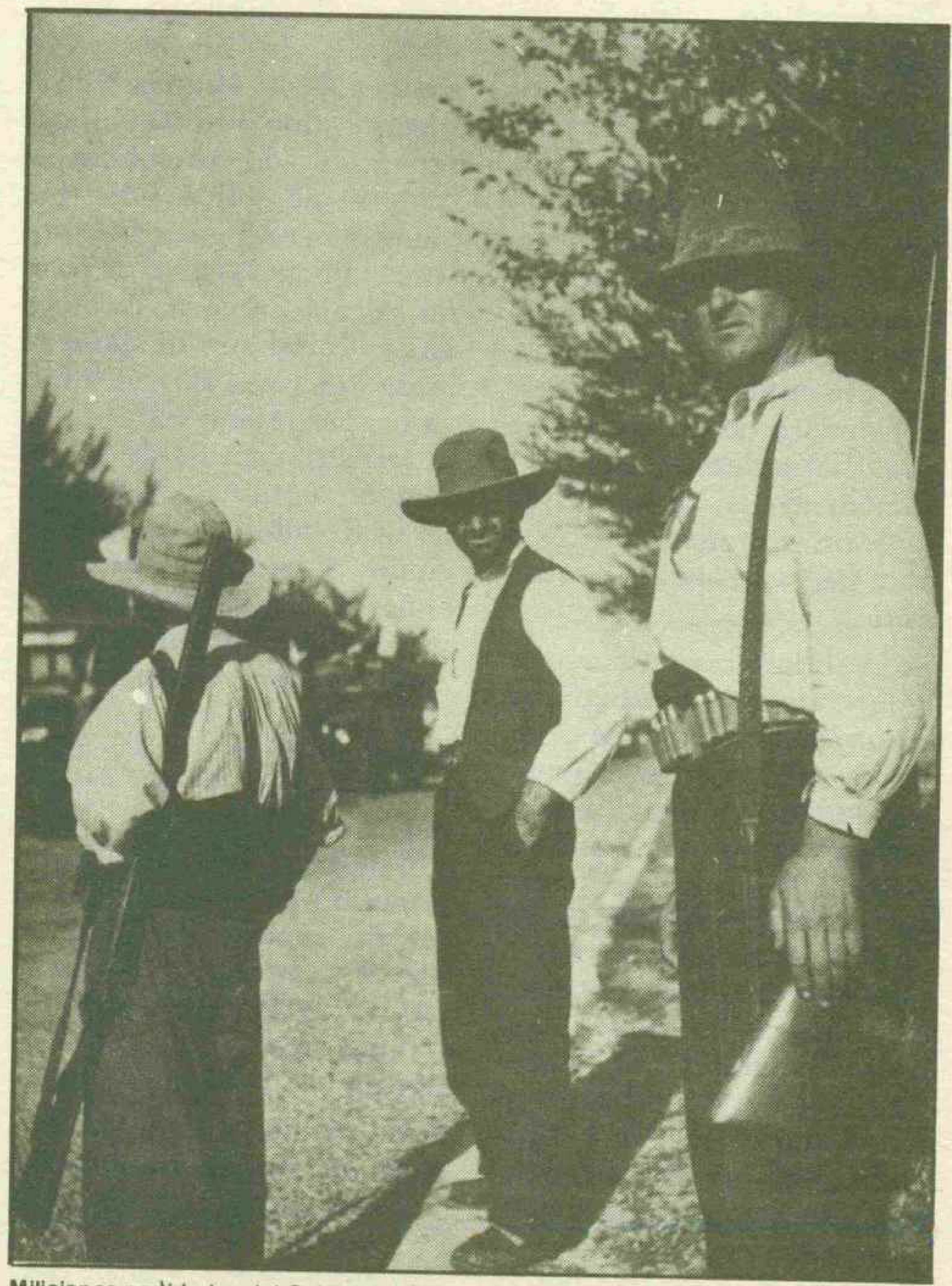
—*La situación es gravísima, desde luego* —nos dice el general—*. Sin embargo, aunque se han perdido treinta y seis horas en lamentables vacilaciones y desaciertos todavía no está todo definitivamente perdido.*

No niega que los sublevados son dueños de todo Marruecos, donde se encuentra desde hace unas horas el general Franco; tampoco que en la zona del protectorado español disponen los rebeldes de fuerzas de choque tan aguerridas y eficaces como la Legión y los Regulares.

—*Pero que dispongan en Marruecos de veinte mil hombres perfectamente armados* —añade—, *no quiere decir que puedan emplearlos hoy mismo para combatir en la Península.*

Ante nuestros gestos de incomprensión, explica el significado de sus palabras. Los tres destructores mandados el viernes contra Melilla y que ayer se creía sumados al movimiento insurreccional, se han puesto a las órdenes de la República luego de imponerse la marinería a los oficiales sublevados. Y lo mismo ha hecho el «Churruca» que tras llevar a Cádiz y Algeciras unos centenares de moros, ha vuelto a la obediencia leal y patrulla las aguas del Estrecho para impedir el envío de nuevas fuerzas marroquíes.

Es una noticia sensacional que puede por sí sola cambiar el rumbo de los acontecimientos, si la marinería



Milicianos partidarios del Gobierno en el frente de Aragón, en los primeros días de la guerra civil.

del resto de la escuadra lejos de sumarse a los rebeldes, se enfrenta decididamente con ellos. En cuanto a Barcelona, Pozas elude nuestras preguntas afirmando que carece de noticias de la marcha de la lucha.

—En cualquier caso, no deja de ser esperanzador que las emisoras de radio continúen en poder de las autoridades republicanas.

Repentina, inesperadamente, la radio se ha convertido en el más valioso y eficaz de los medios de propaganda. Tiene sobre los periódicos la inmensa ventaja de la rapidez y el poder llegar a todas partes, sin que haya manera de impedirlo, saltando por encima de las líneas que delimitan las zonas en que empiezan a repartirse España los dos bandos beligerantes. Aun dando por descontado que haya mucho de exagerado y parcial en las noticias y las arengas que lanzan al aire las emisoras barcelonesas, el simple hecho que los sublevados no las controlen cinco horas después de haber comenzado la lucha constituye un síntoma optimista para las esperanzas republicanas.

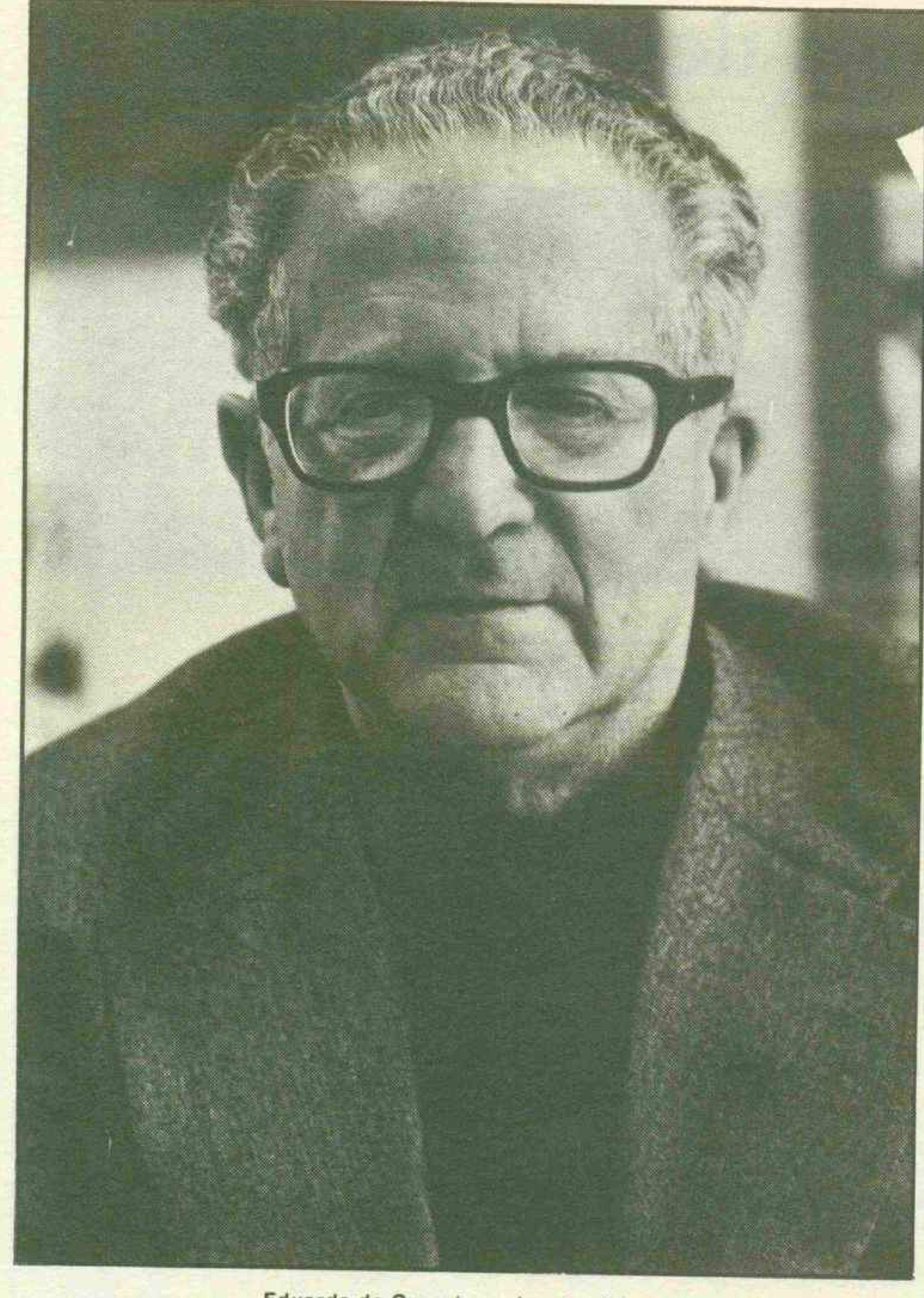
En realidad, buena parte de la jornada del domingo gira en torno a la radio. Si en la noche del 19 de julio Queipo de Llano comienza a utilizarla para animar a sus seguidores y sembrar el terror entre sus adversarios, le ha precedido en muchas horas —aunque la gente no se entere hasta bastante después— la emisora de la Marina de Guerra que tiene su sede en un hotelito de la Ciudad Lineal. Los mensajes directos unas veces, en clave la mayoría, dirigidos a las unidades de la flota, han determinado ya la resistencia de la marinería a los oficiales sublevados a bordo de varios destructores y harán en definitiva que el ochenta por ciento de las unidades en servicio se inclinen del lado de la República.

Aunque el 19 de julio se producen choques armados en la capital de España —tiroteo en la calle de Torrijos con varios muertos y heridos; ataque desde el cuartel de la Montaña al autocar que sube de la Playa de Madrid, aplastamiento de varios conatos de subversión en Vicálvaro, Getafe y Leganés, etc.—, el domingo es para nosotros un día de tensa espera y apresurados preparativos. Republicano histórico, fundador hace ya tiempo de la Alianza Republicana, don José Giral, catedrático de farmacia y hombre de sólido prestigio científico, no tiene como político la popularidad de Azaña, Alcalá Zamora, Prieto o Largo Caballero; ni siquiera la de Martínez Barrio o Casares, pero tiene sobre estos últimos la ventaja de su actuación rectilínea en defensa de la República. Sin vacilaciones suicidas procura recuperar el tiempo perdido y lo consigue en parte. Utilizando —cosa que Casares no ha hecho— a los militares leales al régimen —Masquelet, Riquelme, Pozas, Miaja, Asensio, Gil, Cabrera, etc.— y el desbordante entusiasmo popular incrementado con el rápido reparto de algunas armas, empieza a levantar una muralla que impida el triunfo total de los sublevados en las próximas horas.

A Madrid llega a media mañana un tren de mineros salidos la tarde anterior de Oviedo, que son aclamados con entusiasmo cuando desfilan en camiones por el centro de Madrid lanzando al aire su vibrante «¡U.H.P.!» que encuentra inmediato eco en las gargantas proletarias. A la misma hora salen de la cárcel Modelo los militantes de la CNT —Mera, Mora, Villanueva, Cecilio, González Marín y treinta más—, detenidos como huelguistas de la construcción, que inmediatamente marchan a ocupar sus puestos de combate. Para entonces ya se sabe que los obreros barceloneses han derrotado en la avenida de Icaria a un regimiento de artillería, utilizando bobinas de papel como parapetos móviles para acercarse a los cañones que manejan los sublevados. También que el teniente coronel Ortiz, jefe de la base de San Javier, asegura con sus hidros que Cartagena continuará en manos de la República.

Como dolorosas contrapartidas se sabe también que toda Castilla la Vieja, León, Zaragoza, Teruel y Cáceres están en manos de la rebelión y que de ellas pueden salir columnas militares que, conforme el plan previsto por los sublevados, acudan a ocupar Madrid en unión de la mayor parte de la guarnición que continúa encerrada en Campamento y en el cuartel de la Montaña.

A última hora de la tarde, la radio nos trae la noticia más sensacional de la jornada: la toma de la capitanía general de Barcelona por los trabajadores en armas. Don Luis Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, anuncia alborozado la satisfactoria nueva, que ratifica el propio general Goded que tras sublevar Mallorca dirige el movimiento militar en Barcelona y ha caído prisionero. Tan sensacional es la noticia que muchos se resis-



Eduardo de Guzmán en la actualidad.

ten a creerla, aunque la radio la repite varias veces. Para mí no existen dudas, sin embargo, no sólo porque conozco perfectamente la voz de Companys, sino porque a mi lado está un compañero —Ezequiel Enderiz— corresponsal de guerra en Marruecos durante varios años, que certifica que la voz del militar que reconoce públicamente su derrota es la del general don Manuel Goded.

El triunfo de Barcelona es muy importante, como lo es que buena parte de la Marina luche al lado de la República. Pero ni uno ni otro son suficientes cuando los rebeldes dominan Marruecos, Canarias, Baleares y un tercio del territorio peninsular. Muy especialmente cuando la suerte está indecisa todavía en varias regiones y ciudades como Madrid, Valencia, Bilbao, Gijón y La Coruña. Aunque el régimen se imponga en todos estos lugares y el golpe de estado fracase en su propósito de adueñarse del poder en tres o cuatro días, siempre quedará en pie la trágica perspectiva de una posible guerra civil.

—Las guerras carlistas de 1833 y 1874 se iniciaron cuando los ultramontanos no disponían de una décima parte del territorio que ahora dominan —señalo, de noche ya en Teléfonos, aguando un poco el desbordante optimismo de quienes consideran dominada la subversión.

En realidad, la situación de Madrid es harto preocupante y difícil cuando amanece el lunes, 20 de julio de 1936. Aunque en algunos cuarteles de los cantones parece atajada de momento la subversión, las cuatro quintas partes de la guarnición están sublevadas encerradas en los cuarteles en espera de la llegada de las columnas que Mola debe mandar en su ayuda. Por otro lado, en la capital de España hay alrededor de tres mil guardias civiles, acuartelados también, cuya actitud es tan equívoca como sospechosa. Todavía no están abiertamente sublevados, pero pueden estarlo dentro de veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

—Si hoy lunes no tomamos los cuarteles, como ayer domingo hicieron los obreros barceloneses, la República estará muerta y casi enterrada.


Los cuarteles y cantones madrileños se asaltan en la jornada del 20 de julio. Personalmente presencio la conquista del Cuartel de la Montaña y el epílogo de la lucha en Campamento. Lo que veo me parece un poco irreal, porque hace cuatro días que no duermo y estoy cansado del día más largo de nuestra historia. Muchos creemos que ese lunes termina una terrible pesadilla. Por desgracia, la pesadilla durará dos años, ocho meses y catorce días más. Y cuando aparentemente concluya un todavía remoto primero de abril, empezará para cuantos lucharon por la República la más interminable y lóbrega de las noches. ■ **E. de G.**

A la sombra del Cuartel de la Montaña

Carlos Sampelayo

LO primero fue el Cuartel de la Montaña. ¿Contarlo nuevamente? No. Pero debo dar mi versión y mi visión.
La noche del 17 de julio vino a vernos al gabinete de prensa de Teléfonos, el capitán Zamarro —un artillero republicano de verdad—, y nos dijo que en el Cuartel de la Montaña se iban congregando numerosos falangistas paisanos; que lo había denunciado en el Ministerio de la Guerra y no le hacían caso. Por la tarde de ese mismo día, el pueblo madrileño se había **agolpado** *en los bares para oír por radio las informaciones del Gobierno: «El conato de insubordinación queda reducido a alguna zona de Marruecos».*

EL 18, en realidad, no ocurrió nada de particular. Un diluvio de rumores. Telegramas de prensa que recibíamos en los periódicos nos confirmaban que la rebelión militar se extendía en Marruecos, y en la Península todavía no ocurría nada alarmante. Los gobernadores civiles de las provincias se hallaban en contacto permanente con el Gobierno.
Fue en la tarde del 19 cuando el general Fanjul y su alto mando en la Montaña desacatan una orden del Ministerio y se declaran en franca rebeldía. Es el primer acto de sublevación en Madrid. A la mañana siguiente se perpetró el ataque al cuartel, por el pueblo y los Guardias de Asalto. Entre el primero figuraban las Juventudes Socialistas. Por orden de Largo Caballero se destacó a algunos dirigentes del Partido, con documentos de la UGT, para que en colaboración con el comandante de los Guardias de Asalto se contuviera el desorden de las masas y los excesos que pudieran desencadenar los atacantes, en caso de triunfo.
La noche anterior, con otros periodistas, pasé en coche varias veces por la calle de Ferraz, junto al cuartel, lentamente, con los faros apagados y con el miedo encendido. No se oía ni una mosca. Todas las ventanas del edificio estaban cerradas y sin luz. Parecía que no iba a ocurrir nada.
Amaneció una mañana brillante, de canícula madrileña. Los dirigentes socialistas ordenaron a las Juventudes, las que tenían armas adecuadas, que se unieran al sitio al cuartel, que ya habían establecido los pocos Guardias de Asalto leales. Comenzó a llegar gente de todas partes, con gran bullicio, como espectadores antiguos de una ejecución, como romeros goyescos de un «entierro de la sardina» en cuaresma. El sitio cada vez era más estrecho, más compacto. La calle de Luisa





El general Fanjul, que tomó el mando de la sublevación en Madrid, el 18 de julio de 1936, aparece en la foto con José M.ª Gil Robles, en una retrospectiva de cuando era subsecretario de Guerra, siendo Gil Robles ministro de la Guerra, en 1935.

Fernanda, los jardines, y otras calles de las estrechas más adyacentes a Ferraz, eran como campamentos de los espontáneos civiles y la Guardia de Asalto. Hablé con el general Asensio —el republicano muerto después en Nueva York— que vestido de paisano se encontraba expectante en la plaza de España. Me dijo, refiriéndose a los sitiadores:

—Están locos. En cuanto salgan tres tiros del cuartel, todo el mundo echará a correr.

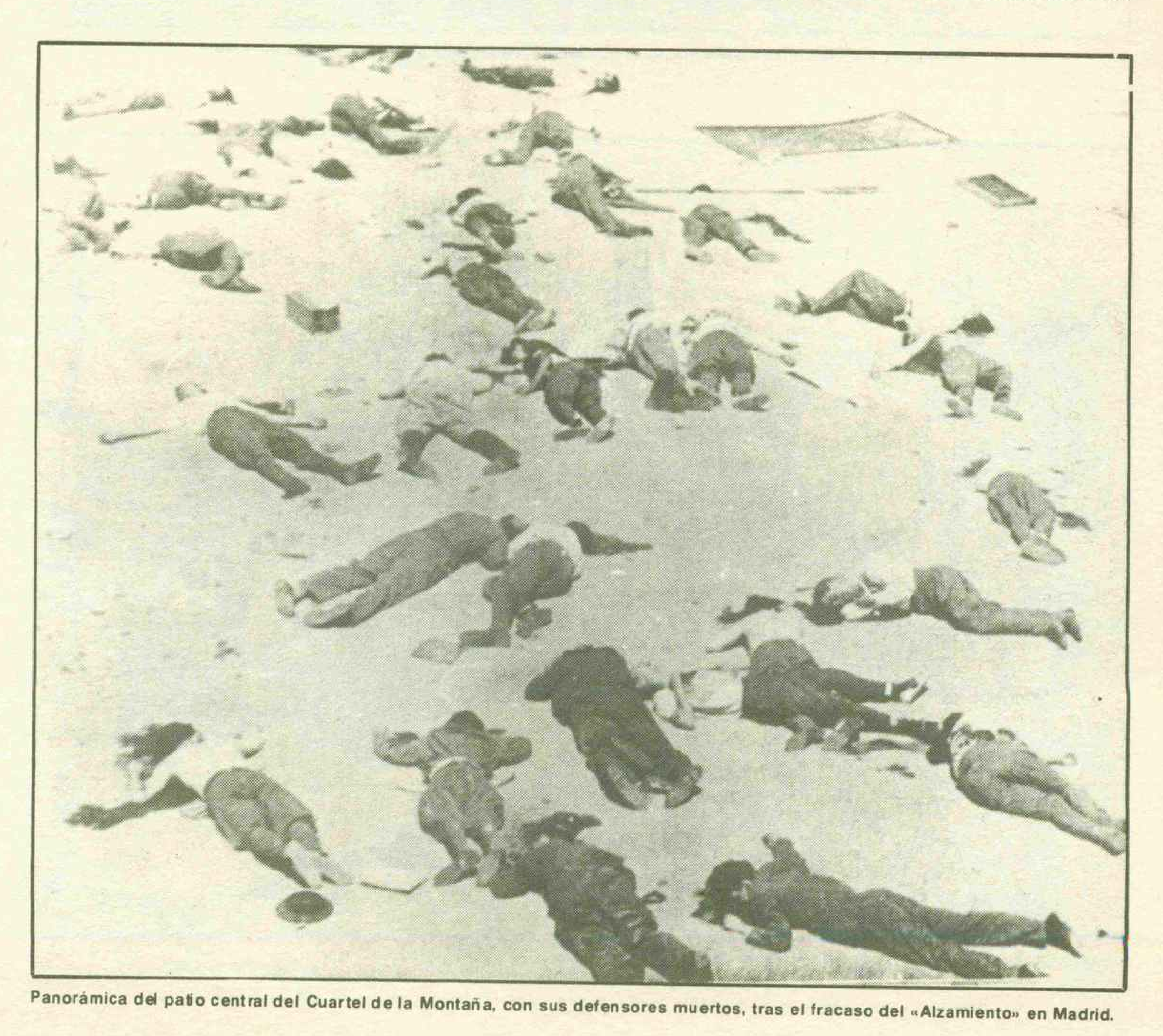
El jefe de los de Asalto recibió, ya avisado, a los dirigentes socialistas y comunistas, y con un sargento, media docena de guardias y una ametralladora, los situó en un edificio de la calle de Ferraz frente a los jardines y la rampa de entrada al cuartel. La ametralladora se emplazó en el zaguán, con punto de mira hacia todo el frente de la vasta caserna sitiada, que permanecía muda, sin señales de vida dentro.

El ataque

Se llamaba Cuartel de la Montaña, por si los jóvenes no lo saben, debido a que estaba construido sobre el altozano llamado del Príncipe Pío, donde hoy se encuentran los monumentos egipcios procedentes de As-

La madrileña Puerta del Sol en los primeros días de la guerra civil (julio de 1936).

suán. Tenía cuatro plantas, y su guarnición la componía principalmente el arma de Ingenieros: un regimiento de Ferrocarriles, otro de Zapadores-Minadores y un batallón de Telegrafistas. También había en esa fecha un regimiento de Infantería. Habría aquella mañana dentro del cuartel unas tres mil quinientas personas.
De pronto comenzaron a disparar contra él dos cañones del 75 colocados en la plaza de España. Contestaron los sitiados con varias granadas de mortero, torpemente disparadas, porque no pasaron de la mencionada rampa de entrada, pues no sabían dónde estaban los cañones, tapados por la vegetación de los jardines.
Ya empezaban a molestar a los militares leales las individualidades de los paisanos, que no se atenían a órdenes y se lanzaban al asalto, como el «capitalista» que se echa al ruedo para hacerlo mejor que nadie.
Los Guardias de Asalto decidieron trasladar la ametralladora del portal a la azotea, para abrir fuego con más perspectiva hacia la fortaleza, cuyos balcones estaban casi tapiados por sacos terreros, y entre las junturas se veían salir asimismo cañones de ametralladoras.
Arreciaban los espontáneos, las individualidades que creían que todo era cuestión de valor personal para entrar en el cuartel. (Esto sería en tres años el signo de la guerra en el bando republicano).
Por una rendija de la puerta del cuartel más cercana a la calle de Ferraz, apareció bandera blanca. Muchos paisanos se lanzaron por la explanada creyendo que era la capitulación, pero el 50 por 100 cayeron muertos por los tiros de las ventanas.
Surgió en el aire el avión de Antonio Rexach, un capitán aviador muy revolucionario y muy bragado, dio una vuelta por encima de la fortaleza sitiada y lanzó sobre los patios octavillas que pedían el cese de la actitud sediciosa. (Como se sabe, la Aviación militar era casi toda republicana desde antes del 31).



Panorámica del patio central del Cuartel de la Montaña, con sus defensores muertos, tras el fracaso del «Alzamiento» en Madrid.



Milicianos por las calles de Madrid, en las primeras horas de la guerra civil (julio de 1936).

Los asaltantes del Cuartel de la Montaña, fotografiados sobre las ruinas del mismo (Madrid, julio de 1936).


En el centro de la foto, Largo Caballero, a su derecha y de uniforme el general Asensio Torrado (con gorra de plato) (julio de 1936).

La rendición

Una vez más se empleó la táctica napoleónica, que después habrían de emplear Queipo de Llano en Sevilla y Zamarro en el frente de Madrid. O sea, los paisanos llevaron uno de los dos cañones atacantes a la calle de Luisa Fernanda, a la que daba el flanco izquierdo del cuartel. Así se fingía tener artillería por todas partes.

Volvió a aparecer el avión de Rexach. La gente se calló expectante, pensando que podía ser un avión rebelde; pero no. El avión voló rasante sobre el cuartel, y en vez de octavillas acertó a lanzar dos bombas, una en cada patio. Otro avión le daba escolta, pero sin atacar, quizá para atemorizar a los sitiados.

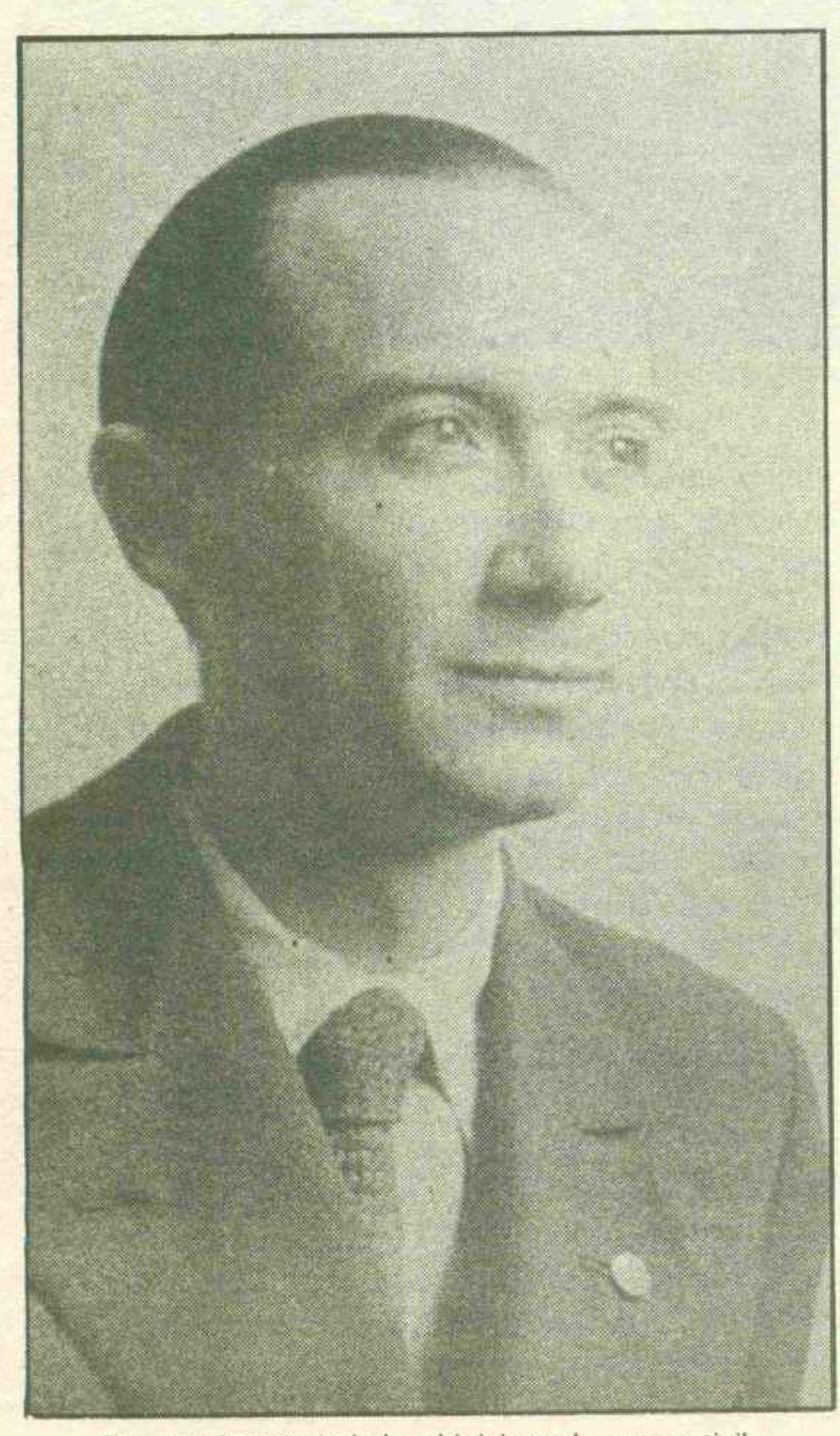
Nuevamente salió bandera blanca por la puerta anterior. Era una sábana esta vez, en agitación desesperada. Y ahora, sí. Los paisanos con escopetas se lanzaron en masa por la rampa. Sin embargo, los de Asalto se acercaron con orden, ya que aún salían tiros del interior, disparados sin duda por los pocos que se oponían a la rendición.

En las puertas del cuartel fue el caos. Disparos, alaridos, dispersión, barullo. En el interior estallaron varias granadas de mano, y la confusión crecía. Luego, los soldados que habían sido obligados a rebelarse, iban saliendo. Todos eran muchachos que gritaban vivas a la República y se quitaban los cascos y las guerreras, increpando a sus jefes de momentos antes.

Los dirigentes de los partidos y organizaciones de izquierda fueron al segundo cuerpo del cuartel, donde se alojaban los regimientos de Ingenieros. Un niño de 14 años, con una pistola en la mano, perseguía hacia la salida a un capitán hecho y derecho que llevaba los brazos en alto. En el «cuarto de banderas» se encontraban once oficiales, con la pistola al lado, inmóviles. Acababan de suicidarse.



Las tropas del Gobierno cruzan Madrid camino de Vicálvaro, donde estaba situado el frente.



El autor de este trabajo, al iniciarse la guerra civil.

Los de Asalto se desenvolvieron mejor en aquel maremágnum interior. Casi todos, las clases desde luego, habían estado en el cuartel en otras épocas.
Tres horas había durado el sitio. A las doce fue la rendición.

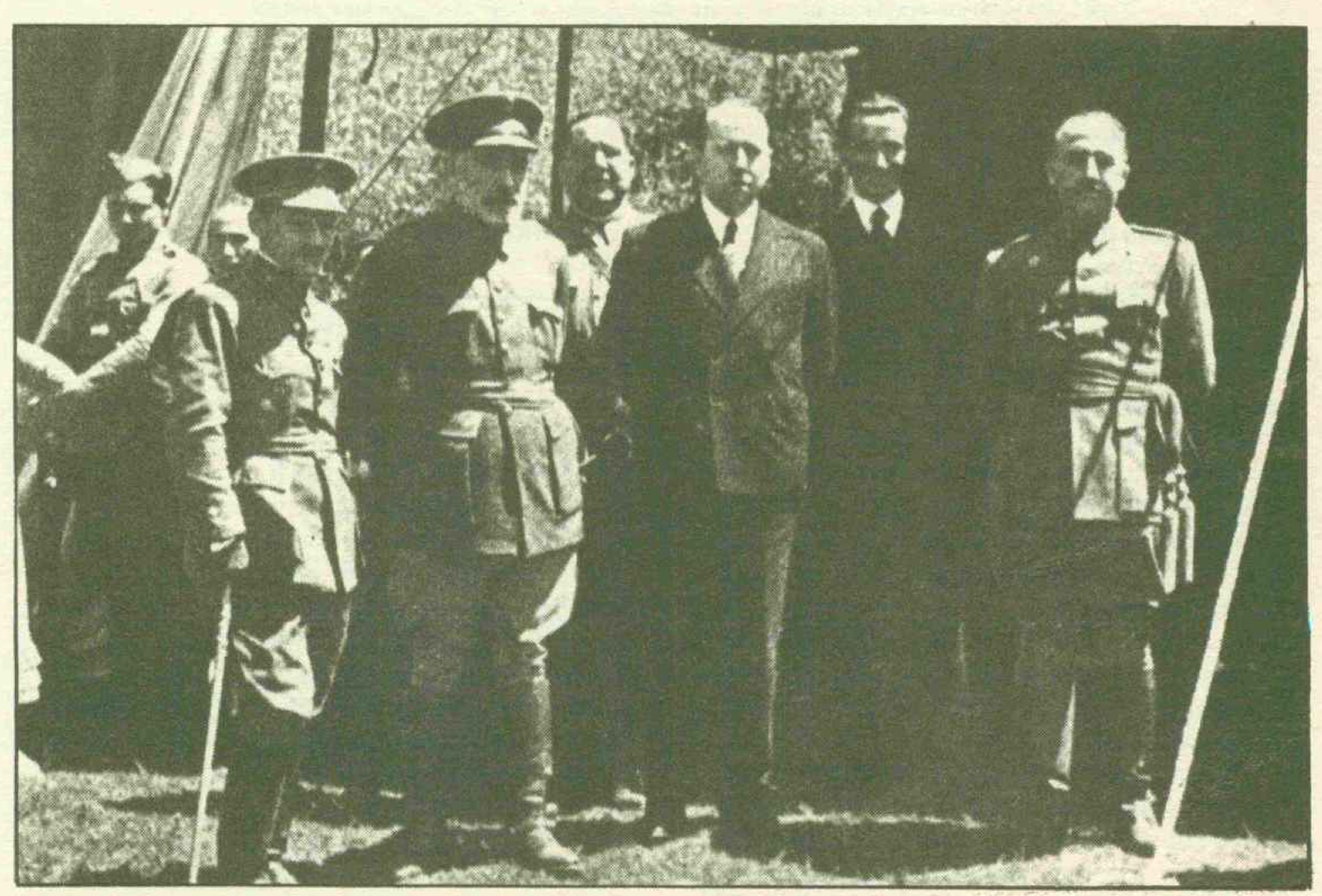
Ceremonia de la confusión

Los espontáneos atacantes se apoderaban de todo lo que encontraban a su paso: fusiles, pistolas, ametralladoras. Mi compañero de periódico, el poeta González-Olmedilla, por llevarse algo, se llevó un casco de soldado —parecía que estaba mal visto no llevarse nada— y fue sorprendido por el fotógrafo de «ABC» justificando así la portada del diario. También empezó la plebe a matar a los falangistas que habían entrado la noche anterior en el cuartel para engrosar la sublevación. Se les conocía en seguida por lo mal uniformados que estaban, con guerreras de oficial de complemento.
Los dirigentes no podían poner orden. Constantemente llegaban de la calle gentes incontroladas que aumentaban su celo, atendiendo sin embargo a algunos soldados heridos, muy jóvenes, a quienes habían obligado a luchar los facciosos, y que nada tenían que ver con la causa de la lucha. Los ordenados Guardias de Asalto tampoco pudieron hacer nada.

Al fin acabaron los tiros y los asesinatos. Se pidieron refuerzos por los de Asalto. Llegó un comandante con una compañía, y desplegando un gran valor pudieron echar a los incontrolados de todo el edificio, y quitarles el armamento que se querían llevar para hacer la revolución por su cuenta.
Se fueron asimismo los escasos dirigentes de partidos y sindicales, por parecerles inútil cualquier acción ya, y porque estaban horrorizados al ver tantos muertos sobre dos patios del cuartel.
Luego se recogieron datos de aquel sacrificio sin fruto, sobre todo para la clase de tropa y la misma tropa. Vieron en seguida lo que se había preparado desde la noche del 18 de julio. Aquellas entradas de gente civil, con permiso de los jefes, y el celo de éstos en las naves de las compañías, les hicieron suponer que había llegado la hora de la subversión que se preparaba, y que proclamaban y advertían los periódicos republicanos.

El espíritu de los sublevados

Cuando comenzaron a disparar los cañones de los Guardias de Asalto, los sublevados subieron a los tejados para manejar un telégrafo de reflejos solares, pidiendo SOS a los otros cuarteles de Madrid, sin resultado.
El general Fanjul, director del pronunciamiento en la capital desde el Cuartel de la Montaña, también había llegado por la noche y se vistió un uniforme de soldado raso, que no le **iba** dados sus años y su barba casi blanca. Pero así podría huir —pensaría él— por la trasera del cuartel, si las cosas venían mal dadas. No lo consiguió.
Bastantes falangistas intentaron pasar desapercibidos, pero algunos cabos y sargentos los fusilaron; otros muchos pudieron a tiempo cambiar el mal vestido uniforme por las ropas civiles con que habían llegado, se confundieron con las turbas y salvaron el pellejo.
Los mandos de los otros cuarteles conocieron por teléfono lo que pasaba en la Montaña y capitularon incondicionalmente. La verdad es que tanto unos como otros demostraron poco espíritu de lucha.
Por decisión del Ministerio de la Guerra, se encargaron del Cuartel de la Montaña, después, los dirigentes socialistas, por ser la fuerza política más ordenada entonces. La gente no creía en la buena fe de los militares leales. Por eso se les encargó a aquéllos de administrar el armamento allí almacenado e



De izquierda a derecha, en la fotografía: los generales Goded (que mandaría a *la sublevación en Barcelona*) y *Fanjul (que lo haría en* Madrid), el general Aranda (que tomaría el mando de las tropas insurgentes en Oviedo), el político cedista José M.ª Gil Robles, el gobernador de Asturias, Angel Velarde, y el general Franco, que mandaría la sublevación tras la muerte de Sanjurjo. (La foto fue tomada durante unas maniobras militares, siendo Gil Robles ministro de la Guerra de la República, el 22 de julio de 1935).



Barricadas levantadas por los anarcosindicalistas en Barcelona, en julio de 1936.

irlo suministrando mediante órdenes estrictas, y adiestrar en él a sus destinatarios.
El cuartel quedó abandonado, como aislado fortín entre la algazara de la ciudad, lleno de cadáveres que comenzaban a pudrirse. Había soldados de la guarnición, unos cuarenta sobrevivientes, que no tenían familia en Madrid y no sabían a dónde ir, a pesar de haberles eximido de lo que les restaba de servicio el Ministerio de la Guerra. Como a todos los de todas las guarniciones que se sublevaron. Un capitán que pusieron al frente del cuartel, utilizaba a aquellos muchachos con licencia y sin destino, para que pusieran los muertos en hilera, por si alguien venía a reclamar alguno. La temperatura de julio era extremada. Aquellos patios cada momento olían peor e impresionaban más, y el Ministerio de la Guerra dispuso que llevaran los cadáveres al cementerio, en las camionetas del servicio municipal de limpieza.
Después tomaron posesión del cuartel los dirigentes socialistas y de la UGT, haciendo una visita de inspección con el capitán. En la mesa de uno de los coroneles hallaron la lista de los falangistas que en la noche del 18 de julio se habían sumado en el cuartel a los militares sublevados desde el 17. Eran falangistas aquellos civiles y de otras organizaciones de derecha; junto a cada nombre figuraba el aval correspondiente. Había en el documento estudiantes paisanos y alumnos de la Academia de Infantería. Nadie fue a reclamar ningún cadáver.

Fanjul

Se sospecha en el Gobierno republicano, blando y sin sentido revolucionario social, que trató de pactar con los sublevados, aún abortado el pronunciamiento del Cuartel de la Montaña. Prueba de ello es que tras el juicio que se le siguió **—sumarísimo—** al general Fanjul, la pena de muerte sentenciada no se llevó a cabo inmediatamente, como es preceptivo, si no pasado algún tiempo. Yo estaba en el despacho del presidente del Gobierno, don José Giral, cuando le llevaron a firmar la sentencia. No le dio importancia; la firmó como un documento cualquiera y siguió hablando con nosotros de temas menores. Las dudas vinieron más tarde.
Fanjul fue ante el muro de fusilamiento aparentando serenidad. Llevaba unos pantalones de soldado y camisa corriente. A la hora

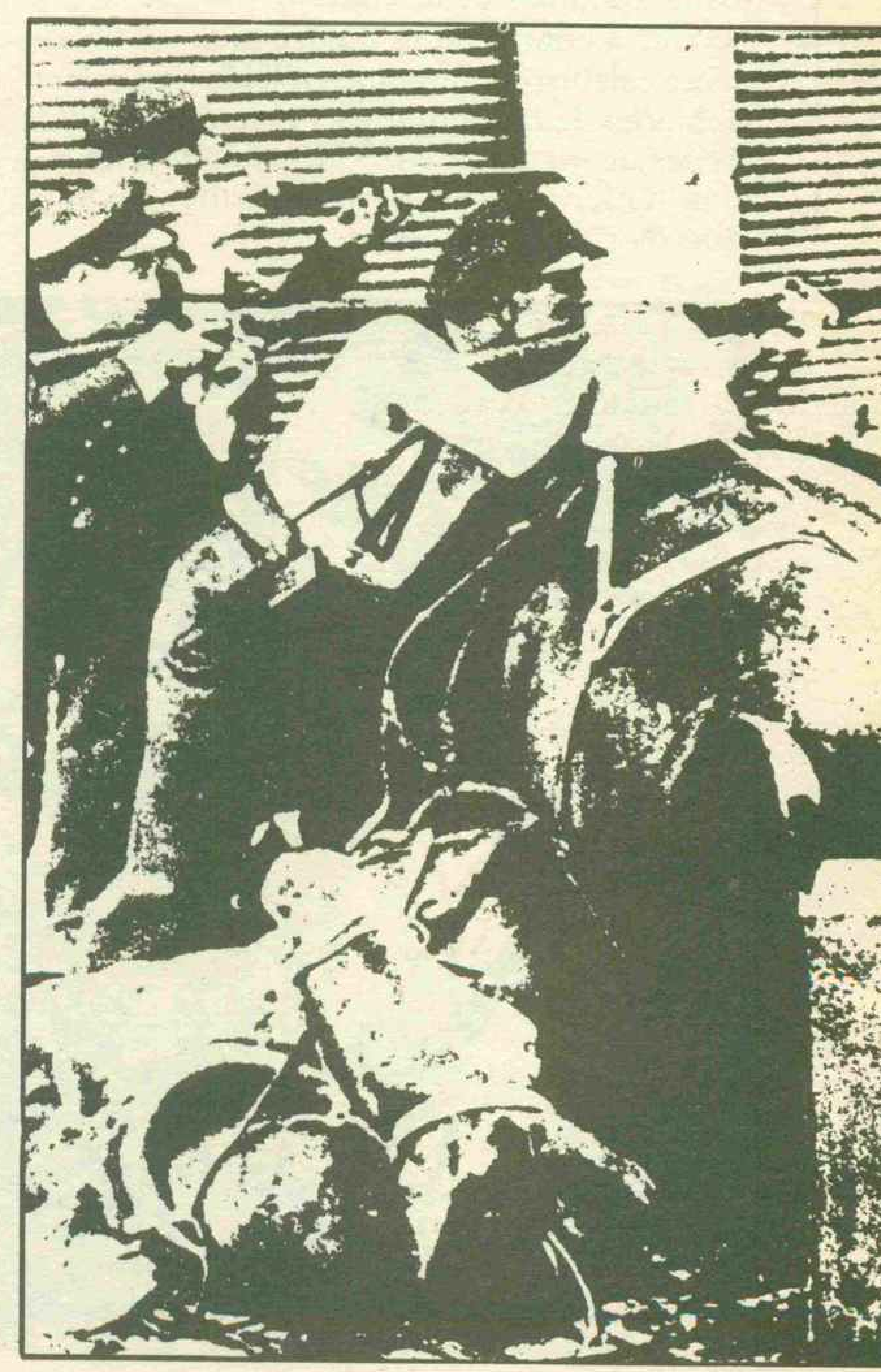
de la verdad, intentó arengar al pelotón que le iba a ejecutar, pero se le quebró la voz. Le salió una especie de «gallo» y las balas no dieron tiempo a más.
El Gobierno no quiso otras víctimas responsables de la sublevación del Cuartel. Al sumario se le dio carpetazo, como gesto diplomático para detener el levantamiento de las demás regiones.

Balances

«The New York Times» del 20 de julio de 1939, conmemorando el hecho, decía entre referencias al movimiento fascista español: «Del asalto al Cuartel de la Montaña los días 19 y 20 de julio de 1936 sobreviven 64 falangistas divididos así: 25 civiles y el resto oficiales de complemento, más 4 cadetes del Alcázar de Toledo y 6 oficiales de Infantería. Al Cuartel de la Montaña entraron la noche del 19 de julio (leve error informativo, ya que debe referirse a la noche anterior) diecisiete cadetes, entre ellos los hijos del general Cruz Bullosa y del coronel Moscardó».
También se pudo leer en «La Nación» de Buenos Aires: «La esquela que el día de hoy —22 de julio de 1939— aparece en la prensa madrileña destaca la muerte de varios falangistas que murieron en el Cuartel de la Montaña y cadetes del Alcázar. Entre los últimos figura en una de las esquelas el joven José Moscardó, que era teniente de Infantería en el regimiento de San Quintín (...)».
El periódico argentino se equivocaba. José Moscardó perdió la vida en Barcelona, durante la sublevación acaudillada por el general Goded.

Al sol de las Ramblas

El 17 de julio se tuvo noticia en Barcelona de la sublevación militar en Marruecos. No había aún datos concretos. Pero todo el mundo tenía la convicción de que la rebelión iniciada en aquella zona habría de extenderse por la Península. Por esta razón, Cataluña vivió unas horas de fiebre, de angustia, de inquietud colectiva. Por las calles se observaba un nerviosismo bien visible. Corrían toda suerte de rumores. La gente se armaba como podía para hacer frente a cualquier contingencia. Los nombres de Sanjurjo, Mola, Franco, Cabanellas, Goded, iban de boca en boca.
Aquel mismo día, el capitán general Llano de la Encomienda reunió en su despacho de la División a los jefes de la guarnición de Barcelona. Analizaron la situación. Todos le prometieron la lealtad más absoluta. Convinieron en que los generales de las tres brigadas visitaran los respectivos cuarteles para evitar o reprimir cualquier estallido de revuelta. Fernández Burriel, de la brigada segunda de Caballería —que era precisamente el jefe de la rebelión en Barcelona—, fue quien remarcó más aquel propósito de lealtad.
Aparte de eso, todo el mundo estaba en guardia. Los militantes de partidos y sindicales acudían a sus locales para obtener armamento. Este era, sin embargo, escaso. No había más que pistolas.
La noche del 18 en la Consejería de Gobernación estaban reunidos con el consejero José M. España, los generales Llano y Aranguren y diversos jefes y oficiales de Seguridad y del Ejército. También había personalidades políticas.


Los Guardias de Asalto se enfrentan con las tropas sublevadas en las calles de Barcelona, en julio de 1936.

Iban recibiendo noticias, cambiando impresiones, estableciendo contactos. Los comisarios de la Generalidad en Gerona, Lérida y Tarragona, recibían por teléfono instrucciones del Consejero.
A las cuatro de la madrugada parecía que quedaba desvanecida toda posibilidad de insurrección. Llano de la Encomienda se reintegró a la División.

En la Generalidad. ¡Ya salen!

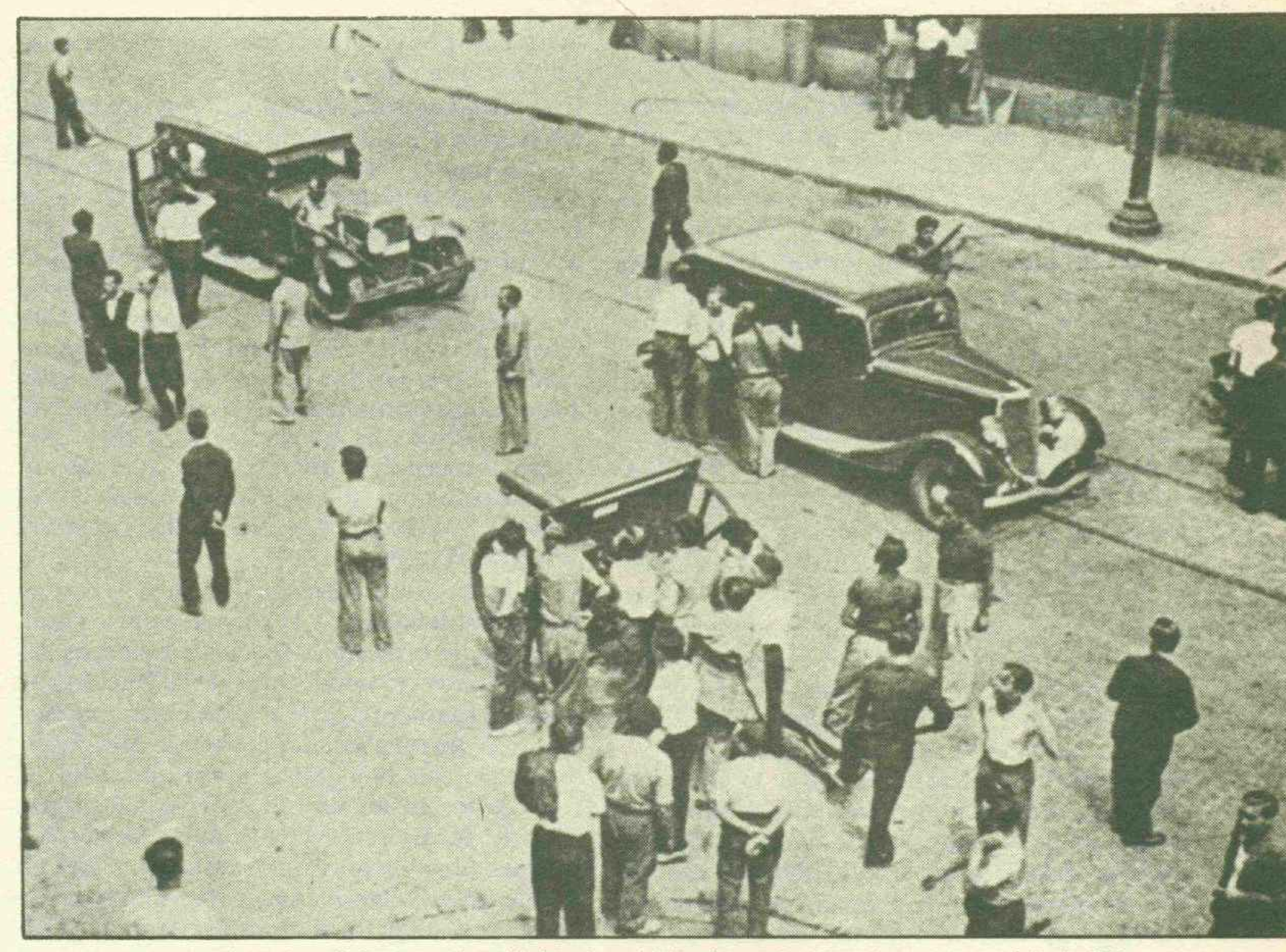
En el antedespacho de la Presidencia de la Generalidad, el presidente Luis Companys pasó la noche conversando con sus Consejeros, y acompañado por diputados y destacadas figuras políticas. A cada momento eran comunicadas al Presidente las impresiones de los enviados especiales a los diversos puntos neurálgicos de la ciudad.
De tres a cuatro de la madrugada, el Presidente celebró conferencias telefónicas con el Gobierno de la República y con autoridades civiles de otras ciudades. Unicamente se tenían noticias de los levantamientos de Marruecos y de Canarias.
Iba llegando gente a la Generalidad: Jaime y Artemio Aiguader, Soler Bru, Trabal, Massip, los más tarde asesinados Suñol y Garriga, Casas Sala, Pedro Ventura.
Mientras tanto, unos grupos de agentes de policía, por orden del capitán Escofet, recorrían en coches ligeros los alrededores de los cuarteles para dar cuenta del movimiento que se pudiera advertir en ellos. Fue uno de estos grupos el que, minutos después de las cinco de la mañana, telefoneó a Comisaría para decir simplemente:
—*¡Ya salen!*

Momentos después, el jefe del gabinete de prensa de la Presidencia, Joaquín Vila-Bisa, entró precipitadamente al despacho del Presidente, desde donde éste acababa de dirigir la palabra a través del micrófono al pueblo de Cataluña recomendándole serenidad. Vila-Bisa se acercó al Presidente y a media voz le dijo:
—*Señor Presidente, un encargo de urgencia.*

El Presidente se alzó del asiento, y se llevó a Vila a uno de los ángulos de la sala. Un minuto más tarde el Presidente exclamó:
—*Han salido a la calle las tropas del cuartel de Pedralbes.*



El presidente de la Generalitat de Cataluña, Luis Companys, con el jefe de la 26 División del Ejercito Popular, Ricardo Sanz, durante los primeros meses de la guerra civil.



Un cañón tomado por los milicianos, en plena Vía Layetana de Barcelona, a las tropas insurrectas, en julio de 1936.

Momento de intensa emoción. El Presidente, con una impresionante tranquilidad, llamó a su despacho al jefe de las fuerzas de los Mozos de Escuadra, teniente coronel Gavari. Le dio unas órdenes y a continuación salió del despacho acompañado de los hermanos Aiguader, Suñol, Massip y Casas Sala, dirigiéndose a la Residencia particular del edificio.

Como a las seis de la mañana, el Presidente salió de la Generalidad. En la calle, y dirigiéndose a los que le acompañaban, dijo:

—*Dejarme ir solo. Voy a la Comisaría General de Orden Público. Quiero estar al lado de Escofet.*

«Dispuestos a vencer o morir»

La llegada del presidente Companys a Comisaría fue emocionante. Los Guardias de Asalto, agentes de policía y otras personas que estaban en el edificio, lo recibieron con aclamaciones y vivas. El capitán Federico Escofet y Alsina, entonces Comisario, se encontraba reunido con el comandante Vicente Guarner y el teniente coronel Alberto Arrando, jefe de las fuerzas de Asalto. Luis Companys, al irrumpir en el despacho, exclamó:

—*Bien, señores. Aquí estamos dispuestos a vencer o morir.*

Escofet telefoneó al general Llano. Llano tardó unos minutos en ponerse al aparato. Primero se puso su hijo; después un jefe del Ejército. Finalmente, él:

—*¿Qué hay?*

—*General: han salido las tropas a la calle. Si no actúa usted o no puede actuar inmediatamente, yo tomaré la iniciativa, atacando, si es necesario, Capitanía.*

—*No puede suponer en mí la más pequeña deslealtad.*

Después el presidente Companys comunicó con Llano:

—*Estoy en la División* —dijo el general— *y me defenderé hasta el último momento.*

Las tropas ya estaban en la calle. Pero hacía dos días que el capitán Escofet había tomado las medidas correspondientes. Organizó cuatro concentraciones de guardias. Con el comandante Guarner estudió minuciosamente el plano de Barcelona. Es decir, tenía

previsto el ataque calculando las intenciones de los sublevados. Suponía, con razón, que éstos se lanzarían contra la Comisaría, contra la Gobernación, contra la División (capitanía) y contra la Generalidad.

Guarner expuso a Escofet la necesidad de que saliera inmediatamente la Guardia Civil. El mismo llamó por teléfono al general Aranguren para decirle que formase sus fuerzas en Gobernación (gobierno civil).

—*Están distribuidas* —dijo Aranguren.

—*No importa. Concéntrelas.*

Cómo se desarrolló la lucha

Según la prensa barcelonesa del miércoles 22 de julio de 1936, la lucha se inició y desarrolló en la siguiente forma:

A las cinco menos cuarto de la madrugada sonaron en la plaza de la Universidad los primeros disparos. Asimismo oíanse disparos por la parte alta de la ciudad. El movimiento subversivo se había producido en Barcelona estableciéndose entre la Guardia de Asalto y Seguridad y las fuerzas sublevadas —que procedían de los cuarteles de Pedralbes, donde se alojaba el Regimiento de Infantería número 13, y de las de la calle de Tarragona, regimiento de Caballería número 10— un vivo tiroteo, con el que se iniciaba la lucha.

Las tropas sublevadas habían conseguido avanzar por las calles de la izquierda del Ensanche, dirigiéndose una parte de ellas hacia la plaza de España, mientras otra columna llegaba a la de la Universidad teniendo antes que tirotearse con elementos pertenecientes al «Centre d'Esquerra Republicana», instalado cerca de esta plaza. El segundo choque fue con la sección de Guardias de Asalto que pasaba por la calle de Cortes.

Estas secciones de tropas sublevadas fueron secundadas por núcleos de paisanos uniformados que daban vivas al fascio.

Tanto las tropas sublevadas como estos últimos elementos paisanos ocuparon la plaza de la Universidad donde emplazaron ametralladoras y morteros instalándose en el edificio universitario.

Una parte de las fuerzas militares avanzó en columna por la Ronda de la Universidad en dirección a la plaza de Cataluña, y al llegar a este lugar, y en la creencia de que luchaban con ellos los Guardias de Asalto y Seguridad que prestaban servicio en dicha plaza, se confundieron los individuos pertenecientes a estos cuerpos con los soldados entablándose un cuerpo a cuerpo.

Unos cuantos soldados mandados por oficiales llegaron hasta el edificio de la Telefónica en cuya puerta principal prestaba servicio de vigilancia un grupo de agentes de Policía de la Generalidad y de guardias de Seguridad, al mando del teniente Perales. Se entabló otro cuerpo a cuerpo y, cuando se encontraban confundidas las fuerzas leales y las facciosas, uno de los oficiales de mayor graduación de las segundas requirió a las primeras para que se rindieran. No obedeciendo a este requerimiento y rehecha la Policía de la sorpresa, se produjo entre ambas fuerzas un gran tiroteo del que resultaron varias víctimas por las dos partes, entre ellas herido el teniente Perales.

Debido a la superioridad numérica de las tropas sublevadas y a la sorpresa del ataque, después de cruenta lucha los elementos rebeldes lograron apoderarse de la Telefónica.

Simultáneamente otros elementos facciosos que integraban la columna que logró avanzar hasta la plaza de Cataluña, se hicieron fuertes en los edificios del Hotel Colón, Círculo del Ejército y de la Armada y en los salones del restaurante «Maison Dorée», donde establecieron concentraciones y apostaron en los jardines algunos nidos de ametralladoras.

Otra columna de tropas rebeldes que avanzaba por la Avenida del Catorce de Abril (Diagonal) con intención al parecer de descender por el Paseo de Gracia o por la calle de Lauria en dirección al centro de la ciudad, fue obligada a replegarse y desistir de su propósito después de una lucha que duró más de hora y media. Una sección de Guardias de Asalto causó a los rebeldes numerosas bajas.

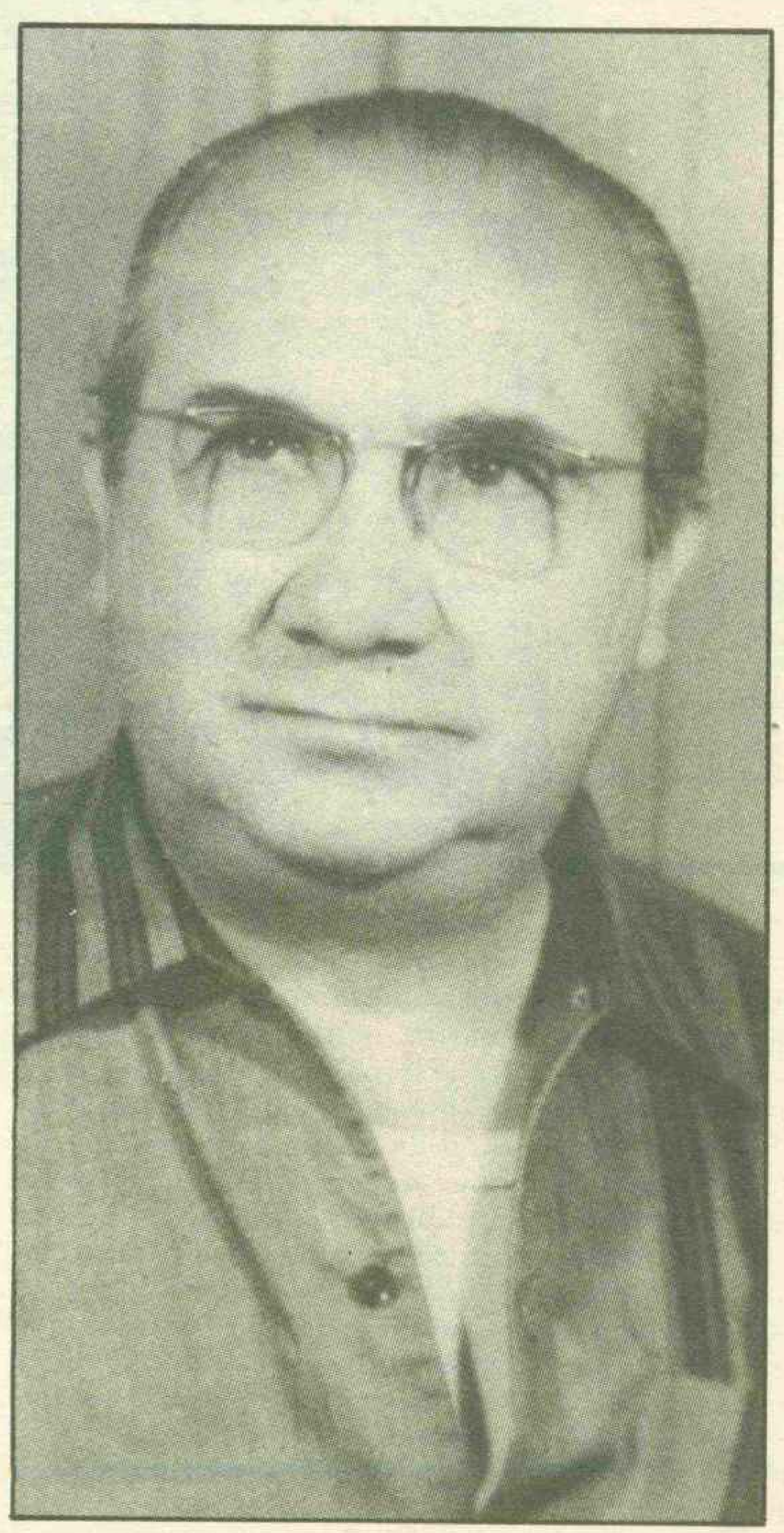
Otras tropas sublevadas que habían salido de los cuarteles de la calle de Gerona y de los de Artillería de San Andrés avanzaron por las calles de la derecha del Ensanche en dirección a la plaza de Urquinaona con el propósito asimismo de penetrar en el centro de la ciudad para apoderarse de los principales edificios oficiales. Antes de llegar a dicha plaza encontraron una enérgica resistencia por parte de los Guardias de Asalto y Seguridad, los cuales, con fuego de fusilería y ametralladoras, consiguieron poner a raya a los rebeldes.

No obstante, la lucha se prolongó durante más de dos horas, pudiendo las tropas facciosas montar algunas piezas de artillería y una sección de ametralladoras en la calle de Cortes entre Claris y Bruch, abriendo fuego

intentaron avanzar, pero la reacción de las fuerzas leales al Gobierno fue aún más enérgica, consiguiendo impedir el avance de las fuerzas sublevadas.
Este grupo de fuerzas de Asalto era al mismo tiempo hostilizado con fuego de ametralladoras y morteretes y granadas de mano por los rebeldes de la plaza de Cataluña.

La aviación decide

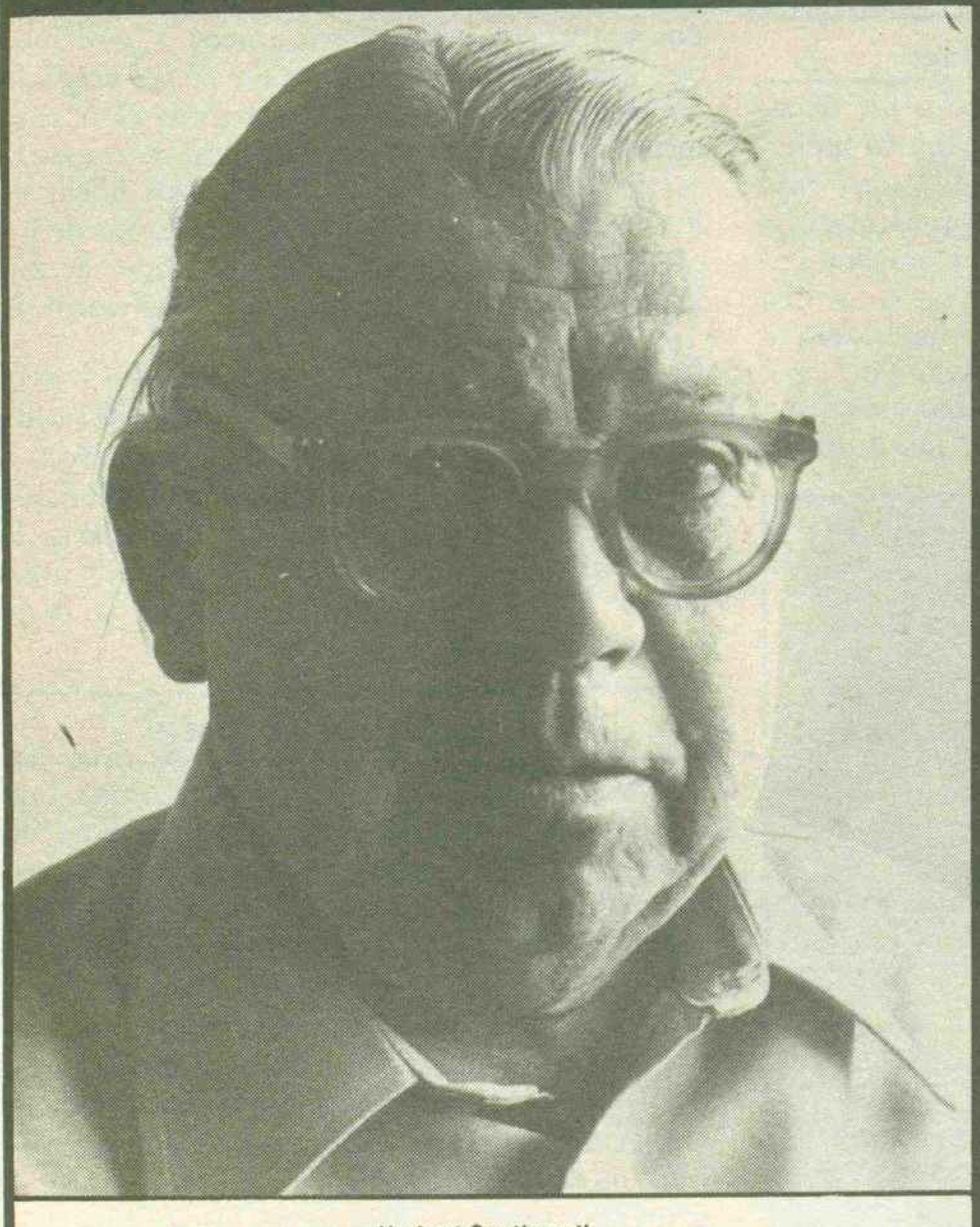
La acción de las tropas sublevadas fue decayendo a medida que se prolongaba la lucha. La dispersión total de estas fuerzas se produjo al entrar en combate la Aviación, que operaba al lado del régimen republicano y que con sus ametralladoras desmoralizó a la caballería rebelde, al par que causaba entre los sublevados numerosas bajas. Por otra parte, en aquel sector de la ciudad entraban en lucha elementos armados de las milicias obreras y políticas, los cuales, con intenso fuego de fusilería y arma corta, atacaron por los flancos a los artilleros hasta ponerlos en dispersión, dejando abandonados los cañones y todas las municiones, que quedaron en poder de las fuerzas leales.
Al mismo tiempo que ocurrían estos hechos, en la Carretera de Sans, cerca de la plaza de España, algunos grupos de elementos políticos y obreros intentaban atacar a los rebeldes que se habían situado en dicha plaza. A cañonazos estos elementos hicieron fracasar aquel primer intento. A primeras horas de la tarde siguiente, y después de largas horas de lucha en la que tomaron parte, además de los elementos populares armados, las fuerzas leales al régimen, fueron vencidos también los sublevados.
Como sea que fracasaron los repetidos intentos de los facciosos de avanzar por la Avenida de la Puerta del Angel, donde les salieron al paso fuerzas leales, igual que por la plaza de Urquinaona, se explica el que el Palacio de la Generalidad, que estaba guardado por fuerzas de Mozos de Escuadra, no fuera atacado en lo más mínimo.


Carlos Sampelayo, en la actualidad.

El Sandino español

Procedentes del cuartel situado en la avenida de Icaria, avanzaron también a primeras horas de la madrugada fuerzas de artillería pesada alojadas en dicho cuartel. Desde el primer momento esas fuerzas fueron tiroteadas por elementos populares armados que dificultaron el avance de los faccioso. Sin embargo éstos consiguieron emplazar una batería dirigiendo el fuego contra la consejería de Gobernación, cuyo edificio, defendido por fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto ofrecía gran resistencia al ataque de los sublevados. También era atacada la consejería por fuerzas que habían salido del Cuartel general de la Cuarta División (capitanía) donde se había presentado a primeras horas de la madrugada el general Goded y su Estado Mayor, secuestrando a Llano de la Encomienda.
La batalla alrededor de la consejería de Gobernación duró toda la mañana hasta que por la Guardia Civil y otras fuerzas leales, con la colaboración de la Aviación, que actuó bajo el mando del teniente coronel Díaz Sandino —que bombardeó a los sublevados destruyendo por completo aquellos cuarteles de la avenida Icaria y las tropas que se hallaban a su alrededor y el de la consejería—, consiguióse el total rendimiento y capitulación de todas las fuerzas, a petición del propio Goded, que vio perdida absolutamente la causa de la sublevación. ■ **C. S.**

Sobre la Guerra Civil, bibliográfica y sus pequeñas



Herbert Southworth.

Juan García Durán

QUIZA fue el carácter internacional que tuvo nuestra guerra civil lo que llevó a esa gran producción bibliográfica, que casi se ha convertido en un rito el destacar. Tan en así que autores hay, transportados por la fantasía, que dicen: «Esta bibliografía sobrepasa los 30.000 títulos» («Insula», n.º 367,

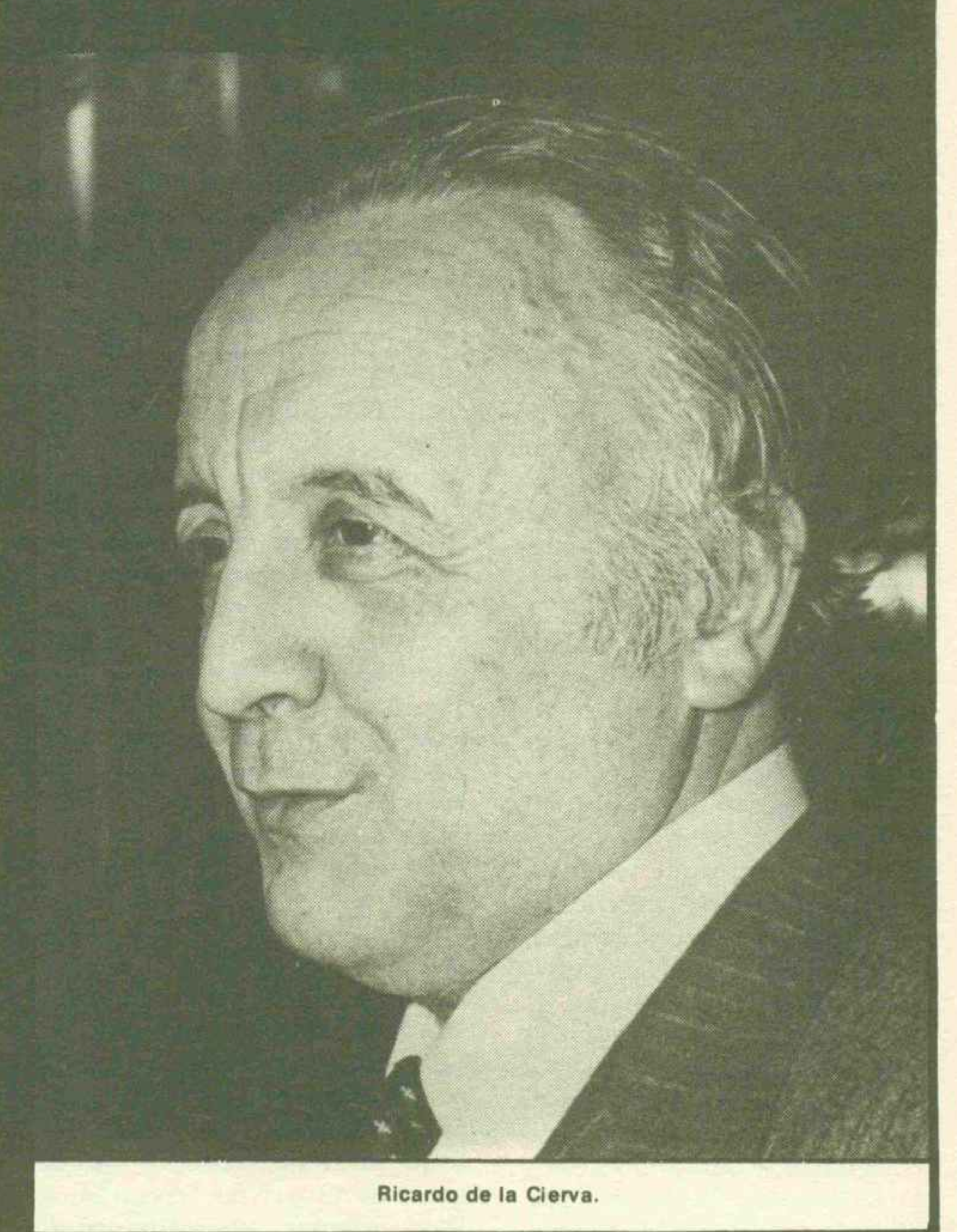
POR ejemplo, nada se ha escrito, en su conjunto, sobre la intervención extranjera en el mar (1), aunque sí dos libros sobre la participación marítima italiana, uno y una tesis sobre la alemana y otro sobre la intervención de los marinos rusos en la Flota republicana.

Pero aun cuando este tema es tratado en obras de carácter general, como es el caso de H. Thomas, se hace de manera tan mínima e inexacta que le hace decir, incluso en su segunda edición, que sólo intervinieron de siete a diez submarinos italianos, cuando según el Estado Mayor de la Marina italiana en su libro «Il Sommergibili Italiani» aparecido en 1963, da los nombres de 56, habiendo efectuado 84 misiones especiales, sumando un total de 1.155 días, a una media por unidad de 20,62 días. Y lo más sorprendente es que la máxima autoridad de la Flota rebelde, Almirante Cervera, dice en sus «Memorias», p. 60: «La campaña de los submarinos que, como legionarios (entiéndase italianos), ofrecieron en la Conferencia de Cádiz, se organizó con sigilo... uno de ellos... torpedeó el «Miguel de Cervantes» (crucero republicano) la mañana del 22 de noviembre de (1936)». Esto no pudo ser consecuencia del ofrecimiento de tal Conferencia, puesto que ésta tuvo lugar el 29 de diciembre; es decir, 38 días después del torpedeamiento, el cual se efectuó —como es obvio— no de acuerdo con lo tratado en Cádiz, sino en Roma, el

(1) *Sólo existen, nuestra tesis doctoral en la Sorbona: «Guerra Civile Espagnole, 1936-1939. Interventions étrangeres sur mer». «Foreign intervention on the sea», que publicó la Universidad de Leiden en 1973 y un artículo publicado en «Historia 16», n.º 20.*

su gran producción lagunas de investigación

p. 2). Y Ricardo de la Cierva, da 25.000 («Arriba», 31-I-1970).
La verdad es, y ya está bien, que no se ha llegado a los 15.000.
Esta riqueza de información pudiera hacer creer que muy poco queda por hacer en el terreno de la investigación; sin embargo, como a continuación se verá, hay muchos aspectos que no han sido tocados y otros no suficientemente esclarecidos.


Ricardo de la Cierva.

17 de noviembre (1936) por altos jefes de las armadas alemana e italiana, cuyo punto 3 del acta levantada dice: «No dar en absoluto información alguna a los blancos españoles, acerca de las acciones que los submarinos alemanes e italianos desplieguen o desplegarán» (2). Lo que no dice el Almirante Cervera es que la razón principal de la Conferencia de Cádiz fue justamente el torpedeamiento del «Miguel de Cervantes» y la necesidad de coordinar las acciones de ambas marinas, evitando con ello que alemanes e italianos hicieran la guerra por su cuenta, como vino ocurriendo hasta entonces en la mar.

(2) *Véase el documento íntegro en «Historia 16», n.º 20, pp. 79-88.*

Otro ejemplo de distorsión histórica lo encontramos en el relato que hace el Almirante Moreno del hundimiento del «Komsomol», que causó tanto revuelo internacional. Dice Moreno en sus «Memorias», p. 129: «Recogimos la tripulación y hundimos el barco a cañonazos». La verdad fue que, siguiendo órdenes del Comisario de la marina, Pajamov, la tripulación prendió fuego al barco y abrió el escotillón para hundirlo. Y, a pesar de que «no fue posible verificar el cargamento. Los papeles decían que se trataba de manganeso», llevó la tripulación a Cádiz y, después de haber sido torturados (3) los metió en prisión. A los diez meses, y mediante la intervención diplomática italiana, fueron puestos en libertad en la primera semana de octubre. Naturalmente, de esto no dice nada ni, mu-

(3) *Uno de los tripulantes, Ivan Gaidaenko, escribió un libro: «Santa María», cuyo título se debe al relato que hace de la vida de los marinos en el penal de este nombre. En él menciona las torturas. Ivan Gaidaenko. «Santa María». Kiev, Dnipro, 1970.*

chísimo menos, explica con qué derecho cometió tal atropello.

La represión es otro de los temas muy poco tratados, sobre todo en cuanto se refiere a la zona rebelde durante la guerra, y la secuela que siguió a la terminación de ésta. Cuando decimos poco, nos referimos a las investigaciones hechas con carácter académico - histórico y no a lo mucho escrito con fines propagandísticos. Y aun cuando la seriedad de algunas personas que lo trataron debiera garantizar la información dada, vemos que los datos estadísticos son muy insuficientes o excesivos. Veamos un ejemplo de cada: Ramón Salas Larrazábal, en su libro «Pérdidas de la guerra», da como ejecuciones efectuadas en la provincia de Alicante, en 1940, nueve. Pero si hubiera verificado los correspondientes registros, vería que sólo en la ciudad de Alicante fueron 73. Esta investigación la efectuó Enrique Gordón Tato, quien en su obra «La lucha por la democracia en Alicante», da 73 nombres con las fechas de ejecución y pase al registro civil en 1940. Pero esta verificación no siempre es posible porque la mayor parte de los registros civiles no especifican en su certificación literal de defunción, las causas de la muerte. Simplemente dicen: «Falleció en esta ciudad, a causa de...» (Sic). Esto a pesar de que, previamente, Auditoría de Guerra había comunicado al registro haberse cumplido la sentencia de pena de muerte pronunciada por el consejo de guerra contra Juan Busquier Santa, que tomamos como ejemplo de la fotocopia del certificado, que aparece en el libro antemencionado. Sin embargo, en Coruña, que quedó en poder de los rebeldes desde el comienzo de la guerra, las ejecuciones no se comunicaron a los registros y, muchísimo menos, la muerte de los «paseados» que, cuando eran sacados de la cárcel, se hacía constar que: «Ha sido puesto en libertad».

Cuando los problemas legales de herencias, viudez, etc., fueron presentándose, resolvieron sobre la marcha, testificar que habían desaparecido, o aparecido muertos. Un caso único e increíble fue el de Santiago Casares Quiroga, cuyo nombre fue borrado de todos los registros por orden del gobernador militar de La Coruña, José María de Arellano.

Otro ejemplo, por exceso, lo encontramos en «la matanza de curas» que tanto conmovió al mundo: Paul Claudel, en su «Aux martyres espagnols», dice: «Onze évêques, seizó mille prêtres massacrés et pas une apostasie». Juan Estelrich en «La persecución religiosa en España» da «16.750 sacerdotes asesinados». La «Carta Colectiva» de los obispos (junio de 1937), dice: «Sumarán sólo del clero secular 6.000. La «Causa General», instruida por el Ministerio Fiscal del Tribunal Supremo, da 5.255. Esteban Bilbao, ministro de Justicia, en el «Monte Carmelo», diciembre de 1939, p. 108, dice: «Según cifras oficiales, el número de párrocos y coadjutores asesinados por los rojos, es de 6.000, sin contar las víctimas elevadas del clero secular». El hecho es que a pesar de la seriedad que tales nombres e instituciones llevan consigo, el número de los asesinados ha sido establecido por la Iglesia en 3.935. Decimos por la Iglesia, por las razones siguientes. Antonio Montero Moreno, director de «Ecclesia», en su «Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939» da, al final del libro, un índice de todos los curas y seminaristas asesinados. Dice, además, que su información procede de las iglesias e instituciones donde éstos ejercieron. Constata su lista con las semioficiales de la Iglesia y su libro lleva el «nihil obstat e imprimatur» de ésta. El número que él da es de 4.184; pero incluye a los seminaristas, que son 249. Lo que, restados, da 3.935.

Según el «Anuario Vaticano», había en España en 1936, 29.902 sacerdotes seculares.

Tampoco se ha estudiado la ayuda marítima portuguesa. Sin embargo, en un documento muy poco conocido, Oliveira Salazar pide a su Cónsul General en Burgos que interceda con Franco para salvar la vida de cinco mejicanos hechos prisioneros al apresar el «Mar Cantábrico». Para hacer esta petición más efectiva, añade: «Su Excelencia puede indicarle la circunstancia de que fue gracias a la información que nosotros le dimos, que el barco pudo ser apresado» (4). Al día siguiente, el Cónsul contestó a Oliveira: «Los cinco mejicanos fueron ya fusilados, sin formación de causa».

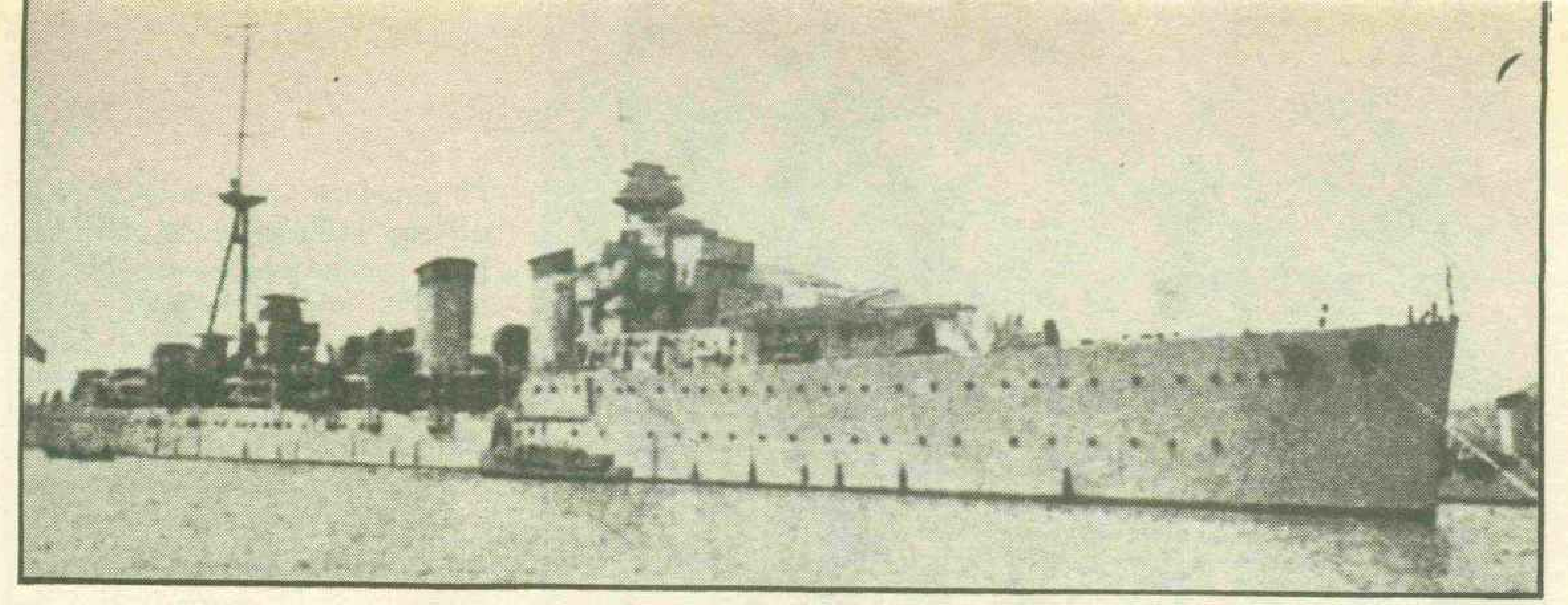
«La literatura universal en la guerra de España», de Calvo Serer, parecía venir a llenar un hueco en el estudio de tal abundancia. Pero otro libro, «El mito de la cruzada de Franco», de Herbert Rutledge Southworth, vino a demostrar lo ilusorio de tal pretensión y la pobreza de la intelectualidad franquista reflejada en la obra de Serer. Sobre todo al descubrir la gran cantidad de plagios que Southworth critica y compara con formidable precisión de cifras.

En total, y de muy diferentes formas, cubre esta bibliografía crítica (por encuadrarla de alguna manera) alrededor de mil títulos. Y, a la vez que viene a llenar parte de lo que Serer no consiguió, presenta lo inaceptable de la teoría de la cruzada cuya conclusión final es: «Si fue cruzada, la cruz era la gamada».

Este libro es hoy uno de los clásicos de la literatura de la guerra, sin que llege a ser —no era tal su objetivo— la bibliografía crítica que falta y que tan rica producción merece.

Tampoco se ha estudiado con rigurosidad documental y en la extensión que requiere, la subterránea actividad diplomática y sus razones, a pesar de que un gran caudal de documentos alemanes, italianos, franceses, ingleses y americanos han sido publicados en forma de libro y otros muchos son accesibles en los archivos. Evidentemente falta, y quizá nunca se conozca, la documentación rusa; pero aun siendo importante, piénsese que fue en las cancillerías del mundo

(4) Portugal. Ministerio dos Negocios Extrangeiros. Telegrama n.º 15, 22-IV-1937.



El «Cervantes», buque insignia del almirante Buiza.

occidental donde se decidió la suerte de nuestra guerra.

Sin duda hay muchos ensayos que, de cerca o de lejos, tratan de nuestra guerra, pero siempre son trabajos que unilateralmente la ven a través de sus intereses nacionales, como es el caso en el «Diario 1937-1938», de Ciano; «Foreign Affairs» de Anthony Eden; «My Mission to Spain» de Claude Bowers y otros. Pero no hay nada que en conjunto y siguiendo las mismas coordenadas analice cada etapa de la guerra y las correspondientes acciones y reacciones de cada cancillería.

Los tres ejemplos que se nos ocurren se aproximan a este enfoque, pero desde ángulos diferentes e incompletos. Son éstos: «International Law and diplomacy in the Spanish civil strife» de Norman Judson Padelford. Excelente trabajo, pero que trata el problema de manera tangencial a lo que nosotros proponemos. «Survey of international affairs, 1937», cuyo V. 2 está dedicado a «The International repercussions of the war in Spain». Habida cuenta que esta publicación estaba dirigida por Arnold J. Toynbee, su seriedad no ofrece duda. El tercer libro: «La política internacional en torno a la guerra de España, 1936» de Luis García Arias parecería, por su título y la seriedad de la editorial, la universidad de Zaragoza, que vendría a ser un verdadero aporte a este tema, defrauda tanto por lo limitado y tendencioso de sus documentos como por sus conclusiones partidistas.

Todo esto nos demuestra que el material está ahí, el estudio no. Entendiendo por tal la política internacional fascista enfrentada a la de las democracias, en la arena española.

ES MAS FACIL SER MINISTRO QUE BIBLIOGRAFO

También se nota la falta de una verdadera bibliografía de la guerra civil.

Es curioso, y parece que refuta lo antedicho, que el periódico más serio de España y, con mucho, el mejor (nos referimos, naturalmente, a «El País») haya dicho, recién nombrado De la Cierva ministro de Cultura, que: «Lo que los historiadores aprecian más de su labor es su fundamental «Bibliografía general sobre la guerra de España».

En algunos sectores, que sin duda no la han consultado pero que se dejaron llevar por su volumen (729 páginas), este parece ser el criterio; pero veamos cuál es la opinión de Herbert R. Southworth que es considerado, universalmente, como el mejor bibliógrafo de la guerra civil: «Hay que afirmar sin ambages que el corpus de la obra constituye un escándalo intelectual. En la bibliografía del profesor De la Cierva se pueden encontrar nombres de autores que nunca existieron. Se acredita a autores que sí existieron, obras que nunca escribieron. Muchos libros —continúa Southworth— son atribuidos a dos autores distintos. La bibliografía contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados en parte alguna del globo».

¿Cómo podemos explicar esta acumulación de errores? Southworth lo atribuye a que «Una bibliografía de esta naturaleza que se enfrenta con una multiplicidad de idiomas y de formas literarias, exige de parte de los compiladores cierto nivel de cultura general. El grupo del Ministerio de Información no posee este nivel de cultura general».

Sin duda esto es fuerte, pero lo más fuerte es que, como veremos, lo prueba con rigurosa precisión, que en él es lo más característico. Entre los irrefutables datos que da, sólo citaremos algunos autores españoles bien conocidos. «Así, —dice Southworth— este grupo de «historiadores» españoles nos dice... que «Aurora Roja» de Pío Baroja, publicada por primera vez en Madrid en 1904, trata de la guerra civil (fundándose en la autoridad de un profesor inglés que jamás afirmó nada parecido) (p. 80). En este caso Southworth se refiere al hispanista inglés Raymond Carr.

«En la página 336 —continúa Southworth— atribuyen a un tal «Ibáñez» (sin más) la obra «Alphonse XIII démasqué. La terreur militariste en Espagne» sin darse cuenta que el primer apellido es «Blasco», aunque ya hubieran hecho esta entrada bajo Blasco Ibáñez, en la página 70.

«En muchas entradas de este catálogo —prosigue— demasiado numerosas, el artículo es confundido con un sustantivo, no solamente en inglés, holandés, alemán, francés y portugués, sino también en castellano (Véase págs. 37-38, 196-197, 255-256, 295, 432, 457, 471-473, 491-492). Apenas hay una referencia en lengua inglesa sin uno o varios errores. Los apellidos ingleses son mutilados casi in-



Franco y el conde Galezzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia.

variablemente». Siguen seis ejemplos.

De autores que aparecen en la bibliografía, pero que nunca existieron, da varios ejemplos, de los que destacamos uno que le sugirió Víctor Berch, bibliotecario norteamericano, en que «Corriere, Emiliano» aparece como autor de «La guerra in Spagna» (p. 170) cuando se trata de un artículo aparecido en el periódico «Corriere Emiliano».

Presenta también múltiples casos de un mismo título asignado a más de un autor. Quizá el más sorprendente, por muy conocido, es «Historia del Frente Popular» (p. 323) en el que aparece como autor Helm Mac Kinley (MacKinley no se escribe separado). Pero en la página 510 aparece exactamente la misma ficha, pero el autor es Pedro Pagés Elías, que utiliza el seudónimo de Víctor Alba. Este sí es el verdadero autor.

Un caso curiosísimo (seguimos citando a Southworth) es «El imbroglio» en esta bibliografía sobre otro libro, «Defence of Madrid» de Geoffrey Cox, publicado en Londres en 1937 es aún mayor. En la página 172 el libro es atribuido al autor. En la p gina siguiente halla nuevo autor: «Creach, Jean»... En la página 172 la traducción rusa de este libro «Oborona Madrida» se atribuye al autor «Cox, Geoffrey», pero en la página 367, el mismo título es atribuido a «Koks, D.».

«La conspiración nazi en España» de Otto Katz, aparece en cinco idiomas. En tres los autores son diferentes, y en dos, se da como autor anónimo; pero ni una sola vez aparece el verdadero autor: Spielhagen, Franz «Spione und Verschwörer in Spanien», París, 1936 (p. 631). Shpilgagen, B. «Shipione i zagovorschiki v Ispanii», Moscú, 1936 (p. 621). Simon, O. K. «Hitler en Espagne», París, 1938 (p. 623). «The Nazi Conspiracy in Spain», Londres, 1937 (p. 470). «La conspiración nazi en España», México, 1938 (p. 168).

Hasta aquí el muy sucinto trabajo del doctor Southworth, cuyo tíulo es: «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores», aparecido en «Cuadernos de Ruedo Ibérico», 6 Rue de Latran, Paris, 5. No podemos dar la fecha porque lo que poseemos es una «separata». Creemos que debió publicarse en alguno de los números de 1970.

Nosotros también hemos hecho una crítica de esta bibliografía en «Papers of the Bibliographical Society of America», n.º de marzo de 1970, y en «Mundo Nuevo», de París, n.º de abril de 1970.

Para *nosotros* el pecado original de esta bibliografía o, para ser más precisos, desastre bibliográfico, está sobre todo, en la parte técnica. Esto se debe, creemos, a que no hay un solo bibliotecario entre los cinco compiladores. También es obvio la falta de dirección en la selección de material.

Quizá lo más chocante de todo lo incluido es la enorme cifra de títulos (más de 3.700) considerados como «antecedentes» de la guerra. De éstos, unos 80 fueron publicados en el siglo pasado; más de 180 entre 1900 y 1910; cerca de 300 entre 1911 y 1920 y, finalmente, más de 3.000 entre 1920 y 1936.

Resulta imposible saber lo que este señor, o señores, entienden por «antecedentes» y «rigor científico - bibliográfico», al que dicen ajustarse.

Veamos una entrada: (p. 11).

ANUARIO

«Anuario Estadístico de las producciones agrícolas y Estadística de las producciones ganaderas, 1930».

«Estadística de la producción de las praderas artificiales y forrajes».

Esta es la ficha completa en contenido y forma, que se repite, exactamente igual, en 23 fichas más. Pero por si no hubiéramos tenido bastante forraje, vuelven a intercalarlo con «Estadística de la producción de naranja, cereales», etc. (p. 216). Su predilección por el forraje es tal que en casi todas las fichas dedicadas a cereales, árboles, aceitunas, arbustos, olivos, vino, etc., siempre después de punto y aparte, viene: «Estadísticas de la producción de las praderas artificiales y forrajes». Es decir que estas diez palabras, en esta misma forma, aparecen treinta veces en las páginas 11, 216 y 217. Pero no crean que se ha terminado el forraje. En las páginas 16-17, aparece de nuevo bajo:

AVANCE

«Avance de la producción de aceituna de oliva en 1932-33».

«Estadística de la producción de las praderas artificiales y forrajes».

Se podrá ver, por las dos fichas que presentamos, que la entrada principal no tiene sentido ya que no aparece el autor (institución o individuo) ni en el encabezamiento, ni en el cuerpo de la ficha, ni tampoco el editor, ni el lugar, ni la fecha de publicación. Justito el título que, a modo de compensación, se repite dos veces en la primera ficha.

De la segunda, AVANCE, aparecen cuatro fichas más iguales, en las que sólo cambia el año. En este caso se hace una sola y se añaden los años que precisen. Pero luego, vienen veintitrés más, bajo la sola entrada de AVANCE y refiriéndose a garbanzos, maíz, naranjas (ya mencionadas bajo ANUARIO Y ESTADISTICA), trigo, patatas, etc. Y, en cada una de estas treinta fichas, después de punto y aparte, viene—adivine, lector— «Estadística de la producción de las praderas artificiales y forrajes», al igual que aparece en la entrada anterior. Y a esto llaman «antecedentes» y el señor De la Cierva dice: «Nuestro rigor bibliográfico ha sido estrictamente científico» (Introducción general, p. XXXVI).

Por si aún quedaran dudas, he aquí otra de las múltiples entradas con «rigor bibliográfico - científico»: «Estudios fotográficos de la destrucción del Alcázar de Toledo» (p. 232). Que no se busquen más detalles porque esto es lo único que hay.

Otro ejemplo de ese cientifismo lo encontramos en la página 406: las «Obras completas de Azaña» aparecen bajo Juan Marichal como autor. La única relación que Azaña tiene con su propia obra es una referencia confrontada, que dice: «Vea Juan Marichal» (p. 60). De estos casos hay montones.

Entre los «antecedentes» que mueven a risa, citaremos sólo media docena: «El amor libre». Madrid, 1900 (p. 4). «La mujer en la sociedad moderna», París, 1895 (p. 2). «Higiene de la primera infancia» (puericultura) (sic), Valencia, 1931 (p. 662). «El naturalismo y el progreso mecánico biológico», Barcelona, 1925 (p. 114). «Materiales para el derecho municipal consuetudinario en España», Madrid, 1875 (496). «Programma Kommunisticheskoi Partii Sovietskogo Soiuza, Moskva.

Donde se manifiesta su mayor ignorancia y atrevimiento de «sábelo todo» es en haber copiado 1.250 fichas (sin consultarnos) de nuestra bibliografía (de la que hablaremos más adelante) desnaturalizando en decenas de casos nuestras entradas y poniendo en su lugar otras que, por lo absurdo de su «rigor científico - bibliográfico» vienen a herir nuestro prestigio, ya que por haber puesto nuestras siglas al final de cada ficha, aparecemos como el autor de esas idioteces bibliográficas. Porque, para colmo, el señor De la Cierva dice que pone en cada ficha que copia las iniciales para «no hacerse responsable de las posibles inexactitudes que puedan contener» (p. XXXVI). Pero son ellos los que cometen las inexactitudes al modificar las entradas, en nuestro nombre. Esto es francamente intolerable.

Veamos cuatro casos:

Nuestra bibliografía:	Su bibliografía
Ficha n.º 1.220 GREAT BRITAIN. HOUSE OF LORDS Parliamentary debates 1936-1939 5th Series, vol. 317 London. H.M.S.O., 1940	Pág. 190 (no numeró las fichas) DEBATES Debates 1936-1939 London, House of Lords, 1940. GD (Garcia Durán)
Ficha N.º 1.625 LONDON, ROYAL INSTITUTE OF INTERNATIONAL AFFAIRS Documents on international affairs, 1936-1939. London Royal Institute, 1939	Pág. 205 DOCUMENT Document on international affairs 1936-1939. London. Royal Institute, 1939. GD.
Ficha N.º 1.200 DEUTSCHLAND AUSWAERTIGES AMT Dokumenti Ministerstva inostrannikh Germanii. T. 3: Germanskaia politika i Ispaniia, 1936-1943. Moskva, 1949.	Pág. 207 DOCUMENTI Dokumenti ministerstva Inostrannii Germanii Moskva, 1940 T. III. Germanskaia politika i Ispaniia (1936-1943). GD
Ficha N.º 313 MALRAUX, André Malraux par lui-même. Par Gaetan Picon Paris, Editions du Seuil, 1949 190 pgs.	Pág. 528 PICON, Gaetan Malraux par lui-même París. Editions du Seuil, 190 pp. GD

Obsérvese que han eliminado la entrada principal en las tres primeras fichas (que es lo más importante en una entrada catalográfica) y, en su lugar, pusieron la primera palabra del títu-

lo. En la última, cambiaron el nombre del autor por el del compilador y crítico, que es Gaetan Picon. Malraux es el autor porque de él son los escritos que en el libro aparecen, de ahí el título: «Malraux par lui-même». Pero dándoselas de listos, porque en el cuerpo de nuestra ficha aparece, Par Gaetan Picon, lo colocaron como autor. Que esto es así lo vemos en la crítica que el señor De la Cierva hace de nuestra bibliografía (p. 11) cuando dice: «Después de citar como autor a Malraux, y del título «Malraux par lui-même», viene el subtítulo: «Par Gaetan Picon». Neta confusión de entrada por materias en un catálogo de autores, que se hubiera solucionado con el más sencillo sistema de verificación». Hasta aquí su crítica, que ampliaremos más adelante.

Desde luego parece más fácil *llegar a ministro* —y por ello le felicitamos— que hacer una crítica bibliográfica. Veamos: Ni la entrada es «por materias»; ni «Par Gaetan Picon» es un «subtítulo»; ni Gaetan Picon es el autor (no puede ser las dos cosas a la vez); ni su «neta confusión» se resuelve «con el más sencillo sistema de verificación». No, la ignorancia de una materia sólo se resuelve estudiándola, aunque el señor De la Cierva diga, apoyándose indebidamente en Jacques Dampierre, que «estas normas (bibliográficas) no son en el fondo más que la normalización convenida del sentido común». La implicación, en caso contrario, sería que éste le ha desasistido, y no creemos que tal sea el caso; sin embargo (y perdónennos nuestros lectores, de cuya capacidad no dudamos), parece que sea necesario explicar que un subtítulo es la parte explicativa o ampliatoria que sigue al título después de punto, o entre paréntesis. Si añadimos en el cuerpo de la ficha «Par Gaetan Picon» fue porque así aparece la página-título y porque en la excelente colección «Par lui-même», el compilador y la crítica que éste hace, suele ser casi tan importante como la obra misma. Además, hay una regla catalográfica que dice: «La entrada principal debe hacerse por el autor cuyos escritos ocupan la mitad más una de las páginas de una monografía». Pero si no se creyera en nuestra autoridad, por favor, consulten «Library of Congress», que es el mejor y mayor catálogo del mundo.

Su ignorancia es tan grande que, como demostramos en la ficha paralela a la nuestra, 1.220, eliminaron la editorial H.M.S.O. de nuestra entrada y, en su lugar, pusieron House of Lords. Naturalmente, no saben que las cuatro iniciales corresponden a: His (o Her) Magesty Stationary Office, que publica todos los libros, documentos, circulares, etc. del Estado. Además han eliminado la serie y el número del volumen, tan necesario para localizar el que trata de nuestra guerra.

Esto que más bien parece una crítica de la obra —y lo es como exponente— era necesario para

Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores.

desmitificar su valor y, como consecuencia, probar la necesidad de una verdadera bibliografía de la guerra civil, al igual que hacemos con otros temas de este trabajo.

Y ahora le toca el turno a nuestra «Bibliografía de la guerra civil española, 1936-1939». Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1964, 559 págs.

Inútil decir que no tiraremos piedras a nuestro tejado, ni que haremos una autocrítica, ya que ello tiene más bien una connotación política; aclararemos, sin embargo, que varias fueron las razones para nuestros errores.

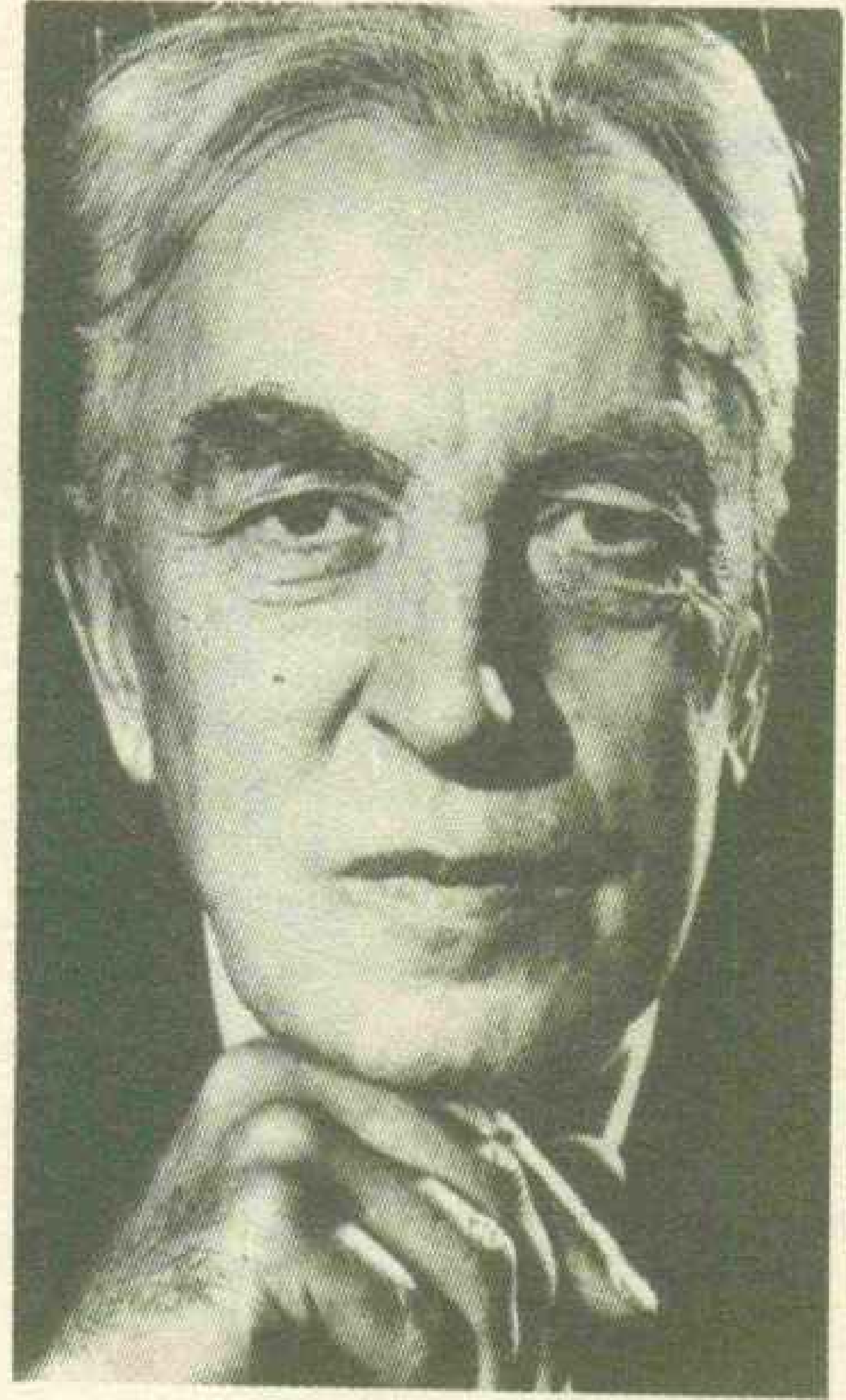
Desde el día en que tuvimos que salir corriendo de España en 1949 y hasta 1963 (después de haber visitado o vivido en 38 países), no hemos cesado de recoger en los lugares más inverosímiles, títulos y notas bibliográficas sobre nuestra guerra. Nuestro macuto de peregrino llegó a estar tan abarrotado de recortes, fichas y papeluchos, además de algún que otro libro, que no quedaba lugar para los pantalones de repuesto.

Y un día, al llegar a Montevideo, decidimos pararnos, revisar todo aquello, alfabetizar, agrupar por materias y hacer listas.

Revisar 6.000 títulos que, cuando no se tiene acceso a una bibliografía universal parece imposible, resulta aún más difícil si se piensa en la cantidad de idiomas en que se han escrito. Por cansancio decidimos terminar la faena, sin haber podido contrastar nuestras fichas, ni con los libros, ni con fuentes bibliográficas serias, en una cantidad considerable de entradas. Y... así se publicó.

Veamos las críticas: Primero la de Southworth, formando parte de la crítica que hace del señor De la Cierva.

Dice: «Hay errores, sobre todo errores de imprenta, en la bibliografía de García Durán; pero como obra de referencia es más útil que la del profesor Ricardo de la Cierva. Hay mucha más información errónea en el catálogo preparado en Madrid por un catedrático de Geografía e Historia, dos licenciados en Filosofía y Letras, una licenciada en Ciencias Políticas y un profesor de Geografía e Historia, con los recursos del Estado español detrás de la obra, que en la obra del exilado español en Montevideo. A pesar de su implacable denuncia de la obra de García Durán, De la Cierva utiliza esta obra como fuente de más de mil entradas. Utiliza el libro de García Durán como fuente de 106 entradas en una sola letra, «M». Pero en 1965 afirmaba que García Durán «carece por completo de la más elemental formación bibliográfica». Casi todos los seudónimos revelados en el libro de Ricardo de la Cierva vienen de la bibliografía de García Durán, información que De la Cierva maneja con tan poca habilidad que, en general, lo conduce al error. Pero no solamente el profesor De la Cierva utiliza sin pudor la obra que él había demolido con desprecio unos años antes, sino que la utiliza cobardemente también, rechazando toda responsabilidad por lo que de ella utiliza. Así pues, este bibliógrafo rehúsa toda responsabilidad por más de la cuarta parte de sus entradas». (Copia de varias bibliografías).



El historiador inglés, Arnold Joseph Toynbee.

«...En vez de sembrar injustamente dudas sobre las obras de García Durán y otros —sigue Ricardo de la Cierva hubiera debido trabajar, o haber hecho trabajar a sus colaboradores, comprobando las entradas que consideró dudosas. Estas constituyen más del 25 por 100 de su bibliografía».

La crítica que de nuestra bibliografía hace el señor De la Cierva, apareció en el «Boletín de orientación bibliográfica» de marzo-abril, 1965, publicado por el Ministerio de Información y Turismo.

Esta crítica se caracteriza por su mordacidad, su desconocimiento del tema y un gran apetito por llenar folios. Tan es así que, después de reseñar la lista de títulos de materias (10 líneas), dice: «Indice de materias que no es más que la relación alfabética de los epígrafes anteriores». Francamente ignoramos lo que quiere decir con ese «que no es más que la relación alfabética de los epígrafes anteriores». Sublime perogrullada digna de un epitafio por lo que tiene de descubrimiento.

Después de decir que «el autor ha intentado superar prejuicios partidistas», nos lanza el primer golpe bajo: «El autor carece por completo de la más elemental formación bibliográfica. Los continuos fallos de enfoque y de método convierten esta bibliografía en un montón desarticulado de datos inconexos».

Como ya hemos visto al analizar su bibliografía y, sobre todo, en la ignorancia que muestra al tratar la entrada sobre Malraux, este señor carece del conocimiento y autoridad que se requieren para llegar a tales conclusiones.

En cuanto a nuestra formación bibliográfica sólo diremos, porque no hay forma de evitarlo, que poseemos el título —que nos costó tres años de universidad— de Licenciado en Ciencia Bibliotecaria, cuya profesión ejercimos casi veinte años y, cuatro más, de archivista. Y, además, el doctorado en Historia, obtenido en la Sorbona, con una tesis sobre la guerra civil.

Sobre los «fallos de enfoque y de método», los hemos tomado del sistema de la «Library of Congress».

El método ha consistido en

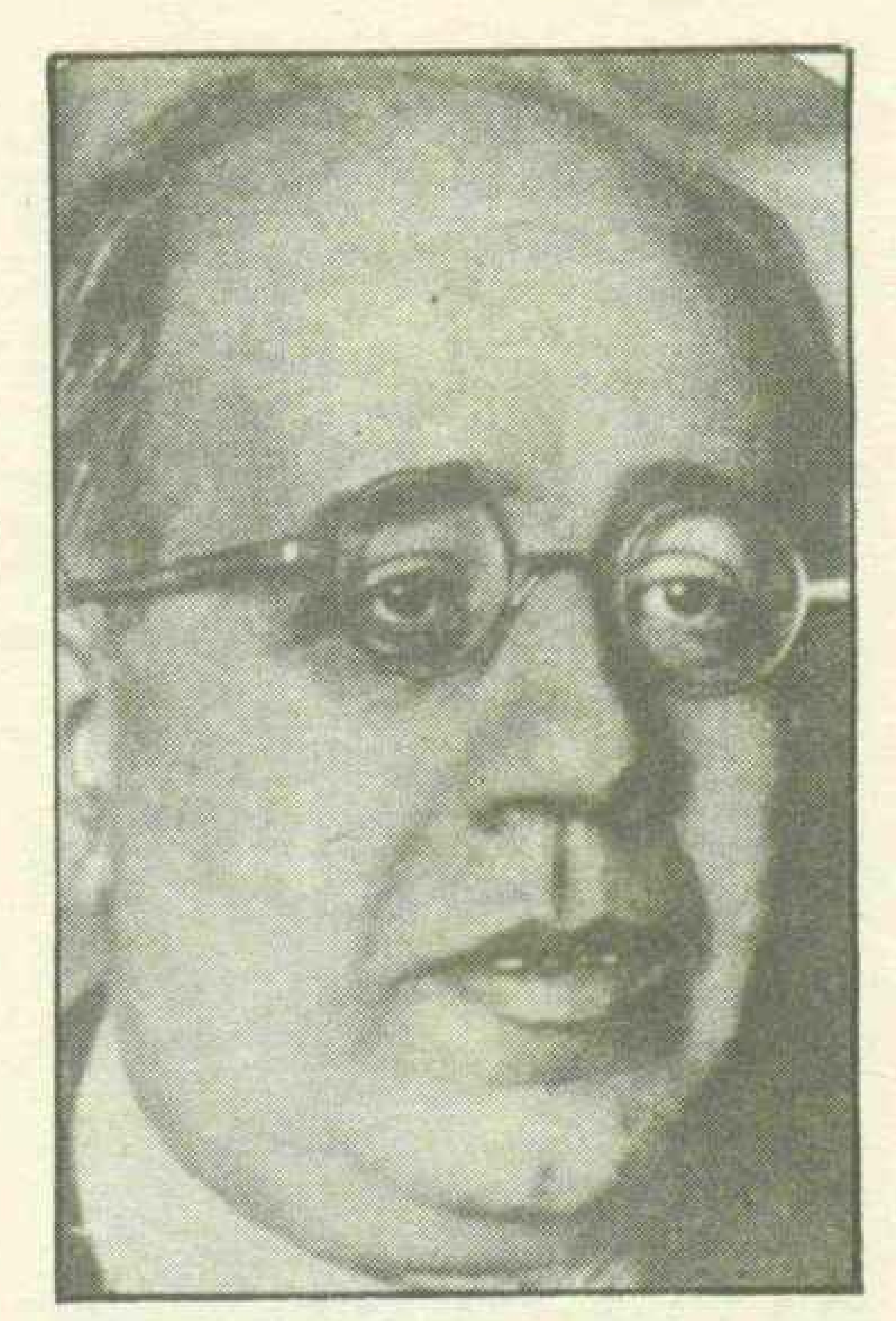
agrupar las entradas por materias, reuniendo así el material que trata de un determinado aspecto de la guerra (Aspectos religiosos; Represión; Atrocidades; Prisioneros; Resistencia, etc.), para así facilitar la investigación de quien, interesado en un solo aspecto, puede descartar el resto. Para aquel investigador que, interesado en un autor, quiere conocer sus publicaciones, repasa el índice de autores (hay otro para las materias), y uno o varios números indicativos lo guiarán a la entrada que le interesa. Hasta hoy no se ha inventado nada ni más fácil ni más rápido.

Luego nos afea el no haber añadido una fe de erratas (su bibliografía tampoco la tiene, quizá porque se requeriría otro volumen) y da una lista de 28. De éstas, 2 las ponemos en duda por no tener el libro, y 11 **no tienen errata alguna.** Aquí se manifiesta su desconocimiento de idiomas.

El que la edición sea trilingüe lo considera «snobismo». Y para decirlo con mayor autoridad dedica ocho líneas.

Nos acusa de que en nuestra obra falta un «criterio delimitador» y, como ejemplo, presenta (ficha 1.396) «La naranja en la economía española» (que después copia él en su bibliografía) y que nosotros incluimos en la materia: «Aspectos económic« Finanzas» porque la naranja fue una fuente de divisas durante la guerra y después de ella. Como hemos visto hasta la saciedad, él prefiere «las praderas artificiales y forrajes». Otro ejemplo, de los dos que da, es (ficha 1.348): «Régimen jurídico de las inversiones extranjeras en España».

Luego, y siempre tan ecuánime, continúa: «En esta sección (Periódicos políticos) el autor pierde su ecuanimidad y moteja a diversas publicaciones de «fascistas» (fichas 3.213 y 3.190)... Afortunadamente estos desahogos anacrónicos solamente aparecen en esta sección». Lo que no dice, el muy granujilla (y colaborador de uno de ellos), es que se trata de «Arriba» y «Cara al Sol» y que, en los casos de «Adelante» decimos socialista; «Mundo Obrero», comunista; «La Batalla», trotskista; «CNT», libertario, etcétera.


El presidente Azaña.

En vez de despacharse de esa forma, sería mejor que el ilustre bibliógrafo nos indicara un método alternativo para definir y diferenciar cada uno de estos periódicos.

Para acusarnos de haber «olvidado» un gran número de títulos emplea casi media página; pero después de ese esfuerzo por demostrar que tras ello hubo alguna intención no confesada, termina por decir (ya se olvidó de lo anterior) que «en el desdichado sistema del autor se esconde el inequívoco anhelo de elevar como sea el número de fichas». Después de tres ejemplos dice: «De todas formas el record de repeticiones es para el Diario de Galeazzo Ciano»: Da los números de 12 fichas y siguen comentarios mordaces.

Veamos ahora lo que dice Southworth sobre esto: «El experto en bibliografía de la guerra civil, del Ministerio de Información va demasiado lejos en su voluntad de herir a García Durán. Hay dos «Diarios» de Ciano y no uno (Hay tres, si incluimos el volumen «Papeles diplomáticos»). El de 1937-1938 y el de 1939-1943. Sólo una de las ediciones citadas por García Durán es exactamente idéntica a otra: Las ediciones de Londres y Nueva York del Diario de 1937-1938. Cada una de las otras ediciones, incluso la publicada en España, tiene un prefacio diferente. Esta diferencia debe ser señalada por el bibliógrafo y justifica la inclusión de las diferentes ediciones. Pero cuando De la Cierva publica su bibliografía, cuatro años más tarde, sobrepasa el «record de repeticiones» de García Durán. El exilado español mencionó solamente las ediciones de Milán y Barcelona del Diario de 1939-1943; Ricardo de la Cierva menciona cuatro ediciones. De la Cierva llega hasta hacer, en la misma página, tres entradas de la sola edición de Milán. García Durán citaba cuatro ediciones del Diario de 1937-1938; De la Cierva el mismo número».

Después de hablar de «carencia absoluta de métodos», dice: «Para García Durán, el autor de un libro titulado «L'assasinat d'Andrés Nin». Paris, Spartacus, 1939 (ficha 2.353) es, nada menos que NIN, Andrés.

De nuevo su ignorancia bibliográfica le hace meter la pata. La entrada principal (ficha 5.571) aparece bajo el título, porque el autor es anónimo. Luego, la repetimos bajo NIN, ANDRES, como materia de que se trata, porque de otra forma sería casi imposible de encontrar entre más de 6.000 títulos, a menos de conocer la obra, en cuyo caso no consultarían la bibliografía. Más aún, todo catálogo de una biblioteca bien organizada, presentará a continuación de las entradas de un autor, todas aquellas que traten de éste. Razón de más para que nosotros hagamos lo mismo por ser la nuestra una bibliografía por materias, y ser ésta la única forma de localizar una obra anónima.

Pero lo más grande es que en su bibliografía, que no es por materias, cae en las mismas faltas que a nosotros nos imputa en cinco casos —localizados por Southworth— que son: Alfonso de Churruca y Zubiría (p. 181); Hans Beimler (p. 85); Angel Pestaña (p. 526); Pablo de la Torriente-Brau (p. 650) y José Antonio Primo de Rivera (p. 540).

Si esta crítica no se hiciera interminable podríamos triplicar el número de páginas. Southworth llenó 45.

También analizó nuestra bibliografía el catedrático don Vicente Palacio Atard quien, con lenguaje de gentleman, y después de destacar un buen número de repeticiones (cuyo origen está en repetir algunos libros que cubren más de una materia y allí deben incluirse) termina diciendo (evidentemente con razón) que «ni son todos los que están ni están todos los que son».

«Papers of the Bibliographical Society of America» reconoce el «gran aporte a la investigación de la guerra civil, si bien no es todo lo suficiente que se requiere, dada la gran producción bibliográfica».

«Ibérica», de Nueva York, considera que es «una excepcional aportación al estudio del período que recoge, como a la investigación de las fuentes sobre la materia».

Finalmente, sólo nos resta decir que al mes de que el señor De la Cierva publicara su crítica (sin firma) en el «Boletín de Orientación Bibliográfica», mandamos una contra-crítica, con acuse de recibo, al señor Robles Piquer, que era su director. Pero, inútil decir, que ni se publicó, ni dijo esta boca es mía.

Por entonces, 1965, podía insultarse impunemente. Hoy, aunque el cambio no ha llegado a rompimiento, ni el señor De la Cierva ha dejado de ser impulsivo (hable de teatro u otra cosa) se puede decir: «Qué error, qué inmenso error» y, luego; «Me equivoqué con Suárez».

Claro que hay cosas que tienen muy difícil rectificación, sobre todo cuando se dicen con toda seriedad, por ejemplo: «Nadie puede escribir la historia de la guerra española, sin saberse de memoria sus cien himnos». (Introducción general a la Bibliografía... p. XVI).

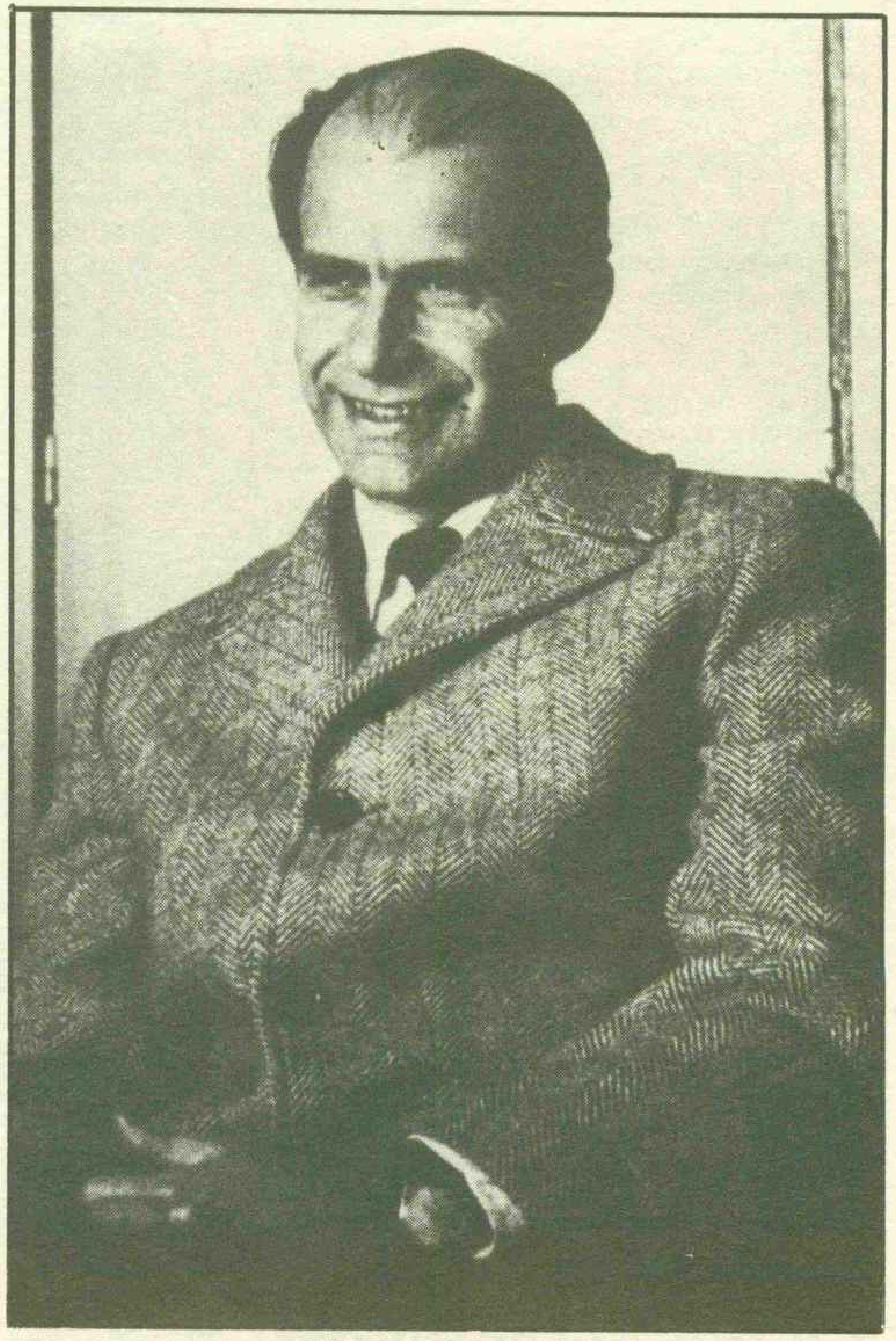
Para completar el tema, diremos que bajo la dirección del profesor don Vicente Palacio Atard se ha publicado (quizá aún sin terminar) «Cuadernos bibliográficos de la guerra de España». Madrid, Cátedra de Historia Contemporánea, 1966.

Estos cuadernos se dividen en series y cada uno de ellos recoge separadamente folletos, memorias, periódicos, novelas, etc.

Su mayor importancia está en que es una bibliografía crítica. Su estructura, así como las entradas, muestran claramente que son obra de bibliotecarios, por su minuciosidad y precisión. Esto, y el hecho de que cada entrada sea tomada directamente de la obra a catalogar, le da una seriedad que no se encuentra en ninguna de las bibliografías publicadas. La nuestra incluida, claro está.

Otra bibliografía, insignificante en cuanto al número de entradas, es la de F. Amador Carrandi «Ensayo bibliográfico de las obras y folletos publicados con motivo del movimiento nacional». Bermeo. Publicación de la Diputación Provincial de Vizcaya. En 160 páginas, contiene algo más de 600 títulos y 250 notas bibliográficas.

Hubo también algunos ensayos bibliográficos y, que sepamos, tres proyectos de bibliografías que no llegaron a publicarse. Aunque es posible que una de éstas llegue a aparecer; en cuyo caso vendría a ser el instrumento más completo y necesario de trabajo, que todos esperamos, por ser obra de bibliógrafos. ■ **J. G. D.**



El historiador Juan Marichal.

EL SOCIALISTA



PABLO IGLESIAS, FUNDADOR
Redacción y Administración: Carranza, 20
Teléfonos: Redacción, 31378. Admón., 31862
APARTADO DE CORREOS NÚM. 10036

Año LI.—Núm. 8.192 | Madrid, domingo 19 de julio de 1936 | Precio del ejemplar, 15 céntimos.

Parte del ejército, faltando a su juramento, se ha levantado en armas contra el Estado

Pero los rebeldes están localizados, y el pueblo en armas colabora con las tropas leales en la defensa de la República.--Los mandos militares facciosos han sido destituídos; los soldados de las plazas sublevadas, licenciados, y las unidades rebeldes, disueltas

La acción fervorosa y decidida del proletariado aplastará de una vez y para siempre el fantasma del fascismo

A LA DEVOCIÓN DE LA LEY

Con voluntad de defensa, el pueblo es invencible

En la primera emisión de ayer fué radiada la siguiente nota del Gobierno:

«Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República. El Gobierno no ha querido dirigirse al país hasta conseguir conocimiento exacto de lo sucedido y poner en ejecución las medidas urgentes e inexorables para combatirlo.

Una parte del ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la patria propia y realizando un acto vergonzoso y criminal de rebelión contra el Poder legítimamente constituído.

El Gobierno declara que el movimiento está exclusivamente circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este empeño absurdo. Por el contrario, los españoles han reaccionado de un modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprobable, y frustrada ya en su nacimiento.

El Gobierno se complace en manifestar que heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado, defendiendo con el honor del uniforme el prestigio del ejército y la autoridad de la República.

En estos momentos, las fuerzas de tierra, mar y aire de la República, que, salvo ... excepción señala... fieles al ...

... la República ... situación y afirma ... ha de tardar en anunciar ... la opinión pública que se ha restablecido la normalidad.»

Los noticias que trasmite la Radio de Ceuta, en poder de los facciosos, simulando que es la Radio de Sevilla, son totalmente falsas

A las tres menos cuarto de la tarde fué facilitada en el ministerio de la Gobernación la nota que damos a continuación, y que fué radiada por todas las emisoras:

«Para que la opinión pública no se desvíe, conviene que la gente sepa que la Radio Ceuta, de la que se apoderaron elementos facciosos, da noticias, simulando ser la Radio Sevilla, de cosas que dice ocurridas en Madrid y en el resto de España, cuando, como es público y notorio, la normalidad es absoluta.

A LA CLASE TRABAJADORA

Un manifiesto de las Ejecutivas de los Partidos Socialista y Comunista

La radio difundió ayer el siguiente manifiesto de los Comités Nacionales de los Partidos Socialista y Comunista:

«Los manejos clandestinos del fascismo, dirigidos por Gil Robles y Franco, al que los desleales en sus votos por la República venían albergando en los cuartos de bandera de algunas guarniciones, han llegado a sazón. Un intento criminal promovido ayer en Melilla y Ceuta se ha corrido hoy a la Península, tomando como centro de insurrección a Sevilla. Las fuerzas leales a la República se baten denodadamente con los insurrectos. Los rebeldes confían en la ayuda que puedan prestarles otras plazas militares, con cuya promesa de solidaridad creen contar. Los momentos son difíciles, pero de ningún modo apurados. El Gobierno tiene la seguridad de contar con recursos suficientes para acogotar el intento criminal a que han osado los enemigos del régimen y de la clase trabajadora.

Ahora bien: para el caso de que esos recursos no sean suficientes, la República dispone de la promesa solemne del Frente popular, que encuadra bajo su disciplina a todo el prole... español, resuelto, sereno y apasionadamente, a inte... contienda entablada tan pronto como su interv... decisiva. Estamos deseando demostrar qu... el Gobierno es algo de ... lar más de... mesa protocolaria de los días ... Frente popular obedece. ... ner toda la efectividad ... clase trabajadora se pre... de tiempo para todas ... calle. No habrá ... Cada militante obrero ... organización más inmediata ... de actuar, que le será dada ta... sea necesaria. Nadie pida palabras ... haga gestos innecesarios. La lucha puede ... y hay que acumular la energía de todos para lan... un alud sobre el adversario. El Frente popular nece... revalidar con las armas la victoria que alcanzó en las urnas. A ese efecto se dirige al Gobierno y le dice: «Aquí nos tienes, serenos y resueltos, dispuestos a contribuir a la derrota de los que se han alzado para ensangrentar al país y entregarlo a la más envilecedora de las reacciones.»

Pocas palabras más, camaradas. Los momentos son delicados, pero no imposibles. No hay el menor motivo para desconfiar de la victoria. Es nuestra. Tiene que ser nuestra. No hay forma de admitir que la República, con ayuda del proletariado español y el concurso de sus recursos naturales, deje de salir triunfante de la prueba criminal a que la someten sus adversarios de siempre.

Camaradas: Disponed el ánimo para la contienda que se aproxima, a la que podéis ser convocados de un momento a otro. Cuando la orden de lucha sea dada, hay que caer como un alud.

La U. G. T. decreta la huelga general en cuantos lugares se haya declarado el estado de guerra

Como respuesta a la declaración del estado de guerra por parte de los elementos facciosos que se han levantado en armas contra la República, la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores ordena la inmediata declaración de la huelga general indefinida hasta que el criminal movimiento sedicioso sea completamente aplastado.

La huelga dará comienzo automáticamente en cuantas localidades se haya declarado ya el estado de guerra, y se extenderá a todas aquellas en que suceda lo propio.

La Unión General de Trabajadores, leal a sus compromisos con el Frente popular, hace un llamamiento a todo el proletariado para que, más unido que nunca, replique con toda energía a la infame intentona del fascismo.

Por la Comisión Ejecutiva: FRANCISCO LARGO CABALLERO, secretario general; JOSE DIAZ ALOR, vicesecretario...

A las tres y cuarto de la tarde facilitaron en Gobernación la siguiente nota:

«De nuevo habla el Gobierno para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la Península.

El Gobierno estima las adhesiones que ha recibido, y, al agradecerlas, manifiesta que el mejor concurso que se le puede prestar es garantizar la normalidad de la vida cotidiana, para dar un elevado ejemplo de serenidad y de confianza en los resortes del Poder.

Gracias a las medidas de previsión que se han adoptado por parte de las autoridades puede considerarse desarticulado un amplio movimiento de agresión a la República, que no ha encontrado en la Península ninguna asistencia y sólo ha podido seguir adeptos en un... del ejército que la ... pañola ... que, ... régimen ... ha tenido que tomar ... el interior radicales y urgentes medidas, ya conocidas las unas y culminando las otras en la detención de varios generales, así como de jefes y oficiales comprometidos en el movimiento.

La policía ha conseguido también apoderarse de un avión extranjero, que, según indicios, tenía el cometido de introducir en España a uno de los cabecillas de la sedición.

Estas medidas, unidas a las órdenes cursadas a las fuerzas que en Marruecos trabajan para dominar la sublevación, permiten afirmar que la acción del Gobierno será suficiente para restablecer la normalidad.»

No es verdad que esté declarado el estado de guerra

A las cuatro de la tarde fué dada por radio la siguiente nota, facilitada en el ministerio de la Gobernación:

«Ha circulado la noticia, transmitida telefónicamente a diversos Centros oficiales, de que el Gobierno había declarado el estado de guerra en toda España. El ministerio de la Gobernación, en nombre del Gobierno, tiene que hacer público que la noticia es absolutamente falsa, y, al propio tiempo, declara facciosos a aquellos que la transmitan y que la acepten como oficial.»

Ofrecimientos al jefe del Gobierno

EL PUEBLO, EN PIE

¡Diez veces traidores: a España y a la República!

Ha bastado que el Gobierno solicite el concurso del pueblo o, más exactamente, que el Gobierno se convenza de que es al pueblo a quien corresponde, en tiempos de deslealtades, la suprema y eficaz vigilancia, para que la sedición, acorralada, ceda. Al declarar esto no quitamos una brizna de honor a las fuerzas armadas que han cumplido su deber. Lo único que nos interesa decir es que, en último recurso, un Gobierno a quien se le rebelan las fuerzas a sus órdenes, debe acudir a la fuente de donde mana su autoridad. Conforme avanzan las horas, nos llena el ánimo de profunda y limpia satisfacción la certidumbre de que el pueblo ha respondido. Eran de ver los jóvenes militantes que anoche se alistaban fervorosamente y acudían a los sitios

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA

(«*El Socialista*», *19-VII-1936*)

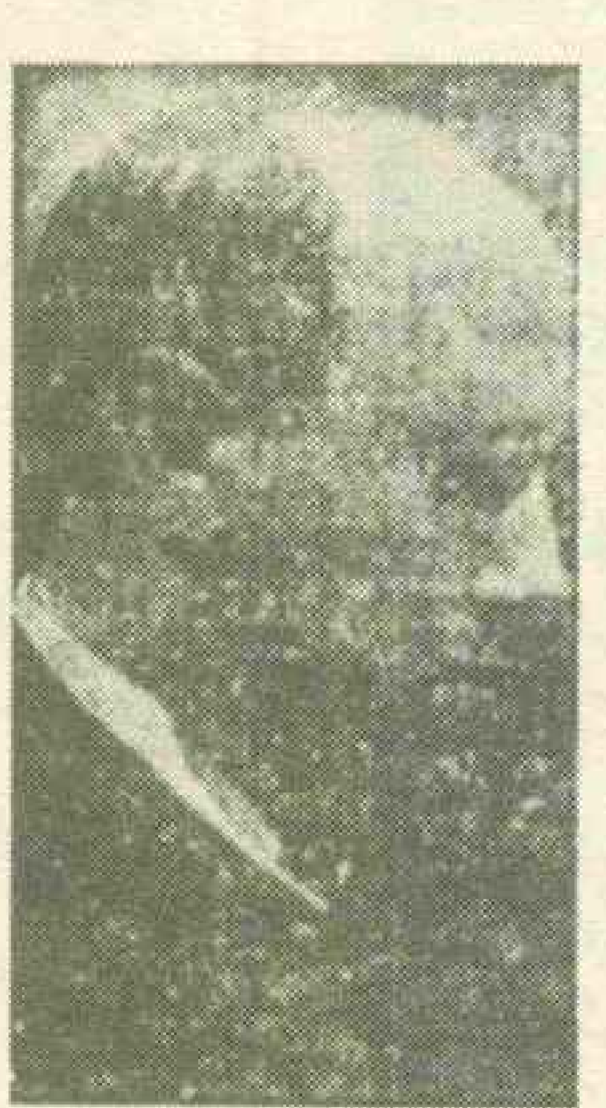
¡Proletarios de todos los países, uníos!

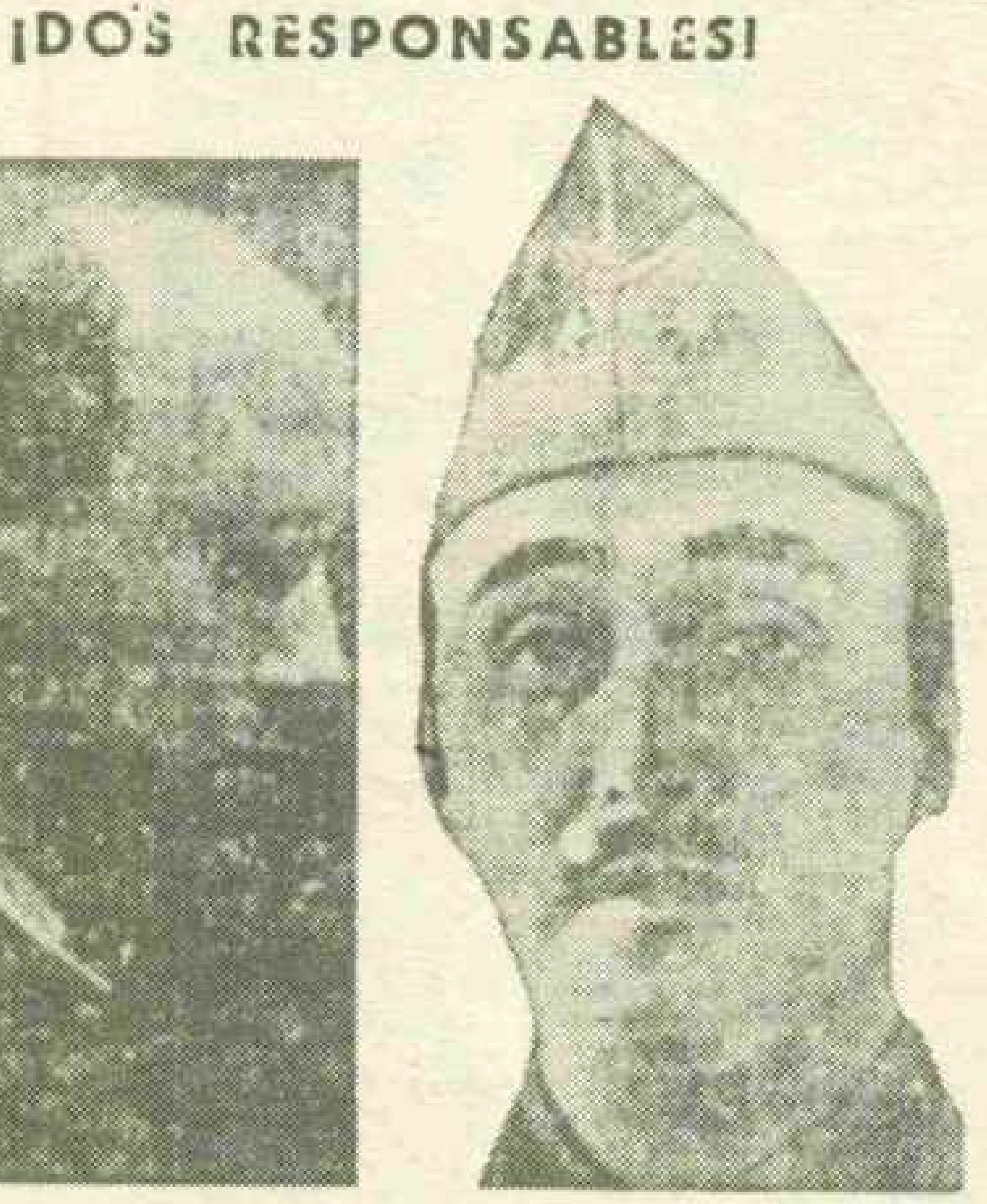
Mundo Obrero

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA (S.E.I.C.)

Madrid, sábado 18 julio 1936 — 15 cts. — Galileo, 14. Teléfono 33292. – Cuarta época. – Núm. 169 (877)

¡DOS RESPONSABLES!





¡PALABRAS DEL GOBIERNO:

"Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República"

"Una parte del Ejército que representa a España se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia patria"

"Los españoles han reaccionado de modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprobable"

¡Viva la República democrática!

El pueblo vigila su victoria y no se la dejará arrebatar. ¡Escarmiento ejemplar a los traidores a la patria! ¡Suspensión de la Prensa incitadora del golpe de fuerza! ¡Incautación de los bienes de los traidores y de sus cómplices!

¡Acusamos a Gil Robles de principal culpable del criminal atentado contra la República!

¡EL MAXIMO CASTIGO PARA LOS RESPONSABLES POLITICOS!

[illegible]

Por el ministerio de la Gobernación se ha facilitado, a primera hora de la mañana, la siguiente nota oficiosa, dando a conocer los sucesos acaecidos en la jornada de ayer en el Protectorado español en Africa:

"SE HA FRUSTRADO UN NUEVO INTENTO CRIMINAL CONTRA LA REPUBLICA. EL GOBIERNO NO HA QUERIDO DIRIGIRSE AL PAIS HASTA CONSEGUIR EL EXACTO CONOCIMIENTO DE LO SUCEDIDO Y PONER EN EJECUCION LAS MEDIDAS URGENTES E INEXORABLES PARA COMBATIRLO.

UNA PARTE DEL EJERCITO QUE REPRESENTA A ESPAÑA EN MARRUECOS SE HA LEVANTADO EN ARMAS CONTRA LA REPUBLICA, SUBLEVANDOSE CONTRA LA PROPIA PATRIA Y REALIZANDO EL ACTO VERGONZOSO Y CRIMINAL DE REBELARSE CONTRA EL PODER LEGITIMAMENTE CONSTITUIDO.

EL GOBIERNO DECLARA QUE EL MOVIMIENTO ESTA EXCLUSIVAMENTE CIRCUNSCRITO A DETERMINADAS CIUDADES DE ESTA ZONA DEL PROTECTORADO, Y QUE NADIE, ABSOLUTAMENTE NADIE, SE HA SUMADO EN LA PENINSULA A TAN ABSURDO EMPEÑO.

POR EL CONTRARIO, LOS ESPAÑOLES HAN REACCIONADO, DE MODO UNANIME Y CON LA MAS PROFUNDA INDIGNACION, CONTRA LA TENTATIVA REPROBABLE Y FRUSTRADA YA EN SU NACIMIENTO. EL GOBIERNO SE COMPLACE EN MANIFESTAR QUE HEROICOS NUCLEOS DE ELEMENTOS LEALES RESISTEN LA SEDICION EN LAS PLAZAS DEL PROTECTORADO, DEFENDIENDO, CON EL HONOR DEL UNIFORME Y EL PRESTIGIO DEL EJERCITO, LA AUTORIDAD DE LA REPUBLICA.

EN ESTOS MOMENTOS LAS FUERZAS DE TIERRA, MAR Y AIRE DE LA REPUBLICA, QUE, SALVO LA TRISTE EXCEPCION SEÑALADA, PERMANECEN ORGULLOSAMENTE FIELES AL CUMPLIMIENTO DEL DEBER, SE DIRIGEN CONTRA LOS SEDICIOSOS PARA REDUCIR, CON INFLEXIBLE ENERGIA, UN MOVIMIENTO INSENSATO Y VERGONZOSO.

EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA DOMINA LA SITUACION, Y AFIRMA QUE NO HA DE TARDAR EN ANUNCIAR A LA OPINION PUBLICA QUE SE HA RESTABLECIDO LA NORMALIDAD."

Los mismos: Los salvajes de Octubre

[illegible]

¡ALERTA, MAS ALERTA QUE NUNCA EL PUEBLO!

Todos vigilantes al lado del Gobierno

Si la nota dada por el Gobierno no fuera lo suficientemente elocuente, aun hay mayores motivos que obligan a todos: a los trabajadores, a las masas populares, al pueblo español en su conjunto, a permanecer vigilantes, a redoblar su vigilancia, a ponerse en pie, alerta, al lado del Gobierno de la República, al lado del Frente Popular, al lado del régimen que se instauró el 16 de Febrero por voluntad de la inmensa mayoría de los españoles.

Si ayer estuvo el pueblo alerta, hoy debe estarlo más. Dispuesto a acudir a la primer llamada. Dispuesto a apoyar la acción del Gobierno. Dispuestos todos a ser fuerzas de choque en la defensa de la República y de la Patria democrática.

¡Que nadie descanse! ¡Que nadie permanezca confiado! ¡Obreros, campesinos, hombres libres, republicanos y españoles honrados: todos al lado del Gobierno, todos al lado de la República, todos dispuestos a aplastar a los sediciosos, a los criminales que quisieran implantar en España la dictadura bestial del fascismo!

¡ALERTA, MAS ALERTA HOY QUE NUNCA EL PUEBLO LABORIOSO!

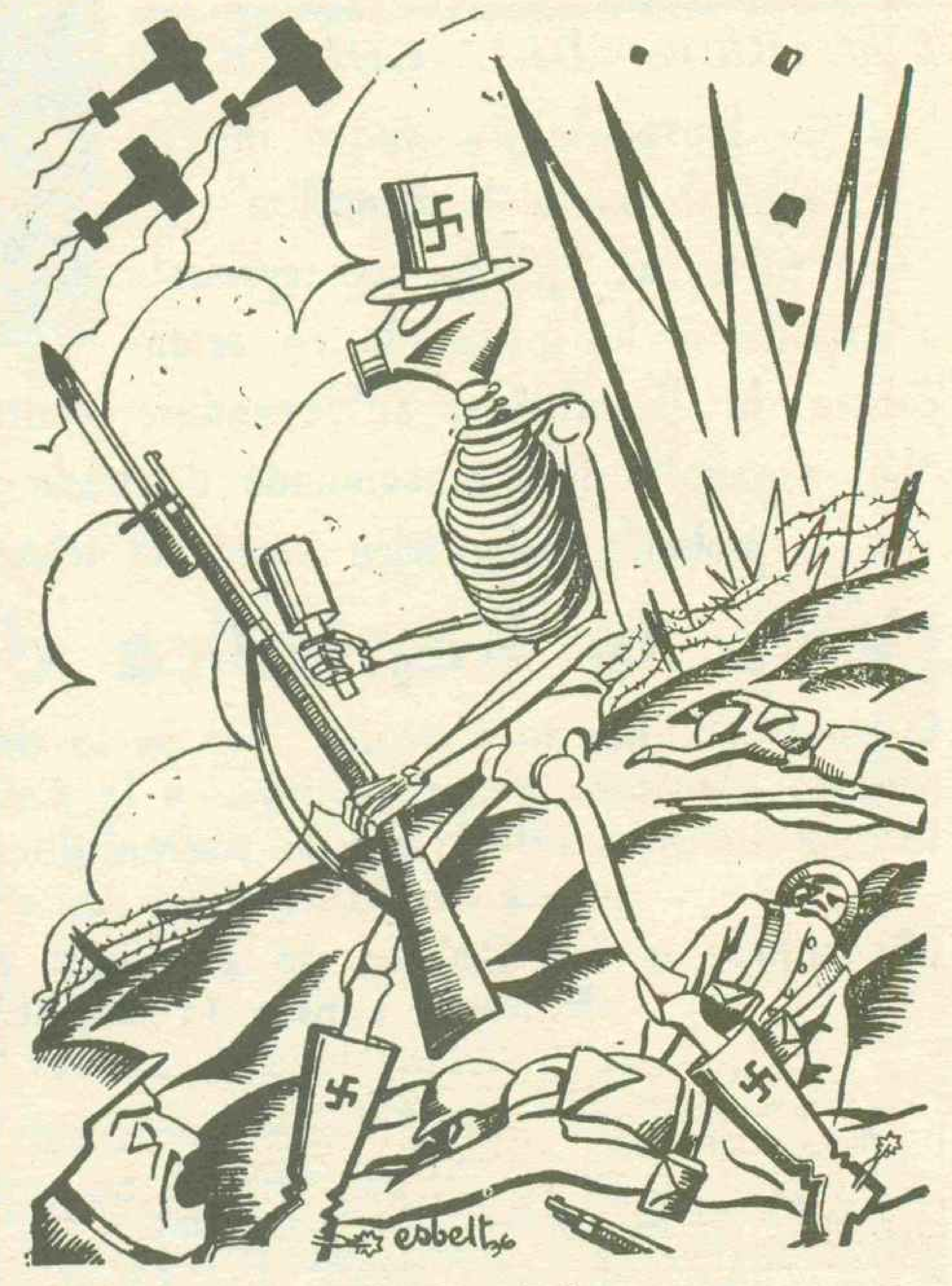
DEMOSTRACION DE AYER

El fervor de las masas en defensa del régimen

[illegible]

(«Mundo Obrero», 18-VII-1936)

Semana contra la guerra



No hay que dedicar una semana contra la guerra.

Contra la guerra hay que ir siempre, todo el año, toda la vida. No se trata de ejercer la teatralidad, ni la decoración, ni la charanga, ni siquiera la capacidad del actor. Hay que atacar la guerra resistiéndose a ella con todas las fuerzas. La juventud no debe empuñar las armas. Las madres deben defender a sus hijos como leonas, y los padres, con los puños y los dientes si es preciso.

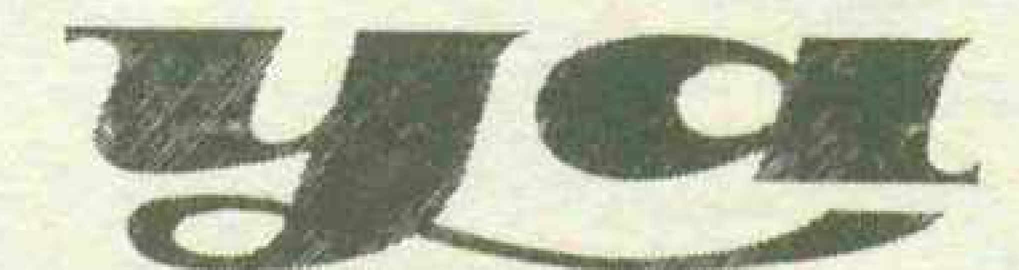
Para combatir al asesinato perpetrado por el Estado no son necesarios Comités, ni gestos histéricos, ni tarjetas de invitación. Se necesita valor, entereza, dignidad y amor a la vida.

Hay que combatir al monstruo en su propia guarida. Silenciosamente, pero activamente. La mejor manera de combatir a la guerra sería derribar todos los monumentos erigidos a los mártires de la guerra.

¡Toda la vida contra la guerra!

(«Solidaridad Obrera», 12-VIII-1936)

DIARIO GRAFICO DE LA NOCHE — Lunes, 13 julio 1936. 5. c. Año II.—Núm. 465 — ALFONSO XI, 4. — MADRID — Teléfono 21090 (Quince líneas) — FRANQUEO CONCERTADO



EDICION ESPECIAL

CALVO SOTELO SECUESTRADO Y MUERTO

A LAS TRES DE LA MADRUGADA FUE A BUSCARLE UNA CAMIONETA

CON EL ENGAÑO DE QUE LE LLEVABAN DETENIDO FUE ARRANCADO DE SU DOMICILIO

EN EL INTERIOR DE LA CAMIONETA FUE MUERTO A TIROS Y SU CADAVER LLEVADO AL CEMENTERIO



Este número ha sido visado por la Censura — YA

A las tres de la madrugada ha llegado al domicilio de don José Calvo Sotelo, sito en la calle de Velázquez, 89, un camión en el que iban unas veinte personas. Detrás iba otro automóvil.

La pareja que presta servicio de vigilancia en la casa, ha preguntado lo que ocurría, y uno de los paisanos que figuraban al frente, exhibiendo un carnet de la Guardia civil, ha manifestado que se iba a practicar un registro en el domicilio del señor Calvo Sotelo.

Seguido de varios paisanos, esa persona que exhibía el "carnet", ha subido al piso que habita el citado político, que es el segundo de la casa, y ha llamado insistentemente a la puerta.

Una de las muchachas al servicio de la familia ha acudido a ver lo que ocurría, ante las apremiantes llamadas, y se le ha dicho que franqueara la puerta, pues se iba a proceder a registrar la casa.

La doméstica ha avisado al señor Calvo Sotelo que, como las demás personas de la familia, se había acostado ya.

Mientras, los que no habían entrado en la casa y los que con ellos iban, rodearon el edificio y tomaron las calles inmediatas.

La comparecencia del señor Calvo

El señor Calvo Sotelo ha abandonado el lecho y se ha presentado a los que llamaban a la puerta, los cuales han entrado inoportunamente y han dicho que iban a practicar un registro.

Han recorrido todas las habitaciones, como si efectivamente se tratara de hacer un registro; pero, el señor Calvo Sotelo ha advertido en la forma de [illegible] detalle de presencia que aquello era una estratagema y que algún fin más turbio había en aquella irrupción. Por esto, ha tratado de llamar por teléfono, sin duda, a la Dirección de Seguridad; pero se ha encontrado con que el aparato no funcionaba.

Entonces ha exigido que le fueran presentados los carnets de identidad, a lo que los paisanos han accedido.

Este mismo individuo manifestó al señor Calvo Sotelo que había orden del jefe de proceder a su detención.

Todavía el señor Calvo Sotelo ha seguido dudando de que así fuera, y ha salido al balcón de la calle de Velázquez para preguntar a la pareja de guardias que prestaban servicio en la finca si, en efecto, reconocían a las personas que acababan de llegar a la casa.

Esos guardias le respondieron afirmativamente.

Esto tranquilizó al señor Calvo Sotelo, el cual rogó que esperasen a que se vistiera y que seguidamente marcharía con ellos.

Efectivamente, pocos minutos después el jefe de la minoría de Renovación Española se presentaba a ellos y salía con ellos de la casa.

Ya en la calle le hicieron subir en la camioneta.

Ésta marchó velozmente por la calle de Velázquez hacia la de Alcalá.

Los teléfonos, inutilizados

Tan pronto como salió de su domicilio el señor Calvo Sotelo, su esposa intentó comunicar por teléfono, pero al advertir que estaban rotos los dos teléfonos bajó a la portería para hablar con los guardias de servicio.

Éstos no pudieron decir otra cosa sino que el señor Calvo Sotelo había marchado en la camioneta.

A requerimiento de la señora, uno de [illegible] por teléfono a la Dirección de Seguridad para preguntar detalles de esta detención.

También se dió aviso a la casa de los padres y los hermanos del señor Calvo Sotelo, que acudieron rápidamente al domicilio de éste y empezaron en seguida las averiguaciones para conocer exactamente lo ocurrido.

En la Dirección de Seguridad dijeron que no se había dado orden ninguna de detención contra el señor Calvo Sotelo, ni tampoco de registro en su casa.

Estas seguridades confirmaron terminantemente la sospecha de que el señor Calvo Sotelo había sido víctima de un secuestro, cuyo final se presagiaba trágico desde el primer momento.

¿Dónde está el secuestrado?

Durante toda la mañana se realizaron pesquisas para ver de dar con el paradero del jefe del Bloque Nacional.

Poco más de las doce comenzó a circular la noticia de que, según referencias particulares, la camioneta que se llevó al señor Calvo Sotelo presentaba algunas manchas de sangre, y esto, naturalmente, trajo la triste comprobación de que dentro mismo del vehículo se había atentado contra la vida del ilustre político.

La camioneta apareció en la plaza de Pontejos.

Agentes de la Brigada de Investigación Criminal procedieron a detener al conductor de dicha camioneta, así como a la pareja de Seguridad que prestaba servicio en el domicilio del señor Calvo Sotelo.

Todos los detenidos fueron llevados al Juzgado de guardia, que lo era el número 3.

Declaró ante el juez el conductor de la camioneta. Dijo que tenía a su cargo esa camioneta, pero que a las diez de la noche dejó el vehículo para ir a descansar unas horas. Agregó que al volver para hacerse cargo del coche observó que éste estaba en sitio distinto, pero que esto no le sorprendió, pues a veces salen los coches con otros conductores y los dejan en sitios diferentes.

La camioneta

Intentamos ver la camioneta; pero ésta, según se nos dijo, estaba aún en Pontejos.

Y fuimos a Pontejos, donde tampoco estaba dicha camioneta.

Algunos nos manifestaron que había estado allí en las primeras horas, pero que luego había sido llevada.

—¿Efectivamente ha estado en esta plaza hoy?

—Sí, sí, puesto que había de venir el juez de guardia para realizar una inspección ocular.

—¿Y había manchas de sangre, como se ha dicho, en esa camioneta?

—Nosotros no las hemos visto.

—Pero es que esas manchas han podido ser lavadas desde la hora en que fué dejada aquí la camioneta hasta que ustedes la han visto.

—No sabemos.

Preguntamos a uno:

—Desde que se supo la noticia del asesinato del teniente Castillo—nos dijo—, a eso de las diez de la noche, hubo aquí tal barullo, que no se me pudo dar cuenta de si se habían llevado o no la camioneta que estaba parada en la plaza de Pontejos. Sin embargo, creo que el que se la llevó no fué el conductor a cuyo servicio estaba, pues tengo la impresión de haberlo visto aquí durante la noche.

Las manchas de sangre

A las dos y media de la tarde fué enviada al Juzgado de guardia la camioneta en que fué raptado el señor Calvo Sotelo.

El juez, con los forenses, hizo un reconocimiento muy escrupuloso del vehículo, y comprobó que en la parte posterior de éste, correspondiente a la última fila de asientos, había huellas de dos manchas de sangre, las cuales aparecían lavadas recientemente.

En cuanto el juez reconoció la camioneta dispuso que ésta fuera llevada al Parque.

El asesinato

A la una de la tarde se confirmaba que, en efecto, el señor Calvo Sotelo había sido asesinado por los mismos que fueron a buscarle a su domicilio y que fueron luego al cementerio del Este para hacer entrega al capellán del mismo del cadáver de don José Calvo Sotelo.

Éste aparecía con la cabeza destrozada a [illegible]. También tenía dos heridas de bala.

El capellán avisó inmediatamente a las autoridades lo que ocurría, y en seguida se presentó allí el delegado del Ayuntamiento, el cual reconoció en el muerto, [illegible], al señor Calvo Sotelo.

También acudió en seguida el concejal señor Aparicio, que igualmente reconoció el cadáver del jefe del Bloque Nacional.

Posteriormente fueron al cementerio muchos diputados y significadas personalidades de derechas, enteradas ya de la noticia de estar allí el cadáver del señor Calvo Sotelo.

En el cementerio manifestaron que el cadáver había sido llevado a las cuatro y media de la madrugada.

En el cementerio

En la Necrópolis estaban de servicio a esa hora los guardias [illegible] y [illegible].

Éstos abrieron las puertas, y uno de los que llevaban el cadáver dijo que era el de un sereno que había sido muerto en la vía pública. Como es corriente que al cementerio sean llevados directamente algunos de los que mueren en la calle, a los guardias no les sorprendió ello, y dejaron entrar en el recinto la camioneta, que llegó hasta la puerta del depósito.

El cadáver fué [illegible] de la camioneta [illegible] del coche.

Los que lo llevaban lo cogieron y lo depositaron sobre una de las mesas de mármol.

Seguidamente se marcharon.

Pero antes uno de los guardias de la Necrópolis preguntó si no dejaban la hoja con la filiación del muerto; se le respondió que ésta sería entregada luego.

Como el cadáver estaba desfigurado, los guardias no reconocieron en él al señor Calvo Sotelo.

Tan desfigurado estaba el rostro de la víctima a causa de los numerosos [illegible] que le habían dado.

Las declaraciones

El juez estuvo esta tarde a primera hora en el domicilio del señor Calvo Sotelo para practicar unas diligencias.

Compareció ante el juez el portero de la casa donde vivía el señor Calvo So- [illegible]

Pedimos perdón a nuestros lectores por las anormalidades que hallarán en este número

[illegible]

Las detenciones

[illegible]

El cadáver

[illegible]

Calvo Sotelo [illegible] los guardias

[illegible]

LEA USTED "YA"

La familia del señor Calvo Sotelo [illegible]

(Sigue en la página tercera)

EL PRIOR DE MIRAFLORES HA MUERTO



BURGOS.—El prior de la Cartuja de Miraflores, reverendo padre Agüero, condecorado recientemente por el Ayuntamiento socialista con la Cruz de Beneficencia, por sus incesantes donativos en favor de los obreros parados burgaleses, acaba de fallecer en la Cartuja de Aula-Dei, en Zaragoza. El padre Agüero era un excelente compositor, maestro de capilla del Pilar antes de renunciar definitivamente al mundo. Se hallaba gravemente enfermo hace tiempo y ha querido morir en el mismo cenobio que le acogió en los primeros días de su vida religiosa. (Foto Club.)

El conflicto de la construcción

A mediodía cesaron en el trabajo los pocos obreros que entraron

A primera hora de la mañana algunos obreros se reintegraron al trabajo en algunos tajos. En la mayoría de las obras no entró nadie. A medio día, los pocos obreros que estaban en las obras abandonaron el trabajo.

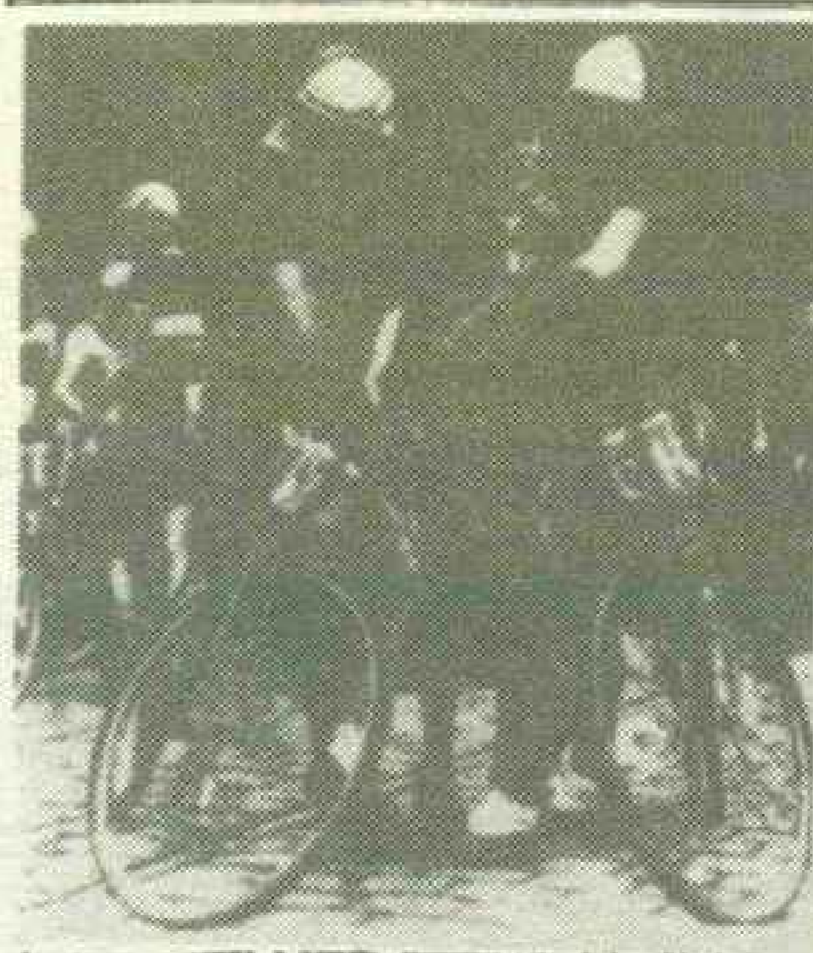
La jornada de hoy

A las ocho de la mañana fueron abiertas todas las obras. La Dirección general de Seguridad había montado un servicio de protección y vigilancia.

Desde las primeras horas se pudo observar que grupos de obreros acudían a sus respectivos tajos, pero al poco rato pudimos ver trabajando ni en las obras de los ministerios, ni en Cuatro Caminos, Ciudad Universitaria, Vallehermoso, Viaducto, barrio de Salamanca, etc. Únicamente en la plaza Mayor, en las obras de [illegible], había unos diez o doce obreros trabajando dentro del cercado que hay en el centro de la plaza. Por los soportales había numerosos grupos de obreros que comentaban con evidente disgusto la actitud de los obreros que trabajaban en aquellas obras. En dicha plaza eran vigilados por los guardias de Asalto cuantos obreros circulaban.

Lea usted YA

MADRID.—Los niños acogidos en el benéfico centro durante la fiesta de fin de curso celebrada ayer domingo. (Foto Santos Yubero.)



Los [illegible] y [illegible], momentos antes de la salida de Metz, [illegible], los consejos que les da una admiradora, compatriota suya. (Foto Lhoquet.)



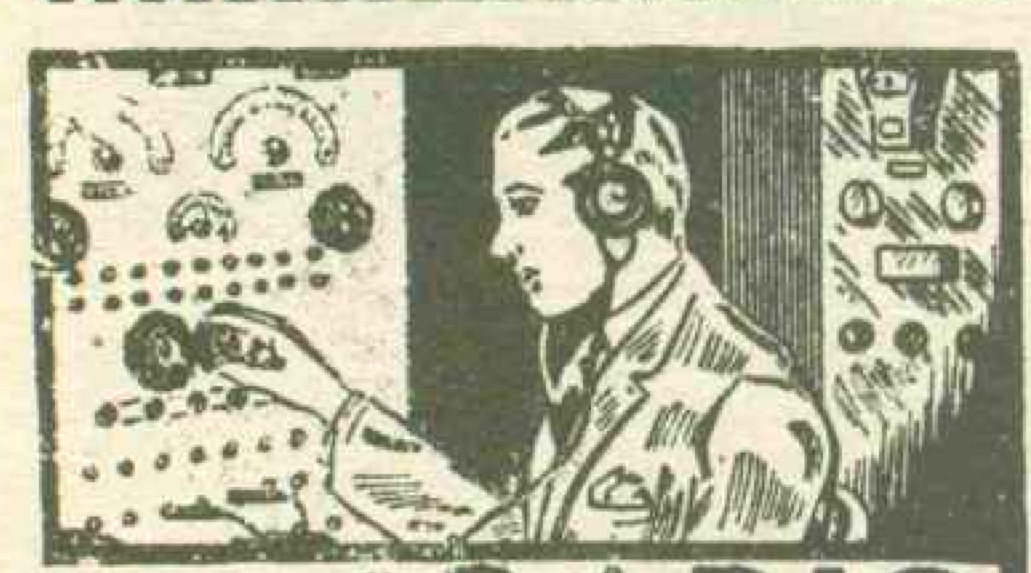
BELFORT.—El suizo Egli, optimista y feliz, diserta a sus compañeros de equipo Amberg y Heyganz, haciéndoles olvidar las fatigas pasadas... y aún que nos faltan. (Foto Gil de Espinar.)

(«Ya», 13-VII-1936)

CUESTIONES SOCIALES, HUELGAS Y CONFLICTOS DE TRABAJO EN ESPAÑA

En Madrid. Sigue la huelga de la construcción. Los patronos piden la anulación de las nuevas bases. Una nota ministerial declarándolas en vigor. Otros conflictos. En provincias. Continúa la huelga de dependientes en Vigo y Gijón. Huelga de obreros de la Campsa. Los alojamientos de obreros

(«ABC», 16-VII-1936)



Aprenda RADIO

TELEVISION Y PELICULAS SONORAS

Obtenga la preparación necesaria para ocupar magnífica posición en esta gran industria. Siga mi Famoso Sistema de enseñanza por correspondencia, UNICO experimentado en la práctica durante 30 años que tiene de establecida esta Escuela. Es muy fácil de aprender.

Le enseño a ganar dinero desde un principio y le doy este Equipo de Herramientas — SIN COSTO EXTRA — para que haga los trabajos que le producirán dinero inmediatamente. Unase al grupo de mis alumnos prósperos que ganan — 300 pesetas a la semana y más.

Se sorprenderá de los rápidos resultados que tendrá practicando con el Ultramoderno Receptor de 8 bulbos, de corriente alterna, que le REGALO para sus prácticas y experimentos.



EQUIPOS DE HERRAMIENTA Y RECEPTOR TODA ONDA

GRATIS

Pida Informes a la

ESCUELA NACIONAL DE RADIO

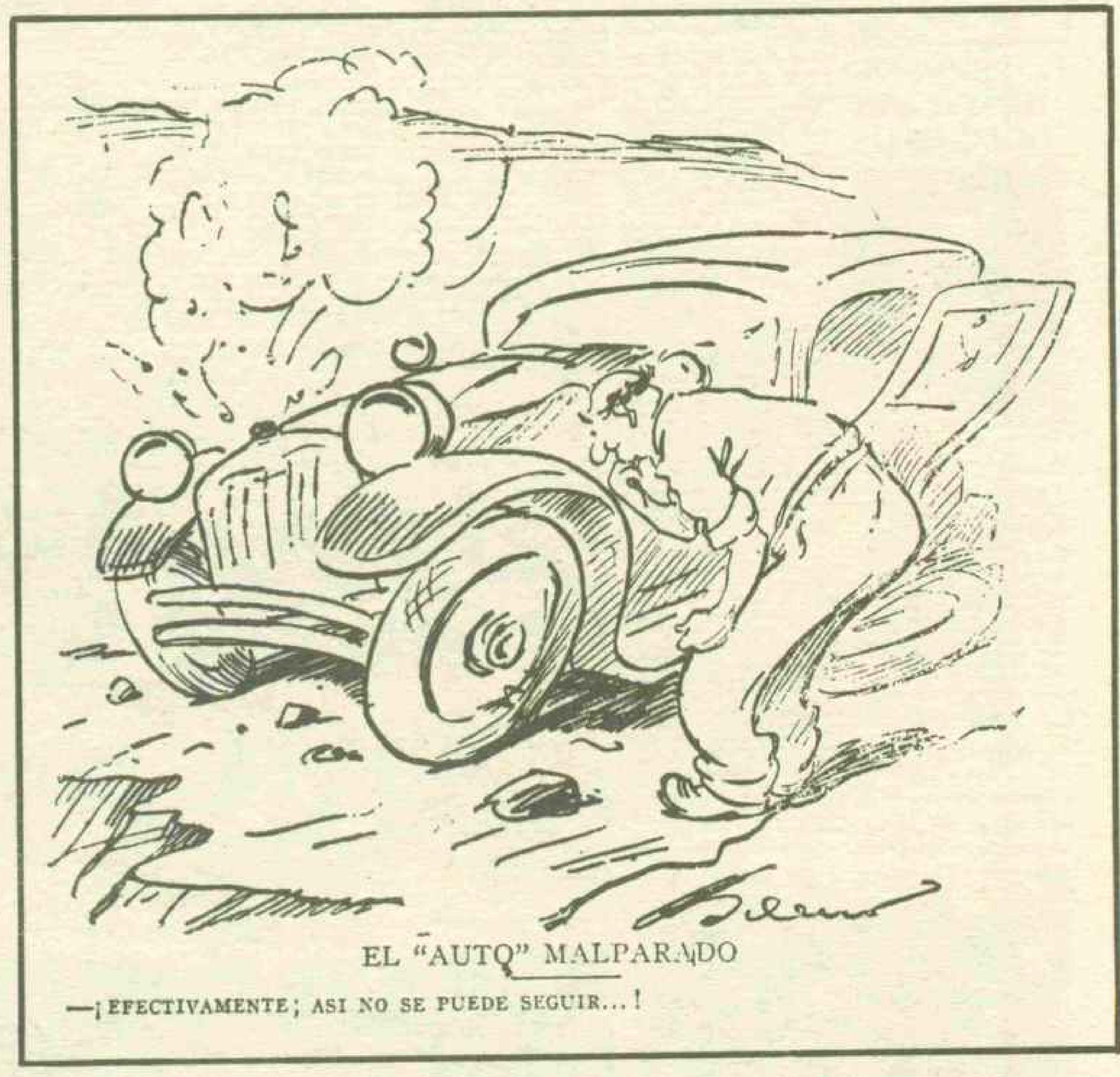
LOS ANGELES, CALIF., E. U. A.

ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO

SR. J. A. ROSENKRANZ, Presidente
4006 S. Figueroa St. Dept.
Los Angeles, Calif., E. U. A.;

Sírvase enviarme, sin ninguna obligación de mi parte, su Libro Ilustrado GRATIS, con datos para ganar dinero en el Radio.

Nombre..............................
Dirección............................
Población.................. Prov..................



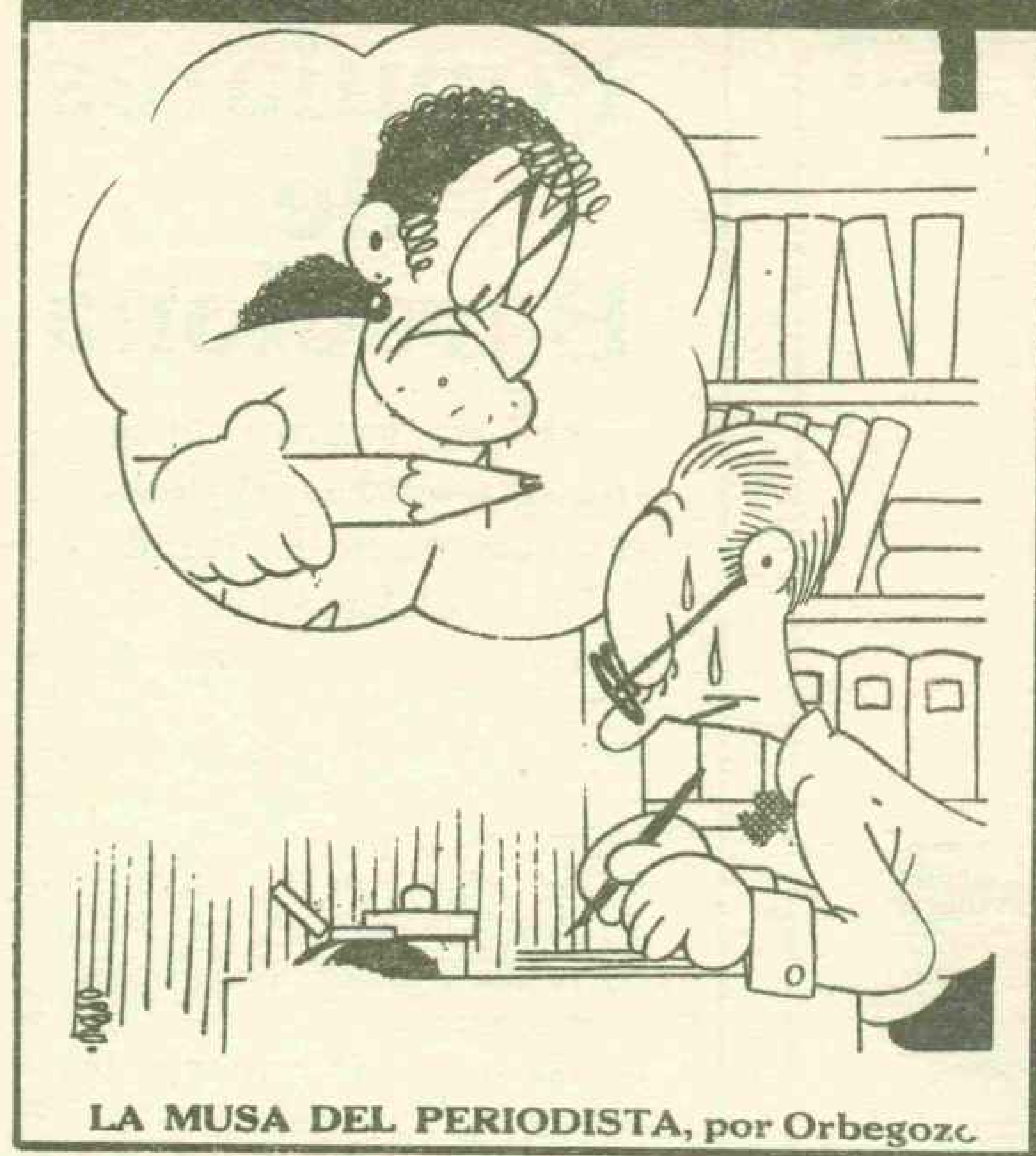
EL "AUTO" MALPARADO

—¡EFECTIVAMENTE; ASI NO SE PUEDE SEGUIR...!

(«ABC», 15-VII-1936)

Balneario de Ledesma Gran Hotel. Reumatismo en todas sus formas, ciática, parálisis, escrofulismo, catarros. Coche estación Salamanca. Dos cocinas, comedores independientes para los que comen por su cuenta. Pidan billete ida y vuelta 30 días con tarjeta identidad.

VISADO POR LA CENSURA



LA MUSA DEL PERIODISTA, por Orbegozo

(«Ya», 15-VII-1936)



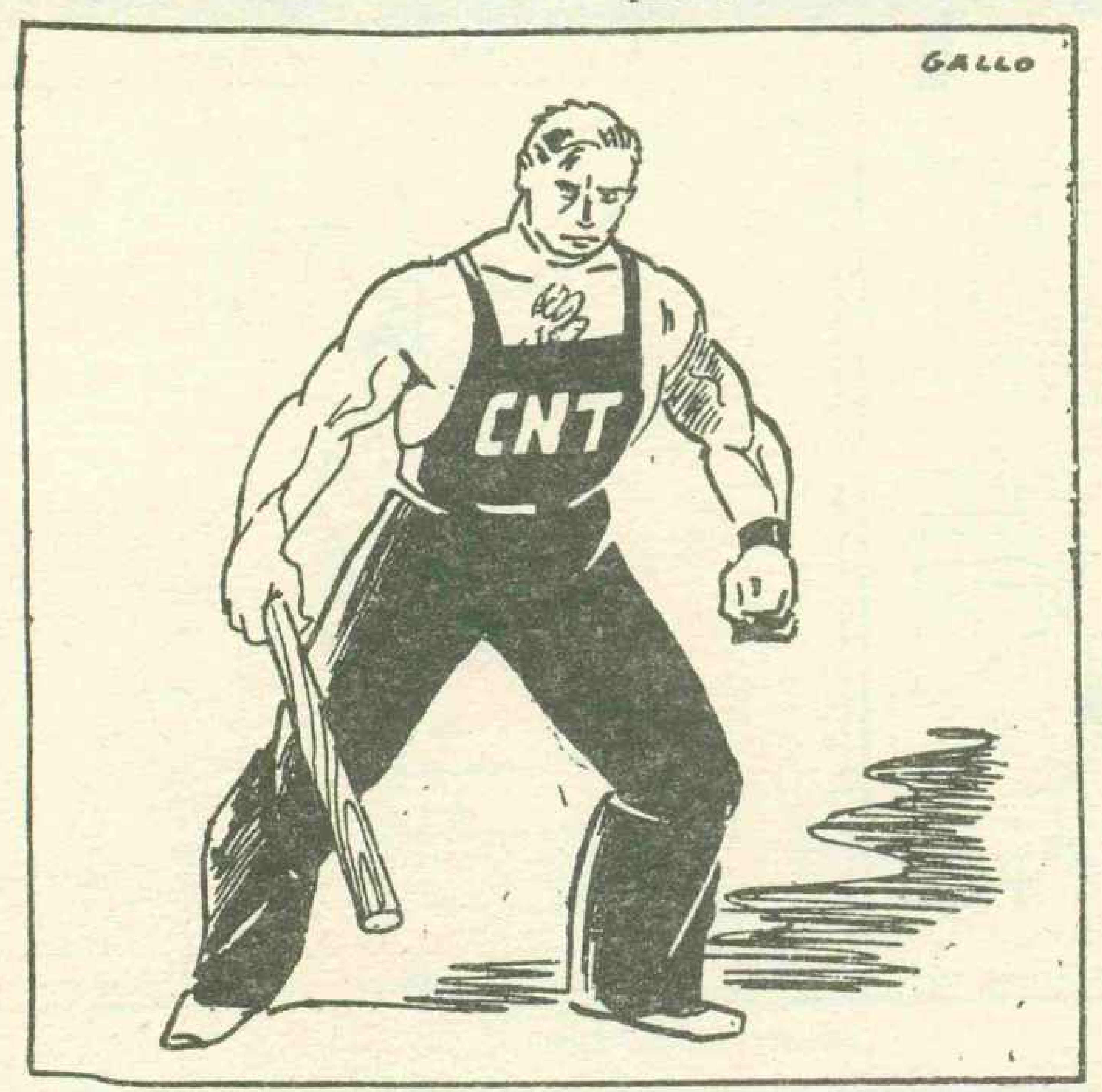
LA FELICIDAD, por Bagaría

—Madrid con dinero, sin familia, sin huelgas y sin discursos..., ¡Baden, Baden!

(«El Sol», 18-VII-1936)

¡QUE VIENE EL COCO!

(De todos los periódicos de izquierda, refiriéndose al fascio.)



¡¡Que venga!!

He aquí al coloso desafiando con toda su energía al fascismo que intenta abrirse paso en el área española. Potente, fuerte y capacitado, no solamente se preocupa de suplantar al régimen caduco capitalista estatal por una sociedad justa y equitativa, sino que se cuadra valientemente ante el monstruo que actúa en la sombra y trama complots terroristas para exterminar a honrados e idealistas productores.

La expresión del dibujo lo dice todo: el fascismo, en España, será aplastado por la C. N. T. No pasará. Al menor intento de que tomara vida legalmente jurídica una organización de crímenes y barbarie para estrangular las ansias de superación del pueblo, se alzaría, unánime, en un solo clamor, la organización anarcosindicalista de España.

Sea el fascismo de izquierda o de derecha, en este país está sentenciado a morir triturado bajo el peso de la C. N. T.

La psicología, el temperamento, el sentimiento del pueblo español difiere mucho del de otros países. Lo que ha sido posible y fácil en otras partes de Europa será difícil e imposible establecer aquí. En lo más hondo del corazón del verdadero pueblo español; en las clases desposeídas de todo están arraigadas las ideas anarquistas que corren a gran velocidad hacia una total emancipación.

El monstruo devorador, castrador, yugulador de todas las libertades que el hombre ha sabido conquistar a fuerza de muchos sacrificios, con el esfuerzo titánico de muchos años batallando día tras día, no pasará. Sus intentos se estrellarán ante la muralla compacta de cientos de miles de trabajadores.

No es en el Parlamento donde se debe combatir al fascismo. No es con palabras ni discursos como se le puede vencer. Es con la acción como se le puede eliminar. La C. N. T. está preparada para ello. Por esto dice arrogante: ¡Que venga!

(«Solidaridad Obrera», 12-VII-1936)

Los Juegos Populares de Barcelona

El programa de la inauguración. Mañana, a las cuatro de la tarde, en el Estadio

Apertura oficial de los Juegos Florales. Presentación de los deportistas y salutación por el secretario del Comité ejecutivo, don Jaime Miravitlles; ofrecimiento de los juegos por el presidente de los Juegos, don José A. Trabal, bienvenida a los deportistas y «folkloristas» por el alcalde de Barcelona, señor Pi Suñer; inauguración de los Juegos por el honorable Presidente de la Generalidad de Cataluña, don Luis Companys. Cinco coblas de Barcelona ejecutarán «Juny» y «Els Segadors», acompañados de la masa coral, bajo la dirección del maestro Morera.

Sports: Carrera internacional de relevos de 20 por 500. Folklores, «Xiquets de Valls» y «Ballets de Folgueroles».

Parlamento final de don Ventura Gassol, comisario del Gobierno de la Generalidad en los Juegos.

Finirá el festival con «La Santa Espina», ejecutada por 5 coblas, la masa coral y los danzantes.

A las diez de la noche en el Estadio iluminado

Primera parte: Los Orfeones de Barcelona, acompañados de cinco coblas y 1.000 ejecutantes.

Segunda parte: Manifestación de «folklore».

Tercera parte: Danzas catalanas, finalizando con el espectáculo «La Patum de Berga».

En esta manifestación de arte folklórico, tomarán parte más de 3.000 «folkloristas» de diferentes lugares de Cataluña.

(«La Vanguardia», 18-VII-1936)



18 INTERESANTES EXCURSIONES A LA

Olimpíada de Berlín

Salidas casi diarias a partir del 18 de julio

ITINERARIOS DIRECTOS A BERLIN Y OTROS PASANDO POR SUIZA, AUSTRIA, HUNGRIA, CHECOESLOVAQUIA, DINAMARCA, HOLANDA, BELGICA Y PARIS.

Excursiones desde 550 pesetas hasta 1.200 pesetas

ULTIMOS DIAS DE INSCRIPCIONES Y VENTA DE LOCALIDADES

(*«La Vanguardia», 15-VII-1936*).

Grandioso Mitin Internacional
CONTRA LA GUERRA

MAÑANA
18
a las nueve de la noche

EN LA PLAZA MONUMENTAL

Organizado por las Juventudes Libertarias

HABLARAN:

FIDEL MIRÓ, por las Juventudes Libertarias
MAX MULLER, por las Jdes. Anarcosindicalistas suecas
PROFESOR BROCCA, por la Internacional War-Resisters
Dra. AMPARO POCH, por la Intér. War-Resisters Sec. Fem.
HEM DAY, por el Cté. Internacional Defensa Anarquista
FELIX MARTÍ IBÁÑEZ, por los Idealistas Prácticos
MANUEL PEREZ, por los anarquistas de Barcelona
AGUSTIN SOUCHY, por el Bureau Inter. Antimilitarista
FEDERICA MONTSENY, por la C. N. T.
Se leerán cuartillas de D. A. DE SANTILLAN, GEORGES PIOCH y BARTOLOMÉ DE LIGT
Presidirá por las Jdes. Libertarias DELSO DE MIGUEL

¿Quiere usted leer una gran revista de deportes?

LEA USTED

Campeón

El Golpe

ALOCUCION DE MADRUGADA DEL GOBIERNO

Los marinos españoles, por traición de los jefes y oficiales, vigilan el Estrecho dispuestos a impedir el paso de las tropas mercenarias

Millares de obreros y campesinos andaluces armados, dispuestos a marchar sobre los sublevados fascistas

EL PUEBLO EN ARMAS, JUNTO A LAS FUERZAS ADICTAS AL GOBIERNO, VA VENCIENDO LA CRIMINAL INTENTONA MILITAR-FASCISTA

A las tres de la madrugada se radió la siguiente alocución:

«El Gobierno de la República, que ha tenido durante el día de hoy motivos de honda preocupación, aunque en ningún momento de decaimiento de ánimo, porque tiene conciencia de su dignidad y de su responsabilidad ante el país, fervorosamente unido a la causa del régimen republicano, quiere dar un resumen objetivo de la situación, que mejora notablemente en España entera.

Los generales sublevados, conocedores de la falta de asistencia en la opinión pública, no han tenido inconveniente, con traición de sus deberes de españoles y de militares, en traer en su ayuda a la Península algunos contingentes de legionarios y de moros regulares para lograr su criminal intento. Por fortuna, se trata de tropas en muy escaso número, desembarcadas en Algeciras aprovechando la traición del comandante del destructor «Churruca», cuya tripulación, tan pronto desembarcaron y se vio libre de los soldados mercenarios, indignados ante la vileza de sus jefes, procedió a la detención del comandante y demás oficiales desleales, reintegrándose con el buque en servicio a la obediencia del Gobierno legítimo. Ahora ya el Estrecho y las rutas de Melilla y Ceuta a los puertos del sur de España están cuidadosamente vigilados por varios buques de nuestra Escuadra enteramente adicta, con la única excepción del pequeño cañonero «Dato», fondeado en Ceuta. De manera que es ya imposible el desembarco en plazas españolas de nuevas tropas

****

Numerosas adhesiones al Gobierno

ANTE LA IMPOSIBILIDAD DE CONTESTAR A TODAS LAS ADHESIONES DE LAS ASOCIACIONES CULTURALES, SINDICALES, DE ESTUDIANTES, PRO INFANCIA, ETCETERA, EL GOBIERNO SE COMPLACE EN DARSE POR ENTERADO Y ESPERA SER SECUNDADO POR TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS.

SERENIDAD Y DISCIPLINA DEBEN SER AHORA EL LEMA DEL MOMENTO.

****

AÑO VII — NUM. 1.736
PRIMERA EDICION
Director propietario: LUIS MONTIEL
Subdirector: M. CHAVES NOGALES
Apartado 8.094

AHORA

PASEO DE SAN VICENTE, 26

Madrid, domingo 19 de julio de 1936
Número suelto: 20 céntimos
Precios de suscripcion: Madrid, 3,50 pesetas al mes; Provincias, 12,00 pesetas trimestre; Extranjero, 30,00 pesetas trimestre
Teléfono 18340

Algunas guarniciones se alzaron ayer en armas contra el régimen

Todas las organizaciones obreras se unen para oponerse al golpe de fuerza

A LAS DOS Y MEDIA DE LA MADRUGADA SE HA FORMADO NUEVO GOBIERNO, PRESIDIDO POR EL SEÑOR MARTINEZ BARRIO

Al amanecer se emprenderá una acción enérgica sobré aquellos lugares en que existan núcleos rebeldes

LA GUARNICION DE MALAGA DEPONE SU ACTITUD Y VITOREA A LA REPUBLICA

A las ocho y media de la mañana de ayer, por medio de la radio, fué dirigida a la opinión pública y al pueblo español en general una nota del Gobierno, que dice así:

"Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República. El Gobierno no ha querido dirigirse al país hasta tener conocimiento exacto de lo sucedido y poner las medidas para combatirlo.

Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha sublevado en armas contra la República, volviéndose contra su propia patria, realizando actos vergonzosos contra el Poder nacional. El Gobierno declara que el movimiento está suscrito a determinadas ciudades del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurdo intento. Por el contrario, los españoles han reaccionado unánimemente y con la más profunda indignación contra esa tentativa, frustrada en su nacimiento.

El Gobierno se complace en manifestar que buenos grupos de elementos leales resisten frente a los sediciosos en las plazas del Protectorado, defendiendo con su prestigio el Ejército y la autoridad de la República. En este momento las fuerzas de aire, mar y tierra, salvo la triste excepción señalada, permanecen fieles en el cumplimiento de su deber y se dirigen contra los sediciosos para reducir este movimiento insensato y vergonzoso.

El Gobierno de la República domina la situación y afirma que no tardará muchas horas en dar cuenta al país de estar dominada la situación.

Vuelve a hablar el Gobierno

A primera hora de la tarde fué radiada desde Gobernación la siguiente nota:

"De nuevo habla el Gobierno para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la Península. El Gobierno estima las adhesiones que ha recibido, y al agradecerlas manifiesta que el mejor concurso que se le puede prestar es garantizar la normalidad de la vida cotidiana, para dar un elevado ejemplo de serenidad y de confianza en los resortes del Poder. Gracias a las medidas de previsión que se han tomado por parte de las autoridades puede considerarse desarticulado un amplio movimiento de agresión a la República, que no ha encontrado en la Península ninguna asistencia, y sólo ha podido conseguir adeptos en una fracción del Ejército que la República española mantiene en Marruecos, que, olvidándose de sus altos deberes patrióticos fué arrastrada por la pasión política, sin tener presente el sagrado compromiso contraído con el régimen republicano.

El Gobierno ha tenido que tomar en el interior radicales y urgentes medidas, ya conocidas las unas y culminando las otras en la detención de varios generales así como de jefes y oficiales comprometidos en el movimiento. La Policía ha conseguido también apoderarse de un avión extranjero que, según indicios, tenía el cometido de introducir en España a uno de los cabecillas de la sedición. Estas medidas, unidas a las órdenes cursadas a las fuerzas que en Marruecos trabajan para dominar la sublevación, permiten afirmar que la acción del Gobierno será suficiente para restablecer la normalidad.

Para que la opinión no se desvíe conviene que la gente sepa que la radio Ceuta, de la que se apoderaron los elementos facciosos, da noticias simulando ser la radio de Sevilla, de cosas que dice ocurridas en Madrid y en el resto de España, cuando, como es público y notorio, la normalidad es absoluta.

Comprendiendo que su movimiento ha quedado aislado y fracasado, se esfuerzan en divulgar que quedan en poder de los sublevados los Ministerios de la Guerra y Gobernación y otras falsedades como éstas.

El público puede juzgar de la situación de aquellas gentes que quieren disimular las divisiones y el desbarajuste que entre ellos reinan con mentiras y falsedades como las indicadas."

El jefe del Gobierno recibe diversas visitas y celebra varias conferencias

El ministro de la Guérra, que pasó toda la noche en el Ministerio, recibió durante la mañana de ayer.

A las diez de la mañana acudió el ministro de Agricultura, con quien celebró una larga conferencia.

A las diez y media visitó al señor Casares Quiroga el general Núñez de Prado, nombrado inspector general del Ejército de Africa en la noche anterior.

También estuvieron en el Ministerio para conferenciar con el señor Casares Quiroga el inspector general del Ejército, general don Virgilio Cabanella; el general Riquelme y el director general de Seguridad.

A mediodía estuvo en el Ministerio el ex ministro de la Gobernación don Amós Salvador, quien conferenció con el señor Casares Quiroga.

Contestando a preguntas de los periodistas, se limitó a manifestar que había acudido a saludar al ministro y ofrecerse al Gobierno en estas circunstancias.

También estuvieron en el Ministerio de la Guerra el embajador de España en París, don Alvaro de Albornoz, y el subsecretario de la Presidencenia, señor Espiá.

A primera hora de la tarde pasó a visitar al ministro el director de Asuntos Indígenas de la Alta Comisaría de España en Marruecos, general Capaz, que se encuentra desde hace unos días en Madrid con licencia.

La Escuadra, hacia los puertos marroquíes

A las cinco y cuarto de la tarde fué transmitida por el micrófono de Unión Radio, desde el Ministerio de la Gobernación, la siguiente nota:

"Continúan los elementos enemigos del Estado propalando rumores y noticias falsas. La adhesión de todas las fuerzas al Gobierno es general en toda España. Solamente en Marruecos continúan determinados elementos del Ejército en su actitud hostil a la República. La emisora de radio de Ceuta trata de producir alarma, anunciando que barcos ocupados por rebeldes se dirigen a la Península. Estas noticias son absolutamente falsas. Por el contrario, la escuadra marcha hacia los puertos africanos, sin encontrar oposición en el cumplimiento de las órdenes de restablecimiento de la paz, que pronto será conseguida.

La aviación, a las órdenes del Gobierno, ha bombardeado a los rebeldes

El subsecretario de Gobernación manifestó que las fuerzas de Aviación han bombardeado a los sediciosos en Ceuta y Melilla.

Las fuerzas adictas al Gobierno rechazan el ataque de los sublevados desde los aeródromos de ambas ciudades.

El señor Ossorio Tafall se refirió después a las falsas noticias que los rebeldes han lanzado desde la estación de radiotelefonía de Ceuta haciendo creer que era la Radio Sevilla. En esas emisiones lanzaban la falsa noticia de que en Madrid habían ocurrido graves sucesos, y que los Ministerios estaban en poder de los sublevados.

Por ello, el Gobierno ha radiado una nota desmintiendo todas las inexactitudes.

Es falso que se haya declarado el estado de guerra

El Ministerio de la Gobernación dijo de nuevo, en nombre del Gobierno, que la noticia que se transmitió telegráficamente de que se había declarado el estado de guerra en toda España era absolutamente falsa, y al propio tiempo que declara facciosos a aquellos que la transmitan y que la acepten como oficial.

Una advertencia de Unión Radio

Para evitar torcidas interpretaciones que se dieron a la radiación de un texto de anuncio que dice: "hay que seleccionar el equipo nacional de fútbol", Unión Radio hacía constar que el mencionado texto forma parte de una campaña de publicidad organizada por la Compañía Arrendataria de Fósforos para el lanzamiento de un nuevo modelo de cajas de cerillas y que, por tanto, cualquier otra interpretación es absolutamente errónea y conviene que así conste.

Todos los anuncios que se radian por esta emisora están sujetos a la inspección previa de la intervención oficial.

Un jefe de la Guardia civil asesinado por un fascista

En Pamplona, y por un significado fascista, fué ayer asesinado un comandante de la Guardia civil. Así lo comunicó el Ministerio de la Gobernación en una de las emisiones radiadas.

El general Queipo de Llano ha declarado facciosamente el estado de guerra en Sevilla

A las siete y veinte se radió desde Gobernación la siguiente nota oficial:

"Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno de la República. Algunos núcleos donde se iniciaba cierta inquietud han reaccionado rápidamente y se ponen decididamente al lado del Gobierno, que confía en que la subversión quede localizada a sus pequeños focos actuales.

En Sevilla, donde se declaró de manera facciosa el estado de guerra por el general Queipo de Llano, se produjeron actos de rebeldía por parte de los elementos militares, que fueron repelidos

LISTA DEL NUEVO GOBIERNO

PRESIDENCIA: Don Diego Martínez Barrio.
ESTADO: Don Justino Azcárate.
GOBERNACION: Don Augusto Barcia.
GUERRA: General Miajas.
MARINA: Don José Giral.
COMUNICACIONES: Don Juan Lluhí.
AGRICULTURA: Don Ramón Feced.
TRABAJO: Don Bernardo Giner de los Ríos.
INSTRUCCION PUBLICA: Don Marcelino Domingo.
INDUSTRIA Y COMERCIO: Don Adolfo Alvarez Buylla.
OBRAS PUBLICAS: Don Antonio Lara.
JUSTICIA: Señor Blasco Garzón.
MINISTRO SIN CARTERA: Señor Sánchez Román.

Los nuevos ministros tomar n posesión inmediatamente.

(«Ahora», 19-VII-1936)

mercenarias de Marruecos. El escaso contingente de moros regulares y legionarios que por una sola vez pudo desembarcar el «Churruca» en el puerto de Algeciras, fue recibido hostilmente por el pueblo y a poco de su salida, batido y deshecho por voluntarios armados y un batallón de Infantería concentrados en la Línea de la Concepción.

En Sevilla, centro de la sublevación en el sur de España, el Gobierno sigue en contacto con el Gobierno civil, defendido heroicamente por fuerzas de la Guardia civil y Asalto, que repelen a tiros las agresiones de las tropas sublevadas. El pueblo está en masa en la calle a favor del Gobierno republicano, y la aviación, fiel al mismo, ha bombardeado y seguirá bombardeando los cuarteles de los insurrectos.

En Cádiz, otro punto dominado en parte por los sublevados el crucero «Cervantes», enviado desde El Ferrol, ha iniciado el bombardeo de la plaza, cumpliendo órdenes del Gobierno, y ello ha ocasionado no muchos destrozos, pero sí enorme efecto moral en las tropas sublevadas, que empiezan la desbandada y abandonan a sus jefes, tan pronto como se dan cuenta del torpe papel a que han sido arrastradas por quienes hacen abuso de la autoridad que en sus manos puso la República. Este fenómeno de abandonar los soldados a los jefes sublevados se extiende rápidamente en todas las guarniciones lanzadas al movimiento, y a ello contribuyen los recientes decretos promulgados por el Gobierno licenciando a los soldados de las unidades insurrectas, que al dejar las filas, no sólo no incurren en delito alguno, sino que cumplen deberes de obediencia y lealtad a la autoridad legítima.

El entusiasmo del pueblo es en todas partes confortador y bastaría para levantar el ánimo del más vacilante de no contarse con toda otra clase de recursos que el Gobierno tiene también en su poder.

En la provincia de Jaén, cortando los pasos naturales de Andalucía a Castilla, por ferrocarril y carretera, aunque el primero solamente funciona cuando así conviene a los designios del Gobierno, se han concentrado millares de obreros y campesinos armados, procedentes de Linares, La Carolina, Andújar y otras poblaciones, lo mismo que ocurre en Baena, Aguilar y muchos pueblos de la provincia de Córdoba, tan pronto como se supo lo ocurrido en Algeciras, con el desembarco de moros y legionarios, noticia que se ha propalado con asombrosa rapidez y ha levantado en indignación a pueblos y campos de Andalucía.

A Málaga llegó una flotilla de submarinos, fiel al Gobierno, para reponer víveres y salir a aumentar la vigilancia del Mediterráneo y del Estrecho. La población malagueña, en masa, acudió a vitorear a los marinos fieles a la República.

Interesa al Gobierno, para general conocimiento de la opinión, hacer público que en todas partes la Guardia civil y las fuerzas de Seguridad y Asalto permanecen fieles a su obediencia y a disposición de las autoridades legítimas, en casi todos los casos con admirable heroísmo.

Igualmente son dignas de especialísimo elogio las fuerzas de Carabineros de España entera, que con lealtad, excelente disciplina y entusiasmo colaboran a la pacificación del país y a la victoria definitiva de la República.

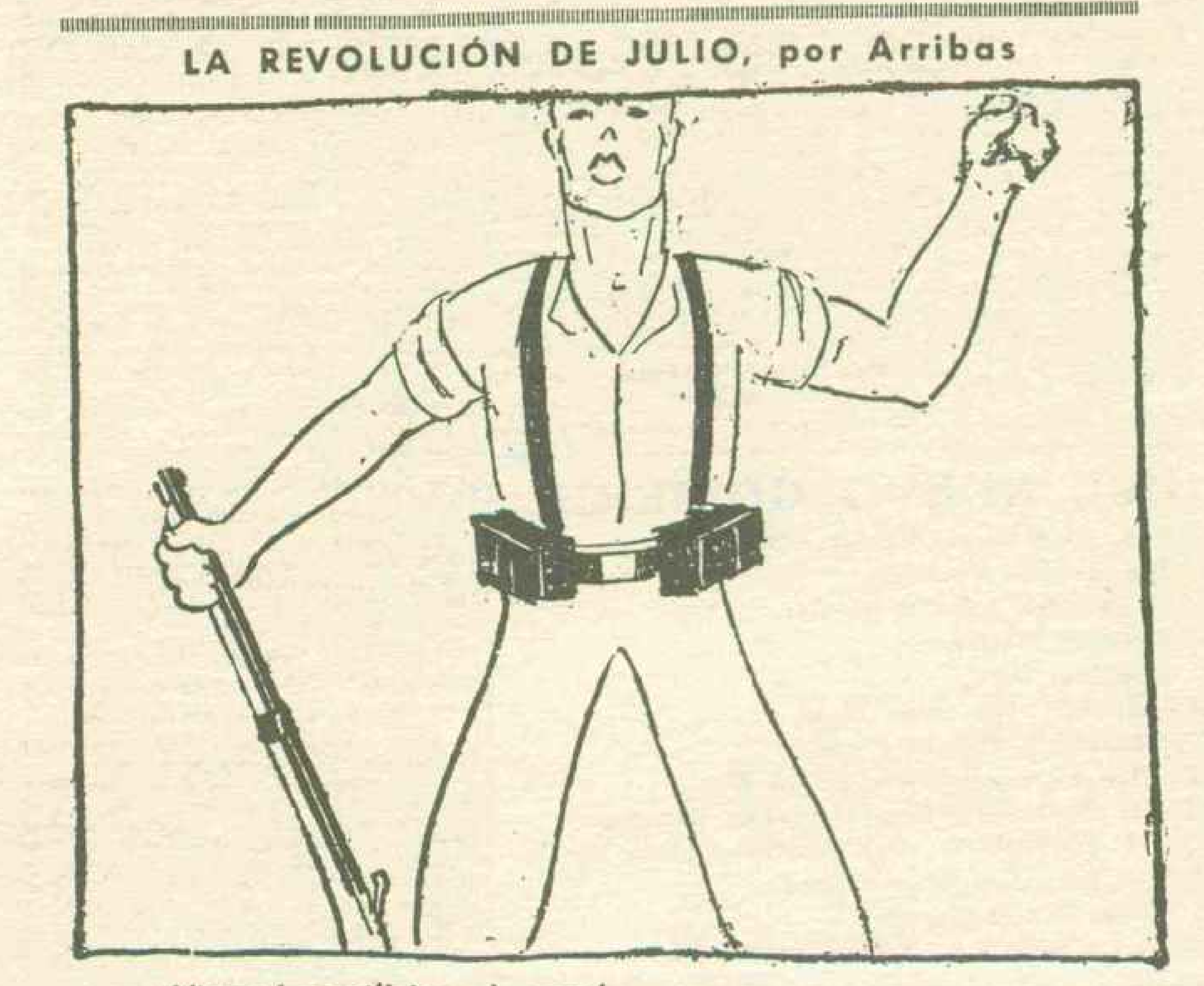
Los focos de insurrección en toda España tienden a quedar aislados, y el Gobierno organiza columnas para atacar los puntos estratégicos.

De Alicante han salido trenes militares, que, juntamente con otros procedentes de provincias, en absoluta normalidad, se dirigen contra Sevilla.

En Madrid el Gobierno es dueño de todos los resortes. Ha ordenado la clausura de teatros y cafés para impedir incidentes enojosos y evitar molestias a los ciudadanos, pues muchos miles de hombres armados por los partidos del Frente Popular, con autorización del Gobierno y colaborando muy eficazmente con las fuerzas de la Guardia civil, Asalto y Seguridad, tienen órdenes severísimas para atajar en el acto y sin la menor contemplación cualquier acto de violencia contra el régimen».

(Nota Oficial del Gobierno, del 19-VII-1936)

LA REVOLUCIÓN DE JULIO, por Arribas



—¡Vivan las milicias obreras!

(«El Socialista», 19-VII-1936)

El Sol 3

OFRECIMIENTOS Y ADHESIONES AL GOBIERNO

COMENTARIOS

Los Comités nacionales del partido socialista y del comunista advierten a la clase trabajadora para que se prepare para todas las contingencias de una lucha en la calle

El partido sindicalista, contra el movimiento revolucionario

Dolores Ibarruri pronuncia unas palabras por la radio

El partido de Unificación Marxista encarece una defensa eficaz

LA UNION NACIONAL DE FUNCIONARIOS CIVILES ANTE LAS CIRCUNSTANCIAS ACTUALES

LA PATRONAL DE TAXIS OFRECE 1.000 COCHES AL GOBIERNO

OTRA OFERTA DEL COMITE CENTRAL DE ENTIDADES DE AUTOTRANSPORTE

Los panaderos deben entrar al trabajo una hora antes

Dicen nuestros lectores

En cuantas localidades se imponga el estado de guerra será declarada la huelga general

El Comité nacional de la C. N. T. previene a sus organizaciones

EN EL PALACIO DE BUENAVISTA

A las cuatro de la tarde se reunió el Gobierno en Consejo de Ministros

INFORMES DE NUESTRO CORRESPONSAL

EN VALENCIA, LA TRANQUILIDAD ES ABSOLUTA

TRANQUILIDAD ABSOLUTA EN MALAGA

LA NORMALIDAD EN SANTANDER

Los decretos firmados ayer por el Presidente de la República

(Viene de la página primera.)

Licenciamiento de las tropas cuyos mandos están sublevados

Disolución de las unidades insurrectas

El general Franco, sin mando en Canarias

El general González de Lara queda sin mando

El general Queipo de Llano, destituído de la Inspección de Carabineros

UN EXTRAORDINARIO DE LA "GACETA"

La aviación bombardea Ceuta y Melilla

La guarnición de Málaga se adhiere al nuevo Gobierno

El general Queipo del Llano declara el estado de guerra en Sevilla

La situación queda dominada por las tropas leales al Gobierno

En Las Palmas, el gobernador con la Guardia civil y de asalto se oponen a los insurrectos

La Junta administrativa de la Casa del Pueblo pide a los trabajadores que hoy no abandonen Madrid

Las huelgas en Francia

EN PALACIOS DE SANABRIA

Un hombre muerto en riña

La ola de calor en Norteamérica

(«El Sol», 18-VII-1936)

Los Comités nacionales del partido socialista y del comunista advierten a la clase trabajadora para que se prepare para todas las contingencias de una lucha en la calle

A las nueve y cuarto de la noche transmitieron por radio desde el Ministerio de la Gobernación la siguiente nota:

«Los Comités nacionales del partido socialista y del partido comunista nos entregan la siguiente nota, nota que se radia con conocimiento del Gobierno:

«Los manejos clandestinos del fascismo dirigidos por Gil Robles y Franco, a los que los desleales en sus votos a la República vienen albergando en los cuartos de banderas de alguna guarnición, han llevado a sazón su intento criminal ayer en Melilla y Ceuta, que se ha corrido hoy a la Península, tomando como centro de la insurrección a Sevilla. Las fuerzas leales a la República se baten denodadamente con los insurrectos. Los rebeldes confían en la ayuda que puedan prestarles otras plazas militares, con cuya promesa de solidaridad creen contar. Los momentos son difíciles, pero de ningún modo apurados. El Gobierno tiene la seguridad de contar con recursos suficientes para acogotar el intento criminal a que han osado los enemigos del régimen y de la clase trabajadora. Ahora bien: para el caso de que los recursos no sean suficientes, la República dispone de la promesa solemne del Frente Popular, que encuadra bajo su disciplina a todo el proletariado español, resuelto y sereno a intervenir en la contienda entablada tan pronto como su intervención se juzgue decisiva. Estamos deseando demostrar que nuestro ofrecimiento al Gobierno es algo de valor más decisivo y sincero que una promesa protocolaria de los días tranquilos. El Gobierno manda, y el Frente Popular obedece. Para que esta obediencia alcance a tomar toda la efectividad necesaria, es indispensable que la clase trabajadora se prepare desde ahora mismo, sin pérdida de tiempo, para todas las contingencias de una lucha en la calle. No habrá después de éstas más palabras de aviso. Cada militante obrero debe presentarse en el local de la organización más inmediata y quedar a la espera de la orden de actuar que le será dada tan pronto como esa consigna sea necesaria. Nadie pida palabras inútiles por nuestra parte. La lucha puede ser

LA MURALLA, por Alfaraz.

FUERZAS OBRERAS DEL PUEBLO Y DEL FRENTE POPULAR

—¡Maldita sea la...! ¡¡Esto ya no hay quien lo salte!!

a muerte, y hay que acumular la energía de todos para lanzarla como un alud sobre el adversar...

El Frente Popular necesita revalidar con las armas la victoria que alcanzó en las urnas. A ese efecto se dirige al Gobierno y le dice: Aquí nos tiene serenos y resueltos, dispuestos a contribuir a la derrota de los que se han alzado para ensangrentar el país y entregarlo a la más envilecedora de las reacciones.

Pocas palabras más, camaradas: Los momentos son delicados, pero no imposibles. No hay el menor motivo para desconfiar de la victoria, que es nuestra, tiene que ser nuestra. No hay forma de admitir que la República, con ayuda del proletariado español y el concurso de sus recursos naturales, deje de salir triunfante de la prueba criminal a que la someten sus adversarios de siempre.

Camaradas: Disponed el ánimo para la contienda que se aproxima, a la que podéis ser convocados de un momento a otro. Cuando la orden de lucha sea dada hay que caer como un alud».

(Nota Oficial del Partido Socialista y del Partido Comunista, del 18-VII-1936)

Trabajadores: El fascismo se ha levantado en armas contra vuestra obra. Se os quiere condenar a la vil servidumbre, al estado de manada. El Gobierno del Frente popular cuenta con elementos armados leales. ¡A ayudarlos! ¡A demostrar la pujanza inflexible del proletariado! Los camaradas se aprestan en todos los rincones del territorio nacional a garantizar su derecho, poniéndose al lado de las fuerzas leales que luchan bizarramente: que ni un solo hombre falte a la llamada de sus organizaciones, de la disciplina y de la confianza. ¡Como hermanos, como hombres dignos, a aniquilar a los traidores!

(«El Socialista», 19-VII-1936)

La Confederación Nacional del Trabajo se suma a los defensores de la República

El secretario general de la Confederación Nacional del Trabajo de España leyó anoche, por el micrófono de Unión Radio, la siguiente nota, autorizada por el Gobierno.

«Compañeros confederados, trabajadores: Habiendo intentado conferenciar con los Comités regionales, y no lográndolo, por causas ajenas a nuestra voluntad, hacemos uso de las emisoras de Unión Radio y Radio España para anunciaros que ante el movimiento gravísimo iniciado por los elementos fascistas recomendamos a todos los pertenecientes a la Confederación Nacional del Trabajo que deben responder con toda energía, poniendo de su parte todos los medios que estén a su alcance contra toda provocación; pero también contra todo intento de dictadura.

Terminamos expresando nuestra confianza de que cada cual sabrá responder con su deber.»

El secretario del Comité regional Centro de la Confederación Nacional del Trabajo se dirigió a continuación a todas las organizaciones confederadas de las provincias afectas al Comité Centro, diciéndoles:

«Los elementos fascistas han comenzado en África un intento criminal contra las libertades del pueblo trabajador. Dichos elementos se han declarado en rebeldía en una parte del Marruecos español, donde cuentan con las fuerzas asalariadas de Regulares y del Tercio.

El Comité regional advierte a todos los compañeros de la gravedad del momento, alentándolos a estar dispuestos a combatir contra los elementos que pretenden convertir nuestro país en un inmenso campo de concentración y asesinar a todos los trabajadores.

No olvidéis esta advertencia. Todos a ocupar vuestros puestos de lucha. ¡Viva la Confederación del Trabajo de España.»

(«El Socialista», 19-VII-1936)

EL GENERAL QUEIPO DE LLANO HACE TRAICION

La caballería entra en Sevilla al grito de «¡Viva la República!»

«Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno de la República. Algunos núcleos donde se iniciaba cierta inquietud han reaccionado rápidamente y se ponen decididamente al lado del Gobierno, que confía en que la subversión quede localizada a sus pequeños focos actuales.

En Sevilla, donde se declaró de manera facciosa el estado de guerra por el general Queipo de Llano, se produjeron actos de rebeldía por parte de elementos militares, que fueron repelidos por las fuerzas al servicio del Gobierno. En estos momentos ha entrado ya en la ciudad, como refuerzo, un regimiento de Caballería al grito de «¡Viva la República!»

El resto de España continúa fiel al Gobierno, que domina en absoluto la situación».

Desde Huelva y la cuenca minera de Riotinto marchan hacia Sevilla camiones con trabajadores para combatir junto con las fuerzas leales.

(«El Socialista», 19-VII-1936)



El patio del cuartel de la Montaña en el momento en que entraron en él los primeros grupos de fuerzas de Asalto y de Milicias. En el instante en que se hizo esta fotografía por audaces reporteros que, para ello, se jugaron la vida, se sostenía aún, dentro de este patio, vivo tiroteo entre los sublevados y las fuerzas del Gobierno.

(«Crónica», 26-VII-1936.)

Nuestra camarada "Pasionaria" lee ante el micrófono del ministerio de la Gobernación un vibrante llamamiento del Partido Comunista

«Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren, por el fuego y el terror, sumir a la España democrática y popular en un infierno»

«El Partido Comunista os llama a la lucha. Os llama a todos, trabajadores, a ocupar vuestro puesto de combate para aplastar a los enemigos de la República y de las libertades populares»

«Trabajadores, antifascistas, pueblo laborioso: Todos en pie, dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo. A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular es conocida por todos la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias se sigue luchando con entusiasmo y coraje, unidos los trabajadores con las fuerzas leales a la República. Al grito de «El fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de Octubre», comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, soldados y todas aquellas fuerzas fieles a la voluntad del pueblo, van destrozando a los traidores insurrectos que han arrastrado por el fango y la traición el honor militar de que tantas veces han hecho alarde. Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren, por el fuego y el terror, sumir a la España democrática y popular en un infierno de terror. Pero no pasarán; España entera está en pie de lucha. En Madrid el pueblo está en la calle dando calor con su decisión y espíritu de combate al Gobierno para que llegue hasta el fin el aplastamiento de los reaccionarios y fascistas sublevados.

Jóvenes, en pie para la pelea. Mujeres, heroicas mujeres del pueblo, acordaos del heroísmo de las mujeres asturianas; luchad también vosotras al lado de los hombres para defender el pan y la tranquilidad de vuestros hijos amenazados. Soldados, hijos del pueblo, firmes como un solo hombre al lado del Gobierno, al lado de los trabajadores, al lado del Frente Popular, de vuestros padres, vuestros hermanos y compañeros; luchad por la España del 16 de Febrero; acompañadlos a triunfar.

Trabajadores de todas las tendencias: El Gobierno ha puesto en nuestras manos los elementos de defensa precisos para que sepamos hacer honor a nuestra obligación de impedir para España la vergüenza que supondría un triunfo de los sangrientos verdugos de la represión de Octubre. Que nadie vacile; que mañana podamos celebrar la victoria. Listos todos para la acción. Cada obrero, cada antifascista, debe considerarse un soldado en armas.

Pueblo de Cataluña, Vasconia, Galicia, españoles todos: A defender la República democrática: a consolidar la victoria lograda por el pueblo el 16 de Febrero. El Partido Comunista os llama a todos a la lucha. Os llama a todos, trabajadores, a ocupar un puesto en el combate para aplastar definitivamente a los enemigos de la República y de las libertades populares. ¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del pueblo!».

(«Mundo Obrero», 20-VII-1936).

Los fascistas en Portugal ayudan a los fascistas españoles

En la emisión de las cuatro de la madrugada, después de repetir la lectura de la nota radiada a las tres, se leyó la nota siguiente:

"Las emisoras portuguesas están radiando la noticia de que Salamanca y Valencia están en poder de los facciosos, que por Gibraltar escapan numerosísimos españoles huyendo ante la gravedad de los sucesos y tienen que ser protegidos por las autoridades inglesas. Todas las noticias que transmite la estación emisora Radio Club Portugués son completamente inexactas y están redactadas por los fasciosos que viven en aquel país. Felizmente el movimiento tiende a su fin."

(«Mundo Obrero», 21-VII-1936.)

Para los niños vascos, maestros vascos

Nuevos cursillos de esos que trabajosamente se idearon para la selección de maestros, pero que no sirven para seleccionarlos. No es el maestro al que descubren, sino al afortunado captador de más conocimientos generales. El varón bueno (paciente, comprensivo, paternal), perito en el dificilísimo arte de enseñar (observador, psicólogo, adaptable), no se revela en los cursillos. Ni se revela tampoco aquella "íntima originalidad que no se conforma con la vocación y la cultura porque es algo más interna e inasequible, pero que se requiere para que con cierta plenitud sea la función del maestro, como la del poeta, esencialmente artística".

Ya han terminado su primera parte los nuevos cursillos. Ahora, el paréntesis veraniego. Pero allá por el otoño recomenzarán. Y dentro de unos meses, verificada de suerte tan peregrina y eficaz la selección, una nueva lista de

ANTE LOS ACONTECIMIENTOS QUE SE DESARROLLAN EN EL ESTADO ESPAÑOL, Y QUE TAN DIRECTA Y DOLOROSA REPERCUSION PUDIERAN ALCANZAR SOBRE EUZKADI Y SUS DESTINOS, EL PARTIDO NACIONALISTA VASCO DECLARA—SALVANDO TODO AQUELLO A QUE LE OBLIGA SU IDEOLOGIA QUE HOY RATIFICA SOLEMNEMENTE—QUE, PLANTEADA LA LUCHA ENTRE LA CIUDADANIA Y EL FASCISMO, ENTRE LA REPUBLICA Y LA MONARQUIA, SUS PRINCIPIOS LE LLEVAN INDECLINABLEMENTE A CAER DEL LADO DE LA CIUDADANIA Y LA REPUBLICA, EN CONSONANCIA CON EL REGIMEN DEMOCRATA Y REPUBLICANO QUE FUE PRIVATIVO DE NUESTRO PUEBLO EN SUS SIGLOS DE LIBERTAD.

(«Euzkadi», 19-VII-1936).

Acusamos a Gil Robles

Sí; le acusamos. El ha sido el que ha fraguado este nuevo atentado contra la República. Gil Robles dijo el día que enterraron a Calvo Sotelo: «Se hará justicia rápida y ejemplar». Y cuando esto decía es que pensaba en que le saliera bien el golpe que tramaban contra el régimen.

Sí; le acusamos. Porque su discurso en la Diputación permanente era el grito a la rebelión, era la llamada a la traición. Porque contando con la victoria de la tentativa criminal se permitió amenazar al Gobierno, al señor Casares Quiroga directamente y al pueblo.

Sí; le acusamos. Porque sabiendo que el plan estaba en vías de realización se marchó al extranjero, el muy cobarde, para escapar a toda responsabilidad.

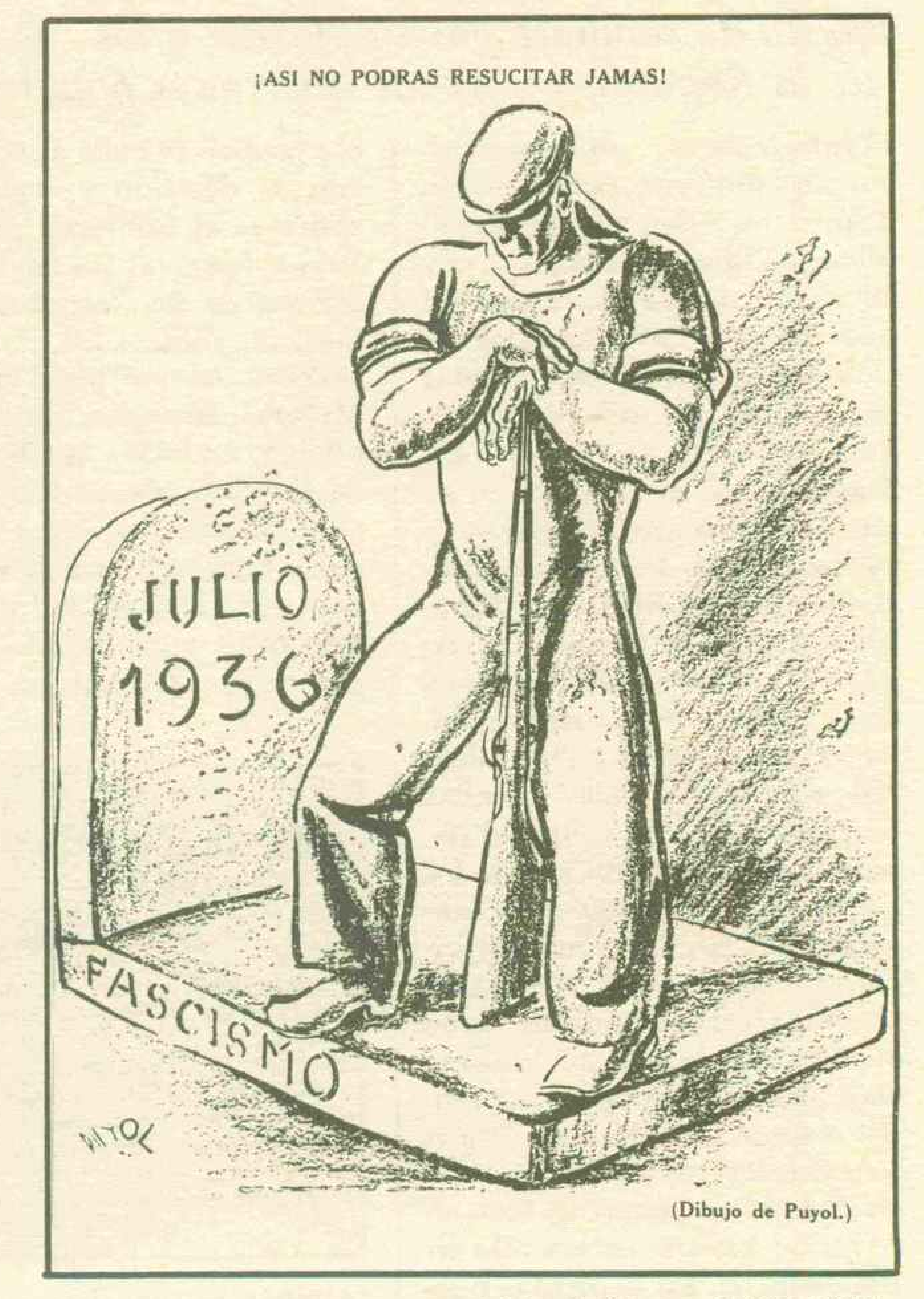
Acusamos a Gil Robles, acusamos a la Ceda. Acusamos a todas las fuerzas reaccionarias y fascistas que el histrión sangriento representa.

Y pedimos que no se haga caso de sus protestas de fidelidad, si intenta hacerlas. Será una hipocresía más. Agregará la burla al crimen.

Seguramente volverá a España, rasgándose las vestiduras. No hay que creerle. No se le puede creer. No se le debe creer. El es el primer criminal. Y como a tal hay que juzgarle.

Gil Robles es el principal culpable. Que no escape esta vez a la justicia del pueblo.

(«Mundo Obrero», 18-VII-1936).



(Dibujo de Puyol.)

(«Mundo Obrero», 25-VII-1936)

EL ARMAMENTO DE LAS MILICIAS CIVILES



Un momento del reparto de armas a los milicianos (Fotos Marina, Yusti y Albero y Segovia)

Un oficial de Asalto, mostrando el manejo del fusil a varios milicianos armados contra el movimiento insurreccional

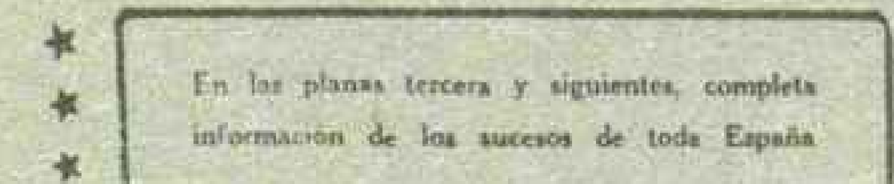
Milicianos durante su ataque al cuartel de la Montaña, ocupado por los insurrectos, manejando una ametralladora →

Muchachas de las milicias civiles después de recibir sus armas

A la derecha, en el círculo: Un autobús ocupado por milicianos civiles al pasar por la Puerta del Sol, después de la toma del cuartel de la Montaña (Fotos Marina, Yusti y Albero y Segovia)

(«Ahora», 21-VII-1936).

Después del Golpe



En las planas tercera y siguientes, completa información de los sucesos de toda España

El Sol

Año XX.—Núm. 5.960 :: Precio: 15 cénts. Ap. 249. Tel. 32610. — Diario independiente fundado por D. Nicolás M. Urgoiti en 1917. — Madrid, martes 21 de julio de 1936

EL GOBIERNO HA DOMINADO LA REBELION MILITAR

EN MADRID LAS FUERZAS LEALES SE HAN APODERADO DE TODOS LOS CUARTELES

EL GENERAL FANJUL, QUE DIRIGIA EL MOVIMIENTO EN MADRID, ES APRESADO EN EL CUARTEL DE LA MONTAÑA Y CONDUCIDO A LA CARCEL MODELO

En Barcelona se rindió el general Goded, quien comunicó por radio su derrota e invitó a los rebeldes a que cesaran en la lucha.

Asedio y rendición del cuartel de la Montaña por la Guardia civil, fuerzas de asalto, Seguridad, Carabineros y Aviación

Total sometimiento a las fuerzas leales

A la una menos cuarto de la madrugada desde el ministerio de la Gobernación radiaron la siguiente nota:

"El Gobierno, dueño absoluto de la situación, tiene la satisfacción de comunicar que las últimas noticias recibidas acusan un total sometimiento a las fuerzas leales, siendo numerosos los telegramas que en este sentido se reciben. Asimismo se notifica al pueblo madrileño que el abastecimiento está asegurado y que mañana estarán abiertos los mercados a la hora de costumbre."

Intenciones del Gobierno

El campamento de Carabanchel, tomado con apoyo de la Aeronáutica

Los soldados abandonan a los jefes sublevados

Los barcos de guerra cañonean a los rebeldes

Cuando venía a España, el general Sanjurjo perece carbonizado en un accidente de aviación

A las siete menos cuarto de la tarde fué radiada desde el ministerio de la Gobernación esta nota:

"Se reciben noticias de Lisboa de que cuando se dirigía a España, el general Sanjurjo sufrió un accidente de aviación, pereciendo en él."

EL ACCIDENTE OCURRIO EN [illegible]

[illegible] avería, y rápidamente entró en barrena. El capitán Ansaldo resultó con graves heridas, y D. José Sanjurjo, muerto.

El cadáver del general Sanjurjo ha sido trasladado a la capilla de San Antón, en [illegible].

CONFIRMACION OFICIAL DEL SUCESO.—EL APARATO SE INCENDIO Y CAYO ENVUELTO EN LLAMAS

[illegible]

(«El Sol», 21-VII-1936).

EL GOBIERNO, DUEÑO DE LA SITUACION

Ha dominado el Gobierno la situación inconcebiblemente creada por los que han pretendido lanzar a España a una aventura, y era lógico que así fuese, porque en esas situaciones hay un factor moral que domina siempre: el amor de los pueblos a la libertad. La libertad es un don tan preciado que instintivamente pone en conmoción los más íntimos sentimientos y al propio tiempo las más esforzadas energías para su recia y vigorosa defensa.

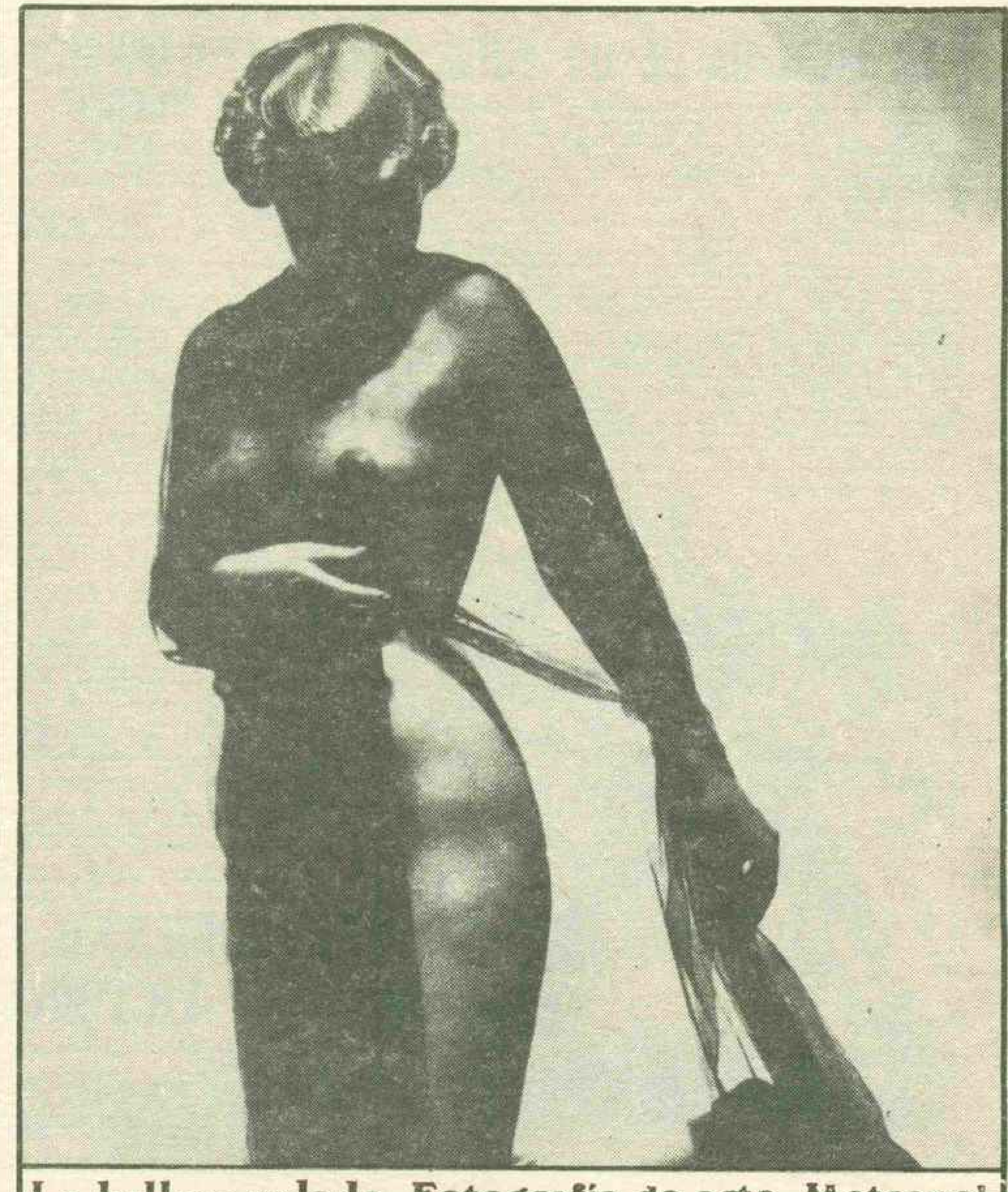
Por esto, con ser muy grandes los resortes que un Gobierno tiene para dominar una situación subversiva, con ser importantes, plausibles y patrióticos los concursos morales y materiales de la fuerza pública que ha permanecido leal al Poder público legítimamente constituido, lo verdaderamente esencial como factor de triunfo es siempre —y ha sido ahora— ese otro concurso moral, esa asistencia tan poderosa como incoercible de la gran masa nacional, que es soberana, que siente su soberanía y que no quiere pesar sobre el ejercicio libre de estas hipotecas de excepción.

El Gobierno —éste, cualquier otro— tenía que imponerse y se ha impuesto. Por ello lo sorprendente es que haya algún grupo rebelde que persista en su actitud. Sorprendente y lamentable, porque el más elemental deber aconseja acatar la voluntad popular inequívocamente manifestada en las urnas el 16 de febrero y que, por tanto, tiene derecho a gobernar mientras otra cosa no digan las urnas.

En un régimen republicano y democrático no se movilizan fuerzas contra ideas, porque son cantidades heterogéneas e inconciliables. Las ideas se combaten con ideas; cada cual expone y defiende las propias; pero la lealtad exige que cuando unas triunfan los vencidos se dejen conducir por los vencedores, sin perjuicio de seguir exponiendo lo que piensan, pero a la luz del día y dentro de la legalidad. Esa es la fuerza del régimen republicano en España y esa es la fuerza que ahora ha dominado la situación.

Fieles a nuestra trayectoria e ideología de siempre, a nuestras constantes excitaciones y predicaciones, queremos decir una vez más que el interés de España exige que todos, absolutamente todos los ciudadanos, nos coloquemos en estos momentos al lado del Poder público, que cesen todos los intentos subversivos, se restablezca definitivamente la paz y procuremos entre todos la grandeza de España, por las sendas fecundas y perfectamente compatibles de la libertad y el orden.

(«Ahora», 22-VII-1936).



La belleza velada. Fotografía de arte. Metropol.

(«Crónica», 19-VII-1936).



Madrid, lunes 20 julio 1936 — 15 cts. — Galileo, 14. Teléfono 33292. - Cuarta época. - Núm. 170 (575)

¡Vivan las fuerzas leales y las Milicias, que han defendido heroicamente la República democrática!

Los traidores sublevados son derrotados en toda España

¡Viva la República democrática!

Gloria a los vencedores: Milicias, soldados y fuerzas leales

Los culpables tienen que ser juzgados implacablemente por medio de juicios sumarísimos populares

Heroico comportamiento del pueblo armado en la conquista del Cuartel de la Montaña de Madrid. Al grito de el fascismo no pasará, el pueblo clava la bandera de la victoria

LA VICTORIA DE UN PUEBLO



LA SUBLEVACION FASCISTA EN MADRID

LA LUCHA HEROICA DE UN PUEBLO

Más información de la criminal intentona en Madrid

SE RINDE LA MONTAÑA



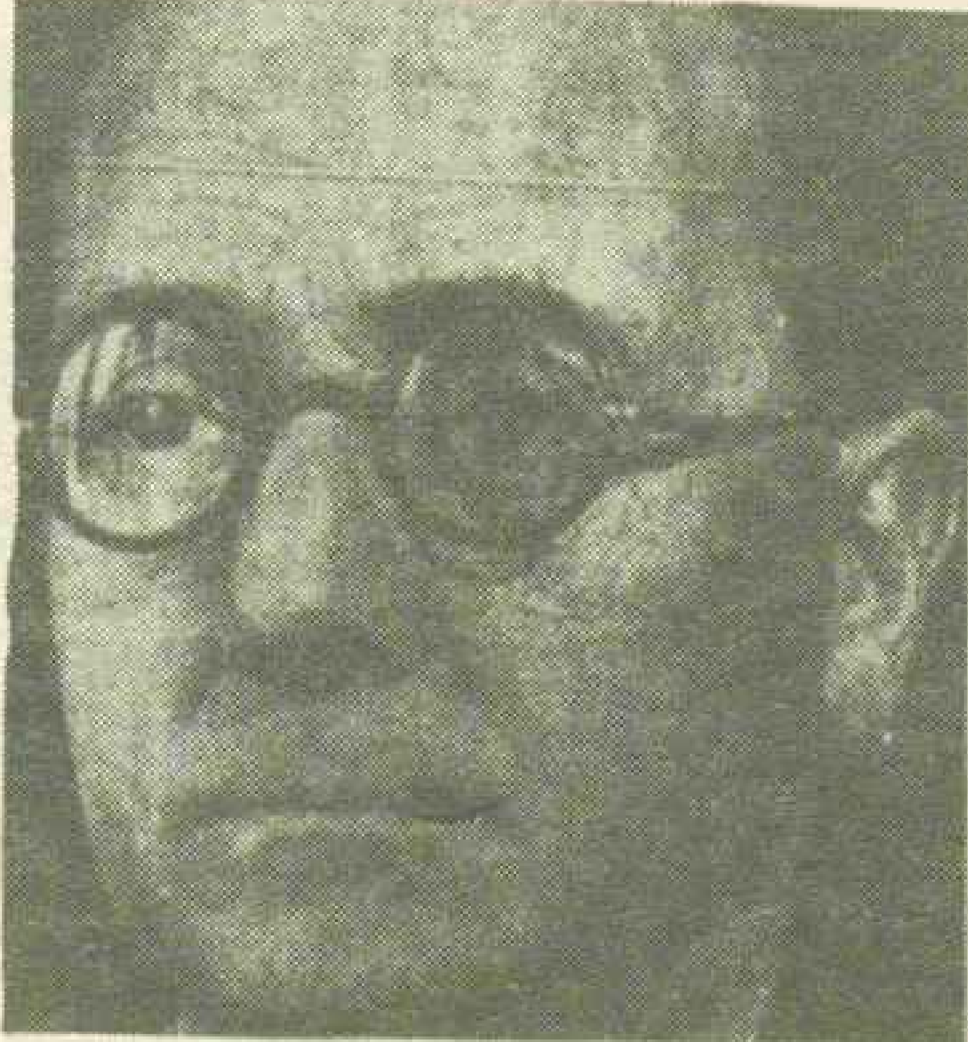
EL GOBIERNO COMUNICA LA GRAN VICTORIA DE MADRID

(«Mundo Obrero», 20-VII-1936).

EL NUEVO GOBIERNO



DON AUGUSTO BARCIA
Estado



DON JOSE GIRAL
Presidencia y Marina



DON MANUEL BLASCO GARZON
Justicia



SEÑOR RUIZ FUNES
Agricultura



GENERAL CASTELLO
Guerra



DON FRANCISCO BARNES
Instrucción Pública



DON ENRIQUE RAMOS
Hacienda

En el círculo superior:

DON JUAN LLUHI
Trabajo



GENERAL POZAS
Gobernación

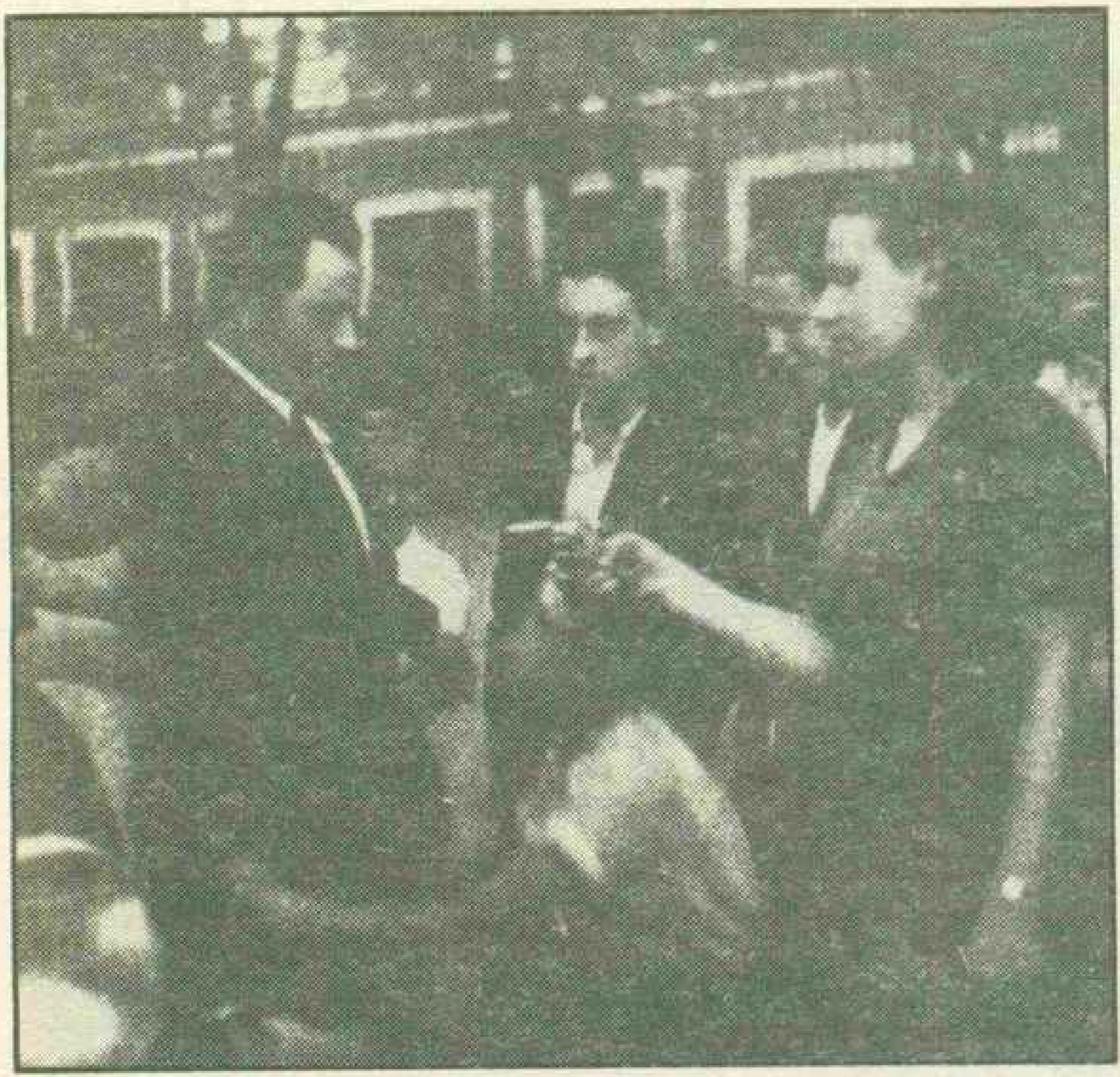


DON ANTONIO VELAO
Obras Públicas

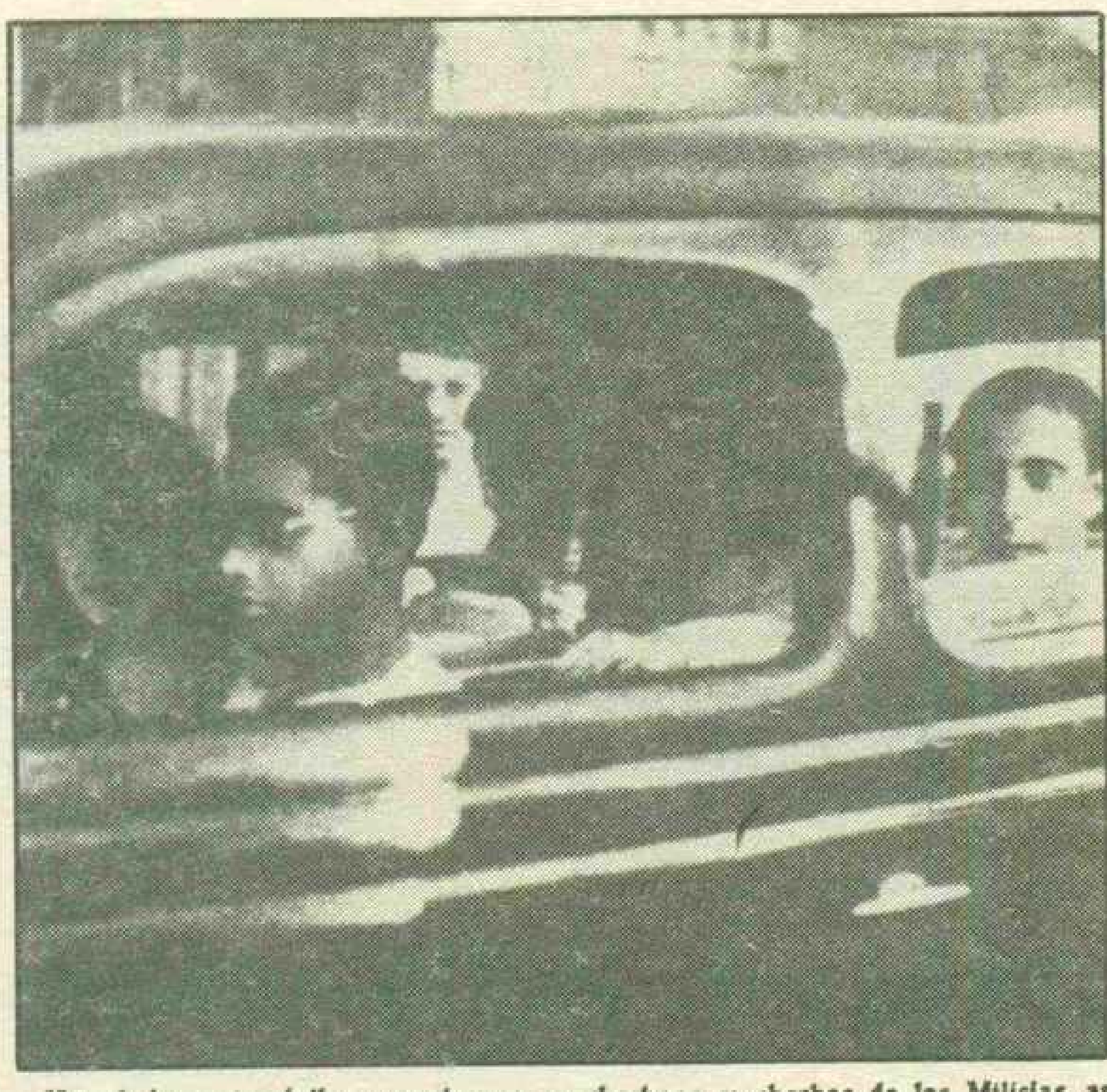
En el círculo superior:

SEÑOR ALVAREZ-BUYLLA
Industria y Comercio

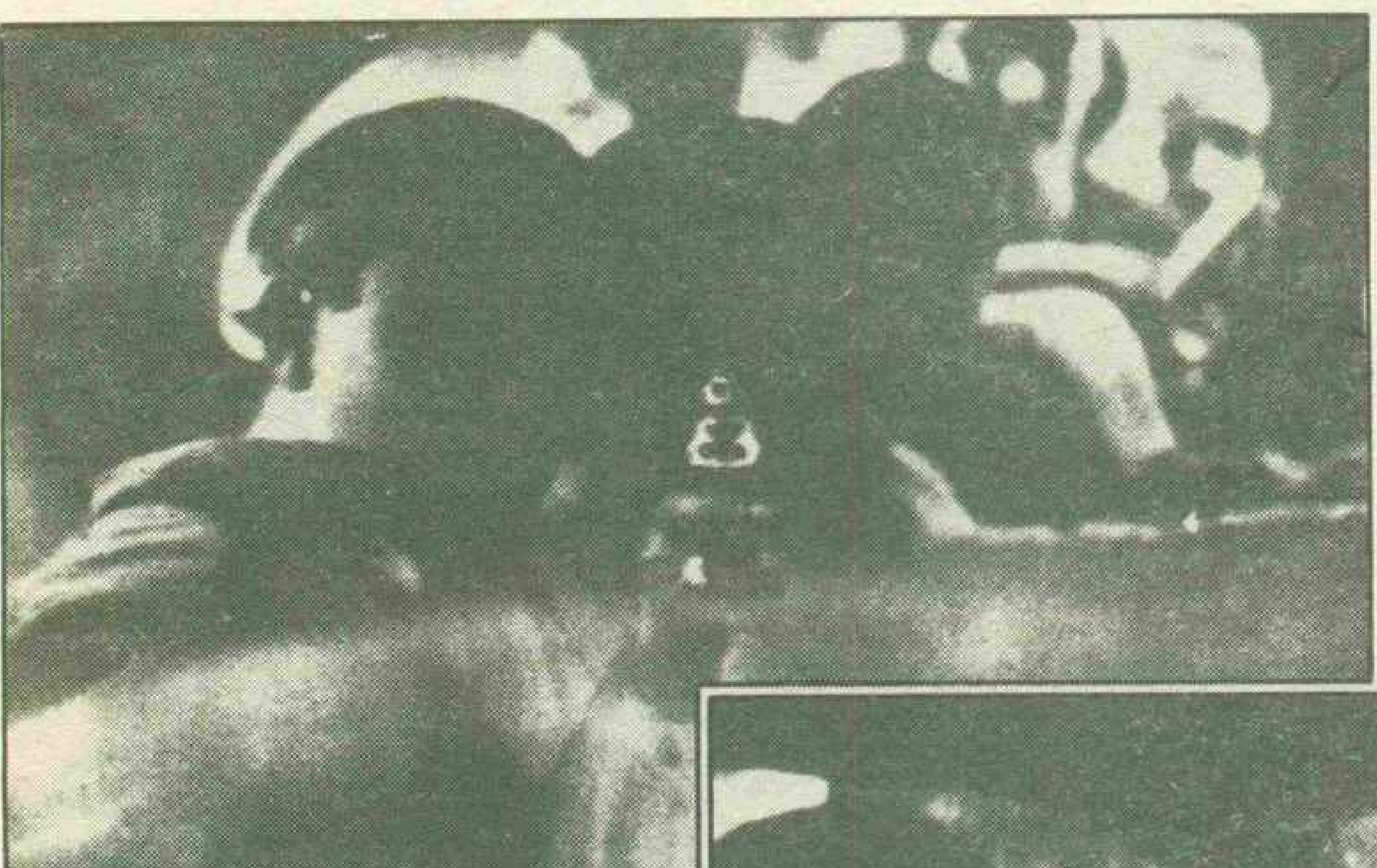
(*«Ahora», 21-VII-1936*).



A este señor no parece emocionarle mucho el cacheo de que es objeto, a pesar de la joven de las Milicias que le apunta con la pistola.



Uno de los automóviles ocupados por muchachos y muchachas de las Milicias armadas, que han recorrido las calles de Madrid ejerciendo vigilancia.

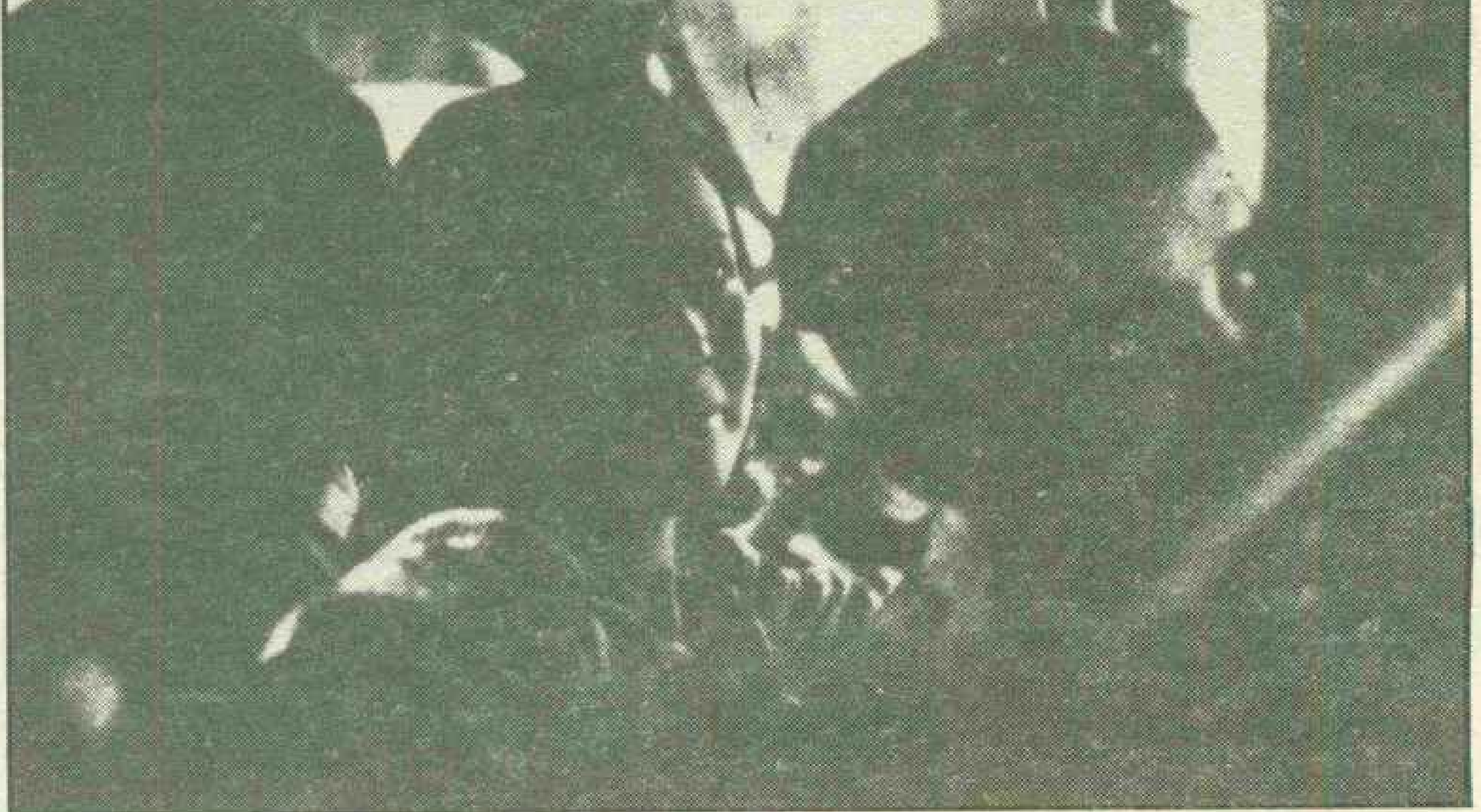


¡Alto! Por la ventanilla del coche asoma el revólver de este joven perteneciente a las Milicias.

Se veían mujeres en los automóviles, recorriendo con otros luchadores las calles de la ciudad y llevando y trayendo órdenes, poseídas todas ellas de un alto espíritu de solidaridad con sus compañeros.

Con el mismo entusiasmo o más, si cabe, que los hombres, se aprestaron a secundar la labor de éstos. Y mientras sus padres y sus hermanos salían con las armas de la lucha a combatir fuera de Madrid, acompañados por muchas de ellas, otras se quedaron aquí para atender a la curación de los heridos.

Una legión femenina sanitaria fué organizada casi instantáneamente al requerirse por la Radio de un modo urgente la formación de un Cuerpo de enfermeras. Más de cinco mil mujeres respondieron a este llamamiento, y de esta manera los servicios sanitarios estuvieron perfectamente atendidos en todo momento. En los hospitales y Casas de Socorro, en los puestos de la Cruz Roja, en todos aquellos sitios habilitados para la acogida de los heridos, se han visto a las mujeres ir y venir continuamente, portadoras de gasas y algodones, de tijeras y bisturís, trabajando sin descanso, hasta caer rendidas por el sueño y la fatiga.



Las mujeres han contribuído en gran parte al cumplimiento de las misiones encomendadas a las Milicias. He aquí a una de ellas, que forma parte de un grupo que recorre, vigilante, las calles de la ciudad. (Fots. Videa)



Las mujeres en la lucha.



(*«Crónica», 26-VII-1936*).

DESDE LISBOA

LA MUERTE DEL GENERAL SANJURJO

• *Comida con políticos españoles fugitivos.—Deficiente preparación del vuelo.—La sensación de un relámpago*

LISBOA (4 t.).—Se reciben noticias del accidente en que perdió la vida el general Sanjurjo cuando iba a ponerse al frente de los rebeldes de Sevilla, entre los cuales, según parece, no existe entusiasmo por los talentos militares de Queipo de Llano.

El viaje hubo de prepararse con precipitación. Se trataba de que Sanjurjo entrase en España por Extremadura y convenientemente disfrazado; pero fracasó este plan, por haber sido capturados en Extremadura los fascistas que habían de intervenir. Entonces vino a Portugal de noche la avioneta de Ansaldo, que quedó oculta en terrenos de unos simpatizantes con el fascismo. El general Sanjurjo salió de su residencia con el pretexto de dar un paseo en automóvil, y en las inmediaciones de Estoril, donde estaba la avioneta, pudo emprender el vuelo hacia España. Parece que antes del viaje, el general Sanjurjo y Ansaldo comieron con varios políticos españoles refugiados en Portugal y celebraron anticipadamente el éxito de la excursión. Se cree que con este motivo el aviador Ansaldo omitió la revisión acostumbrada al emprender un vuelo de aeroplano, y afirmase que ya el despegue se hizo con alguna dificultad. Aun se desconoce con exactitud la causa de haberse incendiado la avioneta. Lo cierto es que el accidente fue rapidísimo y que a los campesinos que lo presenciaron les produjo la sensación de un vivísimo relámpago. El aparato cayó a tierra con vertiginosa rapidez, y siguió ardiendo. Cuando acudió gente a prestar socorro, el avión era un informe montón de hierro chamuscado.

Se comenta mucho que el general Sanjurjo no pudiera soltarse de correa con que iba sujeto a su asiento. El cuerpo del general era una masa informe carbonizada.

El aviador Ansaldo sufre numerosas heridas y quemaduras graves. El accidente se produjo entre monte Estoril y Cascaes.

(«El Sol», 22-VII-1936).

Los millones que financiaban el torrente de sangre, pagarán la reconstrucción y la paz

El último contrabando de March



March había sobornado a varios generales sin conciencia para pasar este alijo de horrores y de sangre que la piratería de charrasco y bombín organizó sobre España. Toda una vida de fraude y crimen tenía que asentarse en un solio de barbarie. El fascismo en España no podía buscarse una empresa más sucia, más miserable ni más ruin. Al matutero genial le faltaba ese contrabando de terror y de hambre para rematar su ciencia de contrabandista.

Pero le falló el negocio. La conciencia popular de España vigilaba los puertos pirateados, y, en pie, ha caído ya sobre los principales canallas de la empresa y está a punto de caer sobre los que aún pululan sobre el monte, enloqueciendo su miedo en su propia ferocidad.

El buitre mallorquín aguardaba bien oculto en el Extranjero el momento de venir a descarnar los cadáveres, y sobre la carroña, montar el nuevo tinglado de los ladrones.

La moralidad de este mercader es toda la moralidad del fascismo. Los generales encontraron quien no se cansaría de pagarles cognac.

Bajo esta coyunda de bandidos, borrachos y cobardes, se quería exprimir a nuestro pueblo.

Vencidos, aplastados, el financiero del torrente de sangre ha de pagar con sus millones la reconstrucción.

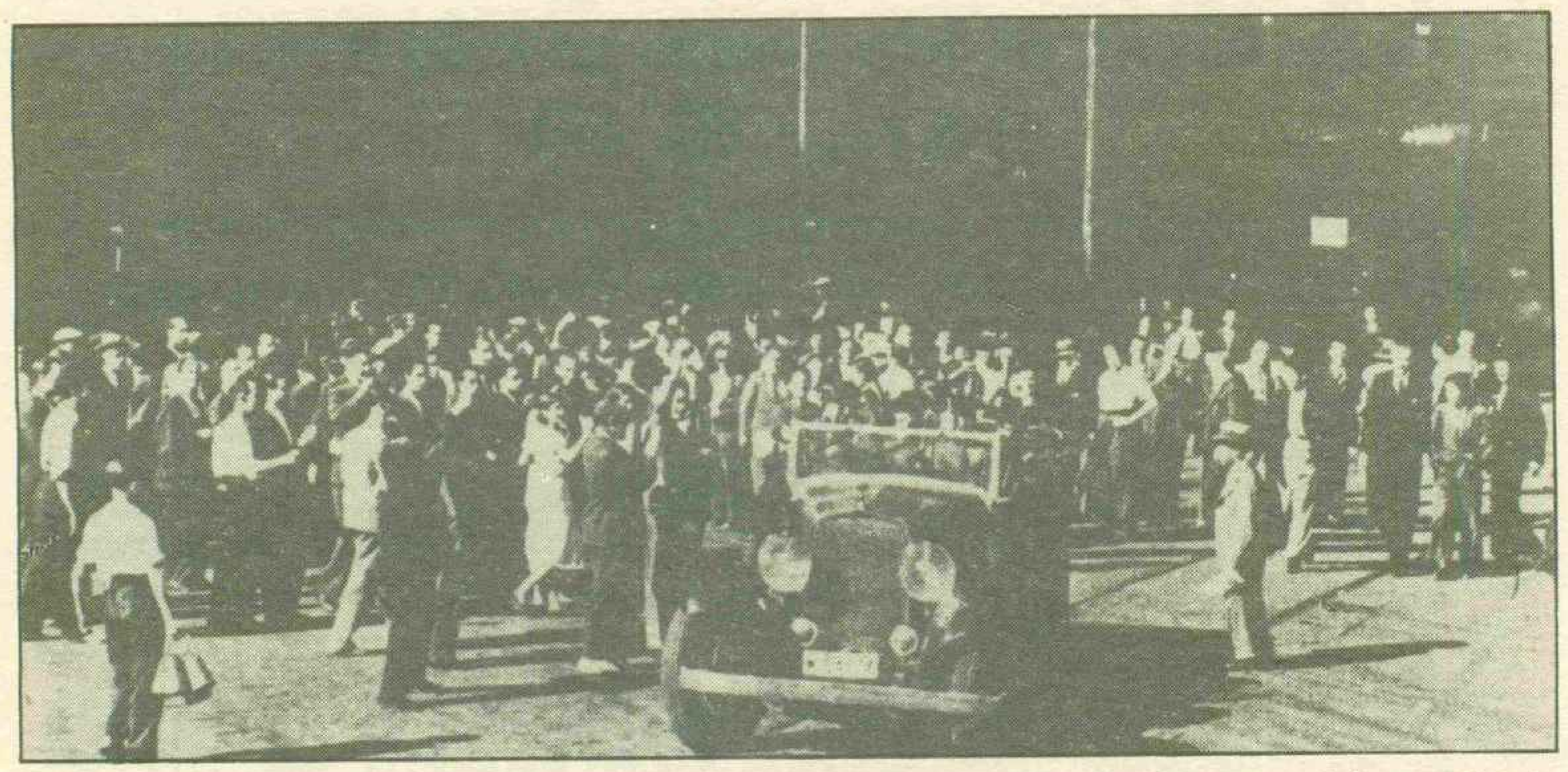
Inmediatamente el Gobierno debe incautarse de todos los bienes del pirata. ¡De todos! De los que claramente están a su nombre y de los que tiene disimulados en Sociedades anónimas.

El ladrón tiene que pagar. El dinero que ha comprado el crimen nos hace falta en la paz.

Y no debe bastar sólo despojar del oro sangriento a Juan March, sino que habrá que girar las órdenes de extradición que den en presidio con este asesino vulgar.

(«Mundo Obrero», 25-VII-1936).

Unánime entusiasmo popular a la Guardia civil



La heroica conducta de la Guardia civil ha desbordado el entusiasmo popular. Constantemente, al modo que se ve en la foto, son objeto los miembros de la Benemérita de calurosas ovaciones a su paso por las calles.

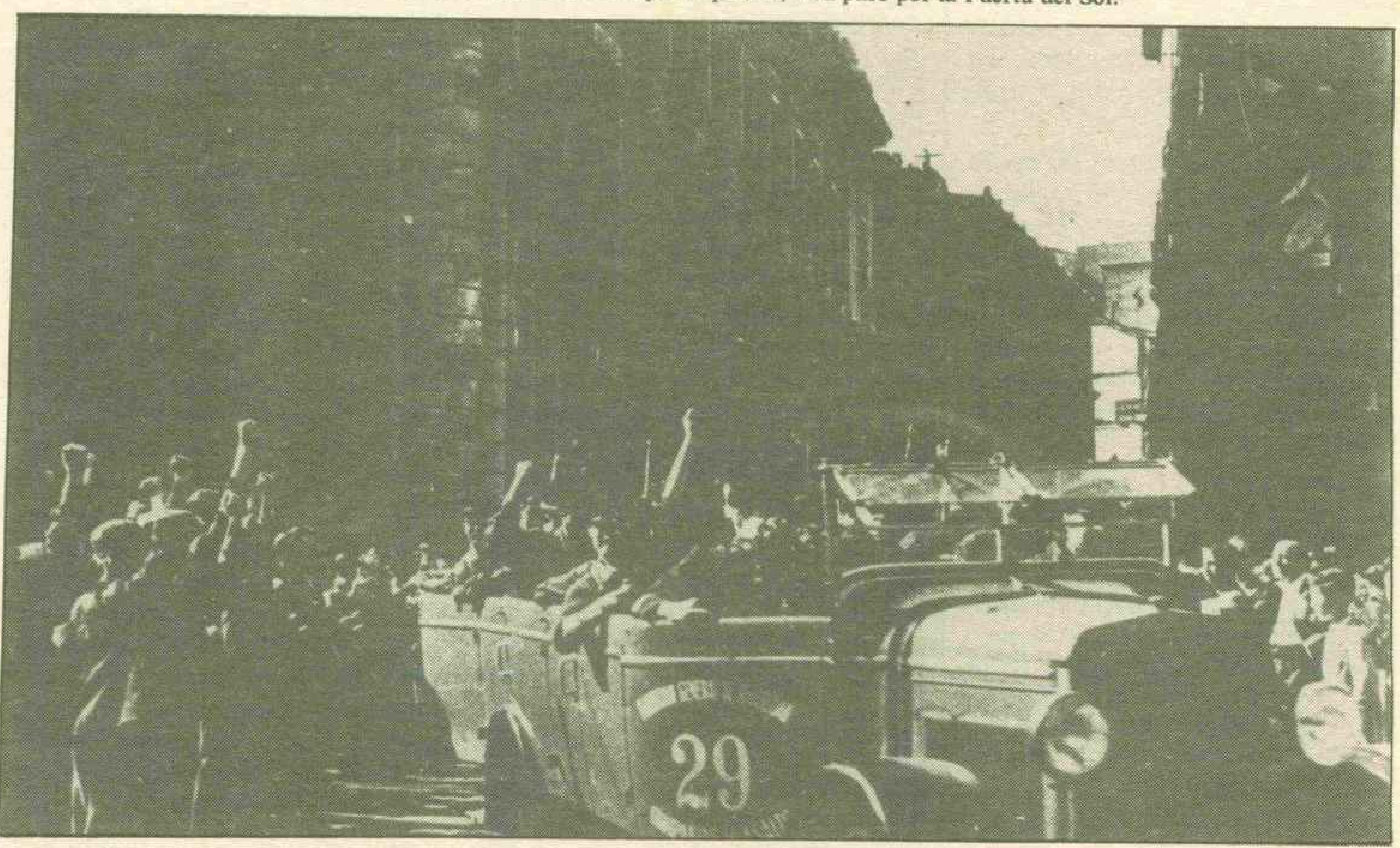
La valerosa actuación de las fuerzas del Gobierno y de las Milicias populares logró una rápida y total victoria sobre los facciosos de Alcalá de Henares. Véanse aquí fuerzas de la Guardia civil, que contribuyeron con singular eficacia al rotundo triunfo, a la puerta del Ayuntamiento de aquella población.

(«Ahora», 22-VII-1936).

Las fuerzas de Asalto son aclamadas por el pueblo



Las fuerzas de Asalto, en unión de la Guardia civil, han cooperado brillantemente a sofocar el movimiento de los militares sublevados. He aquí a la fuerza pública aclamada por el pueblo, a su paso por la Puerta del Sol.



Los guardias de Asalto que prestan servicio en Madrid han tenido que desplazarse fuera de la capital de España para acudir a aquellas poblaciones donde la subversión militar hacía necesaria su presencia. La presente foto recoge el momento en que unas camionetas de las compañías de Asalto salen del cuartel de Pontejos para sofocar en provincias un foco de rebeldía.

(*«Ahora», 22-VII-1936*).

El proletariado catalán ha salvado a España del fascismo

El golpe de Estado patrocinado por los militares fracasó ante la dura acometida de la clase trabajadora barcelonesa

La táctica empleada por los militares en la insurrección que está ensangrentando el suelo español, nos revela de una manera clara y categórica el porqué del fracaso de los generales sublevados.

El movimiento es de una envergadura enorme. No se recuerda en la larga historia de las cuarteladas un golpe de semejante trascendencia. Pero han hallado un valladar infranqueable.

El proletariado catalán ha dado vida al milagro popular. La ciudad de Barcelona que se levantó en vigía de la España amenazada por el fascismo, permaneció en alerta constante con la justa antelación.

Tres días antes del levantamiento cuartelario, la clase trabajadora de la Barcelona industrial aguardaba anhelante que se consumase la eclosión de la polacada fascista. Recordamos las largas noches de vela que nuestros camaradas vivieron con un tesón inigualable en las vías céntricas de la población y en las barriadas.

Estamos percatados de que esta actitud de la clase trabajadora desbarató el plan criminal de nuestros enemigos. De no haber ocupado la calle con la oportunidad que se realizó, es casi seguro que los militares de la guarnición de Barcelona hubiesen dado el golpe al unísono de los insurrectos de Marruecos, de las Baleares y de Canarias.

De haber triunfado los fascistas en la capital catalana, la hazaña del general Goded hubiera repercutido con un eco decisivo en el resto de la Península Ibérica. En este caso, la sedición hubiera tomado colosales proporciones.

Suponiendo que Cataluña no hubiese realizado la gesta que pasará a la Historia con trazos de heroísmo y de sangre, el golpe de Estado se habría apuntalado en tierras catalanas y aragonesas. Y los generales Goded y Cabanellas junto con las fuerzas rebeldes que han actuado en el Guadarrama, habrían cercado a la capital de la República. Se hubiera perdido toda esperanza de salvación para la Cataluña proletaria y para la España campesina.

En estas jornadas sangrientas se ha repetido un viejo aforismo, pero que posee una actualidad candente. La voz del proletariado catalán repercute con una potencialidad avasalladora. Lo que dice Cataluña trasluce al cabo de pocas horas en España entera.

No puede dudarse de que si las organizaciones obreras que controlan a los trabajadores catalanes hubiesen sucumbido en la lucha o no hubieran estado a la altura del momento histórico, la intentona fascista se hubiera extendido como un reguero de pólvora. De esto tenemos una certeza absoluta.



Han caído muchas localidades y plazas fuertes en poder de los militares, pero se ha mantenido incólume la Barcelona de denso historial revolucionario. Y al conocerse en toda España el episodio glorioso que ha bordado el proletariado catalán en el firmamento español, una ola de entusiasmo y de rebeldía ha emergido de los lugares más recónditos del suelo catalán.

El duro choque que se entabló en el radio barcelonés entre los jefes y oficiales sublevados y el pueblo en armas, ha hecho trizas los siniestros propósitos de la plutocracia. Y esta gloriosa pugna entablada por los trabajadores de todos los matices ha evitado que España haya sucumbido ante la arremetida de los servidores del clero, de los terratenientes y de la burguesía financiera.

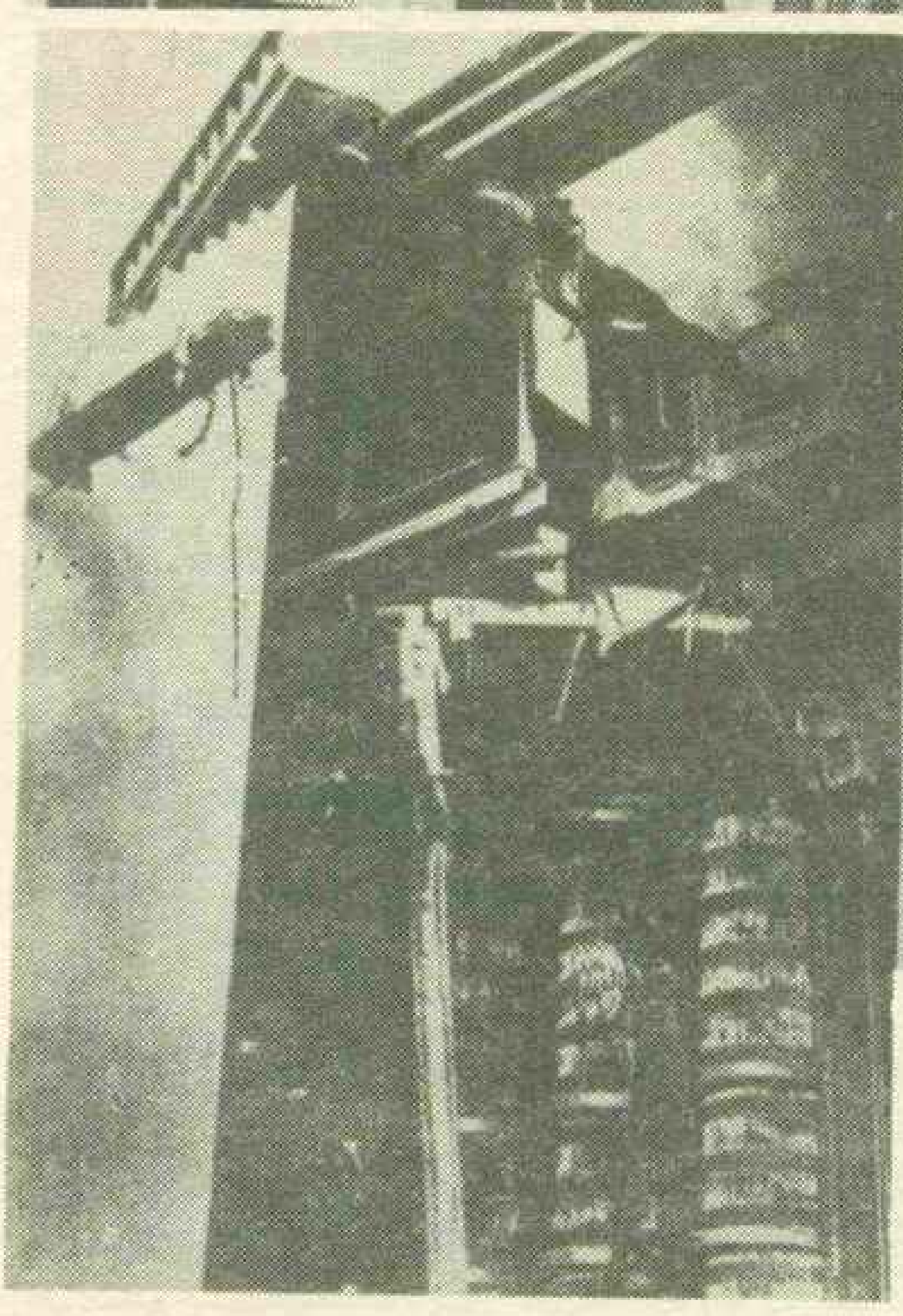
El proletariado catalán ha de perseverar en la vanguardia de la lucha entablada con el fascismo. Y así quedará sentado que el trabajador catalán es el revulsivo de la hora actual.

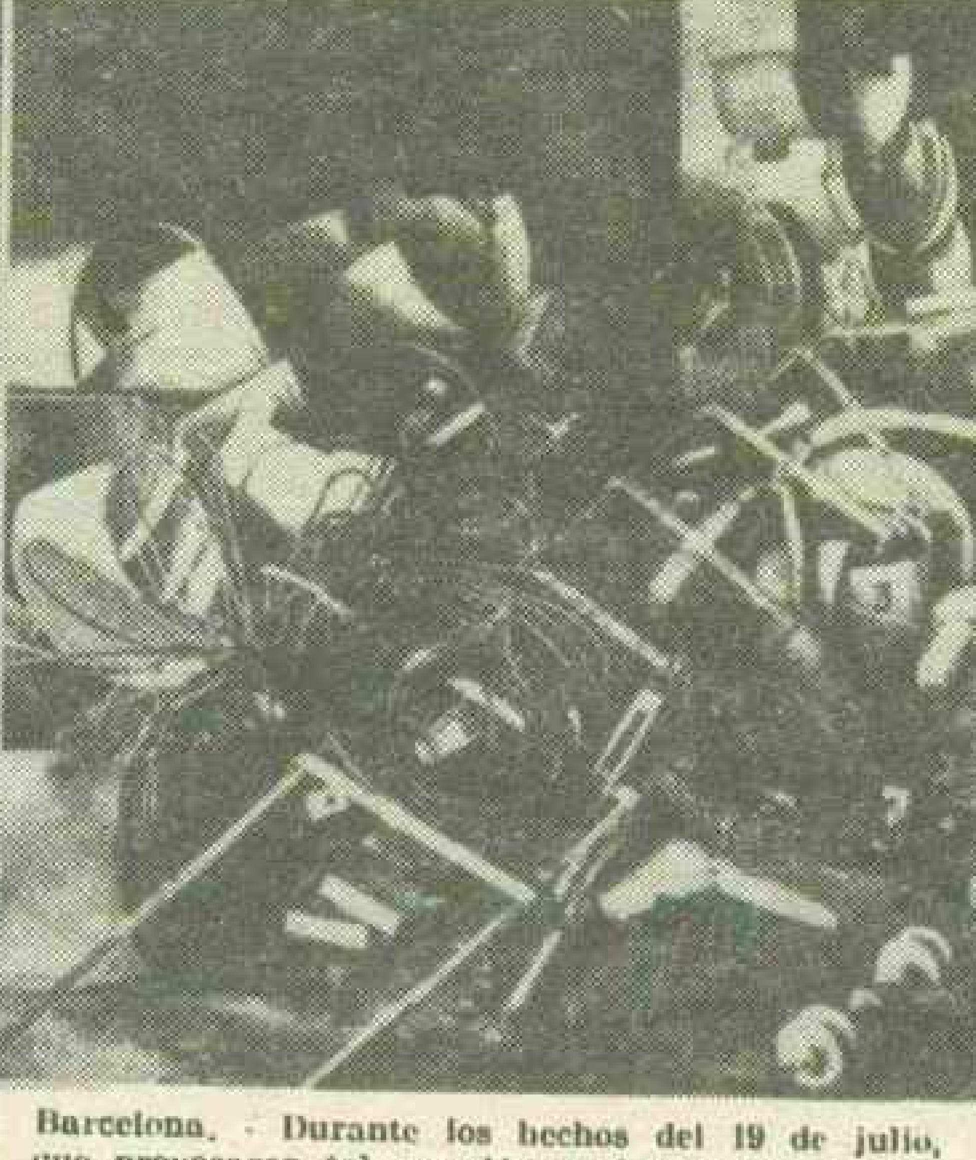
La Cataluña proletaria ha de permanecer en pie de guerra, revalorizando el gesto que ha salvado a España del fascismo.

Esta es la realidad. El triunfo del proletariado catalán ha rasgado el peligro fascista.

(«Solidaridad Obrera», 27-VII-1936).

Los destrozos causados por la revolución fascista





Barcelona. - Durante los hechos del 19 de julio, que provocaron tal reacción en las masas populares que el movimiento fascista quedó totalmente dominado en unas horas, los revoltosos se apoderaron del edificio de la Telefónica, que sufrió las consecuencias de un intenso bombardeo. Fueron muchos los teléfonos que quedaron incomunicados. Pero bastó también escasísimo tiempo para que las comunicaciones se restableciesen

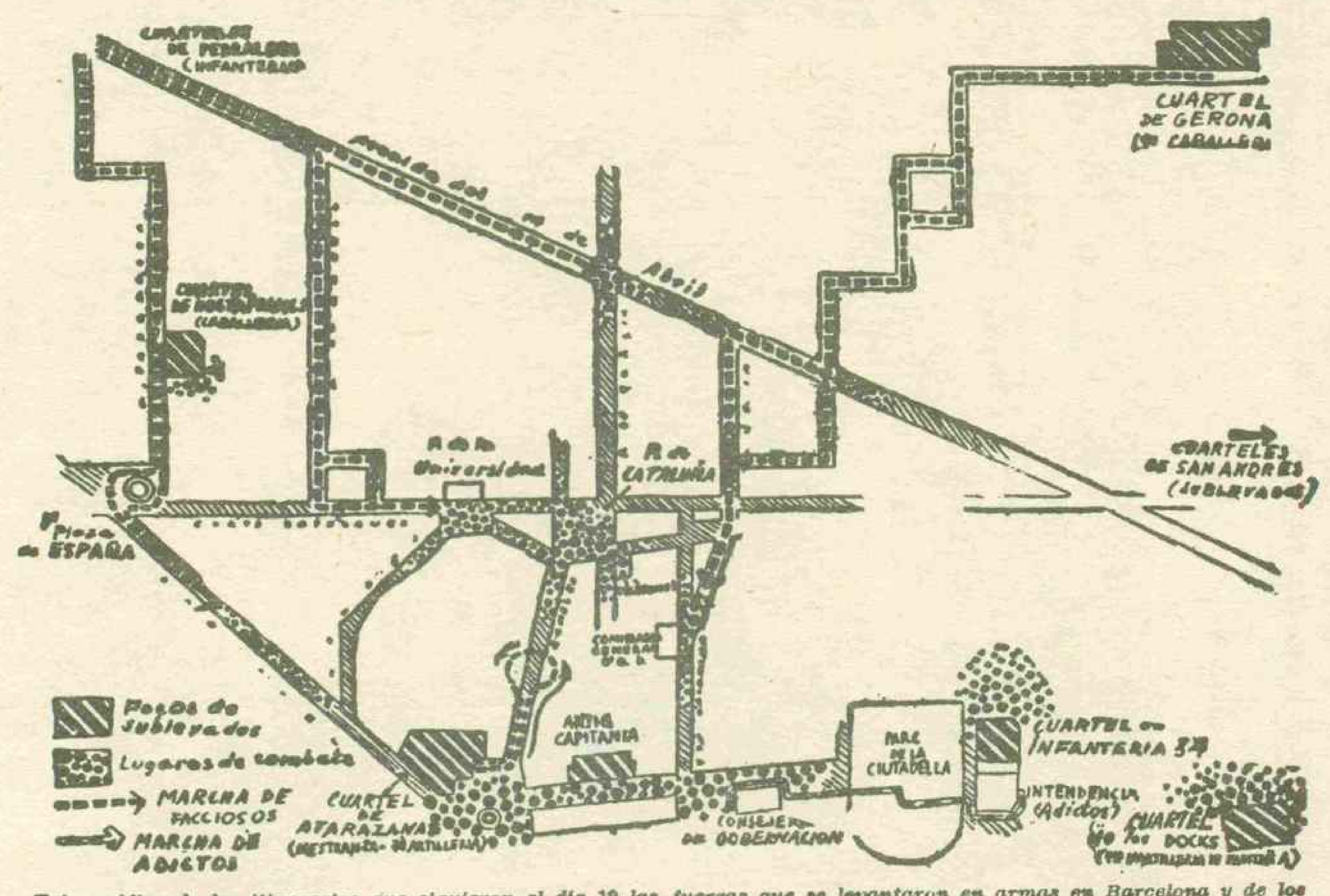
(Fotos Centelles)



(*«La Vanguardia»*, 29-VII-1936).

Cómo fué deshecha la sublevación fascista en Barcelona

UN RELATO DE COMO ENTRO EN BARCELONA EL EX GENERAL GODED PARA PONERSE AL FRENTE DE LOS SUBLEVADOS



Este gráfico de los itinerarios que siguieron el día 19 las fuerzas que se levantaron en armas en Barcelona y de los lugares donde combatieron y fueron deshechas por el pueblo, indica la magnitud del ataque de los insurrectos, preparado con tiempo y con todo detalle para destruir en pocas horas los puestos de mando y centros vitales de la Generalidad. El pueblo y las fuerzas adictas ignoraban el detalle de este plan y, no obstante, sin escatimar el sacrificio de la propia vida, el pueblo logró desbaratarlo. A todos los sublevados se les redujo en los lugares de combate, aunque el pueblo, en los momentos iniciales de la lucha, se encontró insuficientemente armado: los cañones del enemigo, de los que se apoderó, le sirvieron para reducir la Capitanía general, la Maestranza, todos los lugares, en fin, donde los sublevados se hicieron fuertes

(«Ahora», 31-VII-1936).



Noticias oficiales del movimiento

· En Donostia, los sediciosos se habían hecho fuertes en el Gran Casino y en la Comandancia Militar, pero tras hora y media de combate tuvieron que rendirse a las fuerzas gubernamentales y milicias ciudadanas

Se calcula que el número de disparos hechos fué de unos 25.000

(«Euzkadi», 23-VII-1936).

La derrota total de los rebeldes es inminente

Ayer se rindieron las fuerzas sublevadas en El Pardo y en Alcalá.--Las milicias destruyen a un destacamento que, después de asesinar a cinco carabineros, intentaba dejar sin luz a Madrid.--El presidente de la Generalidad relata la acción del pueblo y las fuerzas leales contra los rebeldes

LAS PÁGINAS SANGRIENTAS

Una traición doblada y vergonzante

El volumen y la intensidad del movimiento subversivo que está a punto de ser sofocado, dicen a las claras hasta qué punto su preparación había sido cuidadosa y estaba en sazón. [illegible]

UNA RESISTENCIA INÚTIL

La muerte de Sanjurjo, aviso trágico para los sublevados

La sublevación está virtualmente derrotada; pero la lucha continúa. Los traidores no han de-

No es sólo la muerte violenta del general Sanjurjo la que nos instruye sobre la suerte adversa

EL MADRID HEROICO

Tropas leales, milicias y aviación

Madrid no sólo ha vencido al enemigo interior, sino que ha derrotado, en la mañana de ayer, a los que [illegible]

(«El Socialista», 22-VII-1936).

Ante un momento histórico

La subversión militar toca a su fin. Las milicias populares y los organismos armados afectos a la República van batiendo, con indudable heroísmo, los últimos reductos de la rebeldía. Dentro de unas horas —esperamos y deseamos que sea cosa de horas—, la normalidad quedará restablecida en toda España, como lo está en Madrid, en Barcelona y en la mayor parte de las provincias españolas. Entonces será ocasión de enjuiciar debidamente la importancia histórica de un acontecimiento que no lo ha vivido nuestro país más grande en volumen y en intensidad. Para encontarle parangón habría quizá que desandar siglos de camino. Tenemos la evidencia de no exagerar nada al atribuirle esta envergadura, y nos gustaría que todos los españoles se dieran cuenta de la enorme trascendencia de las horas actuales. Pero es quizá prematuro hablar de esto. Hoy es cuestión de pocas palabras. Simplemente, las necesarias para exponer unos principios que al lector habitual de estas columnas no le sonarán a nuevos: Aborrecemos, hemos aborrecido siempre, toda tentativa para imponer por la violencia de las armas el criterio de los menos sobre los más, singularmente cuando el sistema de gobierno del país, como ocurre en el nuestro bajo la República, permite, primero, saber quiénes son los menos y los más, y luego, que el criterio de aquéllos influya en las debidas proporciones sobre la vida nacional por los medios legales que la Constitución pone al alcance de todos los ciudadanos.

Hombres civiles, de formación liberal y democrática, nos es aún más sensible que estos intentos de imposición violenta provengan de la clase militar, utilizando las armas que la nación puso en sus manos para defenderla. Nunca, en ningún momento y por ninguna causa, tienen razón los militares para romper la disciplina que los liga a servir ciegamente al Poder constituido.

Enemigos de la violencia, enemigos sobre todo de pronunciamientos y militaradas, vaya contra la que se está extinguiendo nuestra condenación más severa, junto a nuestros plácemes para todas las fuerzas civiles y militares que han contribuido y contribuyen a inutilizarla. A nadie cedemos la vez en la repulsa a unos ni en el elogio a otros, porque entran perfectamente en las normas constantes del pensamiento que informa este periódico.

Bastarían éstas por hoy; pero queremos agregar unas palabras. El gran defecto de muchos españoles —tan combatido desde estas páginas— ha sido no saberse acomodar, adaptar, a las necesidades de los tiempos, no haber sabido comprender que la evolución natural e incontenible de la humanidad exige ponerse a su ritmo, so pena de quedar eliminado. Esta incapacidad ha llevado a esos militares a cometer una insensatez, que ha sido, además de trágica, absurda, porque es absurdo pretender que las manecillas del reloj se paren o caminen hacia atrás. Sería más absurdo que nuestras derechas no dieran importancia a esta lección y pretendieran afrontar el porvenir como si aquí no hubiera pasado nada.

(«El Sol», 22-VII-1936).

La victoria de la República, en marcha

El jefe del Estado se dirige a todos los españoles

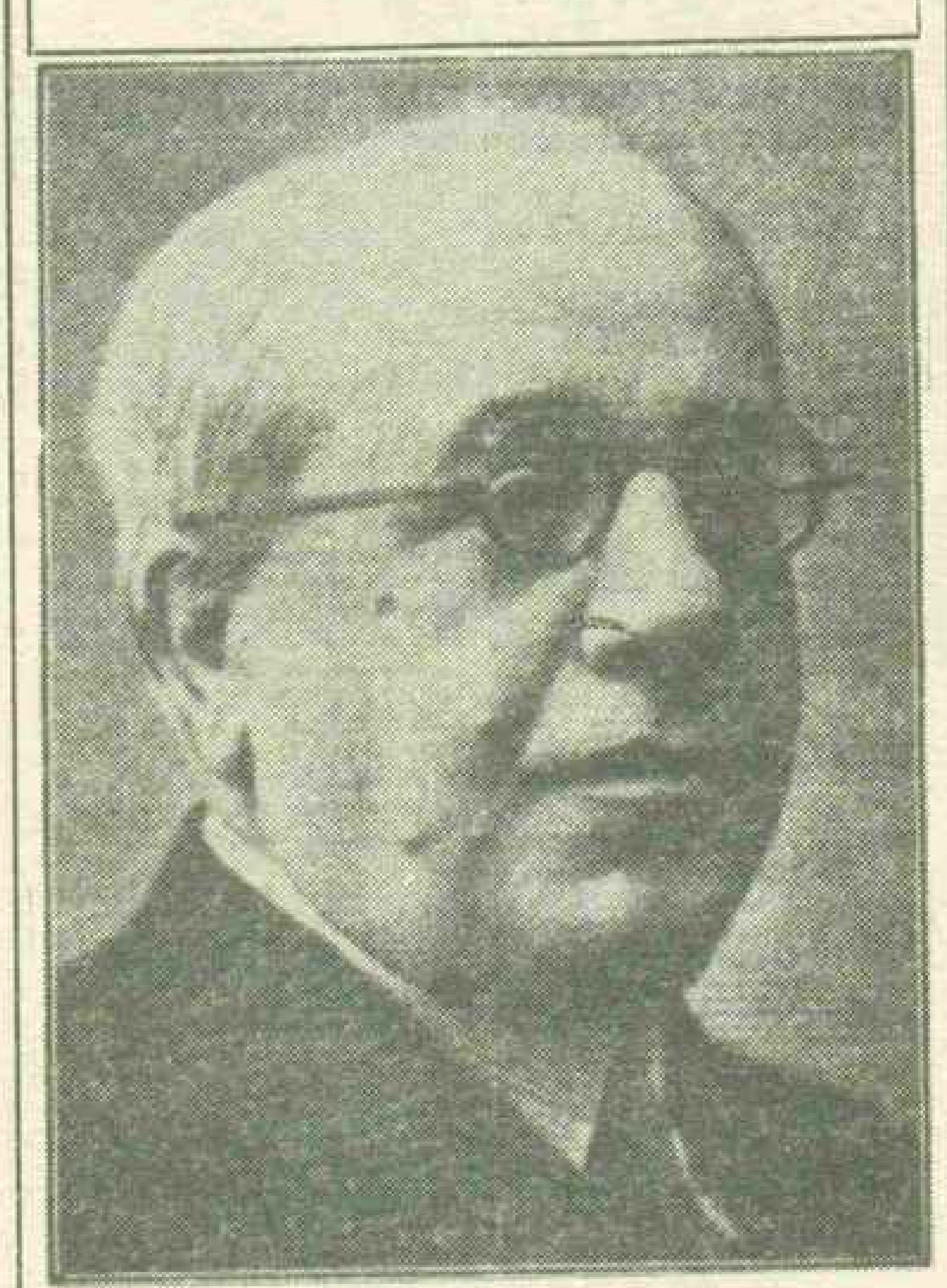
Anoche, a las doce, el presidente de la República, ante un micrófono instalado en el Palacio Presidencial, pronunció el siguiente discurso:

Españoles: En esta hora solemne que está viviendo nuestra patria, me he creído en el caso, con anuencia del Gobierno de la República, de salir del mutismo y de la reserva a que me obliga mi función oficial, para decir unas palabras de aliento y de gratitud a todos aquellos que con estusiasmo y heroísmo defienden la causa de la ley, que es la causa de la República, y unas palabras de grave y severa admonición a los culpables del horrendo delito que tiene destrozado el corazón de los españoles.

En estos momentos de violencia, cuando se ha desencadenado contra el Poder legítimo de la República una agresión sin ejemplo, yo no diré una palabra más de violencia. Cuando toda conciencia nacional, sin distinción de ideas políticas ni de partidos; cuando la conciencia de toda persona delicada y conocedora del impulso del deber, está escandalizada por el hecho cometido, yo no voy a decir nada que agrave el hecho mismo ni escandalice más. Voy a decir solamente palabras de aliento y de gratitud.

De aliento, porque la causa de la República está triunfante. En este alcázar de la República,

"PAIS INDEPENDIENTE Y PAIS LIBRE, ES DECIR, REPUBLICA, ES LO QUE QUIERE SER ESPAÑA, Y LO SERA"



como yo he prometido al recibir el cargo que los españoles me han concedido, el pabellón nacional no ha sido arriado ni se arriará nunca. Podéis estar seguros todos los que lucháis por la República de que vuestro esfuerzo no será baldío y de que de vuestro sacrificio y de vuestro heroísmo saldrán la República y España más fuertes e indeleblemente unidas con su libertad. Los que han promovido este golpe de fuerza contra el Poder público, esta agresión contra la ley, este alzamiento en armas, no conocen el pueblo a quien pretenden sojuzgar. Nosotros los españoles no queremos ser esclavos de nadie. Hace más de un siglo, el pueblo español escribió la epopeya de su independencia; en estos días, el mismo pueblo, por los mismos procedimientos y en circunstancias maravillosamente parecidas a las de entonces, está escribiendo la epopeya de su libertad. País independiente y país libre, es decir, República, es lo que quiere ser España y lo será. Los que han pretendido desarrollar contra el Poder y contra la República un remedio de la estrategia de Napoleón cuando quiso sojuzgar a nuestra patria hace siglo y medio, se han encontrado con aquella misma sorpresa con que se halló el gran conquistador: que el pueblo español, débil en sus organizaciones oficiales, es indomable en su corazón, y los nietos de aquellos mismos que opusieron a los invasores extranjeros, dotados con las mejores armas de su tiempo, un valladar infranqueable, lo han opuesto hoy con el mismo corazón, con la misma decisión, con el mismo heroísmo que lo opusieron entonces, y como entonces triunfarán.

Mejor dicho, hemos triunfado ya. Cuando estos golpes de fuerza se desencadenan sin contar, como ahora, como contaron en otros tiempos, con la complicidad del Poder, fracasan. Cuando se pierden las ventajas de la sorpresa, la conspiración está vencida. Y es tal el desconocimiento de los autores de la sedición, que se han llegado a figurar que gobernando la República en el corazón de los españoles, acaso podrían encontrar circunstancias favorables, como encontraban en tiempos de la Monarquía, en que desde este mismo alcázar se favorecía una sublevación como la que ahora está destinada al fracaso. La diferencia es que entonces los españoles no eran dueños de sus destinos, y hoy lo somos y no es-

COMO SE VIVE EN EL PUENTE DE VALLECAS

El reportaje de Magda Donato que empezamos a publicar días pasados ha quedado en suspenso por la necesidad de dar paso a las informaciones gráficas de actualidad indeclinable.

Tan pronto pasen estas circunstancias—tal vez mañana mismo—, reanudaremos la publicación del interesante reportaje de Magda Donato titulado

COMO SE VIVE EN EL PUENTE DE VALLECAS

(«Ahora», 22-VII-1936).

Declaraciones del Presidente de la Generalidad

«Después de siete u ocho días --dijo ayer el señor Companys -- la vida se va recobrando. La vida que vuelve a tomar su ritmo con la responsabilidad de los organismos obreros y la buena y abnegada voluntad del Gobierno».

Y AGREGÓ: «YO ESPERO QUE ESTO SE REAFIRME, QUE TODO SE CONSOLIDE Y CONTINUO EN MI LUGAR COMO ES MI DEBER».

(«La Vanguardia», 31-VII-1936).

tamos dispuestos a servir de cascabel a la soberbia ni al imperio de nadie.

He de deciros, como ya lo ha dicho el Gobierno, cuál es nuestra gratitud y cuánta nuestra admiración por los combatientes en favor de la República. Las unidades del Ejército que se han mantenido fieles al régimen, la Guardia civil, otros institutos gubernativos, la Aviación republicana, que con tal sacrificio derrama su sangre defendiendo la libertad del pueblo español; las muchedumbres populares, expresión clara, manifiesta y auténtica de lo que es el valor del alma española, son los que están defendiendo el régimen. Y de otras regiones de España, de nuestra Cataluña indomable, del proletariado andaluz, de este pueblo madrileño, a quien vemos lanzarse al combate alegremente, como si fuese a una fiesta, porque sabe defender lo más preciado, que es nuestra libertad... Todo forma el admirable conjunto del pueblo español actual, libre, republicano, digno, que no tolera imposiciones subversivas, y que ante todo quiere ser heredero de los que han fundado su libertad y de los que han de fundar su gloria y su prosperidad.

Y aquellos causantes de este destrozo, los que llevan sobre sí el horrendo delito de haber desgarrado el corazón de la patria, los que llevan sobre sí la horrenda culpa de que por ellos se vierta tanta sangre y se causen tantos daños, ¿no están convencidos de que su empresa ha fracasado? ¿Hasta cuándo van a perdurar en su empeño? ¿Hasta cuándo van a tener al país en armas? ¿Hasta cuándo van a tener escandalizado al mundo, desacreditando el nombre español, y haciéndonos verter a todos lágrimas de dolor por las víctimas que se causan, por las víctimas de la ambición y del delito?

Cada día que pase y persistan en su rebeldía, hasta que sea domada por la fuerza de las armas, como lo será si antes no deponen su actitud, agravarán su culpa, y de ella responderán ante la conciencia nacional, y en su día, ante la Historia.

En estas horas trágicas, me cumple señalar un rasgo de este día: que siendo horas de lucha y combate, vertiéndose tanta sangre, el pueblo entero y las fuerzas que lo auxilian y dirigen en su lucha por la libertad van alegremente al combate, y siendo horas de tanta amargura, la gente está alegre, contenta, da con gusto su vida por el sacrificio, porque sabe el pueblo español que está asegurando su dignidad de ciudadanos y el porvenir del régimen republicano y de la patria.

Ayudad al Gobierno, seguid sus indicaciones, aunad vuestros esfuerzos. Contad conmigo, como habéis contado siempre, para todo lo que es la ley, para todo lo que es justicia y para todo aquello a que mi deber me llame. Desde este sitio, donde vosotros me pusisteis, sigo con el corazón angustiado, pero lleno de esperanza, sigo palpitante el esfuerzo que hacéis todos en defensa del régimen, que es defender a España. Contad conmigo. Quisiera poder daros también mi propia sangre y mi vida, yendo con vosotros al frente a combatir a los enemigos de la libertad y de la República. Ayudaos unos a otros, sed disciplinados, aunad los esfuerzos, combatid con furor, con energía y con fe, y mañana tendremos la paz y la justicia restauradas, al pueblo vigorizado y la promesa segura y para siempre de que los hechos no se repetirán y España quedará permanentemente unida a la República y a la libertad.

(«El Sol», 24-VII-1936).

ANDRE MALRAUX EN MADRID

"No conozco ninguna defensa tan heroica de un pueblo por sus libertades", dice el insigne escritor internacional

El Frente Popular francés saluda al Gobierno de la República española, y el proletariado francés renueva a los trabajadores de España sus deseos de victoria sobre el fascismo

Ha llegado a España el gran escritor francés André Malraux. Hace poco, el ilustre viajero nos visitó también para traernos el saludo de camaradas del Frente Popular francés.

Malraux no necesita de presentaciones. La intelectualidad y el proletariado de España, como los de todo el mundo, le conocen y le estiman como a uno de los más grandes luchadores antifascistas por la defensa de la cultura y de la paz.

Viene, con su lente de periodista genial, a llevarse estas páginas de historia viva, heroica, formidable, que vive el pueblo español.

Ayer nos visitó en nuestra nueva Redacción. Sonriente, recorrió las espléndidas dependencias del edificio en que se hacía el órgano de más responsabilidad de los sublevados.

Hablamos, naturalmente, de los acontecimientos que tienen en pie de guerra a toda la España popular contra las cuadrillas facinerosas del Ejército pretoriano.

—En Francia —me dice—, al principio, teníamos noticias contradictorias, ya que las emisoras de las radios facciosas sembraban el desconcierto, en contraste con la del Gobierno de la República, que comunicaba una gran impresión de serenidad. Hubo unos momentos en que la debilidad de emisión de la radio legítima hizo temer que Madrid había caído. En los trabajadores y clases populares de París se produjo un gran abatimiento y una enorme pesadumbre.

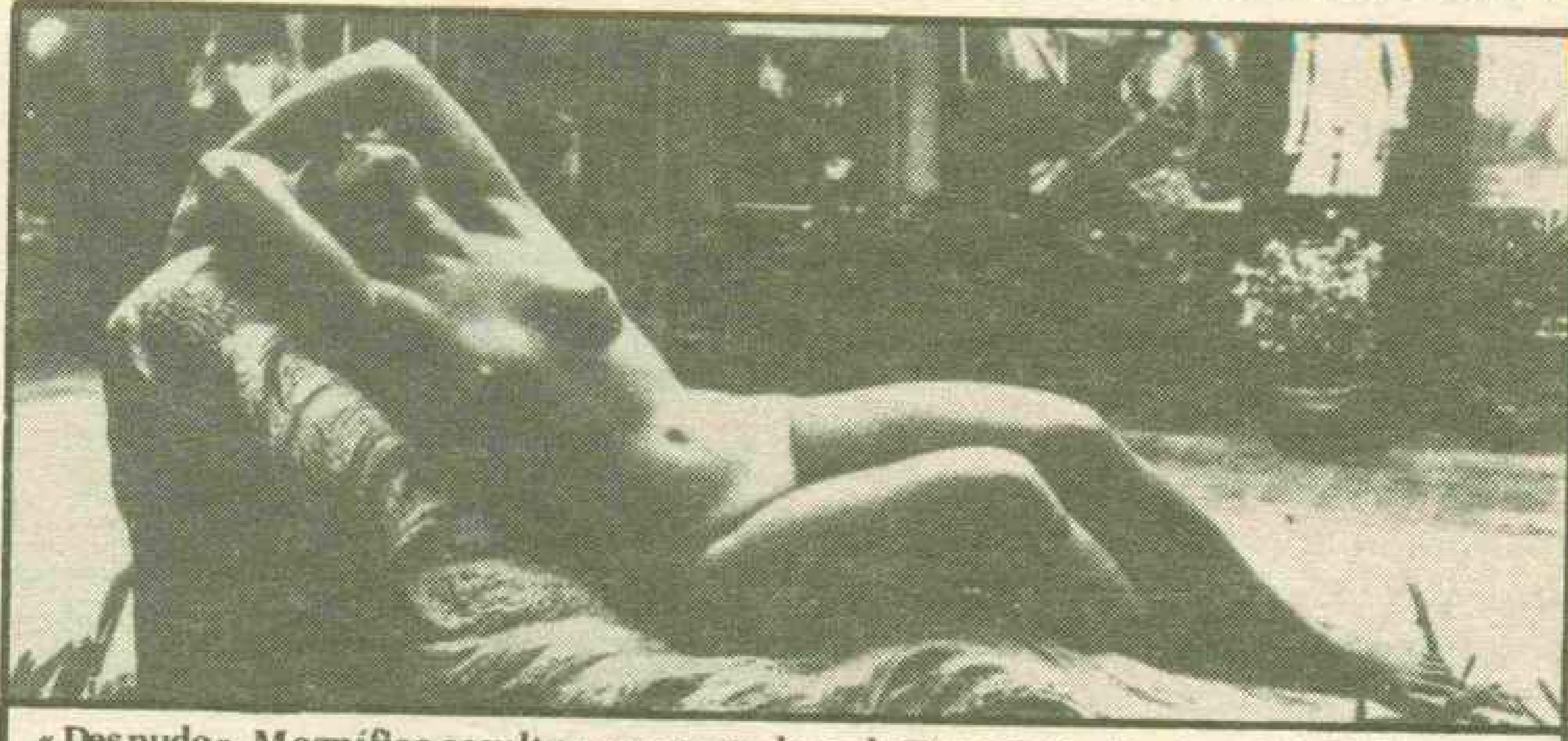


—*¿Qué momento ha compensado esa dolorosa impresión?*

—Cuando conocimos que el pueblo estaba armado. Esto produjo un entusiasmo indescriptible. Nosotros sabemos bien lo que un pueblo tan valiente como el español en armas significa. Desde este momento dimos por derrotado el movimiento militar. Los mismos fascistas extendieron la noticia de que las Milicias populares iban a combatir.

—*¿Apreciaron claramente el carácter fascista del golpe de Estado?*

—Por lo que comunicaba la Prensa francesa, al principio nos parecía un golpe de tipo dollfussiano, de camarillas militares, para usurpar el Poder. En un periódico parisién se publicó una interviú con Mola, en la que éste decía que el Ejército iba a realizar en España una obra de regeneración. Después, conocidas las inspiraciones políticas que lo animaban, hemos podido reconocer su típico carácter fascista.



« Desnudo ». Magnífica escultura presentada en la Exposición Nacional de Bellas Artes por el ilustre artista Federico Marés.

(«Crónica», 19-VII-1936).

Ocho comunistas fusilados.—Asturias es ya España entera

—*¿Qué ha observado usted en su viaje?*

—Al partir de Biárritz, el jefe del aeródromo me advirtió de que no podía partir. No sé qué anécdota de unos periodistas ingleses aterrorizados me contó. Lo cierto es que no hice el menor caso, comprendiendo que todo respondía a una consigna del fascismo internacional. En un pueblecito de Navarra, cuyo nombre no recuerdo, vi junto a un muro siete u ocho personas vigiladas por individuos armados. Pregunté. Me dijeron que eran unos comunistas a los que iban a fusilar.

Malraux calla un momento. A él y a nosotros nos oprime el recuerdo de éstos y otros muchos camaradas vilmente asesinados por la gavilla de traidores. El movimiento que aplastamos en estos días traía por finalidad una larga fila de pioneros contra las tapias de España para sembrarlas de cadáveres. ¡La liquidación de cuentas, esta vez va a ajustarse con estricta justicia!

—*¿Qué impresión tiene el proletariado francés de este movimiento y de la reacción popular?*

—El proletariado francés tiene una visión revolucionaria en lo que a España se refiere casi limitada a Asturias. Asturias, con la revolución rusa y la china, constituye una de las grandes banderas de agitación. Ahora, que empieza a conocer el formidable heroísmo de todo el pueblo español, la gesta del cuartel de la Montaña, vivida por el pueblo madrileño, esta admiración hacia la épica Asturias, se extiende a todo el glorioso proletariado español. Recuerdo un discurso de «Pasionaria» a los trabajadores franceses. Ella les hablaba de la insurrección de Asturias y de Octubre. Las mujeres oían con los ojos, con las manos, con la piel. La multitud adivinaba en el tono, en el gesto, la bravura y la grandeza del emocionado relato. Cuando «Pasionaria» terminó, la masa aplaudió tenuemente, sin ruido, en voz baja, pudiéramos decir, como expresión de hondo cariño, de afecto entrañable, de ternura.

«Los hombres han vivido unos días con su verdadero corazón»

—*¿Conoce el proletariado francés*

las condiciones de vida del español?

—Sí. «Pasionaria», precisamente, les habló de eso. Los salarios increíbles, la condición zoológica de los campesinos españoles. Produjo una gran impresión.

—Es indudable que nuestro triunfo sobre los fascistas produce un acercamiento entre las dos Repúblicas democráticas...

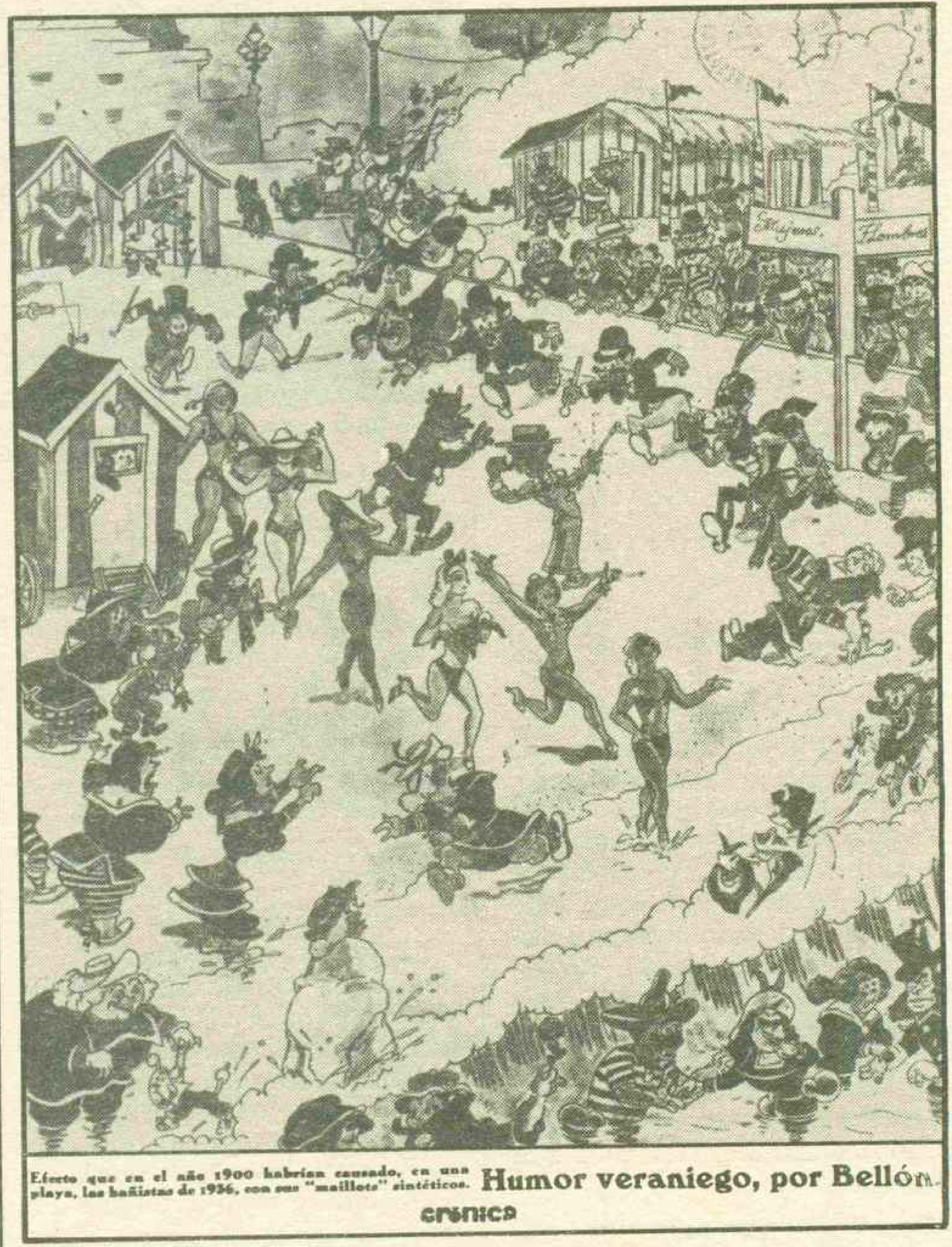
—Indudable. La proximidad española, política y comercialmente, es de toda importancia para el pueblo francés. Paso a paso, con el ánimo suspenso, alentando espiritualmente al proletariado en armas de España, la Francia popular y democrática desea de todo corazón el aplastamiento del fascismo y la victoria de los trabajadores.

—¿Recuerda usted algún pronunciamiento de esta envergadura en la historia de las sublevaciones militares?

—Posiblemente, sí. Lo que no recuerdo es nada parecido en su defensa. El heroísmo con que el pueblo español se está batiendo es único en la crónica de las luchas por las libertades.

—¿Piensa estar muchos días entre nosotros?

—Quiero recoger unas impresiones para la Prensa francesa y para el libro. Traigo al Gobierno de la República un caluroso saludo del Frente Popular de Francia, y al noble pueblo español y a su heroico proletariado, el abrazo y la felicitación de toda la Francia popular, democrática y proletaria.


Efecto que en el año 1900 habrían causado, en una playa, las bañistas de 1936, con sus "maillots" sintéticos. **Humor veraniego, por Bellón.**

crónica

(«Crónica», 5-VII-1936).

Malraux piensa un momento, con ese gesto nervioso que agita su palidez brillante, y añade:

—Ayer hablaba yo con un poeta francés, y me decía, con respecto a las horas solemnes de España: «Yo no sé lo que puede pasar; sólo sé que unos días los hombres han podido vivir con su verdadero corazón»...

Con el corazón del pueblo. Que es el verdadero corazón de la República y de España.

(«Mundo Obrero», 26-VII-1936).

EL SOCIALISTA

PABLO IGLESIAS, FUNDADOR

Redacción y Administración: Carranza, 20

Teléfonos: Redacción, 41378. Admón., 31882

APARTADO DE CORREOS NÚM. 10036

Año LI.—Núm. 8.193

Madrid, martes 21 de julio de 1936

Precio del ejemplar, 15 céntimos.

LA GRAN TRAICION

El fascismo, derrotado por la República

La aviación, la guardia civil, los guardias de asalto y seguridad y las milicias del pueblo aniquilan la rebeldía en Madrid y provincias.—Los regulares, machacados en Algeciras.—La marina, absolutamente a disposición del Gobierno.

EL HONOR QUE SE ACREDITA

Sólo una norma: la lealtad. Sólo una conveniencia: la de la República

Al reseñar los terribles sucesos a que ha dado lugar la sublevación vil—más vil cuanto más conocidos son sus detalles—se hace indispensable poner de manifiesto la conducta ejemplar de las fuerzas que se han mantenido leales a la República. En abstracto, ningún mérito tiene la fidelidad a un compromiso—el que fuere—que, si para todo ciudadano tiene imperativo de obligación moral, es tajante e inexorable cuando se trata de hombres que visten uniforme militar. Simplemente forma parte de un capítulo de deberes, entre los cuales figura como el más ineludible. Se podrá discernir un mínimo de benevolencia para el militar incapaz que ocasiona un daño por incompetencia técnica. Se podría incluso, extremando la tolerancia, disculpar al militar que, en un momento determinado, siente flaquezas de ánimo. Lo que en un militar no tiene disculpa jamás es la infidelidad. Por algo la traición tiene en la milicia el castigo de pena capital. No hay, pues, mérito ninguno en la lealtad. Pero la lealtad cobra valor de suprema virtud cuando una parte de los obligados a ella la quebrantan violentamente, usando la autoridad y las armas que, para conservarla, precisamente, pone en sus manos el Estado. Más aún cuando los traidores son tantos, en jerarquía y en número, como eran en la ocasión presente. La lealtad, entonces, alcanza categoría de ejemplaridad, se hace acreedora a la estimación pública y reclama premio de honor. Bien ganados tienen esos títulos las fuerzas que, a despecho de sugestiones y apremios amenazadores, han sabido cumplir sus deberes de disciplina y afirmar la supremacía civil del Estado sobre aquellos que, negados de toda razón, se han levantado en armas contra la República.

Magnífica enseñanza la de la Aviación, cuyos servidores, con grave riesgo de la propia vida, despreciando toda suerte de peligros, serena y duramente—porque dura es la obligación que les toca realizar—, han sabido asegurar para la República una victoria que, más que una victoria de armas, es una victoria moral. Magnífica lección la de esas fuerzas de Asalto, de Guardia civil, de Carabineros y de Seguridad, en cuya preocupación cuentan todas las consideraciones, menos una: la de su conveniencia personal. Si han pensado en ella, no ha sido, ciertamente, a la hora de poner a contribución su coraje y su vida. La única que determinaba su conducta era la conveniencia de la República. Y a la conveniencia de la República han sacrificado todo lo que la República podía demandarles y ellos podían ofrecer.

Junto a ese ejemplo, el de la Marina, leal al sentimiento republicano, pese a las defecciones parciales de algunos jefes, cuyo proceder es la negación de aquella tradición de caballerosidad que la Marina se complace en ostentar orgullosamente. Salvan esa tradición los jefes que han sabido atenerse a su deber y las tripulaciones, que, con su fervor republicano, han demostrado poseer mejor jerarquía moral que la oficial de los jefes insurrectos. De la tremenda pesadumbre, de la inmensa vergüenza que la sublevación significa, nos compensa el comportamiento de todas esas fuerzas leales a su obligación republicana y a los dictados de su disciplina. Gracias a ellas podemos decir que no todo estaba podrido en las instituciones armadas. Mientras los unos sufren el castigo y la ignominia que se buscaron, justo es que a los otros se les reconozca el mérito de su conducta limpia y admirable.

TRAICIÓN Y COBARDÍA

"Al que los Tribunales condenen a muerte..."

Podemos pedir prestada la pluma, luego diremos a quién, para enjuiciar los luctuosos combates a que han dado lugar los militares traidores. Atendamos a lo que esa pluma, elogiada por otros como siempre mesurada y correcta, dice:

«A la traición se ha juntado la cobardía. Traición y cobardía son las dos notas de bajeza de la rebelión, cuyos cabecillas, después de lanzar sus huestes engañadas a los peligros de la lucha, se han puesto en salvo, algunos con randa precaución, sin aguardar siquiera al comienzo de su obra.

»De esta conducta vergonzosa; de la horrible incivilidad que descubre las consignas para los insurrectos; de la perversa intención que supone promover una guerra, no ya sin seguridad, pero sin probabilidad siquiera de triunfo, y que significa el goce del mal por el mal: de todos los estragos producidos en la sedición tienen que responder, antes que los ejecutores materiales, los organizadores y los inductores, contumaces a prueba de fracasos e incorregibles a favor de lenidades. La sangre que han hecho correr, el daño enorme que ocasionan al prestigio de la nación y a la normalidad de la economía pública, la miseria que llevan a miles de hogares por los despidos que impone la necesidad imperiosa de restablecer la disciplina del trabajo, claman contra los culpables y por la ejemplaridad de las sanciones. Que no puedan decir como siempre: "Hasta otra". Con las leyes vigentes y con las que dicte el Parlamento para cubrir las deficiencias notorias de la legislación, hay que acudir a extirpar de una vez y desde la raíz las cuarteladas; único modo de llegar a una legalidad estable que permita la convivencia de los españoles en el derecho y en la paz.»

A estas palabras, que hemos pedido prestadas a un diario de la mañana, cabe que añadamos la conclusión a que el mismo diario llegaba: AL QUE LOS TRIBUNALES CONDENEN A MUERTE, POR DOLOROSO QUE ELLO SEA, SE LE DEBE FUSILAR. Así dictaminaba «A B C» en su número de 19 de octubre de 1934, y aquello otro, el día 9 de igual mes y año.

Traición y cobardía, ésa es la cifra con que la Historia se verá obligada a registrar la insurrección militar provocada por los facciosos. Traidores—¿hará falta razonarlo?—, por haber roto sus juramentos y hacer armas contra quien se las tenía confiadas. Cobardes, por haber engañado a los soldados confiados a su seguridad, parapetando en ellos sus vidas. Esa cobardía es la única imperdonable. A cientos de muchachos sometidos a la disciplina militar, seguros de la lealtad de sus jefes, les ha costado esa traición y esa cobardía la vida.

Las proclamas de la aviación republicana

En sus primeros vuelos del amanecer del lunes los aviones de la República fueron arrojando sobre la capital las proclamas que copiamos:

«Soldados: En curso de extinción el criminal intento de la parte fascistizada del Ejército, el Frente popular, que está en un todo identificado con la República y su Gobierno, apela a vosotros para que reforcéis con vuestros cuerpos y fusiles la autoridad legítima de la República, cooperando con las fuerzas populares que están en pie de guerra y no tienen otra divisa que la clásica: "Vivir libres, o morir." Vosotros, soldados, sois carne y sangre del pueblo. De él venís y a él será forzoso que volváis. Pensad en vuestro mañana, soldados, si consentís o cooperáis a que el pueblo sea sumido en la más negra de las servidumbres. Se juega ahora una batalla decisiva para la libertad de España. Vuestros fusiles, soldados, pueden contribuir a romper los dogales que el fascismo está forjando para vuestros padres y para vuestros hermanos, que vencieron el 16 de febrero, y cuya victoria estáis en el deber de defender.

Soldados: ¡Ayudadnos en estas horas decisivas y sumad vuestros esfuerzos a los del Frente popular, a los de la República, a los de España. — *El Comité de Vigilancia del Frente popular.*»

La República en pie.

«Ciudadanos: Una nueva intentona fascista, y esta vez con todas las agravantes y la máxima copia de recursos, se ha producido contra vosotros. Que ninguna consideración especiosa deforme vuestro juicio. El hecho es éste: los fascistas, auxiliados por una parte del ejército que España mantiene para que guarde sus instituciones, no para que las ataque por la espalda, se han alzado contra la República. La finalidad era sencillísima: extinguir el régimen de democracia y de convivencia civil y montar sobre vuestras cabezas el tinglado monstruoso de una dictadura de señoritos y de militares desleales. Históricamente, la traición recibirá los más acres calificativos. Porque en ella culmina, sobre una falta de sentido del deber, una ausencia morbosa de amor a la patria dolorida. Dos conductas ruines os darán, ciudadanos, la medida del grave delito de lesa patria: una, la atrincherarse frente a los indígenas, en una tierra de Protectorado que Europa nos ha confiado para civilizarla; la otra, lanzar a las fuerzas regulares y del tercio contra la población pacífica de las plazas de África y pretender dirigirlas a la Península para que empleen su mercenaria ferocidad en vuestros hogares de hombres libres, como en Asturias hicieron.

»Ciudadanos: No hay motivos para perder la serenidad. El Gobierno, que os representa legítimamente, tiene en sus manos los nudos de la acción de castigo, y con la ayuda magnífica de vosotros mismos está dominando, uno a uno, los focos de la rebeldía. La escuadra, con la marinería fremente de pasión republicana, ha aislado a África y se dispone a bombardear los puertos en que se resistan los facciosos. Toda España hierve de entusiasmo civil, y los ciudadanos se alistan en las milicias para imponer el orden y la ley. Vuestra ley y vuestro orden, ciudadanos, que los traidores han querido aniquilar, en aras del fascismo, que es la guerra civil, la indignidad y la muerte de vuestras viejas y hermosas libertades.

Ciudadanos: Con el corazón fuerte y la cabeza clara, defendamos el honor de España. Que no desmaye vuestra fe. El fascismo, de esta hecha, quedará aniquilado, bajo la voluntad de nuestra patria libre, de nuestra querida tierra ensangrentada por la traición. Saldrá la República depurada de sus infortunios, gracias a una ciudadanía que sólo anhela trabajar por su engrandecimiento, trabajar en paz y fecundamente.—*El Comité de Vigilancia del Frente popular.*»

—

Trabajadores: Atenta a la voz de los organismos responsables; consciente además de sus deberes en las circunstancias actuales, la clase obrera española, sin distinción de matices, se ha puesto bravamente en pie para hacer frente con las armas a la traición de los militares que, pisoteando su juramento de honor, han querido ahogar en sangre la República, para sumirnos en la dictadura ignominiosa del fascismo. El ejemplo de la clase obrera, magnífica en su espíritu combativo, es la mejor garantía de que el fascismo, pese a todas las brutalidades puestas en juego, no pasará. No pasará, porque la clase obrera le opone una barrera infranqueable, que ningún peligro hará flaquear. Contra el fascismo, camaradas, nos lo jugamos todo sin vacilaciones de ninguna clase. Un vacilante es, en los momentos actuales, un inservible. Un cobarde es, por añadidura, un traidor a su propio interés y, por consecuencia, al interés de todos, que es el que, contra todo y por encima de todo, estamos obligados a defender. A cuenta de lo que fuere, la victoria de la República y de la clase obrera se impondrá plenamente. ¡Camaradas! Aprestaos, a ir a la defensa, y a la ofensiva. Contra el fascismo no caben titubeos. Por el triunfo de la clase obrera y de la República, cada militante encontrará convertirse en un combatiente resuelto a vencer a todo trance. Corazón firme y cabeza serena. ¡Adelante, trabajadores!

Madrid, julio de 1936.—*El Comité de Vigilancia del Frente popular.*»

La escuadra, fiel al Gobierno de la República, vigila el Estrecho y ha bombardeado Cádiz.

Seis unidades de la escuadra española, plenamente adictas al Gobierno, se encuentran en aguas del Estrecho, vigilando las costas africanas.

Algunas de estas unidades marchan hacia Cádiz, donde se encuentran varios navíos de guerra, y que en la jornada última han bombardeado intensamente a los rebeldes, causando entre sus filas gran desconcierto.

EL HONOR QUE SE VENDIÓ

Los dos patriotismos: el del pueblo y el de los militares traidores

Después de unas horas de intensa emoción, horas plenas de historia, con nuestra Casa convertida en vivac de luchadores, con el ánimo preparado para los actos extremos a que obliga una batalla desesperada, volvemos a coger la pluma.

Y bien, decíamos ayer, dijimos que la República no había sabido crear su ejército. Una determinación, la ley de Azaña, revela un criterio ingenuo de la caballerosidad jurada. Se les invitó a los oficiales a servir al régimen o a abandonar el ejército con su paga limpia. Y cada cual administró su convicción como le plugo. Los unos, se marcharon a sus casas; los otros, prefirieron seguir en los cuarteles. ¿Para poner su hidalguía y su valor en el ara del régimen que con gentileza sin ejemplo los trataba? Así debió ser, naturalmente. Pero no fué. Los caballeros optaron por consagrar sus armas a la traición. Los caballeros decidieron que el aparato de guerra que se les había confiado para defender a la patria, en caso de ser agredida, tuviese un destino monstruoso: herir, por la espalda, a la misma patria. El pan que el pueblo les amasaba con su sudor, a cambio de que hicieran guardia honrosa, ha sido escupido: la fe que le prometieron a la República, manchada. Fea, miserable claudicación la de la caballerosidad de otoño.

No cabe ni la excusa del error. No hay error posible. Los militares sublevados conocían exactamente el alcance de su deslealtad. Y era éste: extinguir la democracia y poner las dignidades ciudadanas, de tan duro y acrisolado logro, bajo la bota cuartelera y el mugriento bonete jesuítico, con arreglo a una fórmula fascista, que liquidara definitivamente el rango de España como nación libre y progresiva. Los confabulados eran todos los miembros de la vieja y podrida sociedad; los agarrados al país para succionarlo sin correspondencias vitales. Desde el ignaciano trapisondista al banquero usurario; desde el aristócrata caduco de sangre al mequetrefe epiceno; desde el rentista, sordo al ansia de los necesitados, al especulador sin conciencia; desde el político marrullero y ladrón, de la laya de un Lerroux o un Salazar Alonso, al cabestro negro del Vaticano: Gil Robles; todos los monárquicos, todos los hipócritas, todos los farsantes, todos los que odian a la divina libertad; todos los que venden por dinero pólvora al enemigo y pan falto de peso al hermano; en fin, toda la ralea oscura, babeante, untuosa, bancaria y palatina, sacristanesca y rapaz, que se había convertido al fascismo, porque éste alucinaba al pueblo.

Los caballeros del uniforme no rehusaron la terrible indignidad de contratarse de esbirros para esta faena. Hiciéronse asalariados de la gran pandilla reaccionaria, y empezaron la ofensiva embarcando a los mercenarios de África para que pasaran a cuchillo a la ciudadanía. Estos eran los patriotas, los heroicos e invictos pretorianos de Alfonso de Borbón. ¡Bravo patriotismo! Mala noche le esperaba a España, si un patriotismo de buena ley, el de una noble y depurada minoría de ese Ejército, el de las fuerzas de Aviación, de Asalto, de Seguridad, de la Guardia civil y de Carabineros, y el de la clase trabajadora, fuente de todos los patriotismos esenciales, no se alzara para aplastar a los miserables. Los dos patriotismos, el puro y el de similor, el entrañable y el de opereta, han chocado entre sí y ha vencido el que tenía que vencer: el que con salud y con violencia sagradas fundirán el tiempo nuevo.

Intenso bombardeo de Ceuta por el capitán Rexach

Ha llegado a Madrid el capitán Rexach.

Ha manifestado que voló sobre Ceuta y bombardeó la población, incendiando los depósitos de la Campsa, con lo que han quedado inutilizados allí los suministros de esencia para los transportes mecánicos.

Trabajadores: Unidad y disciplina para vencer

El teniente León dirigiendo una arenga a las Juventudes proletarias

(Foto López)



Tres soldados licenciados ejerciendo vigilancia en la calle

(Foto López)

(«El Socialista», 21-VII-1936).

ABC, REPUBLICANO

Entra hoy este periódico en una vida nueva.

Frente a sí tiene un porvenir de vida republicana, franca y leal, de honda y sincera compenetración con el pueblo y con la ley que el pueblo se ha dado, en su limpia y ejemplar soberanía.

Todo en «ABC» es ahora republicano. El sentimiento que lo guía, las plumas que lo redactan, el personal todo que le presta vida. Ni rastro queda en este periódico de los que tenaz y astutame[illegible] combatieron al régimen que [illegible]a a la España nueva. Y de aquel pasado —sobre el cual cae a chorros la sangre de los hijos del pueblo— va a vindicarse ejemplarmente con una obra de intensa colaboración ciudadana y de combate contra el clericalismo y el militarismo, las dos espantosas plagas nacionales, que abrazadas y confundidas forman el fascismo.

La libertad ha ganado para sí este reducto de «ABC», hasta hoy paladín del privilegio, de la plutocracia y del absolutismo clerical. En lo venidero, la bandera de la República cobijará cuanto se haga en esta casa. Y «ABC» será humano, justo, amigo de la libertad y de la democracia, vocero incansable del progreso y ayudador fervoroso de cuanto sea lucha contra los enemigos tradicionales del pueblo.

Este primer número de la nueva etapa se forja con acuciosa premura, porque nos domina el ansia de ser voceros de la epopeya que escribe el pueblo con gloria inmarcesible. Tal premura se traduce en una limitación enorme de realizaciones, que se remediará sin demora. Queremos que «ABC» sea orgullo de la Prensa republicana, y lo será inmediatamente.

(«ABC», 25-VII-1936).

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO. 15 CTS. NUMERO

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO. 15 CTS. NUMERO

¡VIVA LA REPÚBLICA!

(«ABC», 25-VII-1936).

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**



Así fué el 18 de Julio